El último imperio

Los días finales de la Unión Soviética

SERHII PLOKHY

TURNER NOEMA

El último imperio

Los días finales de la Unión Soviética

SERHII PLOKHY

PABLO SAURAS

COLECCIÓN NOEMA

Título:

El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética

© Serhii Plokhy, 2014

Edición original en inglés: *The Last Empire. The Final Days of the Soviet Union* Basic Books, 2014

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2015

De la traducción del inglés: © Pablo Sauras Rodríguez-Olleros 2015

ISBN: 978-84-16354-64-1

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Enric Jardí

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: turner@turnerlibros.com

A los niños de los imperios
que se liberan a sí mismos.

ÍNDICE

Introducción

Primera parte.
La última cumbre

I Encuentro en Moscú

II Un intruso en la fiesta

III El pollo Kiev

Segunda parte.
Los tanques de agosto

IV El prisionero de Crimea

V El rebelde ruso

VI El triunfo de la libertad

Tercera parte.
El contragolpe

VII El resurgir de Rusia

VIII Ucrania independiente

IX Salvar el imperio

Cuarta parte.
La desunión soviética

X El dilema de Washington

XI El arca rusa

XII El superviviente

Quinta parte.

Vox pópuli

XIII Expectación

XIV El referéndum ucraniano

XV La trinidad eslava

Sexta parte.
Adiós al imperio

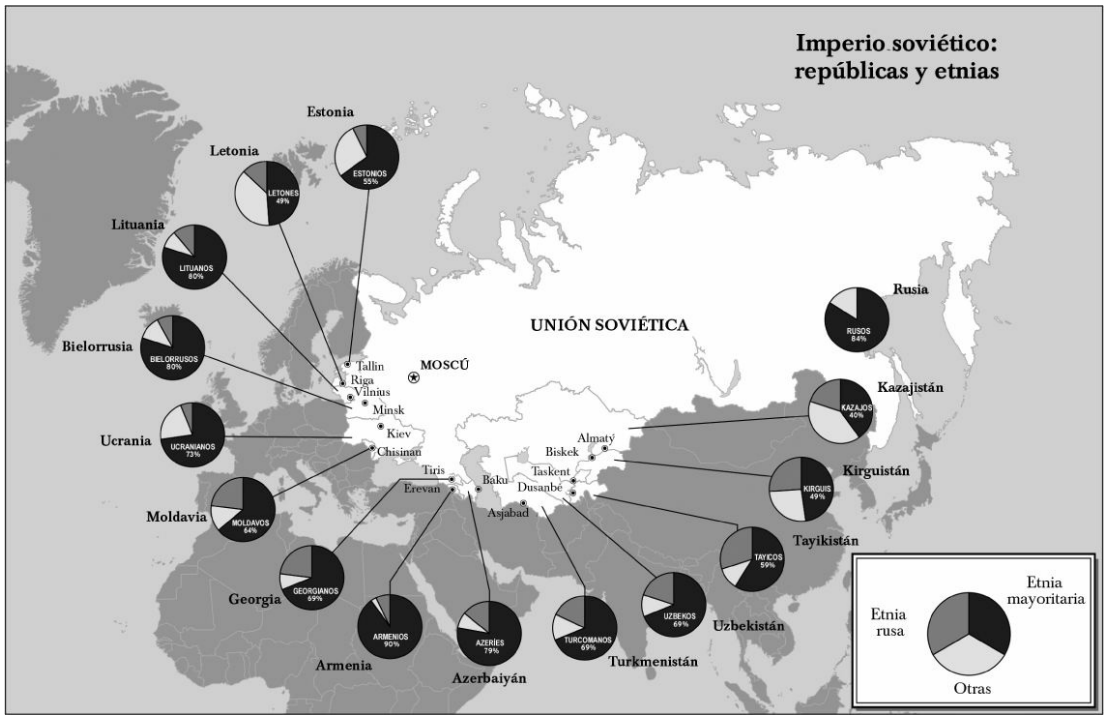
XVI Fuera de peligro

XVII El nacimiento de Eurasia

XVIII Navidad en Moscú

Epílogo
Agradecimientos
Notas

La Guerra Fría. Los dos bloques, hacia 1980
EE UU y otros miembros de la OTAN
Aliados de EE UU y la OTAN
URSS y otros países del pacto de Varsovia
Aliados de la URSS


Imperio soviético: repúblicas y etnias
Estonia
ESTONIOS 55%
Letonia
LETONES 49%
Lituania
LITUANOS 80%
Bielorrusia
BIELORRUSOS 80%
Ucrania
UCRANIANOS 73%
Moldavia
MOLDAVOS 64%
Georgia
GEORGIANOS 69%
Armenia
ARMENIOS 90%
Azerbaiyán
AZERIES 79%
Turkmenistán
TURCOMANOS 69%
Uzbekistán
UZBEKOS 69%
Tayikistán
TAYICOS 59%
Kirguistán
KIRGUIS 49%
Kazajistán
KAZAJOS 40%
Rusia
RUSOS 84%
UNIÓN SOVIÉTICA
MOSCÚ
Tallin
Riga
Vilnius
Minsk
Kiev
Chisinau
Tiris
Erevan
Baku
Asjabad
Dusanbé
Taskent
Biskek
Almatý
Etnia mayoritaria
Etnia rusa
Otras

INTRODUCCIÓN

Fue un regalo de navidad inesperado. En el cielo nocturno, por encima de los turistas que visitaban la plaza Roja de Moscú y de los rifles de la guardia de honor que desfilaba hacia el mausoleo de Lenin, se arrió la bandera roja que ondeaba en el palacio del senado, sede del gobierno soviético y símbolo hasta hacía poco del comunismo internacional. Los millones de personas de todo el mundo que veían la televisión el día de navidad de 1991 no salían de su asombro. Ese mismo día, la CNN había retransmitido en directo el discurso en el que el último presidente soviético, Mijaíl Gorbachov, anunciaba su dimisión. La Unión Soviética ya no existía.

¿Qué acababa de ocurrir? El primero en responder a esta pregunta fue el presidente de Estados Unidos, George H. W. Bush. La noche del 25 de diciembre, poco después de que la CNN y otras cadenas se hicieran eco del discurso de Gorbachov y el arriado de la bandera en el Kremlin, Bush explicó a sus compatriotas lo que significaban las imágenes que habían visto, la noticia que habían escuchado y el regalo que habían recibido. Bush interpretó la dimisión de Gorbachov y la retirada de la bandera soviética como una victoria en la guerra que Estados Unidos había librado contra el comunismo durante más de cuarenta años. Más aún: la caída del comunismo suponía el fin de la Guerra Fría, y había que felicitar al pueblo estadounidense por el triunfo de sus valores. Bush utilizó la palabra "victoria" en tres frases consecutivas. Unas semanas después, en el discurso sobre el estado de la Unión, habló del derrumbe de la Unión Soviética, ocurrido en un año de "cambios casi bíblicos en su magnitud", y anunció que Estados Unidos había "ganado la Guerra Fría por la gracia de Dios", y que ahora nacía un nuevo orden mundial. El presidente estadounidense declaró ante los miembros del senado y de la cámara de representantes que el mundo, "dividido hasta ahora en dos bloques, ya no reconoce más que una única potencia hegemónica: Estados Unidos de América". El público prorrumpió en aplausos.[1]

Durante más de cuarenta años, Estados Unidos y la Unión Soviética se habían enfrentado, efectivamente, en un conflicto global que no había terminado en un holocausto nuclear de milagro. Varias generaciones de

estadounidenses habían nacido en un mundo que parecía dividido para siempre en dos bloques, representados respectivamente por la bandera roja del Kremlin, y las barras y estrellas que ondeaban en lo alto del Capitolio. Quienes habían crecido en la década de 1950 todavía se acordaban de los simulacros de emergencia nuclear del colegio, con los profesores aconsejándoles que se escondieran debajo del pupitre en caso de explosión. Centenares de miles de estadounidenses habían luchado y decenas de miles muerto en dos guerras –la primera en las montañas de Corea, la segunda en las junglas de Vietnam– supuestamente destinadas a frenar el avance del comunismo. La cuestión de si Alger Hiss era o no un espía soviético había dividido a generaciones de intelectuales, y la caza de brujas desencadenada por el senador Joseph McCarthy había traumatizado a Hollywood durante varias décadas. Apenas unos años antes de la caída de la Unión Soviética, Nueva York y otras grandes ciudades del país se habían visto sacudidas por las protestas de los activistas a favor del desarme nuclear, asunto que había causado discordias familiares, enfrentando, por ejemplo, al joven Ron Reagan con su padre, el presidente Ronald Reagan. Estados Unidos y sus aliados occidentales habían librado incontables batallas en una guerra que parecía no tener fin. Ahora, un enemigo armado hasta los dientes y que no había perdido ni una batalla se desmembraba en doce estados sin que se hubiera disparado un solo tiro.

Había motivos de celebración, pero, por otro lado, era extraño y hasta inquietante que el presidente se apresurara a declarar la victoria de su país en la Guerra Fría el mismo día en que Mijaíl Gorbachov, principal aliado con el que habían contado Reagan y Bush en su empeño por terminar esa guerra, anunciaba su renuncia al cargo. Aunque la dimisión de Gorbachov suponía la liquidación simbólica de la URSS (que se había disuelto formalmente cuatro días antes, el 21 de diciembre), en realidad el objetico de la Guerra Fría nunca había sido la disgregación del estado soviético. Además, las palabras que el presidente estadounidense dirigió al país el 25 de diciembre de 1991, así como el discurso sobre el estado de la Unión de enero de 1992, contradecían las anteriores declaraciones de la administración Bush, según las cuales la Guerra Fría no se terminaría enfrentándose a Gorbachov, sino alcanzando un acuerdo con él. La primera vez que el gobierno de Estados Unidos se había expresado en estos términos había sido en la cumbre que celebraron los dos presidentes en Malta en diciembre de 1989; y la última, en el comunicado emitido por la Casa Blanca unas horas antes del discurso de navidad de Bush,

donde se alababa la colaboración de Gorbachov: “El presidente Gorbachov ha trabajado con el presidente Reagan, conmigo y otros dirigentes aliados, actuando con audacia y decisión para poner fin a las tensiones de la Guerra Fría, y contribuyendo así a reconstruir una Europa libre y unida”.[2]

El discurso de navidad indicaba que el presidente Bush y los miembros de su administración habían cambiado radicalmente su actitud ante el antiguo socio soviético, así como su estimación de la influencia estadounidense en los acontecimientos ocurridos en la URSS. Si Bush y su consejero de Seguridad Nacional, el general Brent Scowcroft, habían insistido durante la mayor parte del año en que esa influencia era limitada, ahora, de pronto, se atribuían el mérito de la transformación política más importante que se había operado allí. La nueva versión oficial de lo sucedido empezó a circular coincidiendo con la campaña para la reelección de Bush, e iba a convertirse en un relato muy extendido, si no el dominante, sobre el final de la Guerra Fría y el surgimiento de Estados Unidos como única superpotencia. Este relato, que tenía mucho de mítico, identificaba el fin del conflicto entre los dos bloques con la caída del comunismo y la disolución de la Unión Soviética, y, lo que era más importante, las consideraba resultado directo de la política estadounidense, así como una gran victoria para ese país.[3]

El presente libro impugna esta interpretación triunfalista del derrumbe del estado soviético basándose, en parte, en los documentos depositados en la biblioteca presidencial George H. W. Bush, desclasificados hace poco, entre ellos los memorandos de sus asesores y las transcripciones de sus conversaciones telefónicas con los dirigentes de otros países. El material recién divulgado indica con más claridad que nunca que el presidente y sus consejeros se esforzaron por prolongar la vida de la Unión Soviética, porque les preocupaban tanto la ascensión del futuro presidente ruso, Boris Yeltsin, como el afán independentista de las otras repúblicas; y porque querían que, desaparecida la Unión Soviética, Rusia se asegurara el control exclusivo sobre el arsenal nuclear y mantuviera su influencia en el espacio postsoviético, especialmente en las repúblicas centroasiáticas.

¿Por qué adoptaron esta política los dirigentes de un país que supuestamente seguía librando con su adversario la Guerra Fría? Los documentos de la Casa Blanca, junto con otras fuentes, nos permiten responder a esta y otras preguntas importantes que se plantean en este libro. Veremos cómo la retórica de la Guerra Fría chocó con la *realpolitik* en un

momento en el que la Casa Blanca intentaba salvar a Gorbachov, al que consideraba su principal socio en el escenario mundial, y para ello estaba dispuesta a aceptar la continuidad del Partido Comunista y del imperio soviético. Su objetivo primordial no era ganar la Guerra Fría, que de hecho ya había terminado, sino evitar una guerra civil en la Unión Soviética, pues existía el temor de que este conflicto convirtiera el antiguo imperio zarista en una "Yugoslavia con armas nucleares", por utilizar la frase que acuñó la prensa. La era atómica había cambiado la naturaleza de la rivalidad entre las grandes potencias y redefinido los términos "victoria" y "derrota", pero no había atenuado la belicosidad de la retórica oficial ni afectado a la mentalidad de la gente corriente. La administración Bush se vio obligada a cuadrar el círculo, conciliando las ideas y el lenguaje propios de la Guerra Fría con la realidad geopolítica inmediatamente posterior al conflicto. Hizo lo que pudo, pero sus acciones fueron mucho más acertadas que sus palabras, que brillaron por su incoherencia.

Es comprensible el entusiasmo de los políticos estadounidenses ante los acontecimientos de finales de 1991: al ver cómo se arriaba la bandera roja del Kremlin, seguramente recordarían los sacrificios que había hecho su país durante el enfrentamiento global con la Unión Soviética. Es fácil, incluso, compartir ese sentimiento. Ahora, sin embargo, casi un cuarto de siglo después, conviene analizar lo que realmente ocurrió con actitud desapasionada. El discurso según el cual la caída de la URSS se debió al triunfo de Estados Unidos en la Guerra Fría llevó a sobrestimar el poder de este país en un periodo –el decenio anterior a los atentados del 11 de septiembre y la larga guerra de Irak– en el que era más importante que nunca no engañarse al respecto. Los relatos basados en una idea exagerada de la influencia estadounidense alimentan hoy las teorías conspirativas de los nacionalistas rusos: el derrumbe de la Unión Soviética fue, según dicen, resultado de un complot de la CIA. Tales teorías se difunden en las publicaciones electrónicas de ideología radical y hasta en las grandes cadenas de televisión rusas.[4]

Mi visión sobre lo ocurrido en los meses anteriores a la desintegración del estado soviético es mucho más compleja que la que se ha extendido hoy en los dos antiguos bloques antagónicos, y posiblemente causará polémica. Sostengo que el surgimiento de un mundo unipolar, caracterizado por la hegemonía estadounidense, tuvo tanto de casual como de intencionado. Conviene examinar de nuevo los orígenes de este mundo, así como las ideas

y acciones –deliberadas o involuntarias– de quienes lo crearon, a ambos lados del Atlántico, si queremos comprender los males que lo han aquejado durante los últimos quince años.

El presente libro analiza los acontecimientos decisivos que condujeron al hundimiento de la Unión Soviética. El concepto de imperio, al que aludo en el título, es fundamental en mi interpretación de lo ocurrido en 1991. Coincido con los historiadores y politólogos que sostienen que la derrota en la carrera armamentista, el declive económico, el movimiento democratizador y la quiebra del ideal comunista contribuyeron a la implosión soviética, pero no determinaron, en cambio, la desintegración territorial, fenómeno que se explica por el carácter imperial, la composición multiétnica y la estructura pseudofederal del estado. Ni los artífices de la política estadounidense ni los asesores de Gorbachov comprendieron del todo la importancia de estos factores.

Aunque a menudo se hacía referencia a ella simplemente como “Rusia”, la Unión Soviética era, en realidad, una amalgama de naciones que Moscú controlaba alternando la fuerza bruta con la tolerancia hacia sus peculiaridades culturales. La represión fue sin embargo la tónica del periodo soviético. La Federación Rusa era la república más extensa con diferencia, pero había catorce más. Los casi ciento cincuenta millones de rusos constituían apenas el cincuenta y uno por ciento de la población de la URSS, y los más de cincuenta millones de ucranianos –el segundo grupo más numeroso–, casi el veinte por ciento.

La victoria en la revolución permitió a los bolcheviques salvar el imperio ruso transformándolo en un estado cuasi federal, por lo menos en cuanto a la estructura constitucional. Pero este arreglo no libró a Rusia del destino que aguarda a todos los imperios: en 1990, la mayor parte de las repúblicas soviéticas ya tenían sus propios presidentes, ministros de Asuntos Exteriores y parlamentos elegidos más o menos democráticamente. Al año siguiente, el mundo comprendió por fin que la Unión Soviética no era Rusia.[5]

La caída de la URSS me parece análoga a la disolución, en el siglo XX, de los imperios austrohúngaro, otomano, británico, francés y portugués. Si llamo a la Unión Soviética el último imperio no es porque piense que nunca va a existir otro, sino porque ese estado fue el último representante del legado de los imperios europeos y euroasiáticos de la época moderna. Mi análisis parte

de la premisa de que el poder imperial es incompatible con la democracia, y que este conflicto condujo al derrumbe del último imperio. Tras las reformas democráticas introducidas por Gorbachov en 1989, los políticos recién elegidos en Rusia eran libres para decidir si seguir soportando la carga del imperio, y los de las otras repúblicas, si estaban dispuestos a continuar bajo autoridad rusa. Los dos grupos acabaron por rechazar el sistema establecido.

Los primeros en hacerlo fueron los dirigentes de los países bálticos y del oeste de Ucrania, es decir, las regiones incorporadas por la fuerza a la URSS en virtud del pacto Molotov-Ribbentrop de 1939. Los siguientes fueron sus homólogos rusos y del este de Ucrania, que formaba parte de la URSS desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Los representantes democráticos de Georgia, Armenia y los países bálticos reivindicaron la independencia. En las demás repúblicas, las viejas clases dirigentes se aferraron al poder: Gorbachov, sin embargo, les retiró su apoyo, condicionando su supervivencia política a la celebración de elecciones libres, por lo que empezaron a pactar con las fuerzas democráticas. A raíz de ello, la Unión Soviética terminó desintegrándose en sus quince repúblicas.[6]

Mi relato se centra en un periodo –el comprendido entre finales de julio y finales de diciembre de 1991– en el que se tomaron decisiones trascendentales para el futuro de la URSS. En esos cinco meses se puede decir que el mundo cambió. Fue a finales de julio, apenas unos días después de que George H. W. Bush visitara Moscú para firmar con Gorbachov un tratado histórico de reducción de armamento nuclear, cuando el presidente soviético llegó a un acuerdo con Boris Yeltsin para reformar el sistema, y este pacto desencadenaría el golpe de estado de agosto. La dimisión de Gorbachov, a finales de diciembre de 1991, supuso el hundimiento definitivo de la URSS. Son muchos los autores que se han ocupado de la implosión del estado soviético, pero todos han pasado por alto el periodo decisivo comprendido entre el golpe de agosto y la dimisión del presidente. Algunos participan, conscientemente o no, de la tesis según la cual la desaparición del Partido Comunista determinó automáticamente la liquidación de la Unión Soviética: una idea errónea, como demostraré en el presente libro. En agosto, el partido ya no estaba en condiciones de mantener la unidad del país, ni la suya propia. La Unión Soviética quedó herida después del golpe, pero siguió en pie cuatro meses más. En el periodo examinado aquí –el otoño y los primeros días de invierno de 1991– se decidió el destino de las repúblicas que la integraban y –lo que no es menos importante– el de los arsenales nucleares.[7]

En sus clarividentes estudios sobre la caída de la Unión Soviética y el fin de la hegemonía comunista en Europa oriental, Stephen Kotkin fija la atención en lo que él denomina la "sociedad incivil": las clases dirigentes del centro y la periferia del imperio soviético que decidieron abandonar el modelo comunista. Se ha dicho que la caída de la URSS, como la del imperio de los Romanov, fue un proceso iniciado e impulsado desde arriba: fueron las élites políticas de la metrópoli y las provincias quienes liquidaron el estado soviético. No se vieron, en efecto, multitudes airadas reclamando la disolución de la URSS. El derrumbe de la antigua superpotencia fue sorprendentemente pacífico, sobre todo en las cuatro repúblicas –Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán– que disponían de armamento nuclear, y que desempeñaron un papel fundamental en el proceso. El destino de la URSS lo decidieron, por tanto, las altas esferas, en un combate político en el que intervinieron dirigentes del este y del oeste: una guerra de nervios que puso a prueba su pericia diplomática. Estaba en juego su supervivencia política y, en algunos casos, también la física.[8]

En los acontecimientos de 1991 desempeñaron un papel central una serie de personas a quienes considero los principales artífices de ese cambio histórico, una mutación extraordinaria que se produjo de manera incruenta. Mi narración no es unipolar, como es el mundo desde 1991; ni siquiera bipolar, como lo fue durante la Guerra Fría; sino más bien multipolar, como ha sido el mundo durante la mayor parte de su historia y está volviendo a serlo ahora, considerando el auge de China y las dificultades políticas y económicas a las que se enfrenta Estados Unidos. Me ocupo de las decisiones tomadas en Washington y Moscú, pero también en Kiev, Almatý (conocida hasta 1993 como Almá-Atá) y las capitales de otras repúblicas soviéticas que pronto serían independientes. Los protagonistas son los cuatro dirigentes políticos que seguramente influyeron más en los acontecimientos ocurridos en la URSS y, disuelto el estado soviético, en el mundo en general.

El presente libro da cuenta de las acciones e indaga en los motivos de George H. W. Bush, el cauto y a menudo humilde líder de occidente, quien, al respaldar a su homólogo soviético, Mijaíl Gorbachov, e insistir en la seguridad de los arsenales nucleares, prolongó la vida del imperio, y contribuyó a su disolución pacífica; Boris Yeltsin, el rudo y díscolo líder de Rusia, que abortó, prácticamente en solitario, el golpe de agosto, y luego se negó a seguir los pasos de Slobodan Milošević intentando salvar un imperio que agonizaba, o modificando las fronteras; Leonid Kravchuk, el astuto líder

ucraniano, cuyo empeño en lograr la independencia para su país hizo imposible la supervivencia de la Unión; y, por último, el protagonista principal, Mijaíl Gorbachov, que se jugaba más que nadie y acabó perdiéndolo todo: su poder, su prestigio y su estado. Su tragedia personal –la de un gobernante que sacó a Rusia del totalitarismo, la abrió al mundo, introdujo procedimientos democráticos y puso en marcha reformas económicas, transformando su país y el mundo hasta tal punto que ya no había sitio para él– es el eje de mi relato.

La tesis fundamental del libro es que el destino de la Unión Soviética se decidió en sus últimos cuatro meses, es decir, el periodo comprendido entre el golpe de estado que comenzó el 19 de agosto de 1991 y el encuentro de los dirigentes de las repúblicas soviéticas que se celebró en Almatý el 21 de diciembre. A mi entender, el factor clave no fue la política de Estados Unidos, ni el conflicto entre el gobierno central y Rusia (representados respectivamente por Gorbachov y Yeltsin), ni las tensiones entre el gobierno central y las demás repúblicas, sino la relación entre las dos más extensas, a saber, Rusia y Ucrania: la negativa de sus clases dirigentes a convivir en un mismo estado puso el fin definitivo a la Unión Soviética.

El 8 de diciembre, Yeltsin y Kravchuk, que no habían conseguido llegar a un acuerdo basado en el modelo propuesto por Gorbachov, se entrevistaron en un pabellón de caza en el bosque de Belavezha, en Bielorrusia. El líder ruso y el ucraniano decidieron disolver la URSS y crear una Comunidad de Estados Independientes (CEI). Ni sus anfitriones bielorrusos ni los presidentes de las repúblicas centroasiáticas concebían una Unión sin Rusia, así que optaron por incorporarse a la CEI. Por su parte, George H. W. Bush contribuyó a evitar que la liquidación del último imperio desembocara en graves conflictos y la proliferación de armas nucleares.

En las dos décadas transcurridas desde la caída de la Unión Soviética, muchos de los protagonistas de mi relato han publicado sus memorias, entre ellos George H. W. Bush, Mijaíl Gorbachov, Boris Yeltsin, Leonid Kravchuk y varios consejeros suyos. Estos libros ofrecen abundante información y en algunos casos se leen con interés, pero no suelen explicar los acontecimientos en toda su complejidad. Los reportajes, aunque indispensables para captar el estado de ánimo predominante y las impresiones de los protagonistas y la gente corriente, aparecieron en una época en que los documentos secretos aún no estaban disponibles y los políticos más importantes eran reacios a hablar. El presente estudio no adolece de estas limitaciones, ya que he tenido la

suerte de poder entrevistar a algunos de los que participaron en el proceso (entre ellos el expresidente ucraniano, Leonid Kravchuk, y el bielorruso, Stanislav Shushkiévich) y, lo que es más importante, consultar los documentos desclasificados de la biblioteca presidencial George H. W. Bush, entre los que figuran archivos del consejo de seguridad nacional de Estados Unidos, la correspondencia de los funcionarios de la Casa Blanca encargados de preparar los viajes al extranjero del presidente, y transcripciones de las entrevistas y conversaciones telefónicas de Bush con otros dirigentes. Este material, parte del cual obtuve acogiéndome a la Freedom of Information Act (FOIA), junto con otras fuentes primarias, como las disponibles en los archivos nacionales de Washington y en la fundación Gorbachov de Moscú y el archivo de James A. Baker, depositado en la universidad de Princeton, me ha permitido narrar la caída de la Unión Soviética con una minuciosidad sin precedentes.

Las fuentes consultadas me han servido para responder a no pocas preguntas acerca del *cómo* y del *porqué*. He intentado, por lo general, comprender los motivos ideológicos, culturales y personales que impulsaron a los protagonistas de mi relato, así como averiguar qué información pesó en sus decisiones. Confío en que mi investigación esclarezca las causas del derrumbe de la URSS y, en particular, las dificultades crónicas que impidieron a las dos principales repúblicas, Rusia y Ucrania, coexistir en la Unión a partir de 1991. También confío en que les resulte útil a los interesados en saber cómo influyó Estados Unidos en el proceso, así como en entender el papel que ha de desempeñar este país en un mundo marcado todavía, en gran parte, por las decisiones que se tomaron entonces. Y es que un imperio, tanto si es consciente de serlo como si no, no puede ignorar las causas de la caída de su rival, o corre el peligro de ceder a la arrogancia y emprender su propio camino hacia el fin.

PRIMERA PARTE

LA ÚLTIMA CUMBRE

I
ENCUENTRO EN MOSCÚ

*U*na cumbre es la parte más alta de una montaña. La palabra, que también designa la mayor intensidad o perfección de algo, no se incorporó al lenguaje diplomático hasta 1953, cuando dos valientes alpinistas coronaron finalmente el Everest y Winston Churchill declaró que la voluntad de paz estaba “en la cumbre de las naciones”. Dos años después se aplicó al encuentro que celebraron los dirigentes soviéticos y occidentales en Ginebra, y su uso empezó a extenderse: la política internacional necesitaba imperiosamente un término para designar las reuniones entre altos dignatarios, que venían desempeñando un papel importante en las relaciones internacionales desde la década de 1930. Los gobernantes se habían reunido desde siempre para discutir las relaciones entre sus respectivos países, pero tales encuentros eran bastante infrecuentes antes de la era del transporte aéreo. El avión transformó profundamente no solo la guerra, sino también la diplomacia, cuya finalidad es evitar los conflictos armados. Las relaciones internacionales empezaron a surcar el cielo.

La diplomacia de las cumbres, en su modalidad moderna, nació en septiembre de 1939, cuando el primer ministro británico, Neville Chamberlain, voló a Alemania para intentar convencer a Adolf Hitler de que no atacara Checoslovaquia; se consolidó durante la Segunda Guerra Mundial con los encuentros entre Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt y Iósif Stalin (aunque aún no había un nombre apropiado para esta práctica); y alcanzó su apogeo en la Guerra Fría: los medios de comunicación de todo el mundo dedicaron mucha atención a las entrevistas entre Nikita Jrushchov y John F. Kennedy y entre Leonid Brézhnev y Richard Nixon. Sin embargo, los soviéticos no adoptaron el término occidental hasta el final del conflicto. En el verano de 1991, la prensa soviética dejó de utilizar la frase de rigor, “encuentro al más alto nivel”, y empezó a hablar de “cumbre”: un síntoma de los profundos cambios políticos e ideológicos que se estaban produciendo en Moscú y en el resto del mundo, además de una victoria pírrica para un término que prácticamente desaparecería del lenguaje diplomático en la

década siguiente.[1]

El primer “encuentro al más alto nivel” que los soviéticos llamaron “cumbre” estaba previsto para los días 30 y 31 de julio e iba a celebrarse entre el cuadragésimo primer presidente de Estados Unidos, George Herbert Walker Bush, y el primero de la Unión Soviética, Mijaíl Serguéyevich Gorbachov. Si bien ambos países llevaban tiempo preparándolo, la fecha definitiva se fijó con apenas unas semanas de antelación. Fue una negociación ardua, y los expertos soviéticos y estadounidenses discutieron hasta el último momento todos los detalles del histórico tratado que los dos mandatarios iban a suscribir en Moscú. Bush quería firmarlo lo antes posible, puesto que nadie sabía cuánto duraría Gorbachov en el Kremlin ni hasta cuándo sería posible llegar a un acuerdo.

La Casa Blanca presentó la entrevista ante los medios de comunicación como la primera cumbre posterior a la Guerra Fría. Se decía que el tratado iba a inaugurar una nueva era caracterizada por la confianza y la colaboración entre las dos superpotencias, tomando como punto de partida un asunto tan delicado como el del armamento nuclear. Tras nueve años de negociaciones, estaba listo para la firma el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas o START I, un documento de cuarenta y siete páginas acompañado por setecientas de protocolos, y en virtud del cual el conjunto de los arsenales nucleares disminuiría en un treinta por ciento aproximadamente, y los misiles intercontinentales soviéticos, que apuntaban en su mayor parte a Estados Unidos, en un cincuenta por ciento: los dos mandatarios se comprometían no solo a detener la carrera armamentista, sino a dar marcha atrás.[2]

Estaba a punto de cerrarse el conflicto entre los dos países más poderosos del mundo, que había comenzado al poco de terminar la Segunda Guerra Mundial y llevado al planeta al borde de un holocausto nuclear. El muro de Berlín había caído en noviembre de 1989, Alemania estaba en proceso de reunificación, y Mijaíl Gorbachov había adoptado la llamada “doctrina Sinatra”, que permitía a los países satélite de Moscú en Europa oriental evolucionar cada uno “a su manera”, liberándose poco a poco de la tutela del Kremlin: por todas estas razones podía darse por concluida la Guerra Fría. Las tropas soviéticas empezaban a retirarse de Alemania oriental y otros países de la zona, pero el cambio en el clima político apenas había afectado a los arsenales nucleares. El célebre dramaturgo ruso Antón Chéjov dijo en cierta ocasión que si una pistola aparecía en el escenario durante el primer

acto de una obra, era inevitable que alguien la disparase en el segundo: de la misma forma, las dos superpotencias habían colocado multitud de armas nucleares en el escenario mundial, y antes o después llegaría el siguiente acto, en el que otros actores querrían utilizarlas.

Las armas nucleares desempeñaron un papel decisivo en la Guerra Fría: la llevaron a los momentos más tensos y de mayor peligro para el mundo, pero también evitaron un enfrentamiento directo entre Estados Unidos y la Unión Soviética –los primeros países en obtenerlas–, pues el riesgo de destrucción total era demasiado grande. Con una Alemania dividida en el centro del conflicto geopolítico, Estados Unidos, que había creado la bomba atómica en el verano de 1945, se sentía seguro frente a la hegemonía absoluta de las fuerzas convencionales de la URSS en Europa central y oriental, que Stalin había ocupado y sometido al dominio comunista. Los soviéticos no sentían esta tranquilidad: redoblaron sus esfuerzos por fabricar la bomba y lo lograron en 1949, gracias en parte a los secretos tecnológicos que habían robado a su rival.

Existían, por tanto, dos potencias nucleares, y tras la guerra de Corea parecían abocadas al enfrentamiento armado. Ambas empezaron a competir en el desarrollo de una nueva generación de armamento no convencional: en la década de 1950, las dos fabricaron la bomba de hidrógeno, mucho más mortífera y difícil de controlar que la atómica. En el otoño de 1957, los soviéticos pusieron en órbita el satélite *Sputnik*, demostrando así su capacidad para atacar Estados Unidos con misiles nucleares, y la rivalidad entre las superpotencias entró en una fase muy peligrosa. Tras la muerte de Stalin en 1953, los nuevos dirigentes soviéticos se mostraron más dispuestos a dialogar con occidente, pero, con los avances que acababan de lograr en la tecnología de misiles (la URSS fue el primer país en lanzar un satélite no tripulado, y luego uno tripulado), su conducta se volvió a menudo imprevisible, y por tanto más peligrosa.

Con Jrushchov y Kennedy, los dos países estuvieron al borde de una guerra nuclear, motivada por el despliegue de misiles soviéticos en Cuba en octubre de 1962. Para entonces su rivalidad afectaba ya a todo el planeta. Había empezado en Europa del este, capturada y nunca liberada por los soviéticos, y luego se había extendido a Asia: en 1949 se instauró un régimen comunista en China, y Corea quedó dividida unos años después. En la década de 1950, con la disolución de los imperios británico y francés, las superpotencias empezaron a disputarse el resto de Asia y el continente

africano. Cuando la Cuba de Fidel Castro recurrió a la ayuda militar de la URSS y adoptó una ideología inspirada en el comunismo soviético, América Latina se convirtió en un campo de batalla más.

La crisis cubana de octubre de 1962 se resolvió con un pacto –la Unión Soviética aceptaba retirar sus misiles de la isla, y Estados Unidos, los suyos de Turquía–, pero la experiencia afectó profundamente a Kennedy y a Jrushov. Era necesario reducir la tensión y conjurar así el peligro de una guerra nuclear, así que los dos dirigentes firmaron en 1963 el primer acuerdo para frenar la carrera armamentista: el Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares, que soviéticos y estadounidenses habían tardado ocho años en negociar, fue un pequeño paso en la buena dirección. A partir de entonces, las superpotencias continuaron librando guerras indirectas *(proxy wars)* en todo el mundo, desde Vietnam hasta Angola, y al mismo tiempo negociando la reducción de sus arsenales nucleares: seguían así la doctrina de la destrucción mutua asegurada, según la cual los dos países contaban con suficientes armas para aniquilarse por completo al uno al otro, y por tanto, si querían sobrevivir, no les quedaba más remedio que dialogar.

En mayo de 1972, Nixon visitó Moscú para firmar con Brézhnev el primer Tratado de Limitación de Armas Estratégicas o SALT I y, en 1979, el presidente Jimmy Carter voló a Viena para rubricar el SALT II con el mismo líder. Ambos tratados restringían la fabricación de armamento nuclear. Sin embargo, al poco de firmar el SALT II, los soviéticos invadieron Afganistán y, un año después, los estadounidenses boicotearon los Juegos Olímpicos de Moscú. El sucesor de Carter, Ronald Reagan, se proponía recuperar el optimismo y el prestigio internacional de Estados Unidos tras el desastre de Vietnam. En 1982 murió Leonid Brézhnev, lo que desencadenó una crisis sucesoria en el Kremlin. Se intensificó la tensión internacional y, por primera vez desde el principio de la década de 1960, la Guerra Fría corrió el peligro de calentarse.[3]

El 1 de septiembre de 1983, cerca de la isla de Sajalín, los soviéticos derribaron un avión surcoreano con doscientos sesenta y nueve pasajeros a bordo, entre ellos un congresista estadounidense. Aguardaron entonces las represalias de su rival. En ese mismo mes, el teniente coronel Stanislav Petrov, perteneciente al Mando de Defensa Aérea, vio en su radar una señal que indicaba la presencia de un misil que se dirigía a la Unión Soviética. Luego observó otras cuatro señales idénticas. Supuso que se trataba de un

error informático, por lo que no avisó a sus superiores: de haberlo hecho, seguramente habría iniciado una guerra nuclear entre las dos superpotencias. Resultó que una curiosa alineación del sol y las nubes había causado un fallo técnico en el sistema de alerta temprana de los soviéticos. A Petrov, más tarde, se le consideraría un héroe. Ahora bien, si actuó así –si salvó el mundo, en definitiva–, no fue porque creyera que los estadounidenses fueran incapaces de atacar primero, sino porque estaba convencido de que, en el caso de que lo hiciesen, empezarían lanzando centenares de misiles, y no uno ni cuatro. Tras este incidente, la URSS siguió aguardando una ofensiva de Estados Unidos.[4]

En noviembre, la OTAN llevó a cabo en Europa los ejercicios militares Able Archer, y los soviéticos, creyendo erróneamente que eran preparativos para una guerra nuclear, pusieron en alerta máxima a todos sus agentes de inteligencia en el extranjero para que detectaran señales del inminente apocalipsis. En ese mismo mes, cien millones de espectadores en Estados Unidos vieron el estreno en televisión de la película *El día después*, que mostraba las consecuencias de un ataque nuclear para los habitantes de Lawrence, un pueblo de Kansas. Muchos atribuirían a este telefilme el cambio de tono del presidente Reagan: si en marzo de 1983 se había referido a la URSS como el "imperio del mal", en junio de 1984 pronunció el famoso discurso de Iván y Anya, en el que sorprendió a sus compatriotas hablando del deseo de los pueblos soviético y estadounidense de vivir en paz. "Imaginad por un instante –dijo– que Iván y Anya se encuentran en una sala de espera o se guarecen de la lluvia junto a Jim y Sally, y que no hay ninguna barrera lingüística que los impida conocerse. ¿Creéis que se pondrían a discutir sobre las diferencias entre los gobiernos de sus respectivos países? ¿O hablarían, por el contrario, de sus hijos y de sus trabajos?".[5]

No bastaba, sin embargo, con un cambio de retórica para que los intereses de la gente corriente pasaran a determinar las relaciones entre las grandes potencias. George H. W. Bush lo sabía mejor que nadie. Durante gran parte de la Guerra Fría había contribuido a definir la política estadounidense frente a la Unión Soviética, a menudo desde puestos de máxima responsabilidad. Bush nació en junio de 1924 en el seno de la familia acomodada de un senador del nordeste de Estados Unidos. Al enterarse de que los japoneses habían atacado Pearl Harbor, el joven Bush se alistó en el ejército, aplazando

sus estudios en la universidad de Yale. A los diecinueve años se convirtió en el piloto más joven de la Armada, y en el transcurso de la guerra participó en cincuenta y ocho misiones de combate en el Pacífico. En enero de 1945, estando de permiso, se casó con Barbara Pierce, de diecinueve años. El matrimonio tuvo seis hijos; el mayor, George Walker Bush, futuro presidente de Estados Unidos, nació en 1946, mientras su padre estudiaba Economía en Yale. La carrera duraba cuatro años, pero George padre la cursó en dos y medio, y luego, contrariamente a lo que se esperaba de un hombre de su origen y formación, se trasladó con su familia a Texas para trabajar en la industria petrolífera. Cuando empezó su trayectoria política a mediados de la década de 1960, ya era millonario y presidente de una empresa especializada en prospecciones marinas.

El comienzo de su carrera en la política internacional coincidió con el de la distensión entre las superpotencias. En 1971, el presidente Nixon nombró al antiguo congresista republicano por Texas, de cuarenta y cinco años de edad, embajador de Estados Unidos ante la ONU. Más tarde, tras dimitir su valedor por el escándalo Watergate, Bush se convirtió en el principal artífice de la política de acercamiento entre Estados Unidos y China que había emprendido Nixon. Pasó entonces catorce meses en Pekín como encargado de negocios de su país, contribuyendo a fortalecer una alianza que tenía por objetivo primordial el aislamiento de la Unión Soviética. En 1976 regresó a Washington para ponerse al frente de la CIA: como director de este organismo, fue responsable de una serie de operaciones encubiertas contra el gobierno de Agostinho Neto, primer presidente de Angola, que contaba con apoyo cubano. Entre 1977 y 1979 dirigió el consejo de Asuntos Exteriores, el poderoso *think tank* dedicado a la política exterior, por lo que fue testigo privilegiado del deterioro que sufrieron las relaciones entre Estados Unidos y la URSS en los últimos años de la administración Carter.

En 1981, Bush se convirtió en el cuadragésimo tercer vicepresidente de Estados Unidos. El presidente, Ronald Reagan, endureció enormemente el discurso oficial frente a la Unión Soviética, incrementó el potencial militar estadounidense e infundió optimismo a un país abatido por el desastre de Vietnam y la crisis económica de finales de la década anterior. Por otro lado, sin embargo, necesitaba en Moscú a un líder con el que negociar la reducción de los arsenales nucleares. La búsqueda de un interlocutor soviético fue de lo más frustrante, ya que, durante los primeros años de su administración, los dirigentes del Kremlin no paraban de morirse: en noviembre de 1982, al poco

de presentar Reagan su iniciativa START, falleció Leonid Brézhnev; su sucesor, Yuri Andrópov, antiguo director del KGB, murió en febrero de 1984, y el sucesor de Andrópov, Konstantin Chernenko, en marzo de 1985. Como representante de su país en los funerales de estos mandatarios, George H. W. Bush visitó Moscú con frecuencia en la década de 1980. En su país natal se lo empezó a asociar al eslogan: "Tú mueres, yo vuelo". Fue en el funeral de Chernenko donde conoció al nuevo líder soviético, Mijaíl Gorbachov, de cuarenta y cinco años.[6]

En julio de 1991, Bush viajó por primera vez a Moscú como presidente: lo era desde 1988. Esta vez no se trataba de asistir a un funeral, sino de negociar con su homólogo, el dinámico Gorbachov. La Unión Soviética había sufrido muchos cambios. "Desde mi última visita, hemos asistido a la apertura de Europa y al fin de un mundo dividido por la desconfianza", decía el discurso que los colaboradores del presidente habían redactado para la ceremonia de la firma de un nuevo tratado para la reducción de arsenales nucleares. "Aquel año, Mijaíl Gorbachov llegó a la presidencia de la Unión Soviética e impulsó una serie de transformaciones extraordinarias. Se puede decir que cambió el mundo con las reformas que emprendió. En Estados Unidos, todos saben por lo menos dos palabras en ruso: *glásnost* y *perestroika*. Y aquí todos saben una palabra en inglés: democracia".[7]

George H. W. Bush voló a Moscú acompañado por su mujer, Barbara, de sesenta y seis años y cabellos plateados, y varios colaboradores suyos. En estos vuelos transatlánticos, por lo general, los pasajeros no consiguen ni dormir ni aprovechar el tiempo: la diferencia horaria entre Moscú y Washington es de ocho horas. Sin embargo, Bush se dedicó a leer los documentos que su equipo le había preparado en los días anteriores a la cumbre. Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Sheremétievo, el recién nombrado vicepresidente soviético, Guennadi Yanáyev, recibió al matrimonio Bush. Era el primer encuentro entre el presidente estadounidense y Yanáyev. En los tres días que duró la visita, Bush le tomó aprecio a su anfitrión, un hombre humilde que se limitaba a cumplir sus funciones protocolarias, pues estaba excluido de la toma de decisiones políticas: a Bush seguramente le recordó sus años de soledad como lugarteniente de Reagan en la Casa Blanca. Cuando la comitiva presidencial llegó a Moscú, ya empezaba a oscurecer. "Unas cuantas personas nos saludaban con la mano: encendimos las luces que iluminaban el interior del coche para que se nos viera con claridad", recordaría más tarde

Bush. “Nos costaba distinguir las siluetas, y más de una vez creímos saludar a personas que resultaron ser farolas, lo que nos hizo mucha gracia”.[8]

El trayecto por las oscuras calles de Moscú era una metáfora perfecta de la cumbre que estaba a punto de celebrarse. La política exterior estadounidense había encendido las luces, por así decirlo: cundía el optimismo, y, sin embargo, apenas se distinguía nada con nitidez en el pleno ocaso de la Unión Soviética. Después de vacilar un tiempo, Gorbachov se mostraba inequívocamente a favor de continuar las reformas y colaborar con Estados Unidos, y cada vez más decidido a solicitar ayuda económica al antiguo adversario. Pero algunos de sus consejeros más próximos, entre ellos el primer ministro, Valentín Pávlov, y el director del KGB, Vladímir Kryuchkov, se oponían a esta iniciativa y eran, por lo demás, claramente partidarios de volver al autoritarismo, enterrando así las reformas democráticas del presidente soviético. Luego estaba el ejército, que consideraba que Gorbachov estaba reduciendo en exceso el potencial militar soviético, sin que los estadounidenses ofrecieran nada o casi nada a cambio.

Por último, había que tener en cuenta a los dirigentes de las repúblicas, cada vez más seguros de su poder. Uno de ellos, el estrafalario líder de Rusia, Boris Yeltsin, iba a entrevistarse con Bush en Moscú. El presidente estadounidense viajaría luego a Kiev para hablar con otro político en alza, el líder de Ucrania, la segunda república en tamaño de la Unión Soviética. El programa de la cumbre era señal de que el poder ya no se concentraba en una sola persona ni se ejercía únicamente desde Moscú, sino que estaba cada vez más disperso. Bush tendría que mirar más allá del luminoso escaparate que le mostraría la nueva Unión Soviética si quería hacerse una idea del futuro. Había discutido a menudo esos asuntos con sus colaboradores, y ahora era el momento de juzgar por sí mismo la realidad del país. Se trataba ante todo de ayudar a Gorbachov a mantenerse en el poder, y continuar así la luna de miel con la Unión Soviética.

Mijaíl Gorbachov tenía grandes esperanzas depositadas en la cumbre de Moscú. Sería su tercer encuentro con Bush en poco más de un año: le había visitado en Washington a finales de mayo y principios de junio de 1990, y, a mediados de julio de 1991, los dos mandatarios habían negociado en la cumbre de los siete países más ricos del mundo (G7), celebrada en Londres. En todas estas entrevistas, Gorbachov había pedido ayuda económica a su

homólogo estadounidense. Pero el líder soviético buscaba algo más que dinero: cada vez más impopular en su país, necesitaba imperiosamente mejorar su imagen, y la política internacional era el único medio. La cumbre serviría para recordar a los ciudadanos soviéticos que su presidente era un estadista de prestigio mundial.

Nacido en marzo de 1931, Mijaíl Gorbachov era, por tanto, siete años más joven que Bush, y el primer líder soviético que había nacido y crecido después de la revolución de Octubre de 1917. Tenía en común con el presidente de Estados Unidos la procedencia sureña –venía de la región de Stávropol, cerca de una zona tan políticamente inestable como el Cáucaso septentrional–, una educación de élite –se había licenciado en derecho por la prestigiosa universidad de Moscú– y haber comenzado su carrera profesional fuera de la capital. Pero las semejanzas terminaban ahí. Si Bush venía de la aristocracia política, Gorbachov, en cambio, había nacido en el seno de una familia de campesinos rusos y ucranianos. Además, su pronunciación rusa no era perfecta: hablaba con un marcado acento del sur, que delataba el dialecto, fuertemente influido por el ucraniano, aprendido de niño. Esta peculiaridad le había valido el desdén de la élite intelectual de Moscú, que lo tenía por un arribista de provincias. El joven Mijaíl se casó en la capital con Raísa Titarenko, estudiante universitaria como él, y producto de la amistad entre los pueblos que tanto se fomentaba en la Unión Soviética: su padre era un ferroviario ucraniano, y su madre una campesina rusa de Siberia, donde Raísa había nacido y se había criado. Los Bush tenían seis hijos; los Gorbachov, solo una hija, Irina.

Terminados sus estudios en la universidad de Moscú, Gorbachov regresó a su región natal de Stávropol, donde ascendería de manera fulgurante en el aparato del Partido. Según la escueta biografía incluida en el dossier que manejaba Bush para la cumbre de Moscú, “Gorbachov comenzó su carrera en el Komsomol [la organización juvenil del partido], y desempeñó varios cargos en el aparato del partido en Stávropol. En 1970, con apenas treinta y nueve años, se convirtió en primer secretario del comité regional, cargo que ejercería hasta su ascenso al secretariado del Partido Comunista de la Unión Soviética”. En Stávropol, y en tiempos de Brézhnev, llamó la atención de dos importantes miembros de la clase dirigente que tenían fuertes lazos con aquella región y se convertirían en aliados suyos: Mijaíl Súslov, guardián de la ortodoxia ideológica, y Yuri Andrópov, director del KGB y futuro secretario general del partido. Gracias a ellos se trasladó a Moscú al final del régimen

de Brézhnev.[9]

Cuando llegó a Moscú en 1979 para hacerse cargo del secretariado de agricultura en el comité central, Gorbachov apenas tenía experiencia en política internacional, aparte de los esporádicos viajes al extranjero que había hecho con delegaciones de bajo nivel. Sin embargo, aprendió rápido: primero en el puesto, de mayor responsabilidad que el anterior, que tuvo en el breve periodo de Andrópov, y luego en el cargo más importante del país, el de secretario general del Comité Central del Partido Comunista, para el que fue elegido en marzo de 1985. En Moscú, los asesores políticos de talante liberal habían encontrado por fin, en la cúpula del partido, a un hombre dispuesto a escucharlos y a correr riesgos para cambiar el estado de cosas dentro y fuera del país. Sentían una admiración secreta por la Primavera de Praga de 1968: el intento por parte de los comunistas checos de crear un socialismo "de rostro humano" (el ejército soviético había reprimido violentamente este movimiento liberalizador). En la formación política del líder soviético había influido el discurso de mediados de los 50 en el que Jrushchov denunciaba el terror estalinista (la policía de Stalin había detenido a los dos abuelos de Gorbachov). Además había compartido habitación en la universidad de Moscú con uno de los artífices de la Primavera de Praga, Zdeněk Mlynář, Gorbachov sabía escuchar y, ante todo, era un político dinámico.

En el plano doméstico, Gorbachov puso en marcha la perestroika (palabra que significa literalmente "reestructuración"), que descentralizó la economía e introdujo mecanismos de mercado. También emprendió la política de glásnost (término acuñado por los disidentes soviéticos, y que equivale a "transparencia"), que redujo el control del partido sobre los medios de comunicación, permitiendo cierto pluralismo ideológico. En cuanto a la política exterior, volvió a la distensión impulsada por Brézhnev, pero, en cambio, acabó rechazando la llamada doctrina Brézhnev, favorable a la intervención política y militar en Europa oriental. En Gorbachov, Reagan y Bush encontraron por fin a un líder soviético que gozaba de buena salud (no "se les iba a morir", como los tres anteriores) y estaba dispuesto a hablar de desarme nuclear. Menos de un mes después de tomar posesión de su cargo, suspendió el despliegue de misiles de medio alcance en Europa oriental, y unos meses más tarde propuso a Estados Unidos reducir a la mitad los arsenales nucleares estratégicos de los dos países.

En noviembre de 1986, Reagan y Gorbachov celebraron en Reikiavik una

cumbre donde –para horror de sus asesores– acordaron la destrucción total de los arsenales nucleares. El único obstáculo para cerrar el pacto era el empeño de Reagan en seguir adelante con la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), un programa de defensa antimisiles: Gorbachov creía que, de desarrollarse, la Unión Soviética quedaría en desventaja. La cumbre concluyó sin resultados, y el mundo pareció volver a los días más sombríos de la Guerra Fría. Sin embargo, transcurrido un tiempo, los dos países reanudaron el diálogo. El padre de la bomba de hidrógeno soviética, Andréi Sájarov, convenció a Gorbachov de que la IDE era poco más que una fantasía de Reagan. En 1987, los dos presidentes firmaron en Washington un acuerdo para limitar los arsenales y desmantelar los misiles nucleares de medio alcance en Europa. Y, en julio de 1991, Gorbachov y Bush estaban a punto de utilizar unas plumas fabricadas con material procedente de los llamados euromisiles para suscribir un nuevo tratado, en el que se comprometían a reducir el número de misiles nucleares de largo alcance que apuntaban a Washington, Nueva York y Boston, a un lado del Atlántico, y a Moscú, Leningrado y Kiev, al otro.[10]

En los meses anteriores a la cumbre de Moscú, Gorbachov había luchado por su supervivencia política. El presidente, sus consejeros y los partidarios con los que contaba dentro y fuera del país estaban convencidos de que la reforma del sistema soviético era imposible sin la democratización de la sociedad; en la práctica, sin embargo, la liberalización política y la económica no se ajustaban demasiado bien. La perestroika destruyó la vieja estructura económica del país antes de que los mecanismos del mercado pudieran consolidarse y producir resultados. La glásnost molestó profundamente al aparato del partido, que ya no ejercía un control total sobre los medios de comunicación: por primera vez desde 1917, podía recibir críticas con libertad. Las dificultades económicas se agravaron y las condiciones de vida empeoraron en poco tiempo, y a Gorbachov lo atacaron tanto los *apparatchiks* como los reformistas que exigían una transformación radical de la economía según el modelo que se había seguido en Polonia y otros satélites de la Unión Soviética en Europa oriental.

Los periodistas occidentales que llegaron a Moscú para cubrir el encuentro de los dos mandatarios disponían de un informe redactado por Gene Gibbons, de la agencia Reuters, que hablaba del abismo entre el Kremlin y la gente corriente: “Encima de una de las puertas de entrada a la embajada de Estados Unidos en Moscú un letrero reza ‘Fort Apache’. Es un fiel reflejo del sentir predominante en una capital en plena desintegración económica. Cuando la

comitiva presidencial recorra las calles de esta ciudad de 8,8 millones de habitantes, George Bush observará largas colas delante de las tiendas, escaparates vacíos, coches averiados en los arcenes y multitud de grúas ociosas. En el Kremlin verá el otro extremo: candelabros de oro y de cristal, fabulosos cuadros, suelos taraceados y mármol suficiente como para construir miles de monumentos".[11]

El deterioro de las condiciones de vida para la mayoría de la población –cada vez más indignada no solo por la situación económica, sino también por los privilegios de los que gozaba la clase dirigente– hacía a Gorbachov impopular entre los ciudadanos a los que aspiraba a liberar. Desde Moscú, Peter Jennings, uno de los tres presentadores de noticias más importantes de Estados Unidos, informó a los espectadores de la cadena ABC de que apenas un veinte por ciento de los soviéticos estaba conforme con la gestión de Gorbachov (después de la victoria estadounidense en la guerra del Golfo, el nivel de popularidad de Bush superaba el setenta por ciento). Sin embargo, el presidente soviético se mostró optimista y con sentido del humor ante los periodistas occidentales. Señalando a la multitud de partidarios suyos que se había congregado frente al Kremlin, le dijo a Jennings: "Mire, a algunos sí les caigo bien. Fui yo quien empezó todo esto. Se equivocan los que piensan que Gorbachov está acabado". Por primera vez en varios meses, creía controlar la situación, habiendo neutralizado a la facción conservadora que se oponía a las reformas, y estaba deseando aprovechar la cumbre para obtener apoyo internacional en su política interna.[12]

La primera entrevista oficial de la cumbre se celebró el 30 de julio de 1991 a mediodía, en el salón Santa Catalina del Gran Palacio del Kremlin. "Gorbachov estuvo espléndido –recordaría George Bush–. Me asombró su entereza, dada la enorme presión a la que estaba sometido". El presidente soviético se hallaba, efectivamente, en graves apuros, y la composición del grupo que le acompañó al encuentro con Bush era un síntoma del descrédito que sufría en su país. Entre sus integrantes estaba el líder de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev; sin embargo, el de Rusia, Boris Yeltsin, se negó a asistir pese a estar invitado: tenía previsto entrevistarse con Bush en su despacho ese mismo día, más tarde. Tampoco asistió el ministro de Defensa, el mariscal Dmitri Yázov, quien envió a un delegado.[13]

El camino hacia la cumbre había estado sembrado de obstáculos para

Gorbachov. Si él la consideraba un triunfo para su política exterior, para los miembros más importantes de la clase dirigente, en cambio, era una claudicación ante Estados Unidos. Aunque los altos mandos del ejército siempre se habían quejado de la escasez presupuestaria, Gorbachov tenía peores relaciones con el complejo militar-industrial que ninguno de sus predecesores, incluido Nikita Jrushchov, al que los militares aún odiaban por haber reducido considerablemente las fuerzas convencionales a principios de la década de 1960. Que Estados Unidos se había salido con la suya en casi todos los asuntos concernientes al tratado no lo creía, sin embargo, únicamente el ejército. Esta opinión la compartía uno de los más destacados especialistas estadounidenses en relaciones internacionales, Strobe Talbott, que se convertiría en el principal artífice de la política del departamento de Estado frente a Rusia en la segunda mitad de la década de 1990.

Nada más terminar la cumbre de Moscú, Talbott había publicado un artículo en la revista *Time* donde hablaba sin tapujos: "En casi todos los puntos más importantes del tratado START, Estados Unidos ha conseguido lo que exigía. […] En general, y con el consentimiento tácito de Gorbachov, la URSS ha quedado en una situación de inferioridad, puesto que el presidente soviético ha renunciado sin más a la principal ventaja militar de su país –la que tiene en misiles balísticos terrestres–, permitiendo a Estados Unidos mantener la suya en bombarderos, misiles crucero y submarinos nucleares". Talbott no podía decirlo más claro. ¿Por qué aceptó Gorbachov un tratado tan desigual, que no solo contrarió al ministro de Defensa, sino que sorprendió a los analistas políticos estadounidenses? Talbott tenía la respuesta: "Si la URSS ha cedido tanto y Estados Unidos tan poco ha sido por una razón muy sencilla: la revolución de Gorbachov es la mayor venta por liquidación de la historia. En tales transacciones, los precios siempre son muy bajos".[14]

Gorbachov había encomendado al ministro de Defensa la difícil tarea de convencer a la cúpula del ejército y al complejo militar-industrial en general de que aceptara un tratado que obligaba a Estados Unidos y la Unión Soviética a recortar el número de misiles, pero excluía las aeronaves, otorgando así una clara superioridad a los estadounidenses en el transporte de cabezas nucleares: aventajaban, en efecto, a los soviéticos en bombarderos pesados. Al final, los militares dieron su brazo a torcer.[15]

Quedaba una cuestión peliaguda, que se resolvería apenas dos semanas antes de la cumbre. Estados Unidos quería incluir en el tratado una cláusula

que reconocía su derecho a observar la prueba de vuelo del SS-25, el primer misil balístico intercontentinental móvil desarrollado por la URSS. Los estadounidenses lo conocían como “Hoz”, y los soviéticos como “Álamo”. En diciembre de 1987 se habían llevado a cabo las pruebas de lanzamiento, y, en julio de 1991, la Unión Soviética ya tenía doscientos ochenta y ocho Álamos apuntando a Estados Unidos, que no disponía de misiles balísticos móviles comparables. Los Álamos eran “salchichas” de 1,7 metros de ancho y 20,5 de largo que se colocaban en vehículos transportadores-lanzadores de catorce ruedas, por lo que eran más fáciles de desplazar y difíciles de detectar que otros proyectiles de la misma clase. Cada uno de estos cohetes multietapa estaba provisto de una cabeza nuclear que pesaba una tonelada y tenía una carga explosiva de quinientos cincuenta kilotones, es decir, aproxidamente cuarenta veces más que la de Hiroshima.

Según un estudio elaborado después de la Guerra Fría, la explosión de una bomba de quinientos cincuenta kilotones en Nueva York mataría a más de cinco millones de personas, enterrando a la mitad de la población del centro de Manhattan bajo los escombros y exponiendo al resto a dosis letales de radiación. El fuego lo arrasaría todo en un radio de seis kilómetros desde el epicentro, y el polvo de la explosión cubriría todo Long Island. A los negociadores estadounidenses, sin embargo, no les preocupaban tanto las consecuencias del estallido de un artefacto así –a fin de cuentas, su país disponía de multitud de armas con un potencial destructivo igual o superior– como que los SS-25 pudieran transportar más de una cabeza nuclear, lo que alteraría todos sus cálculos. De ahí que el consejero de Seguridad Nacional, Brent Scowcroft –a quien en general le interesaba más el potencial militar del enemigo que sus intenciones–, y su equipo pretendiesen observar la prueba de lanzamiento de un Álamo con once mil kilómetros de alcance. Esta exigencia les parecía inaceptable a los soviéticos, dada la superioridad de Estados Unidos en otras armas nucleares; pero finalmente aceptaron realizar la prueba de alcance de diez mil kilómetros, que se usaba para otros misiles balísticos, renunciando a “andar” los mil kilómetros restantes.[16]

Antes de viajar a Londres el 16 de julio de 1991 para asistir a la cumbre del G7, Gorbachov quería que los negociadores estadounidenses y soviéticos resolviesen todas sus diferencias. El 17 de julio pensaba entrevistarse con el presidente Bush y los demás líderes del G7 para pedirles ayuda económica: la Unión Soviética tenía graves problemas de liquidez. Ese día, unas horas antes del encuentro con Bush, el mariscal Yázov firmó a regañadientes un

documento en el que accedía a la exigencia estadounidense, allanando así el camino para la cumbre de Moscú. Gorbachov invitó oficialmente a Bush a visitar Moscú, y el presidente estadounidense aceptó: viajaría a la capital soviética lo antes posible, concretamente a finales de julio, antes de sus vacaciones en Maine.[17]

El 30 de julio, en el primer encuentro en Moscú entre los dos mandatarios, Gorbachov le pidió a su invitado que acelerara el proceso de integración de la URSS en el Fondo Monetario Internacional, que podría lanzar un salvavidas económico a su país. En Londres, se había negado a relacionar la firma del acuerdo START con la incorporación al FMI y la solicitud de ayuda económica a Estados Unidos: no quería dar la impresión de estar traicionando los intereses estratégicos de la URSS a cambio de dinero estadounidense. En Moscú se mostró más franco: "Ruego una vez más al presidente que interceda ante la delegación del FMI para que considere la solicitud de adhesión [de la URSS]. Me enfrento a graves dificultades en los próximos dos años. Llámennos como quieran: miembro asociado o medio asociado. Lo importante para nosotros es acceder a esos fondos". En la cumbre del G7 en Londres, Bush se había mostrado dispuesto a apoyar la plena integración de la URSS, con la ayuda económica que comportaba: ahora, en cambio, no quería comprometerse. "Se trataría de obtener exactamente lo que desea, pero sin la carga que supone ser miembro de pleno derecho", le respondió a Gorbachov.[18]

Después del almuerzo, Gorbachov le propuso a su invitado de honor dar un paseo por el recinto del Kremlin. Enseguida los rodearon decenas de reporteros. "Los agentes del KGB tuvieron que empujar a la gente para que nuestro grupo se abriera paso –recordaría Bush–. Hubo algún que otro percance: derribaron a varios fotógrafos y hasta a funcionarios, y se rompió una cámara. Pero el 'tanque' siguió avanzando, y el propio Gorbachov le dijo a la gente de la prensa que se apartara". Cientos de periodistas habían llegado a Moscú para cubrir el tan esperado encuentro, y todos estaban impacientes por ver y fotografiar juntos a dos de los líderes más poderosos del mundo.

A algunos la escena les produjo una sensación de *déjà vu:* tres años antes, Ronald Reagan había viajado a Moscú para ratificar formalmente con Gorbachov el tratado sobre misiles de medio alcance, firmado el año anterior en Washington, y los dos mandatarios habían conversado con ciudadanos corrientes en la plaza Roja. Aquella visita tuvo un carácter más simbólico que

práctico, al contrario que la de Bush, que iba a suscribir con Gorbachov un nuevo tratado, y no a ratificar uno ya firmado. Por lo demás, y según observó David Remnick, corresponsal de *The Washington Post* en Moscú y futuro director de la revista *The New Yorker*, el viaje de Reagan había sido mucho más emocionante que el de su sucesor: "Bush trataba a la multitud como si estuviese en una fiesta para hacer amistades en Yale –dijo en una crónica enviada desde la capital soviética–. '¿Sois todos de Siberia?', preguntó a un puñado de turistas rusos. Faltaba glamour".[19]

Esta insipidez se explicaba en parte por la propia personalidad de George Bush, gestor hábil y estadista prudente, pero sin el carisma de Reagan. También su anfitrión lo superaba en este aspecto: quien acaparó la atención de todos fue, en efecto, el líder soviético, conocido en los medios de comunicación occidentales como "Gorby" desde que, en diciembre de 1987, se ganara la simpatía popular durante su viaje a Estados Unidos. Con su viveza y espontaneidad eclipsaba por completo a Bush, un político tan solvente como soso. "En cuanto a la imagen pública –dijo en un artículo Walter Goodman, periodista de *The New York Times*–, Mijaíl S. Gorbachov derrota fácilmente a George Bush, aun cuando haya que escuchar sus palabras traducidas". De los dos políticos que pusieron fin a la Guerra Fría, Gorbachov era, sin duda, el que tenía más encanto; pero a Bush, por otro lado, se le atribuía comúnmente mayor peso político. A juicio de Goodman, la cumbre de Moscú "desbarató el principio fundamental de la televisión, según el cual la imagen cuenta más que la realidad".[20]

Mientras los presidentes discutían la incorporación de la Unión Soviética al FMI, Barbara Bush y Raísa Gorbachova aprovecharon la cumbre para fomentar una nueva imagen de las relaciones entre los dos países, así como para apoyar a sus maridos ante la opinión pública. Así, por ejemplo, Barbara Bush apareció en varios programas matinales de televisión, donde desmintió el rumor de que, por razones de salud, prefería que su marido no aspirara a un segundo mandato: de hecho, se puede decir que puso en marcha la campaña para la reelección declarando que Bush tenía que volver a presentarse por el bien de su país. El éxito de la cumbre de Moscú creaba el ambiente perfecto para lanzar la campaña, y George Bush anunciaría su candidatura nada más regresar a Washington.

Las primeras damas congeniaron muy bien a pesar de las diferencias de

edad y educación (Raísa era unos siete años más joven que Barbara), lo que contrastaba con la relación tirante entre Raísa y Nancy Reagan, que había criticado a su homóloga soviética por decir que la Casa Blanca era un edificio oficial y más un museo que un hogar. Además, Nancy afirmaba, como muchos que la conocían, que Raísa prefería sermonear a conversar. El recuerdo de Nancy Reagan debía de estar presente en Moscú en julio de 1991, cuando Raísa Gorbachova respondió a un periodista que le había preguntado qué susurraba últimamente al oído de su marido: "Yo no he dicho que le susurre nada al oído. Debe de haber sido otra persona". Se refería a Nancy, que había comentado que Raísa le susurraba al oído la palabra "paz" al líder soviético. La mujer de Gorbachov mataba así dos pájaros de un tiro: por un lado le metía un pulla a la predecesora de Barbara Bush, y por otro se defendía de sus detractores soviéticos, que la habían acusado de influir demasiado en la política y los nombramientos de su marido.[21]

Raísa Gorbachova y Barbara Bush se llevaban bien desde la visita de los Gorbachov a Washington en junio de 1990. Mientras sus maridos trataban asuntos comerciales, Raísa había acompañado a Barbara a una ceremonia de graduación en el Wellesley College, una universidad femenina en Massachusetts. Al principio se había previsto que la primera dama estadounidense pronunciara un discurso, pero ciento cincuenta estudiantes firmaron una carta de protesta alegando que la primera oradora había dejado los estudios al cabo de un año para casarse, y ejercido de ama de casa toda su vida. El equipo directivo de la universidad apaciguó los ánimos invitando a Raísa a pronunciar otro discurso: la mujer de Gorbachov era doctora en Sociología y profesora universitaria, y además gozaba de enorme popularidad en Estados Unidos gracias a la política de su marido. Sin embargo, se corrió un tupido velo sobre el hecho de que hubiese estudiado marxismo-leninismo y obtenido un título de socialismo científico (según la biografía que figuraba en el dossier elaborado para la cumbre de Moscú, había estudiado e impartido clases de filosofía). Dada la polémica que se había desatado en Wellesley, los soviéticos se opusieron en un primer momento a la visita, pero los estadounidenses insistieron. Por lo demás, Raísa tenía ganas de encontrarse con los estudiantes. Más tarde contaría que las preguntas de aquellos jóvenes la habían impulsado a escribir *Yo confío*, el libro autobiográfico donde defendía la política de su marido.[22]

El primer día de la cumbre de Moscú, Raísa y Barbara visitaron las iglesias del Kremlin y los museos, y luego inauguraron un monumento

donado a la ciudad de Moscú en nombre de Barbara Bush. Era una réplica del grupo escultórico “Abran paso a los patitos”, que representa a una mamá pato guiando a sus ocho crías, y se inspira en un popular cuento infantil escrito en 1941 por Robert McCloskey. El original se encuentra en el Public Garden de Boston, donde transcurre la acción del cuento. “Hay algo mágico en la idea de que los niños de Boston y los de Moscú disfruten de los patos al mismo tiempo”, dijo Barbara Bush en la ceremonia. La donación del monumento era una forma de continuar la campaña a favor de la alfabetización infantil que había impulsado en Estados Unidos. Sin embargo, y aunque pretendía vencer las diferencias culturales e ideológicas entre Moscú y Washington, el conjunto escultórico vendría, por el contrario, a simbolizar los obstáculos que se oponían al diálogo después de la Guerra Fría: los productos culturales e ideológicos importados de Estados Unidos se acogieron con entusiasmo al principio, pero luego no llegaron a cuajar del todo en la Unión Soviética. Si bien los patitos les gustaban mucho a los moscovitas y sus hijos, la mayoría no conocía el cuento de McCloskey, que no estaba traducido al ruso.[23]

El 31 de julio de 1991, segundo día de la cumbre, poco después de que el reloj de la torre del Kremlin diera las tres y media, George Bush y Mijaíl Gorbachov entraron en el jardín de invierno del Gran Palacio, donde se entrevistaron brevemente, como pedía el complicado protocolo que acompañaba en el Kremlin a la firma de los grandes tratados internacionales. A continuación, los dos presidentes bajaron por la fastuosa escalera del antiguo palacio de los zares hasta la sala de San Vladimiro. Este salón de actos rectangular, decorado con paneles de mármol rosa, es uno de los cinco que deben su nombre a las órdenes caballerescas del imperio ruso. El zar Nicolás I había mandado construir el palacio a mediados del siglo XIX para exaltar la gloria y el poderío militares de Rusia, y, después de la revolución de 1917, los comunistas lo destinaron a las ceremonias de estado, los actos del partido y las recepciones oficiales para los dignatarios extranjeros.[24]

El tratado de reducción de armas nucleares estaba listo para la firma. Parecía el comienzo de una nueva era, el triunfo de la razón sobre la insania que había dominado el mundo demasiado tiempo. “Estaba realmente emocionado en la ceremonia –recordaría el presidente Bush–. Para mí era algo más que eso: se trataba de infundir esperanza a los jóvenes de todo el mundo, de decirles que aún se podía ser idealista”. Mijaíl Gorbachov estaba igual de emocionado. Tras hablar Bush en su discurso de cómo habían ido aumentando los arsenales nucleares en el último medio siglo, el presidente

soviético dijo: “Gracias a dios que hemos acabado con eso”. Describió el tratado como “un acontecimiento de importancia mundial, porque el desmantelamiento de la infraestructura del miedo que ha gobernado el mundo se convierte en un proceso imparable”.[25]

El acuerdo START obligaba a cada uno de los dos países a restringir a seis mil el número de cabezas nucleares desplegadas contra el otro, y a mil seiscientos el número de misiles intercontinentales capaces de transportarlas. Pero Bush y Gorbachov no se limitaron a avanzar en la política de control y reducción de armamento que casi siempre había dominado las relaciones entre Estados Unidos y la URSS en los treinta años anteriores. Como muestra de que también llegaba a su fin el conflicto ideológico de la Guerra Fría, el presidente estadounidense se comprometió a pedirle al congreso de su país que otorgara a la Unión Soviética el estatus de país favorecido en los intercambios comerciales, que hasta entonces se le había negado, alegando que violaba los derechos humanos y denegaba visados de salida a sus ciudadanos judíos.

La cumbre también puso de manifiesto la colaboración creciente entre los dos países en el escenario internacional. Bush y Gorbachov emitieron un comunicado conjunto sobre Oriente Medio, comprometiéndose a promover una conferencia internacional sobre seguridad y cooperación en la región. Los soviéticos intentarían convencer a los palestinos de que participaran, y los estadounidenses harían lo mismo con los israelíes. Los dos presidentes enviarían a sus ministros de Asuntos Exteriores a Israel, donde el secretario de Estado, James Baker, discutiría con unos y otros sobre la conferencia y su homólogo soviético, Alexander Bessmertnikh, negociaría el establecimiento de relaciones diplomáticas plenas entre Israel y la URSS. Ciertos periódicos dijeron que el anuncio de la iniciativa de paz en Oriente Medio casi eclipsaba la firma del tratado START. Por último, los dos países llegaron a un acuerdo mínimo sobre Cuba: los soviéticos cedieron a las exigencias de Estados Unidos comprometiéndose a recortar la ayuda económica al régimen de Castro. No había, al parecer, ningún asunto, bilateral o internacional, que las dos superpotencias antes enemigas no pudiesen negociar ni, con el tiempo, resolver.[26]

Bush y Gorbachov habían llegado a la ceremonia en el Gran Palacio del Kremlin desde la casa de campo del presidente soviético en Novo-Ogarevo, cerca de Moscú, donde habían pasado cinco horas discutiendo los asuntos del

mundo sin agenda previa, y tratando de definir el nuevo orden mundial que sustituiría al equilibrio de poder de la Guerra Fría. Gorbachov más tarde describiría esta conversación informal como un "momento de gloria" para su política exterior, que llamaba "la nueva filosofía". La entrevista supuso, a su juicio, un avance decisivo en la formulación de una "política *común* por parte de dos potencias que hasta hacía poco se habían considerado enemigas y habían estado dispuestas a llevar al mundo entero al desastre". Gorbachov aspiraba a convertir el mundo en un condominio soviético-americano donde los dos países no solo vivirían en paz, sino que resolverían todos los conflictos internacionales a plena satisfacción de ambos.[27]

Sentado con Bush en un porche con vistas al río Moscova, Gorbachov expuso su idea del nuevo orden mundial. Pável Palazhchenko, que actuó como intérprete del presidente soviético, recordaría más tarde la tesis central de su jefe: "El mundo es cada vez más diverso y multipolar, pero tiene que haber una especie de eje rector, y nuestros dos países podrían formarlo". Aunque Gorbachov no la utiliza en sus memorias, no cabe duda de que la metáfora del eje describe cabalmente lo esencial de su doctrina: el líder soviético era partidario de una política conjunta de su país y Estados Unidos respecto a la Unión Europea, que estaba ganando poder no solo político y económico, sino también militar, así como de crear un frente común en las relaciones con Japón, India y China, que sumaban dos mil millones de habitantes y cada vez tenían más peso en el mundo. Por lo demás, convenía llegar a un acuerdo sobre el siempre conflictivo Oriente Medio y el incierto papel de África en el equilibrio de poder internacional.

Bush se mostró receptivo a las ideas de Gorbachov, pero también prudente, como de costumbre. En privado seguramente expresó sus reticencias. Según cuenta en sus memorias, "Gorbachov empezó con un largo monólogo, y yo apenas pude decir nada". A los soviéticos, en cambio, no les pareció un simple monólogo. "No es que Bush suscribiese claramente sus palabras –recordaría Palazhchenko–, pero por lo menos se percibía un afán de colaboración: estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con Gorbachov sobre asuntos que hasta hacía poco Estados Unidos se habría negado incluso a tratar con la Unión Soviética". Bush le aseguró a su anfitrión que deseaba el triunfo de las reformas puestas en marcha en la Unión Soviética, a pesar de la presión a la que le sometían la derecha y la izquierda estadounidenses: la derecha pretendía que Estados Unidos aprovechase la situación de debilidad de este país para destruir a su enemigo en la Guerra Fría, mientras que la

izquierda se lamentaba de que en la Unión Soviética se siguieran violando los derechos humanos. El presidente estadounidense, sin embargo, no quería hacer leña del árbol caído.

Los soviéticos tenían la impresión de que se les había escuchado. Estaban eufóricos. “Vivíamos para el futuro”, recordaría Gorbachov con nostalgia. Uno de los pocos funcionarios que participaron en la reunión de Novo-Ogarevo fue el consejero de política exterior del presidente, Anatoli Cherniaev, quien unos días después anotaría lo siguiente en su diario: “Nuestras relaciones [con los estadounidenses] son más estrechas que las que antes teníamos con nuestros ‘amigos’ de los países socialistas. No hay fariseísmo, ni hipocresía, ni paternalismo, ni palmaditas en la espalda, ni subordinación”.[28]

Si las conversaciones despertaron entusiasmo entre los soviéticos, que necesitaban imperiosamente el apoyo de Estados Unidos y estaban deseosos de que sus nuevos socios les trataran como iguales, la actitud de los estadounidenses fue mucho más templada. Brent Scowcroft, tan experimentado como Bush y no menos prudente, describiría así la impresión que sacó de la cumbre: “Las conversaciones fueron satisfactorias. Finalmente habíamos cerrado el acuerdo START I, un paso muy importante para limitar los arsenales nucleares estratégicos en una nueva era”. Al hablar en sus memorias de la entrevista de Novo-Ogarevo, Bush no menciona la propuesta soviética de una política común. Los soviéticos sabían que el presidente de Estados Unidos los escuchaba: otra cosa es que les hiciera caso.[29]

En la rueda de prensa posterior a la firma del tratado hubo un momento divertido, que cabría interpretar como una metáfora del diálogo entre Bush y Gorbachov sobre una posible relación especial entre los dos países. El presidente soviético estaba pronunciando las palabras preliminares –que ponderaban el espíritu y los resultados de la cumbre– cuando Bush, que tenía puestos los auriculares para escuchar la traducción simultánea, se volvió de pronto hacia su anfitrión y le dijo sonriente: “No he oído nada de lo que ha dicho”. El equipo de sonido no funcionaba, al parecer. “¿Me oye usted ahora? ¿Me oye usted ahora?”, preguntó preocupado Gorbachov. Bush le oía perfectamente en ruso, pero no entendía ni una palabra. La confusión duró unos minutos, hasta que, finalmente, se solucionó el problema técnico. “¿Está usted más o menos de acuerdo conmigo?”, dijo Gorbachov una vez superada la pequeña crisis. Bush oyó la frase traducida y respondió como solo podía

hacerlo él: “Lo que he oído me ha gustado”.

A juzgar por las memorias de Bush, la propuesta que le hizo Gorbachov de crear un orden mundial basado en la colaboración entre los dos países se perdió en la traducción. El líder soviético se aferraba a una ilusión.[30]

II
UN INTRUSO EN LA FIESTA

La noche del 31 de julio de 1991, George y Barbara Bush ofrecieron una recepción en la mansión Spaso, residencia oficial del embajador de Estados Unidos en Moscú. Al día siguiente viajarían a Kiev. A la ceremonia asistieron, además del matrimonio Gorbachov, los dirigentes de varias repúblicas, el más importante de los cuales era el recién electo presidente de Rusia, Boris Yeltsin, y miembros del gobierno soviético, entre ellos el ministro de Defensa, Dmitri Yázov, y el director del KGB, Vladímir Kryuchkov. El menú de la cena consistió en sopa de berros con semillas de sésamo, solomillo de ternera asado con salsa de trufa y patatas asadas. Los camareros sirvieron un Cabernet Sauvignon Georges de Latour de Beaulieu de 1970, un Iron Horse Brut Summit Cuvée de 1987 y un Chardonnay Cuvaison de 1990. También hubo café, té y golosinas.[1]

En su discurso de bienvenida, George Bush se deshizo en elogios para con su homólogo soviético. Era consciente de las dificultades que aguardaban a Gorbachov, y de que varios ministros suyos se oponían frontalmente a su política. “Creo que la firma de este tratado infunde esperanza a los ciudadanos de la Unión Soviética y de Estados Unidos de América, y al mundo entero –dijo Bush–. Lo creo sinceramente”. Entonces alzó su copa para brindar por los invitados, en especial Mijaíl Gorbachov, “un hombre al que respeto y admiro, y cuyas acciones en los últimos seis años han ilusionado tanto a quienes piensan, como yo, que una sola persona puede cambiar el mundo para mejor”. Y prosiguió: “Quiero, pues, rendir homenaje al presidente Gorbachov, y decirles que me marcho convencido, más convencido que cuando llegué, de que juntos podemos construir una paz duradera y, con ella, un porvenir más feliz para nuestros hijos”.[2]

Las alabanzas de Bush dejaron indiferentes a los ministros de tendencia conservadora. El mariscal Yázov, responsable de Defensa, estaba sentado en la misma mesa que el Consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos, Brent Scowcroft: en la cena, los dos cambiaron pareceres sobre el acuerdo START. Yázov, descrito en el dossier de la delegación estadounidense como

un político interesado en “proteger al ejército para evitar que pierda influencia y prestigio”, estaba descontento con el tratado y, en general, con toda la política exterior de Gorbachov. “Se le notaba de mal humor –recordaría Scowcroft–. Decía que habíamos salido beneficiados en todo, y que el ejército soviético se deterioraba día a día. No llegaba material nuevo; […] los jóvenes no querían hacer el servicio militar; no había viviendas para las tropas que volvían de Europa, etcétera. Le pregunté por qué le seguía preocupando el potencial militar soviético. ¿Qué amenazas había? Me contestó que la OTAN era la amenaza”. Scowcroft no dio muestras de entender el malestar de su interlocutor. Al final convenció al visiblemente disgustado Yázov de que brindara con él por la OTAN. Fuese cual fuese el vino que bebieron, no debió de sentarle muy bien al ministro de Defensa soviético.[3]

En la cena celebrada en la mansión Spaso se percibió la hostilidad hacia Gorbachov no solo de los conservadores, sino también de los reformistas. Esta facción la encabezaba Boris Yeltsin, titular de un cargo recién creado, el de presidente de Rusia. Claramente molesto por haber sido excluido de la mesa principal, se levantó en mitad de la velada y, acompañado por el presidente de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev, se acercó a George Bush, con quien se puso a hablar a grandes voces, asegurándole que haría todo lo posible por lograr el triunfo de la democracia en la Unión Soviética. Según contaría más tarde Gorbachov, “los comensales observaron la escena con curiosidad, pero sobre todo con estupor: se preguntaban, naturalmente, cómo había que interpretarla”. No cabe duda de que se sentía abochornado. En sus memorias habla de este incidente y de otro que había ocurrido la noche anterior, en la recepción celebrada en honor de Bush.[4]

El acto tuvo lugar en la Cámara Episcopal del Gran Palacio del Kremlin el día 30 de julio. Los matrimonios Bush y Gorbachov estaban saludando uno a uno a los invitados cuando de pronto repararon en una extraña pareja: al alcalde de Moscú, Gavriil Popov, lo acompañaba la mujer de Yeltsin, Naína. Al presidente de Rusia no se le veía por ninguna parte. Apareció más tarde, terminados los saludos, y se dirigió a los anfitriones con una sonrisa muy amplia. “¿Por qué has dejado a tu mujer con Popov?”, preguntó, algo inquieto, Gorbachov. “Porque ha dejado de ser peligroso”, contestó Yeltsin, bromeando a costa de quien se había convertido en un fiel aliado suyo.

Yeltsin había llamado a Gorbachov la noche anterior para preguntarle si podía entrar en el comedor con él y con Bush. El presidente soviético se

había negado. Después de este desaire, Yeltsin se creyó, al parecer, con derecho a hacer lo que le viniera en gana. Así, abordó de repente a Barbara Bush e, interpretando el papel de anfitrión, la invitó a acompañarle al comedor. "¿Seguro que procede?", preguntó estupefacta la primera dama estadounidense, y luego se las arregló para colocar a Raísa Gorbachova entre ella y Yeltsin. Los periodistas que presenciaban la escena no entendían bien lo que estaba ocurriendo. Según contó un corresponsal de *The Wall Street Journal*, "Bush y Gorbachov, mientras tanto, miraban para otro lado, absortos en una larga y minuciosa conversación sobre la lámpara de cristal que colgaba del techo". A los invitados, muchos de ellos miembros del gobierno de Gorbachov, les incomodó el comportamiento de Yeltsin. Los estadounidenses también estaban molestos.

Al parecer, George Bush le comentó a su séquito que Yeltsin era un "verdadero incordio", y que trataba de utilizarlo a él para quitarle protagonismo al líder soviético. En sus memorias, recordando el incidente, dice que "habría sido bastante embarazoso para Gorbachov" que el presidente de Rusia hubiese entrado en el comedor con Barbara. Scowcroft, que le tenía antipatía a Yeltsin desde que este visitara por primera vez la Casa Blanca unos años antes, estaba furioso: "A ese tipo hay que decirle que no vamos a dejar que nos utilice en sus ridículas tretas". El embajador de Estados Unidos en Moscú, Jack Matlock, recibió el encargo de advertírselo al ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, Andréi Kozyrev. "El comportamiento de Yeltsin fue descortés e infantil –escribiría más tarde–. Quería llamar la atención y poner a Gorbachov y a Bush en una situación incómoda".[5]

A pesar de su malestar, Bush, Scowcroft y otros miembros de la delegación estadounidense sabían que no les quedaba más remedio que tratar con el recién electo presidente de Rusia. Aprovechando el declive político de Gorbachov, Yeltsin se presentaba como la gran esperanza del gobierno de Estados Unidos en sus relaciones con los soviéticos. Era, al contrario que Gorbachov, un líder elegido democráticamente que repudiaba abiertamente el comunismo y estaba decidido a cambiar radicalmente la política interior y exterior de Moscú. Pero ¿se podía colaborar con él, dadas sus excentricidades? Y ¿cómo hacerlo sin debilitar a Gorbachov? A estas preguntas tan peliagudas se enfrentaban Bush y sus consejeros.

Boris Yeltsin era de la misma edad que Gorbachov y de un origen similar.

Nacido en 1931 en los Urales en el seno de una familia obrera, había llegado a la cúspide del poder gracias, entre otras cosas, a una energía sin límites. Era un hombre hecho a sí mismo. Ingeniero de formación, empezó a labrarse un prestigio en el sector de la construcción, seguramente el más duro de la economía soviética. Siempre necesitadas de fondos y mano de obra –a diferencia del complejo militar-industrial–, las constructoras recurrían, para cumplir con sus planes quinquenales, a los presidiarios y la gente de mal vivir que los funcionarios del partido enviaban a las obras. El éxito dependía en gran medida del carisma y la fortaleza del jefe de obra, y estas eran cualidades que no le faltaban a Yeltsin. En 1955 comenzó su carrera profesional como capataz en Sverdlovsk, una ciudad de los Urales, y luego fue progresando gracias a que sus resultados eran mejores de lo habitual en el sector. En 1976 fue nombrado primer secretario del comité del Partido Comunista en la región: con cuarenta y cinco años, se convirtió en el gobernante *de facto* de una extensísima zona industrial, mucho más importante en la jerarquía soviética de las regiones que el *krai* de Stávropol, donde el poder estaba en manos de Gorbachov.

Gorbachov ascendió en el partido cultivando grano y agasajando a los gerifaltes de Moscú que se alojaban en los balnearios de su región: Yeltsin lo hizo cumpliendo los objetivos de producción industrial y de infraestructuras, y logró fama en Sverdlovsk no solo por levantar edificios (entre los muchos proyectos que terminó estaba el del teatro de la ópera, del que era asiduo el joven secretario regional del partido), sino también por derribarlos. En 1977, siguiendo órdenes de Moscú, los funcionarios del comité de Sverdlovsk demolieron la casa donde habían sido ejecutados el zar Nicolás II y su familia en el verano de 1918; a la cúpula del partido le preocupaba que pudiera convertirse en un lugar de culto y peregrinación. Yeltsin destruía tan rápido como construía: el último refugio del zar, en el que había muerto la vieja Rusia, desapareció en apenas una noche. El partido ya podía celebrar el sesenta aniversario de la Revolución de Octubre sin que nada le recordara el crimen cometido por los fundadores del estado comunista.

Boris Yeltsin siempre se sentía a gusto hablando con los ciudadanos corrientes y le gustaba mucho que lo adularan, pero su ascensión al liderazgo de los demócratas no comenzó hasta la época de la perestroika y la glásnost, cuando Gorbachov ofreció al incombustible político de Sverdlovsk trasladarse a Moscú. Pronto se hizo cargo de la administración de la ciudad, paralizada por la corrupción de la era Brézhnev. Se deshizo de los viejos

cuadros y abrió su oficina a los periodistas locales, que adoraban al dinámico y renovador primer secretario del partido en Moscú. Sin embargo, Yeltsin no tardó en darse cuenta de que no gozaba de la misma autonomía que en Sverdlovsk: el poderoso secretario de Moscú tenía que tratar con el aún más poderoso Politburó de la Unión, al que era candidato a incorporarse. Sus colegas pronto observaron cómo a sus raptos de actividad febril los seguían periodos de depresión.

El ritmo de las reformas emprendidas en Moscú lo llevó a enfrentarse con su antiguo valedor, Yegor Ligachov, exsecretario del Partido en Siberia y representante de la facción conservadora en el Politburó. En el otoño de 1987 arremetió no solo contra él, sino también contra Gorbachov: además de denunciar los obstáculos que se oponían a los cambios, acusó a los miembros del Politburó de adular a su jefe. Gorbachov contraatacó despojándolo de su cargo y de su candidatura a miembro del máximo órgano de gobierno del PCUS. Su carrera en el partido había terminado: Yeltsin le rogó a Gorbachov y a sus colegas que lo perdonaran, pero no sirvió de nada. Entonces pareció cerrarse el círculo: se le encargó de nuevo supervisar obras en un país que seguía levantando infraestructuras, pero donde la "reestructuración" del socialismo era un proyecto incierto. Su expulsión del Politburó fue una derrota para los elementos más liberales del bando de Gorbachov –el de los defensores de la perestroika– y un triunfo para los reaccionarios del partido. Un año después, Ligachov sermoneó en público a Yeltsin: "Estás equivocado, Boris", le dijo.[6]

Si el Politburó perdió a uno de los reformistas más convencidos, el pujante movimiento demócrata ruso encontró en Yeltsin a un líder inesperado. El viento soplaba a su favor en todo el país. Consciente de la capacidad del aparato del partido para entorpecer sus reformas, Gorbachov había empezado a recortar su poder con mucha habilidad. En 1989, un año después de la defenestración de Yeltsin, el secretario general terminó con el monopolio de la actividad política que el partido ejercía desde hacía más de sesenta años: por primera vez en la historia de la Unión Soviética se introdujeron elecciones competitivas. Para continuar en el poder, los secretarios del partido tendrían que ser elegidos no solo para sus cargos en esta organización, sino también como jefes de los soviets (consejos) regionales. El poder efectivo pasaba así de las oficinas de los secretarios a los soviets y los parlamentos de las repúblicas.

Los jerarcas del partido protestaron, pero no se rebelaron. A todos se les ofreció la oportunidad de participar en el nuevo sistema, y los más hábiles supieron aprovechar la maquinaria del partido para asegurarse un puesto en los cada vez más poderosos soviets. En marzo de 1990, el Congreso de los Diputados del Pueblo suprimió de la constitución soviética el artículo que otorgaba un estatus especial al partido en el estado y la sociedad, y eligió a Gorbachov para el nuevo cargo de presidente de la Unión Soviética. Gorbachov mantuvo el de secretario general del Comité Central, pero pronto empezó a trasladar a sus consejeros y a los miembros más destacados del aparato de ese órgano a la recién creada administración presidencial.

Entre los antiguos altos cargos del Partido, pocos se beneficiaron tanto de los profundos cambios introducidos por Gorbachov como Yeltsin, que sin embargo se había convertido en enemigo acérrimo del presidente. En la primavera de 1989, cuando se celebraron las primeras elecciones cuasi libres en la Unión Soviética, Yeltsin emprendió una trayectoria a la que hasta entonces no había podido aspirar ningún político enemistado con el aparato. Aprovechó con energía y decisión la oportunidad que se le presentaba. Según la biografía suya incluida en el dossier que manejó el presidente Bush para la cumbre de Moscú, “su hostilidad hacia el sistema atrae a la gente corriente, y la élite intelectual progresista es partidaria, como él, de acelerar las reformas”. Si no sabía maniobrar en el aparato, tenía, en cambio, un talento notable para hablar a las multitudes. Y había mucha gente dispuesta a escucharlo en un momento caracterizado por el fracaso de la perestroika y el avance de la glásnost.[7]

El intento de Gorbachov de reformar la economía dirigida –la obra de Stalin– precipitó su derrumbe. A raíz del fracaso de las medidas económicas, el creciente desabastecimiento de bienes básicos y la mayor libertad para criticar la política del partido –la del presente y la del pasado–, el PCUS estaba perdiendo la batalla. La oposición se organizó políticamente en el primer Congreso de los Diputados del Pueblo de la Unión Soviética, celebrado en los meses de mayo y junio de 1989, en el que los diputados reformistas de Moscú, Leningrado y otras grandes ciudades se aliaron con los de las repúblicas bálticas, que reivindicaban una mayor autonomía y, a la larga, la independencia. Se trataba de derrotar al aparato del partido.

Yeltsin se convirtió en el líder indiscutido de la oposición al régimen. Los ciudanos rusos corrientes estaban cansados de los interminables discursos de

Gorbachov, que apenas se traducían en ningún resultado concreto. El fracaso de sus medidas y el consiguiente malestar social contribuyeron a la popularidad de Yeltsin tanto como su extraordinaria intuición política y su capacidad para reunir a los partidarios más progresistas de la perestroika y los líderes del movimiento sindical bajo la bandera del renacimiento de Rusia. En marzo de 1989, y contra los deseos del Kremlin, los ciudanos moscovitas lo eligieron como su representante en el Congreso de los Diputados del Pueblo. Al año siguiente, su ciudad natal de Sverdlovsk lo envió al parlamento de la Federación Rusa, del que fue nombrado presidente después de derrotar a los dos candidatos del Kremlin. Entonces abandonó el Partido Comunista.

Yeltsin rompió con el partido de la forma más aparatosa que cabía imaginar: delante de los diputados del último congreso de la organización, celebrado en julio de 1990. Al ver rechazada su propuesta de rebautizarlo como Partido del Socialismo Democrático, el antiguo líder del PCUS en Sverdlovsk anunció que renunciaba a la militancia, alegando que era necesario instaurar una democracia pluripartidista y que, como jefe del presídium del parlamento ruso, no podía someterse a ningún partido. No fue una decisión fácil para él. Le costó mucho esfuerzo redactar el discurso, y su nerviosismo había ido creciendo a medida que se aproximaba el momento de pronunciarlo. Ese mismo día había confiado sus dudas a su principal consejero, Gennadi Burbulis, oriundo de Svedlovsk como él. “No paraba de darle vueltas a la cabeza –recordaría Burbulis–. Le preocupaban mucho las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer. […] Y no ocultaba su inquietud, ‘pero eso es lo que me ha hecho levantarme’, decía”.[8]

Gorbachov pensaba que su marcha del partido ponía fin a su carrera política, “como es lógico”, según le dijo a Anatoli Cherniaev, consejero del secretario general y hombre de talante liberal. En realidad, su ruptura pública con el partido señaló el fin de la hegemonía social de esta organización, e indujo a muchos militantes a imitarlo, aunque por lo general de manera más discreta: simplemente dejaron de pagar sus cuotas, de asistir a las reuniones y de cumplir con los encargos del partido. En 1990, el año en que Yeltsin abandonó el PCUS, el número de afiliados disminuyó de 19,2 millones a 16,5, y la merma de ingresos fue de 1,8 millones de rublos. Gorbachov recordaría más tarde que, en los dieciocho meses anteriores al 1 de julio de 1991, más de cuatro millones de militantes, es decir, casi un cuarto del total, dejaron el partido o fueron expulsados por oponerse a su política o negarse a acatar sus órdenes y a pagar las cuotas.[9]

Los burócratas del PCUS estaban perplejos. En enero de 1991, un secretario del Comité Central, Oleg Shelin, advirtió a los comités de las repúblicas y las óblasts que muchos de los que habían dejado el partido en 1990 eran obreros o campesinos: señal alarmante para una organización que se preciaba de contar con tales militantes. Aún más grave era la marcha de numerosos miembros de la élite intelectual. Si los obreros siempre se habían resistido a afiliarse a un partido que apenas ofrecía ningún beneficio a sus bases, los miembros de ese grupo social habían tenido, en su mayoría, mucho interés en hacerlo, ya que su militancia les permitía medrar accediendo a la clase funcionarial y, con el tiempo, a la *nomenklatura*, esto es, la cúpula del PCUS y de la burocracia, formada casi exclusivamente por afiliados. Pertenecer al partido era una condición necesaria para obtener un cargo no solo en la administración, sino también en las instituciones de enseñanza superior y en los gigantescos y bien financiados centros de investigación científica.[10]

En el otoño de 1990 se empezó a resquebrajar la lealtad del sector más prestigioso de la élite soviética: el cuerpo diplomático y los expertos que trabajaban en occidente. La militancia en el partido era un requisito importante para obtener puestos que permitiesen vivir en el llamado paraíso capitalista, cobrando sueldos inimaginables para un ciudadano normal. Muchos de los soviéticos que viajaban al extranjero llevaban tiempo desencantados con el sistema, pero hasta ese momento se habían cuidado de ocultar sus pensamientos subversivos declarando su adhesión al régimen y al partido que lo encarnaba. En 1990, sin embargo, quebró el acuerdo tácito entre el aparato del partido y ese grupo social, en virtud del cual el primero aceptaba sin más las declaraciones de lealtad, que el segundo le ofrecía a cambio del privilegio de trabajar fuera de la Unión Soviética.

El hecho de que Yeltsin rompiera con el PCUS sin perder por ello el cargo de presidente del parlamento ruso convenció a la élite de que la militancia partidista ya no era condición indispensable para hacer carrera. En el último trimestre de 1990 siguieron su ejemplo catorce ciudanos soviéticos que trabajaban en organismos internacionales radicados en Ginebra. El departamento de Organización del partido remitió al Comité Central un memorando sobre este asunto en el que se reconocía explícitamente que obedecía a razones ideológicas. El principal culpable, decía el informe, estaba en Moscú: varios ciudanos soviéticos residentes en Ginebra tenían estrechos vínculos con el círculo de Yeltsin y con la prensa contraria al régimen, y estaban pensando en crear en la ciudad suiza una rama del Partido

Republicano Ruso, una organización opositora.

La rebelión no se limitaba a Ginebra. La tendencia a abandonar el barco soviético era igualmente notoria en las misiones diplomáticas y comunidades soviéticas de Nueva York, Viena, París y Nairobi, y hasta en la cúpula del ministerio de Asuntos Exteriores había voces que reclamaban la despolitización del cuerpo diplomático. Los *apparatchiks* del Comité Central se inclinaban a atribuir este fenómeno a la avaricia: según el citado memorando, estos ciudadanos privilegiados no querían abonar las cuotas de militante en una divisa fuerte, pues lo consideraban un tributo adicional sobre sus ingresos. La mayoría de los funcionarios residentes en el extranjero se quejaban, por lo demás, de que el estado soviético les confiscase gran parte del sueldo que cobraban –en moneda fuerte– de los organismos internacionales: ese dinero iba a engrosar la tesorería de las embajadas. Muchos se negaban a pagar.

Contaba el informe que, entre 1989 y 1990, siete funcionarios soviéticos que trabajaban en Ginebra no quisieron volver a su país una vez vencidos sus contratos, negociados y aprobados por el partido: firmaron nuevos contratos por su cuenta y continuaron trabajando en el extranjero. Estos "desertores" se negaron a cumplir órdenes de la misión diplomática de la URSS en Ginebra y rompieron el contacto con ella. La rebelión del cuerpo diplomático y de los ciudadanos soviéticos empleados en organismos internacionales indicaba que el partido ya no era capaz de asegurarse la obediencia de una clase funcionarial desencantada con el comunismo. Cuando el único sector de la sociedad que podía sacar provecho de la militancia en el partido dejó de afiliarse o empezó a abandonarlo, el panorama se volvió muy sombrío.[11]

La ruptura de Yeltsin con el PCUS no le costó la pérdida de sus privilegios. Para entonces ya presidía el parlamento ruso y tenía un buen sueldo, un despacho amplio y un vehículo oficial con chófer. No fue, sin embargo, el primer exfuncionario del partido en ocupar un puesto en las instituciones democráticas recién creadas: antes lo hicieron los políticos del Cáucaso y de las repúblicas bálticas, que en el verano de 1990 ya desafiaban abiertamente a Moscú.

Con los primeros pasos que dieron Gorbachov y sus aliados hacia la democratización del sistema, apenas aumentó el apoyo popular a su proyecto de reformar la URSS desde Moscú. Esas medidas no hicieron sino animar a las

naciones soviéticas a reivindicar su autonomía, amenazando así la integridad de la Unión, a la que se habían incorporado por la fuerza. Gorbachov y sus partidarios y adversarios soviéticos y extranjeros creían que la URSS había resuelto la cuestión nacional: al contrario que los gobernantes de los desaparecidos imperios británico, francés y portugués, los líderes soviéticos habían logrado mantener unidas durante mucho tiempo las naciones no rusas en una estructura política que no tenía, sin embargo, la apariencia convencional de un imperio. El edificio empezó a desmoronarse a finales de la década de 1980.

En 1988 estalló en Nagorno Karabaj, enclave armenio situado en Azerbaiyán, un conflicto entre azeríes y armenios que tomó por sorpresa a quienes creían en el experimento internacionalista soviético. En el otoño de ese año, unos dos millones de personas participaron cada mes en manifestaciones organizadas por líderes nacionales, principalmente en las repúblicas bálticas y en el Cáucaso. Las autoridades centrales a menudo recurrieron a la fuerza para atajar los enfrentamientos étnicos y restablecer el orden. La amenaza más grave para la Unión estaba en las provincias bálticas, ocupadas en 1940 y plenamente reincorporadas al imperio después de la Segunda Guerra Mundial: el 23 de agosto de 1989, los militantes de las organizaciones independentistas bálticas demostraron su fuerza formando una cadena humana –la llamada Cadena Báltica– que se extendía desde Tallin (Estonia) hasta Vilna (Lituania) pasando por Riga (Letonia). Se trataba de conmemorar el cincuenta aniversario del pacto Molotov-Ribbentrop, que había conducido a la anexión soviética de la región, nunca reconocida formalmente por Estados Unidos como parte de la URSS.

A finales de 1989, el Partido Comunista Lituano se declaró independiente del Comité Central de Moscú. Estaba en crisis no solo la autoridad del PCUS, sino también la integridad del estado al que Gorbachov servía con orgullo. Las protestas, que ese año fueron más multitudinarias en las repúblicas bálticas y transcaucásicas que en ninguna otra región, estuvieron motivadas principalmente por las enmiendas que se habían propuesto en Moscú a la constitución soviética, y que permitirían al parlamento de la URSS rechazar las leyes de las repúblicas que juzgase incompatibles con las de la Unión, así como resolver unilateralmente las cuestiones territoriales. En el verano de 1990, la mayor parte de las repúblicas soviéticas ya se habían declarado soberanas, lo que significaba que sus leyes prevalecían sobre las de la Unión Soviética. El imperio, disfrazado de unión voluntaria, seguía en apariencia

intacto, pero el gobierno central observaba ya, perplejo y alarmado, el espectáculo de su desintegración.[12]

La movilización nacional rusa comenzó en los primeros meses de 1989 fuera de las fronteras de la Federación Rusa, y en respuesta al auge de los nacionalismos en Moldavia, las regiones bálticas y otras repúblicas. Pronto se extendió a la propia Rusia, aunque de manera imprevista: los liberales, que tenían sus principales focos de influencia en Moscú y Leningrado, avanzaron hacia una alianza política con las repúblicas bálticas. Los líderes del movimiento democrático defendían, en lo económico, la misma doctrina liberal que los nacionalistas bálticos, y decidieron entonces imitar su estrategia política para promover la soberanía de Rusia, idea que Yeltsin abrazó en la primavera de 1990, cuando hacía campaña para obtener un escaño en el parlamento ruso, y que implicaba la transferencia de poder político y económico a las repúblicas. Con esta brillante jugada política empezó a ganar adeptos fuera de la élite intelectual de Moscú y Leningrado.

Antes de que Gorbachov pusiera en marcha la perestroika, no había muchos rusos que creyesen de veras en la Federación Rusa, que, pese a ser la república soviética más importante, no contaba con un Partido Comunista ni una Academia de Ciencias propia. ¿Por qué reivindicarlos, si el Partido Comunista de la URSS y la Academia de Ciencias de la Unión tenían su sede en Moscú y estaban dirigidos y formados mayoritariamente por rusos? A finales de la década de 1990, el propio Yeltsin reconocería en una entrevista su escaso apego inicial a las instituciones rusas del estado soviético: “Me consideraba ciudadano de ese país [la Unión Soviética] y no de Rusia. También me consideraba un patriota de Sverdlovsk, porque había trabajado allí. Pero la idea de ‘Rusia’ me resultaba tan vaga que, como primer secretario del Partido en Sverdlovsk, apenas había consultado ningún asunto con los departamentos rusos: primero acudía al Comité Central del PCUS, luego al gobierno de la Unión”.[13]

Yeltsin no era, sin embargo, el único político en alimentar el nacionalismo ruso: sus adversarios conservadores propugnaban la creación de un Partido Comunista de la Federación Rusa, similar a los de las repúblicas no rusas. La idea se abrió paso en los primeros meses de 1990 como respuesta a la fundación, a finales del año anterior, de la Plataforma Democrática, organización integrada en el PCUS y dirigida por Yeltsin y otros reformistas radicales. Los miembros del Politburó de la Unión no sabían cómo reaccionar

ante estos acontecimientos. Gorbachov no tenía una postura clara al respecto. “Si se crea un PCR [Partido Comunista Ruso] –advirtió a sus colegas del Politburó en una reunión celebrada el 3 de mayo de 1990–, los partidos comunistas de otras repúblicas dirán: ¿para qué necesitamos al PCUS?”. Sin embargo, unos minutos después polemizó con un secretario del Comité Central que se había manifestado en contra de permitir la creación de aquel partido: “Si nos oponemos, los rusos dirán: hemos mantenido unidos [a los no rusos] durante mil años, ¡y ahora nos están diciendo lo que tenemos que hacer! ¡No se inmiscuyan en los asuntos de Rusia!”.

El secretario general no quería que se fundara un partido ruso autónomo, organización que bien podía alimentar tendencias chovinistas en Rusia y los nacionalismos de las otras repúblicas, además de convertirse en una plataforma para los enemigos conservadores de sus reformas. Pero tampoco podía oponerse. En la citada reunión del Politburó, Nikolái Ryzhkov, presidente del consejo de ministros soviético, declaró: “Si nos oponemos a la creación del PCR, nuestro lugar [en ese partido] lo ocupará gente como Yeltsin”. Gorbachov pretendía controlar el nuevo partido pasara lo que pasara, y se comprometió a resolver el asunto en el vigésimo octavo congreso del PCUS, que iba a celebrarse en junio de 1990. En ese mes nació finalmente el Partido Comunista de la Federación Rusa, que se convertiría, como era de esperar, en el bastión de la oposición ultraconservadora a Gorbachov en el seno del PCUS.[14]

A Gorbachov y sus aliados les preocupaba mucho el despertar de Rusia, ya fuera esta democrática o comunista (ya estuviera representada por Yeltsin o por los elementos reaccionarios): podía llegar a cristalizar en ella una identidad distinta de la soviética y capaz de quebrar la lealtad rusa al imperio (el del pasado, el del presente y el del futuro), elemento vertebrador de la Unión. El peligro que suponía la soberanía rusa ya había sido objeto de debate en el Politburó en el verano de 1989. El principal ideólogo del partido, Vadim Medvedev, se había mostrado contrario a otorgar a Rusia la misma autonomía de la que ya disfrutaban otras repúblicas: “Si seguimos el mismo camino que con las demás repúblicas, la URSS se transformará inevitablemente en una confederación. La RSFSR [República Socialista Federativa Soviética de Rusia] es el núcleo de la Unión”.

Gorbachov coincidió plenamente con Medvedev: “Estoy de acuerdo con restaurar la autoridad de Rusia. Pero no hasta el punto de convertirla en

soberana: sería despojar a la Unión de su núcleo". Sin embargo, parecía difícil fortalecer la "autoridad" de los rusos y negarles, a la vez, lo que otras repúblicas habían reclamado con éxito. El Politburó aplazó la decisión, con lo que el problema ruso no solo no se resolvió, sino que se agravó. En noviembre de 1989, el primer ministro soviético, Ryzhkov, dijo lo siguiente en una reunión de aquel órgano: "No deberíamos preocuparnos por las repúblicas bálticas, sino por Rusia y Ucrania. [La soberanía de estas repúblicas] supondría la total desintegración [de la Unión]. Haría falta otro gobierno, otros líderes para el país, y hasta otro país". Pocos imaginaron entonces lo proféticas que llegarían a parecer sus palabras apenas unos meses después.[15]

En mayo de 1990, Yeltsin resultó elegido presidente del parlamento ruso en la tercera votación y por un estrecho margen de votos: 535 diputados a favor, 467 en contra. Sin embargo, la declaración de soberanía que propuso unos meses después obtuvo el apoyo de las dos terceras partes de la cámara. "El gobierno central explota cruelmente a Rusia, le escatima su ayuda, no piensa en el futuro –afirmó ante los diputados–. Debemos poner fin a estas relaciones tan injustas. Es Rusia quien ha de decidir qué funciones conservar y cuáles transferir al gobierno central, y no a la inversa". Surgía así el paladín de los intereses rusos. En el verano de 1990, el parlamento presidido por Yeltsin declaró la soberanía de Rusia y, en consecuencia, la primacía de sus leyes respecto a las de la Unión. En el otoño, Ryzhkov informó al Politburó de que Rusia no estaba acatando ninguna de sus órdenes. Poco después Gorbachov lo destituyó en una remodelación ministerial que tenía por objeto detener lo que se daría en llamar el "desfile de las soberanías".[16]

La mayor parte de las repúblicas soviéticas ya se habían declarado soberanas, pero todavía no existía una fórmula que definiese sus nuevas relaciones con el gobierno central. Nada decía al respecto la constitución soviética, que sin embargo ofrecía una fachada federal a un estado fuertemente centralizado, e incluso garantizaba el derecho de las repúblicas a separarse de la Unión. Pero en la práctica, y según los procedimientos establecidos, para las repúblicas no cabían más que dos posibilidades: estar dentro de la Unión y totalmente sometidas a la autoridad de Moscú, o estar fuera. Lituania quería la secesión, mientras que Rusia, Ucrania y unas cuantas repúblicas más aspiraban a un nuevo acuerdo con Moscú. Gorbachov hizo todo lo posible por evitar que

Lituania abandonara la Unión y que el parlamento ruso eligiera a Yeltsin y declarara la soberanía. No logró ninguna de las tres cosas. Las estructuras política y económica de la Unión Soviética se estaban desintegrando: la crisis económica se agravaba, y la existencia misma de la autoridad central estaba en peligro.

Sus consejeros más conservadores le propusieron como solución obligar a las repúblicas a respetar la primacía de las leyes de la Unión por la fuerza. Esto solo se lograría declarando el estado de emergencia. Gorbachov autorizó la elaboración de un plan para tal eventualidad y anunció cambios importantes: la supresión del Consejo Presidencial y del Consejo de Ministros y su sustitución por un Consejo de Seguridad y un Gabinete de Ministros, que estarían bajo la autoridad directa del presidente. Sin embargo, se seguía resistiendo a declarar el estado de emergencia. En diciembre de 1990, en una reunión del Congreso de los Diputados del Pueblo, cerca de cuatrocientos miembros de este órgano legislativo promovieron una moción de censura contra él, pero no obtuvieron la mayoría. Quien sí dimitió fue el liberal Eduard Sheverdnadze, ministro de Asuntos Exteriores y fiel aliado del presidente: los conservadores lo acusaban de traicionar los intereses nacionales de la Unión Soviética. Gorbachov, que se jugaba su carrera política, no intentó disuadirlo. Shevardnadze advirtió a los diputados de un inminente golpe de estado, y a su homólogo estadounidense, James Baker, de quien era amigo personal, le dijo en una carta que había actuado en conciencia.[17]

De hecho, el golpe del que hablaba Shevardnadze ya se había producido. En el congreso, los conservadores habían recuperado la iniciativa, y, en vez de dimitir, Gorbachov había decidido ponerse al frente del desfile. En enero de 1991, y sin declarar formalmente el estado de emergencia, el presidente autorizó al director del KGB, Vladímir Kriuchkov, y al ministro de Defensa, Dmitri Yázov, a tomar las medidas necesarias para reprimir el movimiento independentista de las repúblicas soviéticas. El 5 de enero, Yázov ordenó el envío de paracaidistas a las repúblicas bálticas, supuestamente para facilitar la incorporación de nuevos reclutas al ejército soviético. El día 11, los medios de comunicación de Moscú anunciaron la creación de un órgano favorable al gobierno central, el Comité de Salvación Nacional, en la capital de Lituania, Vilna. El día 14, unidades especiales del ministerio del Interior y del KGB asaltaron la torre de la televisión de Vilnius, defendida por un grupo de independentistas. Murieron quince personas. El día 20, tropas del ministerio

del Interior abrieron fuego contra unos manifestantes en la capital de Letonia, Riga, matando a cuatro de ellos. El día 25, la prensa soviética publicó un decreto anunciando que las unidades del ejército soviético y del ministerio del Interior patrullarían juntas los núcleos urbanos: se trataba de justificar legalmente la presencia de soldados en las calles de las ciudades soviéticas.

En el mes de marzo, Gorbachov creó el Consejo de Seguridad Nacional, su principal órgano consultivo, formado casi exclusivamente por partidarios de la línea dura. En ese mismo mes logró que el setenta y seis por ciento de la población votara a favor de mantener la Unión en un referéndum que no reconocieron los dirigentes recién electos en las repúblicas bálticas y caucásicas, pero que infundió ánimo al presidente soviético y sus consejeros. El día 28 ordenó el despliegue de tropas en Moscú para reprimir las manifestaciones de apoyo a Boris Yeltsin: ese día, el ala dura del parlamento ruso promovió sin éxito una votación para destituir a Yeltsin como presidente de la cámara. Las manifestaciones se celebraron finalmente a pesar de la prohibición del gobierno, y no se utilizaron tropas para dispersar a las multitudes. Las unidades de élite eslavas, que no vacilaban en disparar contra ciudadanos de otras etnias en el Cáucaso y las repúblicas bálticas, se resistían, en cambio, a hacerlo contra otros eslavos. Por lo demás, Gorbachov quería evitar una masacre, así que ordenó a las tropas que regresaran a los barracones, una decisión aplaudida por la oposición democrática (Yeltsin se abstuvo, incluso, de criticarlo durante un tiempo) y condenada por los elementos intransigentes del partido. El presidente los había engañado una vez más apoyándoles al principio, y negándose luego a adoptar las medidas extremas que reclamaban: se convirtió así, para ellos, en un obstáculo.

Fueron muchos los miembros del partido que intentaron desembarazarse de un líder que se había apartado de la ortodoxia. Si Gorbachov no abandonaba el partido como Yeltsin, no era solo por su adhesión, tantas veces proclamada, a los ideales socialistas, y porque confiara en poder reformar la organización, sino también por razones tácticas: quería evitar que la todavía poderosísima maquinaria del PCUS se volviera en contra suya. Unos días antes de marcharse Yeltsin, Anatoli Cherniaev, consejero de Gorbachov, anotó en su diario una conversación que había tenido con el presidente. Refiriéndose a los secretarios del partido, con los que se había reunido ese día, Gorbachov le había dicho: “Solo miran por sus intereses. Lo único que les importa es el poder y sacar tajada”. Luego añadió varias palabras malsonantes. “Yo le dije: ‘Rompa con ellos. Es usted el presidente. Ya ve cómo es el partido. La

verdad es que lo están utilizando a usted como rehén y cabeza de turco’”. Pero Cherniaev no había logrado convencerlo. “¿Cree que no me doy cuenta? –había respondido Gorbachov–. Por desgracia, no puedo soltar a ese perro sarnoso. Si lo hago, todo el aparato del partido se me echará encima”.[18]

La batalla decisiva se iba a librar en la reunión del Comité Central prevista para el 24 de abril de 1991. Los comités del partido en todo el país exigían la dimisión del secretario general. Pero Gorbachov burló de nuevo a sus adversarios: a los asistentes a la reunión les sorprendió leer en la prensa matutina que el día anterior había hecho un pacto con su enemigo acérrimo, Boris Yeltsin, y con los dirigentes de las repúblicas, que reivindicaban mayor autonomía. En una entrevista celebrada en la casa de campo de Novo-Ogarevo, las tres partes habían decidido acordar el texto de un nuevo tratado de la Unión.

Finalmente, Gorbachov había encontrado una alternativa al estado de emergencia: en lugar de volver al anterior estado de cosas restaurando la autoridad de Moscú por la fuerza, buscaría una fórmula de compromiso que satisficiese los intereses de las repúblicas y los del gobierno central. Esta solución le permitiría actuar al margen de los dictados de la cúpula del partido y los políticos más intransigentes. El día 24, y ante las durísimas críticas que recibió en la reunión del Comité Central, declaró que estaba dispuesto a dimitir. Los jerarcas del PCUS dieron marcha atrás: sin Gorbachov, el partido estaba condenado al desastre. El secretario general era, en efecto, su única salvaguarda frente a Yeltsin y los demás demócratas. El golpe de mano en el partido había fracasado y Gorbachov había sobrevivido. Sin embargo, el ala dura no se dio totalmente por vencida.[19]

En junio de ese año, Yeltsin fue elegido presidente de Rusia. El 10 de julio, al tomar posesión de su cargo, prometió defender la soberanía de esta república. El imperio se estaba deshaciendo, y los *nation-builders* o “constructores nacionales”, como Roman Szporluk, historiador de la universidad de Harvard, llamó a los nacionalistas rusos, se estaban imponiendo a los *empire-savers* o “salvadores del imperio”. El día de las elecciones presidenciales rusas, Anatoli Cherniaev escribió en su diario: “M[ijaíl] S[ergéyevich] se ha revelado menos astuto que Yeltsin. M. S. temía que, si renunciaba al imperio, el pueblo ruso no se lo fuera a perdonar. Pero resulta que al pueblo ruso eso le trae sin cuidado”. Cherniaev sabía que, sin Rusia, todo el proyecto imperial estaba abocado al fracaso: “Si prescindimos

de Rusia, nos quedaremos sin nada. Será imposible la Unión. A decir verdad, el presidente solo puede apoyarse en Rusia; ¡no va a hacerlo, evidentemente, en Turkmenistán!”.[20]

Gorbachov tuvo que aceptar los resultados de las primeras elecciones presidenciales rusas. Su antiguo protegido y actual adversario se convirtió en el presidente de la Federación Rusa con un apoyo popular del que él carecía: el presidente de la URSS había sido elegido para el cargo en una votación del parlamento soviético. Ahora no le quedaba más remedio que negociar con Yeltsin.

La víspera de la visita de George Bush a Moscú, Gorbachov, Yeltsin y el líder de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev, llegaron por fin a un acuerdo sobre el nuevo tratado de la Unión. Fue una gran victoria para las repúblicas, que adquirirían el control exclusivo sobre los recursos naturales de sus territorios y se reservarían el derecho a decidir la cuantía de sus aportaciones al presupuesto de la Unión. La seguridad nacional seguiría siendo competencia de Moscú, que tendría, en cambio, que consensuar la política exterior con las repúblicas. Por lo demás, los tres dirigentes pactaron una serie de cambios en el gobierno central: se marcharían los ministros del ala dura que había nombrado Gorbachov, y Nazarbáyev formaría, y dirigiría, un nuevo gabinete. El tratado estaría listo para la firma el 20 de agosto de 1991.[21]

Boris Yeltsin, que había abochornado al presidente soviético en su propia fiesta, y luego en la recepción ofrecida por Bush en la mansión Spaso, no solo era el líder democráticamente elegido de la república más importante de la Unión: además se disponía a tomar el control de las mayores reservas de petróleo y gas del país. De su generosidad dependería la situación de las finanzas públicas de la Unión, y posiblemente hasta el sueldo de Gorbachov. A este, por tanto, no le quedaba más remedio que transigir con sus excentricidades. Lo mismo le ocurría al presidente de Estados Unidos. El regalo que los colaboradores de Bush habían escogido para Yeltsin –un cuenco de plata de Tiffany que costaba cuatrocientos noventa dólares– era más caro que los que recibieron el resto de los dirigentes soviéticos, incluido Gorbachov, a quien se obsequió con un ejemplar de la primera edición estadounidense de *Anna Karénina*, de Tolstói, que figuraba sin precio en la lista de regalos. La Casa Blanca seguía apostando principalmente por el

presidente soviético: su regalo no tenía precio.[22]

Bush había conocido a Yeltsin en su primer viaje a Estados Unidos, en septiembre de 1989. El entonces diputado del parlamento soviético visitó once ciudades, pronunció conferencias en numerosas universidades, acudió al programa de televisión *Good Morning America*, visitó el centro espacial Lyndon B. Johnson y la clínica Mayo, y se entrevistó con destacados empresarios y políticos de Texas y Florida, entre otros muchos estados. Con aquella visita había cumplido, según dijo, un sueño que había tenido toda su vida. Después de sobrevolar dos veces en helicóptero la estatua de la Libertad, le comentó a uno de sus colaboradores que se había sentido "liberado dos veces". No ocultó sus sentimientos en público. Y es que estaba ansioso por cautivar a los estadounidenses, superando en simpatía a Gorbachov.

Según declaró ante la prensa, "en el día y medio que llevo aquí he desechado todas las ideas sobre el capitalismo, Estados Unidos y los estadounidenses que me habían imbuido a lo largo de los años con libros como *Breve historia del Partido Comunista*". Lo que más le impresionó, como a todos los ciudadanos soviéticos que visitaban Estados Unidos por primera vez, fue entrar en un supermercado. La abundancia y variedad de productos que observó en un gran establecimiento de Houston contrastaba con los estantes vacíos de las tiendas soviéticas. En aquel viaje perdió, según un consejero suyo, "lo poco que le quedaba de la ideología bolchevique".[23]

También visitó la Casa Blanca, donde se entrevistó brevemente con George Bush. El encuentro les dejó un sabor amargo a los consejeros del presidente que lo habían preparado. Por un lado, Bush quería conocer a Yeltsin y preguntarle su opinión sobre lo que estaba ocurriendo en su país; por otro, no quería ofender a Gorbachov, que ya entonces tenía al presidente ruso por un enemigo acérrimo. Estaba previsto oficialmente que el político soviético se entrevistara con Brent Scowcroft y no con el presidente, lo cual creó ciertas tensiones. Según el consejero adjunto de seguridad nacional, Robert M. Gates, que más tarde sería director de la CIA y secretario de Defensa, "le habíamos dicho [a Yeltsin] que era probable que viese al presidente, pero, como se trataba de dar a la visita el menor relieve posible, no se lo quisimos asegurar". Cuando Condoleezza Rice, la experta en la Unión Soviética del Consejo de Seguridad Nacional, lo acompañó al interior de la Casa Blanca por el sótano del Ala Oeste, Yeltsin preguntó si solían

entrar por allí quienes acudían a entrevistarse con el presidente: se negaba, dijo, a acompañarla a menos que le garantizara que iba a ver a Bush. Rice le respondió que si no quería hablar con Scowcroft podía volverse a su hotel.

Finalmente, Yeltsin cedió y fue a entrevistarse con Scowcroft, al que explicó como podía ayudar económicamente Estados Unidos a la Unión Soviética. Al consejero de seguridad nacional no le interesaron sus ideas: según Gates, estuvo a punto de dormirse. Todo cambió cuando Bush pasó por el despacho de Scowcroft. "Yeltsin se transformó como un camaleón –recordaría Gates–. Cobró vida, se puso muy alegre. Para él, evidentemente, había llegado alguien con quien valía la pena hablar, alguien con verdadero poder". Bush confirmó su apoyo a Gorbachov, pero al menos Yeltsin había logrado su propósito de hablar con el presidente estadounidense. Nada más abandonar la Casa Blanca, se acercó a los reporteros que lo aguardaban en la explanada y ofreció al mundo su versión del encuentro. "La visita no terminó tranquilamente, como esperábamos –recordaría Scowcroft–, pero tampoco ocurrió nada malo".[24]

Yeltsin le causó una impresión favorable a Bush. A Scowcroft, en cambio, el futuro presidente ruso le pareció un hombre taimado, poco de fiar: a juzgar por sus memorias, nunca cambió de opinión del todo. A los primeros defensores con los que contó Yeltsin en la administración Bush, entre ellos Rice y Gates, les horrorizaban al mismo tiempo su tosquedad y su conducta estrafalaria. Recordando la visita, Gates cuenta en sus memorias que "al parecer bebió demasiado, dejó una pésima impresión con el discurso que pronunció en la universidad Johns Hopkins, y en general, se comportó como un energúmeno". Sin embargo, en la primavera de 1990, después de las primeras elecciones parlamentarias cuasi libres celebradas en las repúblicas soviéticas, los colaboradores de Bush constataron que el poder había cambiado de manos en Moscú. Si bien los políticos y las sociedades occidentales preferían a Gorbachov, era innegable que el voluble Yeltsin estaba en alza.

En junio de 1990, una semana después de su elección como presidente del parlamento ruso, Gates remitió un memorando a George Bush informándole de que Yeltsin "ha utilizado con extraordinaria habilidad las nuevas reglas del sistema para resurgir como líder político. Da la impresión de ser un político eficaz y popular, aunque errático". Por lo demás, no convenía criticarle: "Es posible que algún día tengamos que negociar con él". Bush se mostró de

acuerdo.

Yeltsin viajó de nuevo a Estados Unidos en junio de 1991, poco después de llegar a la presidencia de Rusia. La visita fue un éxito, mejoró la imagen del político ruso para el gobierno estadounidense. Bush y Yeltsin llamaron juntos a Moscú para hablar con Gorbachov, a quien alertaron de una posible tentativa de golpe por parte del ala dura: la información procedía de un aliado moscovita de Yeltsin, que la había transmitido a los diplomáticos estadounidenses. En definitiva, las relaciones entre Yeltsin y la administración Bush, que habían empezado con mal pie en el otoño de 1989, estaban ahora encarriladas, y así siguieron, al menos en apariencia, durante un tiempo.[25]

En su visita oficial a Moscú en el mes de julio, Bush se entrevistó con el presidente ruso. El encuentro fue a última hora de la mañana del día 30. Gorbachov quería evitar que se reunieran sin estar él presente, así que invitó a Yeltsin y Nazarbáyev a un almuerzo con Bush al que también asistirían los consejeros de los presidentes estadounidense y soviético. Los líderes de Rusia y Kazajistán tenían mucho interés en hablar con Bush: podrían hacerlo, pero Gorbachov estaría allí para vigilarlos. Nazarbáyev acudió al almuerzo, en el que presionó a Bush para que Estados Unidos invirtiera en la explotación de los recursos naturales de Kazajistán; pero Yeltsin, en cambio, se negó a desempeñar el papel que Gorbachov le había asignado participando en lo que él llamó una "audiencia impersonal con mucha gente": invitó a Bush a visitarle en su nuevo despacho del Kremlin, y el presidente estadounidense aceptó.[26]

En la entrevista, que duró unos cuarenta minutos, hablaron principalmente de las dificultades inherentes al nuevo tratado de la Unión, una iniciativa de Gorbachov que había contado con el apoyo de Yeltsin. Era evidente, en cualquier caso, el estatus especial que la Casa Blanca otorgaba al presidente ruso. Según el guion preparado para el encuentro, Bush se proponía ante todo garantizarle a Yeltsin el respaldo estadounidense a su política reformista y la de Gorbachov, y, por otro lado, dejarle clara su oposición al establecimiento de una misión diplomática rusa en Estados Unidos, así como a un acuerdo de cooperación entre este país y la república soviética. "No podemos, como usted sabe, establecer relaciones diplomáticas con Rusia, que consideramos parte de la URSS", tenía intención de decirle. A lo largo de la entrevista se reafirmó en esta postura. "¿Debo entender que está de acuerdo con mi idea de

formalizar nuestras relaciones?", le preguntó Yeltsin. La respuesta no fue demasiado diplomática: "¿A qué relaciones se refiere? ¿A las de Rusia con Estados Unidos o a las suyas con el gobierno central? No acabo de entender su pregunta". El secretario de Estado, James Baker, que estaba presente, "tradujo" las palabras de Bush a un decepcionado Yeltsin: "La respuesta, presidente, depende de lo que diga el tratado de la Unión sobre el derecho de las repúblicas a llegar a acuerdos con otros países. Tendremos que estudiar ese nuevo tratado".[27]

Si, invitando a Bush a visitarle en su despacho del Kremlin, Yeltsin pretendía crearse en su país una imagen de líder mundial que hablaba con voz propia, no cabe duda de que lo logró. Si se proponía jugarle una mala pasada a Gorbachov, también lo logró: Gorbachov recordaba el incidente con amargura en sus memorias. Pero, si su objetivo era mejorar sus relaciones con el presidente estadounidense, fracasó por completo. A Bush, por lo pronto, le indignó que el político ruso llegara casi diez minutos tarde a la entrevista: "¿Cuánto tiempo se supone que tenemos que esperar a Su Alteza?", le dijo a Scowcroft. La visita de cortesía duró veinticinco minutos más de lo previsto, porque Yeltsin repitió lo que le había dicho a Bush en privado ante un grupo de consejeros rusos y estadounidenses que se les unió después. Y a continuación le sorprendió de nuevo improvisando una rueda de prensa con periodistas a los que se había invitado a acudir al Kremlin sin el consentimiento de Bush, y anunciando que las dos partes habían elaborado el borrador de un acuerdo sobre cooperación ruso-estadounidense, por el que estaba agradecido al presidente Bush. Este se tragó el sapo, pero, cuando Yeltsin se disponía a responder a las preguntas de los periodistas, le dijo que llevaba cierto retraso y tenía que marcharse. Luego, al subirse al coche, le dijo a Scowcroft que el "fanfarrón" de Yeltsin le había preparado una encerrona.[28]

Bush y Scowcroft se acordaron del hombre estrafalario que habían conocido en septiembre de 1989. Sin embargo, y a pesar de la conducta tosca, infantil e imprevisible de Yeltsin, en el plano estrictamente político el presidente de Estados Unidos cada vez se entendía mejor con él y peor con Gorbachov. En el verano de 1991, uno de los asuntos más importantes para Bush era la independiencia de las repúblicas bálticas –Estonia, Letonia y Lituania–, que defendían no pocos congresistas estadounidenses. Bush intentaba, con mucho tiento, convencer a Gorbachov de que la reconociera. Si el presidente ruso vacilaba, Yeltsin, por el contrario, apoyaba sin reservas

la causa independentista y había condenado la represión practicada por el gobierno central a principios de año. Ahora, delante de Bush y de los periodistas que había convocado sin su consentimiento, se reafirmó en su postura. Rusia y Estados Unidos, dijo, estaban de acuerdo en que a las tres repúblicas bálticas se les debía permitir abandonar la Unión. Gorbachov no se atrevía a adoptar esta posición.[29]

Al día siguiente, George Bush se marchó de Moscú preocupado por la amenaza que el ejército suponía para Gorbachov y por el desafío que planteaban los dirigentes de las repúblicas. Yeltsin era el más franco de todos, pero no el único que quería un gobierno central más débil y mayor autonomía para su región.

III
EL POLLO KIEV

El 1 de agosto de 1991, poco antes del mediodía, el *Air Force One* en el que viajaba George Bush despegó del aeropuerto internacional de Sheremétievo, cercano a Moscú, con destino a la capital de Ucrania, Kiev. Hasta principios de año, unas cuarenta cabezas nucleares estadounidenses habían apuntado a esa ciudad, la tercera en tamaño de la Unión Soviética: de haberse producido un conflicto nuclear, las múltiples explosiones la habrían reducido a escombros, matando a sus más de dos millones de habitantes. La firma del tratado START significaba que, llegado el caso, el número de explosiones sería menor y era posible que parte de la población sobreviviera. Pero el objetivo de la visita de Bush no era comunicar a Kiev la (dudosa) buena nueva. El presidente de Estados Unidos pretendía transmitir un mensaje bien distinto.[1]

La visita iba a durar apenas cinco horas, pero lo importante no era el tiempo, sino el convencimiento de Bush de que ya no bastaba negociar con Moscú: había que viajar a las repúblicas y entrevistarse con sus líderes. Esto suponía una novedad en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética y reflejaba la rapidez con la que estaban cambiando las condiciones políticas en este país. La Casa Blanca quería dejar clara su voluntad de colaborar con las repúblicas, pero también advertir a su líderes de que harían mal en recurrir a la violencia para alcanzar sus objetivos. Sin embargo, nadie en la administración Bush previó entonces la rápida desintegración de la URSS ni el papel decisivo que Ucrania iba a desempeñar en el proceso unos meses después. Si los estadounidenses eligieron Kiev para anunciar su nueva política respecto a las repúblicas soviéticas fue porque los máximos dirigentes ucranianos no estaban a favor de la independiencia total. Los elementos contrarios a Moscú eran numerosos pero no violentos, y posiblemente estarían dispuestos a escuchar el mensaje de Washington.

A Gorbachov, sin embargo, no le agradaba ni mucho menos que Bush visitase Ucrania, la segunda república más poblada, cuyos dirigentes se resistían a firmar el nuevo tratado de la Unión que el presidente soviético llevaba promoviendo con insistencia desde el mes de abril. Era consciente, al

contrario que Bush, de la importancia de Ucrania para el futuro de la URSS, y temía que la visita alentase a las fuerzas contrarias a la Unión. Por eso había hecho todo lo posible por impedirla. El lunes 21 de julio, algo más de una semana después de la llegada de Bush a Moscú, el embajador de Estados Unidos, Jack Matlock, recibió una llamada inesperada de Ed Hewett, consejero especial de Bush para asuntos soviéticos. Al parecer, un delegado soviético se había presentado en el despacho de Hewett en la Casa Blanca para transmitirle un mensaje urgente del Kremlin rogando que se anulara el viaje a Ucrania. Matlock se quedó estupefacto. Los soviéticos alegaban tensiones con esta república, pero sin precisar: en Kiev, no obstante, la calma parecía generalizada. Además ya estaban muy avanzados los preparativos para la visita, que Matlock había organizado con la aprobación del ministerio de Asuntos Exteriores soviético, y en los que también habían intervenido los ucranianos. Anularla a esas alturas sería un gran bochorno para los estadounidenses.

La noticia tomó por sorpresa a Bush, que en ese momento estaba de camino a Turquía en el *Air Force One*. Brent Scowcroft lo ayudó a escribir la respuesta a los soviéticos: anularía la visita si así lo deseaban, pero, en vista de lo avanzados que estaban los preparativos y de la participación de los ucranianos, Moscú tendría que hacerse responsable de la decisión. Matlock llamó al departamento de Estado y, sabiendo que seguramente el KGB estaba escuchando la conversación, expuso las consecuencias negativas que el cambio de planes tendría no para Washington, sino para Moscú y sus relaciones con Ucrania. Al día siguiente le transmitió el mismo mensaje al ministro de Asuntos Exteriores soviético, Alexander Bessmertnykh, quien, alarmado, se puso en contacto con Gorbachov. Al parecer, el presidente soviético le dijo: “Olvídese del asunto. Dígales a los americanos que no se preocupen, que sigan adelante con sus planes. Si el presidente quiere visitar Kiev, estoy seguro de que será bienvenido”. La crisis quedó resuelta. Gorbachov tuvo que aceptar las nuevas reglas del juego.[2]

El 30 de julio, en su entrevista con Gorbachov, Bush habló de su próxima visita a Kiev, e intentó convencer al presidente soviético de que no tenía nada que temer: “Le aseguro que […] ni yo ni ninguno de mis acompañantes haremos nada que pueda complicar las cosas ni les diremos a los ucranianos si deben o no firmar el tratado de la Unión”. Gorbachov dejó entrever el motivo de su preocupación: “Respecto a Ucrania, quizá haya influido lo siguiente: se ha sabido que, poco antes de su viaje, la Fundación Heritage

elaboró un informe donde aconsejaba al presidente que, por razones estratégicas, aprovechara su visita a Kiev para fomentar las tendencias separatistas". Bush negó estar al corriente: "No sé nada de ese memorando, pero espero que le hayan informado de que insistí en que este viaje se preparara con sumo tacto. Estaba dispuesto a renunciar a Kiev y viajar, por ejemplo, a Leningrado. Me encantaría visitar alguna ciudad de su país [aparte de Moscú]. Pero no pienso apoyar el separatismo en ningún caso. No incluimos Kiev en el itinerario hasta que su ministro de Asuntos Exteriores nos comunicó que usted estaba plenamente conforme".[3]

Si la decisión hubiese dependido de Gorbachov, Bush no habría viajado a Kiev. Por lo demás, Yeltsin tenía la misma posición que el presidente soviético respecto a Ucrania: los dos estaban de acuerdo en que no se debía permitir abandonar la Unión a la segunda mayor república de las que la integraban. Si Gorbachov, en sus conversaciones con Bush, advertía de un posible enfrentamiento civil y hasta de una guerra entre Ucrania y otras repúblicas soviéticas, Yeltsin se mostraba más tranquilo pero igual de firme en su postura. "Ucrania no puede separarse de la Unión Soviética", le dijo al presidente estadounidense en la entrevista que tuvo con él en su despacho del Kremlin. De lo contrario, argüía, la Unión Soviética estaría dominada por las repúblicas no eslavas. El "apego" de Yeltsin a Ucrania lo compartía la mayor parte de la población rusa: según una encuesta realizada por la agencia de información estadounidense en los meses de febrero y marzo de 1991, el veintidós por ciento de los rusos estaban a favor de la independencia ucraniana, y casi el sesenta por ciento en contra. Sin embargo, no pensaban lo mismo de las repúblicas bálticas: el cuarenta y uno por ciento era partidario de la independencia de Lituania, y el cuarenta por ciento la rechazaba.[4]

A finales de junio de 1991, la CIA elaboró un informe para el presidente y sus consejeros que describía las cuatro situaciones que podían darse en la URSS. Solo una de las hipótesis, la de la "fragmentación violenta", incluía una Ucrania independiente. También se consideraba la posibilidad de que el país fuese "tirando" mal que bien, y la de que los elementos intransigentes del régimen dieran un golpe de estado y la Unión Soviética siguiera intacta. La cuarta hipótesis era la de un "cambio de sistema": las tres repúblicas bálticas, las otras tres del Cáucaso septentrional y Moldavia serían independientes, mientras que Ucrania se incorporaría a una unión asiática de mayoría eslava y dominada por Rusia. De esto último era partidario Yeltsin. Por su parte, Gorbachov temía una desintegración violenta del país. Al parecer, la CIA y los

presidentes soviético y ruso coincidían en una cosa: si Estados Unidos deseaba una transformación pacífica del régimen soviético, que estaba reduciendo sus arsenales nucleares de acuerdo con los tratados START, tendría que asegurarse de que Ucrania permaneciera en la Unión.[5]

A Bush se le recordó la importancia de la cuestión nacional en plena entrevista con el presidente soviético en Novo-Ogarevo. El monólogo de Gorbachov sobre el futuro del mundo soviético-estadounidense se vio interrumpido cuando Bush recibió un mensaje de Nicholas Burns. A este joven funcionario del consejo de seguridad nacional, que ejercía de enlace entre la Casa Blanca y los estadounidenses de origen báltico, lo había telefoneado uno de sus contactos para informarle de que un grupo de pistoleros sin identificar había asaltado un puesto fronterizo recién establecido entre Lituania y Bielorrusia, asesinando a seis agentes de aduanas lituanos. Burns les comunicó la noticia a Bush y su equipo. Gorbachov estaba furioso y a la vez avergonzado; según Bush, se puso pálido. ¡El presidente de Estados Unidos se había enterado antes que él de un crimen cometido en territorio soviético! Gorbachov encargó a unos colaboradores suyos que averiguaran más detalles de lo ocurrido. La embajada de Estados Unidos creía que los pistoleros formaban parte de OMÓN, un comando que dependía del ministerio del Interior. Los estadounidenses sospechaban que la facción ultraconservadora de Moscú había organizado la operación para poner en un aprieto a Gorbachov. De ser así, lo consiguieron. Gorbachov le estaba exponiendo a Bush su visión de un nuevo orden mundial cuando se vio intrerrumpido bruscamente. “Aquello ensombreció la reunión –recordaría el presidente estadounidense–. Reanudamos la charla, pero el tono entusiasta se había esfumado”.

Para Gorbachov, lo sucedido en Lituania reavivaba el debate sobre la autodeterminación y hacía surgir el espectro de una guerra civil en la URSS. Así que orientó la discusión con Bush hacia aquel asunto, pidiéndole al presidente estadounidense que apoyara la política soviética respecto a Yugoslavia –Moscú quería evitar la desintegración de otro estado eslavo-musulmán– y las repúblicas de la Unión. “Existen multitud de problemas internacionales e interétnicos –le dijo a Bush–. Crear estados basándose en esos criterios llevará al caos total. Si me pusiera a enumerar los posibles conflictos territoriales, no acabaría nunca. En la Unión Soviética, por ejemplo, el setenta por ciento de las fronteras entre repúblicas no están claramente definidas. Eso antes no le preocupaba a nadie: todo se resolvía

con pragmatismo, casi región por región". La noticia de los asesinatos perpetrados en la frontera lituana hizo a Gorbachov pasar un mal trago delante de Bush, pero también justificó el temor del presidente soviético a que se desatara en su país un caos como el que se estaba dando en Yugoslavia. Por lo demás, y desde el punto de vista de Gorbachov, llegó en el momento justo: en la víspera de la visita de Bush a Ucrania, un viaje en el que no podría influir Moscú.[6]

El 1 de agosto de 1991, poco después de la una de la tarde, los dirigentes de la República Socialista Soviética de Ucrania se reunieron en el aeropuerto de Boryspil, cercano a Kiev, para recibir a sus invitados de honor. Era la segunda vez que un presidente estadounidense visitaba la ciudad. La primera había sido a finales de mayo de 1972: Richard Nixon había llegado en avión a la capital ucraniana desde Moscú después de firmar con Leonid Brézhnev el Tratado sobre Limitación de Armas Estatégicas (SALT I) y el de Misiles Antibalísticos. Se había detectado, por cierto, un problema técnico en el avión en el que iba a viajar, y hubo que cambiarlo en el último momento por uno soviético. A Nixon lo había impresionado el interior de aquel avión, "mejor que los nuestros en algunos aspectos", según contaría más tarde. Veinte años después, George Bush voló en el nuevo *Air Force One*, un Boeing 747 que había sustituido al Boeing 707 utilizado por Nixon, Carter y Reagan.[7]

Bush presumió de la flamante aeronave (con el interior decorado, a instancias de Nancy Reagan, al estilo sureño) ante el vicepresidente soviético, Guennadi Yanáyev, que los había recibido a él y a su mujer a su llegada a Moscú. Gorbachov había pedido a Bush que permitiese a su lugarteniente acompañarle a Kiev: algunos estadounidenses creían que se trataba de poner de relieve la pertenencia de Ucrania a la URSS; otros, que se le había encargado a Yanáyev vigilar al presidente de Estados Unidos. Mientras despegaba el *Air Force One*, Bush le enseñó el interior, incluido el centro de mando, y Yanáyev, el político soviético de más alto rango que había viajado nunca en el avión presidencial, respondió educadamante a sus palabras. Bush les dijo más tarde a sus ayudantes que el vicepresidente de la URSS era un "tipo simpático", pero no un "peso pesado" del régimen.[8]

Durante el vuelo a Kiev, mientras Bush conversaba con su invitado soviético, los miembros de su equipo se enzarzaron en una discusión lingüística con importantes consecuencias políticas. Jack Matlock, al que se

le había enseñado el texto del discurso que el presidente iba a pronunciar más tarde ante el parlamento ucraniano, advirtió a uno de sus redactores de que era un error añadir el artículo definido inglés *the* a la palabra "Ucrania" *(the Ukraine):* "Asegúrate de que el presidente omita el artículo. Debería decir 'Ucrania' a secas. Los americanos de origen ucraniano creen que el artículo hace que parezca una simple región, y no un país". El coautor del discurso protestó: "Pero nosotros decimos *'the United States'*, ¿no?". Finalmente se impuso Matlock. Su argumento era de índole política, no lingüística: "Si el presidente dice *'the Ukraine'*, la semana que viene llegarán miles de cartas y telegramas de protesta a la Casa Blanca".

En Estados Unidos había cerca de setecientos cincuenta mil ciudadanos de ascendencia ucraniana; en Canadá, un millón. No era una comunidad numerosa comparada con otras, pero estaba bien organizada y era políticamente activa. A lo largo de la Guerra Fría, sus líderes habían pedido –y conseguido– el voto para candidatos del Partido Republicano. Bush lo sabía, y por eso le dio la razón a Matlock. Omitiendo el artículo, contentaría a sus votantes de origen ucraniano, pero sin ofender a Gorbachov: el ruso no tiene artículos definidos ni indefinidos. En la versión del discurso actualmente disponible en la página web de la biblioteca y museo presidenciales George Bush, en College Station (Texas), el artículo definido figura delante de Ucrania en algunas frases y en otras no, lo que refleja la confusión que reinaba entre los asesores del presidente en el vuelo a Kiev. Matlock también intentó suprimir ciertos pasajes donde Bush manifestaba su apoyo a Gorbachov y al nuevo tratado de la Unión, porque creía que no iban a sentar bien en Kiev; pero fue demasiado tarde: el texto del discurso ya se había repartido a los periodistas.[9]

"En Kiev, capital de Ucrania, situada a orillas del río Dniéper y ochocientos kilómetros al sur de Moscú, Bush verá otra cara de la Unión Soviética –decía el informe facilitado de antemano a los medios de comunicación–. La visita a Kiev, una ciudad limpia y moderna, con avenidas anchas y arboladas, será un agradable colofón para el viaje [del presidente]". El autor del informe comentó bromeando que el verdadero objetivo de la visita de Bush era promover la candidatura del secretario de prensa adjunto de la Casa Blanca, Roman Popadiuk, de origen ucraniano, para la presidencia de la república soviética.

La ciudad que recibió a Bush ya no era la "madre de las ciudades rusas",

como la había llamado Nixon diecinueve años antes, sino la capital de un estado soberano, pero todavía no independiente. En el aeropuerto había un cartel que decía "¡Bienvenido a Ucrania, Mr. Bush!". Además de los himnos soviético y estadounidense, la banda tocó el ucraniano. No estaba claro el grado de lealtad de Ucrania a Moscú. Jack Matlock, que había acompañado a Nixon en su visita, advirtió otras diferencias. Así, por ejemplo, los discursos se pronunciaron en inglés y ucraniano, y no, como en 1972, en inglés y ruso.[10]

Eran otros tiempos. Nixon había volado a Kiev diez días después de que Brézhnev sustituyera al jefe del Partido en Ucrania, Petro Chelest, político de tendencia nacionalista, por un incondicional aliado del mandatario soviético, Vladímir Cherbitsky, que se encargaría de reprimir el movimiento separatista que existía entonces en Ucrania, convirtiéndola en una república soviética ejemplar y un bastión del regimen de Moscú. Cherbitsky era miembro destacado del clan de Dnipropetrovsk, llamado así por la región ucraniana de la que era originario, como Brézhnev. Este grupo de políticos fieles al secretario general gobernó, de hecho, la Unión Soviética hasta la muerte de su jefe, en noviembre de 1982. Cherbitsky creó en Ucrania una pirámide de funcionarios que le guardaban lealtad personal: Gorbachov tardó cuatro años en adquirir el poder suficiente para destituirlo. Lo logró en el otoño de 1989.

Además de gobernar Ucrania, la cúpula del partido comunista de esta república llevaba casi cuarenta años influyendo extraordinariamente en la política de Moscú. En la década de 1950, la "segunda república rusa", como la dieron en llamar los politólogos occidentales, había llegado a un acuerdo tácito con Rusia para compartir el poder en la URSS: fue en aquella época cuando Nikita Jrushchov, que había dirigido durante mucho tiempo el Partido Comunista de Ucrania, obtuvo el cargo más importante del país con la ayuda de la clase dirigente ucraniana. Dado que los rusos no tenían su propio partido comunista –aunque dirigían el de la Unión–, los ucranianos se convirtieron en el grupo de votantes más numeroso en los congresos del PCUS, y supieron aprovechar esta ventaja. Por lo demás, Jrushchov trajo a sus aliados a Moscú y los colocó en puestos de responsabilidad. El golpe de mano que se produjo en el Kremlin en 1964 y que llevó a la defenestración de Jrushchov no solo no perjudicó a los ucranianos, sino que reforzó su autoridad en el partido.

Su sucesor en la secretaría general, Leonid Brézhnev, era de etnia rusa y

originario de Ucrania: al afiliarse al partido en la década de 1930, había hecho constar en su carné que era de nacionalidad “ucraniana”. Nikolái Podgorni, oriundo de la misma república, fue nombrado jefe del Soviet Supremo, convirtiéndose así en el jefe del estado nominal. La jefatura del gobierno recayó en Alekséi Kosygin, de etnia rusa, pero a su muerte, a finales de la década de 1970, le sucedió otro antiguo funcionario ucraniano, Nikolái Tíjonov. El ministro de Asuntos Internos y dos subdirectores del KGB pertenecían al clan de Brézhnev y habían hecho carrera en el Partido Comunista de Ucrania. Todo parecía indicar que el clan de Dnipropetrovsk seguiría gobernando el país aun después de muerto Brézhnev, quien ya tenía un delfín: Vladímir Cherbitsky.

Sin embargo, a la muerte de Brézhnev, el KGB, dirigido por Yuri Andrópov, se hizo con el poder en el Kremlin. Andrópov aupó a Gorbachov, que, pese a ser medio ucraniano, no tenía vínculos con el aparato del partido allí ni con los ucranianos de Moscú. Al llegar a la secretaría general, destituyó a Cherbitsky de su cargo en aquella república y terminó con la red de influencias que permitía a los funcionarios ucranianos hacer carrera en la capital soviética: de ahí que los jerarcas del Partido Comunista de Ucrania se sintieran traicionados por Moscú. El pacto que habían sellado con la URSS en la época de Jrushchov –lealtad a la Unión a cambio de ejercer el poder sin límites en Kiev y compartirlo en Moscú– ya no estaba vigente, y no eran ellos quienes lo habían roto.

El malestar se venía incubando desde abril de 1986, poco después del accidente de Chernóbil. La central nuclear estaba bajo la autoridad de Moscú, pero fueron las autoridades ucranianas quienes tuvieron que enfrentarse a las consecuencias a largo plazo del desastre y hacerse cargo de los refugiados de las zonas contaminadas. Además, Moscú exigió que se celebrara el desfile del día del Trabajo en Kiev, a pesar de que la nube radiactiva se estaba acercando a la capital ucraniana. La clase dirigente de la república creía que Gorbachov había ordenado a Cherbitsky que organizara el desfile, amenazando con expulsarlo del partido si no obedecía. La catástrofe nuclear desató protestas multitudinarias contra las autoridades, y fueron de nuevo los jerarcas del partido en Kiev quienes hicieron frente a la situación. Para colmo, el gobierno central alentaba el movimiento democrático ucraniano, que debilitaría aún más a las autoridades de la república. La élite política ucraniana se sentía traicionada, abandonada y despechada. El gobierno central solo les traía problemas.[11]

El presidente del parlamento ucraniano, Leonid Kravchuk, de cincuenta y siete años, recibió al matrimonio Bush a su llegada a Kiev. Una crónica de agencia lo describía como “un tipo bronceado y con el pelo blanco, de aire enérgico; se parece un poco a John Gotti. Está claro que es un político nato, tal vez el Newt Gingrich de Ucrania”. Los antecedentes de Kravchuk eran, sin embargo, bien distintos de los del famoso capo de la mafia de Nueva York y de los de la nueva estrella del Partido Republicano estadounidense. Antiguo *apparatchik*, llevaba casi dos años en la presidencia del parlamento, cargo que lo obligaba a hacer malabarismos: tenía que parecer leal a Moscú, y a la vez defender con firmeza los intereses de Ucrania frente a un Gorbachov cada vez más débil, y también en sus relaciones con los líderes de otras repúblicas, que veían aumentar su poder. Por lo demás, se convirtió en el único político capaz de conciliar los intereses del aparato del partido heredado de la época de Cherbitsky y las aspiraciones de los pujantes movimientos independentistas y democráticos de Ucrania.[12]

Kravchuk era de la misma generación que Gorbachov y Yeltsin (había nacido en 1934), pero de origen bien distinto. Nacido en la región de Volinia, en el oeste de Ucrania, que entonces pertenecía a la Polonia de Józef Piłsudski, fue testigo directo de los horrores de la Segunda Guerra Mundial: el enfrentamiento entre los ejércitos alemán y soviético, el Holocausto, las operaciones de limpieza étnica y la lucha entre las guerrillas nacionalistas ucraniana y polaca en su región natal. Su padre murió combatiendo a los alemanes como soldado del Ejército Rojo, y el joven Kravchuk no tardó en aprender técnicas de supervivencia. Más tarde recordaría que su abuelo tenía por norma no destacar jamás en nada.

A finales de la década de 1940 y principios de la siguiente, Kravchuk observó la persecución de los supervivientes del movimiento nacionalista ucraniano por parte de la policía secreta, y, antes del discurso secreto pronunciado por Jrushchov en 1956, ya era consciente de la politización que había sufrido el sistema judicial soviético en la época del “culto a la personalidad” de Stalin (por utilizar la frase de Jrushchov). Sin embargo, y al igual que Gorbachov y Yeltsin, a cuyos parientes se había perseguido en el periodo de la gran purga, no tuvo reparo en servir al Partido Comunista, en el que ascendería de manera fulgurante después de terminar sus estudios de Economía Política en la universidad de Kiev. Si Gorbachov y Yeltsin se encargaron de administrar regiones muy extensas de la Unión Soviética, Kravchuk fue, en cambio, el *apparatchik* o burócrata del partido por

antonomasia.

En la década de 1980, el antiguo súbdito polaco se convirtió en jefe del aparato de propaganda del partido en Ucrania, seguramente el cargo más importante al que podía aspirar en la Unión Soviética de Brézhnev: y es que Kravchuk no venía de la región industrial de Dombás, en el este de Ucrania, ni formaba parte del clan de Dnipropetrovsk. Pero luego llegó Gorbachov, la perestroika, la glásnost y las primeras elecciones cuasi libres, y de pronto hicieron falta en el partido personas que supiesen hablar a las multitudes y desenvolverse bien en los debates políticos. Kravchuk, que resultó ser un magnífico orador, fue ascendido a la secretaría para asuntos ideológicos del Comité Central ucraniano después de que a Cherbitsky, que nunca se había fiado del genio propagandístico de Volinia, se lo obligara a jubilarse en el otoño de 1989.

En el verano de 1990 fue elegido presidente del parlamento ucraniano en sustitución de Vladímir Ivashko, al que Gorbachov, en un intento de recomponer las relaciones ruso-ucranianas, había pedido que se trasladara a Moscú para ejercer de lugarteniente suyo en el aparato del partido. Ahora estaba al frente de una cámara legislativa en la que alrededor de un tercio de los representantes eran partidarios de la independencia, y el resto, de una mayor autonomía dentro de la URSS. "Como jefe del Soviet Supremo ucraniano –decía la biografía de Kravchuk incluida en el dossier de Bush–, tiene que armonizar con cuidado las exigencias de la mayoría comunista y las de los diputados independentistas". Supo, de hecho, conciliar hábilmente a las dos facciones dotando de contenido político y económico la declaración de soberanía aprobada por el parlamento ese mismo verano. David Remnick, que cubría la visita de Bush para *The Washington Post*, citó unas declaraciones suyas en las que decía que se le había presentado la oportunidad de crear un estado propiamente dicho, y que no iba a dejarla pasar.[13]

Kravchuk estaba contento de recibir a su ilustre invitado estadounidense en Kiev, aunque la visita lo había tomado por sorpresa. Más tarde recordaría cómo Moscú lo había mantenido al margen de los preparativos, y tuvo que volver de sus vacaciones a toda prisa: llegó al aeropuerto de Boryspil directamente desde Crimea –los periodistas advirtieron el bronceado–, y no le dio tiempo a pasar por la ciudad. Comenzó su discurso dando la bienvenida al matrimonio Bush a "nuestra tierra ucraniana": era significativo que hablara

de Ucrania y no de la Unión Soviética, guardándose al mismo tiempo de utilizar las palabras “país” y “república”. Si a los consejeros de Bush les preocupaba el uso del artículo determinado, Kravchuk tenía otro dilema lingüístico. Hacía un año que Ucrania se había declarado soberana, aunque no independiente. ¿Cuál era la diferencia? Gorbachov era el único que parecía saberla. Kravchuk procuró identificar un término con el otro: “La nación americana conoce bien el precio de la verdadera soberanía –les dijo a sus invitados–, y su declaración de independencia fue una de las primeras en proclamar […] los ideales de la libertad, la igualdad y la fraternidad”.

George Bush no aceptaba la equivalencia entre soberanía e independencia (unas horas después distinguiría libertad de independencia). Al principio de su discurso evitó asuntos polémicos. Recordó que Ucrania era la “tierra ancestral” de cientos de miles de estadounidenses. Citó al poeta nacional ucraniano, Tarás Shevchenko, y celebró el regreso a Ucrania desde occidente de los líderes de las iglesias cristianas que Moscú había proscrito en otra época, así como el renacimiento de otros grupos religiosos. En cuanto a las relaciones de Washington con las repúblicas, se mostró tan prudente como en su entrevista con Yeltsin: “Queremos mantener un relación lo más estrecha posible con el gobierno de Gorbachov, pero al mismo tiempo somos conscientes de la importancia de fortalecer nuestros lazos con Ucrania y otras repúblicas, con todos los pueblos de la Unión Soviética”. Al parecer consiguió pronunciar su breve discurso sin anteponer nunca el artículo definido a Ucrania.[14]

La comitiva presidencial se dirigió desde el aeropuerto hasta el centro de Kiev. “En la plaza que había frente al aeropuerto se congregó una multitud enorme que agitaba banderitas amarillas y azules, distintivas del movimiento independentista ucraniano”, según cuenta Jack Matlock en sus memorias. “En el trayecto de la comitiva había miles de ucranianos –contaba una crónica redactada conjuntamente por varios medios–. Muchos saludaban, y casi todos parecían alegrarse de ver a Bush. Varias mujeres sostenían ramos de flores de jardín; unas cuantas personas mostraban a sus bebés, y un hombre llevaba una hogaza de pan muy grande y una bolsa de sal, utilizadas tradicionalmente para dar la bienvenida [en Ucrania]”. Este recibimiento popular no tenía nada que ver con la modesta acogida que se le había dispensado a Bush en Moscú, donde el cada vez más impopular Gorbachov había ejercido de anfitrión. Además, las calles tenían un aspecto diferente al de la capital soviética. Un asesor de Gorbachov, Anatoli Cherniaev, que a principios de julio había

acompañado a su jefe a una entrevista en Kiev con el canciller alemán, Helmut Kohl, dejó anotada en su diario la impresión favorable que le había causado la ciudad: “Tuve la impresión de estar en una gran ciudad de Europa occidental, concretamente en una alemana: un aire como del siglo XIX; calles anchas, limpias, bien cuidadas, con mucho verde […]. Nada que ver con Moscú”.

En agosto existía el mismo sentir popular que en julio, cuando Cherniaev observó lemas como “¡Kohl sí! ¡Gorbachov no!”. Las multitudes eran profundamente hostiles al presidente soviético, y las pancartas lo dejaban bien claro. Algunas estaban dirigidas expresamente a los visitantes estadounidenses: “Moscú tiene quince colonias”; “El imperio del mal está vivo”; “Si pertenecer a un imperio es tan bueno, ¿por qué los americanos se separaron de uno?”; “Colón abrió las puertas de América, Bush abre las de Ucrania”. George Bush reaccionó emocionado al recibimiento de los ucranianos. En el discurso que pronunció ante el parlamento unas horas después, dijo lo siguiente: “A todos los americanos que formábamos la larga comitiva –y era larga, créanme– nos conmovió la calurosa acogida del pueblo ucraniano. Nunca la olvidaremos”. ¿Se dieron cuenta el presidente y su séquito de que la gente los recibía así por considerarlos aliados suyos en la pugna con Moscú y Gorbachov, en lugar de defensores de las reformas del presidente soviético y de su idea de una nueva Unión? Es difícil saberlo.[15]

Esas multitudes eran partidarias de la independencia de Ucrania. Representaban el sentir de los ciudadanos de Kiev y de muchos millones de ucranianos que no vivían en la ciudad, y los había movilizado el Rukh, una organización política cuyo nombre significaba “movimiento”. Nacida en el otoño de 1989 como Movimiento Popular Ucraniano a favor de la Perestroika, seguía el modelo de los frentes populares de las repúblicas bálticas, y al principio contó con el firme apoyo de Gorbachov. Su creación fue iniciativa de un grupo de antiguos disidentes que habían salido de la cárcel por orden del presidente soviético, así como de los líderes de la clase intelectual ucraniana. Para Gorbachov, el movimiento servía de contrapeso a los dirigentes conservadores del partido en Ucrania, encabezados por Vladímir Cherbitsky, quien, como recordaría más tarde Kravchuk, odiaba la palabra “perestroika”. Cuando, en uno de sus encuentros públicos con ciudadanos de Kiev, Gorbachov animó al público a que lo ayudara a presionar al aparato del partido, Cherbitsky se volvió hacia su séquito, hizo un gesto con el dedo para indicar que no estaba bien de la cabeza, y luego les

preguntó a sus asesores: “¿En quién piensa apoyarse?”.[16]

Cherbitsky tenía razón. No duró mucho el respaldo del Rukh a Gorbachov. Si sus fundadores habían proclamado al principio su adhesión al programa reformista del presidente soviético, en el segundo congreso de la organización, celebrado en octubre de 1990, suprimieron la palabra “perestroika” del nombre y dejaron claro que su objetivo primordial era la independencia de Ucrania. Para entonces la república ya se había declarado soberana, lo que permitía a su parlamento rechazar todas las leyes de la Unión que chocaran con las ucranianas. Sin embargo, el aparato del partido, las fuerzas de seguridad, el ejército y el sector industrial de Ucrania seguían sometidos a Moscú. El Rukh se proponía acabar con este estado de cosas. Por lo demás, sus líderes se oponían a la participación de la república en la nueva Unión que propugnaba Gorbachov. La visita de Bush a Kiev fortalecería la organización o a sus adversarios, según la posición que defendiera el presidente estadounidense. Los rumores que circulaban no eran precisamente halagüeños: se decía que Bush viajaba a Kiev para hacerle un favor a Gorbachov.

El 31 de julio, mientras los presidentes estadounidense y soviético negociaban en Moscú, la cúpula del Rukh convocó una rueda de prensa en la capital ucraniana para hablar de la inminente visita de Bush. Allí estaban Ivan Drach, jefe de la organización además de excelente poeta, Viatcheslav Tchornovil, que había sido víctima del gulag durante muchos años y ahora dirigía la administración regional de Leópolis (bastión del movimiento independentista que se encontraba en el oeste de Ucrania, en el antiguo territorio austríaco y polaco), y Levko Lukyanenko, legendario disidente soviético que había pasado más de un cuarto de siglo en campos de trabajo: formado como jurista en Moscú, había sido detenido por primera vez en 1961 por defender la independencia de Ucrania con argumentos marxistas-leninistas. Estas víctimas del gulag se habían aliado con los representantes de la clase intelectual para llevar a Ucrania primero a la soberanía, y luego a la independencia. Buscaban el respaldo de Bush.

Drach –de cincuenta y cinco años, calvo, con gafas– fue el primero en hablar. Elogió el apoyo que Bush había prestado como vicepresidente a las nacionalidades de la Unión Soviética en la época de Reagan; pero las palabras amables terminaron ahí. A continuación arremetió contra su política respecto a las repúblicas soviéticas en general y Ucrania en particular: “El

presidente Bush parece hipnotizado por Gorbachov. Su gobierno sigue hablando de estabilidad como si fuera Moscú quien la asegurase. Y no hay que olvidar que, como presidente, Bush ha despreciado por sistema a los movimientos democráticos de las repúblicas. […] No ha querido reunirse con los líderes del Rukh en Washington. No quiere reunirse con nosotros aquí. Me temo que Bush viene como un emisario de Moscú".

La causa inmediata de este malestar era la negativa del presidente estadounidense a entrevistarse por separado con los dirigentes de la oposición. Cuando los líderes del Rukh se pusieron en contacto con la Casa Blanca para solicitar un encuentro con Bush, se les dijo que podían asistir al almuerzo que Leonid Kravchuk iba a ofrecer en honor del presidente, pero no reunirse a solas con él. Además les molestaba que la administración Bush, en sus declaraciones, no reconociese la identidad ucraniana. En respuesta a un comunicado de la Casa Blanca donde se decía que Bush viajaba a Kiev para conocer mejor la sociedad y la cultura soviéticas, Drach lamentó que el presidente no hubiese entendido nada: "Si quiere conocer la sociedad y la cultura soviéticas, le sugiero que visite el Kremlin. Allí observará la cultura y la rapacidad imperialistas. Esto es Ucrania: no somos un ejemplo de la cultura soviética, sino del daño que ha causado la Unión Soviética con su codicia. Somos una nación expoliada por el gobierno de Gorbachov".[17]

A Bush lo presionaban los líderes del Rukh desde Kiev y Gorbachov desde Moscú. Aunque sus asesores se habían cerciorado de que no figurara el artículo definido delante de Ucrania, le seguía preocupando la reacción al discurso que estaba a punto de pronunciar en el parlamento. En el trayecto desde el aeropuerto le pidió a Kravchuk que leyera el texto y le dijera si había que cambiar algo. El dirigente ucraniano se quedó estupefacto: ningún líder soviético habría tenido una deferencia así con él. Todos, desde Brézhnev hasta Gorbachov, habían viajado a Ucrania para dar órdenes, y no para saber lo que pensaba la gente. A Bush, que gobernaba el país más rico y más poderoso del mundo, le interesaba de veras la opinión de Kravchuk. También le dio al antiguo *apparatchik*, hoy demócrata, un consejo que no olvidaría nunca: mira a la gente a los ojos, y sabrás si te van a votar o no. En cualquier caso, Kravchuk leyó el borrador traducido y sugirió un par de cambios. Las partes del discurso que podían causar malestar en el parlamento eran, sin embargo, demasiado importantes para ser suprimidas. Había que esperar a ver cuántos diputados se molestarían con esos pasajes, y hasta qué punto.[18]

La breve entrevista que tuvo con Bush antes de dirigirse ambos al parlamento convenció a Kravchuk de que el presidente estadounidense respetaba a Ucrania y a sus dirigentes. El guion que Bush tenía preparado para el encuentro mencionaba el "poderío económico" de Ucrania y su población, "tan numerosa como las de Francia y Gran Bretaña". Por lo demás, pensaba advertirle a Kravchuk de que "seguiremos teniendo relaciones diplomáticas exclusivamente con el gobierno central", y de que sentía un profundo respeto por Gorbachov, con el que continuaría colaborando lo más estrechamente posible. Pero también quería dejarle claro que Estados Unidos no iba a influir en la posición de Ucrania respecto al tratado de la Unión. "Tengo entendido que no van a tomar ustedes una decisión definitiva sobre el tratado hasta que hayan terminado de redactar su constitución", pensaba decirle a su anfitrión. Esta era la táctica dilatoria adoptada por los dirigentes ucranianos: el proceso de redacción podía durar indefinidamente.[19]

Kravchuk y los demás dirigentes decidieron aprovechar la visita de Bush para pedir dos cosas: el establecimiento de un consulado ucraniano en Estados Unidos (acababa de establecerse uno estadounidense en Kiev) y cinco mil millones de dólares de inversión. La concesión a Ucrania del estatus de país más favorecido en el aspecto comercial facilitaría esta inyección de capital. Otro asunto era la ayuda que podía prestarle Estados Unidos para hacer frente a las consecuencias del desastre nuclear de Chernóbil. Los ucranianos apenas tenían nada que ofrecer a cambio, aparte de respaldo diplómatico a los estadounidenses en las Naciones Unidas: era evidente que aún no estaban en condiciones de hablar con voz propia en el escenario internacional. Al contrario que la oposición, los dirigentes de la república no le pedían a Bush que defendiera la independencia, aunque podía decirse que iban avanzando hacia este objetivo.

Los líderes ucranianos tenían las mismas aspiraciones que Yeltsin, pero las expresaban con más tacto. Bush, que apoyaba la posición de Moscú, se mostró más amable con ellos que con el mandatario ruso, una actitud a la que sin duda contribuyeron los ciudadanos de Kiev con su calurosa acogida al presidente de Estados Unidos, así como los votantes estadounidenses de origen ucraniano. "El tratado de la Unión todavía se está redactando, pero tengo entendido que nos permitirá establecer una relación más directa con las repúblicas –le dijo Bush a Kravchuk–. Mientras tanto podemos seguir hablando de asuntos económicos y de seguridad nuclear".[20]

Eran casi las cuatro de la tarde del 1 de agosto cuando el presidente Bush, que ya había hablado con los dirigentes ucranianos y asistido a un almuerzo en el que estaban presentes los líderes de la oposición, comenzó su discurso ante el parlamento. Los diputados, que interrumpieron un debate sobre la puesta en práctica de la declaración de soberanía para escucharlo, representaban a cincuenta y dos millones de ciudadanos, de los que más del setenta por ciento eran de etnia ucraniana, y alrededor del veinte por ciento, de etnia rusa. En Ucrania también vivía cerca de medio millón de judíos. Aproximadamente la mitad de la población hablaba ruso; la otra mitad, ucraniano.

Los territorios occidentales anexionados a la URSS después de la Segunda Guerra Mundial (la mayor parte había pertenecido a Polonia en el periodo de entreguerras, y antes al imperio austrohúngaro) eran un bastión del nacionalismo ucraniano. Su población era similar desde el punto de vista electoral a la de las repúblicas bálticas, que se habían incorporado a la Unión en el mismo periodo. En el este de Ucrania se observaba el mismo fenómeno que en los óblasts vecinos de la Federación Rusa: las ciudades y los pueblos votaban de manera distinta. Los grandes centros urbanos como Járkov, al igual que Moscú y Leningrado, apoyaban indefectiblemente a la oposición democrática; las zonas rurales, en cambio, seguían fuertemente influidas por la propaganda soviética. En el parlamento ucraniano, los comunistas conservaban una mayoría amplia –doscientos treinta y cinco escaños de un total de cuatrocientos cincuenta–, mientras que el bloque formado por nacionalistas y liberales contaba con ciento veinticinco diputados, elegidos por los votantes del oeste y de las grandes ciudades del este, incluida Kiev.[21]

Bush, que tenía detrás una estatua gigantesca de Lenin, habló principalmente de la libertad, y de la responsabilidad que lleva aparejada. Este tema central lo introdujo con un comentario sobre el origen del nombre “Ucrania”. Cuidándose mucho de no utilizar el artículo definido, dijo lo siguiente: “Hace siglos, sus antepasados bautizaron este país Ucrania, es decir ‘frontera’, porque sus estepas unen Europa con Asia. […] Hoy en día ustedes, los ucranianos, exploran las fronteras y los contornos de la libertad”. En contra de lo previsto por los líderes del Rukh, Bush dejó claro que distinguía a Ucrania –por su población, su historia y su geografía– de Rusia, lo que contrastaba con el discurso que había pronunciado Nixon en 1972 en una cena ofrecida por dirigentes ucranianos, hablando de la “tierra soviética” y llamando a Kiev la “madre de todas las ciudades rusas”, además de

anteponer repetidamente el artículo definido al nombre del país.[22]

A la oposición le gustó menos lo que dijo después. El discurso, que se había redactado con mucho cuidado de no ofender a los ucranianos, acabó confirmando las peores sospechas de Drach y sus correligionarios sobre el objetivo político de la visita de Bush. "Algunos han exigido a Estados Unidos que elija entre el presidente Gorbachov y los líderes independentistas en toda la URSS –declaró el presidente–. Creo que es una falsa disyuntiva. Seamos justos: el presidente Gorbachov ha logrado avances extraordinarios. Con la perestroika, la glásnost y las reformas democráticas ha puesto a su país en el camino hacia la libertad política y económica". A continuación explicó su idea de libertad, que iba a sumir al Rukh en el desánimo: "Libertad no equivale a independencia. Estados Unidos no apoyará a quienes persiguen la independencia para sustituir una tiranía lejana por otra regional, ni a quienes fomentan un nacionalismo suicida basado en el odio étnico". Ya no quedaban dudas: los defensores de la independencia de Ucrania estaban solos.[23]

El discurso de Bush reflejaba el sentir predominante en la Casa Blanca. Según recordaría más tarde Nicholas Burns:

> Creo que ninguno de nosotros sospechaba, en el verano de 1991, que la Unión Soviética fuera a desintegrarse; nos parecía impensable. […] Había una relación de confianza entre Gorbachov y Bush; en casi todos los asuntos nos entendíamos bastante bien [con los soviéticos], y estábamos deseando visitar Kiev para demostrar nuestro interés por las repúblicas. […] Queríamos que el sistema soviético se debilitara progresivamente y que las reformas fuesen graduales, porque temíamos que un apoyo explícito por nuestra parte a los movimientos nacionalistas condujera a la violencia: en esta situación, [el gobierno central] correría el peligro de perder el control sobre las armas nucleares en algunas repúblicas.[24]

El discurso suscitó reacciones diversas entre los diputados. La mayoría comunista aplaudió la prudencia de Bush, que rechazaron, en cambio, los representantes de la oposición democrática y los aliados con los que contaban en Estados Unidos. El presidente trató de apaciguar a la comunidad ucraniana de su país con las siguientes palabras: "Si me vieron saludar entusiasmado con la mano cuando iba en el coche, fue porque pensaba que en la calle

habría, quizá, mucha gente de Filadelfia o Pittsburgh o Detroit, donde viven tantos estadounidenses de origen ucraniano que están de acuerdo con lo que he dicho hoy aquí". Bush creyó que el discurso, que iba a publicarse enseguida en la prensa ucraniana de Estados Unidos, contentaría a sus votantes. Fue un craso error.[25]

Los estadounidenses de origen ucraniano se habían movilizado a raíz de lo sucedido en la república soviética. No apoyaban a Gorbachov ni a los líderes comunistas, sino al Rukh: como la organización nacionalista estaba descontenta con el discurso, también lo estaban ellos. Pocos sabían que Gorbachov había intentado evitar que Bush visitara Kiev, y que el presidente estadounidense y su equipo habían sabido resistir las presiones. El domingo, 4 de agosto, tres días después de la visita, un grupo de manifestantes ucranianos se dirigió a la Casa Blanca con pancartas en las que se leía, por ejemplo, "Soy ucraniano-estadounidense. No apoyo a George Bush" y "Señor Bush: la independencia de Ucrania significa libertad para todas las minorías". Después de la protesta, que duró una hora, sus cabecillas dejaron una carta en la Casa Blanca donde terminaban amenazando expresamente a Bush con hacerle perder las siguientes elecciones: "Señor presidente: hemos llegado a la amarga conclusión de que, en su visita a Kiev, la capital de Ucrania, le ha hecho un gran favor al presidente Gorbachov. Sin embargo, y a pesar de la alianza entre ustedes dos, estamos convencidos de que Ucrania será independiente. De nosotros, compatriotas suyos, dijo en Kiev que estábamos de acuerdo con usted. Pues bien, ni lo estábamos entonces ni lo estamos ahora. Tendremos presente lo ocurrido a la hora de votar en las elecciones de 1992".[26]

No fueron, sin embargo, los únicos en rechazar el discurso de Bush. La crítica más dañina apareció en *The New York Times*, en un artículo del columnista William Safire, que había trabajado como redactor de discursos para Richard Nixon: a su juicio, el "deprimente discurso del 'pollo Kiev'" había sido uno de los mayores errores cometidos por la administración Bush. El presidente había "sermoneado a los ucranianos, intentando disuadirlos de que reclamaran la autodeterminación: Washington abraza así, insensatamente, el centralismo de Moscú y va en contra de la historia". Esa frase tan despectiva, "discurso del 'pollo Kiev'", gustó mucho al público estadounidense, porque parecía la metáfora perfecta de la vacilante política exterior de Bush. En un libro de memorias que escribió con el presidente, Scowcroft afirma que, al hablar de tiranía regional, Bush no se refería a

Ucrania, sino a Moldavia y otras repúblicas soviéticas. Jack Matlock, que seguramente había puesto más esfuerzo que nadie en preparar la visita a Kiev, sospechaba que al columnista lo movía la animadversión hacia Bush, pero quizá también cierto afán expiatorio: era Safire, en efecto, quien había escrito en 1972 el discurso en el que Nixon llamaba a Kiev "la madre de todas las ciudades rusas".[27]

Aparte del descontento expresado por antiguos presos políticos e intelectuales poco conocidos fuera de Ucrania, nada hacía suponer, el 1 de agosto de 1991, que Bush y sus asesores fueran a verse en apuros. Después de recibir el aplauso de la mayoría comunista en el parlamento ucraniano, el presidente y su séquito abandonaron el edificio en compañía de Leonid Kravchuk y sus ayudantes. Los coches oficiales se dirigieron entonces a Babi Yar, un barranco cercano a la iglesia medieval de San Cirilo, donde se perpetró una de las masacres más horrendas del Holocausto. "El trayecto en coche, largo y lento, hasta Babi Yar fue lo mejor del viaje para Bush –contaba una crónica redactada conjuntamente por varios medios–. Las calles estaban llenas de ucranianos que, al contrario que los moscovitas, sonreían y saludaban con la mano a Bush y al resto de la comitiva".[28]

En las laderas del barranco, que está a las afueras de Kiev, el 4° Sonderkommando nazi mató a tiros, en apenas dos días de septiembre de 1941, a casi treinta y cuatro mil judíos de la capital ucraniana. Todo ocurrió a plena luz del día, y los verdugos intentaron en vano ahogar los gritos de las víctimas con la música de un gramófono. La experiencia envileció a los habitantes de la ciudad, recién ocupada por los alemanes. Más tarde hubo otras matanzas en Babi Yar. Cuando el Ejército Rojo tomó Kiev en el otoño de 1943, ya habían sido asesinadas setenta mil personas más: prisioneros de guerra soviéticos, nacionalistas ucranianos, gitanos, rehenes civiles y enfermos mentales. Los nazis trataron de ocultar sus crímenes exhumando los cadáveres, quemándolos y esparciendo las cenizas. No lograron borrar los recuerdos de los supervivientes.

Los soviéticos investigaron y documentaron los hechos –en los juicios de Núremberg declararon que habían muerto asesinadas unas cien mil personas–, pero modificaron el informe original para ocultar que las primeras víctimas habían sido judías y su asesinato había formado parte de lo que más tarde se conocería como el Holocausto: querían presentar a las víctimas como

simples ciudadanos de la URSS, un todo homogéneo, indiferenciado. En 1966 apareció la novela *Babi Yar*, de Anatoli Kuznetsov, un excelente escritor de Kiev; pero los censores habían suprimido la cuarta parte del texto, que no se publicaría íntegro hasta 1970, cuando Kuznetsov ya había emigrado a occidente. En 1976 se erigió por fin un monumento en Babi Yar para conmemorar a las víctimas, que según la versión oficial habían sido, en su mayoría, prisioneros de guerra soviéticos.[29]

George Bush iba a rendir homenaje a los muertos de Babi Yar delante del monumento levantado en la era soviética. “Hay que fijarse bien en la enorme efigie de bronce y granito que el presidente Bush tendrá detrás cuando pronuncie su discurso –decía un artículo de prensa–. En lo alto se ve la figura de una mujer inclinándose para besar a su hijo. Sin embargo, al rodearlo descubre uno el horror y la tragedia ocultos en la escena: la mujer tiene las manos atadas a la espalda”.

En su discurso, Bush elogió la política de la memoria que se estaba practicando en Ucrania, y que permitía, por fin, rendir homenaje expreso a las víctimas del Holocausto: “Durante muchos años no se quiso hablar de la tragedia de Babi Yar. Las cosas han cambiado. Pronto se colocará aquí una placa conmemorativa del genocidio de los judíos y de la cruel matanza de gitanos, comunistas, cristianos… de todo aquel que se atreviera a oponerse a las fantasías del vesánico dictador nazi”. Como en su discurso ante el parlamento, encontró el modo de defender a su atribulado socio del Kremlin, a quien le reconoció el papel que había desempeñado en la revisión de la historia soviética. Llegó a relacionarlo con Lincoln, una figura decisiva en la historia de su país: “Abraham Lincoln dijo en cierta ocasión que no podemos escapar a la historia. Mijaíl Gorbachov ha defendido la verdad histórica”.

“Me emocioné en el monumento de Babi Yar, donde el invasor nazi había asesinado a decenas de miles de ucranianos –recordaría más tarde Bush–. En mitad del discurso titubeé al describir los horrores sucedidos cincuenta años antes”. El presidente contó, en efecto, multitud de detalles estremecedores sobre la masacre, incluido el uso de gramófonos por parte de los verdugos nazis. Barbara Bush estaba sentada con varias ancianas con aspecto de campesinas, supervivientes de Babi Yar, y con quienes las habían ayudado a salvar la vida. Leonid Kravchuk, por su parte, intentaba contener la emoción: a los ocho años había visto morir ametrallados a centenares de judíos a manos de los nazis en la Ucrania ocupada. Unos meses después de la visita de Bush,

en una ceremonia conmemorativa del cincuenta aniversario de la masacre, pronunció parte de su discurso en yiddish; y más tarde declaró en una entrevista que no todos sus compatriotas habían actuado como debían. Se refería al papel desempeñado por los ucranianos en el Holocausto.[30]

El discurso de Bush tuvo una buena acogida entre los asistentes a la ceremonia. Ivan Drach y otros líderes del Rukh, que habían sido de los primeros en reconocer la importancia de Babi Yar en el Holocausto, alabaron la visita del presidente. La alianza que las víctimas judías y ucranianas del gulag habían formado en contra del imperio soviético era una realidad política gracias al Rukh, en cuya política influían mucho los antiguos disidentes. La organización nacionalista estaba en la vanguardia de la lucha contra el antisemitismo, tan extendido en Ucrania, y su discurso propugnaba una coalición de ucranianos y judíos para desafiar los dictados de Moscú.[31]

Los únicos que no parecían encajar en la ceremonia eran los representantes de Gorbachov que acompañaban a Bush en su viaje: el vicepresidente, Guennadi Yanáyev, y el embajador soviético en Washington, Viktor Komplektov. Como todos los discursos se pronunciaron en inglés o ucraniano, y todas las conversaciones se desarrollaron en los mismos idiomas, los visitantes rusos estaban desorientados. “Menos mal que [Yanáyev] entiende el inglés –comentó Komplektov mientras Bush leía su discurso ante el parlamento–; si no, no se enteraría de nada de lo que está pasando”. Según la biografía que figuraba en el dossier de Bush, el vicepresidente soviético hablaba “algo de inglés”: si así era, en Kiev no se le notó. Las autoridades ucranianas, que hablaban ruso a la perfección, optaron por el ucraniano, lo que tenía importancia simbólica para una república oficialmente soberana desde hacía poco.

Los estadounidenses aceptaron este gesto de autoafirmación lingüística viajando con un intérprete ucraniano. Además, el presidente Bush accedió a entrevistarse con Leonid Kravchuk sin estar presente Yanáyev. Según Ed Hewett, miembro del consejo de seguridad nacional, las autoridades ucranianas trataron al vicepresidente soviético, que no hablaba ucraniano y seguramente tampoco entendía la mayor parte de lo que se decía en inglés, como si fuera el “director de la Asociación de Leprosos de la Unión Soviética” en vez del representante del gobierno central. A Yanáyev se lo notó aburrido y molesto en el almuerzo ofrecido por Kravchuk. Pero las cosas habían cambiado: ahora le correspondía a Moscú contentar a las repúblicas, y

el vicepresidente había asimilado las nuevas reglas del juego.[32]

Alrededor de las siete de la tarde, hora local, el *Air Force One* despegó del aeropuerto de Boryspil con destino a Washington. La visita había concluido. Estados Unidos había dado un paso decisivo en el desarme nuclear, formulado una nueva política respecto a la autodeterminación de las repúblicas soviéticas, defendido las reformas democráticas, y apoyado el esfuerzo de su amigo del Kremlin por mantener la autoridad sobre el territorio de la antigua superpotencia, un imperio que se estaba desmoronando. En el avión que los llevaba de vuelta a Moscú, Yanáyev y Matlock "brindaron para celebrar el gran éxito de la visita". A George Bush le apetecía pasar unos días en su finca de Kennebunkport, en el estado de Maine, donde confiaba en encontrar el descanso que merecía de sobra después de un mes de julio muy ajetreado. Pero las esperanzas del presidente estadounidense iban a verse frustradas.[33]

SEGUNDA PARTE

LOS TANQUES DE AGOSTO

IV
EL PRISIONERO DE CRIMEA

"*E*spero que estés bien, Mijaíl". Estas fueron las primeras palabras que George Bush le dictó a la grabadora, imaginando que se dirigía al político soviético. Desde que estaba en el cargo, el presidente de Estados Unidos llevaba una especie de diario hablado, al que confiaba las ideas y sentimientos que prefería no expresar en público. La noche del 19 de agosto de 1991 tenía la cabeza muy lejos de su país: pensaba, efectivamente, en Mijaíl Gorbachov. "Espero que no te hayan tratado mal –prosiguió–. Has prestado un extraordinario servicio a tu país. Te han atacado desde la izquierda y desde la derecha, pero tienes un mérito enorme. Ahora mismo no sabemos dónde diablos estás ni cómo te encuentras. En cualquier caso, hicimos bien en apoyarte, y yo estoy orgulloso de haberlo hecho. Saldrán cantidad de bustos parlantes en la televisión hablando de los errores cometidos, pero estoy convencido de que hiciste lo que debías, buscando el bien de tu país".[1]

El presidente estaba ordenando sus pensamientos al final de una jornada que calificó de histórica en su diario. En el lejano Moscú, los antiguos aliados de Gorbachov habían declarado el estado de emergencia y lo habían depuesto alegando que se encontraba mal de salud. En las calles habían aparecido tanques. Desde que regresara de la capital soviética unas semanas antes, Bush no había sospechado que pudiera ocurrir algo así. Ahora estaba de vacaciones en Walker's Point, la finca familiar de Kennebunkport, en Maine, y la noche anterior había apuntado un único asunto importante en su agenda: a las seis y media de la mañana, antes de que el huracán Bob llegara a la costa, tenía pensado jugar dieciocho hoyos de golf con Brent Scowcroft, que se alojaba en el hotel Nonantum, de Kennebunkport, y con Roger Clemens, famoso *pitcher* del equipo de béisbol Red Sox de Boston. Minutos después de acostarse, lo había despertado una llamada telefónica de Scowcroft. No se trataba del partido de golf ni del huracán que lo ponía en peligro. Como había ocurrido el verano anterior, cuando Sadam Husein invadió Kuwait, la noticia tenía que ver con la política internacional, y podía dar al traste no solo con el

partido, sino también con sus vacaciones: se había producido un golpe de estado en Moscú.

Media hora antes, Scowcroft estaba echado tranquilamente en la cama leyendo telegramas. Tenía puesta la CNN en la televisión, y de pronto oyó al locutor anunciar que Gorbachov había dimitido por razones de salud. Aquello le olió a chamusquina: Scowcroft había visto al presidente soviético apenas unas semanas antes, y le había parecido que estaba perfectamente. Se puso a escuchar con atención. El siguiente parte de Moscú no dejaba lugar a dudas: según la agencia pública de noticias TASS, Gorbachov estaba enfermo, y se había creado un comité de emergencia encabezado por el vicepresidente, Guennadi Yanáyev. Sus miembros eran dirigentes del ala dura del régimen, entre ellos el jefe del KGB, Vladímir Kryuchkov, y el del ejército, Dmitri Yázov. Todos habían asistido al almuerzo ofrecido por Bush en Moscú unas semanas antes. Scowcroft llamó por teléfono a su lugarteniente, Robert Gates, para pedirle que averiguara lo que sabía la CIA, y luego encargó al secretario de prensa adjunto, Roman Popadiuk, que redactara un comunicado para emitirlo en el caso de que la noticia no fuese un bulo.

Finalmente llamó a Bush para contarle lo que había oído. De momento, ninguna fuente del gobierno, incluida la CIA, había confirmado la noticia. "¡Dios santo!", exclamó el presidente. A continuación deliberaron sobre la respuesta más adecuada: los periodistas ya estaban llamando a la puerta de la habitación de Popadiuk. "El presidente se inclinaba por condenar [el golpe] sin reservas –escribiría más tarde Scowcroft–; sin embargo, en el caso de que triunfara, tendríamos que tratar con las nuevas autoridades, por execrables que fuesen sus acciones. Al final decidimos condenarlo, pero sin quemar todos los puentes". El consejero de seguridad nacional no era precisamente optimista: había muchas figuras poderosas detrás del golpe, así que lo más probable era que triunfase. Le sugirió a Bush que lo calificara de "extraconstitucional" en todas sus declaraciones públicas. Antes de que el presidente intentara volver a dormirse, los dos se pusieron de acuerdo para que Scowcroft siguiese los acontecimientos durante toda la noche y volviera a llamarlo a las cinco y media de la mañana. Popadiuk emitió un breve comunicado a la prensa reconociendo que el gobierno no sabía con total seguridad lo que estaba ocurriendo en Moscú, y le dijo a Scowcroft que Bush tendría que hablar con los periodistas por la mañana, y no debía hacerlo en un campo de golf. "En cualquier caso, es posible que llueva", contestó Scowcroft. No iba a haber partido de golf, evidentemente.[2]

Por la mañana apenas había nada claro todavía. Lo único seguro era que se había producido un golpe de estado. Pero ¿qué había ocurrido con Gorbachov? ¿Qué se proponían los conspiradores, y cómo iba a afectar a la Unión Soviética y a sus relaciones con Estados Unidos? Todos eran conscientes de que las consecuencias serían muy profundas, pero nadie sabía exactamente lo que sucedería.

La CIA, como siempre, examinó todas las situaciones hipotéticas. Sus analistas concluyeron que había un diez por ciento de posibilidades de que la URSS volviera al régimen anterior a la perestroika, un cuarenta y cinco por ciento de que el conflicto entre demócratas y conservadores entrara en un punto muerto, y un cuarenta y cinco por ciento de que el golpe fracasara. La CIA no estaba tan segura como Scowcroft de que los golpistas fueran a imponerse, en parte porque, según la información suministrada por sus agentes, la operación se había organizado en el último momento, así que era imposible que estuviese bien planeada. En todo caso, nadie podía saber con certeza lo que iba a suceder.

Bush habló con el primer ministro británico, John Major, y con el presidente francés, François Miterrand. También a ellos el golpe los había tomado totalmente por sorpresa. El presidente estadounidense le dijo a Miterrand que, según tenía entendido Scowcroft, lo mismo le había ocurrido al propio Gorbachov. “Si ellos no estaban al tanto –dictó ese día a la grabadora–, ¿cómo íbamos a estarlo nosotros?”. Aun así, la situación era políticamente embarazosa: la CIA no había detectado ningún indicio de que fuera a producirse un golpe, y el presidente y el consejero de seguridad nacional se habían enterado por la CNN. “Los periodistas dicen que ha sido un fracaso de los servicios de inteligencia”, le dijo Bush esa misma mañana al primer ministro canadiense, Brian Mulroney.[3]

La noticia también sorprendió al departamento de Estado. James Baker, que estaba de vacaciones en Wyoming, supo del golpe por el centro de operaciones del departamento una hora después que Scowcroft. A medida que recibía información de Washington y consejos de sus asesores, que estaban de vacaciones como él y dispersos por todo el mundo, el secretario de Estado iba haciendo anotaciones en su cuadernito de caza, en cuyas páginas figuraba impresa, en la parte de arriba, una frase oportuna para una excursión cinegética, pero no para una crisis internacional: *Hunter will do anything for a buck $**. Así, empezó apuntando: “Nula capacidad de influir. Mínima,

desde luego"; "Será difícil durante un tiempo negociar con los nuevos"; "Insistir en la falta de legitimidad política". Parecía tener la esperanza de que la situación se recondujera más adelante: "Yeltsin es el hombre clave. Hay que seguir en contacto con él. Consultar con el reformista".

La embajada estadounidense en Moscú estaba en plena transición: Jack Matlock ya se había marchado, y su sucesor, Robert S. Strauss, aún no había tomado posesión del cargo. El nuevo embajador, un tejano próximo a Bush que ni sabía ruso ni tenía experiencia diplomática previa, iba a ejercer de enlace directo entre Gorbachov y el presidente de Estados Unidos. Pero al líder soviético, por lo visto, lo habían expulsado del escenario antes de que llegara Strauss. Bush telefoneó a su asesor de negocios, Jim Collins, que ya había acudido al parlamento ruso, contiguo a la embajada, y conocido en Moscú como la Casa Blanca: el diplomático le informó de que el edificio estaba abierto, pero no había rastro de Yeltsin, que se había opuesto al golpe. Por lo demás, los estadounidenses residentes en Moscú no corrían peligro.

Esta fue la única buena noticia que Bush pudo dar a los periodistas que se apiñaban en una salita de su residencia de verano, guareciéndose de la lluvia que había traído el huracán Bob. El presidente manifestó su preocupación por lo que estaba ocurriendo en Moscú: el gobierno de Estados Unidos seguía atentamente los acontecimientos, pero era demasiado pronto para saber cómo evolucionarían. En respuesta a una pregunta, recordó que los golpes de estado podían fracasar: "Al principio los golpistas tienen el poder, pero luego tropiezan con la voluntad de los ciudadanos". Siguiendo el consejo de Scowcroft, calificó el golpe de "extraconstitucional", y no de inconstitucional. Por lo demás, sus elogios a Gorbachov sonaron a elegía. Reconoció que no había intentado ponerse en contacto con él por vía telefónica. Lo que le preocupaba ante todo era saber si los golpistas iban a continuar la retirada de las tropas soviéticas de Europa oriental que había iniciado Gorbachov, y si estaban dispuestos a cumplir el tratado START y otros acuerdos sobre control de armas nucleares. La ayuda estadounidense quedaba suspendida mientras siguiera existiendo un gobierno "extraconstitucional" en Moscú, aunque no se impondrían más sanciones a menos que las nuevas autoridades faltaran a sus compromisos con otros países.

Bush se resistía, sin embargo, a romper relaciones del todo con los cabecillas del golpe: dedicó palabras amables al vicepresidente Yanáyev, y, cuando un periodista le preguntó directamente por el llamamiento de Yeltsin a la huelga general, evitó apoyarlo. En privado dijo que se negaba a creer que

Yanáyev hubiese dirigido la operación: el canciller alemán, Helmut Kohl, también lo dudaba mucho. Bush tenía buen concepto del vicepresidente soviético, al que había conocido en su reciente viaje a Moscú y Kiev. A su regreso a Washington, y sabiendo que Yanáyev era aficionado a la pesca como él, le había enviado unos cebos de su reserva. Aún no se sabía con certeza quién había orquestado el golpe. El presidente intuía, según dijo en la rueda de prensa, que Yanáyev estaba a favor de las reformas, aunque reconoció que sus acciones indicaban lo contrario. A continuación declaró, sin embargo, que quienes llevaban la voz cantante eran el KGB y los militares conservadores, y no el vicepresidente: estaba en lo cierto.[4]

La rueda de prensa no fue un éxito ni mucho menos, y Scowcroft se lo advirtió enseguida. A los reporteros les había sorprendido mucho la tibieza de Bush, que contrastaba con su reacción ante la masacre que el gobierno comunista de China había perpetrado en la plaza de Tiananmen hacía algo más de dos años. Para compensar la mala impresión que había causado, y siguiendo el consejo de Scowcroft, decidió interrumpir sus vacaciones: abandonaría Maine ante las cámaras de televisión y se dirigiría a Washington con el propósito de dejar claro su liderazgo y su intervención directa en la resolución de la crisis internacional. Cambiaría la imagen, pero no el contenido. Para las autoridades estadounidenses, lo fundamental era mostrarse firmes, pero sin provocar a los cabecillas del golpe, que podrían verse tentados a romper los acuerdos internacionales suscritos por Gorbachov. Helmut Kohl le manifestó a Bush su temor de que se interrumpiera la retirada de las tropas soviéticas de Alemania Oriental. Otro tanto le dijeron los dirigentes de Europa del este, en cuyos países aún estaba presente el ejército de la URSS. Estados Unidos y sus aliados habían logrado que Gorbachov les concediera gran parte de lo que pedían, pero ¿serían los nuevos líderes fieles a los compromisos adquiridos por su predecesor?[5]

Las autoridades estadounidenses eran conscientes desde hacía tiempo de que la política soviética de colaboración con occidente podía ser efímera, y se habían preparado para esta eventualidad. En enero de 1991, después de escuchar un parte de la CIA sobre los últimos acontecimientos ocurridos en la Unión Soviética, el secretario de Estado, James Baker, les comentó lo siguiente a sus colaboradores: “Lo que me estáis diciendo, chicos, es que la Bolsa se hunde. Tenemos que vender”. Se refería a la necesidad de asegurar las ganancias obtenidas en el periodo alcista sin precedentes que atravesaba el mercado de las relaciones entre los dos países. Según explicó en sus

memorias, "'vender' significaba arrancarles todo lo posible a los soviéticos antes de que se produjera un giro a la derecha o el país empezara a desintegrarse". Esta política se mantuvo en la primavera y el verano de 1991. Robert Gates cuenta en sus memorias que, en los meses anteriores al golpe, la administración Bush siguió la estrategia que Brent Scowcroft había resumido así en una reunión del consejo de Seguridad Nacional celebrada el 31 de mayo: "Nuestro objetivo es mantener a Gorby en el poder el mayor tiempo posible, ayudándolo a avanzar en la dirección adecuada y haciendo lo que más nos convenga a nosotros en política exterior".

Ahora que Gorbachov ya no estaba en el poder, la tarea consistía en preservar lo logrado durante su mandato. La caída del muro de Berlín en 1989 había llevado a la reunificación de Alemania y representado el fin del comunismo en Europa oriental. ¿Volverían los nuevos dirigentes del Kremlin a levantar los viejos muros que habían separado el este del oeste? Nadie lo sabía. El 19 de agosto, además de su afectuosa carta imaginaria a Gorbachov, George Bush dictó lo siguiente a la grabadora: "De lo que se trata ahora, creo, es de evitar que haya una vuelta atrás, que se anulen los avances logrados con Gorbachov. Me refiero a Europa del este, a la reunificación de Alemania, a sacar las tropas de los países del Pacto de Varsovia. La colaboración [soviética] es fundamental en Oriente próximo, desde luego, y puede que la perdamos, ¿quién sabe?".[6]

A juzgar por su diario hablado, Bush se esforzaba por conciliar la política dictada por los intereses de su país con el afecto personal que sin duda le tenía a Gorbachov. El presidente retrocedió en el tiempo para preguntarse si su gobierno habría podido hacer algo más por el líder soviético, si lo habría podido ayudar a frenar el golpe de estado. Su conclusión fue negativa. Por lo demás, estaba muy interesado en responder a quienes le reprochaban haber apoyado demasiado a Gorbachov: a su juicio, el golpe demostraba lo acertado de su política respecto al gobierno central y las repúblicas, es decir, respecto a Gorbachov y Yeltsin. "Si hubiésemos abandonado a Gorbachov y respaldado a Yeltsin –escribió ese día en su diario–, la reacción del ejército habría sido mucho peor".

Más difícil era saber si Estados Unidos y sus aliados habían apoyado lo suficiente a Gorbachov en julio, cuando el presidente soviético les pidió ayuda económica en la cumbre de Londres. El primer ministro canadiense, Brian Mulroney, sacó a relucir este asunto en una conversación telefónica

que mantuvo con Bush después de la rueda de prensa, recordándole la pregunta que le había hecho a Helmut Kohl en Londres: “Si dentro de un mes derrocan a Gorbachov, y la gente se queja de que no hemos hecho lo suficiente, ¿seguirá estando bien lo que proponemos?”. “Desde luego”, contestó, al parecer, Kohl, que le estaba muy agradecido a Gorbachov por el papel que había desempeñado en la reunificación de Alemania, y era el más firme partidario de conceder a la Unión Soviética cuantos créditos solicitase. Bush y Mulroney sabían que el canciller alemán se había mostrado más dispuesto que ellos a ayudar a Gorbachov en la reunión del G7, pero se consolaban pensando que finalmente había adoptado la postura de Estados Unidos y los demás países del grupo: a Gorbachov se le debía ofrecer apoyo moral y político, pero limitada ayuda económica. “¿Crees que lo han derrocado por estar demasiado próximo a nosotros”, le preguntó Mulroney a Bush. “No me cabe la menor duda”, respondió el presidente.[7]

Gorbachov tenía pensado regresar el 19 de agosto de sus vacaciones en Crimea, adonde había llegado en avión el día 4, más o menos al mismo tiempo que Bush a Walker’s Point. La residencia veraniega del presidente soviético estaba, como la de su homólogo estadounidense, al lado del mar; pero, si Bush huía en Maine del calor estival, Gorbachov, en cambio, viajaba al sur a tomar el sol: para él, como para muchos ciudadanos soviéticos de su generación, era obligado pasar las vacaciones bronceándose y nadando en el mar Negro.

En 1988 se había edificado una villa para Gorbachov sobre uno de los altos acantilados de Crimea, cerca de la ciudad de Foros, que está a unos cuarenta kilómetros de Livadia, donde Roosevelt, Churchill y Stalin conferenciaron en 1945. La construcción de la mansión, conocida alternativamente como Recinto Vacacional del Estado n°11 y Edificio Aurora, coincidió en el tiempo con la campaña de Gorbachov y sus compañeros del Politburó en contra de los privilegios del aparato del partido y de sus dirigentes. Cuando el matrimonio Gorbachov llegó a Foros en agosto de 1991, Raísa ordenó que se sacaran las lámparas de araña de las casas de la playa. Fue un gesto meramente simbólico: el complejo de viviendas seguía destacando por su suntuosidad.

El Edificio Aurora se había construido en un tiempo récord sobre la roca desnuda. Para hacer el entorno menos inhóspito se habían acarreado hasta allí

miles de toneladas de tierra, además de árboles y arbustos. Cada año llegaba tierra nueva para sustituir a la que se llevaba la erosión. La playa, que se había creado excavando rocas y añadiendo centenares de toneladas de arena, se comunicaba con la terraza principal por una escalera mecánica. Para encajar la mansión a resguardo de los fuertes vientos se había recortado la gigantesca pared de roca. El KGB, que había supervisado la obra y estaba a cargo de la seguridad en la residencia, se quejaba de lo difícil que era proteger los accesos por mar y tierra. A los Gorbachov, en cualquier caso, les encantaba la mansión. En agosto de 1991, como en años anteriores, pasaron las vacaciones allí con su hija de treinta y cuatro años, Irina Virgánskaya, médico de profesión, su yerno, Anatoli, también médico, y sus dos nietas.

El 18 de agosto, último día de las vacaciones, empezó como cualquier otro en Crimea para los Gorbachov. Mijaíl y Raísa, cuyos movimientos anotaban los vigilantes del KGB con los nombres en clave de 110 y 111, se levantaron a eso de las ocho de la mañana, desayunaron y, alrededor de las once, bajaron a la playa. Raísa se bañó en el mar como todos los días, pero Mijaíl se quedó en la arena: unos días antes había sufrido un ataque de lumbago, así que evitaba el agua. Como de costumbre, seguía trabajando durante las vacaciones. Después de comer revisó el discurso que iba a pronunciar en Moscú el día 20, en la ceremonia de la firma del nuevo tratado de la Unión, concluido finalmente después de largos meses de negociaciones entre un gobierno central cada vez más débil y unas repúblicas cada vez más fuertes. Hacia las cuatro y media de la tarde habló por teléfono con uno de sus ayudantes, Georgi Shakhnazarov, que veraneaba en una estación turística cercana y lo estaba ayudando a redactar el discurso. Tardaría varios días en volver a hablar por teléfono con nadie.

Unos minutos antes, dos funcionarios del KGB que habían llegado a Crimea con el jefe del directorio de seguridad del organismo, el general Yuri Plejánov, habían ordenado a Tamara Vikulina, una telefonista que trabajaba en la centralita del gobierno, dirigida por el KGB, que le cortara las líneas telefónicas a Gorbachov. Vikulina pidió a los funcionarios que le dejaran pasar una última llamada: acababa de decirle a Gorbachov que le iba a poner al habla con Shakhnazarov. Los hombres del KGB accedieron. Sin embargo, después de la conversación entre el presidente y su consejero, la mansión quedó incomunicada con el exterior. También se cortó el acceso a la red que permitía a Gorbachov lanzar un ataque nuclear. Al día siguiente, el maletín nuclear presidencial se enviaría a Moscú, donde pasaría a manos de los

golpistas, entre ellos el mariscal Yázov, ministro de Defensa, y el general Mijaíl Moiseev, jefe del Estado Mayor. El arsenal nuclear soviético quedaría bajo el control exclusivo de Yázov.[8]

Gorbachov se dio cuenta de que ocurría algo grave cuando el jefe de su equipo de seguridad, Vladímir Medvédev, entró en su habitación alrededor de las cinco menos cuarto de la tarde e interrumpió su lectura vespertina de la prensa para anunciarle que habían llegado unos visitantes de Moscú. Entre ellos estaban su jefe de gabinete, Valeri Boldin, dos secretarios del Comité Central del Partido Comunista y el general Valentín Varénnikov, comandante en jefe del ejército de tierra: todos, a excepción de Varénnikov, eran viejos conocidos y colaboradores de confianza de Gorbachov. Pero al presidente se lo notaba preocupado. Cuando preguntó cómo habían accedido a un edificio tan fuertemente vigilado, Medvédev respondió que uno de los visitantes era el general Plejánov, jefe de todos los escoltas, incluido él mismo. ¿Qué es lo que querían? Medvédev no supo contestarle. Pero ya era consciente de que había un golpe de estado en marcha. Cuando Plejánov se presentó en su despacho unos minutos antes y le pidió que condujera al grupo a donde estaba Gorbachov, Medvédev intentó avisar al presidente por teléfono, pero no había línea. “Entonces me di cuenta de que estaba pasando lo mismo que con Jrushchov –escribiría más tarde–. Habían cortado todas las comunicaciones”.[9]

Gorbachov ordenó a Medvédev que hiciese esperar a los visitantes, y luego intentó llamar a Moscú para averiguar lo que estaba ocurriendo: quería hablar con el director del KGB, Vladímir Kryuchkov, un aliado suyo en el que confiaba. Pero no había línea. Probó en vano con los otros cuatro teléfonos, incluido el teléfono rojo del que disponía como comandante en jefe de las fuerzas armadas. Ya no cabía la menor duda de que era un golpe de estado: además de saltarse el protocolo presentándose inesperadamente en su residencia, los visitantes habían aislado al líder soviético, impidiéndole comunicarse con sus posibles aliados. Gorbachov reunió a Raísa, a su hija y a su yerno en uno de los dormitorios de la mansión. Después de un breve diálogo, su familia le dejó claro que lo apoyaría en cualquier circunstancia. Gorbachov se hizo el firme propósito, según escribiría más tarde, de no ceder en ningún caso a las presiones cambiando de política. Fue un momento de angustia: “Todos teníamos presente la historia de nuestro país, sus episodios más terribles”, recordaría Raísa.[10]

El último líder soviético en ser depuesto por sus colaboradores había sido Nikita Jrushchov: de su derrocamiento, ocurrido en 1964, se acordó enseguida el escolta de Gorbachov. Jrushchov tuvo suerte: se le perdonó la vida y pudo retirarse. Todos los líderes anteriores, así como el sucesor de Jrushchov, Brézhnev, murieron estando en el cargo, algunos en circunstancias sospechosas. Todavía se rumoreaba que Stalin había sido envenenado: en el momento de su muerte, se proponía liquidar a sus colaboradores más próximos, entre ellos el jefe de la policía secreta, Lavrenti Beria. Este dirigente, del que se decía que había sido el cerebro del asesinato de Stalin, fue detenido poco después por el ejército a instancias de Jrushchov, acusado de colaborar con los servicios de inteligencia británicos, y ejecutado. Leonid Brézhnev murió en 1982, en un momento en el que, según contaban algunos, preparaba un traspaso de poder en el Kremlin: al parecer pensaba excluir al antiguo director del KGB, Yuri Andrópov. Según el escolta de Brézhnev, Vladímir Medvédev, Andrópov y otros miembros del Politburó llevaban años suministrándole somníferos al líder soviético, que murió mientras dormía. Los Gorbachov conocían bien las historias, o más bien las leyendas, del Kremlin.[11]

Dados los antecedentes políticos, era buena señal que los conjurados quisiesen parlamentar con el presidente antes de actuar. Después de hablar con su familia, Gorbachov fue a ver a sus visitantes. Ya habían entrado en el edificio: unos cuantos estaban sentados en un sofá; otros deambulaban por el segundo piso de la mansión, que les parecía espectacular. Gorbachov, al que le costaba moverse por el lumbago, condujo a todos a su despacho y, volviéndose hacia aquellos con los que se sentía más cómodo, preguntó si estaba detenido. Le aseguraron que no: habían venido a hablar de la situación del país. El presidente cambió de actitud. “¿A quién representan ustedes? ¿En nombre de quién hablan?”, preguntó a los conspiradores que se apiñaban en su despacho, donde no había más que dos sillas. No hubo respuesta. Les repitió la pregunta. Finalmente le dijeron que representaban a un comité del que formaban parte Kryuchkov, Yázov y Yanáyev. Entonces les preguntó quién lo había creado: ¿había sido el Soviet Supremo? No contestaron. Gorbachov reconoció de inmediato el punto débil de los golpistas: ese comité que decían representar era como mínimo “extraconstitucional”.[12]

El jefe de gabinete de Gorbachov, Valeri Boldin, que lo conocía mejor que ningún otro golpista, tenía la impresión de que el presidente había sentido cierto alivio al enterarse de quiénes formaban el comité: lo que más le

preocupaba, según conjetura Boldin en sus memorias, era que sus visitantes pudieran representar no a sus colaboradores indecisos, sino a su acérrimo enemigo, el impulsivo Boris Yeltsin. En los últimos días, Gorbachov y Kryuchkov habían hablado a menudo por teléfono de la situación política. El presidente soviético temía que Yeltsin cambiara de postura en el último momento y se negara a firmar el nuevo tratado de la Unión. El 14 de agosto había tenido una larga conversación con el líder ruso, al que había intentado disuadir de que cediera a las presiones de los críticos que reclamaban un referéndum en Rusia sobre el tratado. “Nos despedimos amistosamente –cuenta Gorbachov en sus memorias–. Sin embargo, tuve la sensación de que Yeltsin me ocultaba algo”.

Cuando Yeltsin viajó a Almatý dos días después, el 16 de agosto, para entrevistarse con el líder de Kazajistán y aliado suyo, Nursultán Nazarbáyev, Gorbachov, alarmado, llamó a Valeri Boldin, que se encontraba en Moscú, para preguntarle lo que sabía de la visita. El presidente soviético sospechaba que había una conspiración en marcha. “Ya te haces cargo de lo que está pasando –le dijo, al parecer, a su ayudante–. Los líderes regionales se reúnen para deliberar por su cuenta sobre asuntos de estado sin antes consultar con el presidente de la URSS. Esto es un complot”. Pero Boldin ya estaba conspirando con Kryuchkov para derrocar a su jefe. El 18 de agosto, cuando los golpistas se presentaron en la villa de Gorbachov en Foros, Yeltsin ya había dictado un decreto que le otorgaba el control sobre las instituciones de la Unión responsables de las cadenas de suministro en el territorio de la Federación Rusa. A Gorbachov, ese día, le preocupaba sobre todo cómo hacer frente al presidente ruso.[13]

Boldin cuenta en sus memorias cómo, en los últimos años de su mandato, Gorbachov presionó al KGB para que grabara las conversaciones de Yeltsin. Kryuchkov, al parecer, estaba en contra: sus hombres se negaban, decía, a cumplir la tarea. Finalmente, el director de los servicios de inteligencia le envió las transcripciones a Boldin, que se las entregó directamente a Gorbachov. El presidente soviético temía una alianza de sus enemigos políticos, entre los que según él estaban, además de Yeltsin, Aleksandr Yákovlev, consejero suyo de tendencia liberal al que se conocía como el “padrino de la perestroika”, y los militares. A Gorbachov lo había sobrecogido el violento final del régimen de Nicolae Ceausescu y la ejecución, en diciembre de 1989, del presidente rumano y su mujer por parte de los rebeldes. Se habló de poner el directorio del KGB responsable de la

escolta presidencial bajo la autoridad directa de Gorbachov, pero este no llegó a tomar ninguna decisión. Lo que sí hizo fue aumentar extraordinariamente el número de sus guardaespaldas y subirles el sueldo. También procuró viajar más a menudo en coche blindado. En agosto de 1991, sin embargo, los guardaespaldas seguían dependiendo de Kryuchkov, que se ocupaba de contratarlos.

Los acontecimientos ocurridos en Rumanía los tenía muy presentes no solo Gorbachov, sino también los máximos responsables de su seguridad. El 18 de agosto, los escoltas del presidente, sorprendidos por la llegada de los conspiradores, se acercaron a sus coches armados con fusiles kaláshnikov. Entre los visitantes, sin embargo, estaba uno de los jefes de los escoltas, el general Viacheslav Generalov, quien se precipitó hacia ellos ordenándoles que dejaran las armas, para evitar que se repitiera lo sucedido en Rumanía: los guardias de Ceausescu desencadenaron un baño de sangre que llevó a la ejecución del presidente. Los escoltas obedecieron a Generalov y franquearon el paso a los conspiradores. Se había roto así la primera línea de defensa de Gorbachov. Más tarde, el líder soviético condujo a los recién llegados a su despacho, pero no dejó entrar al general Plejánov, que estaba al frente del directorio del KGB responsable de su protección y que, según creía, lo había traicionado para "salvar el pellejo".[14]

Sentado en su despacho ante los emisarios de los golpistas, Gorbachov no pensaba tanto en la posible traición de los guardias como en la de los colaboradores suyos en los que más confiaba. Contrariamente a lo que había esperado, ahora trataba de imponerse en una batalla política y no en un enfrentamiento violento que bien podría haberles costado la vida a él y a su familia. Cuando supo que los golpistas no eran sus adversarios políticos, sino los aliados y ayudantes que hasta entonces lo habían adulado, sintió cierto alivio, y también se creció. "Había promovido a esa gente…¡y ahora me traicionaban!", se lamenta en sus memorias. Ya los había atado en corto en alguna ocasión. A Plejánov no lo dejó pasar al despacho, y a Boldin le dijo que se callara y lo llamó "capullo", reprochándole que se permitiese darle lecciones sobre la situación del país.

A los visitantes les desconcertó la firmeza con que Gorbachov respondió a sus proposiciones. Le ofrecieron a su jefe la alternativa de firmar un decreto declarando el estado de emergencia o ceder temporalmente el poder a Guennadi Yanáyev y quedarse en Crimea "por motivos de salud", mientras

ellos hacían el “trabajo sucio” en Moscú. Los conjurados creían que el presidente, con el que muchos de ellos ya habían discutido qué pasos dar en el caso de que se declarase el estado de emergencia, aceptaría una de estas opciones. Gorbachov rechazó las dos enérgicamente. Según cuenta en sus memorias, “les dije que, si de veras les preocupaba la situación del país, debíamos convocar sesiones extraordinarias del Soviet Supremo de la URSS y del Congreso de los Diputados del Pueblo. Discutamos y tomemos decisiones, pero atengámonos a la constitución y a las leyes. Todo lo demás me parece inaceptable”. Estaba como pez en el agua negociando y tratando de persuadir a sus adversarios. Les pidió que expusieran sus planes y calificó de suicida la misión en la que se habían embarcado. “Piénsense bien lo que he dicho y transmítanselo a los camaradas”, dijo, estrechándoles la mano, antes de que se fueran. Al general Valentín Varénnikov, que exigía la declaración del estado de emergencia con más insistencia que nadie, le advirtió: “Después de estas explicaciones, está claro que ya no trabajaremos juntos”.

Cuando la delegación se hubo marchado, Gorbachov les contó lo esencial de la conversación a su familia y a Anatoli Cherniaev, ayudante suyo y *apparatchik* de profundas convicciones liberales, que se había encargado de formular muchas de las iniciativas de Gorbachov en política exterior. “Gorbachov estaba tranquilo y sonriente”, escribiría Cherniaev en su diario unos días más tarde. Pero al presidente le seguía doliendo la traición de sus colaboradores. Le costaba mucho creer que Kryuchkov estuviese entre los golpistas, aunque lo más sorprendente era la supuesta participación en la conjura del mariscal Yázov, su leal ministro de Defensa. “¿No lo habrán nombrado sin su consentimiento?”, se preguntaba. Cherniaev le mostró su apoyo, pero también le hizo notar que todos los conspiradores formaban parte de su círculo de confianza.[15]

Los visitantes se marcharon de la mansión perplejos y apesadumbrados. Según el testimonio del conductor de su coche, en el trayecto hasta Foros desde el aeropuerto se habían mostrado alegres y habían hablado del tiempo: en el viaje de vuelta, sin embargo, apenas dijeron palabra y se les notaba de mal humor. Boldin se lamentaría más tarde de que no les hubiese dado tiempo a bañarse en el mar, como seguramente habían previsto: primero una conversación amistosa con el presidente, que firmaría uno de los documentos que tenían listos, y luego un baño rápido. Las cosas no habían sucedido así.

En el vuelo a Moscú se tomaron unas cuantas copas para relajarse; al aterrizar en la capital al cabo de dos horas y media, se habían terminado una botella grande de whisky que habían acompañado de pan, mantequilla y ensalada.

Una vez en Moscú, fueron derechos al Kremlin. En el amplio despacho del primer ministro, Valentín Pávlov, que en otra época había utilizado Stalin, les recibieron los cabecillas del golpe: Kryuchkov (director del KGB), Boris Pugo (ministro del Interior) y Yanáyev (vicepresidente), además de Pávlov. También estaba presente el ministro de Defensa, Dimitri Yázov, de cuya lealtad Gorbachov le había dicho a Bush unas semanas antes que estaba seguro. Los conjurados ya se habían enterado de la negativa del presidente a ceder el poder a Yanáyev: el general Plejánov había llamado por teléfono a Kryuchkov desde el avión para contarle lo sucedido en Crimea. Los cinco habían aguardado en el Kremlin el regreso de la delegación para recibir información de primera mano y decidir el siguiente paso.[16]

Kryuchkov –de sesenta y siete años, medio calvo, con gafas– era un golpista inverosímil. Era conocido por su extraordinaria capacidad de trabajo, su eficacia como burócrata y su prudencia. Abogado de profesión, ingresó en el cuerpo diplomático a principios de la década de 1950, y se convirtió en protegido de Yuri Andrópov después de trabajar para él en la embajada de la Unión Soviética en Budapest durante la revolución húngara de 1956. En la década de 1960 entró en el KGB con Andrópov, y en 1974 fue nombrado director de la agencia de inteligencia exterior, cargo que ejercería hasta 1988, cuando Gorbachov lo puso al frente del KGB. Kryuchkov contaba con valedores poderosos, entre ellos Aleksandr Yákovlev, importante aliado de Gorbachov. Los reformistas querían que los servicios de inteligencia los dirigiera no un guardián de la ortodoxia ideológica, como había ocurrido siempre, sino alguien con experiencia internacional y que, consciente de lo rezagado que estaba el régimen soviético respecto a occidente, apoyase los cambios.

Kryuchkov era la persona idónea, o por lo menos lo parecía. En realidad, su experiencia internacional se limitaba a la temporada que había pasado en Budapest durante la década de 1950. Lo único occidental que le gustaba de verdad era el whisky, producto inaccesible para el ciudadano soviético medio. Robert Gates, entonces subdirector de la CIA, se dio cuenta de su afición a esta bebida en diciembre de 1987, cuando Kryuchkov viajó a Washington para preparar la primera visita de Gorbachov a Estados Unidos.

Gates, Colin Powell (entonces consejero de seguridad nacional de Reagan) y el director del KGB cenaron juntos en un restaurante de la capital. Cuando llegó el momento de pedir las bebidas, Kryuchkov optó por un whisky escocés. El intérprete pidió en inglés un Johnny Walker etiqueta roja, pero Kryuchkov lo corrigió: lo que quería era un Chivas Regal. "Estaba claro que no era un hombre de gustos vulgares", recordaría más tarde Gates: según él, Kryuchkov tenía más aspecto de profesor de universidad que de director de unos servicios de inteligencia.[17]

No cabe duda de que Kryuchkov y otros muchos conspiradores al principio estuvieron a favor de la perestroika, que interpretaban como un conjunto de reformas destinadas a modernizar el sistema soviético haciéndolo más eficaz y competitivo, pero sin socavar sus cimientos. Más tarde comprendieron, sin embargo, que la política de Gorbachov amenazaba no solo al partido, con el que los más pragmáticos no tenían ninguna afinidad ideológica, sino también la estructura política del estado y el lugar que ocupaban en ella, por lo que cambiaron de postura. Robert Gates constató el viraje de Kryuchkov cuando se entrevistó con él en Moscú en febrero de 1990: después de la reunión le comunicó a James Baker, quien también estaba en la capital soviética, que el director del KGB "ya no apoya la perestroika, y a Gorbachov más le vale estar alerta". Kryuchkov le había dicho que "la gente estaba aturdida por los cambios", la perestroika había fracasado, y la economía y las relaciones entre las naciones de la URSS iban de mal en peor. "Kryuchkov parecía dar por acabado a Gorbachov", recordaría Gates.[18]

Si Kryuchkov y los demás conspiradores actuaron cuando lo hicieron fue porque vieron peligrar la posición que ocupaban en la pirámide de poder. Gorbachov llegaría más tarde a la conclusión de que el desencadenante fue la grabación de una entrevista secreta que celebró con Boris Yeltsin la noche del 29 de julio, la víspera de la llegada de Bush a Moscú, en la misma villa de Novo-Ogarevo donde los presidentes estadounidense y soviético se encontrarían dos días después. Yeltsin y el líder de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev, que también participó en la conversación, estuvieron en la mansión hasta la medianoche discutiendo con Gorbachov los cambios que se introducirían en el gobierno tras la firma del nuevo tratado de la Unión, el 20 de agosto. Nazarbáyev sustituiría a Valentín Pávlov como primer ministro. Yeltsin insistió en que el presidente destituyera a Kryuchkov y a Yázov, del que también quería deshacerse Nazarbáyev. Gorbachov, al que le

incomodaba hablar del destino de sus colaboradores, finalmente aceptó prescindir de Kryuchkov y del ministro del Interior, Pugo, pero no de Yázov.[19]

La conversación se grabó por orden de Kryuchkov: el director del KGB sabía que sus días en el poder estaban contados a no ser que actuase de inmediato. El golpe tendría que organizarse estando Gorbachov fuera de Moscú, porque de lo contrario se enteraría de los preparativos. En 1964, Brézhnev y sus aliados se habían conjurado contra Jrushchov, y habían preparado la operación cuando el líder soviético estaba de vacaciones. Dos días después de que Gorbachov se marchara a Crimea, Kryuchkov encargó a dos colaboradores suyos que determinaran cómo reaccionarían los ciudadanos a la declaración del estado de emergencia. La conclusión del informe no invitaba al optimismo: según los expertos del KGB, la respuesta sería, en general, negativa. Había que dejar que la situación económica empeorase aún más, aunque Kryuchkov sabía, por otro lado, que era necesario actuar antes de que Gorbachov regresara a Moscú el 20 de agosto para firmar el nuevo tratado de la Unión. Cabía, desde luego, la posibilidad de que Gorbachov y Yeltsin rompieran su alianza antes de ese día, pero, una vez que los dos líderes confirmaron su intención de firmar el tratado en una conversación telefónica que mantuvieron el 14 de agosto, Kryuchkov ya no podía esperar más.

Ese mismo día ordenó a sus colaboradores que planearan las acciones a ejecutar en el caso de que se declarara el estado de emergencia, y al día siguiente ordenó pinchar los teléfonos de Yeltsin y otros líderes democráticos. El día 16 se reunió varias veces con los demás conjurados en la sede del KGB para discutir los siguientes pasos. El día 17, el grupo formado por Kryuchkov y varios altos cargos del partido y del gobierno se entrevistaron con otras personas en una casa utilizada por el KGB para reuniones secretas, y conocida con el nombre en clave "ABC". Empezaron preguntándole al primer ministro Pávlov, que aún estaba al margen de la conjura, si sabía que Gorbachov tenía intención de destituirlo. Pávlov dijo estar dispuesto a dimitir, pero finalmente se unió a los conspiradores. Cuando se los interrogó después del golpe, Pávlov y otros asistentes a la reunión aseguraron que no se había planteado el derrocamiento del presidente: la idea era viajar a Crimea para convencerlo de que declarara el estado de emergencia. El domingo 18 de agosto, los conjurados enviaron a sus representantes a entrevistarse con Gorbachov, pero, antes de hablar con él, la

delegación lo dejó incomunicado y detuvo a los escoltas. Fuese cual fuese la intención de los conspiradores, la operación se convirtió en un golpe de estado en el momento en que ordenaron cortar las líneas telefónicas.[20]

Los emisarios enviados a Foros llegaron al Kremlin poco después de las diez de la noche. Según contaría el mariscal Yázov unos días más tarde, el parte podía resumirse así: "[Gorbachov] nos echó de la casa, negándose a firmar ningún documento. Ya sabe quiénes somos nosotros y lo que queremos, y, si nos disolvemos ahora, sin haber conseguido nada, iremos derechos al patíbulo; a vosotros, en cambio, no os pasará nada". Se referían a Yázov, Kryuchkov y los demás conspiradores que se habían quedado en Moscú aguardando el desenlace del viaje a Crimea.

Los conjurados no se pusieron de acuerdo sobre los siguientes pasos. Les sorprendía que el presidente se hubiese negado a ceder a las presiones, que no les dejara hacer el "trabajo sucio" por él. Esta actitud era impropia del Gorbachov que conocían: un político astuto, que negociaba continuamente con unos y otros y cambiaba de postura según las circunstancias. Su negativa los había dejado en una situación precaria. En el caso de declarar el estado de emergencia sin su consentimiento, estarían violando la ley. Algunos arguyeron que, en vista de la oposición de Gorbachov al golpe, lo mejor era no hacer nada. Boldin se mostró escéptico. "Conozco al presidente: sé que nunca nos perdonará que lo hayamos tratado así", les dijo a los reunidos en el despacho del primer ministro. No había vuelta atrás, sobre todo para quienes habían estado en Crimea. La única esperanza era que Yanáyev asumiera la presidencia alegando que Gorbachov estaba enfermo.[21]

Ese había sido el plan alternativo desde el principio. Kryuchkov y los demás conjurados estaban seguros de que Yanáyev aceptaría, pero el vicepresidente no se enteró del golpe hasta que entró en el despacho del primer ministro unas horas antes de la llegada de los emisarios desde Crimea. Al igual que estos, había bebido más de la cuenta, como le pasaba a menudo: habían tenido que sacarlo de un restaurante en una estación turística cercana a Moscú, adonde había ido a visitar a un amigo. Apenas unas horas antes le había dicho por teléfono a Gorbachov que lo vería al día siguiente, cuando regresara a la capital. Disipados los efectos del alcohol, se mostró molesto por el hecho de verse embarcado en una operación "extraconstitucional": si bien la ley lo autorizaba a sustituir a Gorbachov en el caso de que a este se le incapacitara, no había ningún indicio de que el presidente estuviera enfermo.

Ya estaba listo el decreto, cuyo texto se reducía a una frase. Al entregarle Kryuchkov una copia, Yanáyev se resistió a firmar: el presidente tenía que volver a Moscú para retomar sus funciones en cuanto se recuperara de su enfermedad. Además, el vicepresidente no se sentía preparado para sustituirlo. Pero los conspiradores insistieron: la asunción de las funciones presidenciales por parte de Yanáyev era la única manera de dar un barniz de legitimidad al golpe. Lo presionaron sin descanso, invocando la necesidad de enderezar el país y salvar la cosecha. En esta tarea colaborarían todos: lo único que tenía que hacer él era firmar el decreto. Finalmente, cuando Kryuchkov, interpretando el papel de poli bueno, le dijo con voz suave "firme, Gennadi Ivánovich", el vicepresidente obedeció. El decreto decía así: "En vista de la incapacidad de Mijaíl Sergéyevich Gorbachov para desempeñar las funciones de presidente de la URSS por motivos de salud, y con arreglo al artículo 127 (7) de la constitución de la URSS, dichas funciones han sido asumidas por el vicepresidente de la URSS, Gennadi Yanáyev, el 19 de agosto de 1991". Como presidente en funciones, Yanáyev firmó otro decreto por el que se creaba el Comité para el Estado de Emergencia, formado por Kryuchkov, Yázov, Pávlov y él mismo, entre otros conspiradores. La constitución quedaba, de hecho, suspendida: el comité había usurpado el poder.

Kryuchkov y sus aliados habían preparado los documentos de antemano. A pesar de invocar la constitución, los decretos eran todos inconstitucionales. Yanáyev no podía asumir las funciones del presidente (porque este no había sido incapacitado), y ni siquiera Gorbachov tenía la potestad constitucional de declarar el estado de emergencia sin la autorización de los parlamentos de la Unión y de las repúblicas. Además no había ningún motivo para declararlo: no se había producido ninguna catástrofe natural ni industrial, ni tampoco desórdenes públicos. El único pretexto que se les ocurrió a los redactores fue la necesidad de salvar la cosecha, cuya situación, en ese momento, no era ni mejor ni peor de lo normal. En cualquier caso, con la firma de los discutibles decretos por parte de Yanáyev y otros miembros del recién constituido comité, se había cruzado el Rubicón: era el momento de actuar. Yanáyev y el primer ministro Pávlov se retiraron al despacho del primero y bebieron hasta el amanecer; los demás se pusieron manos a la obra para implementar el estado de emergencia.

Vladímir Kryuchkov pasó el resto de la noche reunido con sus lugartenientes, organizando el golpe. Había sido idea suya, y sus

colaboradores habían redactado los documentos pertinentes y llevado a cabo los primeros preparativos secretos. Ahora era preciso involucrar a todo el aparato del KGB en la operación. A las tres y media de la mañana, Kryuchkov convocó a sus máximos dirigentes en pleno para anunciarles el fin de la perestroika: los líderes demócratas (es decir, Gorbachov y sus consejeros de tendencia liberal) habían perdido, según dijo, el control de la situación, y era el momento de declarar el estado de emergencia.[22]

A las seis de la mañana del día 19, los medios de comunicación soviéticos anunciaron la destitución de Gorbachov y la declaración del estado de emergencia, que duraría seis meses. La noticia conmocionó al país. No hubo explicaciones ni análisis en las cadenas de radio y televisión, que tenían la orden de actuar como en los días de luto por anteriores líderes soviéticos: cuando murieron Brézhnev, Andrópov y Chernenko (entre 1982 y 1985), las cadenas apenas habían emitido otra cosa que música clásica y ballet. El hecho de que esta vez ofrecieran *El lago de los cisnes*, ¿significaba que había muerto otro líder más? Nadie lo sabía con certeza. Los locutores mencionaron la mala salud de Gorbachov, pero no hablaron de ningún parte médico.[23]

Gorbachov, que había pasado la noche en vela, se enteró de su destitución gracias a una pequeña radio Sony que los conspiradores no le habían quitado. “Qué suerte hemos tenido de traerla –escribió Raísa en su diario de Foros–. Mijaíl Sergéyevich la utiliza para escuchar la emisora Maiak mientras se afeita por la mañana. Se la ha traído a Crimea. El aparato que habitualmente tenemos aquí no capta ninguna frecuencia. Solo funciona la pequeña radio Sony”. Ni Raísa ni los demás miembros de la familia Gorbachov habían dormido tampoco. “Varios buques de guerra se han dirigido a la bahía –escribió la primera dama–. Las naves patrulla se han acercado a la orilla más de lo normal, han estado allí un cuarto de hora más o menos, y luego se han marchado”. Se preguntaba lo que querrían decir estos movimientos: “¿Será una amenaza? ¿Nos estarán aislando por mar?”. Ni Raísa ni su marido lo sabían.[24]

La presencia de un inusitado número de buques patrulla en las inmediaciones de la mansión de Gorbachov era el único dato que la CIA podía ofrecer al presidente Bush, aparte de los informes oficiales soviéticos sobre el golpe. A los estadounidenses también les constaba que el avión de Gorbachov no había abandonado Crimea: el presidente soviético seguía en la

mansión, pero nadie sabía qué le había ocurrido. No eran precisamente optimistas.

La noche del 19 de agosto, Bush dictó a la grabadora su carta imaginaria a Gorbachov: “No sé si hay alguna posibilidad de que vuelvas, Mijaíl. Espero que no tengas que ceder tanto que, en el caso de volver, estés bajo sospecha. Espero que Yeltsin, que exige tu regreso, se mantenga firme, y que este repugante golpe de los conservadores no lo expulse del poder”. Sus palabras sonaban a plegaria. ¿Sería atendida? Era imposible saberlo.[25]

V
EL REBELDE RUSO

A Boris Yeltsin, que estaba en su casa, situada en el complejo gubernamental de Arkhangelksoe-2, cerca de Moscú, lo despertó su hija Tatiana a las seis de la mañana. El presidente ruso acababa de regresar de Almatý, donde había visitado a Nursultán Nazarbáyev. Solo había dormido cinco horas. Al principio no entendió bien lo que pasaba, pero, una vez que Tatiana se lo contó, lo primero que dijo fue: “Eso es ilegal”. La noticia lo dejó estupefacto. Era el 19 de agosto, el primer día del golpe. La noche anterior no había pensado en otra cosa que en el nuevo tratado de la Unión. Le preocupaba la política que adoptaría Mijaíl Gorbachov después de la firma: ¿trataría de enemistar a las repúblicas centroasiáticas, que eran leales al presidente soviético, con Rusia? Ahora Yeltsin se enfrentaba a una situación sin precedentes. Se quedó absorto delante del televisor, escuchando los comunicados oficiales del Comité de Emergencia que iban leyendo los locutores. Gorbachov no formaba parte del Comité. El tratado, por tanto, no iba a firmarse. ¿Qué hacer ahora?

Su mujer, Naína, fue la primera en reponerse. “¿A quién llamamos, Boria?”, le preguntó, utilizando el apelativo familiar. La mayoría de los dirigentes rusos vivían cerca. Al contrario que los teléfonos de Gorbachov, los de Yeltsin todavía funcionaban, así que no tardó en convocar a sus colaboradores en su casa. Al llegar, lo encontraron pensativo. Todos estaban de acuerdo en que aquello era un golpe de estado. En vista de la composición del Comité, era obvio que los conspiradores tenían todo el poder en sus manos. Por lo demás, el gobierno ruso era un tigre de papel; tenía ministerios y departamentos, pero no controlaba el ejército, ni el KGB, ni las fuerzas de seguridad. Los alcaldes democráticamente elegidos de Moscú y Leningrado (llamado de nuevo San Petersburgo desde el mes de septiembre) en teoría tenían autoridad sobre la policía local, pero en la práctica no era así. Los dirigentes rusos al principio se plantearon negociar con el Comité de Emergencia, pero enseguida desecharon la idea. Iban a hacer un llamamiento a los ciudadanos.

Yeltsin y los miembros de su gobierno se pusieron a redactar el comunicado. La primera frase era inequívoca: “En la noche del 18 al 19 de agosto de 1991, el presidente legalmente elegido del país fue depuesto”. El Comité de Emergencia se calificaba de ilegal, y a los “ciudadanos de Rusia” se les pedía que repudiaran a los “golpistas” y exigieran “la vuelta al orden constitucional”. Los tres firmantes –Yeltsin, su primer ministro, Iván Siláyev, y el presidente del parlamento, Ruslan Jasbulátov– llamaban a la huelga general, que duraría hasta que se cumpliesen sus dos exigencias: que se permitiera a Gorbachov dirigirse al país, y que se convocara una sesión de emergencia del parlamento soviético. La declaración fue escrita a mano, y la hija de Yeltsin, Tatiana, la pasó luego a máquina. Sus puntos fundamentales se le comunicaron por teléfono al vicepresidente ruso, Aleksandr Rutskói, que estaba en Moscú. El vicealcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, tomó una copia y se dirigió en coche a la capital: Yeltsin le había ordenado movilizar a los moscovitas en contra del golpe.

Eran casi las nueve de la mañana, y Yeltsin estaba en la disyuntiva de irse a Moscú o quedarse en Arkhangelskoe. “Temíamos que nos vinieran a buscar allí”, contaría más tarde el primer ministro, Siláyev, refiriéndose al complejo gubernamental, donde habría sido fácil, en efecto, detener a los dirigente rusos, aunque estos corrían idéntico peligro dirigiéndose a la capital. Sus escoltas les informaron de la presencia de efectivos del KGB en las inmediaciones de Arkhangelskoe, así como del movimiento de tanques en dirección a Moscú, y se ofrecieron a sacar a Yeltsin del complejo escondido en un bote de pesca, llevarlo por el río Moscova, y luego en coche a la capital. Yeltsin se negó: quería ir en el coche oficial hasta la Casa Blanca, como llamaban los moscovitas al enorme edificio del centro de la ciudad que alojaba el parlamento, y desde allí dirigir la resistencia. El presidente ruso vio que su mujer tenía lágrimas en los ojos. Se puso el chaleco antibalas y, cuando se disponía a marcharse, ella trató de disuadirlo: “¿Para qué te pones ese chaleco antibalas? La cabeza sigue sin estar protegida, y es lo más importante”. Luego añadió: “Escucha: allí hay tanques. ¿De qué sirve que vayas? No te van a dejar pasar”.

Naína Yeltsina recordaría más tarde la contestación de su marido: “No, no me lo van a impedir”. Fue entonces cuando a ella le entró miedo. Yeltsin ofrece una versión algo distinta en sus memorias: “Tenía que decir algo, así que la tranquilicé lo mejor que pude: ‘Tenemos una banderita rusa en el coche. Cuando la vean, me dejarán pasar’”. No está claro si se refería a la

bandera oficial soviética –roja y con una estrecha franja azul–, bajo la que había jurado su cargo unas semanas antes, o a la zarista –con tres franjas de colores blanco, azul y rojo–, que había sido la enseña del imperio ruso y más tarde, en febrero de 1917, la de la primera revolución democrática rusa, que acabó con el zarismo. Sería esta última, desde luego, la que vendría a simbolizar la esperanza y la identidad de los rusos en los días que duró el golpe.

Unas horas después, y ya en la Casa Blanca, Yeltsin se encaramó a uno de los tanques que rodeaban el edificio del parlamento para leer su mensaje al pueblo ruso. Sus ayudantes desplegaron detrás una bandera tricolor. “Aquel mitin que di subido al tanque no fue un truco propagandístico –contaría más tarde–. Después de dirigirme al pueblo me sentí muy aliviado, y también lleno de vigor”. El presidente ruso capitaneaba ahora la oposición a un golpe que supuestamente pretendía salvar la Unión Soviética. Lo hacía en nombre de Rusia y bajo el estandarte imperial, convirtiéndose en el inverosímil líder de una rebelión aún más inverosímil. Rusia se rebelaba contra sí misma.[1]

A la noche en blanco del 18 de agosto siguió un día muy agitado para Vladímir Kryuchkov y la mayoría de los golpistas. Poco después de las cinco de la mañana, el director del KGB mandó repartir entre los comandantes del ejército órdenes de detención contra los líderes de la oposición. Por su parte, el primer ministro, Valentín Pávlov, exigió el encarcelamiento de un millar de activistas. Kryuchkov era más moderado: en su lista figuraban unas setenta personas, entre ellas dos excolaboradores de Gorbachov, Eduard Shevardnadze y Aleksandr Yákovlev, de tendencia liberal. Había otra más corta, de dieciocho personas, entre ellas los activistas de “Escudo”: antiguos oficiales del ejército a quienes los golpistas consideraban más capaces que nadie de promover manifestaciones multitudinarias. En esta última lista no figuraba Boris Yeltsin.

El presidente ruso tenía mala relación con Gorbachov, por lo que los conjurados confiaban en ganarse su apoyo. Kryuchkov envió un comando de la unidad Alfa del KGB a su casa de Arkhangelskoe con el fin de crear las condiciones necesarias para que Yeltsin negociase con los dirigentes soviéticos: dicho con otras palabras, mandó detenerlo. Pero el director del KGB cambió enseguida de idea y anuló la operación. Y es que no quería tomar medidas precipitadas, pues confiaba en que el parlamento soviético diera un

barniz de legalidad al golpe: la detención injustificada de una figura tan importante como Yeltsin causaría, sin duda, malestar entre los diputados. Los golpistas decidieron, por tanto, esperar a ver qué hacía el presidente ruso: en caso de colaborar con ellos, seguiría en libertad; en caso contrario, y una vez que hubiese dejado clara su oposición al estado de emergencia (lo que le valdría, esperaban, el descrédito popular), sería detenido por violar las leyes recién promulgadas. Estaban convencidos de que la mayoría de los ciudadanos se había cansado del caos creado por el gobierno de Gorbachov y apoyaría el golpe. A Yeltsin se le permitió, por tanto, entrar en Moscú la mañana del 19 de agosto: los miembros del comando Alfa tenían órdenes de no impedírselo.[2]

A las diez de la mañana, el Comité de Emergencia se reunió formalmente por primera vez en el despacho del presidente en funciones, Yanáyev. Kryuchkov informó a sus compañeros de que se había puesto en contacto con Yeltsin, pero la conversación había sido de lo más desalentadora: “Se niega a colaborar. Hemos hablado por teléfono. He intentado hacerle entrar en razón, pero no ha servido de nada”. Era un revés, sin duda, pero no había que preocuparse demasiado. El golpe marchaba según lo previsto. A las seis de la mañana, los tanques de la división Tamán habían rodeado la torre de comunicaciones Ostankino, y una hora más tarde empezaron a entrar en la capital las demás tropas de esa unidad, así como las de la división Kantemirovskaia: las dos eran muy conocidas entre los moscovitas por participar cada año en el desfile de la plaza Roja. Unos cuatro mil efectivos, más de trescientos cincuenta tanques, trescientos blindados y cuatrocientos veinte camiones convergieron en Moscú a la vez que muchos de sus habitantes, que volvían de pasar el fin de semana en el campo. Las tropas bloquearon las grandes intersecciones y desataron el caos en las carreteras. Sin embargo, el coche oficial de Yeltsin llegó al centro de la ciudad antes de que los vehículos militares dejaran las calles intransitables.

Los moscovitas maldecían los atascos pero, por lo general, se mostraban amables con los soldados. Charlaban con los reclutas, cuya edad media era de diecinueve años, y a la tropa y los oficiales les ofrecían comida y caramelos y los bombardeaban con preguntas: “¿Por qué habéis venido? ¿Vais a disparar?”. Los soldados no sabían cómo contestar a la primera pregunta, pero era seguro que no iban a disparar contra ningún civil. Los golpistas tenían la impresión de que las cosas iban bien. No había manifestaciones en Moscú y los comercios funcionaban con normalidad: los ciudadanos

desoyeron el llamamiento de Yeltsin a la huelga general. Aquel discurso subido a un tanque fue muy espectacular, pero no había mucha gente escuchándolo en los alrededores de la Casa Blanca. Fuera de Moscú tampoco se produjeron incidentes. Kryuchkov recibía informes procedentes de todo el país: "En todas partes reinaba la calma –recordaría más tarde–. Al principio hubo esperanza y hasta cierto entusiasmo".[3]

Una vez que las tropas hubieron entrado en Moscú sin ninguna dificultad y la situación estuvo bajo control, llegó el momento de que los golpistas aparecieran en público para explicar a los ciudadanos soviéticos y a la comunidad internacional lo que se proponían hacer. A las seis de la tarde, decenas de corresponsales extranjeros y un selecto grupo de periodistas soviéticos –los afines al ala dura del régimen– acudieron a una rueda de prensa en el ministerio de Asuntos Exteriores, donde, apenas unas semanas antes, Bush y Gorbachov habían comparecido juntos ante los medios de comunicación después de firmar el tratado START. Guennadi Yanáyev, que estaba cansado y sometido a una tensión enorme, y que el día anterior no había tenido noticia del golpe ni habría podido imaginar que se convertiría en su líder, fue el encargado de "venderlo" a la opinión pública. Kryuchkov, Yázov y Pávlov no quisieron aparecer –los tres iban a dirigir el golpe en la sombra–, pero los demás conjurados, entre ellos el ministro del Interior, Boris Pugo, se sentaron con Yanáyev en una mesa larga, delante de centenares de periodistas nacionales y extranjeros.[4]

"Damas y caballeros, amigos y camaradas –comenzó Yanáyev–: como ya saben, Mijaíl Sergéyevich Gorbachov es incapaz de desempeñar las funciones de presidente de la URSS por motivos de salud, y el vicepresidente de la URSS las ha asumido provisionalmente". A continuación destacó la gravedad de la situación política y económica que atravesaba el país a raíz de las reformas de Gorbachov, y prometió un debate lo más amplio posible sobre el nuevo tratado de la Unión. Cuando hubo terminado, se abrió el turno de preguntas, dirigidas a él y a sus compañeros. El Comité de Emergencia había ordenado esa misma tarde el cierre de todos los periódicos moscovitas de tendencia liberal, y por la noche aprovecharía su control total de la televisión pública para proyectar la imagen que deseaba del golpe. Las cámaras de televisión estaban en la sala. Los golpistas tenían un plan sencillo: si los extranjeros hacían preguntas incómodas, los reporteros leales las contrarrestarían con las preguntas "oportunas".

Al principio todo marchaba bien. Las preguntas de los reporteros leales facilitaron a Yanáyev la tarea de atacar las acciones de Yeltsin y defender las medidas extraordinarias adoptadas por el Comité. Según dijo un corresponsal de *Pravda*, el llamamiento de Yeltsin a la huelga general podía tener "consecuencias trágicas". Sin embargo, el siguiente reportero que intervino –uno extranjero– desencadenó una serie de preguntas demoledoras: rompiendo con el tono de los periodistas soviéticos, sus colegas extranjeros preguntaron insistentemente a Yanáyev por la salud de Gorbachov y señalaron la ilegalidad del golpe. Pero el peor trago se lo hizo pasar la joven reportera Tatiana Malkina, de *Nezavisimaia gazeta* [Gaceta independiente], uno de los periódicos que habían cerrado los golpistas. La periodista, que se había colado en la sala de prensa, sorprendió a todos con su audacia: "La operación que llevaron a cabo anoche ¿considera usted que fue un golpe de estado? ¿Con qué le parece más correcto compararla: con 1917 o con 1964?". Se refería respectivamente al golpe de los bolcheviques y a la destitución de Nikita Jrushchov.

Yanáyev contestó que no tenía nada que ver con ninguno de esos precedentes. La siguiente pregunta, que formuló un periodista extranjero, fue igual de dañina: ¿habían consultado los conspiradores con el cabecilla del golpe de estado ocurrido en Chile en 1973, Augusto Pinochet? Hubo risas y aplausos, y el secretario de prensa llamó al orden. Yanáyev se defendió de quienes acusaban al Comité de actuar al margen de la constitución prometiendo que el parlamento soviético se volvería a reunir el 26 de agosto. Además puso mucho empeño en convencer a los periodistas de la lealtad que le guardaba a su "amigo, el presidente Gorbachov", de quien esperaba que volviese pronto, una vez restablecido. Antes de la rueda de prensa había recibido un mensaje de Gorbachov exigiendo que se restablecieran las comunicaciones en Foros y se pusiera a su disposición un avión para poder regresar a Moscú. La respuesta fue negativa, aunque los guardias de la mansión enchufaron el cable de la televisión, y Gorbachov y su familia pudieron ver la rueda de prensa.[5]

La primera aparición pública de los golpistas fue un fracaso. El país entero vio a un *apparatchik* cansado, de rostro macilento, con voz temblorosa y un singular peinado que pretendía disimular su calvicie. Además, Yanáyev moqueaba, y movía nervioso las manos sin saber qué hacer con ellas. Era poco conocido en la Unión Soviética, y a quienes sí lo conocían les parecía un político mediocre. Viendo la rueda de prensa, los ciudadanos

comprendieron que era posible contradecir a las autoridades y hasta ridiculizarlas. Por lo demás, esa noche quedó claro que los golpistas no controlaban del todo la televisión: en el noticiario oficial, *Vremia* [Tiempo], se leyeron los comunicados del Comité de Emergencia y se informó de la rueda de prensa, pero también de lo que ocurría en los alrededores de la Casa Blanca, donde los partidarios de Yeltsin estaban levantando barricadas. Ahora todos los moscovitas sabían que era posible rebelarse contra las nuevas autoridades, y adónde ir para unirse a la resistencia.

La rueda de prensa puso de manifiesto una grave deficiencia del Comité: la falta de un liderazgo claro. El cerebro del golpe era Kryuchkov, pero la autoridad formal recaía en Yanáyev, quien, como veterano *apparatchik*, intentaba salvaguardar su posición en la pirámide del poder soviético del único modo que sabía: eludiendo su responsabilidad. Después de incorporarse al Comité y exigir mano dura con sus adversarios políticos, el primer ministro, Valentín Pávlov, se emborrachó hasta sufrir un ataque de hipertensión por el que fue hospitalizado. El mariscal Yázov y el ministro del Interior, Boris Pugo, andaban enfrentados desde que empezaran a enviar a sus hombres a las repúblicas no rusas con la misión de sofocar los movimientos independentistas, porque ninguno de los dos estaba dispuesto a hacerse responsable del fracaso de las medidas represivas. La mujer de Yázov, Emma, se presentó en el ministerio de Defensa en el momento en que se celebraba la rueda de prensa y le rogó a su marido que abandonara el Comité y llamara a Gorbachov. “Tienes que comprender que estoy solo, Emma”, contestó Yázov, y luego movió la cabeza en un gesto de desesperación mientras veía la retransmisión televisiva. “¿Por qué te has juntado con esa gente, Dima? –preguntó Emma, utilizando el apelativo familiar–. Tú siempre te reías de ellos”.[6]

Cuando se reunieron en el despacho de Yanáyev después de la rueda de prensa, los conspiradores ya no sentían la euforia de hacía unas horas. Era conscientes de que Yeltsin suponía un grave peligro y era necesario combatirlo. A la mañana siguiente pensaban tomar una decisión al respecto.

Para Yanáyev y otros miembros del Comité, la mañana del 20 de agosto comenzó con la lectura de un memorando del KGB sobre los errores que habían cometido el día anterior. Según el informe, el Comité no había hecho efectivo el estado de emergencia, ni cortado las comunicaciones entre los grupos de la oposición, ni localizado ni aislado a sus líderes, ni privado a esos

grupos de sus recursos mediáticos. Además, cada vez parecía más improbable que el parlamento soviético fuera a aprobar las decisiones del Comité, ya que se rumoreaba que Gorbachov estaba sano y salvo en su jaula de Crimea. Esa misma mañana, Kryuchkov, Yázov y Pugo ordenaron a sus subordinados que prepararan un plan para asaltar la Casa Blanca.[7]

El 19 de agosto, Boris Yeltsin había pasado todo el día en la Casa Blanca. Naína Yeltsina, su hija menor, Tatiana, y el resto de la familia se habían refugiado en un pisito que el guardaespaldas del presidente ruso tenía en las afueras de Moscú.

Habían abandonado Arkhangelskoe a toda prisa poco después de que Yeltsin se marchara a Moscú en un coche oficial en el que ondeaba la bandera rusa. Se subieron a una furgoneta que habían traído los guardias, y a Boris y Maria, hijos de la hija mayor de Yeltsin, Elena, se les dijo que, en el caso de que los escoltas les ordenaran echarse al suelo del vehículo, debían obedecer de inmediato. "¿Nos van a disparar en la cabeza, mamá?", quiso saber el niño. La pregunta sobrecogió a toda la familia. Efectivos del KGB inspeccionaron la furgoneta cuando salían de Arkhangelskoe, pero finalmente los dejaron marchar. En la mañana del día 20, Tatiana llamó a su padre desde una cabina de teléfono, pero no pudo hablar con él: le dijeron, según recordaría más tarde, que "no pasa nada. Papá no ha dormido apenas, trabaja sin parar y mantiene el ánimo combativo".[8]

En la Casa Blanca, Yeltsin estaba como pez en el agua. Daba impresión de fortaleza y de fe en la victoria final, demostrando la capacidad de liderazgo que les faltaba a los golpistas. Era, en efecto, un político carismático que sabía captar el estado de ánimo colectivo y superaba en audacia a sus rivales, incluido Mijaíl Gorbachov. Como Abraham Lincoln y Winston Churchill, se crecía en los momentos de crisis, pero luego se sentía perdido y tendía a deprimirse. En el otoño de 1987, y a raíz de su destitución como jefe del Partido en Moscú, intentó suicidarse rajándose el estómago con unas tijeras de oficina. Combatía las depresiones con alcohol, y su inestabilidad sorprendía por igual a seguidores y adversarios. Pero esta vez, como en todas las coyunturas difíciles, desplegó sus mejores cualidades.[9]

El 19 de agosto, además de subirse a un tanque, dictó varios decretos que declaraban inconstitucional el golpe y reafirmaban su autoridad sobre las instituciones de la Federación Rusa y las tropas presentes en el territorio de

esta república. El KGB soviético, el ejército y los efectivos del ministerio del Interior dependían únicamente del presidente ruso. En privado, sin embargo, este último se estaba preparando para el peor desenlace. Y es que era verdad lo que decían los informes que el Comité de Emergencia había recibido ese día: no había huelga general, ni tampoco huelgas parciales. En el lejano óblast de Kémerovo, unas cuantas minas interrumpieron su actividad, lo cual, sin embargo, no sirvió de nada a los defensores de la Casa Blanca.

Al vicepresidente ruso, Aleksandr Rutskói, de cuarenta y cuatro años, se le encargó dirigir la defensa del parlamento. El lugarteniente de Yeltsin era un antiguo piloto del ejército cuyo avión había sido derribado dos veces en Afganistán. En una ocasión lo capturaron los servicios de inteligencia pakistaníes, y se le ofreció asilo en Canadá a cambio de que colaborara con la CIA: Rutskói, sin embargo, se mantuvo leal a su país y, tras ser liberado, recibió la medalla de héroe de la Unión Soviética. Más tarde fue elegido diputado del parlamento ruso y, en las elecciones presidenciales de 1991, Yeltsin lo escogió como compañero de candidatura. Su inconformismo y su experiencia militar lo hacían idóneo para capitanear la defensa de la Casa Blanca. Pero ni los hombres de Rutskói, que estaban mal armados, ni las barricadas que los moscovitas habían levantado improvisadamente, a imitación de las construidas por los lituanos alrededor de su parlamento en enero de 1991, podían repeler un ataque de los comandos de Kryuchkov, apoyados por los tanques de Yázov. Yeltsin, Rutskói y los demás dirigentes rusos eran conscientes de su desventaja: solo esperaban que los golpistas no se atreviesen a asaltar el edificio o que, de hacerlo, las tropas desobedeciesen la orden de disparar.[10]

Yeltsin luchó todo el día por ganarse la adhesión de las tropas que los golpistas habían enviado a Moscú, y en particular la de los comandantes. Una de las primeras personas a las que llamó por teléfono desde Arkhangelskoe fue el general Pável Grachov, veterano de Afganistán y comandante de las fuerzas aerotransportadas, y al que había conocido unos meses antes, durante la campaña para las elecciones presidenciales. El joven general (tenía cuarenta y tres años) le había asegurado que defendería al gobierno ruso en el caso de un ataque al orden constitucional: era el momento de poner a prueba su lealtad. Aunque no lo hubiese dicho totalmente en serio, Yeltsin no perdía nada hablando con él. Ningún golpe podía triunfar sin las fuerzas aerotransportadas, una de las pocas unidades del ejército que estaban listas para el combate: por lo menos valía la pena sondear su actitud. Yeltsin estuvo

en contacto con sus adversarios –reales y posibles– mientras duró el golpe.[11]

La lucha por ganarse a los militares se libró sobre todo en las calles de la capital. Los moscovitas, al principio sobrecogidos por la aparición de los tanques, no tardaron, sin embargo, en adoptar una estrategia que resultaría muy dañina para los golpistas: la de engatusar a “los chicos”. Charlando con la gente y disfrutando de la compañía de mujeres guapas y encantadoras ancianas que los colmaban de atenciones, los soldados se volvían psicológicamente incapaces de reprimir eventuales disturbios. Por lo demás, la nueva clase empresarial rusa, que apoyaba a Yeltsin y veía peligrar sus negocios con el triunfo de los comunistas ortodoxos, llevó suficiente comida y alcohol a la Casa Blanca como para animar no solo a quienes defendían la fortaleza de Yeltsin, sino también a las tropas estacionadas en las inmediaciones. Yázov estaba horrorizado. Para evitar que fraternizaran con la gente, los comandantes empezaron a desplazar las unidades de un punto a otro de Moscú. Pero Yeltsin hizo muy difícil a Yázov y sus adláteres asegurarse la obediencia de las tropas. El primer triunfo lo obtuvo gracias, sobre todo, a los moscovitas. Confiando en que le ayudaran a dar la vuelta a la situación, el presidente ruso los convocó a un mitin frente al parlamento el día 20 a mediodía.

El Eco de Moscú, una emisora de radio independiente que no se dejaba amedrentar por los golpistas, exhortó incansablemente a los ciudadanos a congregarse en la Casa Blanca. Los noticiarios televisivos de la noche anterior ya les habían mostrado dónde reunirse. Sin embargo, no dejaba de ser una apuesta arriesgada: si la gente no acudía a la convocatoria, del mismo modo que antes había desoído el llamamiento a la huelga general, ni las barricadas ni la renuencia de las tropas libraría a Yeltsin y la incipiente democracia rusa de la campaña represiva de las autoridades. Finalmente, la asistencia fue multitudinaria. Yeltsin habló desde el balcón a los casi cien mil moscovitas que habían acudido a mostrarle su apoyo, y que desplegaban una gigantesca bandera tricolor rusa (el balcón estaba adornado con banderas más pequeñas). Delante de él había un parapeto de escudos antibalas. Sus ayudantes no tardaron en llevárselo al interior de la Casa Blanca por temor a los francotiradores que pudieran estar apostados en las azoteas de los edificios próximos.

Durante las tres horas que duró el acto hablaron decenas de personas, mientras la multitud coreaba lemas como “Estamos contigo, Yeltsin”, “¡Rusia

está viva!" y "¡Juzgad a los golpistas!". Entre los oradores estuvieron el antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Gorbachov, Eduard Shevardnadze, y el poeta vivo más famoso de Rusia, Yevgueni Yevtushenko, que leyó un poema donde mencionaba a Pushkin y a Tolstói y describía la Casa Blanca como "un herido cisne de mármol de la libertad, defendido por el pueblo", y que "nada hacia la inmortalidad". Tampoco faltó el violonchelista de renombre mundial Mstislav Rostropóvich, que había volado a Moscú desde París nada más enterarse del golpe. Después de interpretar unas piezas en honor de los defensores de la Casa Blanca, el músico empuñó un fusil kaláshnikov. Por su parte, Yelena Bónner, viuda de Andréi Sájarov (padre de la bomba de hidrógeno soviética y disidente del régimen durante muchos años), impresionó a la multitud con una anécdota de la época que había pasado en el exilio con su marido: cuando le preguntó a un agente del KGB por qué el régimen publicaba mentiras sobre Sájarov, el tipo le había contestado que todo eso se escribía "no para nosotros, sino para la plebe". Los golpistas, dijo Bónner, "piensan así". Y luego añadió: "Todo cuanto dicen y escriben está dirigido a la 'plebe'. Para ellos no somos más que eso, 'plebe'". Pero el público ya no se consideraba tal. Finalmente, los organizadores del mitin pidieron a la multitud que se quedara para defender la Casa Blanca. Miles de personas atendieron el ruego.[12]

Al final de la concentración frente al parlamento ruso, Yeltsin obtuvo de pronto el espaldarazo que tanto necesitaba. Al otro lado de la línea telefónica oyó la voz de George H. W. Bush. La llamada llevaba preparándose algún tiempo. La tarde del 19 de agosto, unos minutos antes de que Bush hiciera sus primeras –y prudentes– declaraciones sobre el golpe en su mansión de Kennebunkport, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andréi Kozyrev, de cuarenta años, había pedido al asesor de negocios estadounidense en Moscú, Jim Collins, que acudiera a la Casa Blanca rusa para entregarle una carta de Yeltsin a Bush. "Le ruego, señor presidente –decía la misiva–, que llame la atención de la comunidad internacional, y principalmente la de las Naciones Unidas, sobre lo que está ocurriendo en la URSS, y que exija el restablecimiento de los órganos legalmente elegidos y la reposición en su cargo del presidente de la URSS, M. S. Gorbachov".[13]

A mediodía ya había llegado a Washington el texto de la carta, y el consejero de seguridad nacional adjunto, Robert Gates, se lo leyó por

teléfono a Brent Scowcroft, que en ese momento volaba con el presidente de vuelta a Washington desde Maine. Después de una breve conversación, Bush y Scowcroft concluyeron que el mensaje de Yeltsin era motivo suficiente para endurecer la postura estadounidense frente a los golpistas. El siempre cauto general fue el encargado de formular el nuevo discurso, por lo que se dirigió a la parte trasera del avión para hablar con los periodistas. Delante de las cámaras declaró que los golpistas eran todos de la facción conservadora del régimen, que pretendían desbaratar las reformas de Gorbachov, y que la administración Bush condenaba una operación que seguía calificando de "extraconstitucional". Estas palabras no cumplieron las expectativas de Yeltsin, pero el gobierno de Estados Unidos por lo menos se iba aproximando a una condena inequívoca del golpe. La carta de Yeltsin fue el primer mensaje oficial que Washington recibió de Moscú, aunque el presidente ruso no fue el único dirigente soviético en llamar a la puerta de Bush esa mañana.[14]

El embajador de la URSS en Estados Unidos, Viktor Komplektov, uno de los pocos funcionarios soviéticos que habían acompañado a Bush en su visita a Kiev unas semanas antes, acudió al departamento de Estado y luego a la Casa Blanca para entregar cartas de sus nuevos jefes. "Me dirijo a usted en un momento decisivo para el futuro de la Unión Soviética y del mundo", comenzaba la carta de Guennadi Yanáyev al presidente Bush. El presidente del Comité de Emergencia expresaba la voluntad de los golpistas de acabar con la perestroika, aunque prometiendo seguir adelante con las reformas. El texto lo había redactado el KGB de Kryuchkov, pero Yanáyev venía a desmentir, con una frase suya añadida al final, lo que decía la carta sobre la enfermedad de Gorbachov: "Para su información, Mijaíl Sergéyevich [Gorbachov] está completamente a salvo, y no tiene nada que temer". Komplektov le entregó la misiva a Gates, la máxima autoridad presente en la Casa Blanca en ese momento, y que más tarde recordaría así el encuentro: "No hice bromas ni me puse a charlar educadamente con él: procuré tratarle con la mayor frialdad posible".[15]

Gates acababa de salir de la reunión que él mismo había convocado con los subdirectores de los principales órganos de la administración en la Sala de Crisis de la Casa Blanca a las nueve y media de la mañana. Los asistentes coincidieron en que el gobierno debía adoptar un tono más duro. Les había influido un memorando remitido por el subdirector de la CIA, Richard Kerr: a juicio de los analistas de la agencia, el golpe era "incompleto", y su

desenlace, todavía incierto. “Según avanzaba la mañana –recordaría Gates–, nos fuimos convenciendo de que algo raro sucedía en Moscú. ¿Por qué seguían funcionando todas las líneas teléfonicas y de fax? ¿Por qué no se había alterado apenas la actividad diaria? ¿Por qué no habían detenido a la oposición en ninguna parte, ni siquiera en Moscú? ¿Cómo permitía el régimen que la oposición levantara barricadas en el edificio del parlamento ruso y la gente saliera y entrara a su antojo? Empezamos a pensar que los cabecillas eran bastante torpes y que el golpe podía fracasar”. Decidieron incluir la palabra “condena” en el comunicado que habían estado redactando. Después de consultar con Scowcroft, que aún no había llegado a Washington, Gates añadió la palabra decisiva al texto. El comunicado apareció en los titulares de los noticiarios de la noche, y el gobierno salvó la cara, ya que al principio del día había dado la impresión de contemporizar con los golpistas.[16]

En una segunda reunión convocada por Gates a las cinco de la tarde, el Comité de Subdirectores aprobó un comunicado aún más duro. Esta vez asistieron Bush, Scowcroft y el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, Colin Powell. Para entonces habían surgido nuevos indicios de la torpeza de los golpistas. Richard Kerr resumió así el análisis de la CIA: “En definitiva, esto no parece un golpe convencional, señor presidente. No son muy profesionales. Tratan de hacerse con los principales centros de poder de uno en uno; pero un golpe que se lleva a cabo de forma gradual, en varias fases, no puede triunfar”. En vista de los nuevos datos, el presidente podía condenar el golpe de manera mucho más explícita. “Nos preocupa profundamente lo sucedido en las últimas horas en la Unión Soviética y condenamos el uso de la fuerza, que vulnera la constitución”: así empezaba el nuevo comunicado, que incluía una frase de la carta de Yeltsin a Bush, a saber, aquella en la que se exigía “el restablecimiento de los órganos legalmente elegidos y la reposición en su cargo del presidente de la URSS, M. S. Gorbachov”.[17]

El presidente de Estados Unidos le transmitía así un mensaje a Yeltsin: había recibido la carta y estaba de su parte; no apoyaba ni reconocía a los golpistas. Sin embargo, Bush aún se resistía a llamar al presidente ruso, pues se acordaba de lo desagradable que había sido el trato con él en su reciente visita a Moscú. Pidió a sus ayudantes que lo pusieran en contacto con Gorbachov, pero la línea telefónica no funcionaba. Él mismo había constatado lo agria que se había vuelto la rivalidad entre Gorbachov y

Yeltsin, así que no quería estropear aún más las cosas. Pero, en vista de la marcha que había tomado el golpe, no le quedaba otra opción. La noche del 19 de agosto, los consejeros del presidente concluyeron que su jefe tenía que llamar a Yeltsin.[18]

A la mañana siguiente, los teléfonos de Gorbachov seguían sin funcionar. Brent Scowcroft redactó un memorando donde le indicaba a Bush la actitud que debía adoptar en su conversación con Yeltsin. Washington apenas disponía de información fidedigna sobre lo que estaba ocurriendo en Moscú, donde la situación evolucionaba rápidamente. Según el consejero de seguridad nacional, Yeltsin se había "atrincherado en el edificio del parlamento (su 'Casa Blanca') con unos cien diputados rusos". Corría la voz de que al presidente ruso ya lo habían detenido y de que Gorbachov estaba en Moscú, pero los servicios de inteligencia estadounidenses no podían confirmar estos rumores, y Scowcroft quería que el presidente obtuviera "información de primera mano sobre la situación actual". Había más motivos para llamar a Yeltsin: "Llamando esta mañana al presidente Yeltsin le mostrará usted su apoyo a él y a la legalidad constitucional que han violado los golpistas. La llamada bastará para levantarle el ánimo". Pero el gobierno no estaba dispuesto a ir más lejos en su respaldo a la resistencia encabezada por Yeltsin. "Hay que dejarle claro al presidente Yeltsin que no podemos ofrecerle más que un apoyo general", escribió Scowcroft. Tampoco debía quedarle ninguna duda de que Estados Unidos quería, como él, que Gorbachov fuera repuesto en su cargo. Por lo demás, los estadounidenses tratarían de ponerse en contacto con los cabecillas del golpe para evitar que recurrieran a la fuerza.[19]

El día 20 a las ocho de la mañana, hora de Washington, Bush logró milagrosamente comunicar con Yeltsin. "Solo quería saber cómo van las cosas allí", empezó diciendo: al parecer se olvidó de saludar al líder ruso. "Buenos días", contestó Yeltsin, aunque en Moscú era por la tarde. "Buenos días", dijo Bush, ignorando la diferencia horaria entre Washington y Moscú. Luego insistió: "Solo quería información de primera mano sobre lo que está ocurriendo allí". Se atuvo al guion, sin mostrar ningún entusiasmo por el hecho de poder hablar con Yeltsin, de quien apenas unos minutos antes se había rumoreado que estaba detenido. Pero al presidente ruso no le molestó su actitud: como había previsto Scowcroft, la llamada le animó mucho. "Han cercado el edificio del Soviet Supremo y la oficina del presidente –le contó a Bush–, y creo que van a asaltar el edificio de un momento a otro. Llevamos

veinticuatro horas aquí y no pensamos marcharnos. He pedido a las cien mil personas que se han concentrado fuera que defiendan al gobierno legalmente elegido". La manifestación a la que se refería Yeltsin estaba a punto de terminar.

"Apoyamos sin reservas su exigencia de que vuelva Gorbachov y se restablezca el gobierno legítimo", dijo Bush después del extenso informe de Yeltsin sobre el golpe y las reivindicaciones de la oposición. Por lo demás, Yeltsin le pidió al presidente estadounidense que convenciera a los líderes mundiales de que apoyasen la democracia rusa, y le desaconsejó que llamara a Yanáyev. Bush se mostró conforme, y los dos quedaron en hablar al día siguiente. Sorprendentemente, la conversación fue alentadora no solo para Yeltsin, sino también para Bush, que terminó diciendo: "Buena suerte y felicidades por su coraje y entrega. Rezamos por usted. El pueblo estadounidense lo apoya. Usted está haciendo lo que debe". El tono del presidente estadounidense contrastaba mucho con su frialdad inicial.[20]

Yeltsin se sintió cautelosamente optimista al constatar la determinación de los miles de moscovitas anónimos que estaban concentrados delante de la Casa Blanca mientras él hablaba con Bush. Sin embargo, había indicios de que los golpistas preparaban un asalto armado al parlamento ruso. Poco antes de las dos de la tarde, Yeltsin recibió la visita del general Aleksandr Lébed, cuyos paracaidistas estaban estacionados en las inmediaciones del edificio, supuestamente para proteger al presidente ruso. Pero al general lo habían mandado retirarlos, dejando la Casa Blanca expuesta a un ataque. Yeltsin le ordenó que dejara el batallón donde estaba: Lébed se negó invocando el juramento militar; la única solución, dijo, era que Yeltsin dictara un decreto nombrándose a sí mismo comandante en jefe del ejército. El presidente vaciló. Entonces Lébed advirtió a los defensores de la Casa Blanca de que su resistencia era inútil: "Bastaría el lanzamiento de unos cuantos misiles antitanque guiados para que el edificio ardiera. El fuego sería tan violento que la gente saltaría por las ventanas".[21]

La noticia de que el asalto era inminente llegó a la Casa Blanca rusa al final de la tarde. Un miembro del KGB advirtió a los defensores del parlamento de que su unidad había recibido la orden de atacarlo, cosa que confirmaron los ayudantes de Yeltsin, que estaban en contacto con antiguos compañeros suyos del ejército y del KGB que habían luchado, como ellos, en

Afganistán. A las cinco de la tarde, el vicepresidente Rutskói ordenó a los ciudadanos concentrados alrededor de la Casa Blanca que se organizaran en unidades de defensa. Se anunció el nacimiento de las fuerzas armadas rusas (que no soviéticas), y se animó a los jóvenes a incorporarse al nuevo ejército. Eran bienvenidos, por lo demás, cuantos desertaran de las unidades del KGB, el ejército y la policía soviéticos que estaban estacionadas en Moscú. Finalmente, Yeltsin decidió nombrarse a sí mismo comandante en jefe. Las tropas rusas iban creciendo. A las seis de la tarde se pidió a las mujeres que abandonaran la Casa Blanca. La emisora El Eco de Moscú exhortó a los moscovitas a acudir al parlamento para salvar la democracia. La gente respondió positivamente.

Al anochecer había unas quince mil personas alrededor del edificio. Entre ellas estaba Theresa Sabonis-Chafee, una joven estudiante de posgrado del Woodrow Wilson School of Public and International Affairs, de la universidad de Princeton. Había llegado a Moscú en el mes de enero y no hablaba ruso muy bien. “Deambulé entre la multitud –recordaría más tarde–, pensando si gritar o no ‘¡Necesito un intérprete!’, pero al final quise que me trataran como a una rusa más”. Pronto la reclutó una unidad que se encargaba de vigilar las entradas a la Casa Blanca. Como pensaban que el ejército iba a utilizar gases lacrimógenos para dispersar a la gente, los organizadores de la resistencia empezaron a repartir máscaras antigás. “Se formaron varios cordones de personas con los brazos entrelazados –escribiría Sabonis-Chafee–. En el primero solo había hombres, pero luego se dieron cuenta de que no había suficientes máscaras grandes: las mujeres que podían llevar las más pequeñas se unieron entonces al primer cordón. Yo acabé en el segundo, vigilando la entrada para vehículos”.

En la Casa Blanca, un agotado Yeltsin decidió echarse a dormir un rato. Antes de que se retirara, su principal guardaespaldas, Alexander Korzhakov, le ofreció una alternativa en el caso de que se produjese el asalto: refugiarse en el sótano o en la embajada de Estados Unidos, que estaba cerca. En el sótano, le dijo al presidente, “moriremos sin ninguna ayuda exterior”. En la embajada, por el contrario, “podemos pasar mucho tiempo, y contarle al mundo entero lo que está pasando en Rusia”. “De acuerdo”, contestó Yeltsin. Entonces Korzhakov apostó un guardia con rifle al lado de su despacho y condujo al presidente a un gabinete médico que había en el otro extremo del edificio para que pudiese dormir. Mientras tanto, Theresa Sabonis-Chafee, que había pasado horas comprobando la documentación de la gente que

llegaba a la Casa Blanca (sin mostrar en ningún momento su pasaporte estadounidense), se quedó dormida en un autobús aparcado cerca del edificio.[22]

VI
EL TRIUNFO DE LA LIBERTAD

Sabía que lo estaban siguiendo. El 20 de agosto, segundo día del golpe, cuando el ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, Andréi Kozyrev, se dirigió al aeropuerto internacional de Sheremétievo, en las afueras de Moscú, lo acompañaba, como el día anterior, un "séquito" de agentes secretos del KGB. Kozyrev quería tomar un vuelo a París, pero no tenía billete ni estaba seguro de que le fueran a permitir abandonar Moscú. Se trataba de llevar a cabo una misión especial en nombre del gobierno que se había atrincherado en la Casa Blanca rusa.

Boris Yeltsin le había encargado buscar apoyos para la oposición rusa entre los dirigentes y ciudadanos occidentales. El destino final de Kozyrev era Estados Unidos, concretamente la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York. En caso de que sucediera lo peor –la detención o asesinato de Yeltsin–, Kozyrev formaría un gobierno ruso en el exilio. El presidente también envió a varios lugartenientes leales a su ciudad natal, Sverdlovsk, en los Urales –el "centro geográfico de Rusia", como se la describiría más tarde a George Bush–, para que crearan un gobierno alternativo en uno de los búnkeres construidos allí en la Guerra Fría.

Kozyrev dejaba en Moscú a su mujer y a una hija de su primer matrimonio. Era casi seguro que no volvería a verlas en mucho tiempo. Finalmente pudo comprar el billete y salir del país: los agentes del KGB no tenían orden de impedírselo. Y es que a Kryuchkov no le importaba que los líderes de la oposición, Yeltsin incluido, se mancharan. Kozyrev tenía la impresión de que los hombres del KGB estaban pensando "dejémosle ir". Así que se fue.

En las tres horas que duró el vuelo a París, Kozyrev aprovechó para ordenar sus pensamientos. Diplomático de carrera, había estudiado en el prestigioso instituto de Relaciones Internacionales, en Moscú (había sido admitido con la ayuda del KGB, como reconocería más tarde). Como su jefe, Boris Yeltsin, había empezado a dudar de la ideología y la praxis soviéticas después de visitar un supermercado estadounidense en su primer viaje al

extranjero: al joven Kozyrev le llamó la atención no solo la abundancia de comida, sino también el hecho de que los clientes fueran gente corriente, en muchos casos negros o hispanos. Para un buen ciudadano soviético, una cosa era reconocer que los países capitalistas ofrecían una plétora de productos a las élites, y otra muy distinta darse cuenta de que los trabajadores y las minorías, grupos supuestamente explotados, podían comprar artículos del todo inaccesibles a los *apparatchiks* soviéticos.

Posteriormente se hizo con un ejemplar de la novela *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak, que estaba prohibida en su país, y la leyó en un solo día, sentado en un banco de Central Park, en Nueva York. La gran ironía fue que leyera esta novela rusa en inglés. Después dejó el libro en el banco, porque tenía miedo de llevárselo al complejo residencial para diplomáticos donde se hospedaba. Para su sorpresa, la novela de Pasternak no tenía nada de antisoviético. ¿Por qué la habían prohibido entonces? Kozyrev llegó a la conclusión de que el régimen del que él era producto y al que servía con gran merecimiento negaba a sus súbditos el derecho a la crítica e incluso reprimía la libertad de pensamiento. Pasternak no era hostil a la Unión Soviética: simplemente no comulgaba con la doctrina del Partido. En aquel banco de Central Park, Kozyrev dejó no solo el ejemplar de *Doctor Zhivago*, sino también su fe en un sistema del que oficialmente formaba parte todavía. Acabaría convirtiéndose en un *antisovetchik* –término utilizado por el KGB para designar a los disidentes–, aunque únicamente en privado.

En el ministerio de Asuntos Exteriores soviético, Kozyrev y otros jóvenes diplomáticos fueron poco a poco convenciendo a sus jefes, entre ellos Eduard Shevardnadze y Mijaíl Gorbachov, de que pasaran de la indefinición de la glásnost a la defensa explícita de la libertad de expresión y los derechos humanos. Kozyrev nunca se fio de Gorbachov, al que consideraba un comunista acérrimo y un fiel *apparatchik*. Yeltsin era distinto: se había rebelado abiertamente contra el partido. En el verano de 1990, Kozyrev hizo su elección: renunció a un puesto importante en el ministerio que dirigía Shevardnadze para convertirse en ministro de Asuntos Exteriores de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (cargo fundamentalmente ceremonial por aquel entonces). El ministerio ruso carecía de representación en el extranjero, y Rusia ni siquiera era miembro de Naciones Unidas, como Ucrania y Bielorrusia. Kozyrev sabía que incorporarse al equipo de Yeltsin era unirse a la oposición, pero el ideal que profesaba de una Rusia democrática lo llevó a aceptar el riesgo.

En la sesión que celebró el parlamento ruso para decidir si confirmaba o no su nombramiento como ministro, el diplomático de treinta y nueve años expresó así su posición: “La Rusia democrática debería ser y será aliada natural de los países democráticos de occidente, del mismo modo que la Unión Soviética, un país totalitario, fue enemiga natural de occidente”. Luego llegó el golpe de estado. Los colaboradores que Kozyrev se había traído del ministro de Asuntos Exteriores soviético respaldaron a Yeltsin: eran partidarios convencidos, como su jefe, de una Rusia democrática aliada con occidente. Pero ¿lo eran también los líderes occidentales? ¿Se habían dado cuenta estos dirigentes de que la verdadera batalla ya no era la que libraba Gorbachov con el ala dura del partido, sino la que enfrentaba a la Rusia democrática y a la junta militar que amenazaba la libertad en todo el mundo?[1]

Kozyrev tenía una misión difícil. Los dirigentes occidentales, aunque preocupados por las noticias que llegaban de Moscú, se resistieron al principio a condenar el golpe y defender a Gorbachov, y desde luego a apoyar el llamamiento de Yeltsin a todos los ciudadanos rusos para que se sumaran a una huelga política. En París, primer destino de Kozyrev, el presidente François Mitterrand emitió un comunicado la mañana del 19 de agosto en el que presentaba el golpe como un hecho consumado. La ministra de Asuntos Exteriores canadiense, Barbara McDougall, expresó la misma postura. Y ya hemos visto que, en las primeras declaraciones que hizo sobre el golpe, el presidente Bush no llegó a condenarlo. La noche del 19, el vicepresidente Guennadi Yanáyev alabó la moderación de Bush en la rueda de prensa que ofreció a los corresponsales extranjeros y que se emitió en todo el país. La actitud estadounidense fue una enorme decepción para Kozyrev y el resto de los colaboradores de Yeltsin: de nada había servido el esfuerzo desesperado que el ministro de Asuntos Exteriores ruso había hecho el primer día del golpe por convencer a occidente de que apoyara a Yeltsin exigiendo, como él, que se pusiera fin a una operación inconstitucional y que Gorbachov volviera al poder.

A su llegada a París, Kozyrev llamó por teléfono a Allen Weinstein, director del centro para la Defensa de la Democracia en Washington, y futuro responsable de los archivos nacionales de Estados Unidos, para dictarle un comunicado que él mismo había escrito. Weinstein no formaba parte de la administración Bush, pero Kozyrev no conocía a nadie en la Casa Blanca ni en el departamento de Estado a quien poder recurrir en aquel momento crítico. Weinstein fue una excelente elección: originario del Bronx e hijo de

inmigrantes judíos procedentes de la Rusia zarista, le preocupaba mucho lo que ocurría en la Unión Soviética, y tenía buenos contactos en los medios de comunicación. El comunicado de Kozyrev, posiblemente corregido por Weinstein, apareció publicado al día siguiente en *The Washington Post.*

El ministro de Asuntos Exteriores ruso afirmaba que la tibia reacción inicial de los dirigentes del mundo libre había hecho creer a los golpistas que habían engañado a occidente. Sin embargo, "las recientes declaraciones del presidente Bush, del primer ministro John Major y de otros líderes occidentales han corregido este malentendido. Es fundamental que occidente insista en su condena del golpe y en su negativa a reconocer a los golpistas. Al presidente Gorbachov se le debe reponer de inmediato en su cargo, y occidente debe exigir una comunicación directa con él, así como la presencia de médicos de otros países con el fin de asegurar su buen estado de salud".[2]

Ni Yeltsin ni Kozyrev confiaban del todo en Gorbachov, de quien muchos en Moscú sospechaban que llevaba un doble juego: después de utilizar a sus antiguos colaboradores para el trabajo sucio de reprimir a la oposición democrática, volvería a Moscú como salvador de la patria. En cualquier caso, la exigencia de que regresara el presidente dejaba al descubierto el principal punto débil de los golpistas: que la deposición del jefe del estado legítimo carecía de justificación legal y constitucional. Esta estrategia le brindaba a Yeltsin la legitimidad que occidente le había negado hasta entonces, y además agradaba a los ciudadanos occidentales, entre los que aún predominaba la "Gorbymanía" nacida a finales de la década anterior. Cuando Bush llamó finalmente a Yeltsin el segundo día del golpe, le dijo que apoyaba su exigencia: los presidentes estadounidense y ruso ya no coincidían únicamente en la estrategia a largo plazo de construir la democracia. Ahora los dos se proponían ante todo parar el golpe de estado y salvar a Gorbachov.

Las "recientes declaraciones" corrigiendo el "malentendido" sobre la postura de occidente frente al golpe las hizo el presidente Bush en una rueda de prensa que ofreció el día 20 en la rosaleda de la Casa Blanca, y que comenzó a las diez y treinta y cinco de la mañana (hora de Washington), dos horas después de su conversación telefónica con Yeltsin. "La toma del poder por medios inconstitucionales es una afrenta a las aspiraciones que el pueblo soviético abriga desde hace años", afirmó. Luego dio una noticia que impresionó a los periodistas: "Esta mañana he hablado con Boris Yeltsin, presidente democráticamente electo de Rusia, y le he asegurado que Estados

Unidos defiende y defenderá, como él, el regreso de Mijaíl Gorbachov como presidente constitucionalmente electo. Al señor Yeltsin le estimulan el apoyo del pueblo soviético y la determinación que ha demostrado en unas circunstancias tan difíciles. Me ha expresado su agradecimiento por el respaldo que les ofrecemos a él y al presidente Gorbachov". Los periodistas querían que Bush entrara en detalles, pero el presidente apenas podía añadir nada más. La siguiente pregunta puso de relieve el dilema al que se enfrentaba su gobierno: "Señor presidente, ¿cómo piensa respaldar a Yeltsin? ¿O va a mantenerse al margen, sin ofrecerle más que un apoyo verbal?". Bush reiteró su postura: el gobierno estadounidense se limitaría a animar a la oposición y presionar a los golpistas, a quienes les costaría mucho sobrevivir sin la ayuda económica occidental. En privado, sin embargo, el presidente se mostró dispuesto a ir más allá.[3]

Después de la rueda de prensa, Bush se reunió con sus consejeros en el Despacho Oval para discutir qué más se podía hacer en ayuda de Yeltsin. Cada hora llegaban noticias de reveses que habían sufrido los golpistas. Se hablaba ya de las primeras deserciones: el primer ministro, Valentín Pávlov, decía estar enfermo, y el mariscal Dimitri Yázov, al parecer, había dimitido como miembro del Comité de Emergencia. Además existían fricciones entre los comandantes militares y los dirigentes políticos de repúblicas importantes, entre ellos Nursultán Nazarbáyev, de Kazajistán, y Leonid Kravchuk, de Ucrania, que se declaraban en contra del golpe. Ante este panorama, Bush y sus consejeros acordaron aumentar la presión sobre el régimen. La declaración del gobierno que negaba legitimidad a los golpistas empezó a traducirse en medidas concretas. Así, al nuevo embajador de Estados Unidos en la URSS, Bob Strauss, que acababa de jurar su cargo y estaba a punto de salir para Moscú, se le ordenó que no presentara sus credenciales ante las nuevas autoridades, y a los locutores de la emisora Voice of America (VOA) se les pidió que ayudaran a Yeltsin a difundir su mensaje en la Unión Soviética.[4]

Voice of America tenía dos corresponsales en Moscú y uno en Vilna, y emitía catorce horas al día en todo el país, desde las repúblicas bálticas, al oeste, hasta la península de Kamchatka, al este. Empezó a informar sobre el golpe veinte minutos después de que los medios soviéticos anunciaran la destitución de Gorbachov y, en la mañana del 19 de agosto, emitió el comunicado de Yeltsin condenando la operación. ¿Qué hacer para aumentar la influencia de VOA? El día 20, poco después de las cinco de la tarde, la

agencia de información de Estados Unidos, responsable de las emisiones, envió por fax a la Casa Blanca un informe sobre los cambios introducidos en la programación el segundo día del golpe. “Hoy se han añadido quince horas de transmisores para aumentar las frecuencias y fortalecer la señal rusa de VOA. […] Las horas de transmisión siguen siendo catorce, pero la señal es ahora más alta y fácil de captar”. VOA pasó a dedicarse por completo a las noticias, conectando en directo con sus corresponsales en Moscú casi cada hora.

Al día siguiente se transmitieron las crónicas de lo que ocurría en las calles de Moscú a través de una red de telefonía móvil finlandesa instalada hacía poco en la capital. Según otro memorando remitido a la Casa Blanca, “al informar por teléfono, su voz [la de un corresponsal] siguió esta ruta insólita: calle de Moscú-transmisores en Grenville-Reino Unido-oyente soviético. Todo en apenas unos milisegundos”. Las emisiones de VOA y otros medios occidentales como la BBC se convirtieron en la principal fuente de información de los ciudanos soviéticos sobre las acciones de Boris Yeltsin y las fuerzas opositoras: fuera de la capital eran, de hecho, la única, y en Moscú complementaban la información proporcionada por la estación de radio El Eco de Moscú. “Ahora solo se publican nueve periódicos en la URSS, y las estaciones de radio y los canales de televisión independientes están prácticamente neutralizados por las emisiones oficiales soviéticas –decía un memorando de la agencia de información estadounidense enviado a la Casa Blanca–: los medios estadounidenses y otros occidentales van a desempeñar, por tanto, un papel cada vez más importante”. El periodista Dan Rather, de la cadena CBS News, le preguntó a un experto en la URSS cómo les llegaría a los ciudadanos soviéticos la noticia del llamamiento de Yeltsin a la huelga general. “Se enterarán por Voice of America”, le contestó su invitado. Y así fue.[5]

A las cinco y treinta y cinco de la tarde del día 20, James Baker, que estaba en el departamento de Estado, supo que se habían producido tiroteos en las inmediaciones de la Casa Blanca rusa y de la embajada estadounidense. Las cosas estaban sucediendo muy rápido, y el secretario de Estado apenas podía hacer nada. “Pocas veces me he sentido tan impotente”, recordaría más tarde. Por la noche, cuando su avión sobrevolaba el Atlántico en dirección a Bruselas para asistir a una cumbre de la OTAN, “esperaba lo peor, que me llamaran desde el centro de operaciones [del departamento de Estado] o la Sala de Crisis [de la Casa Blanca] comunicándome que efectivos

del KGB y del ministerio del Interior habían destruido las barricadas y matado a Yeltsin".[6]

Más o menos al mismo tiempo que le llegaba a Baker la noticia de los tiroteos, el mariscal Dimitri Yázov volvía de pésimo humor a su despacho del ministerio de Defensa después de pasar la noche reunido en el Kremlin con los otros miembros del Comité de Emergencia. En Moscú era muy temprano. La reunión, que había comenzado a las ocho de la noche, había puesto de manifiesto diferencias profundas entre los golpistas. Al principio, Guennadi Yanáyev había leído un comunicado negando el rumor de que se planeara un ataque a la Casa Blanca, y había propuesto difundirlo por la radio y la televisión. Los asistentes, entre los que también había varios altos cargos del gobierno y políticos partidarios del golpe, advirtieron que el comunicado había cogido totalmente por sorpresa a Yázov, Kryuchkov y otros miembros del Comité.

En la mañana del día 20, Yázov y Kryuchkov habían encargado a sus colaboradores que prepararan el ataque al parlamento ruso, y a mediodía ya tenían un plan detallado. Paracaidistas y unidades antidisturbios rodearían la Casa Blanca y dispersarían a la multitud, despejando así el camino para el comando Alfa del KGB y la unidad B del ejército, que asaltarían el edificio con lanzagranadas, lo evacuarían, y detendrían a Yeltsin. La llamada Operación Trueno se ejecutaría a las tres de la mañana del día 21, y las unidades del ejército empezarían a concentrarse alrededor de la Casa Blanca a medianoche. Yázov prometió enviar refuerzos. Los golpistas ya solo tenían que esperar a que se hiciese de noche. Esta sería la última noche en libertad de Yeltsin, que, una vez detenido, sería conducido a Zavidovo, un pabellón de caza propiedad del estado donde, en otra época, Leonid Brézhnev había cazado jabalíes con dignatarios extranjeros como Henry Kissinger, consejero de seguridad nacional de Richard Nixon y más tarde secretario de Estado. A los miembros del comando, algunos de los cuales habían participado en el asalto al palacio presidencial de Kabul en diciembre de 1979, la operación les parecía sumamente fácil.[7]

Entonces surgieron desavenencias entre los cabecillas del golpe. El presidente en funciones, Yanáyev, quiso precaverse de las críticas por si acaso algo salía mal (y podían salir mal muchas cosas): aparecería entonces como un líder responsable que se había opuesto al uso de la fuerza contra la población civil. Sin embargo, una vez que se hubieron marchado los

funcionarios de segundo nivel y los golpistas se quedaron solos, Yanáyev dejó de interpretar el papel de moderado, votando, como todos los demás, a favor de detener a Yeltsin. El asalto se llevaría a cabo como estaba planeado, pero, aun así, la reunión infundió graves sospechas a Yázov. ¿Pretendían utilizar a los militares para que les hiciesen el trabajo sucio, y luego convertirlo a él, Yázov, en el chivo expiatorio? No sería la primera vez que los políticos se servían del ejército para algo, y después cargarlo con la responsabilidad de sus decisiones.[8]

Los militares creían haber sido víctimas de esta estratagema en enero de 1991, cuando estallaron las protestas en Vilna: se enviaron tropas a reprimir a los manifestantes y, después de que millones de soviéticos vieran las imágenes en televisión y Gorbachov ordenara detener la operación, se las culpó de la violencia, y el presidente soviético tachó a Yázov y Kryuchkov de incompetentes. La cúpula militar estaba indignada. A los liberales como el mariscal de aviación Yevgueni Sháposhnikov, lugarteniente de Yázov, les repugnaba la idea de utilizar al ejército contra la población civil. “A partir de Vilna, después de ver en televisión las imágenes de uno de nuestros soldados golpeando a un civil con la culata de la ametralladora, comprendí que había que acabar con eso de una vez por todas”, escribiría Sháposhnikov unos años más tarde. A oficiales nada sospechosos de abrigar ideas liberales, como el general Pável Grachov, comandante de las fuerzas aerotransportadas, les escandalizaba la hipocresía de los dirigentes políticos. En la noche del 20 de agosto, Grachov le dijo a Sháposhnikov a propósito del ataque a la Casa Blanca: “Si se les ocurre insinuar que debo ser yo quien dé la orden, les mandaré a paseo”.[9]

Los comandantes militares tenían muy presente lo ocurrido en Tiflis en abril de 1989 y en Vilna en enero de 1991: el gobierno les había ordenado reprimir las manifestaciones independentistas, y luego, cuando las cosas salieron mal y hubo muertos y heridos, había eludido su responsabilidad, culpando al ejército del derramamiento de sangre. Ahora podía suceder lo mismo en Moscú, pero los generales se enfrentaban a un dilema añadido: si en las repúblicas báltica y caucásica, las unidades de élite, formadas en su mayoría por rusos, habían cargado contra manifestantes no rusos, en la capital, en cambio, tendrían que hacerlo contra ciudadanos de su misma etnia. ¿Acatarían la orden? Por lo demás, los partidarios de Yeltsin no se limitaban a agasajar a los jóvenes soldados: también les hablaban de democracia y patriotismo, intentando quitarles la idea de disparar contra sus compatriotas.

La tensión entre la identidad rusa y la soviética se manifestó entonces con gran intensidad. Los paracaidistas comandados por el general Aleksandr Lébed fueron los primeros en llegar a la Casa Blanca el día 19, y, cuando se declararon soviéticos, uno de los defensores del parlamento respondió: "¿Qué diablos quiere decir soviético?". Ian Elliott, reportero de la emisora Radio Libertad, financiada por Estados Unidos, describiría más tarde una escena que presenció en una calle de Moscú. Un hombre borracho "se desgarró la camisa y, apretando el pecho desnudo contra la boca del kaláshnikov que empuñaba nervioso un adolescente, gritó: 'No nos vas a disparar, ¿verdad? Eres ruso, como nosotros'". Theresa Sabonis-Chafee, que permaneció en el cordón que rodeaba la Casa Blanca la noche del 20 de agosto, recordaría más tarde que a quienes se declaraban "a favor de Rusia" se les consideraba "de los nuestros" y se les permitía pasar. El general Grachov, que aún no sabía a qué bando unirse, le pidió al emisario de Yeltsin que le hiciera saber a este que "como ruso, jamás permitiría que el ejército derramara la sangre de sus compatriotas".[10]

Pero no tardaría en derramarse sangre. Los primeros disparos se produjeron a medianoche. En la plaza que se abre ante la Casa Blanca, Michael Hetzer, director de *The Guardian*, un semanario dirigido a los extranjeros residentes en Moscú, apuntó la hora: las doce de la noche del 21 de agosto. Entre los defensores de la Casa Blanca se difundió enseguida la noticia de que los tanques se aproximaban al parlamento desde el río Moscova. "A las doce y diez de la noche se volvieron a oír disparos, esta vez procedentes de la carretera de circunvalación –escribiría Hetzer en su revista unos días después–. Sonaban rápido y a intervalos regulares: estaba claro que se trataba de armas automáticas. '¡Ya vienen!', gritó una mujer. '¡Ya vienen los cabrones!'. Luego se oyó otra ráfaga de metralla y varias explosiones atronadoras".[11]

El general Valentín Varénnikov, que se había encarado con Gorbachov en Foros la tarde del 18 de agosto, estaba de vuelta en Moscú después de pasar por Ucrania, y se disponía a enfrentarse a Yeltsin. Envió vehículos blindados a la Casa Blanca y empezó a organizar el aterrizaje de un comando en la azotea del edificio. Los primeros disparos los lanzaron soldados de la división Tamán al pasar por delante del edificio del parlamento en dirección al ministerio de Asuntos Exteriores soviético, en cuyas inmediaciones iban a apostarse por orden de Varénnikov. Cuando los carros de combate entraron en el paso subterráneo de la avenida Kalinin, los defensores de la Casa

Blanca, creyendo que el asalto ya había comenzado, les tendieron una emboscada, bloqueando la salida con varios vehículos. El blindado que iba en cabeza atravesó la barricada, pero los demás quedaron atrapados en el estrecho túnel.

Los defensores del parlamento, algunos de ellos veteranos de la guerra de Afganistán, sabían cómo inutilizar los blindados: cegaron las rendijas por las que miraban los conductores arrojando trozos de tela sobre ellas. Los jóvenes e inexpertos soldados, sintiéndose atrapados, hicieron girar las torretas para ahuyentar a los atacantes, que respondieron con cócteles molotov: los vehículos empezaron a arder, y sus ocupantes salieron disparando al aire. Las balas rebotaron en los blindados y en las paredes del túnel e impactaron en la multitud. Un soldado se quemó las manos tratando de apagar las llamas que devoraban su uniforme; los demás resultaron ilesos. En el otro lado hubo tres muertos –dos por heridas de bala; al otro, un veterano de Afganistán, le aplastó el cráneo un blindado– y numerosos heridos.[12]

El mariscal Yázov supo de las primeras bajas nada más volver de una reunión del Comité de Emergencia en la que había empezado a sospechar que Guennadi Yanáyev y otros golpistas intentaban eludir su responsabilidad. Ahora todos, al parecer, podían lavarse las manos menos el jefe del ejército: eran los hombres de Yázov, y no el KGB ni la policía, quienes habían disparado contra civiles rusos. Después de escuchar el parte de lo ocurrido en las inmediaciones de la Casa Blanca, el mariscal le dijo a su lugarteniente: "¡Ordéneles que se detengan!". A Kryuchkov lo dejó perplejo la noticia de que los militares no iban a participar en el asalto al parlamento. Los reunidos en su despacho a primera hora de la mañana del día 21 acusaron al ejército de cobardía; en cambio, los altos mandos militares encargados de dirigir la operación, y que habrían cargado con la responsabilidad en caso de un derramamiento de sangre, se sintieron aliviados. Por su parte, el comandante de las fuerzas del ministerio del Interior anunció que si el ejército no iba a participar, sus tropas tampoco.[13]

Las unidades especiales del KGB también se negaron a atacar la Casa Blanca. Los todopoderosos servicios de inteligencia, bajo el mando de Kryuchkov, atravesaban una grave crisis. Según aseguraría más tarde Vladímir Putin, futuro presidente de Rusia, el director del KGB recibió ese día una llamada inesperada de San Petersburgo: el mayor Anatoli Sobchak, que apoyaba a Yeltsin, le preguntó qué había ocurrido con la carta de dimisión

remitida un año antes por su lugarteniente, el coronel del KGB Vladímir Putin, de treinta y ocho años. Ese día, Putin envió, al parecer, una segunda carta: a quien guardaba lealtad era a Sobchak, y no a los cabecillas del golpe. Si bien respetaba a Kryuchkov, "al ver a los criminales en televisión, comprendí de inmediato que estaban acabados", según recordaría tiempo después.

Varios biógrafos de Putin ponen en duda que enviase la carta en pleno golpe: creen que presentó su dimisión más tarde, una vez fracasado este. En aquellos días decisivos del mes de agosto, según sus detractores, esperó a ver lo que ocurría, intentando adivinar por dónde soplaba el viento. En cualquier caso, su conducta no fue la que Kryuchkov esperaba de sus subordinados. Fueron muchos los funcionarios del KGB que prefirieron esperar a ver si el golpe triunfaba o fracasaba, sin comprometerse. Putin estaba de acuerdo con el objetivo de los golpistas de salvar el país, pero no con sus métodos anticuados. "El golpe desbarató todas las aspiraciones y los ideales con los que había entrado en el KGB", confesaría el futuro presidente de Rusia en una entrevista concedida ocho años después.[14]

Ante las múltiples deserciones, Kryuchkov no tuvo más remedio que suspender la operación. Un aguacero había impedido el aterrizaje de un helicóptero en la azotea de la Casa Blanca, y el intento de enviar un comando vestido de paisano se había visto frustrado por los defensores del parlamento. Finalmente, Kryuchkov ordenó cortar las líneas telefónicas del edificio: estaba pensando en un asedio prolongado.

Pero hacia las ocho de la mañana, Yázov llamó a los comandantes militares para ordenarles que retiraran todas las tropas de Moscú. Asombrados, Kryuchkov y los demás miembros del Comité se presentaron en el ministerio de Defensa e intentaron convencer al mariscal de que revocara la orden. Lo acusaron de cobardía y traición, pero Yázov no cambió de postura: no iban a resolver nada, dijo, disparando contra la población civil. Si el ejército permanecía en la capital habría nuevos enfrentamientos, y bastaría que ardiera un tanque con cuarenta obuses dentro para que se desatara una catástrofe. Les advirtió a los demás golpistas de que no estaba dispuesto a convertirse en otro Pinochet: al dictador chileno se lo conocía en la Unión Soviética como el símbolo de la ley marcial y la tiranía.[15]

La noticia de la retirada de las tropas de Moscú no tardó en llegar a los exhaustos defensores de la Casa Blanca, que reaccionaron con júbilo. Esa

noche, al oír los primeros disparos, el principal guardaespaldas de Yeltsin, Aleksandr Korzhakov, había ido corriendo al gabinete médico para despertar al presidente ruso. Yeltsin se levantó enseguida, pensando que había comenzado el asalto, y Korzhakov lo condujo en ascensor hasta el garaje, donde los ayudantes del presidente le pusieron un chaleco antibalas y lo sentaron en el asiento de atrás del coche oficial. Lo primero que pensó Yeltsin fue: "Ya está, ha comenzado el asalto".

Korzhakov mandó abrir la puerta del edificio. Se dirigían a la embajada de Estados Unidos, situada al otro lado de la plaza. Los estadounidenses, que ya estaban sobre aviso, tenían abierta la verja de la embajada. Los hombres de Korzhakov abrieron un hueco en las barricadas para que pasara el coche. Apenas unos minutos después, Yeltsin estaría a salvo en la legación estadounidense. Sin embargo, antes de que arrancara el coche, el presidente se espabiló del todo. "¿Adónde vamos?", le preguntó a su guardaespaldas. "¿Cómo que adónde? –respondió, sorprendido, Korzhakov–. A la embajada de Estados Unidos. Está a doscientos metros de aquí; llegaremos enseguida". Yeltsin se mostró igual de sorprendido: "¿A qué embajada dices? No vamos a ninguna embajada".

Korzhakov ordenó al conductor que esperara. Yeltsin le había dado su consentimiento unas horas antes, y ahora, cosa nada rara en él, cambiaba de idea en el último momento.

Su instinto de supervivencia política se impuso a su instinto de supervivencia física. Permaneciendo en la Casa Blanca durante el asalto corría el peligro de ser detenido o asesinado; pero la decisión de esconderse en la embajada estadounidense le costaría su carrera política. "No quería huir a un sitio seguro mientras los demás arriesgaban la vida", recordaría más tarde. Además tenía presente el orgullo nacional ruso, que había explotado hábilmente en los meses anteriores al golpe. "Aunque respetamos a los americanos, nos molesta que un país extranjero se inmiscuya en nuestros asuntos", explica en sus memorias, aunque no hay duda de que se queda corto: muchos de sus votantes conservaban la mentalidad propia de la Guerra Fría, y seguían considerando a Estados Unidos el principal enemigo de su país. La perestroika no había logrado desterrar esta idea; por lo demás, la retirada soviética de Europa oriental y las dificultades económicas alimentaron la hostilidad popular contra el Occidente próspero en general y Estados Unidos en particular.

Yeltsin pasó la noche en el sótano de la Casa Blanca, escuchando los disparos esporádicos y aguardando a que comenzara el asalto. Lo acompañaban los líderes demócratas de Moscú, entre ellos el alcalde, Gavriil Popov, y su lugarteniente, Yuri Luzhkov, cuya joven esposa, que estaba embarazada, había llevado comida casera y contribuyó a calmar los nervios en pleno asedio.[16]

A las cinco de la mañana, las autoridades militares de Moscú levantaron el toque de queda, y el asesor de negocios estadounidense, Jim Collins, pudo observar el campo de batalla de la noche anterior. Más tarde informó a Washington de que "la media docena de BMPS que habían quedado atrapados después de la medianoche en el paso subterráneo de [la avenida] Kalinin se rindieron a las fuerzas del RSFSR". Pasadas las seis de la mañana, una fuente sin identificar que se encontraba en el interior de la Casa Blanca (el nombre aparece tachado en el informe diplomático disponible en los archivos estadounidenses) llamó por teléfono a la embajada para informar a los estadounidenses de que los paracaidistas que se dirigían a la Casa Blanca se habían detenido: su comandante había recibido la orden de suspender la operación.

Alrededor de las ocho llegó a la embajada un fax del servicio de información ruso confirmando que las autoridades militares de Moscú habían ordenado la retirada inmediata de las tropas: según un alto mando, el ejército no iba a asaltar el parlamento "ni mañana ni pasado mañana". Todo parecía indicar que el golpe se estaba deshaciendo. La multitud que Collins había visto en las inmediaciones de la Casa Blanca hacia las cinco de la mañana iba menguando a medida que los defensores del parlamento volvían a casa. El diplomático dejó marchar al personal que había pasado la noche en la embajada.[17]

Si la noticia de la retirada de las tropas sorprendió a los ciudadanos que rodeaban la Casa Blanca, hay, en cambio, motivos para suponer que Yeltsin y sus hombres ya estaban al corriente. Se sabe que el director del KGB, Kryuchkov, telefoneó a Yeltsin para comunicarle que el asalto no iba a producirse. Y el presidente ruso disponía de más información sobre los golpistas y sus planes de lo que ellos imaginaban. Unos años después, un funcionario estadounidense le reveló al periodista de investigación Seymour M. Hersh que el presidente Bush había ordenado transmitir a Yeltsin el contenido de las comunicaciones telefónicas que se captaran entre los

cabecillas del golpe y las autoridades militares soviéticas.

"El ministro de Defensa y el director del KGB utilizaban las líneas telefónicas más seguras para comunicarse con los comandantes militares –escribiría Hersh, citando a su fuente–. A Yeltsin le contábamos de inmediato lo que decían". Según Hersh, un experto en comunicaciones fue enviado al parlamento desde la embajada estadounidense con la misión de establecer una línea segura que permitiese a Yeltsin contactar con los altos mandos del ejército. De este modo, "Yeltsin pudo advertirles de que no actuaran".[18]

Ni Bush ni ningún miembro de su gobierno menciona en sus memorias esta transmisión de información, que habría violado una ley, firmada por el presidente cuatro días antes del golpe, prohibiendo ejecutar operaciones encubiertas en otros países sin antes notificar al Senado. Dado que la mayor parte del material de inteligencia de la administración Bush sigue clasificado, es imposible saber si Estados Unidos llegó a intervenir las comunicaciones de los altos mandos militares y, en caso afirmativo, si esta información influyó en la conducta de Yeltsin y en el desenlace del golpe. En las transcripciones de las conversaciones telefónicas de Bush con Yeltsin no hay nada que indique la existencia de un acuerdo secreto entre los dos.

El 21 de agosto, el presidente estadounidense telefoneó a su homólogo ruso desde su residencia de Kennebunkport, adonde había regresado después de pasar brevemente por Washington. Eran las ocho y media de la mañana en Maine y las tres y media de la tarde en Moscú. Según recordaría más tarde Bush, Yeltsin parecía más optimista que el día anterior. A fin de cuentas estaba vivo y desempeñaba, como dijo Robert Gates, "un papel más importante que nunca" en el escenario político. Bush le preguntó cómo podía ayudarle: "Tenemos mucho interés en hacer algo útil y evitar acciones contraproducentes. ¿Qué sugiere usted?". Yeltsin no tenía nada más que pedirle al presidente estadounidense: "Por desgracia, aparte de llamar la atención de la comunidad internacional sobre nuestra situación y ofrecernos apoyo moral, no se me ocurre qué pueden hacer". Respecto a su intención de detener a los golpistas, no podía "entrar en detalles" por teléfono. "Lo comprendo", contestó Bush.[19]

Lo que más le preocupaba ahora a Yeltsin no era el posible asalto a la Casa Blanca, sino las maniobras políticas de sus adversarios. Le informó a Bush de que una delegación rusa había viajado a Crimea con dos colaboradores de confianza de Gorbachov para entrevistarse con el presidente

soviético. “Por desgracia –prosiguió–, cinco de los golpistas, Yázov entre ellos, salieron [para Crimea] cuarenta minutos antes: quieren adelantársenos y obligar a Gorbachov a firmar un papel o llevarle a un lugar secreto. Lo que intento es recabar la ayuda de Kravchuk [el líder de Ucrania] para que aterricen en Simferopol e impedir que lleguen [hasta Gorbachov] primero”. También le contó al presidente estadounidense que sus adversarios estaban presionando a los miembros del Soviet Supremo, que iba a reunirse el día 26, para que dotaran de fundamento legal a las decisiones del Comité de Emergencia. De las palabras de Yeltsin se deducía que el golpe podía fracasar militarmente pero triunfar políticamente. Su desenlace posiblemente dependería de Mijaíl Gorbachov, la figura clave.

En los días anteriores, Yeltsin había denunciado el carácter ilegal del golpe a la vez que dotaba de legitimidad a la resistencia exigiendo la liberación de Gorbachov. Esta postura no dejaba de ser arriesgada: entre los colaboradores del presidente ruso había muchos que seguían pensando que Gorbachov dirigía toda la operación en la sombra. Aunque no estuviesen en lo cierto, ¿qué ocurriría si los golpistas llegaban a Crimea primero y lo convencían de que se pusiese de su parte? La delegación rusa tenía que impedirlo. Yeltsin envió a Crimea a su lugarteniente, el general Aleksandr Rutskói, y a un grupo de oficiales armados con fusiles kaláshnikov. Además pretendía que el comandante de las fuerzas aéreas soviéticas, el mariscal Shaposhnikov, que lo había respaldado desde el principio, desviase el avión de los golpistas o lo forzase a aterrizar, de modo que sus emisarios llegasen antes. Pero Shaposhnikov no podía hacer nada: el jefe del estado mayor del ejército era el único militar con autoridad para ordenar el aterrizaje del avión presidencial.

Para los golpistas y sus enemigos era fundamental la posición que adoptase Gorbachov. Quienes lo “rescataran” primero decidirían el éxito o el fracaso del golpe y la supervivencia política –y quizá incluso la física– de los protagonistas de la política soviética. “Ahora hay tres aviones volando hacia allá, tratando de llegar antes que nadie”, le contó Yeltsin a Bush. El tercer avión que se dirigía a Crimea era el del presidente del parlamento soviético, Anatoli Lukianov, que había apoyado a los golpistas pero ahora tenía mucho interés en demostrar su independencia. En Washington, James Baker supo que el asesor de negocios estadounidense, James Collins, había querido volar a Crimea con Rutskói, pero había perdido el avión.[20]

Poco antes de la una de la tarde, hora de Moscú, el mariscal Yázov abrazó a su mujer, Emma, y se dirigió al aeropuerto. Finalmente iba a seguir el consejo que ella le había dado el primer día del golpe: abandonar a los golpistas y entrevistarse con Gorbachov. Cuando Yázov comunicó a los miembros del Comité de Emergencia que, además de ordenar la retirada de las tropas de Moscú, se marchaba a Crimea para ver a Gorbachov, Kryuchkov trató de disuadirle. Fue inútil. El director del KGB cambió de parecer y se mostró de acuerdo con Yázov: quería ser el primero en hablar con el presidente al que habían traicionado, y convencerle de que se aliara con ellos para frenar a Yeltsin, que se había convertido en un adversario aún más peligroso. Durante el vuelo se enteraron de que el presidente ruso había dictado orden de detención contra ellos. Gorbachov era ahora su única esperanza. "No puede ser tan estúpido como para no darse cuenta de que sin nosotros no es nadie", comentó Kryuchkov a sus colegas.[21]

Una comitiva de coches oficiales en la que viajaban Kryuchkov, Yázov y varios antiguos colaboradores de Gorbachov llegó por la tarde a la residencia de Foros. A esta delegación, como a la que había visitado al presidente tres días antes, la acompañaba el jefe del directorio de seguridad del KGB, el general Yuri Plejánov. A las cinco se abrió la verja del complejo presidencial, que estaba fuertemente vigilado. Pero entonces ocurrió algo imprevisto. Dos guardaespaldas de Gorbachov armados con fusiles kaláshnikov salieron de detrás de unos matorrales y mandaron detenerse a los coches. El general Plejánov se bajó enseguida del suyo y ordenó a los guardias que les franquearan el paso: "¿No dejáis pasar al jefe de seguridad?". Pero los tipos no se inmutaron: solo pensaban obedecer a Gorbachov. Al oír el ruido procedente del camino de entrada, Raísa salió de su dormitorio. Un escolta del presidente bloqueaba la puerta de su despacho. "¿No vais a dejar entrar a nadie?", preguntó la primera dama en tono cansado. "Aquí no entra nadie más", contestó el guardia.

A Raísa Gorbachova le había afectado visiblemente lo ocurrido en los últimos días. Además de pasar varias noches en vela, había sufrido un infarto y perdido la movilidad de un brazo. El día 18, después de que los emisarios de Moscú abandonaran la mansión, la familia se había mostrado tranquila; pero la tensión aumentó a la mañana siguiente, cuando los golpistas anunciaron que el presidente estaba enfermo, y se hizo casi insoportable por la tarde, tras la rueda de prensa del Comité de Emergencia. Otros reaccionaron con moderado optimismo –pues consideraban a aquellos

individuos incapaces de conservar el poder mucho tiempo–; los Gorbachov, en cambio, se angustiaron. El hecho de que los periodistas preguntaran insistentemente por el estado de salud de Gorbachov y Yanáyev asegurara una y otra vez que deseaba nada tanto como el regreso del presidente a Moscú alimentó la sospecha de que los golpistas pretendían cambiar la realidad para que se ajustara a sus declaraciones, es decir, hacer enfermar a Gorbachov. Esa noche, el líder soviético grabó un discurso dirigido al país en el que condenaba el golpe y denunciaba las mentiras que se habían contado sobre su estado de salud. Había que sacar clandestinamente del complejo las cuatro pequeñas cintas con el mensaje grabado: una tarea nada fácil. Entonces, al cabo de tres días de angustia, llegaba la noticia de que una nueva delegación viajaba a Crimea desde Moscú para ver lo que había ocurrido con Gorbachov.

Esta vez el presidente se enteró de la visita de sus antiguos colaboradores antes de que estos accedieran al complejo. Raísa anotó en su diario que su hija y su yerno habían oído en la BBC que Kryuchkov había aceptado que una delegación volara a Crimea para comprobar el estado de salud de Gorbachov. La noticia era preocupante. “Creemos que esto es señal de que lo peor está por venir –escribió Raísa–. En las próximas horas es posible que hagan algo para convertir la infame mentira en realidad. Mijaíl Serguéyevich ha ordenado a los guardias que bloqueen los caminos de entrada y la puerta de la casa y que no dejen entrar a nadie sin su permiso; tienen que estar listos para actuar y recurrir a la fuerza si es necesario”. Todas sus esperanzas estaban depositadas en lo que quedaba del equipo de seguridad. Al día siguiente de la inesperada visita de los golpistas, los guardias habían prometido ser leales al comandante en jefe hasta el final: ahora querían demostrar su firme voluntad de defender al presidente al que no habían conseguido proteger la primera vez que su seguridad se había visto amenazada.

Su conducta tuvo el efecto deseado: Plejánov frenó a sus hombres, advirtiéndoles de que los guardias estaban dispuestos a disparar. A continuación, los golpistas les dijeron que querían ver a Gorbachov y se retiraron tranquilamente a la casa de invitados, donde esperarían a que este los llamase. El leal colaborador del presidente, Anatoli Cherniaev, se enteró por sus secretarias de la llegada de los visitantes y corrió a decirle a su jefe que no los recibiera. Gorbachov le aseguró que no pensaba hacerlo: “Les puse ante un ultimátum: o restablecían las comunicaciones [en la mansión] o no hablaba con ellos. En cualquier caso, me negaba a recibirles por ahora”.

Los golpistas hicieron lo que se les exigía, y Kryuchkov fue el primero en utilizar la línea telefónica. Gorbachov no quiso hablar con él, pero sí contactó, en cambio, con el jefe del estado mayor del ejército, el general Mijaíl Moiseev, a quien ordenó que se asegurara de que los representantes de la Federación Rusa aterrizasen sanos y salvos en Crimea: los golpistas preparaban una emboscada contra ellos. Al comandante de la guarnición del Kremlin se le advirtió de que solo podía obedecer al presidente soviético, y al ministro de Comunicaciones se le ordenó cortar las líneas telefónicas de los golpistas. Gorbachov volvía a estar al mando.

Una vez que los golpistas hubieron cedido a la exigencia de Gorbachov restableciendo las comunicaciones en Crimea, el presidente se propuso ante todo recuperar el control sobre el ejército y las fuerzas de seguridad, así como analizar la nueva situación política para decidir los siguientes pasos. Según recordaría más tarde un ayudante suyo, Vadim Medvédev, que había contactado por teléfono con él desde Moscú a última hora de la tarde, "el presidente me contó que ya había llamado a Moscú y a varias repúblicas, y se disponía a hablar con Yeltsin". La tarde del 21 de agosto, Gorbachov resurgió, por tanto, como una figura clave de la política soviética: lo necesitaban tanto los golpistas como las fuerzas demócraticas encabezadas por Yeltsin. Había llegado el momento de tomar partido: podía intentar pactar con los golpistas, pero optó por apoyar al presidente ruso.[22]

Entonces recibió una llamada totalmente inesperada de Washington. El ejército estadounidense había intentado una y otra vez, por orden de Brent Scowcroft, ponerse en contacto con Gorbachov, y finalmente lo había logrado. Una vez que lo tuvieron al teléfono, los militares corrieron a buscar a George Bush. "¡Dios existe! –le dijo el presidente soviético al intérprete estadounidense, Peter Afanasenko–. Llevo cuatro días encerrado en esta fortaleza".

Bush también invocó al altísimo al oír la voz de Gorbachov: "Dios mío, es maravilloso poder hablar contigo, Mijaíl".

"Tengo que felicitarte por la posición que has adoptado desde un primer momento. Te has mantenido firme". Gorbachov estaba siendo generoso (o tal vez desconocía las declaraciones que había hecho Bush nada más enterarse del golpe). "Gracias por interrumpir tus vacaciones. Tus declaraciones tan inequívocas han influido en todo el mundo menos en Gadafi". El excéntrico dictador libio había apoyado el golpe sin reservas.

Barbara Bush no tardó en acercarse al teléfono. “Tengo aquí a Barbara. Un abrazo de su parte a Raísa”.

Gorbachov estaba conmovido: “George, os agradezco a ti y a Barb que hayáis seguido vuestros principios, y también vuestra amistad”. Cherniaev, que estaba presente, recordaría más tarde el tono “relajado” de la conversación.

“Queremos seguir avanzando con vosotros –dijo Gorbachov–. Lo ocurrido no nos va a hacer vacilar. Se ha impuesto la democracia”.

“Ahora mismo le transmitiré ese mensaje al mundo entero”, respondió eufórico el presidente estadounidense.

Bush tardó menos de una hora en convocar a los medios de comunicación. A los corresponsales que se apiñaban en una pequeña sala de su residencia de Kennebunkport les comunicó que había hablado con Gorbachov, que este se encontraba bien de salud y había vuelto al poder, y que “agradecía sinceramente a Estados Unidos y otros países el apoyo que habían prestado a la democracia y la política reformista”. Y terminó diciendo que era “una excelente noticia”. El presidente estadounidense tenía mucho que celebrar: había funcionado muy bien su estrategia de apoyar la incipiente democracia rusa, pero sin romper del todo relaciones con los golpistas.[23]

La delegación rusa, encabezada por el vicepresidente Rutskói, llegó a Foros a las ocho de la tarde. Al ver a los tipos con fusiles que acompañaban a Rutskói, Raísa Gorbachova preguntó si venían a detenerlos. Al contrario, contestó el vicepresidente: venían a liberarlos. A diferencia de los golpistas, a quienes Gorbachov había hecho esperar durante horas, Rutskói fue recibido enseguida. Anatoli Cherniaev escribió en su diario que el encuentro entre Gorbachov y “los rusos” se le quedaría grabado el resto de su vida: “Me pongo a observarlos. Entre ellos hay quienes no paraban de maldecir a M.S., enfrentarse con él, atacarlo en la prensa y en el parlamento. Pero ahora, ante la adversidad, se han unido por el bien del país. Al ver la euforia general, los abrazos, he llegado a decir en voz alta: ‘La unidad entre el gobierno central y Rusia se ha consumado sin necesidad de firmar ningún tratado’”. La calurosa acogida a los rusos disipó todos los recelos sobre la postura de Gorbachov. Yeltsin y sus colaboradores dudaron hasta el final si el presidente soviético estaba o no detrás del golpe. El traductor de Gorbachov, Pável Palazhchenko, contó, para sorpresa de los moscovitas, que los golpistas lo habían tenido aislado. El aspecto demacrado de Raísa bastó para convencer a Rutskói de

que no se trataba de ningún ardid: el matrimonio había estado efectivamente incomunicado.[24]

Gorbachov salió para Moscú en el mismo avión que Rutskói y los demás miembros de la delegación rusa. El vicepresidente lo había convencido de que era más seguro que el avión presidencial, que los golpistas podían intentar derribar. Por su parte, Yázov maldijo el día en que había aceptado incorporarse al Comité de Emergencia: resignado a su suerte, recibió con aplomo la noticia de su detención. A Kryuchkov se le pidió que volara en el mismo avión que Gorbachov y "los rusos", lo que le infundió esperanzas. Sin embargo, le registraron antes de que subiera al avión, y durante el vuelo nadie le dirigió la palabra aparte del guardia: lo utilizaron como escudo humano para evitar un atentado que muchos creían que él mismo había organizado. Nada más aterrizar en Moscú fue detenido, para su sorpresa, por las autoridades rusas, no las soviéticas. Se le recluyó provisionalmente en un edificio situado en un complejo turístico cercano a la capital. Al llegar pidió whisky, pero no se lo dieron: los tiempos estaban cambiando.[25]

TERCERA PARTE

EL CONTRAGOLPE

VII
EL RESURGIR DE RUSIA

Los periodistas y funcionarios que se congregaron en el aeropuerto de Vnúkovo en la mañana del 22 de agosto para dar la bienvenida al presidente soviético después de su reclusión en Crimea vieron a un Gorbachov cansado y a la vez alegre bajar la escalerilla del avión. Los guardias empuñaban ametralladoras kaláshnikov: un recordatorio del suplicio que había sufrido el presidente y su familia, así como del peligro que posiblemente corrían todavía.

A Gorbachov lo acompañaban Raísa y otros familiares, entre ellos sus nietas, Ksenia y Anastasia. La primera dama estaba nerviosa y cariacontecida. Aún no podía mover del todo la mano: sería hospitalizada dos días después. La hija de Gorbachov, Irina, de treinta y cuatro años, que había mostrado gran entereza en los días anteriores, rompió a llorar nada más subir al coche oficial del presidente. Solo las dos nietas parecían ajenas a lo que ocurría a su alrededor. Gorbachov recordaría más tarde cómo, en los primeros días del golpe, la más pequeña, Anastasia, "no entendía nada; correteaba por ahí y estaba empeñada en que la llevásemos a la playa". En el vuelo de vuelta a Moscú, las dos niñas durmieron tranquilamente en el suelo de la cabina.[1]

Mientras su familia esperaba en el coche oficial, el presidente se dirigió a los periodistas. Habló sobre todo de su reclusión en Crimea, que prometió contar con más detalle en los días siguientes, pero también abordó la nueva situación política y las tareas que le aguardaban. "Lo más importante –declaró delante de las cámaras de televisión– es que las medidas que hemos tomado desde 1985 han tenido resultados reales. La sociedad ha cambiado, y ese ha sido el principal obstáculo para el atrevimiento de unos cuantos individuos. […] Ese ha sido también el gran triunfo de la perestroika". Agradeció a Yeltsin la posición que había adoptado frente a los golpistas y reconoció especialmente el papel desempeñado por los ciudadanos de la Federación Rusa. En cuanto al futuro, insistió en que el gobierno central y las repúblicas debían seguir cooperando para superar las crisis política y económica, aunque esta vez no pidió la firma inmediata del tratado de la

Unión, que era lo que había desencadenado el golpe: se limitó a defender el "entendimiento mutuo".[2]

"Volamos hacia un país nuevo", les dijo Gorbachov a sus colaboradores en el avión ruso que los llevaba a Moscú. Seguramente ni él mismo sabía hasta qué punto tenía razón. Miles de moscovitas pasaron gran parte de la noche del 22 de agosto esperando al presidente en las inmediaciones de la Casa Blanca, pero no llegaron a verlo, quizá porque Gorbachov no estaba al tanto de su presencia, o porque, después de tres días angustiosos, el cansancio le impedía hablar a los ciudadanos. A las cuatro de la mañana, el vicepresidente ruso, Aleksandr Rutskói, anunció a una multitud eufórica que Gorbachov estaba en libertad y que se había empezado a detener a los golpistas. Por la razón que fuese, el presidente, que con su negativa a apoyar el golpe había brindado legitimidad al movimiento de resistencia, no se dirigió esa noche a los ciudadanos que habían hecho posible su regreso.[3]

Gorbachov no llegó a comprender muchos aspectos de la situación posterior al golpe, entre ellos el creciente poder de las masas: miles de ciudadanos habían ocupado las calles y plazas de Moscú, convirtiéndose en una importante fuerza política, así como en un arma formidable para Yeltsin y sus huestes, quienes, al contrario que Gorbachov, sabían hablar a la gente, influir en ella y aprovechar su apoyo para imponerse en las batallas políticas. Si bien la movilización de las masas era fruto de la glásnost y la perestroika, los moscovitas no habían defendido, en los días del golpe, los ideales del presidente soviético: la gente no aspiraba a "reestructurar" el sistema, sino a construir uno nuevo.

En los días siguientes, Gorbachov desperdició la oportunidad de convertirse en un político diferente y caería derrotado en el primer y decisivo asalto de su combate con el cada vez más poderoso Boris Yeltsin. Este doble fracaso tendría enorme trascendencia para el futuro de la Unión Soviética.

Gorbachov no habla en sus memorias del 22 de agosto, un día que uno de sus principales consejeros de entonces, Vadim Medvédev, describiría más tarde como marcado por las oportunidades perdidas. A la mañana siguiente de su regreso de Crimea, el presidente soviético descansó por fin, y al mediodía se dirigió al Kremlin, donde convocó a sus colaboradores más cercanos. El punto más importante en el orden del día era la remodelación de los cuadros del estado. Gorbachov procedió a destituir de sus cargos a los golpistas y sus

aliados, nombrando en su lugar a personas a quienes creía de fiar. Los ayudantes del presidente se ocuparon de redactar y pasar a máquina los decretos correspondientes en presencia de su jefe, que los firmó de inmediato. El asunto prioritario e inaplazable era la sustitución del director del KGB y de los ministros del Interior y de Defensa: después del golpe, Gorbachov necesitaba apoyarse más que nunca en estos tres cargos, los pilares del poder del presidente.[4]

Era urgente encontrar sustitutos para los ministros depuestos, así que Gorbachov ascendió a los lugartenientes que no creía involucrados en el golpe. Para la cartera de Defensa escogió al general Mijaíl Moiseev, que había causado una excelente impresión al presidente Bush y sus colaboradores cuando visitó Washington en primavera. En las conversaciones telefónicas que había tenido con Yeltsin durante el golpe, Bush le había preguntado dos veces si Moiseev se estaba "portando", y el presidente ruso había contestado que no. Gorbachov no era de la misma opinión. Al director de los servicios de inteligencia exterior, Leonid Shebarshin, experto en Oriente Medio, se le ascendió a la jefatura del KGB. Este funcionario había pasado el primer día del golpe jugando al tenis, dando así a entender que su departamento estaba al margen de la operación organizada por sus colegas. Al ministro del Interior, Boris Pugo, que se había suicidado ese mismo día, lo sustituyó su lugarteniente. Para Gorbachov, el hecho de que las personas a las que acababa de nombrar no tuviesen nada que ver con los golpistas –que a fin de cuentas ya no amenazaban su poder– parecía menos importante que su falta de vínculos con Yeltsin, que había resurgido como principal rival del presidente soviético.[5]

La remodelación ministerial desató el primer enfrentamiento posterior al golpe entre Gorbachov y Yeltsin. Mientras el primero redactaba y firmaba decretos, el segundo se dirigía a las multitudes: a mediodía pronunció un discurso ante miles de moscovitas en el que declaró la bandera imperial tricolor –roja, azul y blanca– la enseña oficial de la Federación Rusa. Su principal guardaespaldas, Aleksandr Korzhakov, recordaría más tarde la reacción de su jefe ante el rápido nombramiento de los nuevos ministros: "A Yeltsin, naturalmente, le sacó de quicio este gesto de independencia tan audaz. Así que decidió rehacerlo todo a su manera". El presidente ruso consideraba, en efecto, que era él, y no Gorbachov, quien debía llevar la voz cantante después del golpe.

Los ministros responsables del ejército, la policía y los servicios de inteligencia seguramente decidirían el futuro político no solo del país, sino también del propio Yeltsin, que quería, por tanto, colocar en esos cargos a aliados leales suyos, o al menos a personas que no le debieran nada a Gorbachov. La principal arma de la que disponía para su contraofensiva era el conocimiento de lo que habían hecho los altos dirigentes soviéticos durante el golpe, información de la que carecía un debilitado Gorbachov. Nada más enterarse de los nombramientos por televisión, llamó al presidente soviético: "¿Qué has hecho, Mijáil Serguéyevich? Moiseev fue uno de los que organizaron el golpe, y Shebarshin es una persona próxima a Kryuchkov, el principal cabecilla". Gorbachov trató de salir del apuro. "Sí, puede que me haya equivocado, pero ya es demasiado tarde. El decreto ha salido publicado en la prensa y se ha leído en la televisión". Yeltsin, que no estaba dispuesto a dar marcha atrás, le dijo que iría a verle a su despacho al día siguiente.[6]

Yeltsin pretendía, por un lado, anular el decreto de Gorbachov, y, por otro, que el presidente soviético aprobase el suyo, concediendo mayor soberanía económica a la Federación Rusa. Gorbachov revocó los decretos promulgados por los golpistas, pero reconoció la validez de las disposiciones que su homólogo ruso había dictado en las circunstancias extraordinarias creadas por el golpe. Yeltsin aseguraba haber firmado el día 20 un decreto en virtud del cual todas las empresas radicadas en territorio ruso pasarían a estar, el 1 de enero de 1992, bajo la autoridad de la Federación Rusa, y que también incluía medidas destinadas a crear aduanas y reservas de oro rusas. La explotación de los recursos naturales estaría sujeta a la autorización del gobierno ruso, que recaudaría los impuestos correspondientes. El decreto no se había firmado el día 20 y difícilmente habría podido redactarse mientras Yeltsin esperaba a que asaltaran el parlamento. El presidente ruso había urdido, en efecto, una estratagema para hacer que Gorbachov aprobase una disposición que de otro modo rechazaría, ya que socavaba las bases económicas de la Unión.

Pero el conflicto no acababa ahí. Otro decreto, firmado por Yeltsin el día 22, cuando Gorbachov retomó su cargo, prohibía la publicación de *Pravda* y otros periódicos que habían apoyado el golpe. Yeltsin se extralimitó, sin duda, en sus funciones destituyendo al director de la agencia de noticias TASS y asumiendo la autoridad sobre los medios de comunicación del Partido Comunista radicados en territorio ruso. Estas medidas excedían con mucho las competencias otorgadas a la Federación Rusa en el nuevo tratado de la

Unión, cuya firma se había visto frustrada por el golpe. No había duda de que, en lo que atañía a Rusia, el tratado estaba muerto. Pero Yeltsin no se contentó con atribuir a Rusia mayor soberanía de la que le reconocía el tratado. Había liberado a Gorbachov del cautiverio impuesto por los golpistas, y ahora lo sometía a uno nuevo. Vadim Medvédev, ayudante de Gorbachov, describió como un contragolpe las decisiones tomadas por Yeltsin en los días que siguieron al golpe.[7]

Cuando el presidente ruso sacó a relucir el asunto de los nombramientos en la entrevista que tuvo con Gorbachov el día 23, este trató de ganar tiempo. A la exigencia de que destituyera a Moiseev respondió diciendo: "Ya veré cómo lo puedo arreglar". Yeltsin se negó a abandonar su despacho: "No, no me voy de aquí hasta que lo hagas. Dile a Moiseev que venga ahora mismo, y lo destituyes". Su posición se vio afianzada cuando los guardaespaldas le entregaron una nota diciendo que Moiseev había mandado destruir los documentos que revelaban la implicación del ministerio de Defensa en el golpe. En la nota figuraba el nombre y el número de teléfono del oficial encargado de destruirlos. Yeltsin ordenó que lo llamaran y luego le pasó el auricular a Gorbachov: "Dile al teniente mayor que pare de destruir los documentos y que los ponga bajo custodia". El presidente soviético cumplió lo que venía a ser una orden, y, al insistir Yeltsin en que mandara llamar a Moiseev a su despacho, le obedeció de nuevo. "Infórmale de que ya no es ministro", dijo el líder ruso. Gorbachov se vio obligado a ceder.[8]

El nuevo ministro de Defensa, nombrado a instancias de Yeltsin, era el mariscal Yevgueni Sháposhnikov, que les había expresado a Yeltsin y sus colaboradores su oposición al golpe. El presidente ruso ya tenía a una persona de confianza al frente del ejército. También convenció a Gorbachov de que designara a Vadim Bakatin para el cargo de director del KGB (Bakatin, aliado del presidente soviético, había apoyado a Yeltsin durante el golpe), e insistió en que destituyera al ministro de Asuntos Exteriores, Aleksandr Bessmertnykh, que se había declarado enfermo durante el golpe, y al ministro del Interior, que había sido nombrado el día anterior. "Le dije que habíamos salido escarmentados del golpe, y por eso tuve que insistir en que no eligiera a nadie sin mi previo consentimiento –contaría más tarde Yeltsin, recordando su conversación con Gorbachov–. Me miró fijamente: su expresión era la de un hombre acorralado". Era un contragolpe, en efecto: Yeltsin obligaba a Gorbachov a nombrar a sus adeptos. La elección de Sháposhnikov y Bakatin

resultaría decisiva en los meses anteriores a la disolución de la URSS.[9]

Gorbachov se estaba batiendo en retirada, desconcertado. Su autoridad se había visto socavada por la acusación de complicidad con los golpistas. El día 22, los reporteros del diario moscovita *Argumenty i fakty* [Argumentos y datos] salieron a la calle a preguntar a los ciudadanos lo que opinaban del presidente soviético, e implícitamente, qué duda cabe, si creían que había estado detrás del golpe. De cada cuatro entrevistados, uno no se fiaba de él, otro sí, y los otros dos le otorgaban el beneficio de la duda, pero sin fiarse del todo: a fin de cuentas, los cabecillas del golpe eran protegidos suyos. Yeltsin seguramente tenía razón en lo que decía de los nuevos ministros y altos cargos del Comité Central: el presidente soviético había pasado aislado aquellos tres días, por lo que no estaba en condiciones de comprobar ningún dato ni rebatir ninguna acusación. A propósito de los primeros nombramientos, Gorbachov dice lo siguiente en sus memorias: "Tales errores se debieron a la falta de información. Hubo muchas cosas que tardaron meses en salir a la luz, y algunas todavía no se han aclarado del todo".[10]

Mijaíl Gorbachov volvió a Moscú decidido a tomar de nuevo las riendas no solo del país, sino también del partido. En la rueda de prensa televisada que dio esa misma tarde proclamó su adhesión al socialismo, criticó a Aleksandr Yákovlev, estrecho colaborador suyo y padre intelectual de la perestroika, por abandonar el PCUS, y manifestó su voluntad de continuar el proceso de democratización del partido. En el mes de julio había impuesto en el Comité Central un programa inspirado en el modelo socialdemócrata europeo, y ahora, fracasado el golpe, con la facción conservadora en retirada, estaba convencido de poder llevar a término las reformas.

En sus memorias explica así lo que pensaba entonces: "El partido se iba a romper antes o después, dadas las diferencias políticas e ideológicas entre los militantes. Yo estaba a favor de proceder por medios democráticos: convocar un congreso en noviembre propiciando una escisión pacífica. Según ciertas encuestas, la tercera parte de la militancia estaba de acuerdo con el programa que defendía con mis seguidores". Gorbachov imaginaba una organización con cinco millones de militantes. Sin embargo, pronto se quedó sin Partido: los adversarios del presidente soviético aprovecharon su poder de movilización popular para suspender las actividades del Comité Central.[11]

Las protestas multitudinarias comenzaron en Moscú el día 22, cuando

Gorbachov regresó a la capital. Las calles se llenaron de partidarios de la revolución democrática, que no se habían atrevido, en su mayoría, a manifestarse en el momento cumbre del conflicto, y de jóvenes con afán aventurero. La abundancia de alcohol llevó a las multitudes a descontrolarse. Los funcionarios del ayuntamiento que dirigían las protestas –y que habían apoyado fervorosamente a Yeltsin durante el golpe– impidieron a unos manifestantes cada vez más violentos asaltar los edificios del KGB, vigilados por tiradores expertos, proponiéndoles como alternativa derribar el monumento a Félix Dzerzhinsky, fundador de la política secreta soviética, que se alzaba en la plaza Lubianka, enfrente de la sede del KGB. El ardid funcionó.[12]

Los funcionarios de la embajada de Estados Unidos fueron testigos privilegiados de la escena. Cuando uno de ellos les dijo a los manifestantes que era estadounidense, lo empujaron hasta el centro de la plaza para que pudiera presenciarlo todo en la primera fila. Al principio quisieron derribar la estatua con un camión, pero las autoridades moscovitas les advirtieron de que pesaba demasiado: si se caía, podía hacer un agujero en el suelo y aterrizar en las vías del metro. Finalmente, unas grúas Krupp la retiraron horas más tarde: "Poco antes de la medianoche se cortaron los últimos pernos –decía el informe remitido a Washington por los diplomáticos estadounidenses– y se maniobraron las grúas para levantar la estatua del pedestal. En ese momento la multitud prorrumpió en vítores y empezó a gritar '¡Abajo el KGB!', '¡Rusia!' y '¡Verdugo!'. Los tres edificios del KGB estuvieron a oscuras todo el rato. Cuando se encendía una luz en uno de los despachos, la gente la señalaba con el dedo y gritaba airada hasta que se apagaba. 'Nos tienen miedo', decían algunos". La noche terminó sin mayores incidentes.[13]

En la mañana del día 23, los lugartenientes de Yeltsin parecían tener a la multitud controlada, y, en vista del importante papel político que desempeñaba, se resistían a pedirle que se disolviera: le advirtieron, incluso, de que el ala dura del régimen preparaba un nuevo asalto a la Casa Blanca. El mariscal Sháposhnikov, que sería nombrado ministro de Defensa unas horas después, reaccionó ante este rumor poniendo a las fuerzas aéreas en alerta máxima. Mientras tanto, centenares de ciudadanos se concentraban delante de la comisaría de policía de la plaza Petrovka, y los más audaces treparon por la verja de hierro que rodeaba el edificio. Se gestaba una revuelta: los manifestantes posiblemente tuviesen intención de apoderarse de las armas que encontraran en la comisaría. Además existía un vacío de poder en la

policía: el ministro del Interior, Boris Pugo, se había suicidado; al sustituto nombrado por Gorbachov lo había rechazado Yeltsin, y el candidato propuesto por el presidente ruso aún no contaba con la aprobación de Gorbachov ni con la de los líderes de las repúblicas. La situación podía volverse incontrolable.[14]

Las autoridades locales, que se habían opuesto al golpe e inspiraban mucha confianza a los moscovitas, intervinieron una vez más para poner orden. Su solución consistía en desviar a la multitud hacia la sede del Partido Comunista, que se encontraba a pocos kilómetros de la plaza Petrovka. “El alcalde necesita vuestra ayuda –les dijo uno de los funcionarios a los manifestantes–. Vamos todos al Comité Central”. A muchos les molestó que se les alejara de la comisaría cuando estaban a punto de asaltarla y apoderarse de las armas; pero los demás obedecieron sin protestar, pues siempre habían considerado que el poder efectivo residía en el partido.

Si las dos instituciones –el KGB y la policía– que concitaron en un principio la ira popular habían participado directa y ostensiblemente en el golpe, el Partido Comunista, cuyos dirigentes no se habían pronunciado en público sobre la operación, era sin embargo un enemigo aún más importante. Los manifestantes se estaban rebelando contra los cabecillas del golpe, pero también contra el estado mismo, dirigido por el PCUS. Durante años, los esloganes contrarios al partido habían impulsado a los moscovitas a participar en mitines y protestas: esta vez funcionaron de nuevo, como esperaban las autoridades locales. La multitud se dirigió a la plaza Vieja, donde se alzaba el conjunto de edificios del Comité Central.

Ese día, mientras Gorbachov y Yeltsin negociaban la remodelación ministerial, Gennadi Burbulis ejercía el poder efectivo en la capital y en el país. Este antiguo catedrático de economía marxista, de cuarenta y seis años, era nieto de inmigrantes letones y había crecido en la región natal de Yeltsin, Sverdlovsk. Con la llegada de la perestroika había renegado del comunismo, convirtiéndose en uno de los organizadores del movimiento democrático. Yeltsin lo había nombrado hacía poco para el segundo cargo más importante de la Federación Rusa, el de secretario de Estado, otorgándole el control sobre la administración presidencial. El 23 de agosto, Burbulis gobernaba Rusia desde su despacho de la Casa Blanca, y se comunicaba con Yeltsin, que estaba reunido con Gorbachov y los líderes de las repúblicas, a través de las notas que los guardaespaldas le iban pasando al presidente ruso. Él mismo

había informado a Yeltsin de que se estaban destruyendo documentos en el ministerio de Defensa, y le había brindado así un sólido argumento para exigir la destitución del ministro nombrado por Gorbachov.

Ahora volvió a aplicar esta táctica para socavar la autoridad de Gorbachov y forzarle a suspender las actividades del Partido Comunista, en el que ni Yeltsin, que lo había abandonado unos años antes, ni los líderes de las repúblicas tenían ninguna influencia real. Así, le envió al presidente soviético (que estaba reunido con Yeltsin) una nota asegurándole que ciertos dirigentes del partido estaban destruyendo documentos que los implicaban en el golpe, y le exigía que autorizase el cierre provisional de las dependencias del Comité Central. Era verdad lo que contaba Burbulis, aunque las trituradoras se estropearon cuando los *apparatchiks* del partido, ansiosos por destruir todas las pruebas de su participación en el golpe, se olvidaron de quitar los clips que sujetaban los papeles. Gorbachov acabó firmando la orden, seguramente para tranquilizar a Yeltsin. Como máximo dirigente del partido, su destino estaba sellado; como presidente de la URSS, nunca había estado en una situación tan precaria.

Varios funcionarios de la zona se dirigieron a toda prisa a la sede del Partido con el papel firmado por Gorbachov, y, una vez allí, conminaron a los *apparatchiks* a cerrar los despachos y marcharse a casa, exigencia que coreó a gritos la multitud que cercaba el edificio. Cuando un alto funcionario del Comité Central, Nikolái Kruchina, objetó que no podía suspender todas las actividades de este órgano así como así, le señalaron a los manifestantes que se arremolinaban fuera: “Como no os marchéis discretamente os van a linchar a todos. ¡Deja de hacer el tonto y obedece!”. Kruchina estaba muy alterado: como no había suficientes guardias del KGB para oponer resistencia, se dio por vencido y ordenó a su lugarteniente que condujera a los funcionarios al centro de megafonía. “En vista de los últimos acontecimientos, y con la aquiescencia del presidente, se ha decidido cerrar el edificio –se les comunicó a los *apparatchiks*–. Disponen de una hora para marcharse. Únicamente pueden llevarse sus objetos personales”.

La multitud se mostró eufórica. Mientras los *apparatchiks* abandonaban el edificio, los funcionarios rogaron a los manifestantes que no diesen “ningún pretexto a quienes querían causar disturbios”. “¡Sinvergüenzas!”, les gritaron los moscovitas a los miles de empleados del partido que se marchaban humillados. Al secretario del partido en Moscú, Yuri Prokófiev, que el último día del golpe había exigido a sus organizadores una pistola para suicidarse, lo

insultaron y hasta agredieron: la policía tuvo que escoltarlo hasta un taxi. Además, los manifestantes registraron a los *apparatchiks*, exhibiendo como botín las salchichas y los ahumados que algunos trataron de sacar clandestinamente: esos alimentos eran difíciles de conseguir por entonces.[15]

El cierre de la sede del partido coincidió con el episodio más embarazoso de la larga carrera política de Gorbachov. Por la tarde tuvo una reunión supuestamente informal con varios diputados rusos que, sin embargo, fue retransmitida por televisión. Después de expresar su agradecimiento al parlamento ruso y a Yeltsin por su resistencia frente a los golpistas, les reveló a los diputados que había firmado un decreto por el que ascendía al coronel Aleksandr Rutskói al rango de general. Luego, para contentar a Yeltsin, leyó en alto un fragmento de las actas de una reunión de su gabinete celebrada el día 19, y en la que todos los ministros, con apenas dos excepciones, habían manifestado su apoyo al golpe.

Pero también necesitaba defender el poder que le quedaba. Les pidió a los diputados que lo ayudaran a salvar la Unión: “Superada esta crisis, los rusos han de actuar en consonancia con los soviets supremos y los ciudadanos de las demás repúblicas; de lo contrario dejarían de ser rusos”. Aludía así al papel hegemónico que les había correspondido a los rusos en el imperio y en la Unión Soviética. Estas palabras sentaron mal a los diputados, que interpretaron el llamamiento de Gorbachov como un intento de frenar el avance de Rusia hacia la democracia y la liberalización económica devolviendo al país al redil de la Unión. Así se explica que bombardearan al presidente soviético con preguntas sobre el papel que había desempeñado en el golpe, y que le exigieran que calificase al Partido Comunista, del que procedía su poder, como una organización criminal. Gorbachov se puso a la defensiva: “Esto es una forma más de proseguir una cruzada, una guerra religiosa. El socialismo, tal como yo lo entiendo, es una idea en la que ha creído y cree la gente no solo aquí, sino también en otros países”.

A continuación, los diputados le preguntaron por la propiedad de los bienes de la Unión radicados en el territorio de la Federación Rusa, así como por el decreto que había firmado Yeltsin sobre la soberanía económica de esta república. “Hoy has dicho que firmarías un decreto ratificando todos los que yo he firmado en ese periodo”, le dijo el presidente ruso, refiriéndose a las disposiciones que había dictado durante el golpe.

Gorbachov se sabía en apuros. “No creo que me hayas tendido una trampa trayéndome aquí”, respondió, y luego dijo que convalidaría todos los decretos de Yeltsin menos el relativo a los bienes de la Unión. “Ese decreto lo dictaré después de firmar el tratado [de la Unión]”, añadió. No se trataba únicamente de ganar tiempo: Gorbachov quería evitar un enfrentamiento con Yeltsin.

Al presidente ruso no le gustó lo que oyó. Le había fallado el truco de antedatar el decreto, pero guardaba un as en la manga. “Hablando de cosas menos serias –dijo delante de las cámaras–, ¿por qué no firmamos ahora un decreto suspendiendo las actividades del Partido Comunista ruso?”. Utilizaba la primera persona del plural para referirse a sí mismo. Gorbachov estaba anonadado. Con la desaparición del partido en Rusia, su poder quedaría prácticamente en nada. Al tomar conciencia de lo que ocurría, le dijo a su supuesto aliado: “¿Qué estás haciendo? No hemos… no he leído esto”.[16]

Yeltsin tardó un buen rato en firmar el decreto que prohibía temporalmente el Partido Comunista en territorio ruso. Cuando Gorbachov objetó que no podía proscribir al partido, Yeltsin respondió que solo estaba suspendiendo sus actividades. Los diputados rusos acogieron el decreto con aplausos y vítores, y luego continuaron interrogando al presidente soviético. Gorbachov estaba atrapado. Le costó reponerse del golpe que le había asestado Yeltsin: “En aquella reunión […] se comportó con sadismo”, diría de él más tarde. La gente no conocía este aspecto de la personalidad del presidente ruso: en ese momento no apareció el líder popular capaz de captar de inmediato el estado de ánimo colectivo, ni el político astuto que apreciaba por encima de todo la lealtad personal, ni el hombre que se preocupaba por los demás, sino Yeltsin, el depredador. Uno de sus principales consejeros recordaría así la impresión que le causó el repentino ataque contra Gorbachov: “Fue cruel, malicioso, inicuo”.[17]

Yeltsin había obtenido otro triunfo importante en su lucha por controlar los resortes del poder. Con la revocación de los nombramientos ministeriales, Gorbachov había perdido casi toda su autoridad como presidente del país, y, con la suspensión de las actividades del Partido Comunista, la base de su poder.

Una vez firmado el decreto, Yeltsin intentó ganarse la simpatía de su víctima: al final de la reunión lo defendió frente a los diputados, asegurándoles que estaba totalmente a favor de procesar a quienes participaron en el golpe. Después le dijo al presidente soviético: “¡Cuántas

cosas hemos vivido, Mijaíl Serguéyevich! ¡Qué días más agitados! Tú lo pasaste mal en Foros, y nosotros no sabíamos lo que iba a ocurrir, si iban a ganar o no los golpistas del Comité de Emergencia; y nuestras familias, y Raísa Maksímovna. Vamos a organizar una fiesta con nuestras mujeres, con Naina Iosifovna, Raísa Maksimovna…".

Gorbachov lo miró perplejo: seguramente dudaba de si tomarlo en serio o no. "No, ahora no –le contestó–. No me parece una buena idea".[18]

El mismo día 23 por la tarde, George H. W. Bush y Brent Scowcroft vieron la retransmisión televisiva de la reunión de Gorbachov con los diputados rusos y la humillación que Yeltsin infligió a su rival. "Es el fin –sentenció Scowcroft–. [Gorbachov] ya no es independiente: sigue órdenes de Yeltsin. Creo que Gorbachov no acaba de entender lo que ha ocurrido". Bush era de la misma opinión: "Me temo que está acabado". La proscripción del Partido Comunista era un hito en el combate ideológico entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y Bush y Scowcroft, veteranos de la Guerra Fría, tenían motivos de sobra para celebrar un acontecimiento así. Pero ahora era más importante saber si Gorbachov podía sobrevivir políticamente.[19]

No fue una sorpresa para Bush, que había empezado a notar que la situación política daba un giro en Moscú el día 21, cuando Yeltsin, eufórico, lo llamó desde la Casa Blanca rusa por primera vez después del golpe. Transmitía la impresión de estar al mando de todo, y de hecho lo estaba. "Tal como acordamos, le informo de los últimos acontecimientos", le dijo al presidente estadounidense después de un breve saludo.

"Sí, cuénteme, si es tan amable", respondió Bush.

"El primer ministro Siláyev y el vicepresidente Rutskói han traído al presidente Gorbachov sano y salvo a Moscú –comenzó Yeltsin–. También le comunico que el ministro de Defensa Yázov, el primer ministro Pávlov y el director del KGB, Kryuchkov, han sido detenidos". Siláyev, que había pasado pasado en su casa la noche decisiva del asedio al parlamento, volvió al primer plano al día siguiente. Bush animaba de vez en cuando a Yeltsin con comentarios que demostraban su interés por lo que ocurría en Moscú. "He ordenado al fiscal general de la Unión Soviética que abra diligencias contra todos los golpistas", prosiguió Yeltsin.

El fiscal general de la Unión seguía órdenes del presidente de Rusia: era evidente que la situación política había cambiado. Pero ahora se trataba de

celebrar el fracaso del golpe. “Amigo mío, es usted muy popular aquí –le informó Bush–. Ha demostrado respeto a la legalidad y abanderado los principios democráticos: enhorabuena. Han sido ustedes quienes han estado en primera línea de combate, resistiendo en las barricadas, y nosotros no hemos hecho más que apoyarlos. Luego han traído sano y salvo a Gorbachov y le han devuelto al poder. Se han ganado muchos aliados en todo el mundo. Seguimos apoyándolos y les felicitamos por su valor y por todo lo que han hecho. Le ofrezco un consejo de amigo: intente descansar un poco”.[20]

Lo último en lo que pensaba Yeltsin era en dormir. Eran las nueve y veinte de la noche del 21 de agosto en Kennebunkport y las cinco y veinte de la mañana del día 22 en Moscú. El presidente ruso acababa de anunciar el fracaso del golpe y de manifestar su agradecimiento a los defensores de la Casa Blanca rusa. Tenía un día entero por delante en el que estaba ansioso por afianzar su poder, pero ahora ya no se enfrentaba a los golpistas, sino a Gorbachov, y el combate iba a librarse no solo en Moscú, Rusia y la Unión Soviética, sino también en las capitales occidentales y los organismos internacionales. Para los ciudadanos rusos y soviéticos, así como para los dirigentes occidentales, los defensores de Yeltsin estaban ante un dilema notable: apoyar al presidente ruso como líder elegido democráticamente y partidario de transformar radicalmente el sistema, o mantenerse fieles a Gorbachov, renunciando a la democracia y a las reformas.

Ese día, el joven ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, Andréi Kozyrev, llegó a Estrasburgo invitado por el Consejo de Europa. Quería ante todo advertir a los líderes europeos de que había llegado la hora de que tomasen partido en la política soviética. El mensaje era totalmente distinto del transmitido por los rusos apenas unos días antes. Por lo pronto ya no se le tendía la mano a Gorbachov: según el informe de un diplomático estadounidense, Kozyrev “criticó reiteradamente a ‘ciertos dirigentes’ que no defienden el ideal democrático y que carecen de legitimidad, al no haber sido elegidos por los ciudadanos”. Se refería, evidentemente, al presidente soviético, que había sido elegido por el parlamento y no por sufragio popular, como Yeltsin. Además, el ministro dudaba de que Gorbachov tuviese “las condiciones psicológicas necesarias para emprender reformas profundas”, ya que estaba “atenazado por el miedo”: pretendía, sí, cambiar las cosas, pero a la vez conservar el sistema. “Cree que, de hundirse el sistema que los sostiene, él y su familia ya no serán nada”.[21]

El sábado 24 se produjo la caída definitiva del presidente soviético. Por la mañana asistió con Yeltsin al funeral por los tres jóvenes que habían muerto defendiendo la Casa Blanca la noche del 20, y aprovechó la ocasión –su primera aparición pública desde que regresara de Crimea– para dar las gracias a cuantos habían luchado por la democracia. Por lo demás, tenía mucho interés en exhibir la bandera soviética, y lo hizo concediendo a los caídos la distinción de héroe de la URSS a título póstumo. La multitud estaba conmovida, pero Yeltsin, verdadero héroe de la resistencia frente al golpe, se las arregló para robarle protagonismo a Gorbachov: como no podía otorgar ningún título –la Federación Rusa carecía de ellos–, se limitó a pedir perdón a las madres de los tres jóvenes por no haber salvado a sus hijos. Ganó la partida una vez más.[22]

Después del funeral, Gorbachov se dirigió al Kremlin para firmar unos cuantos decretos. Además de disolver su gabinete y sustituirlo por un comité encabezado por el primer ministro ruso, Iván Siláyev, dimitió como secretario general del PCUS, aduciendo como motivo la posición que habían adoptado sus dirigentes durante el golpe. A sus antiguos compañeros de partido les aconsejó que disolvieran el Comité Central y pidieran a las ramas regionales que decidiesen su destino. Como presidente de la URSS, decidió poner los bienes del Partido Comunista bajo la custodia de los soviets provinciales. Ya no estaba dispuesto a dirigir una organización proscrita que no le suponía ninguna amenaza, como había creído antes, y que tampoco podía utilizar como arma en el combate político que había empezado a librar inmediatamente después del golpe. En sus memorias intenta demostrar que fue el aparato del partido quien lo traicionó en agosto de 1991, y no al revés.[23]

Los *apparatchiks* habían participado en el golpe pero no lo habían dirigido ni mucho menos: por entonces estaban demasiado desmoralizados y desorganizados para hacerlo. En su mensaje a los ciudadanos, el Comité de Emergencia no había mencionado al partido, ni la política ni los ideales de esta organización. Los cabecillas del golpe estaban en el KGB y en el ejército, aunque los *apparatchiks* se habrían beneficiado más que nadie del triunfo de una operación que aspiraba, entre otros objetivos, a anular el decreto por el que Yeltsin había prohibido la presencia de representantes del partido en las empresas públicas. En una reunión del secretariado del Comité Central celebrada el 13 de agosto, cinco días antes del golpe, los jerarcas del partido habían discutido cómo contrarrestar la ofensiva del presidente ruso.

El golpe parecía la única manera de devolver al partido el monopolio del poder político. Sin embargo, después de su fracaso y de la dimisión de Gorbachov como secretario general, la institución que había gobernado el país con mano de hierro desapareció de manera incruenta. Se derramó algo de sangre, sí, pero fue la de los dirigentes que prefirieron suicidarse antes que ser juzgados.[24]

El primero en quitarse la vida fue el ministro del Interior, Boris Pugo: las fuerzas de seguridad habían participado directamente en el golpe. La mañana del 22 de agosto, unos funcionarios rusos llamaron por teléfono a su casa para solicitar una reunión. Cuando un grupo de cuatro personas, entre ellas el consejero económico de Gorbachov, Grigori Yavlinski, se presentó allí más tarde, un anciano con claros síntomas de demencia les abrió la puerta. Era el suegro de Pugo. Uno de los visitantes vio un charco de sangre. Al entrar en el dormitorio encontraron al ministro tendido en la cama, muerto de un balazo: había preferido suicidarse antes de que la policía lo detuviera. Su mujer, Valentina, estaba sentada cerca de la cama, gravemente herida; reaccionó cuando le hablaron, pero fue incapaz de decir nada. Moriría poco después en un hospital de Moscú. Boris Pugo dejó una nota en la que pedía perdón a su familia: “Esto es un error. He obrado con rectitud toda mi vida”.

Unos días más tarde, el mariscal Serguéi Ajroméyev, que también había apoyado el golpe, se suicidó en su despacho del Kremlin. Había sido uno de los representantes soviéticos en la negociación con Estados Unidos para los tratados de reducción de armas. El 19 de agosto, primer día del golpe, Ajroméyev, que tenía sesenta y ocho años y ejercía de consejero para asuntos militares de Gorbachov, interrumpió sus vacaciones en Sochi para regresar a Moscú y ponerse a las órdenes del presidente en funciones, Guennadi Yanáyev. Le dijo que estaba de acuerdo con los objetivos del Comité de Emergencia y dispuesto a ayudarle a cumplirlos. Yanáyev le encargó recabar información sobre lo que ocurría en las repúblicas y analizarla. También le pidió que redactara el borrador del discurso que iba a pronunciar en el parlamento soviético. Ajroméyev llevó a cabo las dos tareas con entusiasmo.

Antes de suicidarse, el mariscal le escribió a Gorbachov una carta explicándole por qué había apoyado el golpe: “Estoy convencido desde 1990 de que nuestro país se encamina a la ruina. No tardará en desintegrarse. Quería decirlo bien alto. […] Soy consciente de que, como mariscal de la Unión Soviética, he faltado al juramento militar y cometido un delito. […]

No me queda sino asumir las consecuencias de mis actos". A la misiva adjuntó un billete de cincuenta rublos: la cantidad que le debía a la cafetería del Kremlin.[25]

El ayudante de Gorbachov, Vadim Medvédev, que conocía bien a Pugo y a Ajroméyev, diría más tarde lo siguiente: "Comprendo su tragedia. Traté mucho a Boris Karlovich [Pugo], y me parecía un hombre íntegro a su manera, entregado a una idea política y ajeno a las intrigas y al arribismo. Tampoco dudo de la honradez de Serguéi Fiódorovich". Los dos creían, efectivamente, en el comunismo y en la indisoluble unidad de la Unión Soviética. Ajroméyev había luchado por estos ideales en la Segunda Guerra Mundial. Pugo era hijo de un soldado letón (miembro de una de esas unidades de élite de Lenin que habían servido con celo fanático a la revolución) y había dedicado gran parte de su vida a reprimir el nacionalismo letón, primero como director del KGB y luego al frente del Partido Comunista en la región. El golpe les infundió a los dos la esperanza de salvar el mundo en el que habían crecido, prosperado y, lo que no es menos importante, hallado su identidad. El fracaso del golpe supuso para ellos el definitivo hundimiento de ese mundo: un desastre personal. El suicidio era la huida de una sociedad que no los consideraba héroes ni redentores, sino criminales que habían atacado a sus compatriotas y traicionado al presidente.[26]

El sábado 24 de agosto, Gorbachov dimitió como secretario general del Partido Comunista soviético y firmó un decreto sobre la transferencia de los bienes de esta organización. Al día siguiente, Yeltsin firmó otro por el que se incautaba de ellos, y el alto funcionario del Comité Central Nikolái Kruchina, de sesenta y tres años, se dirigió por la tarde a su antiguo despacho para discutir estas disposiciones con representantes del gobierno de Moscú. La reunión, que terminó a las nueve de la noche, no fue bien. Al escolta del KGB le sorprendió que Kruchina, un hombre habitualmente simpático, no lo saludara a su regreso del Comité Central. Parecía decaído. Al llegar a su casa, en el quinto piso de un lujoso edificio del centro de Moscú, le dio las buenas noches a su mujer y le dijo que aún tenía cosas que hacer. Pasadas las cinco de la madrugada salió a la terraza y se arrojó al vacío.

Kruchina no se suicidó porque estuviera desencantado con los ideales del PCUS ni con las acciones de sus dirigentes y militantes, sino porque creía haber roto el juramento de lealtad a su jefe y temía que se abriese una investigación sobre las finanzas del partido. La reunión celebrada en la tarde

del día 25 lo dejó preocupado: como responsable de los asuntos económicos de la organización, había firmado casi todos los documentos importantes que autorizaban la transferencia secreta de fondos a empresas nacionales y extranjeras. Cuando el funcionario local Vasily Shakhnovsky le dijo que tenían que volver a reunirse "para hablar exclusivamente del dinero del partido", Kruchina se puso pálido y cortó en seco la conversación, prometiendo que tratarían el asunto al día siguiente. Pero ese día siguiente nunca llegó para él.

El dinero del partido era justamente lo único de lo que no estaba dispuesto a hablar. Investigaciones posteriores revelaron que parte de los fondos habían salido del país, destinados a causas "justas", según los memorandos firmados por Kruchina: se trataba de financiar clandestinamente partidos y movimientos comunistas en todo el mundo, desde Estados Unidos hasta Afganistán. Sin embargo, el grueso del dinero fue a parar a los bancos y negocios creados por los *apparatchiks* del partido y sus empresarios amigos durante los dos últimos años del mandato de Gorbachov. Apartados de sus cargos, los funcionarios del partido buscaban transformar su poder político en riqueza material, asegurándose una vida cómoda fuera del aparato. El país se evitaba así un conflicto prolongado y posiblemente sangriento con una clase dirigente numerosa y aferrada a sus privilegios, y que de otro modo no habría tenido nada que ganar con la transición política. Pero el proceso no fue del todo incruento. Entre sus primeras víctimas estuvo Kruchina.[27]

VIII
UCRANIA INDEPENDIENTE

Nadie sabía exactamente cuánta gente había: miles, decenas de miles, quizá hasta centenares de miles. Los diputados ucranianos que se dirigían al parlamento abriéndose paso entre la multitud no estaban, desde luego, en condiciones de contar el número de manifestantes. Era la soleada mañana del 24 de agosto, el día en que Yeltsin eclipsó a Gorbachov en el funeral por los tres jóvenes caídos en la defensa de la Casa Blanca, y el líder soviético dimitió como secretario general del Partido Comunista. Lo que iba a ocurrir en Kiev causaría en toda la Unión Soviética una conmoción mucho mayor que los cambios producidos en Moscú. La segunda república soviética más importante iba a declarar su total independiencia.

Esa multitud no se concentró en el centro de Kiev para defender el parlamento, como la que se había manifestado en Moscú unos días antes, sino para denunciar la complicidad secreta en el golpe de la mayoría parlamentaria comunista. El día anterior, y delante de un perplejo Gorbachov y de millones de telespectadores entusiasmados, Yeltsin había firmado un decreto ilegalizando el Partido Comunista de Rusia. Muchos de los manifestantes de Kiev eran partidarios de hacer lo mismo en Ucrania. Se había convocado a la gente con octavillas que calificaban al Partido Comunista como una "organización criminal y contraria a la constitución": había que "poner fin a sus actividades". Los ciudadanos de Kiev respondieron al llamamiento. Abundaban las banderas ucranianas y las pancartas reclamando un juicio como el de Núremberg para los dirigentes comunistas.[1]

El destino del PCUS no era, sin embargo, lo único en lo que pensaban los manifestantes: de otro modo se habrían concentrado frente al edificio del Comité Central del Partido en Ucrania, que se encontraba a unas cuantas manzanas del parlamento. Y es que el partido ya no tenía autoridad para concederles ni denegarles lo que querían: "Ucrania se separa de la URSS", decían algunas pancartas. Exigían, sí, la independencia, y el partido no podía dársela. La multitud, formada en su mayoría por seguidores de los partidos de la oposición, no estaba dispuesta a ceder. Muchos habían salido a la calle

apenas unas semanas antes para dar la bienvenida al presidente Bush, y enarbolando los mismos carteles: esta vez, sin embargo, el mensaje no estaba dirigido a un visitante estadounidense en el que confiaban, sino a los archienemigos que tenían en su país: los *apparatchiks* del partido, de quienes no se fiaban ni por asomo.

Al cónsul general de Estados Unidos en Kiev, John Stepanchuk, que había ayudado a preparar la visita de Bush, le costó mucho abrirse camino entre la multitud concentrada delante del parlamento. Esa mañana "había miles de personas rodeando [el edificio], y estaban furiosas", recordaría más tarde. "Furiosas con el Partido Comunista, furiosas con todo. Pensaron que yo era comunista, porque llevaba traje. Una mujer se puso a tirarme de la chaqueta y me increpó con la palabra *hanba*, que quiere decir 'vergüenza'. Pensaban que yo era uno de los culpables". La mayoría comunista que había en el interior del edificio se convirtió de pronto en una minoría asediada. Stepanchuk se sentó en una cabina destinada a diplomáticos extranjeros, y desde allí vio a los comunistas "todos pegados a las ventanas, observando cómo se acercaba la multitud, y preguntándose si saldrían vivos del edificio". Los diputados "estaban nerviosos; caminaban de aquí para allá y no paraban de fumar. El ambiente era muy tenso. Se sabía que Kravchuk iba a pronunciar un discurso, pero nadie tenía ni idea de lo que iba a decir, hasta dónde iba a llegar".

El presidente del parlamento ucraniano, Leonid Kravchuk, le había causado buena impresión a George Bush en su visita a Kiev; entonces había parecido que controlaba por completo la institución. Ahora, sin embargo, estaba a la defensiva. La gente ponía en tela de juicio no solo la conducta de los *apparatchiks* del partido, sino también el papel que Kravchuk había desempeñado durante el golpe. Su destino (así como el desenlace de la jornada para los diputados y los manifestantes, y para todo el país) dependía de la posición que adoptara. En un momento en que la multitud gritaba "¡Vergüenza debería darte, Kravchuk!", el presidente del parlamento luchaba por su supervivencia política.[2]

Lo ocurrido en Moscú el 18 de agosto lo había tomado por sorpresa. El golpe de estado suponía una grave amenaza para su poder, y también para el movimiento nacionalista ucraniano, al que había ligado su suerte como político. En la mañana del 19 se enteró del derrocamiento de Gorbachov por su principal rival, el primer secretario del Partido Comunista de Ucrania,

Stanislav Hurenko, que lo llamó a su casa, en las afueras de Kiev, para pedirle que acudiera a la sede del Comité Central: iban a reunirse con el hombre fuerte del Comité de Emergencia, el general Valentín Varénnikov, que acababa de llegar a la capital ucraniana después de su encuentro con Gorbachov en Crimea.

Kravchuk se negó. “Enseguida comprendí hacia dónde se estaba desplazando el poder –recordaría más tarde–. Le dije: ‘El Soviet Supremo representa al estado, Stanislav Ivánovich, y yo soy el jefe del Soviet Supremo. Si Varénnikov quiere verme, tiene que ser en mi despacho del Soviet Supremo’”. Hurenko tuvo que darle la razón. Hacía apenas un año se había considerado que el primer secretario del Comité Central ocupaba un lugar más alto que Kravchuk en la jerarquía política ucraniana. Sin embargo, tras declararse Ucrania soberana en el verano de 1990, el parlamento y su presidente habían ganado mucho poder: Kravchuk era ahora el político más importante del país. Otro tanto había ocurrido en las demás repúblicas, aunque, en las centroasiáticas, el jefe del Comité Central había añadido a su cargo el de presidente del parlamento.

Kravchuk recordaría más tarde lo indefenso que se sintió mientras esperaba a Hurenko y Varénnikov. El presidente del parlamento no tenía, en efecto, ninguna unidad militar ni policial a su servicio: lo protegían apenas tres escoltas con pistolas. La repentina llegada de Varénnikov a Kiev indicaba lo precario que era el poder del líder de una república que había declarado su soberanía y la prioridad de sus leyes respecto a las de la Unión. No le cabía duda a Kravchuk de que se trataba de un golpe, y que la enfermedad de Gorbachov era una patraña: lo había visitado en Crimea unas semanas antes, y los dos se habían bebido una botella de vodka de tres cuartos de litro con el yerno del presidente soviético. Kravchuk no ocultó a nadie la desconfianza que le inspiraban las declaraciones del Comité de Emergencia, y ese mismo día mencionaría la botella de vodka en una reunión con veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente llegó Hurenko, seguido de Varénnikov y su séquito.[3]

Se sentaron en una mesa larga, los militares a un lado, los civiles al otro, y Varénnikov justo enfrente de Kravchuk. El general fue el primero en hablar: “Gorbachov está enfermo, y el poder ha pasado a un nuevo órgano, el Comité de Emergencia. En vista del deterioro de la situación en Moscú, y para salvaguardar el orden público, se ha declarado el estado de emergencia,

efectivo a partir de las cuatro de la mañana del 19 de agosto. He venido a Kiev a arreglar las cosas personalmente y, si es necesario, recomendar la adopción de la misma medida en varias regiones de Ucrania". Varénnikov mencionó Kiev, Leópolis, Odesa y una ciudad de la región occidental de Volinia.

Los civiles se quedaron estupefactos. Pasó más de un minuto sin que nadie hablara. Hurenko, sin embargo, se mostró impávido. El silencio lo rompió finalmente Kravchuk: "Sabemos, Valentín Ivánovich, que eres el viceministro de Defensa, un hombre respetado, pero no nos has enseñado tus credenciales –dijo tranquilamente, sin el menor asomo de agresividad–. Además, todavía no hemos recibido instrucciones de Moscú. Y lo que es más importante: solo el Soviet Supremo tiene autoridad para declarar el estado de emergencia en toda Ucrania o en una región determinada. Así lo establece la ley. Nos consta que la situación es relativamente tranquila en Kiev y en el resto de Ucrania, así que no hace falta tomar medidas extraordinarias".[4]

Si Varénnikov estaba en Kiev era porque los golpistas temían al Rukh –la alianza de los partidos ucranianos de la oposición, favorables a la independiencia– y la resistencia que podía organizar frente al golpe en la capital y en el oeste de Ucrania. "La autoridad del gobierno soviético no llega al oeste de Ucrania; allí solo manda el Rukh –dijo Varénnikov–. Hay que declarar el estado de emergencia en los óblasts occidentales, reprimir las huelgas, prohibir todos los partidos y sus periódicos a excepción del PCUS, e impedir y disolver las reuniones. Tenéis que tomar medidas extraordinarias para que la gente no piense que las cosas siguen como antes. […] El ejército está listo para actuar, y recurriremos a la violencia si es necesario". Kravchuk insistió en que no hacía falta declarar el estado de emergencia, y le sugirió a Varénnikov que visitara el oeste de Ucrania para comprobar que reinaba la calma.[5]

Varénnikov cambió de actitud. "Tú tienes gran predicamento –le dijo a Kravchuk–, así que, en vista de las decisiones que ya se han tomado, te ruego que hagas un llamamiento a la tranquilidad, primero en la televisión y luego en la radio". Entonces Hurenko y los demás salieron del despacho, dejando a Kravchuk a solas con el general. Los dos se conocían desde hacía tiempo; habían coincidido en las reuniones del Comité Central de Kiev cuando Varénnikov estuvo destinado en Ucrania. "Cuando hayáis triunfado, Valentín Ivánovich, ¿vais a restaurar el antiguo sistema?", preguntó Kravchuk. Se

refería al orden político y a las relaciones que existían entre el gobierno central y las repúblicas antes de la perestroika. La respuesta fue afirmativa: “No nos queda otro remedio”. El político ucraniano comprendió entonces que el triunfo del Comité de Emergencia conduciría no ya al inmovilismo político, sino a un retroceso, posiblemente a la época de la represión generalizada.

Los golpistas no tenían nada que perder y, de imponerse, acabarían con la carrera política de Kravchuk y quizá incluso lo encarcelarían. Al contrario que Hurenko, Kravchuk no obtendría ningún provecho político apoyándoles. Además, no estaba dispuesto a rebelarse contra Yeltsin. Su estrategia, sin embargo, era distinta de la del presidente ruso: se trataba de evitar a toda costa que los militares declarasen el estado de emergencia en Ucrania, de no brindarles ningún pretexto para tomar esta medida. “Intuí que había que ganar tiempo, evitar acciones innecesarias, y así todo iría bien”, recordaría Kravchuk. Por esta actitud tan cautelosa, de esperar a ver lo que ocurría, se le criticaría duramente, y no sin razón.[6]

La mayor parte del gobierno ucraniano compartía la posición de Kravchuk. Ningún miembro del gabinete apoyaba de veras el golpe, según recordaría más tarde el viceprimer ministro, Serhiy Komisarenko. En el consejo de ministros celebrado ese día, Komisarenko declaró que las decisiones del Comité de Emergencia eran “claramente inconstitucionales”. Por otro lado, cundía el miedo. El gobierno creó una comisión especial como la que había propuesto Varénnikov, aunque su finalidad era algo distinta. El decreto por el que se constituyó este órgano revela la prioridad de sus creadores: “Sobre el establecimiento de una comisión temporal destinada a evitar situaciones extraordinarias”. En el caso de declararse el estado de emergencia en Ucrania, el parlamento y el gobierno perderían el poder efectivo y ya no lo recuperarían. Se trataba ante todo de apaciguar a la oposición y evitar la intervención del Comité de Emergencia y el ejército.[7]

El único dirigente ucraniano que tenía mucho que ganar con el golpe era el primer secretario del Comité Central, Stanislav Hurenko. Cuando volvió a la sede del partido después de su reunión con Kravchuk y Varénnikov, Hurenko se encontró con un telegrama de Moscú instando a los comités regionales a apoyar el golpe. Acto seguido convocó a los altos cargos del partido en Ucrania para ponerlos al corriente de la situación y explicarles lo que había que hacer: era necesario escribir un memorando según las directrices de

Moscú y enviarlo a los comités locales. La circular redactada a instancias de Hurenko era mucho más larga que el telegrama y daba idea del nerviosismo que predominaba en el aparato. El Comité Central ucraniano les comunicaba a los funcionarios del partido que debían ante todo apoyar al Comité de Emergencia y prohibir todas las manifestaciones y reuniones políticas. Preservar la Unión Soviética era uno de los principales cometidos del partido. Según los dirigentes comunistas ucranianos, las decisiones del Comité de Emergencia "concuerdan con el sentir de la inmensa mayoría de los trabajadores y el del Partido Comunista de Ucrania".[8]

Mientras tanto, Kravchuk empezó a hacer malabarismos, tratando de contentar a todo el mundo y a la vez conservar el poder. El día 19, a última hora de la tarde, se dirigió al país por radio y televisión. La idea se la había sugerido Varénnikov, pero el líder ucraniano no dijo lo que este quería oír: se negó a apoyar el golpe, pero también a condenarlo, e hizo un llamamiento a la calma. Había que analizar la situación tranquilamente, tarea que correspondía a un "órgano elegido por el pueblo". No cabía duda de que, "en un estado fundado en la ley, todos los actos y decisiones, incluida la declaración del estado de emergencia, han de atenerse a ella". A continuación aseguró a los ciudadanos que no se iba a declarar el estado de emergencia en Ucrania. Según un despacho diplomático estadounidense enviado desde Kiev, "Kravchuk exhortó a los ucranianos a actuar con prudencia y moderación: provocar a las autoridades de Moscú solo serviría para empeorar las cosas".[9]

El líder ucraniano vino a decir lo mismo, aunque con menos acierto, en una entrevista concedida al noticiario televisivo Vremia, que se emitía en toda la Unión. Para escándalo de los espectadores soviéticos, declaró que "lo que ha pasado tenía que pasar, pero quizá las cosas se deberían haber hecho de otro modo". No podía durar eternamente, arguyó, una situación en la que ni el gobierno central ni las repúblicas tenían la autoridad necesaria para resolver los acuciantes problemas sociales y económicos del país. Por otro lado calificó el golpe como un acontecimiento lamentable que, dada la trágica historia de Ucrania, llevaba a la gente a temer el regreso al pasado totalitario. Quienes vieron la entrevista sacaron la impresión de que Kravchuk, que terminó subrayando la necesidad de que la economía siguiera funcionando con normalidad, guardaba en el mejor de los casos una calculada equidistancia. En el mismo programa se informó de la rebelión de Yeltsin y de las declaraciones del presidente de Moldavia, Mircea Snegur, anunciando que su república seguiría reivindicando la independencia: la inequívoca

posición de estos dos políticos contrastaba con la de Kravchuk, que parecía apoyar tácitamente a los golpistas.[10]

El golpe tomó totalmente por sorpresa no solo al gobierno ucraniano, sino también a los líderes del movimiento "nacionalista democrático", es decir, los militantes de la oposición liberal, que unas semanas antes habían dado la bienvenida a Kiev al presidente Bush y coreado eslóganes independentistas. Los diputados a los que se había dirigido el mandatario estadounidense en la sesión parlamentaria del 1 de agosto estaban dispersos por Ucrania, trabajando en sus distritos o disfrutando de sus vacaciones. Viacheslav Tchornovil, que durante mucho tiempo había sido víctima del gulag y ahora dirigía el gobierno de la región occidental de Leópolis, pasó los días anteriores al golpe en Zaporiyia, una ciudad industrial de novecientos mil habitantes situada en el sur del país.

Tchornovil era el principal candidato demócrata a las elecciones presidenciales convocadas por el parlamento hacía un mes, y Zaporiyia parecía el lugar perfecto para comenzar la campaña. Ese verano, la ciudad acogió la segunda edición del festival *Chervona Ruta* [Ruta Roja], que combinaba la musica tradicional ucraniana con una cultura rock y underground cada vez más libre del control soviético. El concierto final, que se celebró en el estadio de fútbol de la ciudad en la tarde del día 18, cuando los golpistas visitaron por sorpresa a Gorbachov en la vecina región de Crimea, fue una celebración de la cultura ucraniana y de tendencias musicales hasta entonces reprimidas, pero las autoridades comunistas locales no le prestaron la menor atención. A la mañana siguiente estaba previsto que abandonaran la ciudad los asistentes al festival, entre ellos Tchornovil y varios dirigentes nacionaldemócratas. Pero se desató el caos: alarmadas por la noticia del golpe, miles de personas se dirigieron a toda prisa al aeropuerto y a las estaciones de tren y de autobuses para llegar a Kiev lo antes posible.[11]

En la mañana del 19 de agosto, primer día del golpe, Tchornovil se despertó cuando un periodista que se alojaba en el mismo hotel llamó a la puerta de su habitación para contarle lo que estaba sucediendo en Moscú. Para el político ucraniano, que había pasado quince años en cárceles soviéticas y en el exilio interior, era alentador el hecho de enterarse por un periodista y no por un agente del KGB. "No debe de ser tan grave cuando todavía estoy durmiendo aquí, y no en una celda", le dijo al reportero.

El cónsul de Estados Unidos en Kiev, John Stepanchuk, que también había asistido al festival y se alojaba en el hotel, acudió al poco rato a la habitación de Tchornovil, y le vio telefonear al KGB y al cuartel del ejército en Leópolis para informarse de la situación. El comandante de la región militar de los Cárpatos le comunicó que sus hombres, en general, se oponían al golpe y que no interferirían en las decisiones de los gobiernos democráticos de los óblasts occidentales mientras estos se abstuvieran de convocar una huelga general. Tchornovil le aseguró que haría todo lo posible por mantener el orden público en el oeste de Ucrania.[12]

Tchornovil reaccionó al golpe más o menos igual que Kravchuk: los dos tenían mucho interés en pactar con el ejército, comprometiéndose a mantener el orden en la calle a cambio de la no injerencia de los militares en los asuntos públicos. También adoptó esta estrategia Anatoly Sobchak, fiel aliado de Yeltsin y alcalde democráticamente electo de Leningrado. Sobchak y su lugarteniente, Vladímir Putin, llegaron a un acuerdo con el ejército y el KGB que garantizaba la neutralidad de las fuerzas de seguridad que dependían de Kryuchkov y Yázov. Se trataba de preservar los logros políticos de la perestroika. De la postura de Tchornovil, motivada principalmente por su condición de gobernador de la segunda región más extensa de Ucrania occidental, disentían sin embargo no pocos políticos de la oposición en Kiev, y algunos llamaron a la resistencia activa.[13]

El líder reformista que ostentaba el cargo más alto en el parlamento ucraniano, el vicepresidente Volodymyr Hryniov, habló esa mañana en la radio para condenar enérgicamente el golpe. Más tarde recordaría así su posición: “Me di perfecta cuenta de que, si los miembros de la *nomenklatura* pactaban entre ellos, no me quedaría nadie con quien pactar”. Hryniov, de etnia rusa, representaba a la ciudad de Járkov, en el este de Ucrania, así como a la facción opositora que defendía la integridad de la Unión: era aliado de Yeltsin y de los demócratas liberales rusos, pero no participaba de su discurso nacionalista. Los votantes de Hryniov –la clase intelectual urbana de las regiones fuertemente rusificadas del sur y del este de Ucrania– estaban a favor de una Ucrania democrática y perteneciente a una confederación dominada por Rusia. Sus partidarios fueron los primeros en enarbolar la bandera de la resistencia frente al golpe en ciudades como Zaporiyia.[14]

Tchornovil y otros políticos nacionaldemócratas estaban a mitad de camino entre la indecisión de Kravchuk y la posición radical de Hryniov y los

demás aiados ucranianos de Yeltsin. El Rukh, organización que aglutinaba varios partidos y asociaciones demócratas, no emitió un comunicado hasta el segundo día del golpe, pero la declaración condenaba sin reservas lo ocurrido en Moscú y pedía a los ciudadanos que se sumaran a una huelga que paralizaría la economía ucraniana. Para los nacionaldemócratas se habían acabado las vacilaciones: ese día, el consejo regional de Leópolis y el de la ciudad oriental de Járkov declararon inconstitucional el golpe, mientras los mineros de la cuenca del Donéts se preparaban para un paro. El Rukh anunció que la huelga general política comenzaría el 21 de agosto a mediodía. En todas las ciudades del país, los activistas demócratas repartían octavillas con el llamamiento de Yeltsin a la resistencia. La gente escuchaba todo el rato Voice of America, la BBC y otras emisoras occidentales: de la Casa Blanca, en Moscú, llegaban noticias cada vez más preocupantes. Nadie sabía si la democracia rusa iba a sobrevivir.[15]

El 21 de agosto, tercer y decisivo día del golpe, una llamada telefónica despertó a Leonid Kravchuk a las cuatro de la madrugada. Era un diputado de la oposición que exigía una reunión de emergencia del presídium u órgano director del parlamento: había oído que varias unidades del ejército habían lanzado un ataque contra la Casa Blanca. Kravchuk evitó comprometerse, como de costumbre: le contestó que de momento no podía hacer nada, que la reunión tendría que esperar unas horas. Cuando llegó a su despacho por la mañana, la situación había dado un giro radical. Las noticias de Moscú indicaban claramente que el golpe se venía abajo y que Yeltsin, que hasta entonces había estado preso de hecho en la Casa Blanca, iba a alzarse victorioso.

Kravchuk hizo de inmediato lo que los diputados de la oposición llevaban varios días exigiéndole: ponerse inequívocamente del lado de Yeltsin. Más tarde aseguraría haber estado en contacto con él y con sus colaboradores durante todo el golpe. De los dirigentes de las repúblicas, Kravchuk fue el primero al que Yeltsin llamó por teléfono en la mañana del día 19. El presidente ruso no logró convencerlo de que se uniera a la resistencia, pero Kravchuk le dejó claro que no pensaba reconocer al Comité de Emergencia, y cumplió su promesa. El último día del golpe, Yeltsin le dijo a George Bush que creía que el líder ucraniano era de fiar. Kravchuk estaba una vez más del lado correcto, aunque los militantes de la oposición tenían la impresión contraria: los ciudadanos que se agolparon en la plaza principal de Kiev nada más enterarse del fracaso del golpe coreaban: “¡Yeltsin, Yeltsin! ¡Abajo

Kravchuk!”. El presidente del parlamento ucraniano, que había empezado el día preocupado por una posible operación represiva de los golpistas, acabó temiendo por su futuro político en un panorama totalmente dominado por los nacionaldemócratas.[16]

El día 22, cuando Gorbachov regresó a Moscú, Kravchuk accedió finalmente a convocar una sesión de emergencia del parlamento, y dio una rueda de prensa para explicar los objetivos que proponía para la sesión, así como la indecisión que había mostrado durante el golpe. El parlamento debía condenarlo, proclamar su autoridad sobre el ejército, el KGB y la policía en territorio ucraniano, crear una guardia nacional y retirarse de las negociaciones para la firma de un nuevo tratado de la Unión. “No tenemos por qué apresurarnos a suscribir el tratado –declaró ante la prensa–. Creo que, en este periodo de transición, es necesario formar un gobierno en la Unión Soviética, tal vez un consejo o un comité compuesto por unas nueve personas, que haga respetar las decisiones de las instituciones democráticas. Hay que repensar todas las formas políticas, pero lo más urgente es firmar un acuerdo económico”. Kravchuk no hablaba de independencia: lo que pretendía era sustituir el gobierno central por un comité formado por los dirigentes de las repúblicas, o, lo que es lo mismo, crear una confederación.[17]

Al día siguiente se marchó a Moscú para entrevistarse con Gorbachov, Yeltsin y los líderes de las demás repúblicas. Las cosas sucedieron como había dicho en la rueda de prensa: los dirigentes regionales consensuaron, en presencia de Gorbachov, el nombramiento de los ministros de Defensa y del Interior y del director del KGB, y también discutieron la composición del comité ejecutivo que reemplazaría al gobierno soviético. Sin embargo, a todos los candidatos los impuso Yeltsin: después de vetar los nombramientos de Gorbachov, el presidente ruso no estaba dispuesto a compartir con nadie los frutos de su éxito político.

A los dirigentes de las repúblicas no pareció molestarles que Yeltsin asumiera de inmediato poderes cuasidictatoriales en el país al que aún pertenecían. Acostumbrados a un régimen caracterizado por la sumisión al partido y las intrigas florentinas, evitaron rebelarse contra el presidente ruso, que había sido su aliado tradicional frente a un gobierno central cada vez más débil. Además condenaron por unanimidad un golpe que muchos de ellos habían apoyado apenas unos días antes. Y no se opusieron a la ofensiva de Yeltsin contra el partido en el que todavía militaban. Ese mismo día, el líder

de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev, y el de Tayikistán, Qahhor Mahkamov, dimitieron de sus cargos en el Politburó y en el Comité Central.[18]

Sin embargo, los dirigentes de las repúblicas no respaldaban plenamente a Yeltsin. Tuvieron que ceder ante el presidente ruso en todos los asuntos, incluido el de los nombramientos ministeriales, pero por otro lado le prometieron a Gorbachov que seguirían colaborando con él para cerrar el nuevo tratado de la Unión. El comunicado oficial, publicado al día siguiente en la prensa de Moscú, subrayaba su interés en firmar el acuerdo. "En cuanto a la federación [de las repúblicas] –le dijo Gorbachov al embajador estadounidense, Bob Strauss–, hemos reiterado nuestra voluntad de avanzar hacia un tratado de la Unión. Además hemos acordado firmarlo todos juntos, las repúblicas en bloque, y no una por una". En consecuencia, "habrá que esperar un poco en algunos casos, ampliar el plazo; pero Ucrania, por ejemplo, tiene que tomar una decisión lo antes posible".[19]

Pero Leonid Kravchuk no tenía prisa. Cuando Gorbachov, refiriéndose al famoso discurso "del pollo Kiev" que había pronunciado Bush, le hizo notar que hasta el presidente estadounidense se daba cuenta de que la independencia de Ucrania era un proyecto inviable, Kravchuk evitó pronunciarse. Tampocó mordió el anzuelo cuando el presidente soviético, en su afán por enfrentarle a Yeltsin, le habló del papel preeminente reservado a los dirigentes ucranianos en las nuevas instituciones de la Unión, y le preguntó si el primer ministro de la república, Vitold Fokin, era un buen candidato para dirigir el gobierno interino de la Unión (Yeltsin quería colocar en el cargo al primer ministro ruso, Iván Siláyev). Kravchuk respondió con evasivas: Fokin era un excelente candidato, pero seguramente no querría marcharse de Ucrania. De hecho, el primer ministro ucraniano había rechazado la oferta de Gorbachov.[20]

En vista de lo ocurrido ese día en Moscú, Kravchuk se volvió más favorable que nunca al independentismo. Había llegado a la capital soviética decidido a sustituir el gobierno de la Unión por un comité dominado por las repúblicas, pero el que Yeltsin lograra excluir del nuevo gobierno a los candidatos de Gorbachov, así como su repentina decisión de suspender las actividades del Partido Comunista ruso, cambió el panorama político en igual medida que su triunfo de hacía dos días frente a los golpistas. En lugar de un gobierno central débil y dirigido por Gorbachov, parecía que iba a instaurarse uno fuerte y controlado por Yeltsin. Ni Kravchuk ni los demás dirigentes

ucranianos estaban dispuestos a formar parte de una Unión en la que mandara el presidente ruso, ni tampoco creían factible un acuerdo para compartir el poder como el que había existido en los tiempos de Jrushchov y de Brézhnev. Por lo demás habían disfrutado, en los últimos años de Gorbachov, de un grado de autonomía inédito. Ahora, sin embargo, Moscú no les ofrecía más que dificultades e incertidumbre. Kravchuk se enfrentaba a un desafío inesperado que pondría de nuevo a prueba su capacidad de supervivencia política.

Desde el golpe, el presidente del parlamento ucraniano tenía fama de no necesitar paraguas: podía caminar bajo la lluvia sin mojarse. Veinte años después, cuando se le preguntó si su reputación estaba justificada, respondió con una franqueza impropia de él: "Es verdad: soy flexible y diplomático; pocas veces le digo la verdad a la gente y casi nunca me confío a nadie. La experiencia me ha enseñado que a veces, en política, la sinceridad te puede hacer daño". El 23 de agosto de 1991, Leonid Kravchuk volvió de Moscú para afrontar un diluvio, y esta vez posiblemente le haría falta no ya un paraguas, sino un chaleco salvavidas. Nadie sabía si lo iba a encontrar.[21]

En la mañana del día 24, mientras los ciudadanos concentrados alrededor del parlamento ucraniano gritaban "¡Abajo Kravchuk! ¡Qué vergüenza!", el presidente de la cámara les aseguró a los diputados (y la multitud que había fuera pudo escuchar en vivo sus palabras) que en ningún momento había declarado legítimo el golpe. A continuación propuso una serie de leyes encaminadas a afianzar la soberanía de Ucrania y que la oposición reclamaba. "Es imprescindible aprobar leyes que regulen el papel de las unidades desplegadas en nuestro territorio. Las fuerzas del Comité para la Seguridad del Estado [es decir, el KGB] y del ministerio de Asuntos Internos han de estar sometidas al jefe del estado ucraniano y no a ningún órgano de la Unión. A lo sumo podemos discutir la coordinación de actividades. […] También es preciso garantizar la independencia de los organismos de seguridad de la república respecto al Partido".[22]

Los nacionalistas demócratas querían ir más allá. El jefe de su grupo parlamentario, el académico Igor Yuknovski, reclamaba la independencia. El escritor Volodymyr Yavorivsky leyó un breve texto titulado "Acta de declaración de independencia" y pidió que se sometiera a votación. Hubo un gran revuelo, y el líder comunista, Stanislav Hurenko, solicitó un receso.

Kravchuk aceptó interrumpir la sesión para que los distintos grupos pudiesen deliberar. Quienes estaban en una situación más difícil eran los comunistas.[23]

El principal redactor del borrador de la declaración de independencia era Levko Lukyanenko, jefe del Partido Republicano Ucraniano, la fuerza política mejor organizada del país. Había pasado más de veinticinco años en campos de trabajo por su militancia a favor de la independencia; por lo que encarnaba los sacrificios que había arrostrado Ucrania en su lucha por la libertad. Los diputados demócratas quisieron que fuera el primero en leer la declaración, pero este honor le correspondió finalmente a Yavorivsky. Unas semanas antes del golpe, en el almuerzo de Bush con los líderes políticos ucranianos, Lukyanenko le había entregado al presidente estadounidense una hoja donde figuraban tres preguntas. Dos de ellas se referían a la oposición ucraniana, y la tercera a la independencia: "Dada la inevitable desintegración del imperio soviético –decía–, ¿puede el gobierno de Estados Unidos, el país más poderoso del mundo, ayudar a Ucrania a convertirse en sujeto de pleno derecho en el ámbito internacional?".

En el vuelo de regreso a Estados Unidos, Bush le dictó a Ed Hewett, experto en asuntos soviéticos, un informe sobre las preguntas formuladas por Lukyanenko. "En el almuerzo celebrado hoy en Kiev –decía la nota–, Levko Grigorovich Lukyanenko se dirigió muy educadamente primero a mí, y luego al presidente Kravchuk. Es diputado del Soviet Supremo ucraniano y pasó veinte años en la cárcel como disidente del régimen. Ahora representa al movimiento independentista Národná Rada [Consejo del Pueblo]". Bush le pidió a Hewett que redactara una respuesta. En cuanto al reconocimiento internacional de Ucrania, el borrador de Hewett, fechado el 5 de agosto, se limitaba a reiterar la postura oficial de Estados Unidos: el cambio en la estructura de la URSS debía "surgir del diálogo entre las repúblicas y los dirigentes de la Unión".[24]

Lukyanenko ya no creía en el diálogo. Pensaba, eso sí, que el fracaso del golpe les ofrecía a los independentistas una magnífica oportunidad para avanzar hacia su objetivo. El día 23, en una reunión plenaria de los diputados demócratas, propuso, para sorpresa de sus correligionarios, incluir la cuestión de la independencia en el orden del día de la sesión extraordinaria del parlamento. "Es una ocasión única –les dijo– para resolver el problema fundamental proclamando la independencia de Ucrania. Si no lo hacemos ahora, puede que ya no lo hagamos nunca. El desconcierto de los comunistas

no va a durar mucho: pronto se recuperarán, y serán mayoría".

Conscientes de lo efímero de su poder, los diputados le dieron la razón a Lukyanenko, encomendándole la tarea de redactar la declaración. "Tenemos dos opciones –le explicó Lukyanenko a un diputado que había escogido como colaborador–: escribir un texto largo o uno corto. En el primer caso, es inevitable que la declaración suscite objeciones; en el segundo, posiblemente suscitará muchas menos. Vamos a hacerlo muy corto, y darles así el menor margen posible para discutir si hay que cambiar tal o cual cosa, poner o quitar una coma". Y así fue: la declaración "no se parece mucho a la del 4 de julio", dijo, bromeando sobre su brevedad, el cónsul de Estados Unidos en Kiev, John Stepanchuk. Cuando Lukyanenko les presentó el borrador, los políticos demócratas dieron por buenos sus argumentos. La declaración, sin apenas modificaciones, se repartió entre los diputados al comienzo de la sesión de emergencia.[25]

Los demócratas estaban de acuerdo con la propuesta de Lukyanenko de someter el texto a votación en el parlamento, pero discrepaban sobre el lugar que había de ocupar en el orden del día. Varios diputados, entre ellos Volodymyr Hryniov, eran partidarios de votar la moción después de que la cámara se hubiese pronunciado sobre la suspensión de las actividades del Partido Comunista. Hryniov temía que, de no aprobarse primero la proscripción del partido, la declaración de independencia diese lugar a un estado dominado por los comunistas. Esta preocupación la compartían los demócratas de Kiev. Ahora bien, ¿qué posibilidades había de que un parlamento de mayoría comunista ilegalizara el partido y luego votara a favor de la independencia? Ninguna, en opinión de Lukyanenko y unos cuantos diputados: la prioridad era la independencia, y más tarde se liberarían definitivamente del comunismo, aunque les llevase algún tiempo. Un diputado llegó a decir que estaba dispuesto a pasar diez años en la cárcel con tal de que fuese una cárcel ucraniana. Sin embargo, esta determinación no era común entre sus compañeros. En cualquier caso acabó imponiéndose la tesis de Lukyanenko.[26]

Si los demócratas llegaron a la sesión parlamentaria con una posición más o menos definida sobre la independencia, la moción tomó, en cambio, por sorpresa a los comunistas. El receso que abrió Kravchuk a instancias de Hurenko les permitió discutir el asunto por primera vez. Siempre se habían opuesto frontalmente a la independencia, pero ahora se encontraban ante un

dilema. Hacía tiempo que la mayoría comunista no formaba un bloque monolítico: la facción encabezada por Kravchuk venía defendiendo la soberanía ucraniana, y ahora estaba dispuesta a aceptar la independencia total. Nerviosos y perplejos, los diputados se reunieron en la sala de proyecciones del edificio: su líder, Stanislav Hurenko, les pidió que apoyaran la moción; de lo contrario, dijo, se verían en apuros.

La facción conservadora se sabía abandonada por la cúpula del partido en Moscú: Gorbachov había dimitido como secretario general ese mismo día, y los jerarcas estaban desconcertados. Yeltsin había abierto la veda contra los comunistas, así que era cuestión de tiempo que la "caza de brujas", como la llamaba Gorbachov, se extendiera a Ucrania. En realidad ya había llegado: los centenares de miles de personas que había fuera del edificio reivindicaban la independencia, y faltaba poco para que exigiesen también un proceso contra los representantes del partido en Ucrania. ¿Se contentaría la multitud con lo primero? Muchos tenían la esperanza de que la aceptación de la independencia los salvase del vendaval anticomunista que llegaba desde Moscú y les permitiese, incluso, seguir mandando en Kiev.

A los indecisos los convenció un grupo de diputados de la oposición que se presentó en la reunión para proponer una solución de compromiso: el resultado de la votación se ratificaría en referéndum el 1 de diciembre, coincidiendo con las elecciones presidenciales. A muchos les pareció, incluso, la solución perfecta: votando a favor de la independencia se protegerían de la ira popular, y además faltaba bastante para el referéndum, que posiblemente no llegara a celebrarse. Los comunistas apoyarían, por tanto, la declaración redactada por Lukyanenko.[27]

En el receso, Kravchuk telefoneó a Moscú, siguiendo, al parecer, la costumbre de los dirigentes comunistas ucranianos de recabar la aprobación del hermano mayor para todas las decisiones, hasta las más triviales. Les informó a Yeltsin y a Gorbachov de lo que estaba ocurriendo en el parlamento: era inevitable, dijo, que ganara el sí. Yeltsin recibió la noticia con calma; Gorbachov, en cambio, estaba claramente disgustado, pero al final le recordó a Kravchuk que daba lo mismo lo que votaran los diputados, porque el pueblo ucraniano ya se había pronunciado por abrumadora mayoría a favor de la Unión en el referéndum del mes de marzo, y la cámara no podía anular el resultado de la consulta. Kravchuk le dio la razón. Sin embargo, después de hablar con el presidente soviético se mostró partidario de

convocar un referéndum para ratificar la decisión del parlamento. De este modo, un referéndum anularía otro. Parecía que el astuto Kravchuk iba a arreglárselas una vez más para contentar a todos.[28]

Terminado el receso de una hora, el presidente del parlamento estaba listo para abrir la votación. Ese día había defendido sin reservas la declaración de independencia, en la que veía una salida a la crisis política. También influía su patriotismo. "¿Qué sentía al apoyar esa declaración histórica? –contaría más tarde–. Estaba feliz, simplemente". Se esforzó mucho por convencer a los remisos. Consciente de que los dos principales grupos parlamentarios estaban divididos sobre la cuestión, se reunió con varios representantes regionales; a los del oeste del país les pidió que no se dejaran confundir por las voces que exigían disolver el partido primero y luego votar por la independencia. Nadie sabía lo que les estaba diciendo a los comunistas, pero, en todo caso, el mensaje estaba claro: había que apoyar la moción.

Quedaba un solo obstáculo para la independencia largamente ansiada por Lukyanenko: la falta de quórum. Kravchuk esperó a que volvieran los diputados, pero estos se retrasaban mucho. A los partidarios de la independencia cada minuto les parecía una eternidad. Se rumoreaba que Kravchuk había mandado cerrar el túnel secreto que comunicaba el parlamento con el edificio del Comité Central ucraniano, por lo que los diputados comunistas no podían abandonar la cámara sin enfrentarse a una multitud enfurecida. Finalmente, el número de diputados registrados superó los trescientos. ¿Quién daría lectura a la declaración? Kravchuk propuso a Lukyanenko, pero el contacto que tenía en el Consejo del Pueblo, el poeta Dmytro Pavlychko, prácticamente le ordenó a él leer el texto: quería, en efecto, que fuera el presidente del parlamento quien planteara la moción, porque, de lo contrario, era posible que los comunistas cambiaran de idea. Kravchuk, que estaba recibiendo duras críticas por la indecisión que había mostrado durante el golpe, tuvo que aceptar.[29]

El texto decía así: "En vista del grave peligro que corre Ucrania a raíz del golpe de estado ocurrido en la URSS el 19 de agosto de 1991, y siguiendo una tradición milenaria de construcción estatal, […] el Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Ucrania declara solemnemente la independencia de Ucrania […]. Esta declaración entra en vigor desde el momento de su aprobación".[30]

Kravchuk pidió a los diputados que votaran. Unos instantes después

apareció en la enorme pantalla que tenía detrás el número de síes y de noes. Los diputados prorrumpieron en vítores, se levantaron y se abrazaron unos a otros: era difícil, en medio de la euforia general, distinguir a los demócratas de los comunistas. El parlamento ucraniano había aprobado la declaración de independencia con trescientos cuarenta y seis votos a favor, dos en contra y cinco abstenciones. Eran las seis menos cinco de la tarde. La multitud concentrada fuera celebró jubilosa la decisión de la cámara, y los diplomáticos extranjeros fueron corriendo a los consulados a redactar sus informes. El cónsul canadiense, Nestor Gayovsky, tituló el suyo sobre la independencia de Ucrania "Desenlace sorprendente".[31]

A las nueve de la noche, los diputados demócratas exhibieron en la cámara el símbolo de su victoria, la bandera nacional ucraniana, azul y amarilla. La multitud llevaba horas pidiendo que la colocaran en la fachada del parlamento. Petro Stepkin, que dirigía un coro cosaco en Zaporiyia, la ciudad donde se había celebrado el festival de música unos días antes, se quedó afónico de tanto corear la consigna. No consiguieron izar la bandera en lo alto del edificio, pero sí, al menos, introducirla en la cámara. Fue una solución de compromiso muy propia de Kravchuk: en contra de la voluntad de los diputados comunistas, que la seguían considerando un emblema nacionalista más que patriótico, el presidente del parlamento permitió la presencia de la enseña en el interior del edificio, supuestamente como reconocimiento del triunfo de los demócratas de Moscú: Viacheslav Tchornovil aseguraba que los defensores de la Casa Blanca rusa habían colocado esa misma bandera en lo alto de un tanque. Los comunistas no podían rechazar una bandera que había ondeado en Moscú, aunque Moscú los hubiese abandonado.[32]

IX
SALVAR EL IMPERIO

En la tarde del 28 de agosto, una semana después de que volara a Crimea para salvar a Gorbachov, el vicepresidente ruso, Aleksandr Rutskói, viajó de nuevo al sur, esta vez para salvar la Unión Soviética. Ascendido de coronel a general en recompensa por el éxito con que había desempeñado la primera misión, Rutskói se dirigía a Kiev para resolver la crisis que había estallado en las relaciones entre Rusia y Ucrania a raíz de la declaración de independencia de esta república. Se trataba de amenazar a los ucranianos con dividir su territorio si insistían en abandonar la Unión.

Un periodista de *Nezavisimaia gazeta*, diario afín a Yeltsin, explicó así la nueva misión de Rutskói y sus colaboradores: "Hoy tendrán ocasión de transmitirles a los dirigentes ucranianos la idea de Yeltsin de que, con su salida de 'una cierta URSS', Ucrania invalida el artículo del acuerdo bilateral relativo a las fronteras". Dicho de un modo más sencillo: Rusia denunciaba el tratado que tenía firmado con la vecina Ucrania, amenazándola con fragmentar su territorio. "Es de esperar –decía a continuación el periodista– que el Soviet Supremo de Crimea declare hoy la independencia". La secesión de Crimea, región autónoma perteneciente a Ucrania, podía desencadenar un conflicto violento entre las dos repúblicas más importantes.[1]

El avión de Rutskói despegó del aeropuerto de Vnúkovo, a las afueras de Moscú. Al vicepresidente lo acompañaba un estrecho colaborador de Yeltsin, Serguéi Stankevich, que unos días antes había ayudado a retirar el monumento a Félix Dzerzhinski del centro de Moscú. Pero la delegación enviada a Kiev para hacer recapacitar a los diputados rebeldes ucranianos no estaba formada únicamente por "rusos": a la capital de la república también viajaban varios representantes del Soviet Supremo de la URSS, cuyo periodo de sesiones se había abierto hacía unos días. Unas horas antes de que Rutskói y Stankevich salieran para Kiev, los diputados soviéticos, que se habían reunido expresamente para discutir la investigación que había en marcha sobre las actividades de los golpistas, interrumpieron bruscamente el debate para abordar la crisis ucraniana, y dejaron de lado sus diferencias políticas

para elegir a los representantes que acudirían a las negociaciones entre las dos repúblicas. “Las noticias son alarmantes –decía la crónica publicada al día siguiente en el periódico *Izvestia*–, y ponen sobre aviso al parlamento, una de las pocos pilares de la Unión que quedan en pie”.

Entre los representantes soviéticos estaba el alcalde de Leningrado, Anatoli Sobchak, aliado de Yeltsin y firme partidario de la Unión. Según el artículo de *Izvestia*, Sobchak había exhortado ese día a los diputados a “centrarse en lo fundamental: impedir la desintegración de las estructuras soviéticas, poniendo fin a los debates estériles sobre asuntos que no tienen nada que ver con el peligro de hundimiento del país”. Lo acompañaban un diputado elegido por Rusia y otros dos por Ucrania. La delegación se dirigió a toda prisa al aeropuerto desde el Kremlin para tomar el avión del vicepresidente ruso. Nadie habría podido imaginar una situación así apenas unos días antes. Rusia y Ucrania, cuyos dirigentes habían formado una estrecha alianza antes del golpe y conseguido preservarla en las jornadas más sombrías de agosto, ahora estaban inmersas en una disputa territorial. Y a la inversa: los políticos rusos y soviéticos, cuyas diferencias habían parecido irreconciliables hasta ese momento, hacían frente común para salvar la Unión. Por lo demás, el papel protagonista le correspondía a Yeltsin, no a Gorbachov; de hecho, el presidente soviético estaba totalmente al margen.[2]

El viraje de Yeltsin –de socavar la autoridad de Gorbachov y del gobierno central a colaborar con el primero y apoyar al segundo– era consecuencia de su victoria en la ofensiva que había lanzado contra el presidente soviético desde que este regresara de Crimea. El 22 de agosto, cuando Gorbachov intentó convencer a los diputados rusos de que Rusia dejaría de ser Rusia si no mantenía unidas a las repúblicas, había recibido insultos y abucheos. El día 28, cuando la delegación ruso-soviética salió para Kiev, el triunfo de Yeltsin parecía total: había sustituido a Gorbachov como hombre fuerte no solo de Rusia, sino también de la Unión. La integridad de la URSS se convirtió de pronto en una de sus principales preocupaciones. Una cosa era arrancarle concesiones al gobierno central cuando era Gorbachov quien mandaba en el Kremlin; otra bien distinta era otorgar la independencia a las repúblicas cuando el gobierno central estaba hecho añicos. Ni Yeltsin ni sus colaboradores estaban preparados –política ni psicológicamente– para ello. Aceptaban, eso sí, la secesión de las repúblicas bálticas, y confiaban en que las centroasiáticas dejasen de exigir ayudas económicas a Moscú. A nadie,

sin embargo, se le había pasado por la cabeza permitir que una república eslava como Ucrania se separara de la Unión. Era la peor coyuntura imaginable.[3]

La declaración de independencia ucraniana conmocionó a la Unión Soviética y cambió radicalmente el panorama político. Ucrania se había proclamado soberana en el verano de 1990, después que la Rusia de Yeltsin; entre las repúblicas cuyos dirigentes se mantenían fieles a la Unión era, en cambio, la primera en anunciar su secesión. Armenia, Georgia y las repúblicas bálticas se le habían adelantado, pero los gobernantes de estos países se oponían al viejo régimen comunista. La Ucrania de Kravchuk les allanó así el camino a otras repúblicas dominadas por la *nomenklatura* comunista o excomunista. El 25 de agosto, un día después de que el parlamento ucraniano votara a favor de la independencia, el de Bielorrusia aprobó una declaración similar. El día 26 le tocó el turno a su otra república vecina, Moldavia y, el día 30, a la lejana Azerbaiyán. Las siguieron Kirguistán el día 31 y Uzbekistán el 1 de septiembre. Yeltsin observaba, con idéntica perplejidad y horror que Gorbachov, cómo las repúblicas iban proclamando su independencia una tras otra.[4]

Ninguna de las repúblicas que se declararon independientes después del 24 de agosto anunció, como Ucrania, un referéndum para ratificar la declaración, aunque tampoco ninguna pretendía abandonar la Unión de inmediato. Entonces, ¿qué consecuencias prácticas tenía la declaración de independencia? Si la soberanía otorgaba a las leyes de la república primacía sobre las de la Unión, la independencia permitía ignorar las segundas, pues ya solo regían las primeras. Además, con la independencia formal aumentaba el poder de los líderes de las repúblicas.[5]

El 24 de agosto fue un día decisivo no solo por el voto de los diputados ucranianos, sino también porque Yeltsin firmó tres cartas reconociendo la independencia de los países bálticos –Estonia, Letonia y Lituania–, que limitaban al este con Rusia, sin poner ninguna condición ni cuestionar las fronteras de los nuevos estados, heredadas del periodo soviético. Dejó así a centenares de miles de personas de etnia rusa, que en su mayoría habían emigrado a esas repúblicas después de la Segunda Guerra Mundial, fuera de la Unión y de Rusia. Pero el destino de estos ciudadanos no parecía preocupar al gobierno de Yeltsin.

La Rusia democrática no quiso recurrir a la violencia ni a la presión

económica, ni tampoco a argucias legales o diplomáticas, para evitar la secesión de las repúblicas bálticas. Las cuestiones territoriales y los derechos de las minorías no tenían, al parecer, demasiada importancia en ese momento. Numerosos estonios, letones y lituanos de origen ruso se oponían desde hacía años a la secesión de sus países, hasta el punto de participar en movimientos antiindependentistas apoyados por Moscú y dirigidos por los comunistas, y que habían celebrado, a principios de 1991, las medidas represivas del gobierno central. Sus líderes habían defendido abiertamente a los golpistas, y ahora les preocupaban las posibles represalias de las mayorías no rusas. El gobierno de Yeltsin, sin embargo, ignoró estos temores: sus aliados eran los nacionalistas demócratas de Tallin, Riga y Vilna, y no las minorías rusas que se habían puesto de parte de los conservadores del Kremlin.[6]

En las regiones no rusas de la Unión muchos se preguntaron si la política de Yeltsin respecto a los países bálticos sentaría un precedente en las relaciones de Rusia con otras repúblicas. Pronto se hizo evidente que no. Los demócratas de Yeltsin sentían una simpatía especial por los nacionalismos bálticos, por lo que el reconocimiento diplomático ruso no se extendió a todas las repúblicas que habían proclamado su independencia en pleno golpe de estado o con anterioridad. No lo obtuvo Georgia, que se había declarado independiente el 9 de abril, mucho antes que Estonia y que Letonia. En cuanto a Ucrania, no estaba claro si se la trataría como a la república caucásica o como a las bálticas. Dado que Yeltsin se mostró mucho más tranquilo que Gorbachov al recibir la llamada de Kravchuk en vísperas de la votación parlamentaria, existía la esperanza de que Rusia respetase la decisión ucraniana. Kravchuk telefoneó a Yeltsin un sábado, así que la reacción rusa no se conocería hasta el lunes 26, cuando finalmente se reuniera en Moscú el parlamento soviético, como había prometido el Comité de Emergencia el primer día del golpe.

En la primera sesión, un diputado de Ucrania, Yuri Shcherbak, leyó la traducción al ruso de la declaración de independencia. En ese momento, que tiempo después consideraría el más importante de su vida, estaba casi asustado. Cuando terminó de leer se hizo un silencio total en la habitualmente bulliciosa asamblea. Le pareció que los diputados se ponían pálidos. Gorbachov se levantó airado y abandonó la cámara. Según anotaría en su diario el fiel consejero del presidente soviético, Vadim Medvédev, los representantes de las repúblicas hablaron “con una sola voz de independencia, de lo superfluo del gobierno central, y de acabar con las

instituciones de la Unión".

Los defensores de la Unión alertaron al parlamento de la gravedad de la situación. Anatoli Sobchak, que se sentaba al lado de Shcherbak, se dirigió a la tribuna para declarar que "bajo esa declaración de independencia, ocultan su intento de conservar el régimen comunista, pero con otro rostro". El secesionismo le parecía una insensatez, ya que la Unión Soviética era una potencia nuclear, y su fragmentación podía llevar al descontrol de los arsenales. El vicealcalde de Moscú, Serguéi Stankevich, que también formaría parte de la delegación enviada a Kiev, dijo confiar en que sus amigos ucranianos dejasen de perjudicar a la causa de la democracia. El académico Dmitri Lijachov, que tenía un gran predicamento en Rusia, advirtió de que la caótica desintegración de la URSS podía originar conflictos fronterizos.[7]

Para muchos partidarios de Yeltsin, la independencia ucraniana no era un ataque contra el gobierno central, ya bastante debilitado, sino una traición a la democracia rusa, que había ganado la batalla contra el Goliat comunista. Además, el súbito desplazamiento del poder político que se había producido en Moscú creaba una situación impensable apenas unos días antes. Hasta ese momento, la Federación Rusa había estado en la vanguardia de la rebelión contra el gobierno central, colaborando estrechamente con los países bálticos y aprobando leyes en pro de la soberanía antes que Ucrania, Bielorrusia y casi todas las demás repúblicas soviéticas. En Moscú, casi todo el poder estaba ahora en manos de Rusia, que se enfrentaba de pronto a la cuestión de qué hacer con la URSS.

Mientras Sobchak, Stankevich y Lijachov luchaban juntos en el parlamento soviético por salvar la Unión, Yeltsin ordenó a su jefe de prensa, Pável Voshchanov, un economista de cuarenta y dos años que había pasado a dedicarse al periodismo, que redactara un comunicado advirtiendo de que "si una república rompe las relaciones que tiene con Rusia en el seno de la Unión, Rusia tiene derecho a reclamar los territorios que le corresponden". Esta política era diametralmente opuesta a la adoptada hacía apenas unos días respecto a la independencia de los países bálticos. Voshchanov recordaría más tarde que a Yeltsin, en su relación con las repúblicas no rusas, lo había guiado el deseo de "poner en evidencia a Gorbachov" demostrando que este era incapaz de mantenerlas a raya. Para su disgusto, el presidente ruso pronto se vio en la misma situación que su homólogo soviético. Yeltsin "estaba

herido", según contaría Voshchanov. "En ese momento surgió la idea de darle a entender a las repúblicas que él no era como Gorbachov". La declaración de independencia de Ucrania y el proceso que desencadenó hacían urgente transmitir ese mensaje.[8]

Pável Voshchanov hizo lo que se le había pedido. Una vez terminado el borrador del comunicado, se lo leyó por teléfono a Yeltsin. El texto definitivo decía así: "La Federación Rusa no pone en duda el derecho constitucional a la autodeterminación de todos los países y pueblos. Subsiste, sin embargo, el problema territorial, cuya no resolución es aceptable a condición de que existan relaciones amistosas, definidas en un tratado. En el caso de romperse esas relaciones, la RSFSR [República Socialista Federativa Soviética de Rusia] se reserva el derecho de plantear la revisión de las fronteras". El comunicado no nombraba a las repúblicas con las que Rusia podría entablar disputas territoriales, pero, cuando se le preguntó en la rueda de prensa a qué países se refería Yeltsin, Voshchanov mencionó Ucrania y Kazajistán. Más tarde recordaría que entre los territorios en litigio estaban Crimea y la región de Donéts (en Ucrania), Abjasia (en Georgia) y varias zonas en el norte de Kazajistán. Todas estas regiones habían pertenecido antes a Rusia.[9]

Crimea era la única región transferida de Rusia a otra república: en 1954, y para conmemorar el tricentario del establecimiento del protectorado ruso sobre el estado cosaco ucraniano, Moscú había incorporado la península a Ucrania. De los tártaros que constituían la población indígena, doscientos mil ya habían sido expulsados para entonces a Asia central. Los habitantes que quedaron eran en su mayoría de etnia rusa, aunque Crimea estaba unida geográfica y económicamente a Ucrania. La transferencia del territorio les pareció razonable a los funcionarios de Moscú, y las autoridades rusas y ucranianas la aceptaron. Crimea era, sin embargo, la excepción en la lista de Voshchanov: las demás regiones no habían pertenecido nunca a la Federación Rusa. Así, la cuenca del Donéts (conocida comúnmente como el Donbass), en el este de Ucrania, había formado parte del estado independiente ucraniano y luego de la república de la Unión; y Abjasia había sido formalmente independiente en la época soviética, y también una región autónoma integrada en Georgia. La Federación Rusa no cedió formalmente ningún territorio a Kazajistán, que había sido una república autónoma en la década de 1920 y, a partir de la siguiente, una república de la URSS.[10]

La crisis entre Rusia y Ucrania le brindó a Gorbachov la oportunidad de

recuperar parte de su autoridad. Ese día declaró en el parlamento soviético que haría todo lo que estuviese en su mano para asegurar la integridad de la Unión. “La Unión hace imposibles los conflictos territoriales –afirmó–. Pero la secesión de las repúblicas puede desatarlos”. El comunicado de Voshchanov lo aplaudieron igualmente los líderes de la facción demócrata rusa. Para muchos, la independencia de Ucrania y la de Bielorrusia no eran sino un intento por parte de los jerarcas regionales del partido de aferrarse al poder, y la democracia debía combatirlos de manera implacable. El demócrata Gavriil Popov, alcalde de Moscú y fiel aliado de Yeltsin, dijo en televisión que estaba de acuerdo con la postura del presidente ruso respecto a las repúblicas secesionistas, y que las cuestiones territoriales debían someterse a referéndum en las regiones fronterizas. Habló concretamente de Crimea y Odesa, en Ucrania, y de Transnistria, en Moldavia. La ironía era que las clases dirigentes de estas regiones habían celebrado el golpe de estado, y la mayoría de sus habitantes no sentía la menor simpatía por los líderes demócratas rusos.[11]

Pero había en Moscú quienes disentían de Yeltsin y Voshchanov. Al día siguiente de emitirse el comunicado, siete destacados demócratas encabezados por Yuri Afanásiev y Yelena Bónner, que se habían opuesto inequívocamente al golpe, firmaron un manifiesto titulado “Celebramos la caída del imperio”. Era verdad, decían que en algunas repúblicas secesionistas la clase dirigente estaba formada en su mayor parte por comunistas que habían apoyado el golpe y tendían a oprimir a la población; pero para derrotarlos había que colaborar con las fuerzas democráticas regionales: la solución no era, desde luego, restaurar el imperio. “Lo más peligroso de todo –advertían Bónner, Afanásiev y los demás firmantes– son las declaraciones del gobierno ruso amenazando con reclamar ciertos territorios a las repúblicas vecinas en caso de que se disuelva la URSS”. La única manera de crear una comunidad de repúblicas democráticas sobre las ruinas del imperio era disolver pacíficamente la URSS. Los firmantes planteaban así un claro desafío a la posición adoptada por el gobierno ruso. En los meses siguientes, sus audaces ideas iban a influir decisivamente en la nueva política rusa respecto al gobierno central y las antiguas repúblicas soviéticas. Pocos supieron, sin embargo, apreciar la importancia del manifiesto en el momento de su publicación.[12]

La postura expresada en el comunicado de Voshchanov también preocupaba mucho a los gobernantes y parlamentarios de Ucrania, Moldavia

y Kazajistán. A ninguna república le afectaban tanto las amenazas rusas como a Ucrania, que fue, por tanto, la primera en responder: el 27 de agosto, el mismo día en que se publicó el comunicado, la coalición de partidos demócratas ucranianos conocida como Rukh emitió otro en el que acusaba a los "dirigentes rusos recién convertidos a la democracia" de abrigar "ambiciones imperiales" como las que habían manifestado los bolcheviques en 1917: estos habían destruido el movimiento independentista y las instituciones democráticas de Ucrania en nombre de la revolución proletaria. El mismo día, el presídium del parlamento ucraniano difundió un documento que abundaba en este paralelismo histórico y declaraba que Ucrania no tenía ningún territorio que reclamar a Rusia, pero estaba dispuesta a examinar las posibles reivindicaciones rusas basándose en el tratado entre las dos repúblicas que Yeltsin había suscrito en noviembre de 1990. Este acuerdo garantizaba la frontera existente ente Rusia y Ucrania. Leonid Kravchuk presentó la declaración del presídium en una rueda de prensa en la que también anunció que había llamado por teléfono a Yeltsin para discutir el comunicado de Voshchanov. Al día siguiente, el presidente ruso ordenó a Rutskói y Stankevich que viajaran a Kiev para resolver la crisis.[13]

En la tarde del 28 de agosto, la delegación ruso-soviética voló a Kiev para explicar la posición de Yeltsin y sus partidarios demócratas a las autoridades del país que acababa de declararse independiente. En realidad, su misión principal era impedir o aplazar la secesión de Ucrania, y no reclamar ningún territorio. "¿No irás a pensar que necesitamos esos territorios? –le preguntó un estrecho colaborador de Yeltsin a Voshchanov, que se quedó perplejo–. ¡Lo que necesitamos es poner en su sitio a Nazarbáyev y a Kravchuk!". Naturalmente, su sitio estaba en una Unión dominada por Rusia.

El diputado del parlamento soviético Yuri Shcherbak, que viajó a Kiev con Rutskói y los demás delegados rusos como representante de las instituciones de la Unión, recordaría más tarde cómo Anatoli Sobchak le dijo lo siguiente: "No se os ocurra a los ucranianos separaros de Rusia: a fin de cuentas, somos hermanos". Según Shcherbak, tanto Sobchak como Stankevich veían con sumo recelo la declaración de independencia ucraniana. Rutskói, que hablaba bien ucraniano, se mostró muy displicente. "¿Así que vosotros, *khokhly*, habéis decidido independizaros?", les preguntó a los representantes de Ucrania, designando con un término despectivo a los

naturales de esta región.[14]

Antes de subirse al avión, Shcherbak llamó a Kiev para avisar a sus compatriotas de la llegada de la delegación. La radio ucraniana transmitió de inmediato dos mensajes del parlamento. El primero exhortaba a todas las fuerzas políticas del país a unirse en defensa de la independencia, y el segundo, dirigido a las minorías étnicas, negaba que sus derechos estuvieran en peligro. Más tarde, el presídium dictó un decreto por el que todos los centros de reclutamiento militar existentes en Ucrania pasaban a la jurisdicción de la república. Los líderes ucranianos iban afianzando su autoridad y preparando a los ciudadanos para un conflicto diplomático con Rusia.

Mientras el avión ruso se dirigía a Kiev, la radio emitió un tercer mensaje. Un dirigente del Rukh pidió a los ciudadanos de la capital que acudieran al parlamento a defender la independencia. A este llamamiento respondieron más personas de las que se habían concentrado delante del edificio el día en que se votó la independencia. Prontó se congregó una multitud decidida a defender algo que en ese momento ni siquiera existía. Shcherbak se quedaría estupefacto al ver la cantidad de ciudadanos dispuestos a luchar por la recién declarada independencia.[15]

No se sabe bien qué recibimiento esperaban Rutskói y el resto de la delegación, pero no era, desde luego, el que se les dispensó. “Cuando llegamos a Kiev –contaría más tarde Serguéi Stankevich–, no nos dejaron salir del avión. Nos retuvieron allí la mitad del día, interrogándonos sobre el objeto de nuestra visita a un estado independiente”. Rutskói apeló a la solidaridad entre eslavos y aseguró que su propósito no era otro que discutir con las autoridades ucranianas el futuro de la relaciones bilaterales en vista de la declaración de independencia.

Cuando hubo tranquilizado a los ucranianos, la delegación fue conducida al parlamento, donde no la recibieron los miembros del presídium, antiguos comunistas en su mayoría, sino los líderes de la facción demócrata. Sobchak y Stankevich se sentaron enfrente de sus viejos amigos y aliados, que intentaron convencerlos de que el estado independiente de Ucrania estaba lejos de ser un refugio para los comunistas. Sobchak, por su parte, le dejó claro al “comité de bienvenida” que la delegación de Moscú no iba a plantear ninguna disputa territorial, ni cuestionaba el derecho de Ucrania a la independencia. Consiguió así romper el hielo.[16]

Después de entrevistarse con los diputados demócratas, los representantes rusos y los parlamentarios soviéticos se sentaron a negociar con la delegación oficial ucraniana, encabezada por Leonid Kravchuk. El encuentro duró hasta bien entrada la noche. De vez en cuando, los negociadores salían para informar a los ciudadanos concentrados delante del parlamento de cómo iba la reunión, y para intentar calmar los ánimos. Cuando Sobchak les habló directamente (saltándose a sus inflexibles líderes), el resultado fue nefasto. "Tenemos que estar unidos", le dijo a la multitud, que respondió con gritos como "¡No!", "¡Vergüenza te debería dar!" y "¡Ucrania sin Moscú!"

Finalmente, pasada la medianoche, Kravchuk y Rutskói ofrecieron una rueda de prensa para informar sobre la reunión. Los dos países habían acordado crear comisiones conjuntas para dirigir la transición a la nueva etapa y avanzar en la cooperación económica. Los ucranianos estaban satisfechos; no así los rusos. "La negociación fue ardua –recordaría Stankevich–. No llegamos a definir una fórmula de asociación". O lo que es lo mismo: no encontraron el modo de coexistir en el mismo estado. Era, desde luego, una mala noticia para la Unión. Con el tiempo se vería que Ucrania no aceptaba ese acuerdo mínimo más que provisionalmente: los políticos de Kiev ya estaban pensando en lo que más tarde se daría en llamar un "divorcio civilizado".[17]

El desenlace de las negociaciones entabladas de madrugada en Kiev dejó insatifecho a Stankevich, pero dio ánimos, en cambio, a Nursultán Nazarbáyev, que había visto con desagrado cómo los rusos se apoderaban del gobierno de la Unión y quería asumir el control de las fuerzas militares y de seguridad presentes en Kazajistán. Ese mismo día telegrafió a Yeltsin pidiendo que Rutskói y el resto de la delegación viajara a su país: "En vista de que aún no se ha publicado en la prensa que Rusia haya renunciado a sus reivindicaciones territoriales en las repúblicas contiguas –le dijo al presidente ruso–, el malestar social está creciendo en Kazajistán, con resultados imprevisibles. Esta situación puede obligarnos a tomar medidas similares a las que se han adoptado en Ucrania". Seguir el ejemplo ucraniano declarando la independencia: esta amenaza, proferida por el líder de una república que contaba con armas nucleares, tuvo el efecto deseado. Después de parar a repostar, el avión de Rutskói, Stankevich y Sobchak se dirigió al este en vez de regresar a Moscú. En la capital de Kazajistán, Almatý, los tres firmaron una declaración análoga a la que habían pactado en Kiev. En la rueda de prensa que dio con Nazarbáyev, Rutskói negó que existieran disputas

territoriales entre los dos países.[18]

En Kiev y en Almatý, los dirigentes rusos pusieron mucho empeño en desmarcarse del comunicado de Voshchanov, a quien presentaron como un funcionario irresponsable, que iba por libre. Esta actitud le sorprendió mucho al jefe de prensa de Yeltsin, que apenas tenía experiencia política. Más tarde escribiría:

> Nunca olvidaré la extraña sensación que me produjo encender la televisión y oír a Rutskói y Stankevich denigrar, delante de la multitud en Kiev, al 'jefe de prensa, ese hombre tan petulante que se llevará su merecido, no os quepa duda'. Esperé impaciente a que Rutskói volviera a Moscú. En cuanto llegó me presenté en su despacho. '¿Por qué me conviertes en chivo expiatorio, Sasha?', le pregunté. El vicepresidente puso una botella encima de la mesa. 'Ay, Pável, hijo mío, ¿qué quieres que haga? Tú y yo tenemos que hacer cosas así, ensuciarnos las manos'.

Rutskói y Stankevich no fueron, sin embargo, los únicos en distanciarse de él. Yeltsin había aprobado el comunicado, pero ahora cambió de postura y desautorizó la fracasada iniciativa de su jefe de prensa. "Recibí una llamada de Boris Nikoláievich –recordaría Voshchanov–. En los muchos años que llevábamos trabajando juntos, nunca me había reprendido así. 'Has cometido un error gravísimo', me dijo. […] Por lo visto debería haberme callado después de emitir el comunicado, como si hubiese perdido el habla. No se podía nombrar los territorios en litigio bajo ningún concepto". Voshchanov tuvo que cargar con las culpas.[19]

El 28 de agosto, apenas dos días después de hacerse con el poder en Moscú, obligando a Gorbachov a obedecerlos, Yeltsin y los nuevos diputados rusos estaban en graves apuros. Era obvio que Kravchuk y Nazarbáyev habían olvidado el papel que ocupaban en la jerarquía de la Unión y se negaban a doblegarse. Las repúblicas no rusas no eran simples peones en la partida de ajedrez entre el presidente ruso y su homólogo soviético: tenían sus propios objetivos, y la unión de sus fuerzas podía vencer a dos gobernantes enfrentados. Era muy difícil, en definitiva, mantenerlas a raya. Por lo demás, cundía la discordia entre los dirigentes rusos. Varios consejeros de Yeltsin pretendían usurpar el papel del gobierno central en las

negociaciones con las repúblicas, y otros proponían fortalecer la desigual alianza entre los dos presidentes. También había quienes juzgaban absurdo luchar por una Unión que no incluía a Ucrania ni a Bielorrusia, y sí a las "antidemocráticas" repúblicas de Asia central. Y por último estaban los funcionarios, ajenos al círculo inmediato de Yeltsin, que celebraban la caída del imperio y propugnaban la disolución de la URSS, fuesen cuales fuesen las consecuencias.[20]

El fracaso de la ofensiva rusa contra los dirigentes de otras repúblicas, cada vez menos dispuestos a ceder, y la desunión en las filas de Yeltsin sobrevinieron en un momento en el que el presidente ruso estaba totalmente agotado, como solía ocurrirle en periodos de actividad febril y tensión extrema. Antes de la crisis de las fronteras, ya les había comunicado a sus colaboradores que iba a tomarse dos semanas de vacaciones fuera de Moscú. "Después del golpe de estado y los cambios en la administración, Boris Nikólaievich necesitaba un descanso", recordaría su principal guardaespaldas, Aleksandr Korzhakov. El día 29 asistió a la inauguración de la embajada rusa en Riga: los periodistas se preguntaron qué hacía allí, en la capital de Letonia, cuando en Moscú se vivía una crisis política. Resultó que había decidido descansar en un balneario del Báltico cerca de la ciudad de Jurmala, es decir, fuera de las fronteras de Rusia y de la Unión. Sería la última vez que un dirigente moscovita pasara las vacaciones en un país báltico.

"Boris Nikoláievich y yo paseamos por la playa, respirando el aire del mar –recordaría Korzhakov–. Las gaviotas graznaban, los niños desenterraban piezas de ámbar en la orilla, y, al pensar en las noches en vela que pasamos en la Casa Blanca, en la encarnizada batalla contra los enemigos políticos, parecía que hubiesen ocurrido hace mucho tiempo, o en otra dimensión". En los días siguientes, Yeltsin llamaría por teléfono a sus colaboradores, firmaría documentos y acudiría al Consejo de Diputados del Pueblo, la asamblea extraordinaria de la Unión, que había comenzado su periodo de sesiones el 2 de septiembre. Sin embargo, su ausencia de Moscú brindaría a sus rivales la oportunidad de recuperar parte del terreno perdido.[21]

Gorbachov y sus consejeros aprovecharon el deterioro de las relaciones entre las autoridades rusas y las de otras repúblicas para volver al escenario político del que parecían barridos apenas unos días antes. El presidente soviético

reapareció en la sesión parlamentaria del 28 de agosto, el día en que Yeltsin viajó a Letonia y la delegación encabezada por Rutskói, a Kiev. Por primera vez desde el golpe, se le acusó de sumisión a Yeltsin por haber aprobado el nombramiento del primer ministro ruso, Iván Siláyev, como jefe del gobierno de la Unión. “El comité de Siláyev está causando un gran revuelo –anotó ese día en su diario el consejero económico de Gorbachov, Vadim Medvédev–. La gente dice que el comité está suplantando los órganos de la Unión por órganos rusos. Al presidente se lo acusa de actuar al dictado de los rusos”.

Iván Siláyev acudió en auxilio de Gorbachov anunciando que se iba a invitar a las repúblicas a unirse al comité. Sus palabras sentaron mal a muchos diputados, ya que el presidente soviético les estaba pidiendo que aprobaran sin más la supresión del gabinete, órgano que habían creado menos de un año antes en virtud de una enmienda constitucional. Gorbachov intentó apaciguar los ánimos, pero finalmente se permitió a sí mismo criticar las acciones de Yeltsin por primera vez desde el golpe. Fracasado este, dijo, ni el presidente ni el gobierno ni el parlamento rusos tenían derecho a vulnerar la constitución intentando arrebatarle competencias al gobierno central. Se refería sobre todo a la tentativa rusa de hacerse con el control del banco central soviético en medio del caos que siguó al fracaso del golpe. Los consejeros de Gorbachov protestaron contra esta operación y, ese mismo día, Yeltsin firmó un decreto suspendiéndola. El presidente soviético y su círculo celebraron su primer triunfo sobre el enemigo ruso.[22]

El siguiente llegaría el 2 de septiembre, en la primera sesión del Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS, que tenía la potestad exclusiva para reformar la constitución. Al comienzo de la sesión, Nursultán Nazarbáyev leyó una “Declaración del presidente de la URSS y las autoridades supremas de las repúblicas”, que se conocería como 10 + 1, siendo 10 el número de repúblicas firmantes del texto y 1 el gobierno central. Unos días antes, la prensa de Moscú había publicado multitud de artículos defendiendo la idea de que fuera Rusia, y no el gobierno central, el 1 en la fórmula 9 + 1 ó 10 + 1. Pero casi ningún diputado estaba de acuerdo. A raíz de la declaración de Nazarbáyev se volvió a hablar del papel de Moscú, y Gorbachov volvió al centro del escenario político.

De hecho, la declaración era fruto de un acuerdo que reducía extraordinariamente el peso del gobierno central en la Unión, relegándolo a un papel secundario, inimaginable antes del golpe. Consensuada por

Gorbachov y los líderes de la repúblicas en una reunión la noche anterior, reflejaba la nueva realidad política, en la que Yeltsin y los demás dirigentes regionales ejercían cada vez más poder en la URSS. Leonid Kravchuk viajó a Moscú para anunciar que Ucrania estaba haciendo efectiva la declaración de independencia, pero, antes de que se ratificara en referéndum, él estaba dispuesto a participar en las negociaciones sobre el tratado de la Unión (por si acaso el resultado de la consulta era negativo). Ese día le había dicho al presidente ruso, convencido partidario de una estructura federal para la Unión, que a Ucrania solamente le parecía aceptable la fórmula confederal. Nazarbáyev defendió la misma idea, argumentando que la declaración de independencia ucraniana había convertido la Unión en una forma de asociación obsoleta. Una Unión Soviética confederal ya no sería un estado como tal, sino una alianza de estados con órganos comunes encargados de coordinar la política exterior y la de defensa.

Los dirigentes de las dos repúblicas no rusas más extensas formaron así un frente común, por lo que Gorbachov y Yeltsin tuvieron que ceder a su exigencia. La declaración de Nazarbáyev, redactada y suscrita por Gorbachov, el presidente ruso y los mandatarios de otras repúblicas, abogaba por una nueva constitución para la Unión y proponía una serie de medidas para el llamado periodo de transición, entre ellas la sustitución del Soviet Supremo y el Congreso de los Diputados del Pueblo por una asamblea constitucional formada por representantes de los parlamentos de las repúblicas; la creación de un nuevo órgano ejecutivo, el consejo de estado, integrado por el presidente de la Unión y los dirigentes de las repúblicas; y la formación de un comité económico constituido por representantes regionales, y que reemplazaría no solo al ya extinto gabinete, sino también al polémico comité presidido por Siláyev.

Además, Nazarbáyev propuso que las repúblicas firmaran un nuevo tratado de la Unión y amplios acuerdos económicos y de seguridad para garantizar sus derechos y libertades. Las repúblicas manifestaron su voluntad de integrarse en las Naciones Unidas. En realidad, Nazarbáyev estaba trazando en su declaración el esquema de la toma del poder en Moscú no por parte de una república, operación que había intentado Yeltsin, sino de todas. El presidente de Kazajistán se proponía, como el de Rusia, abolir la constitución vigente, que consideraba inservible. La declaración exigía, para sorpresa de los delegados, que el Congreso de los Diputados del Pueblo aprobara este ataque contra la ley fundamental de la Unión, y luego se

disolviera. En sus memorias, Gorbachov y Yeltsin hablan en términos muy favorables de la iniciativa de Nazarbáyev e incluso defienden su constitucionalidad. En el momento de su presentación, hicieron todo lo posible por convencer al Congreso de los Diputados del Pueblo de que aprobara el documento y luego se disolviera.[23]

Cuando Nazarbáyev hubo leído la declaración, se anunció de pronto un receso, sin dar a los diputados la oportunidad de hacer preguntas ni expresar su opinión. El escándalo fue general, pero la pausa les permitió tranquilizarse. "Esas decisiones eran la última oportunidad de salvar el país y, por tanto, inevitables –explica en sus memorias el fiel aliado de Gorbachov, Vadim Medvédev, que participó en la sesión–. No parecían muy democráticas, pero la situación era así de desesperada". Medvédev se queda corto. En el parlamento soviético eran muchos los que no pensaban ceder. El debate iba a durar cuatro días.[24]

"Al presidente de Kazajistán, el camarada Nazarbáyev, por el que siento respeto, se le está ofreciendo el papel del célebre marinero Zhelezniak", declaró desde la tribuna el diputado A. M. Obolenski. Se refería a Anatoli Zhelezniakov, el marinero de la flota del Báltico que a principios de 1918 capitaneó la unidad militar bolchevique que obligó a la asamblea constitucional rusa a disolverse. "Los dirigentes de las repúblicas han contribuido así al desmantelamiento definitivo del régimen soviético –prosiguió Obolenski–. Dejemos de tratar a la constitución como a una prostituta, sometiéndola a los deseos del nuevo cortesano". No sabemos si estaba pensando en Yeltsin o en Gorbachov, pero, en cualquier caso, terminó su discurso exigiendo la dimisión del presidente soviético. "En la tribuna de oradores se habló de *traición, conspiración* y *expolio del país*", recordaría más tarde Yeltsin, que había regresado de Letonia y presidía la sesión.

Finalmente, al cabo de varios días de debate, Gorbachov y los líderes de las repúblicas obligaron al Congreso de los Diputados del Pueblo a obedecer. A Gorbachov, según Yeltsin, "siempre le costaba mucho contenerse cuando decían cosas tan desagradables de él y, cuando ya no pudo más, se dirigió a la tribuna y amenazó con disolver el congreso por la fuerza si los diputados no lo hacían voluntariamente. Consiguió así aplacar la ira de unos cuantos oradores, y la propuesta para la creación de un consejo de jefes de estado se aprobó fácilmente". El congreso aceptó la declaración de Nazarbáyev y se disolvió, pero no sin antes arrancar una modesta concesión a la otra parte: el

Soviet Supremo, asamblea regular de la URSS, que no tenía autoridad para cambiar la constitución, seguiría existiendo. Más tarde, Gorbachov se mostraría satisfecho con esta decisión: a fin de cuentas, quedaba en pie una institución soviética de la que podría valerse en su pugna con los dirigentes de las repúblicas.[25]

El 5 de septiembre se clausuró el Congreso y, al día siguiente, Gorbachov convocó la primera reunión del Consejo de Estado, integrado por el presidente soviético y los dirigentes de las repúblicas. "En la nueva situación política –recordaría Yeltsin–, Gorbachov ya solo tenía un cometido: el de unir a las repúblicas que se estaban disgregando". En cualquier caso, volvía a estar en el centro del escenario político, y, aunque su poder se había visto claramente recortado, todavía le correspondía una función importante, con la que Yeltsin y los líderes de las demás repúblicas estaban conformes de momento. A finales de agosto, el presidente del parlamento armenio, Levon Ter-Petrosián, había explicado así el acuerdo en una entrevista concedida al semanario *Argumenty i fakty:* "Si Yeltsin permite la resurrección del gobierno central, Gorbachov podrá seguir. Pero, de momento, [el presidente soviético] solamente es necesario para asegurar la estabilidad".[26]

Había terminado el enfrentamiento abierto entre el gobierno central y las repúblicas. El acuerdo pemitió a las que aún no estaban dispuestas a abandonar la Unión postergar la decisión definitiva. El presidente ruso había cerrado un capítulo reconociendo la independencia de los países bálticos y fomentando así la rebelión de otras repúblicas contra Moscú; y la declaración de independencia de Ucrania había abierto otro, en el que Rusia, por primera vez, se sentía responsable del futuro del gobierno central y del de las repúblicas. Poco después de que el Congreso de los Diputados del Pueblo aprobara la declaración de Nazarbáyev, Yeltsin firmó un decreto anulando los aspectos de disposiciones anteriores que vulneraban las competencias de la Unión. Y es que había llegado a un acuerdo provisional con Gorbachov por el que los dos presidentes colaborarían para salvar el imperio.

Yeltsin y su gobierno se instalaron al poco tiempo en un edificio del Kremlin. El líder ruso exigió y obtuvo un coche blindado como el de Gorbachov. "Había un espíritu de colaboración entre los dos presidentes –recordaría el guardaespaldas de Yeltsin, Aleksandr Korzhakov–. La única ventaja que Mijaíl Serguéyevich tenía respecto a Boris Nikoláievich no estaba en el Kremlin, sino en la residencia de Ogarevo, a las afueras de

Moscú. Allí se reunían los dirigentes de las otras repúblicas, Gorbachov se tomaba su coñac preferido, uno armenio, y se comportaba como un zar en la mesa. Yeltsin estaba furioso y hacía comentarios mordaces sobre él, pero sus colegas no le apoyaban". En Moscú existía un poder bicéfalo que no se había dado en Rusia desde la Revolución de 1917. Nadie sabía, sin embargo, cuánto podía durar ni lo que sucedería si una de las partes decidía romper el acuerdo que sostenía la Unión a duras penas.[27]

A los presidentes que compartían el poder en el Kremlin los mantenían unidos dos factores que ahora escapaban a su control: los dirigentes de las repúblicas no rusas, que no querían que ninguno de los dos mandatarios tuviera más poder que el otro, y el presidente de Estados Unidos, que todavía era fiel a Gorbachov y confiaba en que su alianza con Yeltsin asegurara la continuidad de una Unión Soviética débil pero estable. Por lo demás, y como había ocurrido durante el golpe, Yeltsin tenía que mostrarse dispuesto a colaborar con Gorbachov como condición inexcusable para consolidar su relación con Bush y con occidente en general. El 24 de agosto le dijo al embajador estadounidense, Bob Strauss que "por ahora, Gorbachov y yo nos llevamos muy bien", y le pidió que se lo comunicara así a Bush. Strauss resumiría así la impresión que sacó de la entrevista: "[Yeltsin] es consciente de su autoridad y de su nuevo papel, pero por otro lado quiere que se sepa que está colaborando con Gorbachov… desde una posición de fuerza".[28]

CUARTA PARTE

LA DESUNIÓN SOVIÉTICA

X
EL DILEMA DE WASHINGTON

George H. W. Bush estaba sentado en la terraza con vistas al mar de su residencia de Kennebunkport, disfrutando del buen tiempo y observando a las gaviotas que se posaban en las rocas desde las que solía pescar. Era la primera hora de la tarde del 2 de septiembre, el día en que el Congreso de los Diputados del Pueblo comenzó sus deliberaciones. Unas horas antes, Bush había anunciado al mundo que Estados Unidos reanudaba sus relaciones diplomáticas con los países bálticos –las antiguas repúblicas soviéticas de Estonia, Letonia y Lituania–, que acababan de recobrar la independencia de la que habían gozado en el periodo de entreguerras. Estos países desempeñaban un papel importante en la política estadounidense respecto a la Unión Soviética. La Casa Blanca había pasado meses presionando a los soviéticos para que reconocieran la independencia de Lituania. Restablecidas las relaciones diplomáticas, ¿cuál era el siguiente paso? ¿Debía Washington apoyar las aspiraciones independentistas de otras repúblicas o, por el contrario, intentar salvar lo que quedaba de la Unión Soviética? Esta era la cuestión fundamental a la que se enfrentaría la administración Bush en los días y meses siguientes.[1]

El presidente, cuyas vacaciones terminaban ese día, había rematado su almuerzo con una copa de jerez. Estaba meditabundo. “Hace hoy exactamente cuarenta y siete años, mi avión fue derribado cuando sobrevolaba las islas Bonin –dictó a la grabadora–. Desde entonces han pasado tantas cosas… en mi vida y en el mundo”. El 2 de septiembre de 1944, un avión Avenger pilotado por el teniente George H. W. Bush, de veintidós años, despegó del portaaviones USS San Jacinto. Era una de las cuatro aeronaves torpederas que habían de atacar las instalaciones militares japonesas de la isla de Chichi-jima. El avión de Bush fue alcanzado por una batería antiaérea, pero el joven teniente consiguió llegar a la isla y, después de lanzar las bombas, regresar al portaaviones. Cuando las llamas empezaron a devorar el avión, el piloto y los otros dos tripulantes se arrojaron al océano, pero solo se abrieron dos de los paracaídas. Bush fue el único superviviente:

un submarino estadounidense lo rescató cuando llevaba cuatro horas flotando en una balsa. El teniente fue condecorado por su valor. En su vida posterior sucederían multitud de acontecimientos extraordinarios, los suficientes para llenar como mínimo, tres vidas: la suya y las de sus dos compañeros caídos en combate.[2]

En efecto: el mundo había cambiado mucho en cincuenta años. En septiembre de 1944, el poderoso aliado de Estados Unidos, Iósif Stalin, se apoderó de Rumanía y Bulgaria y lanzó una gran ofensiva para recuperar Tallin y Riga, capitales de Estonia y Letonia, que la Unión Soviética se había anexionado en el verano de 1940 y Alemania había ocupado más tarde, después de invadir la URSS. Franklin D. Roosevelt no había querido reconocer la doble anexión soviética, aunque, en diciembre de 1943, le había dicho a Stalin que tampoco estaba dispuesto a declararle la guerra por este asunto, lo que suponía un reconocimiento de facto, confirmado tácitamente en la conferencia de Yalta, a principios de 1945. Estados Unidos siguió una estrategia muy calculada a lo largo de la Guerra Fría: por un lado aceptaba, de hecho, el control soviético de los países bálticos, y por otro se negaba a reconocer la soberanía de la URSS sobre estos territorios. Las embajadas estonia, letona y lituana estaban cerradas, pero el gobierno estadounidense colaboraba con las legaciones bálticas.[3]

Nicholas Burns, de treinta y cinco años, que en 1991 trabajaba para el Consejo de Seguridad Nacional, ejerciendo de enlace entre la Casa Blanca y las comunidades bálticas de Estados Unidos, escribiría más tarde:

> Desde el principio dedicamos mucha atención a las repúblicas bálticas. Aceptábamos la soberanía soviética sobre Armenia, Turkmenistán y Ucrania, pero no sobre los países bálticos, que la URSS se había anexionado por la fuerza. Mantuvimos abiertos los consulados y protegimos el oro del Báltico que habíamos recibido en 1940. Eran muchos los congresistas que defendían la libertad de los tres países, y además existía una organización muy activa e influyente, el Joint Baltic American National Committee, con el que me reuní a menudo cuando trabajaba en la Casa Blanca. El gobierno tenía mucho interés en apoyar la causa independentista.[4]

El apoyo –no siempre explícito– a la independencia de las repúblicas

bálticas había sido un elemento importante de la política exterior estadounidense en la Guerra Fría. A juicio de Washington, Estonia, Letonia y Lituania, que habían sido independientes en el periodo de entreguerras, estaban entre los países ocupados ilegítimamente por la Unión Soviética. No se pensaba lo mismo del oeste de Ucrania, ni de Moldavia, ni del oeste de Bielorrusia: estos territorios habían pertenecido a Rumanía y Polonia en el mismo periodo, y más tarde, como los países bálticos, se habían incorporado a la URSS en virtud del Pacto Molotov-Ribbentrop de 1939. La diferencia, por tanto, estaba en que ninguno había sido independiente entre 1918 y 1939 ni había sido reconocido nunca como tal en el derecho internacional. Para los expertos estadounidenses en política internacional, las repúblicas bálticas pertenecían a la misma categoría que Polonia, Hungría y Checoslovaquia, y la retirada soviética de Europa del este no sería total hasta que hubiesen recobrado la independencia.[5]

Los soviéticos no compartían este punto de vista y ni siquiera lo comprendían del todo. Para ellos, los países bálticos no pertenecían a Europa oriental: habían sido provincias del imperio ruso y, en la revolución de 1917, la intervención imperialista de las potencias occidentales se los había arrebatado. Después de recuperarlos a raíz del pacto Molotov-Ribbentrop, los habían vuelto a perder en 1941, y reconquistado finalmente en la guerra con Hitler. Por lo demás, consideraban que los aliados occidentales habían aceptado esta nueva realidad geopolítica en la conferencia de Teherán y en la de Yalta. Permitir la secesión de las repúblicas bálticas era impensable para aquellos dirigentes soviéticos que seguían encastillados en la mentalidad de la Guerra Fría y sostenían que, anexionándose esos territorios, la URSS se había resarcido de la injusticia infligida por occidente después de la revolución. Pero existía un motivo inmediato para retenerlas: su independencia sentaría un precedente para otras repúblicas y supondría el fin de la Unión Soviética. Como el ministro de Asuntos Exteriores Eduard Shevardnadze le dijo en cierta ocasión a Jack Matlock, los países bálticos no eran los únicos que habían sido conquistados y retenidos por la fuerza.[6]

Gorbachov y sus consejeros conservadores ya habían intentado recurrir a la fuerza, pero no habían podido hacerlo de manera sistemática: el principal obstáculo era la posición de Estados Unidos y otros países occidentales. A principios de 1991, después de la represión practicada por el ejército soviético en las repúblicas bálticas, Bush le explicó sin rodeos a su homólogo el coste de tomar una medida así. El 24 de enero, el embajador de Estados

Unidos, James Matlock, le entregó a Gorbachov una carta en la que Bush dejaba claro que el mantenimiento de la ayuda estadounidense a la maltrecha economía soviética dependía de que Moscú se abstuviera de recurrir al uso de la fuerza en los países bálticos:

> Confiaba en que se habría dado algún paso hacia una resolución pacífica del conflicto con los dirigentes electos de los países bálticos. Sin embargo, no he observado cambios positivos en este aspecto, por lo que no me queda otra opción que responder. A menos que se produzcan esos cambios en un plazo muy breve, suspenderé varios elementos de nuestra relación económica, entre ellos los créditos del Export-Import y de la Commodity Credit Corporation, el apoyo a la concesión del 'estatuto de asociado especial' a la Unión Soviética en el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y la mayor parte de nuestros programas de ayuda técnica. Por lo demás, y si llegan a cerrarse el Tratado Bilateral de Inversión y el Tratado Fiscal, no los remitiré al senado de Estados Unidos para su ratificación.

En la carta, Bush relacionaba la historia de la ayuda económica de Estados Unidos a la URSS con la política soviética respecto a los países bálticos: "Usted me pidió personalmente que firmara el Tratado Comercial y así lo hice, a pesar del bloqueo económico que la Unión Soviética había impuesto a Lituania. Me aseguró que se esforzaría por resolver pacíficamente sus diferencias con los dirigentes de las repúblicas bálticas. Unas semanas después levantó el bloqueo y entabló un diálogo con el líder lituano y los de las otras repúblicas. Desde entonces se fue ampliando la cooperación económica, proceso que culminó con las medidas que tomé el 12 de diciembre para ayudar a su país a superar las dificultades a las que se iba enfrentando a medida que se aproximaba el invierno". Pero la represión armada del movimiento independentista en los países bálticos hacía imposible mantener la ayuda económica: "Por desgracia, y en vista de los acontecimientos ocurridos en las últimas dos semanas –y que se han saldado con la muerte de al menos veinte personas en los países bálticos–, no puedo, en conciencia, continuar con esta política".[7]

"Nadie quiere asistir a la desintegración de la Unión Soviética", le aseguró a Gorbachov en la misma carta. No trataba de engañar al presidente soviético: la administración Bush no se proponía acabar con la Unión Soviética

abanderando la independencia de las repúblicas bálticas. “Les ruego que no abran un segundo frente en las repúblicas bálticas”, le dijo en 1988 el ministro adjunto de Asuntos Exteriores de la URSS, Anatoli Adamishin, a su homólogo estadounidense, Thomas Simons, quien respondió que su país no tenía la menor intención de hacerlo, pues no quería contribuir a la desmembración de la Unión Soviética. Así fue en 1989, en 1990 y hasta en 1991. Sin embargo, pensara lo que pensara Bush de sus acciones y las de su gobierno, defender la independencia de los países bálticos era favorecer la disolución de la URSS.

En los dos últimos años del mandato de Gorbachov, la dependencia soviética de la ayuda económica occidental fue uno de los factores que llevaron al presidente a intentar resolver la crisis báltica otorgando más autonomía a las repúblicas rebeldes. Esta política sentaba un precedente peligroso. Según la constitución soviética, que había dejado de ser papel mojado con el comienzo de la perestroika, las repúblicas bálticas tenían los mismos derechos que todas las demás, incluidas las tres más importantes, a saber, Rusia, Ucrania y Kazajistán. Cuando Gorbachov y sus consejeros propusieron leyes que reconocieran derechos especiales a Estonia, Letonia y Lituania, otras repúblicas se sintieron discriminadas y exigieron igualdad de trato. Al negarse el gobierno central a ceder a sus exigencias, empezaron a ir por libre. Así se explican las sucesivas declaraciones de soberanía: en el otoño de 1988, Estonia aprobó la primera, y en el verano de 1990 ya se habían multiplicado por toda la Unión Soviética. Las declaraciones de independencia aprobadas después del golpe también siguieron el ejemplo de las repúblicas bálticas.[8]

Por lo demás, la Casa Blanca sabía de sobra que el apoyo a la independencia de estas repúblicas perjudicaba a Gorbachov y, en consecuencia, los intereses de Estados Unidos en otras regiones del mundo. El independentismo de los países bálticos era contrario a los objetivos generales de la política exterior estadounidense. “Hay muchas cosas en juego para otros países del mundo, y también para nosotros –le escribió Bush a Gorbachov en 23 de enero de 1991, refiriéndose a la cuestión báltica–. Estoy pensando en el control armamentístico, pero también en Afganistán, Cuba, Angola y otros muchos problemas regionales. Luego está la natural prudencia de los alemanes y los polacos, que rechazan un cambio de política respecto a la Unión Soviética”. En definitiva, y como dijo el entonces consejero adjunto de seguridad nacional, Robert Gates, la administración Bush tenía asuntos

más importantes que atender: las reivindicaciones independentistas de los países bálticos ponían en peligro el diálogo entre Estados Unidos y la URSS.[9]

Pero también había que tener en cuenta la política nacional. Bush, del que nunca se fio del todo la derecha republicana, no podía ignorar las aspiraciones de los ciudadanos estadounidenses de origen báltico. "Los líderes de las comunidades bálticas y los 'expertos' me atacaron en la prensa –recordaría años después–: decían que contemporizaba demasiado con Gorbachov, aceptando ingenuamente su 'nueva doctrina' y sus reformas". En vísperas de su viaje a Moscú y Kiev recibió una carta firmada por cuarenta y cinco congresistas, que lo instaban a aprovechar la cumbre para "presionar a los soviéticos para que entablasen un diálogo directo y efectivo con los dirigentes de los países bálticos".

La independencia de estos países era uno de los asuntos a tratar no solo con Gorbachov, sino también con Boris Yeltsin y Leonid Kravchuk, los otros dos líderes con los que tenía previsto entrevistarse en su visita. Gorbachov, sin embargo, invocaría las leyes soviéticas, que, como bien sabía Bush, hacían imposible la secesión. Así que el presidente estadounidense estaba entre la espada y la pared: por un lado, su homólogo soviético se mostraba inflexible en la cuestión báltica; por otro, no paraba de recibir críticas en Estados Unidos. Dada la presión de las comunidades bálticas y los defensores con los que contaban en el Partido Republicano, es de suponer que el presidente Bush y sus consejeros se limitaron a hacer lo que les exigía la política nacional, confiando en que las piezas del rompecabezas de la política exterior acabaran encajando de algún modo.[10]

Y puede decirse que encajaron. El fracaso del golpe de estado le infundió a Bush la esperanza de que Gorbachov se decidiese a liberar a las repúblicas bálticas. "Un cauto Gorbachov –anotó el 21 de agosto en su diario– no tiene que preocuparse tanto por los elementos conservadores de su país: el ejército, el KGB, etcétera. Puede que avancemos en los asuntos de Cuba, Afganistán, los países bálticos, etcétera". Estos países, que se habían declarado independientes bien durante el golpe, bien con anterioridad, necesitaban la aprobación del parlamento soviético para legitimar plenamente su decisión. Una vez más, sus dirigentes se dirigieron a Bush en busca de ayuda. "Si usted, señor presidente, aconseja a M. Gorbachov que apoye la resolución –decía el presidente del parlamento lituano, Vytautas Landsbergis, en una carta enviada a Washington poco después de que fracasara el golpe–, este asunto

tal vez se resuelva pronto y de manera satisfactoria". Según Landsbergis, Gorbachov tenía una última oportunidad de demostrar sus convicciones democráticas: "No sabemos cuánto tiempo persistirá M. Gorbachov en su postura, pero aún puede contribuir a la independencia de los países bálticos, y salvar así la cara hasta cierto punto", argumentó el líder lituano, que terminó exigiendo a Bush el inmediato "reconocimiento de Lituania".[11]

Desde el fracaso del golpe había ido aumentando la presión sobre Bush para que reconociera a los países bálticos. El 23 de agosto, el senador republicano por el estado de Washington, Slade Gorton, le escribió exigiéndoselo, puesto que "la acción militar llevada a cabo en esos países rompió definitivamente sus vínculos con la Unión Soviética". El senador se refería al estado de emergencia que se había instaurado en las repúblicas bálticas durante el golpe. En este aspecto, Estados Unidos iba rezagado respecto a otros países como Islandia, que había reconocido a Estonia y Letonia casi inmediatamente después de que se proclamaran independientes, el 20 y el 21 de agosto, respectivamente. Rusia había hecho lo propio el día 24. Así pues, Bush telegrafió a Gorbachov advirtiéndole de que Estados Unidos ya no podía esperar más y reconocería la independencia de los países bálticos el día 30. El presidente soviético le pidió que aguardara hasta el 2 de septiembre, pues confiaba en que el Consejo de Estado la reconociera ese mismo día. Resultó, sin embargo, que el nuevo órgano ejecutivo soviético no iba a reunirse hasta el 6 de septiembre.[12]

Bush no podía aplazar más el anuncio, que llegaría finalmente el 2 de septiembre, el día que Gorbachov había propuesto al principio (y el último de las vacaciones del presidente estadounidense). Después de comer, y mientras disfrutaba de las vistas al mar desde la terraza de Kennebunkport, se puso a dictar a la grabadora: "Hoy he dado una rueda de prensa en la que he reconocido a los países bálticos. Antes llamé a los presidentes de Estonia y Letonia; con el de Lituania, Landsbergis, hablé hace un par de días. Les conté lo que íbamos a hacer y les expliqué por qué habíamos esperado unos días. Había querido utilizar la autoridad de Estados Unidos no para presumir ni adelantarme a todo el mundo, sino para convencer a Gorbachov de que se apresurara, de que les concediera lo antes posible la libertad a los países bálticos". Unos días antes había escrito a Landsbergis recordándole que "nunca hemos reconocido la anexión de Lituania a la Unión Soviética, y estamos orgullosos de haber apoyado al pueblo lituano en tantas

circunstancias difíciles a lo largo de los últimos cincuenta y un años”.[13]

La cuestión de qué hacer con la Unión Soviética fue la más importante que tuvo que afrontar el presidente Bush a su regreso de las vacaciones, a principios de septiembre. El problema era que ni él ni sus consejeros tenían claros los siguientes pasos: en una situación que iba cambiando rápidamente, la Casa Blanca optó más que nunca por la prudencia. Tal vez fuera la política acertada. A Bush, según reconocería el mismo, no le parecía “conveniente para Estados Unidos desempeñar un papel activo que influyera en el resultado de lo que estaba ocurriendo en la Unión Soviética”. Y es que temía, como el consejero de seguridad nacional, Brent Scowcroft, que la injerencia estadounidense desencadenara otro golpe de estado. “Hacer declaraciones y ejercer presiones podía ser contraproducente –escribirían más tarde Bush y Scowcroft–: corríamos el peligro de provocar al ala dura del régimen soviético y estimular así la oposición a las reformas”.[14]

El 5 de septiembre, el día en que el Congreso de los Diputados del Pueblo decidió prescindir de la constitución soviética y disolverse, Bush convocó al Consejo de Seguridad Nacional. La reducción armamentística y la seguridad de los arsenales soviéticos eran los principales puntos del orden del día, pero los asistentes dedicaron gran parte de la reunión a discutir la estrategia general respecto a la Unión Soviética que la Casa Blanca aún no había definido. El presidente empezó diciendo que “los países bálticos eran libres por fin y, con las declaraciones de independencia multiplicándose rápidamente, la situación era compleja”. Qué duda cabe de que lo era. El gobierno distinguía claramente su política respecto a los países bálticos de la que había adoptado respecto a las demás repúblicas de la Unión: lo que era bueno para Estonia, Letonia y Lituania no lo era para Ucrania. Ahora bien, si Estados Unidos decidía apoyar al poder central frente a las repúblicas, había que preguntarse quién ejercía ese poder: Yeltsin y sus jóvenes revolucionarios o Gorbachov y sus veteranos reformistas. La prensa llevaba tiempo criticando a Bush por defender a Gorbachov e ignorar a Yeltsin. ¿Había llegado el momento de confraternizar con el presidente ruso? “Yeltsin era un héroe, un auténtico héroe, pero ¿qué imagen iba a tener al cabo de un mes?”, escribirían Bush y Scowcroft años después, recordando el dilema al que se enfrentaban.[15]

Ese día, el presidente pidió consejo a sus colaboradores, aunque les dejó

claro que se inclinaba por la cautela. “No deberíamos actuar simplemente para dar la impresión de que estamos haciendo algo”, les dijo. El único que no parecía de acuerdo era el secretario de Defensa, Richard Cheney, quien, al contrario que Bush y Scowcroft, pensaba que Estados Unidos podía y debía influir en los acontecimientos: “Doy por sentado que aún pueden pasar muchas cosas –dijo–. Podría llegar a instaurarse un régimen autoritario. Si todo se tuerce, ¿qué diremos dentro de un año, cuando se nos reproche no haber hecho lo suficiente?”. Estaba a favor de una intervención activa: “Tenemos que tomar la iniciativa, tratar de dirigir las cosas”.[16]

Cheney propugnaba estrechar relaciones con las repúblicas soviéticas, política que favorecería la disolución de la URSS, que a su vez reduciría la amenaza soviética y, con el tiempo, el presupuesto del Pentágono. El secretario de Defensa no distinguía entre la secesión de los países bálticos y la de Ucrania: Estados Unidos debía apoyar a cuantos países quisiesen ser independientes. De momento, propuso que Estados Unidos abriera consulados en todas las repúblicas. Que la ayuda humanitaria de Estados Unidos y el G7 pasara por Moscú (asunto que Scowcroft sacó a relucir en la reunión) era muestra de lo que consideraba “un enfoque caduco”. En sus memorias, Bush y Scowcroft describen el planteamiento de Cheney como “un esfuerzo apenas disimulado por fomentar la desintegración de la URSS”.

Finalmente le correspondió a James Baker responder al desafío de Cheney. El secretario de Estado era amigo personal de Bush y tenía un gran ascendiente sobre él, como sabían cuantos trabajaban en la Casa Blanca. Estaba de acuerdo con Cheney en que la postura estadounidense podía influir en los acontecimientos. “Las cosas se decidirán sobre el terreno –decía un informe redactado por sus colaboradores–, pero (como ocurrió, sin duda, durante el golpe) las acciones de los diferentes líderes dependerán en gran medida de nuestras declaraciones”. Antes de la reunión del Consejo de Seguridad Nacional, Baker había emitido un comunicado de prensa que enunciaba los cinco principios en los que había de basarse la política estadounidense. En realidad era un mensaje dirigido a los líderes de las antiguas repúblicas soviéticas, y en el que les explicaba lo que Estados Unidos esperaba de ellos. Se mencionaba la autodeterminación pacífica de las naciones, el respeto a la democracia y a la legalidad, el respeto a los derechos humanos, en especial los de las minorías étnicas, y lo último pero no lo menos importante, el cumplimiento por parte de la URSS de sus obligaciones internacionales: el departamento de Estado era claramente contrario a enterrar

el acuerdo START, que se acababa de negociar con Gorbachov.

El presidente soviético se había esforzado mucho por mejorar las relaciones entre los dos países, por lo que Baker y sus consejeros no querían defraudarlo. Gorbachov y los miembros de su círculo eran viejos conocidos, gente simpática y de comportamiento predecible. En cambio, nadie en el departamento de Estado conocía bien a Yeltsin ni al ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andréi Kozyrev, no digamos a los dirigentes de las demás repúblicas. Personas próximas a Eduard Shevardnadze ya le habían advertido al secretario de Estado estadounidense de la crisis del poder central y el auge de los nacionalismos. Después del golpe, los funcionarios del departamento de Estado redactaron un memorando para Baker en el que subrayaban "la posibilidad real de que las declaraciones de independencia desencadenen conflictos territoriales, económicos y militares entre las repúblicas". "Debemos aplazar la apertura de los consulados [en las repúblicas] y hacer todo lo posible por fortalecer el gobierno central", dijo Baker en la reunión del Consejo de Seguridad Nacional. También hizo hincapié en que la desintegración de la URSS podía llevar a la violencia y al derramamiento de sangre, así como a la proliferación nuclear.[17]

A Cheney no lo convencieron estos argumentos: a su juicio, la administración Bush no hacía sino desperdiciar las oportunidades que se le iban presentando. "¿Qué papel deberíamos desempeñar en Ucrania? –preguntó, refiriéndose al problema fundamental que planteaba la declaración de independencia de la segunda república más importante de la Unión Soviética–. Por ahora solo estamos reaccionando a lo que ocurre", añadió.

El presidente preguntó si Ucrania se incorporaría a la Unión. "No, va a estar fuera –contestó Cheney–. Lo que nos interesa es la rotura pacífica de la Unión Soviética. Si se trata de una asociación voluntaria, adelante. Pero si la democracia fracasa, cuanto más pequeña sea la Unión, mejor", dijo.

"Lo que nos conviene es que la Unión Soviética se disuelva pacíficamente. No queremos otra Yugoslavia", respondió Baker.

Scowcroft se mostró de acuerdo con el secretario de Estado y le preguntó si sería partidario de la Unión en el caso de que su disolución llevara a un derramamiento de sangre. "Queremos que los cambios de fronteras se produzcan sin violencia, conforme a los acuerdos de Helsinki", contestó, como era de esperar, Baker.

Scowcroft insistió: "Pero, si llevara a un derramamiento de sangre,

¿deberíamos oponernos a la disolución?". Baker era partidario de seguir con la misma política de colaboración con los dirigentes de las repúblicas, pero sin promover la desintegración territorial. Cheney discrepaba: convenía, según él, intensificar los contactos con las repúblicas.

El único asunto en el que el presidente Bush propuso tomar medidas concretas fue el del desarme nuclear. En opinión del jefe del Estado Mayor Conjunto, el general Colin Powell, que asistió a la reunión, los arsenales soviéticos no correrían peligro mientras siguiesen en manos del ejército y no de los políticos. Llevaba años participando en negociaciones nucleares y había conocido a no pocos altos mandos del ejército soviético: en general, la cúpula militar le inspiraba confianza. No se fiaba, en cambio, de los nuevos líderes políticos, ni estaba a favor de la transferencia a Rusia de las cabezas nucleares que había en otras repúblicas. Mientras el gobierno central siguiera existiendo y el ejército controlando los arsenales, Estados Unidos tenía una oportunidad –quizá la última– de avanzar en las negociaciones nucleares con la URSS. Bush le pidió a Cheney que preparara una propuesta de reducción armamentística, iniciativa que permitiría ahorrar dinero y demostraría que la administración Bush no se limitaba a reaccionar a lo que iba ocurriendo en la Unión Soviética. El presidente decidió, por tanto, avanzar todo lo posible en un terreno que conocía bien: el desarme nuclear. Los ciudadanos estadounidenses querían que se recortaran los arsenales, y Gorbachov aún estaba en condiciones de cumplir el acuerdo. El gobierno de Estados Unidos trataría de mantener a la Unión Soviética con vida el mayor tiempo posible.[18]

James Baker comprendió el alcance de los cambios ocurridos en la Unión Soviética desde el fracaso del golpe cuando viajó a Moscú el 10 de septiembre, para asistir a la inauguración de una conferencia sobre derechos humanos celebrada bajo los auspicios de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). Lo que vio le pareció "irreal": al lado de la Casa Blanca rusa había barricadas y ramos de flores depositados en memoria de los tres jóvenes que habían muerto allí hacía menos de tres semanas; y, en la conferencia, escuchó un discurso del ministro de Asuntos Exteriores de Lituania. "Si alguien nos hubiese dicho hace dos meses que el ministro de Asuntos Exteriores de una Lituania independiente iba a hablar de forma tan positiva en septiembre en una conferencia de la OSCE en Moscú –le escribió a George Bush–, le habríamos preguntado qué se había fumado".

Los derechos humanos eran una cuestión embarazosa para los responsables de la política exterior soviética desde la firma de los acuerdos de Helsinki de 1975, cuando la URSS se había comprometido a respetar los derechos humanos en su territorio. Las autoridades habían faltado a esta obligación encarcelando a los mismos disidentes políticos que trataban de vigilar su cumplimiento. El asunto se convirtió en un arma de la propaganda antisoviética de occidente y en un tabú del discurso político en la URSS. Sin embargo, con la llegada al poder de Gorbachov, los dirigentes soviéticos empezaron a abrir la mano. Ahora los disidentes estaban en libertad, dirigían frentes populares, e incluso gobernaban en los países bálticos y otras repúblicas soviéticas. La conferencia sobre derechos humanos celebrada en Moscú indicaba la magnitud de los cambios que se estaban produciendo en la Unión Soviética.[19]

No faltaban, en el Moscú de septiembre de 1991, motivos de asombro y de satisfacción para el secretario de Estado estadounidense y otros visitantes occidentales. El respeto a los derechos humanos era un ejemplo, pero también cabía mencionar la actitud abierta de las autoridades soviéticas. James Baker se entrevistó con el primer ministro ruso, Iván Siláyev, que también dirigía, de facto, el nuevo gobierno de la Unión, en el despacho (previamente ocupado por Stalin) donde Valentín Pávlov, que entonces era primer ministro y ahora estaba preso, y los políticos del ala dura del régimen habían planeado su operación contra Gorbachov la noche del 18 de agosto. También visitó el antiguo despacho de Vladímir Kryuchkov, exdirector del KGB. Lo recibieron en la puerta del edificio el nuevo responsable, Gorbachov, y el nuevo director, Vadim Bakatin, el político de talante liberal que Yeltsin había elegido para desmantelar la organización. El secretario de Estado estaba “un poco nervioso”, según les confesó a los periodistas.

Gorbachov, Yeltsin, sus subordinados y los dirigentes de las repúblicas trataron con idéntica cordialidad a Baker, que estaba impaciente por retomar los asuntos que Estados Unidos había juzgado prioritarios antes del golpe, intentando convencer al presidente soviético de que hiciese las concesiones que Bush no había logrado arrancarle en la cumbre de Moscú. Así, después de la secesión de las repúblicas bálticas, los estadounidenses pretendían que la URSS dejase de ayudar a los régimenes de Cuba y Afganistán, apoyados por Moscú. “Dado el incierto futuro de la Unión Soviética –recordaría Baker–, teníamos mucha prisa por obtener concesiones”. El secretario de Estado les dejó claro a Gorbachov y a Yeltsin que la ayuda económica estadounidense

dependía de la retirada del apoyo soviético a esos régimenes. “Los dos aceptaron enseguida –cuenta en sus memorias–; de hecho, casi competían a ver quién se mostraba más dispuesto a colaborar con nosotros”. Gorbachov, que ya no representaba al Partido Comunista, le dijo: “Sí, nos hemos gastado ochenta y dos mil millones de dólares en ideología”.

Para asombro de Baker, Gorbachov aceptó no solo acabar con la ayuda soviética a Cuba, sino también anunciar la decisión en la rueda de prensa conjunta que se disponían a ofrecer en el Kremlin. En ningún momento consultó el asunto con Fidel Castro. Fue un gran triunfo para la política exterior estadounidense: el 1 de enero de 1992, la Unión Soviética cortaría la ayuda a Cuba y retiraría todos sus soldados de la isla. Se fijó el mismo plazo para Afganistán. “Voy a decirle a Gorbachov que lo haga”, contestó Yeltsin nada más oír la propuesta de Baker, y acto seguido llamó por teléfono al presidente soviético. Finalmente le aseguró al secretario de Estado que el plazo iba a cumplirse. Al día siguiente se anunció en Moscú un acuerdo por el que la Unión Soviética y Estados Unidos se comprometían a terminar con la ayuda a sus respectivos aliados en Afganistán.

El gobernante prosoviético del país, Mohammad Najibulá, se enteró de la retirada del paquete anual de ayuda económica seis horas antes del anuncio, pero puso al mal tiempo buena cara. Unos meses después sería depuesto de su cargo y, en septiembre de 1996, ahorcado por los talibanes. Las imágenes de su cadáver, difundidas por los medios de comunicación en todo el mundo, anunciarían la tragedia afgana, que nadie supo, sin embargo, predecir en septiembre de 1991. En cualquier caso, Baker podía felicitarse por el gran éxito de la diplomacia estadounidense. El embajador en Moscú, Bob Strauss, le pasó una nota que decía: “Las dos reuniones de hoy son históricas”. El secretario de Estado se la devolvió después de añadir el siguiente comentario: “Eso es decir muy poco”.[20]

¿Por qué estaban los soviéticos tan dispuestos a ceder? El nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Boris Pankin, a quien se había nombrado para el puesto diplomático más importante como recompensa por haber sido el único embajador de la URSS en condenar públicamente el golpe antes de que fracasara, explicaría así este afán contemporizador:

> Necesitábamos la ayuda económica de Estados Unidos y con tal de conseguirla estábamos dispuestos a hacer muchas concesiones. Por

> eso aceptamos la independencia de los países bálticos, nos retiramos del Tercer Mundo y redujimos nuestro apoyo a Cuba. Ya no podíamos pemitirnos esa clase de relaciones, aunque el hecho de abandonarlas lo presentamos como una muestra de buena voluntad. Nuestras declaraciones y las de los estadounidenses hablaban de distensión, pero en realidad nos movían necesidades económicas, y los estadounidenses lo sabían perfectamente.

Pankin tendría buenos motivos para destacar el factor económico años después, al analizar y justificar en sus memorias la política exterior que practicó la Unión Soviética en el decisivo otoño de 1991. Pero no era una simple cuestión de *realpolitik*, como recuerda en el libro. El otro factor importante era la revolución ideológica que llevaba años fraguándose entre los funcionarios de tendencia liberal del ministerio de Asuntos Exteriores y del departamento Internacional del Comité Central, y que estalló cuando fracasó el golpe.

De esta nueva corriente participaba no solo Yeltsin, sino también Gorbachov. “Tenemos que cambiar de prioridades, deshacernos de prejuicios –dijo el presidente soviético en su primera reunión con Pankin–. Si Yasir Arafat y Gadafi se declaran amigos nuestros es solo porque sueñan con que volvamos al pasado. Basta ya de hipocresía”. La ideología comunista fue desterrada de la política exterior, y se impuso un liberalismo que tenía mucho que ver con la admiración que habían empezado a sentir los soviéticos por los éxitos económicos y la hegemonía cultural de Estados Unidos.[21]

“Queríamos ser aceptados –contaría Pankin–. Toda nuestra clase dirigente andaba por entonces obsesionada con la idea de convertirnos en un ‘país civilizado’”. Fue esta necesidad de aceptación la que lo guió en su primer encuentro con Baker, a quien empezó por entregarle un memorando interno que había redactado para Gorbachov, exponiendo la nueva política exterior de su país: los soviéticos estaban dispuestos a cambiar de postura en asuntos que iban desde Afganistán hasta Europa del este, pasando por Israel y Cuba. Seguramente quería darle a entender a Baker que la diplomacia soviética no tendría, en lo sucesivo, nada que ocultar al “mundo civilizado”. Mientras el secretario de Estado leía, sorprendido, el documento, Pankin le dijo lo siguiente: “Espero que podamos llegar a un acuerdo sobre muchas de estas cuestiones. Pero solo le ruego una cosa: aunque el acuerdo esté más cerca de su posición que de la nuestra, le agradecería que evitase la tentación de

decirle a la prensa que nos han arrancado concesiones. Todo esto surge de las ideas de quienes hoy dirigen nuestra política exterior".[22]

Parecía que los soviéticos aspiraran a ser más papistas que el papa. Baker seguramente no comprendía del todo las razones ideológicas que los llevaban a ceder con tanta facilidad, pero las económicas estaban bien claras. Iván Siláyev, jefe del Comité Económico que funcionaba como gobierno interino de la Unión, le dijo que la situación económica era "grave", y que no se proponía mejorarla –de lo que era incapaz el gobierno–, sino evitar que empeorara. El alcalde de Moscú, Gavriil Popov, que había apoyado sin reservas a Yeltsin durante el golpe, le contó que, en realidad, el gobierno central ya no existía. Las repúblicas y las grandes ciudades como Moscú no tenían quien las ayudara. "Moscú no podrá sobrevivir al invierno", reconoció, y luego le pidió ayuda: necesitaban huevos, leche en polvo y puré de patatas. "Su ejército almacena algunos de estos alimentos, y los tira al cabo de tres años. Pero no nos importa que estén caducados". Baker se quedó estupefacto. "Era triste oírle reconocer los problemas a los que se enfrentaba un país cuyo máximo dirigente había hablado en cierta ocasión de 'enterrar a occidente'", cuenta en su memorias. El alcalde de San Petersburgo, Anatoli Sobchak, y su ayudante, Vladímir Putin, con los que se entrevistó en su breve paso por la antigua capital imperial, estaban igual de preocupados por el siguiente invierno.

Después de reunirse con los nuevos líderes demócratas, que querían cambios, pero que obviamente no estaban preparados para gobernar el país, Baker escribió a Bush proponiendo una especie de plan Marshall para la Unión Soviética. "Es de importancia capital para nosotros que los demócratas triunfen. Si es así, el mundo cambiará según nuestros valores y aspiraciones. […] Si fracasan, el mundo se volverá mucho más peligroso. Estoy casi seguro de que, si defraudan a la gente, vendrá un líder autoritario de la facción conservadora y xenófoba".[23]

El gran asunto que surgió en casi todas las conversaciones que Baker tuvo en Moscú fue el de las relaciones entre el gobierno central y las repúblicas. "Por favor, no se apresure a reconocer a todos esos países nuevos", le pidió el nuevo ministro de Defensa, Yevgueni Sháposhnikov. Pero el secretario de Estado no tenía prisa. Como la Casa Blanca aún no había formulado una estrategia clara, podía actuar con bastante autonomía. Las reuniones que tuvo

en Moscú y San Petersburgo confirmaron su suposición de que los demócratas estaban concentrados en el gobierno central: ayudarlo era favorecer la democracia. Baker les dijo a cuantos estaban dispuestos a escucharlo que las repúblicas y el gobierno central tenían que llegar a un arreglo para que occidente supiese con quién discutir las reformas económicas y la ayuda humanitaria.

El secretario de Estado consiguió organizar un almuerzo con los primeros ministros de las repúblicas. Era sorprendente lo mucho que habían cambiado las cosas desde el mes de marzo, cuando Gorbachov y sus colaboradores frustraron el intento del embajador estadounidense, Jack Matlock, de reunir en la embajada a los dirigentes regionales. Ahora Baker, que era el único político que les inspiraba confianza como mediador, aprovechó la ocasión para limar asperezas y aliviar tensiones entre los nuevos líderes. Ejerció, en efecto, de intermediario entre el gobierno central y los dirigentes de las repúblicas. Al primer ministro ucraniano, Vitold Fokin, le aseguró que la ayuda humanitaria llegaría a todas las repúblicas: a cambio, Fokin prometió que Ucrania firmaría el tratado económico con Rusia y las demás repúblicas postsoviéticas.[24]

Las negociaciones que Baker entabló en Moscú con las repúblicas contaron con el pleno apoyo del presidente estadounidense. George Bush hacía todo lo posible en el plano diplomático para mantener con vida a la Unión Soviética. No era una tarea fácil. Pudo apreciar la gravedad de la crisis el 25 de septiembre, cuando recibió en la Casa Blanca al presidente del parlamento ucraniano, Leonid Kravchuk, que había sido su anfitrión en Kiev. Cinco mil representantes de las organizaciones ucraniano-americanas se habían concentrado tres días antes enfrente de la Casa Blanca, en el parque Lafayette, para manifestar su apoyo a la independencia de Ucrania y exigirle a Bush, a quien se seguía criticando por su discurso del “pollo Kiev”, que cambiara de postura respecto a la secesión de las repúblicas soviéticas. “Fue usted el último en reconocer a los países bálticos. Sea el primero en reconocer a Ucrania”, rezaba una pancarta.

Kravchuk le pareció más seguro de sí mismo y mucho menos simpático de lo que se había mostrado en Kiev hacía menos de dos meses. Entonces, el líder ucraniano había coincido con él en que era necesario rechazar lo que Bush llamaba el “nacionalismo suicida”. El presidente de Estados Unidos seguía oponiéndose a la secesión de todas las repúblicas menos las bálticas;

en cambio, Kravchuk había cambiado claramente de postura. Su apoyo a la independencia de Ucrania ya no era la simple jugada táctica de un *apparatchik* cuyo futuro político se veía amenazado por el triunfo de los demócratas de Moscú. “La independencia la conquistan los ciudadanos –declaró ante los medios de comunicación estadounidenses–. Por eso los ucranianos dirán sí a la independencia el 1 de diciembre [día previsto para el referéndum], y empezaremos a construir un nuevo país: Ucrania”.[25]

Había emprendido la tarea de defender la independencia ucraniana en el escenario internacional, así que aprovechó la visita a la Casa Blanca para intentar atraer a su causa al hombre más poderoso del mundo. Su dictamen sobre la Unión Soviética no era el que Bush y sus consejeros deseaban oír: “La Unión Soviética se está desintegrando prácticamente. No hay gobierno. El Soviet Supremo de la Unión Soviética ha dejado de existir”. Y terminó así su exposición: “La Unión no tiene futuro. Lo que hay es una lucha por el poder, y nosotros no podemos formar parte de una Unión en la que algunos miembros son más poderosos que otros”. Se refería, evidentemente, a la alianza entre Gorbachov y Yeltsin y al papel que Rusia aspiraba a desempeñar en la nueva Unión. Por lo demás, pidió a la administración Bush que apoyara la democracia ucraniana, estableciera relaciones diplomáticas directas con la república, permitiera a esta abrir oficinas comerciales en Estados Unidos y, finalmente, reconociera su independencia. Pero no había acudido a la Casa Blanca únicamente para pedir favores. También tenía algo que ofrecer: Ucrania no quería, dijo, tener armas nucleares.

Bush no estaba contento. Según dice en sus memorias, Kravchuk “no parecía comprender las consecuencias de las acciones que proponía”. El día anterior, el presidente estadounidense se había entrevistado con el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Boris Pankin, quien le había asegurado que si inmediatamente después del golpe se habían multiplicado las declaraciones de independencia, en las últimas semanas, sin embargo, los dirigentes de las repúblicas se habían dado cuenta de que tenían que colaborar entre ellos. No era esta la impresión que le había transmitido Kravchuk. En su encuentro con el líder ucraniano, Bush percibió “el descontento de las repúblicas con la Unión”. Le prometió tanto apoyar la democracia y las reformas económicas, como enviar alimentos y ayuda humanitaria. En cuanto a las relaciones entre el gobierno central y las repúblicas, se limitó a reiterar la postura oficial: Estados Unidos no pretendía influir en los cambios que se estaban produciendo en la Unión Soviética, pero deseaba que esas relaciones se

definiesen con claridad, y que se aprobara un plan económico viable. El reconocimiento de Ucrania, a diferencia del de los países bálticos, dependía del resultado del referéndum.

La entrevista debía durar cuarenta y cinco minutos, pero ya llevaban una hora y media hablando, y Bush le hizo notar que se estaba acabando el tiempo. Kravchuk se apresuró entonces a hacer el último ruego. Después de dar las gracias por la oferta de ayuda humanitaria, el líder ucraniano dijo, para sorpresa de Bush, que lo que necesitaba su país eran inversiones y tecnología. Sus palabras contrastaban con las de los representantes de Moscú, que les suplicaban a Bush y a Baker que enviasen comida. “La nuestra es una situación difícil –explicó Kravchuk–. La Unión Soviética ha recibido alimentos, pero Ucrania no. Ahora tenemos que pagar las deudas [de la Unión]. Mientras la Unión Soviética recibía ayuda humanitaria, nosotros le enviamos sesenta mil toneladas de carne y leche [a precios nominales]. […] Lo que nosotros les pedimos son créditos para comprar tecnología. Queremos animar a los empresarios a invertir en Ucrania. Queremos trabajar”. Kravchuk les estaba recordando que Ucrania producía alimentos, no los importaba, y que sus intereses eran distintos de los de otras repúblicas. La prioridad de su país era comerciar con el extranjero y atraer capitales.

Bush dejó momentáneamente de lado su aparente neutralidad en lo tocante a las relaciones entre el gobierno central y las repúblicas, y le hizo una pregunta directa que revelaba la premisa oculta de la política estadounidense: “¿No comprende que tiene que haber una unión económica con Moscú? Creemos que esa es la condición necesaria para captar inversiones”. “Me gustaría que la hubiera, siempre y cuando el gobierno central hiciese algo –respondió Kravchuk–. Pero el gobierno central es incapaz de hacer nada. Estamos perdiendo tiempo. La Unión Soviética es un país enorme. Es imposible llevar a cabo con celeridad las reformas económicas en todo el país”.

Los dos líderes se despidieron sin llegar a un acuerdo. Kravchuk procuró mostrarse lo más amable posible con Bush en sus declaraciones a la prensa, que acusaba al presidente estadounidense de tomar claro partido por Gorbachov: “Estoy convencido –dijo– de que el presidente Bush empieza a ver las cosas de manera diferente”. Más tarde, sin embargo, resumiría así su posición: George Bush quería que la Unión Soviética siguiera existiendo, pues lo prioritario para él era la seguridad de los arsenales nucleares. Kravchuk respetaba esta postura, que creía acorde con los deseos de quienes

lo habían elegido para gobernar el país.[26]

George H. W. Bush quería, en efecto, que la Unión Soviética sobreviviera. Su continuidad era esencial para la política de seguridad estadounidense, que seguía centrada en las armas nucleares soviéticas. Cuando el presidente se entrevistó con el cada vez más combativo Kravchuk, Dick Cheney y los expertos de Defensa ya habían redactado la propuesta de reducción armamentística que Bush había encargado tres semanas antes en la reunión del Consejo de Seguridad Nacional. El documento se remitió de inmediato a Gorbachov y a los aliados de Estados Unidos en Europa occidental. El 27 de septiembre, Bush llamó por teléfono al primer ministro británico, John Major, al presidente francés, François Mitterrand, y al canciller alemán, Helmut Kohl, para explicar su propuesta y pedirles que la apoyaran. También habló con Gorbachov. A simple vista parecía una iniciativa unilateral: Estados Unidos proponía eliminar sus armas nucleares tácticas, así como retirar los vehículos de reentrada múltiple e independiente (MIRV) de sus misiles balísticos intercontinentales (CBM). En realidad se estaba invitando a la URSS a hacer lo mismo. "No tenemos pensado negociar –le aclaró Scowcroft al secretario general de la OTAN, Manfred Wörner–. Es una medida unilateral. Ahora bien, si los soviéticos rechazan nuestra propuesta, puede que tengamos que reconsiderarla".[27]

El éxito de la iniciativa dependía finalmente de la respuesta soviética. En la conversación telefónica que tuvieron el día 27, Bush le dijo a Gorbachov lo siguiente: "Explicaremos con detalle lo que pensamos hacer y, en algunos casos, las medidas similares que podría tomar la Unión Soviética. Por ejemplo: vamos a eliminar todos los misiles balísticos intercontinentales menos los de una sola cabeza, y nos gustaría decir que la Unión Soviética va a hacer lo mismo".

Gorbachov se mostró interesado, pero evitó compromisos concretos. "Gracias por tus explicaciones, George –le dijo al presidente estadounidense–. Como nos estás pidiendo una respuesta, solo te puedo decir (porque aún hay muchas cosas que aclarar) que en principio nos parece bien". Bush le dijo que lo comprendía, y luego le preguntó si podía anunciar que su reacción inicial era positiva. Gorbachov le dio su consentimiento.[28]

Gorbachov habló con Bush en presencia de los altos mandos militares con los que acababa de analizar el texto de la propuesta. El nuevo jefe del Estado

Mayor, el general Vladímir Lobov, se mostró muy escéptico. Y es que, según Scowcroft, la eliminación de las armas nucleares tácticas favorecía los intereses inmediatos de Estados Unidos. Así, en el caso de Alemania, la reunificación del país había vuelto obsoletas las armas estadounidenses, que, en el caso de ser utilizadas, alcanzarían los territorios orientales que había pasado a controlar Bonn. En el caso de Corea del Sur, el gobierno de Seúl quería eliminarlas para poder entablar relaciones diplomáticas con su vecino del norte. Por último, los gobiernos de Japón y Nueva Zelanda se oponían a la presencia en sus puertos de buques estadounidenses provistos de armamento nuclear. La iniciativa unilateral evitaba las dificultades inherentes a una negociación larga y a la ulterior verificación.

Según recordaría el consejero en política internacional de Gorbachov, Anatoli Cherniaev, que presenció la conversación telefónica, "Lobov trató de presionar: aquello nos perjudicaba; nos iban a engañar; no había reciprocidad, etcétera. Mijaíl Serguéyevich sostenía lo contrario, señalando con el dedo del texto de Bush". Después de su conversación con el presidente estadounidense, Gorbachov les habló a los generales de una obra de teatro que había visto con su mujer unos días antes, y que se basaba en la novela *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder, publicada en 1948: había advertido, decía, ciertos paralelismos entre los últimos días de la república romana y la época que vivían. Los militares lo escucharon sorprendidos. "Hay en él, a la hora de tratar con los nuevos generales, una mezcla de candidez y de hacerse el listillo", anotó Cherniaev en su diario. En cualquier caso acabó convenciéndolos de que aceptaran la propuesta estadounidense. Resultaron ser mucho más transigentes que sus predecesores.

"Después del golpe de agosto de 1991 –cuenta Boris Pankin en sus memorias–, muchos militares se avergonzaban de su tácita complacencia con los golpistas, cuando no del apoyo activo que les habían prestado. Por eso preferían no hacer mucho ruido, lo que nos daba un amplio margen de maniobra". Cherniaev atribuía la propuesta de Bush a la influencia de la "nueva filosofía" de Gorbachov, que él mismo había contribuido a forjar. "¿Se dan cuenta de que la nueva política de Estados Unidos, las nuevas relaciones que buscan con nosotros, surgen de la nueva filosofía?", les dijo a los generales después de la conversación telefónica. No se daban cuenta, al parecer. Las palabras de Cherniaev sorprendieron a los estadounidenses, pero no a Gorbachov, que seguía creyendo en su capacidad transformadora de la política internacional.

Ocho días más tarde, el 5 de octubre, el presidente soviético llamó a Bush no ya para aceptar el reto que este le había planteado, sino para animarle a avanzar aún más en el desarme. Le propuso prohibir los ensayos nucleares durante un año e invitar a las demás potencias nucleares a sumarse a la iniciativa de reducción armamentística. Los soviéticos se desharían de sus armas nucleares tácticas, negociarían con Estados Unidos sobre los vehículos de reentrada múltiple, y reducirían unilateralmente en setecientos mil sus efectivos terrestres. Ahora les tocaba a los estadounidenses sorprenderse y consultar con sus generales. "Disentíamos en algunos puntos –recordaría Bush–, pero, en general, [la conversación] fue muy franca y muy positiva". Su jugada había funcionado. Los soviéticos intentaban, como los estadounidenses, hacer de la necesidad virtud recortando su presupuesto militar, pero no cabe duda de que los dos países y el mundo entero salieron beneficiados. El acuerdo al que llegaron en el otoño de 1991 serviría de base al tratado START II, suscrito por Bush y Yeltsin en enero de 1993.[29]

Unos días después, cuando convocó de nuevo al Consejo de Seguridad Nacional, Bush tenía buenas noticias: el plan de reducción de arsenales nucleares que habían discutido en la reunión anterior estaba funcionando. Sin embargo, la situación de la Unión Soviética seguía siendo incierta, y los estadounidenses todavía se enfrentaban al dilema de a quién apoyar, si al gobierno central o a las repúblicas. Al reanudarse el debate sobre estas cuestiones, Dick Cheney intentó una vez más convencer al presidente de que cambiara de estrategia tomando claro partido por las repúblicas. "Cheney seguía estando solo", recordaría Robert Gates, que estuvo presente en la reunión. Todos estaban de acuerdo en que había que apoyar la democracia y las reformas económicas, pero existía división de opiniones sobre la mejor manera de hacerlo. "Apoyar a Moscú es oponerse a las reformas", arguyó Cheney. James Baker discrepaba: "Los de Moscú *son* reformistas". El secretario de Estado resumió así su posición: "No nos conviene promover la disolución de la Unión Soviética en doce repúblicas. Tenemos que apoyar *sus* aspiraciones, siempre y cuando concuerden con *nuestros* principios". Al final no se tomó ninguna decisión concreta. La administración Bush seguiría sin inclinarse claramente por ninguna de las partes: ni por el gobierno central ni por las repúblicas, ni por Gorbachov ni por Yeltsin.[30]

XI
EL ARCA RUSA

"Se lo agradezco con toda mi alma", le dijo Boris Yeltsin a George Bush antes de colgar el teléfono. El presidente de Estados Unidos le había llamado para interesarse por su salud y ofrecerle ayuda médica. En Rusia era la primera hora de la tarde del 25 de septiembre. Al líder ruso, que seguía agotado por las experiencias vividas en agosto, le había empezado a doler el pecho unos días antes. Y es que sus breves vacaciones no lo habían ayudado a reponerse: tenía que descansar más. "He leído en la prensa que posiblemente necesite atención médica –dijo Bush nada más oír su voz al otro lado de la línea–. Le ofrezco el mejor hospital de Washington para recuperarse".

Después del fracaso del golpe, George Bush había adquirido la costumbre de telefonear a los dos presidentes que había en el Kremlin. "Sabíamos que Gorbachov estaba cada vez más débil, y Yeltsin cada vez más fuerte: el presidente Bush empezó a tratar con los dos al mismo tiempo –recordaría Nick Burns, que trabajaba para el consejo de Seguridad Nacional y a menudo tomaba notas sobre las llamadas de Bush a Moscú–. Pusimos mucho empeño en colaborar con Gorbachov y con Yeltsin. Así que, cuando el presidente Bush hablaba con Gorbachov, solía llamar justo después a Yeltsin". Al presidente ruso lo conmovían, evidentemente, estas muestras de consideración. "Muchas gracias, señor presidente –le dijo a Bush al final de su conversación telefónica del 25 de septiembre–. Me faltan palabras para agradecerle lo atento que se ha mostrado conmigo". Los dos convinieron en no revelar a la prensa lo esencial de la conversación para que la gente, dijo Yeltsin, no se preocupara demasiado.[1]

Ese día, la prensa rusa no hablaba de su salud, sino del éxito diplomático que había obtenido en el Cáucaso septentrional: con la ayuda del presidente de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev, había negociado un alto el fuego entre Azerbaiyán y Armenia en Nagorno Karabaj, donde había estallado el primer conflicto étnico de la época de la perestroika. "Teníamos una misión difícil en Nagorno Karabaj –le contó a Bush–, pero al final conseguimos que las dos

partes se sentaran a hablar, y firmamos un acuerdo". También le comunicó que iba a tomarse otro descanso corto. Ese mismo día, su portavoz, Pável Voshchanov, declaró que se iba de vacaciones "no para descansar, sino para hacer nuevos planes y escribir otro libro en un ambiente tranquilo".

La necesidad de reposo y de tratamiento médico fue, sin embargo, el motivo principal por el que Yeltsin abandonó Moscú por segunda vez en menos de un mes. Se alojó en una mansión propiedad del estado, Bocharov Ruchei, en Sochi, a orillas del mar Negro. No avanzó mucho con su libro de memorias, pero tuvo tiempo de sobra para pensar en los "nuevos planes" y discutirlos con sus numerosos visitantes. Su principal guardaespaldas, Aleksandr Korzhakov, le organizó partidos de tenis y sesiones de sauna, pero en Moscú se corrió la voz de que el presidente ruso estaba bebiendo demasiado. "Dicen que se emborracha, y que la única ambulancia de la ciudad está siempre aparcada cerca de la dacha, lista para salir en cualquier momento", anotó en su diario Anatoli Cherniaev, consejero de Gorbachov.[2]

Fuera cierto o no este rumor (y de un colaborador de Gorbachov no se podía esperar demasiada benevolencia con Yeltsin), el presidente ruso se marchó de la capital en un momento crítico para el nuevo gobierno. "Es como si Napoleón se fuese a la Riviera a escribir poesía después de derrotar en Austerlitz a los ejércitos austríaco y ruso", declaró en el parlamento ruso un partidario de Yeltsin. "El país se encaminaba a la ruina", recordaría su principal consejero, Gennadi Burbulis. El gobierno de la Unión estaba sumido en el caos, y el gobierno ruso aún no había tomado el control de la situación: podía decirse que no mandaba nadie. "Ese vacío de poder no podía durar indefinidamente –explicaría Burbulis muchos años después–. Había que instaurar lo antes posible un gobierno que funcionara. Pero entonces Yeltsin se fue a Sochi".[3]

En Moscú había tres focos de poder enfrentados: uno de ellos lo formaban Gorbachov y sus colaboradores; los otros dos estaban en el gobierno ruso. Con Yeltsin fuera de la capital, el combate se volvió implacable. Una parte de su gobierno quería emprender reformas políticas y económicas profundas, lo que supondría romper lazos económicos con las demás repúblicas; otra propugnaba avanzar más despacio, coordinando los esfuerzos de Rusia con los del resto de la Unión. Gorbachov pretendía restaurar la antigua Unión con otro nombre, y con un gobierno central lo más fuerte posible. Mientras las autoridades centrales seguían sumidas en el desconcierto, las repúblicas

dejaron de transferir sus ingresos fiscales a Moscú, y aprove-charon su recién adquirido derecho a emitir moneda para comprar productos industriales en Rusia. En las ciudades industriales rusas, los alimentos escaseaban cada vez más. El mes de octubre sería decisivo para el futuro del país y el de toda la Unión. Yeltsin tenía que hacer una elección, pero quiso tomarse su tiempo.[4]

Las disensiones internas del gobierno ruso se hicieron públicas el 27 de septiembre, con la dimisión del primer ministro, Iván Siláyev, que desde finales de agosto también dirigía el gobierno interino de la Unión Soviética. Y es que le había resultado imposible representar a la vez al gobierno central y al de la principal república de la Unión. Los dirigentes de las otras repúblicas lo acusaban de favorecer a Rusia, y los ministros rusos, de defender los intereses del poder central. Las críticas de los segundos arreciaron tras remitirles Siláyev una circular aconsejando la suspensión de los decretos que había firmado Yeltsin sobre los bienes de la Unión y la introducción de aranceles rusos. El primer ministro no quería ejecutar estas disposiciones, que en muchos casos se habían dictado inmediatamente después del golpe de estado de agosto, hasta haber consultado con otras repúblicas. Sus adversarios interpretaron la carta como un intento de restaurar el antiguo gobierno central.[5]

Obligado a elegir entre Rusia y la Unión, Siláyev finalmente optó por la segunda. Fue el propio Yeltsin quien lo ayudó a decidirse: a mediados de septiembre, el presidente ruso lo llamó por teléfono para proponerle que siguiera dirigiendo los asuntos económicos de la Unión. Siláyev perdió la batalla burocrática que venía librando contra el círculo inmediato de colaboradores de Yeltsin, los funcionarios que este se había traído a Moscú desde su ciudad natal de Sverdlovsk. En una conversación privada con James Baker, Nursultán Nazarbáyev los llamó la “mafia de Sverdlovsk”. Entre ellos estaba el personaje más influyente de Rusia después de Yeltsin, el secretario de Estado Gennadi Burbulis, así como el jefe de la administración presidencial y el vicepresidente primero. Mientras Siláyev abogaba por llevar a cabo las reformas de manera gradual y en colaboración con las demás repúblicas, Burbulis, en cambio, propugnaba lo que vendría a conocerse como “terapia de choque”, un método expeditivo que se había aplicado con éxito en Polonia, y que consistía en liberalizar los precios de golpe, aun a costa de un sensible empeoramiento a corto plazo de las condiciones de

vida.[6]

Burbulis y sus partidarios –entre ellos el ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Kozyrev, y el de Información, Mijaíl Poltoranin– defendían ante todo los intereses de Rusia, tratando de arrebatar poder al gobierno central, y lo más rápido posible. No estaban dispuestos, por tanto, a retrasar las reformas en su país para adaptarse a las necesidades de aquellas otras repúblicas que rechazaban su estrategia o no estaban listas para unirse a Rusia en un acelerado proceso de transformación social y económica. Burbulis confiaba, para llevar adelante su proyecto, en un grupo de economistas que venían analizando la situación del país desde finales de agosto.[7]

Estos expertos trabajaban en un complejo de edificios del gobierno situado en el pueblo de Arkhangelskoe, donde Yeltsin y sus colaboradores habían recibido el 19 de agosto la noticia del golpe de estado. El grupo lo encabezaba Yego Gaidar, un prometedor intelectual de treinta y cinco años que había trabajado en los años de la perestroika como redactor jefe de economía de las dos principales publicaciones del Partido Comunista, el periódico *Pravda* y la revista *Kommunist*. Había crecido en un ambiente privilegiado: sus dos abuelos eran escritores célebres; de uno de ellos, Arkadi Gaidar, era sin duda el autor de literatura infantil más popular de la Unión Soviética; todos los adolescentes habían leído la novela *Timur y su equipo*, un superventas publicado en 1940 que describía la lucha entre su protagonista, Timur, y unos camorristas que campaban por sus respetos en una colonia de dachas cerca de Moscú. Timur era también el nombre del hijo del autor –y padre de Yegor–, un oficial de alto rango de la armada y periodista experto en asuntos militares de *Pravda*. Yegor pasó gran parte de su infancia y adolescencia en el extranjero, primero en Yugoslavia y luego en Cuba, donde su padre estuvo destinado como corresponsal.

En 1980, Yegor Gaidar se doctoró en Economía por la prestigiosa universidad de Moscú, ingresó en el Partido Comunista y empezó a trabajar para diversos centros de estudios y laboratorios de ideas de la capital. Se dedicaba principalmente a desarrollar un proyecto de reforma de la economía soviética inspirado en las medidas liberalizadoras que se estaban tomando en Yugoslavia y Hungría. Gracias a la perestroika pudo divulgar sus ideas en las principales publicaciones del partido. Además creó su propio instituto de investigación y se convirtió en el líder de un reducido grupo de economistas jóvenes que se ocupaban de elaborar un plan reformista para el gobierno de la

Unión. Según el consejero económico de Gorbachov, Vadim Medvédev, Gaidar "participó en multitud de reuniones con representantes del gobierno donde se analizaba la situación y se intercambiaban ideas". Gorbachov llevaba meses considerando la idea de acometer reformas drásticas, y había llegado a defender el programa que proponía un equipo de economistas encabezado por Stanislav Shatalin, y que fijaba un plazo de quinientos días para la transición a una economía de mercado. Finalmente se conformó con una versión descafeinada de este plan, que no establecía ningún plazo ni aclaraba los procedimientos concretos para aplicarlo.[8]

Después del golpe de estado de agosto, Gaidar pasó a asesorar principalmente al gobierno ruso. Su valedor más importante era Gennadi Burbulis, al que había conocido en pleno asedio de la Casa Blanca, cuando acudió al edificio para defender la incipiente democracia rusa. A finales de ese mes propugnó –y fue de los primeros en hacerlo– que el gobierno ruso se hiciera con el control de las instituciones de la URSS, pues solo así podía, a su juicio, salvarse la Unión. Más tarde describiría una situación hipotética en la que sobrevivía el imperio: "Gorbachov renuncia de inmediato a su cargo y se lo cede a Yeltsin, por ser este el presidente de la república más importante de la Unión. Yeltsin toma legítimamente el control de los órganos de la Unión y, haciendo valer su autoridad como líder de todos los rusos, procede a fundir los dos centros de poder".

No fue esto lo que ocurrió entonces, y Gaidar lo atribuyó a la indecisión y la pasividad del gobierno ruso, el mismo que unas semanas después, sin embargo, les brindaría a él y a su equipo una oportunidad única de poner en práctica sus ideas económicas, pasando así, por fin, de las palabras a la acción. Llevaban meses presionando al gobierno de Gorbachov para que les permitiera ejecutar su plan liberalizador, pero las autoridades soviéticas no se decidían. Ahora la crisis era tan grave que el gobierno ruso tuvo que intervenir. Gaidar y sus compañeros se pusieron manos a la obra, convencidos de que, a menos que se tomasen de inmediato medidas estabilizadoras, la economía se hundiría segura y definitivamente al cabo de uno o dos meses.[9]

El equipo de economistas tenía claro que, según escribiría más tarde Gaidar, "no hay unión económica efectiva sin unión política. Y esta última era imposible de restaurar en un plazo breve". Así que Rusia tendría que arreglárselas sola. La prioridad era liberalizar los precios para reanimar la

actividad comercial y ofrecer incentivos a las empresas públicas y a las colectivas. Ahora bien, la liberalización conduciría inevitablemente al hundimiento del sistema financiero a no ser que se redujera drásticamente el gasto público, incluidas las subvenciones a los productos alimenticios. Esta medida podía causar un gran malestar social, pero, para los jóvenes expertos, no existía otra solución viable: había que arriesgarse. Confiaban en que la terapia de choque reactivase enseguida la moribunda economía, además de posibilitar la privatización de los bienes públicos y la transición a una economía de mercado.[10]

Burbulis acudió a Arkhangelskoe con otros miembros del gobierno ruso y, después de hablar con Gaidar y su equipo, llegó a la conclusión de que la terapia de choque era ineludible. Yeltsin tenía que aplicarla a pesar de los riesgos evidentes que comportaba: de lo contrario, su popularidad se esfumaría como la de Gorbachov, y una revolución ciudadana les expulsaría del poder a él y a sus colaboradores. A instancias de Burbulis, los economistas precisaron sus propuestas y ofrecieron estimaciones. Nada más consultar con el Consejo de Estado ruso, el primer ministro viajó a Sochi para convencer a Yeltsin de que adoptara el plan que, según él, salvaría la economía rusa y su presidencia. Llevaba consigo un informe titulado “La estrategia de Rusia para el periodo de transición”, pero que vendría a conocerse como “el memorando de Burbulis”. Nadie sabía cómo iba a responder Yeltsin. “Todo el mundo estaba pendiente de lo que ocurriría no ya al día siguiente, sino una hora después”, recordaría Burbulis.[11]

Yeltsin y Burbulis pasaron muchas horas en la residencia a orillas del mar Negro, discutiendo el plan de Gaidar. Aleksandr Korzhakov se encargaba de llevarles comida. “La situación era desesperada, porque nos habían dejado una herencia espantosa –contaría más tarde Burbulis–. Boris Nikoláievich lo sabía perfectamente”. El primer ministro, que estaba sentado en una silla de playa, le aseguró que la única esperanza era aplicar ese plan.

Al principio, Yeltsin se negó en redondo: “No puedo hacerlo. ¿Cómo quieres que lo haga?”.

Burbulis insistió. Más tarde resumiría así sus palabras: “Lo bueno del documento de Gaidar es que cada idea se traduce enseguida en acciones concretas y disposiciones. Una ley, luego un decreto; un decreto, luego una ley. Están claras las propuestas y cómo aplicarlas”.

Una de las premisas de las que partía Gaidar era que Rusia no podía

permitirse ayudar a otras repúblicas: el país necesitaba en ese momento todos sus recursos para salir de la crisis y dar el gran salto hacia la economía de mercado, pero sin causar convulsiones sociales. Sentado este principio, había que preguntarse para qué servía el gobierno central no ya en el plano político, sino en el económico. “A Rusia, objetivamente, no le conviene estar sometida en lo económico a una autoridad central que se ocupe de redistribuir sus recursos –decía el informe–; pero a muchas otras repúblicas sí. Una vez tomado el control de los bienes y recursos radicados en sus territorios, pretenden utilizar los órganos de la Unión para redistribuir los bienes y recursos rusos en su beneficio. Como no puede existir sin el concurso de las repúblicas, esa autoridad central aplicará una política contraria a los intereses de Rusia”.

“¿Qué hacemos con las repúblicas? –le preguntó Burbulis a Yeltsin, y enseguida se respondió a sí mismo–. Llegaremos a algún que otro acuerdo, pero no les ofreceremos comida ni bebida”.

El presidente ruso empezaba a ceder: “Entonces ¿no hay otra solución?”.

“No, no hay otra”, contestó Burbulis.

Yeltsin se lo volvió a preguntar: “¿Hay alternativa?”. Obtuvo la misma respuesta. Finalmente se dio por vencido: “Si no queda más remedio, lo haremos”.

En Sochi, Burbulis se encontró con miembros de la facción gubernamental opuesta a la suya –los aliados de Siláyev–, que intentaban convencer a Yeltsin de que adoptara una estrategia gradualista. Sin embargo, volvió a Moscú esperanzado. En el caso de aplicar Yeltsin las propuestas del informe, Rusia seguiría un camino inédito en su historia: en vez de dar prioridad al imperio, construiría su propia arca para sobrevivir al próximo diluvio.[12]

Volvió a ocurrir lo mismo que en el mes de agosto: la inesperada marcha de Yeltsin de la capital le brindó una oportunidad política a Gorbachov. El presidente soviético quería volver al centro del escenario, y para ello iba a servirse del nuevo tratado de la Unión, que pretendía que los dirigentes de las repúblicas firmasen lo antes posible.

El 23 de agosto, en la primera reunión que había tenido Gorbachov con Yeltsin y los demás dirigentes después del golpe, había quedado claro que la vieja URSS y el viejo tratado de la Unión, desencadenantes ambos del golpe, estaban muertos. Unos días después, Gorbachov llamó por teléfono a uno de

sus principales consejeros, Georgi Shakhnazarov, para preguntarle si estaba redactando un nuevo tratado. La pregunta tomó a Shakhnazarov por sorpresa. “Ni se me ha ocurrido”, contestó. Dudaba de que se pudieran reanudar las negociaciones.

Gorbachov insistió: “Si nos quedamos de brazos cruzados, lo perderemos todo. Romperán el país en pedazos”. Shakhnazarov le recordó que las repúblicas iban a exigirle ahora más cosas al gobierno central. “Sin duda –respondió el presidente–, pero tenemos que dejarles claro que, sin la Unión, no sobrevivirá ni una sola. Ni siquiera Rusia. Será malo para todo el mundo”.[13]

El 10 de septiembre, estando James Baker en Moscú, Gorbachov intentó convencer a Yeltsin de que se sumara de nuevo a las negociaciones. El presidente ruso aceptó a condición de que el nuevo tratado creara una confederación: un estado descentralizado en el que Moscú se ocuparía casi exclusivamente de las políticas exterior y de defensa. Esta posición la compartía el líder ucraniano, Kravchuk, y después del golpe también la había adoptado el presidente de Kazajistán, Nazarbáyev. Gorbachov quería una unión y no una confederación, pero tuvo que aceptar la propuesta de Yeltsin. A finales de septiembre, estando Yeltsin fuera de la capital, Shakhnazarov se reunió con Burbulis y el consejero jurídico del presidente ruso, Serguéi Shakhrai, para discutir las líneas generales del tratado. Burbulis le explicó al colaborador de Gorbachov que los tiempos habían cambiado, y a Rusia ya no le correspondía “salvar la Unión, apagar fuegos en todas partes”: ahora necesitaba tiempo para “cuidar de sí misma y recuperar fuerzas”.

Burbulis y sus colaboradores no creían que el intento de Gorbachov de reanimar la actividad comercial fuera a resolver los problemas económicos de la Unión ni a beneficiar a Rusia. Las repúblicas estaban esquilmando los recursos naturales de Rusia e inundando sus bancos de un dinero que cada vez valía menos. “Por eso tenemos que salvar a Rusia y afianzar su independencia, separándonos de los demás –arguyeron Burbulis y Shakhrai–. Luego, una vez que nos hayamos recuperado, todo el mundo acudirá a nosotros y el problema [de la Unión] podrá resolverse”. De momento, los rusos no querían una unión, sino una confederación en la que Rusia fuese la sucesora legal de la URSS y ejerciese así la hegemonía. Con este fin estaban dispuestos a colaborar con el gobierno central, que consideraban un intermediario entre Rusia y las otras repúblicas. El arreglo permitiría a

Gorbachov seguir, si no en el poder, sí por lo menos en la política. “Reconocemos que Gorbachov es un gran reformista y que sigue desempeñando un papel decisivo en el escenario internacional. Si se abre una negociación acorde con la propuesta rusa, harán falta estructuras coordinadoras que desarrollen una estrategia de defensa y una política exterior comunes. Gorbachov es la persona más indicada para esta tarea”.[14]

La propuesta de Burbulis se puede explicar de manera más sencilla. Inmediatamente después del golpe, Rusia trató de hacerse con el control del gobierno central, pero no lo logró: la posición de los dirigentes de las repúblicas y de George Bush obligó a Yeltsin a pactar con Moscú. Sin embargo, sus consejeros pretendían convertir el gobierno central en aliado de Rusia; de estar dispuesto a colaborar con ellos, Gorbachov podía servir de pantalla a la hegemonía de esta república y contribuir a mantenerla. La propuesta rusa, basada en un esquema confederal, se correspondía con el acuerdo informal al que Yeltsin y Gorbachov habían llegado unas semanas antes. Pero el presidente soviético iba a perseguir otro objetivo en las negociaciones que estaban a punto de comenzar: aspiraba a una Unión con una autoridad central fuerte, y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para lograrla.

Estando Yeltsin de vacaciones en Sochi, un Gorbachov en horas bajas obtuvo el inesperado apoyo de los alcaldes de Moscú y San Petersburgo, Gavriil Popov y Anatoli Sobchak, hasta entonces acérrimos partidarios del presidente ruso. Millones de moscovitas y peterburgueses necesitaban los alimentos procedentes de las otras repúblicas para sobrevivir al invierno, por lo que había que restablecer lo antes posible los lazos entre los miembros de la Unión, y su única esperanza estaba puesta en Gorbachov. “Se ha retirado a Leningrado de la red de suministro de la Unión; hemos dejado de recibir provisiones de Ucrania y Kazajistán –anunció Sobchak el 2 de octubre, en una reunión del consejo político de Gorbachov–. A cambio de lo que damos, podríamos recibir alimentos suficientes para abastecer a diez Leningrados. Si las cosas siguen igual, voy a prohibir el envío de tractores a Ucrania y cortar el suministro de bienes a las repúblicas que no cumplan sus compromisos”. Vladímir Putin, asesor de Sobchak para asuntos internacionales, recordaría más tarde la indignación que le causaba al alcalde lo que estaba ocurriendo en Moscú. “Pero ¿qué hacen? ¿Por qué se empeñan en destruir el país?”, le dijo Sobchak.[15]

Los dirigentes de Rusia, Ucrania y Kazajistán tenían serias dudas sobre el proyecto de fundar una nueva Unión, pero la mayoría estaba de acuerdo en que hacía falta un acuerdo económico que estableciese un mercado común. Gorbachov había dicho en un primer momento que el tratado económico se firmaría antes que el político; sin embargo, cuando solo faltaban unos días para el 1 de octubre, fecha en la que los primeros ministros de las repúblicas tenían previsto reunirse para discutir el acuerdo económico, el presidente soviético cambió de posición y empezó a defender la prioridad del acuerdo político. Y es que confiaba en que las necesidades materiales obligasen a las repúblicas a aceptar el borrador del tratado de la Unión.

Este súbito cambio de postura molestó sobremanera no solo a los líderes de las repúblicas, sino también a las huestes de Gorbachov. El principal impulsor del acuerdo económico, Grigori Yavlinski, estaba dispuesto a dimitir. Cuando le contó a Anatoli Cherniaev lo que ocurría, el fiel colaborador de Gorbachov montó en cólera. "¿Qué ha hecho? ¿Se ha vuelto loco? –escribió en su diario–. ¡No habrá tratado de la Unión! No se da cuenta de que Rusia está fomentando todo esto: la idea es sembrar el caos [entre las otras repúblicas] para que Rusia salga al cabo de un tiempo de su 'espléndido aislamiento' y les imponga sus condiciones, las 'salve' prescindiendo de Gorbachov, que ya no pintará nada".[16]

Gorbachov pensaba, al parecer, que se le toleraría dar bandazos así, ya que los dirigentes regionales y el presidente ruso lo necesitaban por igual. Molestas por el afán de poder de Yeltsin, las repúblicas querían que el gobierno central pusiese coto a las ambiciones rusas. Yeltsin, por su parte, se proponía utilizarlo para influir en las repúblicas. El presidente soviético percibió el cambio en la situación política y recurrió a la táctica que ya le había funcionado tan bien con los *apparatchiks* del partido: amenazar con la dimisión. "No pienso participar en el entierro de la Unión", le dijo a Yeltsin unos días antes de que este se marchara a Sochi. Pero esta vez no sirvió de nada. De hecho, fue contraproducente. Nazarbáyev, anfitrión del foro económico celebrado el 1 de octubre, rechazó la pretensión de Gorbachov de vincular el acuerdo económico con el político, sosteniendo que el primero debía cerrarse entre las repúblicas (y sin contar con el gobierno central). Al presidente soviético prácticamente se le excluyó de la reunión, que resultó un éxito: ocho primeros ministros, entre ellos los de Rusia y Kazajistán, firmaron un tratado que pretendía restablecer los lazos económicos y comerciales entre las repúblicas.[17]

Como de costumbre, Gorbachov no quiso darse por vencido, e insistió en incluir el tratado político en el orden del día de la sesión del Consejo de Estado prevista para el 11 de octubre, una reunión en la que iban a participar los máximos dirigentes de las repúblicas, y que se había convocado para hablar de la cooperación económica. Además les pidió a sus consejeros que enviaran el borrador del tratado de la Unión a las repúblicas. El documento, redactado por Shakhnazarov y el representante de Yeltsin, Serguéi Shakhrai, planteaba un esquema confederal. Sin embargo, antes de su remisión a las repúblicas, el presidente soviético quiso introducir algunos cambios: así, pretendía sustituir "unión de estados" por "estado unión", añadir cláusulas referentes a una nueva constitución, y que el tratado estableciese la elección del presidente de la Unión por sufragio popular y no por el parlamento. Shakhnazarov era partidario de dejar el texto como estaba: le recordó a Gorbachov que ya había aceptado una confederación, que quería decir unión de estados, y no otra cosa. "¿Me estás dando lecciones? –le repondió molesto el presidente–. No tienes que explicármelo; ya lo estudié en la universidad. […] Lo importante no son las palabras, sino el contenido; así que ten la bondad de poner 'estado unión'. No acepto objeciones". Finalmente se les envió a las repúblicas el borrador con las modificaciones de Gorbachov.[18]

Para gran disgusto suyo, las repúblicas se negaron a discutir el acuerdo político en la reunión del Consejo de Estado. Leonid Kravchuk le informó de que el parlamento de Kiev había decidido que Ucrania se retirara de las negociaciones sobre el tratado de la Unión hasta el 1 de diciembre, cuando los ciudadanos votarían sobre la independencia. Gorbachov estaba visiblemente molesto por este cambio de postura. Hasta entonces, Kravchuk había participado en las conversaciones en el bien entendido de que, si la declaración de independencia no se ratificaba en referéndum, Ucrania se incorporaría a la Unión, que él concebía como una confederación. Ahora Ucrania se retiraba del todo. El presidente soviético propuso que el Consejo de Estado hiciera un llamamiento al parlamento ucraniano para que anulara su decisión.

"El parlamento ucraniano confirmará su decisión", respondió Kravchuk.

"¡Pues que vayan con Dios y nosotros haremos lo que tengamos que hacer!", le dijo Gorbachov.[19]

Excluida la unión política del orden del día, las deliberaciones del consejo se centraron en el acuerdo económico, cuyo contenido expuso el principal

consejero económico de Gorbachov, Grigori Yavlinsky. Era su tercer intento de convencer a los dirigentes políticos de que aceptaran su proyecto de transformación económica. El primero había sido en 1990, cuando elaboró un plan que preveía un plazo de quinientos días para la transición de la Unión Soviética a una economía de mercado: Gorbachov lo había adoptado en un primer momento, para luego abandonarlo en el otoño de ese año. En julio de 1991, Yavlinsky y Jeffrey Sachs, de la universidad de Harvard, habían presentado otro plan reformista en la cumbre del G7, en Londres: los gobernantes del primer mundo lo rechazaron por insuficiente. El consejero de Gorbachov proponía ahora un programa adecuado a las nuevas circunstancias de la Unión Soviética: un país que se estaba desmoronando.

A Anatoli Cherniaev le pareció brillante la exposición: Yavlinsky se encargó, dijo, de "instruir a los analfabetos que gobernaban las repúblicas". Cherniaev observó horrorizado la incapacidad de estos dirigentes para asimilar los principios básicos de una economía de mercado. "Su primitivismo es verdaderamente llamativo", anotó en su diario. No le faltaba razón: los líderes de las repúblicas, que se habían limitado a ascender en el partido y no conocían más que la economía dirigida de la Unión Soviética, no sabían bien cómo funcionaba la de mercado. Pero sí tenían claros sus intereses y los de sus regiones, pues insistieron en que se les otorgara la autoridad conjunta sobre el banco central, aunque Yavlinsky hizo todo lo posible por disuadirlos.[20]

Su actitud era mala señal para quienes aspiraban a un espacio económico común. No sentó bien, desde luego, a Cherniaev ni al ministro de Asuntos Exteriores soviético, Boris Pankin (que también formaba parte del *stablishment* liberal moscovita). Este último describe en sus memorias la conmoción que le produjeron las discusiones del Consejo de Estado: los representantes del otrora poderoso gobierno central estaban "apiñados en una única sala, y la mitad del espacio la ocupaban los líderes de las repúblicas independientes". Le escandalizaba que fueran estos nuevos dirigentes quienes decidiesen el futuro del país: "¿Quiénes eran esos desconocidos que se sentaban en el Consejo de Estado? ¿Quiénes eran esos sátrapas que venían de los confines de la Unión Soviética?", escribiría después.

Pankin le recordaba a un personaje de Gógol: un tipo "orondo" y "pagado de sí mismo". El presidente de Azerbaiyán, Ayaz Mutallibov, era como "un joven matón de barrio que al madurar se aleja de sus compinches, pero no

llega a perder del todo sus viejas costumbres". El de Turkmenistán, Saparmyrat Nyýazow, parecía "el administrador de una granja colectiva de primera categoría", y el de Kirguistán, Askar Akayev, "un maestro de pueblo de los años 20". De hecho, Akayev era uno de los mayores especialistas soviéticos en óptica, y había presidido la academia de ciencias de Kirguistán. Además había sido el único gobernante centroasiático en oponerse al golpe de estado. Para Pankin, los líderes de las repúblicas eran todos gente de pueblo que no tenía la menor idea de cómo gobernar un país grande.[21]

Estaba tan desesperado como Cherniaev. Los dos pertenecían a un grupo de *apparatchiks* ilustrados y de talante liberal que durante decenios habían tenido que servir a los jefes enviados a Moscú por los dirigentes regionales del partido. En Gorbachov habían encontrado, por fin, a un político de provincias con una extraordinaria capacidad de aprendizaje, y dispuesto a transformar la URSS como ellos pretendían. Pero ahora el presidente soviético se estaba hundiendo y, con él, el país al que amaban. El poder efectivo lo tenía una cuadrilla de administradores coloniales aún más toscos que la antigua clase dirigente, pulida hasta cierto punto por los años que había pasado en la metrópoli. Los bárbaros habían tomado Roma.

Yeltsin, que acababa de volver de sus vacaciones en Sochi, apenas habló durante la reunión del Consejo de Estado. "No abrió la boca en las seis horas que duró; estaba tan taciturno como en el Politburó", anotó Cherniaev en su diario. Al presidente ruso no le faltaban motivos para estar así. Si en privado se había mostrado partidario del memorando de Burbulis, que describía las reformas que emprendería Rusia al margen de los intereses y las necesidades económicas de los otros miembros de la Unión, en público, sin embargo, no podía oponerse al acuerdo económico, que permitía a las repúblicas emitir dinero y, según creía Burbulis, inundar Rusia de rublos sin valor y esquilmar sus recursos. Su silencio se debía en parte a que el gobierno ruso estaba dividido sobre las reformas económicas. Por lo demás, le había prometido a Gorbachov que apoyaría el tratado. Y luego estaba la promesa que le había hecho a George Bush.

A última hora de la tarde del 8 de octubre, dos días antes de que el presidente ruso regresara a Moscú, su homólogo estadounidense llamó inesperadamente a Sochi para repetir su oferta: si hacía falta, Yeltsin podía viajar a Estados Unidos para recibir tratamiento médico. Pero no era este el único motivo de la llamada. A la Casa Blanca le había alarmado la noticia,

transmitida por la embajada estadounidense en Moscú, de que Rusia iba a rechazar el tratado económico. “Es un asunto interno, evidentemente, y por tanto no me atañe –dijo Bush–; pero, ¿no cree que una unión económica voluntaria contribuiría a aclarar a quién pertenece y quién controla cada cosa, favoreciendo así la ayuda humanitaria y la inversión?”. Intentaba convencer al presidente ruso de que aceptara el acuerdo prometiendo el envío de ayuda humanitaria.

Yeltsin reconoció que en su gobierno había división de opiniones sobre el tratado, pero dijo que él era partidario de firmarlo, y haría todo lo posible para que se impusiese su criterio. Era consciente del aprecio que Bush le tenía a Gorbachov, y tal vez sospechara, incluso, que le estaba haciendo un favor, por lo que insistió en la sintonía que existía entre el presidente soviético y él: “He llamado al presidente Gorbachov, y hemos quedado en reunirnos en Moscú el 11 de octubre. Escucharemos los diferentes informes, y luego Rusia firmará el tratado”. Esta decisión la presentó como un sacrificio para Rusia: “Sabemos que a quien menos le beneficia es a nosotros; de hecho, puede que nos perjudique. Pero lo firmaremos pensando en el objetivo político más importante: salvar la Unión. Es posible que nos cueste obtener la aprobación del Soviet Supremo, aunque, como presidente, tengo autoridad para firmarlo”.[22]

Yeltsin pareció cumplir su promesa. En la tarde del 18 de octubre se dirigió al Kremlin para firmar con los gobernantes de las otras repúblicas el tratado por el que se creaba una comunidad económica de “estados independientes”. Habían llegado a un frágil acuerdo sobre asuntos monetarios: el banco de la Unión lo dirigiría una comisión formada por representantes del banco central y de los de las repúblicas, que tendrían una capacidad limitada de emitir dinero. Sin embargo, no estaba claro que el presidente ruso fuera a respetar el tratado: enseguida declaró que Rusia no lo ratificaría hasta que se hubiesen firmado treinta acuerdos más sobre cuestiones específicas.[23]

Ese mismo día había saboteado el proyecto de restaurar la autoridad central con un discurso en el que anunció que Rusia dejaría de aportar fondos a la mayor parte de los ministerios de la Unión: se trataba, dijo, de “deshacerse lo antes posible de las instituciones que quedan del imperio, sustituyéndolas por órganos dirigidos conjuntamente por las repúblicas, y que cuesten poco dinero”. En el mes de septiembre, su gobierno había

nacionalizado las empresas petroleras y gasísticas radicadas en territorio ruso: el dinero destinado hasta entonces a las arcas de la Unión se quedaría en Rusia. Enriqueciendo su país y arruinando a la Unión, los dirigentes rusos se dotaban de una potente arma en su pugna con el gobierno central. A mediados de octubre, el parlamento ruso decidió que las disposiciones aprobadas por los órganos de la Unión, incluido el Consejo de Estado que presidía Gorbachov, no regirían en la Federación Rusa. Yeltsin promulgó un decreto similar con respecto a Gosplan, el comité de la Unión encargado de la planificación económica. La llamada de Bush lo empujó a firmar el tratado, pero el presidente estadounidense apenas podía hacer nada para evitar que lo violara y siguiera debilitando la Unión con sus decisiones.[24]

Yegor Gaidar estaba en Róterdam, invitado por la universidad Erasmus, cuando recibió una llamada telefónica pidiéndole que volviera urgentemente a Moscú: Yeltsin quería verle. Gaidar supo enseguida que se iba a acabar su vida cómoda como consejero económico, y que Rusia iba a emprender las reformas acaso más dolorosas e impopulares de su historia. Supervisarlas no iba a ser grato, desde luego, pero Gaidar no pensaba rechazar la tarea. Cuando le contó a su padre lo que le esperaba, el anciano no supo disimular su horror, pero, como se le había inculcado el dogma estalinista según el cual la libertad consiste en hacer lo necesario en cada momento sin vacilaciones, acabó dándole la bendición a su hijo: “Sigue adelante, si estás seguro de que no hay otro camino”.[25]

Gaidar creía, como Burbulis y sus colaboradores, que el plan que proponían era imprescindible para evitar el hundimiento de la economía rusa, y que Yeltsin era el único político que se atrevería a ejecutar las reformas. A su regreso de Holanda se entrevistó con el presidente ruso, y luego describió así su primera impresión: “Yeltsin entiende bastante de economía para ser político, y conoce la situación del país. Es consciente del enorme riesgo que comportan las reformas, pero por otro lado sabe que sería suicida quedarse de brazos cruzados, esperando a ver qué pasa”. Según sus amigos, Gaidar sucumbió al hechizo de la personalidad de Yeltsin, y seguiría encandilado durante años.[26]

El joven economista le causó una impresión igual de favorable a Yeltsin, que veía en él a un representante de la élite intelectual rusa: “al contrario que los estólidos burócratas que había en la administración, [Gaidar] iba a decir lo

que pensaba", fuesen cuales fuesen las consecuencias. Otra cualidad suya que apreciaba era la capacidad para explicar con sencillez problemas económicos complejos: "escuchándolo se daba uno cuenta del camino que teníamos que seguir", escribiría el presidente ruso. Además contaba con un plan novedoso y un equipo dispuesto a ejecutarlo. Las medidas drásticas y expeditivas que proponía darían resultados en el plazo de un año: convenció a Yeltsin de que, si no las tomaba, correría la misma suerte que Gorbachov, quien no paraba de prometer reformas, pero nunca las aplicaba, y por eso estaba acabado.[27]

Según Burbulis, que los había reunido, Yeltsin y Gaidar congeniaron enseguida por razones culturales. Como la mayoría de los soviéticos de su generación, el presidente ruso conocía y admiraba la obra del abuelo paterno de Gaidar, Arkadi Gaidar; además, siendo oriundo de los Urales, tenía en gran estima la de su abuelo materno, Pável Bazhov, autor de una colección de cuentos basados en el folclore de la región que llevaba por título *El joyero de malaquita*. "Los unía un vínculo especial –escribiría Burbulis, recordando el primer encuentro–. De pronto se dieron cuenta de que eran de la misma tierra, tenían raíces comunes". La llamada mafia de Sverdlovsk, cada vez más numerosa, reclutaba gente en los lugares más insospechados.

Las raíces comunes eran ideológicas además de geográficas. Los dos abuelos de Gaidar participaron como fervorosos bolcheviques en la Revolución de Octubre. A Burbulis le parecía que Yeltsin y su consejero económico estaban hechos del mismo molde cultural que los primeros bolcheviques: "El utopismo, la audacia, la entrega a un ideal… él también tenía esos rasgos bolcheviques –dijo refiriéndose a Gaidar–. Los dos manejaban el mismo código histórico-cultural". Los abuelos de Gaidar habían contribuido a sofocar las revueltas campesinas contra el régimen comunista: su nieto se proponía restaurar un sistema basado en la propiedad privada, el mismo principio que habían defendido los rebeldes. Si los bolcheviques habían lanzado un ataque frontal contra el capitalismo, ahora se preparaba una ofensiva implacable contra el comunismo. Yegor Gaidar iba a actuar sin contemplaciones.[28]

Yeltsin había aceptado el memorando de Burbulis estando en la playa de Sochi, pero no dio la noticia –ni seguramente tomó la decisión final– hasta su encuentro con Gaidar. A partir de ese momento, los hechos se sucedieron a una velocidad vertiginosa. El presidente ruso pensaba presentar el plan y

solicitar poderes especiales para ejecutarlo en la sesión del Congreso de los Diputados de Rusia prevista para el 28 de octubre. Sin embargo, unos días antes, los colaboradores de Gorbachov se enteraron de las reformas y del discurso que preparaba. El día 22, Vadim Medvédev anotó en su diario: "Parece ser que va a anunciar la liberalización general de los precios, pero ninguna medida para controlar la cantidad de dinero en circulación ni el déficit presupuestario. […] Veremos si esto se confirma en los próximos días, pero, de momento, está claro que los dirigentes rusos se inclinan por la opción extrema: la independencia total para su república".[29]

Yeltsin no informó a Gorbachov de lo que iba a decir en su discurso, pero sí llamó por teléfono a George Bush, el 25 de octubre, para comunicarle el giro radical que estaba a punto de imprimir a la política rusa, siguiendo así "la costumbre que tenemos de discutir los asuntos más importantes". "Voy a anunciar un plan económico ambicioso –le dijo a su homólogo estadounidense–: una rápida liberalización de los precios, privatizaciones y reformas financiera y agraria, todo al mismo tiempo. Lo haremos en los próximos cuatro o cinco meses, quizá seis. Aumentará la inflación y empeorarán las condiciones de vida, pero tengo un mandato popular y estoy preparado para tomar esas medidas. El año que viene se verán resultados". Se ofreció a enviar a Washington al ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Kozyrev, para que explicara el plan. Bush dijo que tenía interés en verle: "Parece un plan ambicioso, sí. Le felicito por haber tomado una decisión tan difícil". Terminaron la conversación en un tono muy cordial, y Yeltsin le comentó a Bush que las dos semanas de vacaciones le habían sentado bien. "Tengo mucha energía, juego al tenis y estoy bien del corazón", le aseguró.[30]

Tres días más tarde, el 28 de octubre, el presidente ruso pronunció su discurso, seguramente el más importante de la breve historia del parlamento ruso. Titulado "Llamamiento a los pueblos de Rusia y al Congreso de los Diputados del Pueblo de la Federación Rusa", duró casi una hora, y comenzó así: "Me dirijo a ustedes en uno de los momentos más trascendentales de la historia de Rusia. Es ahora cuando decidimos el rumbo que tomará Rusia y el país en general en los próximos años y decenios, y cómo vivirán las generaciones presentes y venideras. Les pido que emprendamos con decisión el camino de las reformas profundas, y a todos los ciudadanos que nos apoyen". A continuación anunció su intención de liberalizar los precios y recortar los gastos, incluidas las subvenciones a los productos alimenticios.

> La primera etapa será la más dura. Las condiciones de vida empeorarán ligeramente, pero por fin desaparecerá la incertidumbre y se abrirán nuevas perspectivas. Lo esencial es pasar de las palabras a los actos para salir finalmente de las arenas movedizas que nos están tragando. Si emprendemos ese camino hoy, veremos resultados positivos en otoño. Si no aprovechamos esta oportunidad para dar la vuelta a la situación, nos condenaremos a la pobreza, y Rusia, un país con siglos de historia, se encaminará a la ruina.

Seguidamente abordó el asunto de las relaciones entre el gobierno de la Unión y las repúblicas: “Estas reformas nos llevan a la democracia, y no al imperio”. El 1 de noviembre, apenas tres días después del discurso, Rusia dejaría de aportar fondos a la mayoría de los ministerios de la Unión. Las instituciones interrepublicanas se limitarían a regular las relaciones entre las repúblicas, y Rusia no permitiría que se restaurara el antiguo y todopoderoso gobierno central. Pero Yeltsin no estaba dispuesto a renunciar del todo a la Unión: a Ucrania, cuyos dirigentes se negaban a firmar el tratado, la exhortó a incorporarse al espacio económico común, y a las repúblicas que practicaran una política de separación “artificial” respecto a Rusia las amenazó con cobrarles el mismo precio que al resto del mundo por los recursos naturales rusos. Por lo demás, confiaba en que las antiguas repúblicas soviéticas firmaran también el acuerdo político; de lo contrario, dijo, Rusia se declararía sucesora legal de la URSS y tomaría el control de las instituciones y los bienes de la Unión, medida a la que se oponían, entre otros, los gobernantes de Ucrania y Kazajistán.[31]

Al día siguiente, el presidente ruso solicitó al parlamento que le otorgara poderes especiales por espacio de un año. No habría elecciones en 1992, fuese cual fuese el desenlace de las reformas, del que se hacía plenamente responsable. Los diputados le concedieron todo lo que pedía. “El presidente más popular está finalmente dispuesto a tomar las medidas más impopulares”, decía el artículo principal del diario *Nezavisimaia gazeta.*

Las otras repúblicas reaccionaron, en el mejor de los casos, con cautela. “Uzbekistán importa el sesenta por ciento de sus productos, y la mayor parte viene de Rusia –advirtió el presidente de aquella república, Islom Karimov–. La liberalización de los precios en la RSFSR afectará, por tanto, a Uzbekistán, y nos veremos obligados a tomar medidas defensivas”. Parecía anunciar el fin no solo de la vieja Unión Soviética, sino del acuerdo económico que hacía

posible el mercado común.[32]

El arca rusa abandonaba el puerto soviético.

XII
EL SUPERVIVIENTE

A finales de octubre de 1991, el gobierno español pidió a los conservadores del Palacio Real de Madrid que retiraran uno de los cuadros más espléndidos que colgaban en sus paredes. El lienzo, en el que aparecía Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, además de rey de España, se iba a guardar en un almacén en lugar de restaurarse. Y es que las autoridades estaban preparando el palacio para la inauguración, el día 29, de una cumbre internacional sobre Oriente próximo, y la presencia de un cuadro que representaba al monarca cristiano masacrando musulmanes era claramente inoportuna. Madrid se había considerado más apropiada que las otras cuatro ciudades candidatas –Washington, El Cairo, Ginebra y La Haya– para albergar el primer encuentro de alto nivel entre representantes israelíes y palestinos en más de cuarenta años. Con la cumbre, a la que también asistirían los presidentes de Egipto, Siria y otros países de la región, arrancaba un proceso que conduciría a los acuerdos de Oslo de 1993 y al periodo de paz más largo de la reciente historia de Israel.[1]

La conferencia de Madrid no se habría celebrado de no haber sido por el espíritu de colaboración que ahora existía entre la Unión Soviética y Estados Unidos, las dos superpotencias enfrentadas en la Guerra Fría, y que durante decenios habían rivalizado en Oriente próximo, armando y financiando respectivamente a los árabes y a los israelíes. George Bush y Mijaíl Gorbachov fueron los promotores oficiales de la cumbre: “El presidente Bush y el presidente Gorbachov le ruegan que acepte esta invitación”, decía la carta dirigida a los máximos dirigentes de varios países europeos y de Oriente próximo, así como a los de la Organización para la Liberación de Palestina. Todos accedieron a viajar a Madrid, o por lo menos a enviar delegaciones de alto nivel.

Fue en julio, estando Bush de visita en Moscú, cuando estadounidenses y soviéticos acordaron convocar la cumbre. Pero el camino se había abierto en París ocho meses antes: en noviembre de 1990, los mandatarios europeos se reunieron allí con los de Estados Unidos y Canadá para celebrar lo que se

daría en llamar la conferencia de paz de la Guerra Fría. Los acontecimientos ocurridos en Europa del este, la caída del Muro de Berlín y la desaparición del Telón de Acero habían creado la situación propicia para la firma de la Carta de París, un documento que superaba la división institucional e ideológica entre los dos bloques, sentando las bases de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa.[2]

Fue en ese momento, según James Baker, cuando terminó la Guerra Fría. Su opinión no se basaba tanto en la Carta de París cuanto en las acciones de la Unión Soviética, cuyos dirigentes habían aceptado, por primera vez desde la conferencia de Yalta de 1945, colaborar con Estados Unidos en la resolución de una grave crisis internacional: la que Saddam Hussein había desencadenado unos meses antes invadiendo Kuwait. En París, y a instancias del presidente Bush, Mijaíl Gorbachov decidió promover con otros países una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas autorizando el uso de la fuerza contra Irak. El presidente soviético rechazó así el criterio de los consejeros más intransigentes y cumplió su palabra, allanando el camino a una coalición internacional encabezada por Estados Unidos para que atacara a Sadam, lo expulsara de Kuwait y pusiera cerco a Irak.[3]

A raíz de su victoria en la guerra del Golfo, Estados Unidos pasó a desempeñar un papel mucho más importante en la región, y Washington lo aprovechó para promover una conferencia de paz entre Israel y sus vecinos árabes. La Unión Soviética apoyó la iniciativa, que cobraría fuerza después del fracaso del golpe de Moscú y el nombramiento de Boris Pankin como ministro de Asuntos Exteriores soviético. La URSS, que había roto relaciones diplomáticas con Israel en 1967, a raíz de la guerra de los Seis Días, las restableció en octubre de 1991 y, para sorpresa de Washington, lo hizo sin consultar con Siria, su principal aliado en la región. En Oriente próximo, por tanto, el panorama era muy favorable a los intereses de Estados Unidos. “Dudo mucho que vuelvan a amenazar nuestros intereses en Oriente próximo”, le dijo Bush ese mismo mes al emir de Bahrein, que estaba de visita en Washington, a propósito de la nueva política soviética. Y James Baker comenzaba sus numerosas entrevistas con los dirigentes de la región, desde el primer ministro israelí, Isaac Shamir, hasta el presidente sirio, Hafez al-Asad, en el mismo tono optimista: “Los soviéticos siguen estando totalmente de acuerdo”.[4]

Mijaíl Gorbachov apoyaba, sin duda, el proyecto estadounidense para

Oriente próximo, pero los acontecimientos que estaban ocurriendo en la URSS hacían temer que no pudiese cumplir sus compromisos en el escenario internacional. Otro líder importante se había visto hacía poco en una situación igual de precaria: la cumbre celebrada en París en noviembre de 1990 había abierto el camino a la de Madrid, y también había sido la última conferencia internacional en la que había participado Margaret Thatcher. Mientras la primera ministra británica negociaba con sus colegas en la capital francesa, el grupo parlamentario de su partido celebró la votación que la obligaría a dimitir. Parecía repetirse lo ocurrido en plena conferencia de Potsdam, al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando los ciudadanos británicos expulsaron bruscamente del poder a Winston Churchill. Ahora había buenos motivos para pensar que la de Madrid sería la última conferencia internacional a la que asistiría otra figura clave de la política internacional: Mijaíl Gorbachov.

"Hace poco han llegado informes que dicen que no le queda mucho –escribió Bush en su diario la víspera de su viaje a Madrid–. Según el dossier, posiblemente sea este el último encuentro así que tengamos. El tiempo pasa". Unos minutos antes había dictado lo siguiente a la grabadora:

> En cuanto a Gorbachov y al gobierno central, no hay duda de que las cosas han cambiado mucho. Cada vez tiene menos poder. Estoy impaciente por ver cómo está de ánimo. Sigue desempeñando un papel importante en las negociaciones nucleares, pero en lo económico… me da la impresión de que las repúblicas cada vez son más fuertes. Recuerdo que hasta hace poco no aguantaba a Yeltsin. Me dijo en Camp David [en junio de 1990] que Yeltsin andaba a la deriva. Pero todo eso ha cambiado.[5]

Gorbachov estaba de mal humor cuando salió para Madrid en la tarde del 28 de octubre. Yeltsin era el protagonista absoluto en la capital soviética. La próxima cumbre entre Estados Unidos y la URSS y la conferencia de paz parecían asuntos secundarios para los periodistas, cuando en circunstancias normales habrían acaparado su atención. Lo poco que se decía era, en general, negativo para Gorbachov: "'El representante de un estado inexistente', decía el típico titular de la prensa de Moscú", recordaría el ministro de Asuntos Exteriores, Boris Pankin. Al presidente soviético le hería mucho leer frases así. En Madrid, un periodista le hizo una pregunta

inocente: “¿Quién lo sustituye en Moscú, ahora que está fuera de la capital?”. Gorbachov se ofendió: “Sigo siendo el presidente. No me sustituye nadie. Cada cual sigue desempeñando la función que le corresponde, y nadie me va a apartar de la política”.[6]

Raísa Gorbachova accedió a acompañar a su marido. Ya se había recuperado –aunque no del todo– del infarto que había tenido en agosto, pero estaba mucho peor de la vista. El recuerdo de lo ocurrido en Crimea la iba a perseguir hasta el final de su vida. Desde que Yeltsin se instalara en el Kremlin, no acudía nunca allí. Por lo demás, y conforme menguaba el poder de Gorbachov, los colaboradores de su marido cada vez le iban pareciendo menos complacientes. El fiel ayudante de Gorbachov, Anatoli Cherniaev, había chocado con la primera dama, y ahora la rehuía: en un primer momento se negó a viajar a Madrid por este motivo, pero su jefe finalmente le obligó. En el vuelo, mientras Cherniaev y otros consejeros del presidente hablaban de la cumbre, Raísa estaba en un sofá al otro extremo de la cabina, leyendo un libro.

El libro que ella había escrito, *Yo confío*, publicado en Estados Unidos en el mes de septiembre, figuraba en la lista de los más vendidos de *The New York Times*. Pero apenas tenía a nadie con quien celebrarlo. Barbara Bush, que había tenido un papel importante en la génesis del libro (pues Raísa se había decidido a escribirlo después de asistir con ella, en junio de 1990, a la ceremonia de graduación de Wellesley College), no iba a estar en Madrid, lo que rebajaba la categoría del viaje, considerado de trabajo y no de estado. Por lo demás, los soviéticos no supieron hasta el último momento quién iba a recibir al matrimonio Gorbachov a su llegada a Madrid. Al avión presidencial llegó finalmente la noticia de que el presidente español, Felipe González, y su mujer, Carmen Romero, los estaban esperando en el aeropuerto. “Noté que aquello le levantó un poco el ánimo al presidente”, recordaría más tarde Boris Pankin.[7]

González mostró un profundo respeto por el presidente soviético. Los dos eran aliados y se tenían mucha confianza. Gorbachov sentía una especial afinidad por el político español, que a pesar de su origen humilde (su padre era lechero) había llegado a la secretaría general del Partido Socialista y luego a la presidencia del gobierno. González, por su parte, tenía en gran estima a Gorbachov. En agosto, al enterarse del golpe de estado, había adoptado una postura más clara que ningún otro dirigente occidental. El

presidente francés, François Mitterrand, había estado a punto de aceptarlo como un hecho consumado, y Bush se había mostrado indeciso en un primer momento: González, en cambio, había emitido enseguida un comunicado condenando la operación como un golpe de estado. “En aquellos días, Mijaíl, tuve la impresión de que occidente se había resignado a la nueva situación”, le dijo ahora a Gorbachov.

Si los líderes occidentales ya se habían mostrado dispuestos a dar a Gorbachov por acabado, era probable, según González, que volvieran a adoptar la misma posición. “He llegado a la conclusión de que los dirigentes occidentales dudan de la estabilidad de la Unión Soviética y actúan a partir de distintas hipótesis, entre ellas la de la desintegración del país –le advirtió a su homólogo soviético–. Es bastante triste”. Estas palabras impresionaron tanto a Gorbachov que unos años después las citó en sus memorias. En los últimos años de su mandato, mientras la situación de su país iba empeorando, el presidente se consolaba viajando al extranjero y hablando con sus amigos occidentales. Pero ahora ni siquiera se sentía a gusto en occidente. Su figura cada vez resultaba más patética.[8]

Alexander M. Haig, secretario de Estado en la administración Reagan, se apresuró a escribir la necrología política de Gorbachov: “El presidente Gorbachov es un político del pasado. Le debemos mucho, sin duda, puesto que no ha recurrido a la fuerza para evitar la desmembración del imperio; pero eso ya es historia”. Los periodistas occidentales y los soviéticos sabían quién dominaba realmente la situación en Madrid. El diario *Pravda* transcribió las siguientes palabras del jefe de protocolo del ministro de Asuntos Exteriores español: “Los americanos encargan la música, los participantes en la conferencia son los bailarines, y nosotros les ofrecemos el escenario”. La misma opinión aparecía expresada en un artículo de *The New York Times* que hablaba, entre otras cosas, de la carpa blanca que se había instalado en la entrada de la embajada soviética, y donde Bush y Gorbachov se entrevistaron antes de la conferencia. “La táctica de la carpa indica hasta qué punto ha menguado el poder soviético –escribió Alan Cowell–. Los estadounidenses la propusieron, los españoles la instalaron y los soviéticos la aceptaron”.[9]

El 29 de octubre, al día siguiente de su llegada a Madrid, Gorbachov tuvo un almuerzo de trabajo con Bush en el nuevo edificio de la embajada soviética.

El encuentro fue “muy cordial, sobre todo cuando grababan las cámaras”, según recordaría más tarde el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Boris Pankin. Los dos mandatarios empezaron repasando lo ocurrido desde su última entrevista, en julio. Naturalmente, hablaron del golpe, y de las dudas que Gorbachov había tenido entonces.

“Fue una estupidez intentar derrocarte”, dijo Bush.

“Eso es lo que hacen a veces los generales”, respondió Gorbachov mientras señalaba, bromeando, al general Scowcroft.

“Si Brent Scowcroft o Baker me quieren quitar el cargo, yo se lo cedo con mucho gusto”, dijo Bush.

Pero a Gorbachov se le quitaron las ganas de bromear: “Yo no quiero dejar el cargo”, le dijo a Bush.

El presidente estadounidense planteó entonces una posibilidad con la que había que contar: “Puede que la pregunta sea improcedente, pero, ¿temes que haya una segunda tentativa?”. Gorbachov contestó que creía que no. Tenía puestas sus esperanzas en el nuevo tratado de la Unión.

Gorbachov procuró mostrarse optimista respecto al futuro de la URSS, aunque a Bush le preocupaba sobre todo la seguridad de los arsenales nucleares: quería que el líder soviético los redujese todo lo posible ahora que todavía estaba en condiciones de hacerlo. “Me gustaría saber lo que piensas –le dijo–. El gobierno central todavía tiene autoridad en este asunto”.

Gorbachov le aseguró que no había nada que temer: “Casi nunca te puedes fiar de lo que cuenta la prensa, George. Puede que esté obligada a decir esas cosas”. A pesar de su estridente retórica, Leonid Kravchuk había prometido que Ucrania no tendría armas nucleares. Nursultán Nazarbáyev había dicho lo mismo de Kazajistán, y Yeltsin se había mostrado hacía poco partidario de que el ejército estuviese sometido a la autoridad de Moscú.[10]

Si las armas nucleares eran el asunto capital para la administración Bush, los soviéticos pensaban sobre todo en la economía. Gorbachov quería una cuantiosa ayuda económica de Estados Unidos. “Todos sabemos lo que está en juego –le dijo a Bush–. Lo que ocurra con la Unión afectará al mundo entero”. Entonces Gorbachov fue más directo: “Te seré franco: diez mil o quince mil millones de dólares no es mucho para nosotros, y no tendríamos demasiadas dificultades para devolverlos”. Los estadounidenses no estaban dispuestos a considerar una suma así. “De momento te puedo ofrecer mil millones y medio para el invierno, mientras resuelves el conflicto entre la

Unión y las repúblicas. Si te parece un insulto, deja que consulte con mis colaboradores, a ver qué se puede hacer". Gorbachov respondió que hacían falta tres mil millones y medio de dólares para atajar la crisis alimentaria antes de la siguiente cosecha. James Baker terció en la conversación para advertirle al presidente soviético de que Estados Unidos no podía ofrecer más dinero del que había propuesto Bush. "Aceptad mil millones y medio en efectivo antes de que cambiemos de idea –le dijo, al parecer, en privado al intérprete de Gorbachov–. ¿Que os parece poco? No os podemos dar más".

Así terminaron las negociaciones sobre la ayuda económica. La negativa de las repúblicas a asumir la deuda soviética preocupaba a Bush y sus consejeros, sometidos a una presión cada vez mayor: se les pedía que hicieran algo, si no para salvar a Gorbachov, sí para evitar una hambruna. La administración Bush estaba dispuesta a ofrecer más dinero del que a nadie se la habría ocurrido proponer unos meses antes, pero con el único fin de alimentar a los ciudadanos soviéticos y conjurar así el descontento social, que podía llevar de nuevo al poder a la facción conservadora y hacer que las armas nucleares cayesen en las manos equivocadas. La oferta estadounidense seguramente no sorprendió a Gorbachov, que había intentado en vano convencer a Bush de que aprobara un importante paquete de ayuda económica en la cumbre del G7 celebrada en julio en Londres. Más tarde se mostraría, incluso, moderadamente satisfecho con la suma propuesta por Bush.

Curiosamente, y pese a estar de acuerdo en que el principal objetivo de la cumbre de Madrid era reunir a las dos partes del conflicto de Oriente próximo e invitarlas a entablar negociaciones, Bush y Gorbachov apenas hablaron de la conferencia en su encuentro preliminar. Bush quería que los soviéticos siguieran presionando a los dirigentes sirios y palestinos para que participaran en el proceso de paz, y Gorbachov prometió hacerlo. Pero el presidente soviético también tenía varias cosas que pedirle a Estados Unidos. La política exterior de la URSS era más modesta que antes, limitándose al mundo eslavo y ortodoxo, tradicional zona de influencia de los zares: así, Gorbachov quería que los estadounidenses convencieran al aliado turco de que fuese más flexible en su relación con los grecochipriotas, y que presionaran a las Naciones Unidas para que interviniesen más activamente en la crisis yugoslava, que ya se había cobrado sus primeras víctimas. Pero no avanzó demasiado: Bush no le prometió nada respecto a Chipre y se mostró escéptico sobre los intentos de resolver el conflicto de Yugoslavia.[11]

Como era de esperar, la mayoría de las preguntas de la rueda de prensa posterior al encuentro se refirieron a la situación de la Unión Soviética y no al proceso de paz de Oriente próximo. “Bush evitó alardear de la diferencia de poder entre los dos, aunque Mijaíl Serguéyevich no se lo habría permitido –escribió Cherniaev en su diario–. […] Actuó con total normalidad”. Pero fue inútil, según contaría más tarde Pável Palazkchenko: los miembros de la delegación estadounidense “miraban a Gorbachov con una mezcla de frialdad, escepticismo e indiferencia. […] Para ellos era un político acabado”. Ese día, Palazhchenko tuvo la impresión de que “se cerraba una era”. Por su parte, Boris Pankin reprocharía a Bush su tibieza. A pesar de las apariencias, echó en falta algo importante: “Poco a poco me di cuenta de lo que ocurría. Gorbachov andaba molesto y preocupado por las especulaciones periodísticas sobre la desintegración de la Unión Soviética y su futuro político. Sabía que el presidente Bush recibía más o menos la misma información que él, así que esperaba un gesto, unas palabras que le diesen a entender que contaba con su apoyo. Pero Bush no dijo nada”.[12]

En cualquier caso, Pankin no habría podido percibir ningún gesto. Y es que estaba de un humor pésimo, pues pronto iba a a convertirse, al parecer, en un ministro sin ministerio: había llegado a Madrid la noticia de que, en su discurso sobre las reformas económicas, Yeltsin había exigido reducir el ministerio de Asuntos Exteriores soviético a la décima parte de su tamaño, amenazando incluso con cortarle del todo los fondos.

En vísperas de la conferencia de Madrid, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andréi Kozyrev, anunció que el departamento de Pankin iba a sufrir recortes importantes. En Washington se desató un gran revuelo: Bush y James Baker ordenaron al embajador de Estados Unidos en Moscú, Bob Strauss, que se reuniera lo antes posible con Kozyrev para tratar el asunto. Y es que la decisión de Yeltsin de reducir drásticamente la administración central, incluido el ministerio de Asuntos Exteriores, ponía en grave peligro el plan estadounidense de impulsar un acuerdo de paz entre israelíes y palestinos. Sin embargo, Kozyrev le aseguró a Strauss que no había pretendido más que expresar su descontento con la política de Pankin, que ignoraba, según él, a Rusia. La crisis parecía haberse resuelto hasta que Pankin se enteró en Madrid de que Yeltsin había confirmado los recortes.[13]

El ministro trató de poner al mal tiempo buena cara: “Boris Nikoláievich debía de hablar en sentido figurado”, declaró a la prensa internacional. Pero

la situación se le estaba yendo de las manos. Sus subordinados se rebelaron: Pankin recibió una carta firmada por varios altos cargos del ministerio pidiéndole que regresara a Moscú. “Tuvieron el descaro de decir que, en vez de instaurar la paz en Oriente próximo, tenía que volver a Moscú lo antes posible para salvar el ministro de Asuntos Exteriores”, recordaría más tarde. El ministro se negó: no pensaba marcharse de Madrid hasta dar por cumplida su misión en el plano internacional.[14]

La carta revelaba el contraste entre la espléndida fachada de la diplomacia soviética y la triste realidad cotidiana del gobierno central. En Moscú se aceleraba el hundimiento de las instituciones de la Unión, una pesadilla que muchos de los asistentes a la cumbre de Madrid (y no solo la delegación soviética) preferían olvidar: a fin de cuentas, la situación de la URSS era un obstáculo para lograr lo que los líderes occidentales anhelaban desde hacía varias generaciones: la instauración de una paz duradera en Oriente próximo. Ahora, cuando este sueño parecía a su alcance, el socio con el que contaban para facilitar las negociaciones estaba a punto de desaparecer.

En su esfuerzo por salvar el proceso de paz, los estadounidenses animaron al gobierno de Moscú a enviar una delegación a Madrid y a interpretar así su papel en la gran gala de Oriente próximo. Los soviéticos estuvieron a la altura de las circunstancias. Como viejos aristócratas que hubiesen tenido que vender sus propiedades a unos nuevos ricos, pero no quisiesen renunciar a la esplendidez, los dirigentes de la URSS viajaron a Madrid para asistir al último baile. Todo el mundo agradeció su presencia, pero fue a Estados Unidos a quien se le atribuyó todo el mérito de la cumbre. Su principal promotor, James Baker, recibiría mas tarde docenas de cartas de felicitación, pero en ninguna se mencionaba a la Unión Soviética.[15]

El mejor momento de la visita de Gorbachov a Madrid fue la cena que el rey Juan Carlos les ofreció a él, a Bush y a Felipe González, y en la que el presidente soviético recibió el apoyo moral que tanto necesitaba. Fue una velada “extraordinaria”, según cuenta en sus memorias, y los comensales hablaron “con increíble franqueza”. El presidente soviético y Raísa, que luego se retiró con la reina, dejando solos a los cuatro hombres, recordaron los días amargos que habían pasado en Crimea. González le dio muchos ánimos, lo mismo que Juan Carlos, que también había sobrevivido a un golpe militar, y en cuyo país existían, como en la URSS, movimientos separatistas,

siendo el vasco el más conflictivo. Para Gorbachov, la cena hizo que su visita a España valiera la pena. A pesar de las dificultades y los desaires, la conferencia de Madrid acabó por brindarle lo mismo que todos sus viajes al extranjero: la inyección de moral y la energía necesaria para proseguir la lucha que libraba en su país.[16]

Más tarde también recibió el apoyo, totalmente inesperado, del presidente François Mitterrand, que invitó a los Gorbachov a visitarlo en su modesta casa del sur de Francia antes de regresar a Moscú. El matrimonio aceptó. Si González había respaldado inequívocamente a Gorbachov en las primeras horas del golpe, cuando la situación era más incierta que nunca, Mitterrand, en cambio, había hecho unas primeras declaraciones en las que parecía reconocer a las nuevas autoridades. Al final del día había cambiado de postura, y los colaboradores de Gorbachov culparon del error inicial al embajador de la URSS en París. Ahora tenía mucho interés en verlo: quería expresar su apoyo a la lucha del presidente soviético por salvar la Unión, y así lo hizo más de una vez en el transcurso de la visita.

"La historia nos ha enseñado que Francia necesita un aliado para conservar el equilibrio europeo –le dijo a Gorbachov, según el diario de Cherniaev–. Ahora tenemos una gran amistad con los alemanes. Pero sería muy peligroso tener una zona vulnerable al norte o al este de Alemania, porque los alemanes siempre estarían tentados de ocuparla". Gorbachov estaba totalmente de acuerdo. De hecho, los dos presidentes coincidieron en casi todos los asuntos, entre ellos la expansión económica alemana (un peligro), las relaciones entre Estados Unidos e Israel (demasiado estrechas) y la integridad de Yugoslavia (había que mantenerla). También hablaron de la nueva estructura europea, sobre la que compartían, en general, el mismo punto de vista.[17]

Gorbachov se sentía muy a gusto, evidentemente. Después de la cena se les unieron sus mujeres y colaboradores y se sirvió café y coñac. El presidente soviético habló sin parar. "Mitterrand estaba sentado en una butaca grande –recordaría Cherniaev–. De cuando en cuando intercalaba comentarios juiciosos […] una sonrisa complaciente asomándole al rostro cansado". Cherniaev, uno de los artífices del discurso de Gorbachov sobre el "hogar europeo común" y el destino europeo de la URSS, dio cuenta en su diario del encuentro que tuvieron, "al final de un siglo terrible, dos grandes europeos que, siendo tan distintos, se entendían tan bien". Sin embargo

advirtió la diferencia entre lo que Mitterrand decía en privado y lo que decía en público. En la rueda de prensa posterior, el presidente francés evitó, como Bush, apoyar abiertamente a Gorbachov. Tal fue, al menos, la impresión que tuvieron los ayudantes del líder soviético: “Sus amigos lo dan por acabado”, le dijo Palazhchenko a Cherniaev.

En el vuelo de vuelta a Moscú, Gorbachov se reunió con un reducido grupo de consejeros para cambiar pareceres sobre el viaje y discutir la estrategia a adoptar. La mejor, según el presidente, era defender las reformas económicas de Yeltsin y, al mismo tiempo, seguir impulsando el nuevo tratado de la Unión. Todos estaban de acuerdo. “La única que no parecía creer que fuera a funcionar era Raísa Gorbachova –contaría más tarde Palazhchenko–. No hablaba mucho, pero era evidente que estaba muy preocupada”.[18]

Al llegar a Moscú, como al volver de Crimea después del golpe, Gorbachov se encontró con un país diferente. Boris Yeltsin era, una vez más, el agente del cambio. A todo el mundo, incluidos los consejeros de Gorbachov, le asombró su decisión de acometer las reformas económicas a las que el presidente soviético siempre se había resistido y que ya no podría ejecutar. “Estos días son seguramente decisivos –anotó Cherniaev a su regreso de Madrid–. El discurso que Yeltsin ha pronunciado en el Congreso de la RSFSR señala el camino hacia un nuevo país, una nueva sociedad”.

Yeltsin estaba impaciente por demostrar su determinación. Así, Rusia cortó de inmediato los fondos a la mayor parte de los ministerios de la Unión. Los profesores de universidad se quedaron sin sueldo y los estudiantes sin becas. Cherniaev calculaba que a mediados de noviembre, y solo en Moscú, habría ya cincuenta mil funcionarios desempleados. Era la primera vez que el consejero de Gorbachov y su equipo no cobraban la nómina: con la retirada de la financión rusa habían quedado vacías las arcas de la Unión. La escasez de alimentos se convirtió en una realidad diaria. Gorbachov, que había vuelto de Madrid con renovados bríos, vislumbró la oportunidad de recuperar parte del terreno político perdido. El 4 de noviembre, en una reunión del Consejo de Estado a la que asistieron los gobernantes de las repúblicas, el presidente soviético criticó a Yeltsin por su imprevisión y sus reformas mal concebidas.[19]

“Fíjense en lo que ha ocurrido ya –dijo refiriéndose al pánico que la

liberalización de los precios había desatado entre los consumidores–. En Moscú normalmente se venden mil ochocientas toneladas de pan al día. ¡Ayer fueron dos mil ochocientas! Los productos están volando de las tiendas, y algunas han empezado a acaparar productos. Los mercados se han quedado vacíos, porque los comerciantes están esperando a que suban los precios". Gorbachov comenzó su diatriba antes de que llegara Yeltsin, pero no la interrumpió al entrar este en la sala. "Eso es lo que pasa cuando uno va detrás de los acontecimientos", dijo delante del presidente ruso. "Los reunidos se miraron con expresión divertida –recodaría Boris Pankin–. Se cambiaron las tornas, y ahora era Gorbachov quien acusaba a Yeltsin de inacción".[20]

Gorbachov aprovechó la aureola de líder mundial que había recuperado hasta cierto punto en Madrid para promover la causa más importante para él: la salvación de la URSS. "Occidente teme la disolución de la Unión Soviética –les comunicó a los dirigentes de las repúblicas–. Les aseguro que este ha sido el asunto principal de todas las conversaciones que he tenido en Madrid. No entienden lo que está ocurriendo aquí. Ahora que por fin nos encaminamos a la democracia y barremos los escombros del totalitarismo. […] Dicen que hay que salvaguardar la Unión Soviética como uno de los fundamentos del equilibrio internacional". Molesto por las palabras de Gorbachov, Yeltsin le impidió abordar el tratado de la Unión exigiendo que los reunidos se atuviesen al orden del día, en el que no figuraba el acuerdo político. Pero el presidente ruso no se mostró, en principio, contrario a la idea de la unión; de hecho, dijo estar a favor de que siguieran existiendo un ejército y unas fuerzas de seguridad comunes. El portavoz de Gorbachov, Andréi Grachov, llegó a la conclusión de que Yeltsin no se proponía, al menos de momento, destruir la Unión Soviética.[21]

En los días siguientes, Gorbachov prosiguó su ofensiva contra Yeltsin desempeñando su tradicional papel protector de las repúblicas autónomas pertenecientes a la Federación Rusa frente a la "tiranía" del gobierno ruso. El conflicto lo desencadenaron las medidas adoptadas por Yeltsin en Chechenia. El sábado 9 de noviembre, en medio del periodo festivo de cuatro días con el que se conmemoraba el aniversario de la Revolución de Octubre, Anatoli Cherniaev encontró a Gorbachov hablando frenéticamente por teléfono en su despacho. "Pero ¿qué está haciendo? ¿Se ha vuelto loco? –le dijo su jefe, refiriéndose a Yeltsin–. Si esto estalla va a haber cientos de muertos".

La tarde anterior se había anunciado en televisión un decreto del presidente ruso declarando el estado de emergencia en Chechenia, la antigua república autónoma de la Federación Rusa que se acababa de proclamar independiente. Ahora Gorbachov estaba consultando con los ministros responsables de la seguridad del estado qué hacer para evitar un baño de sangre. “Me han contado que el gobernador nombrado por Yeltsin se ha negado a acatar la decisión –le dijo a Cherniaev–. Y el parlamento también. Todos los grupos y las facciones que antes andaban a la greña se han unido ahora en contra de los rusos. Están reuniendo a mujeres y niños para que se pongan delante de las tropas cuando lleguen. ¡Imbéciles!”. El insulto iba dirigido a Yeltsin y su equipo.[22]

El origen del conflicto que estalló en noviembre de 1991 y se extendió por todo el norte del Cáucaso estaba en el siglo XIX, cuando los rusos conquistaron la región. En la Segunda Guerra Mundial, Stalin ordenó desplazar a todos los chechenos a Kazajistán como castigo por su supuesta traición a la Unión Soviética. A finales de la década de 1950, Jrushchov les permitió a ellos y a los ingusetios, otro pueblo norcaucásico, volver a su tierra. Treinta años después, y gracias a la perestroika y la glásnost, los chechenos afirmaron su identidad y reivindicaron la soberanía y la independencia, lo mismo que otras naciones de la Unión Soviética.[23]

En junio de 1991, tras ganar Yeltsin las elecciones presidenciales rusas, el Congreso Nacional checheno, organización independentista fundada en el otoño del año anterior, proclamó la república de Chechenia, separada de Ingusetia. El general Dzhojar Dudáyev, de cuarenta y siete años, se convirtió en su presidente. Un mes antes había dimitido como comandante de la división de bombarderos soviética estacionada en Estonia: testigo del proceso separatista de la república báltica, quería la independencia para su tierra. Según el censo soviético, los chechenos eran algo menos numerosos que los estonios: unos setecientos cincuenta mil frente a un millón. Los rusos y otros eslavos constituían entre la cuarta y la tercera parte de la población de las dos repúblicas. Pero había otras diferencias importantes. Estonia era una república de la Unión, y su derecho a la independencia lo habían reconocido y defendido tanto Bush como Yeltsin. Chechenia, en cambio, se había proclamado a sí misma una república, pero nadie reconocía su derecho a existir como tal, ni mucho menos a la independencia.[24]

Durante el golpe de estado de agosto, Dudáyev tomó partido por el

presidente ruso. “Organizamos unidades armadas, implicamos al MVD [ministerio del Interior] y al KGB, y nos hicimos con el control de las tropas, las comunicaciones y los nudos ferroviarios”: así resumiría más tarde el informe que envió a Yeltsin. El fracaso del golpe aumentó su poder en Chechenia, aunque la autoridad, oficialmente, la seguía ejerciendo la misma casta de políticos que había apoyado a los golpistas. El 6 de septiembre, Dudáyev organizó una insurrección en la capital de la república, Grozni. Sus seguidores tomaron varios edificios del gobierno, y al presidente del parlamento se le obligó a dimitir. Cuando los rebeldes asaltaron el ayuntamiento, el alcalde se arrojó al vacío desde la ventana de su despacho: fue la primera víctima importante de un conflicto que se cobraría cientos de miles de vidas.[25]

Yeltsin y sus colaboradores, entre ellos el presidente en funciones del parlamento ruso, Ruslan Jasbulátov, de origen checheno, se encontraban ante un dilema. En Chechenia, sus enemigos eran los viejos cuadros del Partido Comunista, que se oponían a la independencia: sus aliados, encabezados por Dudáyev, estaban a favor. En septiembre y a principios de octubre visitaron Grozni multitud de consejeros del presidente ruso, entre ellos Jasbulátov y el vicepresidente, Aleksandr Rutskói. El acuerdo que negociaron llevó a la disolución del parlamento de la república. Poco después se celebraron elecciones, pero, para disgusto de las autoridades rusas, no fueron para constituir la nueva cámara de la república.[26]

El 27 de octubre, el general Dudáyev fue elegido presidente de Chechenia en unos comicios boicoteados por la población de etnia rusa, y en los que se denunciaron numerosas irregularidades. Su primer decreto proclamó la soberanía chechena: parecía el comienzo de la desintegración no ya de la Unión Soviética, sino de la Federación Rusa. El 7 de noviembre, Yeltsin contrarrestó este decreto con otro que declaraba el estado de emergencia en Chechenia. Al día siguiente se enviaron unidades del ministerio del Interior al aeropuerto de Khankala, cerca de Grozni. Mil quinientos soldados con uniforme de policía tenían que entrar en la capital, deponer al nuevo gobierno y detener a Dudáyev y sus colaboradores. Ese mismo día, el noticiario de la tarde informó al país entero del decreto dictado por Yeltsin. Ahora ya era de dominio público.[27]

Los chechenos no se dejaron intimidar y reivindicaron la independencia total. El 9 de noviembre, el general Dudáyev tomó posesión de su cargo,

convirtiéndose en el primer presidente de Chechenia. Al día siguiente firmó un decreto anulando el de Yeltsin. La policía empezó a unirse a los rebeldes, que tomaron los edificios del KGB y las comisarías y armaron a las milicias: uno de los primeros decretos de Dudáyev había ordenado la movilización de todos los varones de edades comprendidas entre los quince y los cincuenta y cinco años. Se rodearon los barracones donde estaban acuarteladas las unidades militares soviéticas, y se cortaron los enlaces ferroviarios de Rusia con las repúblicas transcaucásicas de Armenia, Azerbaiyán y Georgia.

El día 10, y con el fin de llamar la atención del mundo sobre las acciones llevadas a cabo por los rusos en Chechenia, tres hombres armados secuestraron un avión soviético con ciento setenta y un pasajeros a bordo y lo desviaron a Turquía. Después de dejar a los rehenes en el aeropuerto de Ankara volaron a Grozni, donde se les recibió como héroes. Era la primera acción terrorista perpetrada en nombre de la independencia chechena por Shamil Basáyev, que unos meses antes había participado en la defensa de la Casa Blanca. Unos años más tarde dirigiría el asalto al hospital de Budionnovsk (en la región natal de Gorbachov, Stávropol), en el que se tomó como rehenes a todos los pacientes.[28]

El vicepresidente ruso, Aleksandr Rutskói, al que Yeltsin había encargado supervisar la operación militar en Chechenia, estaba en graves apuros. Dudáyev había conseguido movilizar a las fuerzas independentistas, pero había otro problema igual de preocupante: las autoridades soviéticas estaban torpedeando los planes rusos. El ministro del Interior de la URSS, Viktor Barannikov, que antes lo había sido de Rusia, se opuso a enviar sus unidades a la república caucásica. Fue un enorme revés para Rutskói, que necesitaba a la policía y a las fuerzas de seguridad de la Unión para imponer el estado de emergencia. En Grozni, las autoridades rusas rechazaron desde el principio utilizar al ejército, que estaba bajo autoridad soviética, lo mismo que el KGB. A Ruskói le era imposible ejecutar el decreto de Yeltsin sin el concurso de los ministerios de la Unión.

El vicepresidente se dio cuenta demasiado tarde. Cuando Jasbulátov y él llamaron a los ministros de la Unión responsables de la seguridad para pedir ayuda, estos se la denegaron alegando órdenes de Gorbachov. El 7 de noviembre, Yeltsin le había enviado una carta a su homólogo soviético en la que se limitaba a informarle de que iba a hacer uso de la fuerza en Chechenia: no le pedía consejo ni ayuda. En la misiva también decía que iba a comunicar

su decisión al secretario general de las Naciones Unidas. El presidente ruso y sus colaboradores habían sobrestimado, evidentemente, la autonomía de Rusia respecto a la URSS. Podían cortarles los fondos a los ministerios de la Unión, ridiculizar a Gorbachov en los medios de comunicación y relegarlo a un papel marginal en asuntos sociales y económicos, pero el presidente soviético seguía representando los intereses de Moscú en el exterior y conservaba la autoridad exclusiva sobre el ejército, los servicios secretos y las fuerzas de seguridad. Los ministros que se rebelaron contra Ruskói negándose a enviar tropas a Chechenia contaban con el respaldo de Gorbachov.[29]

En vista de que la operación rusa estaba en peligro, el presídium del parlamento se reunió a deliberar, y el 9 de noviembre dictó dos disposiciones. Una de ellas ordenaba a Yeltsin asumir la autoridad plena sobre las unidades del ministerio del Interior en el territorio de la Federación Rusa; la otra culpaba a los ministros de la Unión de las dificultades para ejecutar el decreto del presidente ruso. “Proponemos al presidente de la RSFSR analizar las acciones de los responsables de los órganos ejecutivos”, decía el texto. Dicho claramente, se trataba de destituirlos. Yeltsin no tenía, sin embargo, autoridad sobre ellos. Después de exigir en vano al presídium que juzgara en consejo de guerra al ministro del Interior de la Unión, Viktor Barannikov, Rutskói decidió llamar a Gorbachov.

Según el diario de Anatoli Cherniaev, que en ese momento estaba en el despacho de su jefe, este al principio escuchó las palabras airadas de Rutskói, pero al cabo de un rato dejó el auricular a un lado, y durante diez minutos se dedicó a leer los papeles que tenía en la mesa mientras el vicepresidente ruso se desahogaba. “Cálmate, Aleksandr, que no estás en el frente –le dijo por fin–. Hablas de un bloqueo, de cortar las montañas para que no pase ningún checheno, de detener a Dudáyev y aislar a los demás… Pero, ¿qué te pasa? ¿No te das cuenta de cómo va a acabar todo esto? Me consta que nadie en Chechenia apoya el decreto de Yeltsin. Se han unido todos contra vosotros. No perdáis la cabeza”. Gorbachov volvía a estar en el centro del escenario, haciendo lo que mejor sabía.[30]

Al no contar con el apoyo del gobierno central, las autoridades rusas ordenaron el día 10 la retirada de las tropas que ya habían llegado a Grozni. El parlamento ruso anuló el decreto por el que Yeltsin había declarado el estado de emergencia, y Rutskói, que al parecer lo había redactado y tenía el

encargo de ejecutarlo, cargó con la culpa del desastre. Yeltsin, por su parte, mandó al secretario de prensa, Pável Voshchanov, redactar un comunicado afirmando que el presidente siempre había estado a favor de una solución política del conflicto checheno. “Hay quienes están dispuestos a aplastar a los chechenos con tanques con la misma facilidad con la que antes bombardearon aldeas en Afganistán”, le comentó a Voshchanov: se refería a Rutskói, quien, al igual que su principal enemigo, el general Dudáyev, había participado en la guerra de Afganistán.[31]

El presidente ruso pasó los días decisivos de la crisis chechena en Zavidovo, un pabellón de caza cerca de Moscú. El 7 de noviembre era el día de la Revolución de Octubre, que la clase dirigente soviética celebraba con esplendidez. Yeltsin había formado parte de esa clase demasiado tiempo para no apreciar la festividad, que todavía figuraba en el calendario oficial ruso. Pero al parecer dedicó más de un día a celebrar la revolución. El día 9, Gorbachov quiso concertar una entrevista con él para discutir la crisis chechena, pero desistió después de llamar a Zavidovo: el presidente ruso estaba borracho. “A los pocos segundos de empezar a hablar con Boris Nikoláievich –le contó a Cherniaev–, me di cuenta de que era inútil: no tenía sentido lo que decía”. A Jasbulátov, que le llamó más tarde para exigir el restablecimiento del orden en Chechenia, le informó de que la reunión se había aplazado porque Yeltsin no estaba “lúcido”.[32]

El desenlace de la primera crisis chechena se explica en gran parte, sin duda, por la decisión –consciente o no– de Yeltsin de aislarse en el momento crítico, encargando a sus colaboradores que ejecutaran el decreto. El líder que unos meses antes había movilizado a sus seguidores en contra de la declaración del estado de emergencia en la Unión Soviética desapareció cuando llegó el momento de aplicar la misma medida en una región de Rusia. Solo él podía arrebatarle a Gorbachov el control de las fuerzas de seguridad, pero no quiso o no supo hacerlo. Y es que se resistía, como el presidente soviético en la crisis de las repúblicas bálticas, a apoyar del todo a los miembros más intransigentes de su equipo. En los dos casos intervino un factor externo: Bush había frenado a Gorbachov, y ahora este frenaba a Yeltsin.

La nueva Rusia quiso hacer una primera demostración de fuerza, pero solo sirvió para evidenciar las limitaciones del poder de Yeltsin. Gorbachov saboreó su victoria: según Cherniaev, “la torpeza con la que Yeltsin actuó en

Chechenia ‘estimuló’ al presidente soviético”. Sin embargo, no estaba dispuesto a explotar del todo los errores de su adversario. “Lo salvaré –les dijo a sus asesores–; este asunto no debe socavar su autoridad”. Y es que necesitaba el apoyo de Yeltsin en su lucha por la supervivencia: la suya y la de la Unión Soviética. Sin el concurso del presidente ruso no habría Unión. Gorbachov recuerda en sus memorias lo que le dijo a propósito de Chechenia: “No olvides que este estado tiene dos puntales: la URSS y la Federación Rusa. Si se rompe el primero, el otro sufrirá”.[33]

Del nuevo tratado de la Unión se iba a hablar finalmente en el Consejo de Estado, cuya siguiente sesión estaba prevista para el 14 de noviembre, unos días después de la debacle sufrida por los rusos en Chechenia. En vísperas de la reunión, Gorbachov autorizó al principal negociador soviético, Georgi Shakhnazarov, a viajar a Londres para participar en un acto organizado por el diario japonés *Yomiuri Shimbun*, y en el que dialogaría con el antiguo secretario de Estado estadounidense Henry Kissinger. Fue un cambio de actitud radical, ya que, apenas unas semanas antes, Shakhnazarov le había pedido permiso para visitar Estados Unidos, y el presidente se había negado: “Pero, ¿estás loco? ¿A Estados Unidos? Firmamos el tratado de la Unión, y al día siguiente te vas si quieres”. Cuando Shakhnazarov objetó que el acuerdo no se iba a firmar antes del mes de diciembre, Gorbachov le había dicho que estaba equivocado. Ahora, sin embargo, lo dejó marchar.[34]

A finales de octubre, al día siguiente del discurso parlamentario en el que Yeltsin anunció las reformas económicas, Shakhnazarov le había entregado a Gorbachov un memorando que impugnaba la idea que el presidente tenía de la nueva Unión: un solo estado con un gobierno central fuerte y una constitución a la que estarían sometidas todas las repúblicas:

> Hoy por hoy es casi imposible resucitar el estado unión. Todas las repúblicas menos la de Nazarbáyev [Kazajistán] y la de Nyýazow [Turkmenistán] han decidido demostrarse a sí mismas y al mundo entero que son independientes. Con su último discurso, Yeltsin también ha cruzado el Rubicón. Y tiene razón, desde luego: a Rusia no le queda otra salida. Ahora tiene que cuidar de sí misma, y no suplicar ni exigir a las otras repúblicas que se queden. Ya volverán cuando Rusia se haya recuperado, y, si algunas prefieren seguir fuera,

allá ellas. Bastará con mantener a los países vecinos de Rusia en su zona de influencia política y económica.

Este era el plan que Genadi Burbulis, Serguéi Shakhrai y los otros negociadores rusos le habían expuesto a Shakhnazarov, y en el que se basaría la política de Rusia respecto a las antiguas repúblicas soviéticas.

No servía de nada, a juicio de Shakhnazarov, intentar restaurar un gobierno central fuerte, y a Gorbachov le convenía centrarse en las funciones que Yeltsin y los dirigentes de otras repúblicas le habían asignado: comandante en jefe de las fuerzas armadas, principal negociador en materia de desarme nuclear, coordinador de la política exterior de las repúblicas y mediador en las disputas que surgiesen entre los miembros de la nueva Unión. "Estamos, Mijaíl Serguéyevich, en un momento decisivo para el país y para ti, que aún puedes traer un cambio histórico –decía en el informe–. Sería un error gravísimo no renunciar, al menos de momento, a las exigencias desmesuradas respecto a la nueva Unión".[35]

Además de explicar sus discrepancias con Gorbachov y proponer soluciones para la crisis política, Shakhnazarov presentó su dimisión con estas palabras: "No puedo, en conciencia, seguir defendiendo una política que juzgo equivocada y estéril". Gorbachov no aceptó la dimisión, y dejó a su consejero marcharse a Londres a debatir con Kissinger. Y es que, si no podía contar con él para defender con convicción el tratado cuando se discutiera en la decisiva reunión del Consejo de Estado, lo más seguro era mandarle al extranjero. Shakhnazarov no era, sin embargo, el único colaborador del presidente que había dejado de creer en su estrategia. El 13 de noviembre, víspera de la sesión del Consejo, que iba a celebrarse en la residencia presidencial de Novo-Ogarevo, Anatoli Cherniaev anotó lo siguiente en su diario: "En Novo-Ogarevo no se va a aprobar ningún tratado. ¡He leído el nuevo borrador! Estoy seguro de que no vendrán Kravchuk ni ningún otro representante de Ucrania. Revenko [el jefe de gabinete de Gorbachov] les ha suplicado a todos los presidentes que asistan a la reunión. […] Por la tarde aún no estaba claro que fueran a venir". A pesar de las deserciones –algunas abiertas, otras secretas– que se producían en su equipo, Gorbachov no se dio por vencido: iba a luchar hasta el último momento para que el Consejo de Estado aprobara su borrador de tratado, que establecía un gobierno central fuerte.[36]

El día 14 se reunió finalmente el consejo. Al principio, el debate sobre el

tratado confirmó los temores de Shakhnazarov. Yeltsin se opuso a la idea de un solo estado con una única constitución: Kravchuk había dejado de asistir a las sesiones del consejo en octubre, pero al presidente ruso no le costó obtener el apoyo de los dirigentes de la mayoría de las repúblicas, entre ellos el de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev. Gorbachov, que en un primer momento había aceptado negociar a partir de un esquema confederal, acabó rechazando abiertamente la alternativa entre federación y confederación: "Insisto en un estado unión. Lo digo rotundamente. Si no lo creamos, os auguro graves problemas".

Yeltsin no estaba dispuesto a ceder: "Vamos a crear una unión de estados".

Entonces Gorbachov quemó las naves amenazando con abandonar la reunión: "Si no se acepta el estado unión, me niego a intervenir en el proceso. Puedo marcharme ahora mismo y dar por terminada mi tarea. No voy a aceptar algo amorfo".

Yeltsin y los demás miembros del consejo intentaron convencerle de las ventajas de la fórmula confederal, en la que el gobierno central tendría autoridad sobre el ejército y las fuerzas de seguridad, el sistema de transporte y los programas espaciales y ecológicos. Pero el presidente soviético no quiso escucharlos: se levantó y empezó a recoger sus papeles. Entonces los gobernantes de las repúblicas se alarmaron y pidieron un receso. Yeltsin se reunió en privado con Gorbachov, y los dos llegaron un acuerdo: la nueva estructura política se llamaría Unión de Estados Soberanos y sería un "estado democrático confederal". No habría constitución, pero el presidente sería elegido por todos los ciudadanos de la Unión.

Pese a todos los defectos del nuevo borrador, Gorbachov estaba muy satisfecho: no había conseguido que aceptaran una constitución, pero sí un artículo sobre la elección del presidente. Los dirigentes de las repúblicas decidieron aprobar el nuevo tratado de la Unión en la siguiente reunión del Consejo de Estado. Boris Pankin, que estuvo en Novo-Ogarevo, le notó a Gorbachov una mirada "nerviosa y a la vez complacida". Cuando los miembros del consejo se dirigieron a las salidas, no estaba claro si iban a hacer declaraciones, pero el secretario de prensa de Gorbachov se las arregló para que los periodistas bloqueasen las puertas. Entonces el presidente soviético fue conduciendo a los dirigentes de las repúblicas uno a uno frente al micrófono para que manifestasen su apoyo al estado unión: "Estamos de

acuerdo en que ha de existir una Unión, un estado democrático confederal", declaró Yeltsin.[37]

Gorbachov estaba de enhorabuena: parecía haber logrado lo que nadie, ni siquiera sus colaboradores más estrechos, había creído posible. Su intérprete, Pável Palazhchenko, que vio la rueda de prensa en televisión, cuenta en sus memorias que "en la tarde del 14 de noviembre, y para asombro de todos, Gorbachov parecía el ganador, mientras Yeltsin y los demás repetían la frase 'la Unión existirá'. Viendo la retransmisión en directo con mis compañeros, me di cuenta de que les sorprendía tanto como a mí que Gorbachov lo hubiese logrado".[38]

QUINTA PARTE

VOX PÓPULI

XIII
EXPECTACIÓN

*M*ijaíl Gorbachov estaba sentado en su despacho de la residencia presidencial de Novo-Ogarevo. Era la tarde del 25 de noviembre, y se había reunido el Consejo de Estado once días después de su última sesión. El presidente soviético había amenazado de nuevo con marcharse, pero esta vez lo había hecho. Ahora estaba impaciente por saber lo que ocurriría en los siguientes minutos.

Habían cambiado muchas cosas desde el día 14, cuando Gorbachov consiguió que Yeltsin y los goberantes de otras repúblicas declarasen delante de las cámaras de televisión que iba a existir una Unión. La principal novedad estaba en la actitud de los dirigentes políticos. El 1 de diciembre se celebraría el referéndum ucraniano, y todos menos Gorbachov vaticinaban que ganaría el sí a la independencia por amplísima mayoría. Así lo creían Yeltsin, las autoridades ucranianas y las de las demás repúblicas, George Bush y sus consejeros. En los días siguientes, el factor ucraniano alteraría por completo el equilibrio de poder entre las repúblicas, las relaciones de estas con Gorbachov, y las de Bush con el presidente soviético. El primer síntoma de este cambio fue la posición adoptada por los miembros del Consejo de Estado en Novo-Ogarevo, donde se reunieron el 25 de noviembre para discutir el nuevo tratado que proponía Gorbachov.

Ese día estaba previsto que aprobaran definitivamente el texto que habían acordado en la sesión anterior. Los primeros obstáculos los puso, como de costumbre, Yeltsin, quien volvió a plantear la cuestión de la estructura de la futura Unión. Según el presidente ruso, la fórmula en la que habían convenido la última vez, “estado confederal”, no quería decir nada: el tratado tenía que establecer una unión o confederación de estados soberanos; de lo contrario, el parlamento ruso no lo ratificaría.

Los dirigentes de Bielorrusia, Uzbekistán y Turkmenistán, dándole la razón a Yeltsin, no quisieron aprobar el texto, que propusieron remitir sin su firma a los parlamentos de sus respectivas repúblicas, desmarcándose así del planteamiento de Gorbachov. El presidente soviético, furioso, acusó a Yeltsin

de faltar a la promesa que le había hecho en la reunión anterior. “¿Y qué? –respondió Yeltsin, que el 15 de noviembre, al día siguiente de esa reunión, había hecho unas declaraciones en las que lamentaba haber cedido demasiado–. El tiempo vuela. El borrador se ha discutido en varios comités del Soviet Supremo [ruso], y dicen que no se va a aprobar”. Para complicar aún más cosas, el dirigente ruso sacó a colación el gran problema que nadie se atrevía a mencionar: la ausencia de representantes de Ucrania, república de la que dudaba que estuviera dispuesta a incorporarse a un “estado confederal”. “No habrá unión sin Ucrania”, sentenció.

El presidente del parlamento bielorruso, Stanislav Shushkiévich, de cincuenta y seis años, que militaba en la oposición democrática y había condenado el golpe, insistió en que, dada la importancia del tratado, los líderes de las repúblicas necesitaban diez días más para estudiarlo. Además, el aplazamiento haría posible que Ucrania se sumase finalmente al acuerdo. “Vamos a esperar hasta el 1 de diciembre”, propuso Yeltsin. “Si no lo aprobamos [ahora] le estaremos haciendo el juego a los separatistas”, objetó Gorbachov. Su argumento cayó en saco roto. Finalmente perdió la paciencia y recurrió a la táctica, ensayada con éxito, de amenazar con marcharse: “Si el acuerdo os parece innecesario, decidlo sin rodeos. Quizá deberíais reuniros por separado para deliberar. Si os quedáis aquí, me marcho yo. […] Decidid qué es más importante para vosotros: el pueblo o los separatistas”. Luego dijo unas palabras más a modo de despedida, y abandonó la sala acompañado por sus ayudantes.

Pasó casi una hora en su despacho. ¿Entrarían en razón los dirigentes de las repúblicas, pidiéndole que volviera? En el mes de abril había abandonado una reunión del Comité Central del Partido Comunista después de que este órgano hubiese decidido votar una moción sobre su destitución como secretario general. Al final se anuló la votación, y Gorbachov recuperó el control del partido. Pero ahora la situación era más compleja. Nadie se proponía apartarlo de la jefatura de una organización que había desaparecido hacía tiempo, ni de la de un estado que se hallaba sumido en el caos: los miembros del consejo se negaban a reconstruir el estado, dejando a Gorbachov sin ninguna función que desempeñar y sin ningún país que gobernar. Tampoco parecían dispuestos a ir a su despacho a pedirle que volviera. Se estaban tomando su tiempo, sin duda.

Después de deliberar, los dirigentes de las repúblicas enviaron a dos representantes a hablar con el presidente soviético: uno de ellos era Yeltsin,

al que Gorbachov consideraba, no sin razón, el principal causante de la rebelión; el otro, más tratable, era Shushkiévich. El primero se resistió a ir, al contrario que el político bielorruso, que tenía, sin embargo, intenciones ocultas. Mientras se dirigían al despacho por el pasillo acristalado de Novo-Ogarevo, disfrutando de las vistas del bosque, Shushkiévich invitó de nuevo a Yeltsin a viajar a Bielorrusia para discutir las relaciones económicas entre las dos repúblicas, y se ofreció a alojarlo en el pabellón de caza de Białowieża (Torre Blanca), cerca de Brest. El presidente ruso aceptó.

"Comparecemos ante el kan de la Unión… Otórganos tu protección", le dijo Yeltsin a Gorbachov al entrar en su despacho. El presidente soviético, que parecía aliviado, siguió con la broma: "Todo se arregla con un diálogo franco, zar Boris". Los dos aludían al periodo de la baja Edad Media en que los gobernantes de Rusia reconocieron la soberanía de los kanes de la Horda Dorada. La analogía era inexacta: los príncipes rusos no empezaron a llamarse zares hasta que dejaron de someterse a los kanes. Los zares no reconocían ninguna autoridad por encima de la suya, y el "zar Boris" no pensaba romper con la tradición. A Gorbachov le habló "con desprecio, escupiendo casi", según les contaría más tarde el presidente soviético a sus asesores. Yeltsin y Shushkiévich le propusieron una solución que como mucho le permitiría salvar la cara: los gobernantes de las repúblicas dejarían la frase "estado confederal" en el tratado, pero lo remitirían sin firmar a los respectivos parlamentos para su debate y aprobación. No era el acuerdo que deseaba Gorbachov.

El presidente soviético volvió a la sala para reanudar la sesión. Terminada esta, hizo unas declaraciones para la televisión en las que presentó la decisión de remitir el tratado a los parlamentos como una muestra de la conformidad del Consejo de Estado con el texto. Casi nadie se dejó engañar, y varios periodistas le preguntaron "quién era el responsable, quién había impedido que se aprobase el tratado", como recordaría más tarde el propio Gorbachov. No quiso responder. En privado, sin embargo, dijo estar seguro de que Yeltsin no había actuado solo. Según Anatoli Cherniaev, el presidente sospechaba desde hacía tiempo que "Yeltsin y Kravchuk se habían confabulado para acabar con la Unión".[1]

Ya se había enfrentado antes a la inflexibilidad de los líderes ucranianos. Después del golpe, la clase dirigente de la república cerró filas en torno a

Kravchuk, y a medida que publicaban encuestas que indicaban el creciente apoyo popular a la independencia, el presidente del parlamento se envalentonó. En el viaje que hizo a Estados Unidos y Canadá en septiembre quedó clara su determinación de lograr la independencia. Al mes siguiente asistió por última vez a una sesión del Consejo de Estado. La reunión se había convocado para discutir asuntos económicos y no el nuevo tratado de la Unión, pero Kravchuk les comunicó a los miembros del consejo que el parlamento de Kiev había aprobado una resolución suspendiendo la participación de Ucrania en las negociaciones sobre el tratado hasta que se celebrase el referéndum. Los diputados habían votado, en efecto, a favor de boicotear todas las instituciones de la URSS y establecer relaciones directas con otras repúblicas. A la Unión la daban por muerta.[2]

Gorbachov no estaba de acuerdo. Y es que nunca se resignó a la pérdida de la república rebelde. Su padre era ruso y su madre ucraniana, por lo que la separación entre Rusia y Ucrania suponía un drama personal para él. Se consideraba ruso, pero conocía las canciones populares ucranianas y le gustaba cantarlas. Además creía entender mejor que nadie el sentir de la sociedad ucraniana. "¡No digas tonterías, Leonid Makárovych! –le dijo por teléfono a Kravchuk–. Vas a fracasar con el referéndum: en marzo votó el setenta por ciento a favor de la Unión". Se refería al apoyo que los ucranianos habían mostrado a una nueva Unión en el referéndum celebrado en toda la URSS en marzo de 1991. Había algo inquietante en el llamamiento de Gorbachov a la unidad entre Rusia y Ucrania. En sus conversaciones privadas con sus colaboradores y con dirigentes extranjeros, así como en sus declaraciones públicas, alertaba de un posible conflicto étnico, lo que no hacía sino alimentar la tensión entre las minorías que vivían en Ucrania.[3]

Fue Georgi Shakhnazarov quien, en un memorando fechado el 10 de octubre, sugirió la idea de utilizar la cuestión étnica para evitar que se celebrara el referéndum. A su consejero le disgustaba que, desaparecido el Partido Comunista, no quedase en Ucrania ninguna fuerza política dispuesta a frenar a los "nacionalistas de Galitzia", como él los llamaba, y que las autoridades rusas hubiesen decidido no reclamar ningún territorio a la república vecina. Le propuso a Gorbachov "reiterar públicamente y dar un carácter oficial a la posición rusa respecto a Crimea, el Donbás y el sur de Ucrania". Se trataba de "afirmar claramente y sin rodeos que, históricamente, esas regiones forman parte de Rusia, que no piensa renunciar a ellas aunque Ucrania decida abandonar la Unión".

Shakhnazarov también propuso lanzar en Crimea y en el sur y el este de Ucrania una campaña en contra de la independencia. En la península del mar Negro había que emplearse a fondo “con el concurso del camarada [Nikolái] Bagrov”, presidente del parlamento de Crimea. “Todos los ciudadanos de Ucrania tienen que saber que, en el caso de anunciar esta su salida de la Unión, Crimea dejará de formar parte de la república al día siguiente y se incorporará a Rusia”. Por lo demás, Shakhnazarov sugirió que se creara un grupo especial dirigido por el poeta ucraniano Boris Oliinyk, y encargado de reclutar a decenas de celebridades rusas para que recorrieran Ucrania hablando en contra de la secesión. Gorbachov llevaba años utilizando fondos públicos para crear y sostener partidos políticos que defendiesen sus objetivos, pero ahora no disponía de recursos para hacer ni la mitad de lo que proponía su consejero: ya solo podía pronunciar discursos y conceder entrevistas. En la conversación que tuvo con Bush en Madrid a finales de octubre mencionó el problema ruso al que se enfrentaba Ucrania. La cuestión étnica era, según dijo, uno de los motivos por los que esta república no abandonaría la Unión.[4]

Antes de la conferencia de Madrid, la cuestión ucraniana había ido preocupando cada vez más no solo a Gorbachov, sino también a Bush, aunque por motivos relacionados con la política nacional. El intérprete de Gorbachov, Pável Palazhchenko, recordaría más tarde cómo, en la cena ofrecida por el rey Juan Carlos, que tan buena impresión le causó a Gorbachov, el presidente estadounidense le hizo a su homólogo soviético unas cuantas preguntas sobre Ucrania. “¿Crees que Kravchuk ganará las elecciones?”, quiso saber; Gorbachov respondió afirmativamente. “¿Y crees que luego formará algún tipo de Unión o asociación con vosotros?”, le preguntó a continuación. Gorbachov contestó que no estaba seguro de lo que pretendía Kravchuk, pero sí de que Rusia y Ucrania seguirían juntas: “Las dos naciones son como ramas de un mismo árbol; nadie podrá separarlas”. Bush sacó entonces a colación las elecciones presidenciales que se celebrarían en su país al año siguiente. Palazhchenko lo notó bastante preocupado, pero no vio ninguna relación entre los dos asuntos: las elecciones presidenciales ucranianas y las estadounidenses. De hecho la había.[5]

El presidente de Estados Unidos no había recompuesto su relación con la

comunidad ucraniana de su país desde el tropiezo que cometiera en agosto con su discurso del “pollo Kiev”. El 5 de noviembre, la hostilidad ucraniana contra Bush, que hasta entonces se había considerado una pequeña molestia, se convirtió en un grave problema político. Ese día se celebraron en Pensilvania unos comicios extraordinarios para elegir al nuevo senador del estado, y perdió Dick Thornburgh, exfiscal general de Estados Unidos y candidato escogido a dedo por Bush para sustituir al senador John Heinz, que había muerto en un accidente de avión unos meses antes. El candidato demócrata, Harris Wofford, cuya campaña dirigieron Paul Begala y James Carville, futuros estrategas electorales de Bill Clinton, ganó por amplia mayoría pese a no ser el favorito. La derrota fue un gran bochorno para Bush: convencido de que iba a obtener el escaño, Thornburgh había dimitido como fiscal general.

A Thornburgh se lo consideraba el candidato de Bush, por lo que los estrategas demócratas se esforzaron por relacionarlo con el presidente, que había alcanzado una de las cotas de popularidad más altas de la historia inmediatamente después de la guerra del Golfo, pero ahora se estaba hundiendo en las encuestas. La causa principal era la economía, que se encaminaba a la recesión, pero también intervenían factores políticos: las encuestas indicaban que los votantes de ascendencia europea oriental, que habían apoyado al Partido Republicano en la Guerra Fría, se estaban cambiando de bando, molestos por la indecisión que, según ellos, había mostrado la administración Bush respecto a la independencia de los países bálticos, y luego respecto a Ucrania, Armenia y otras repúblicas soviéticas. Los candidatos demócratas a la presidencia explotaron este punto débil de Bush: el gobernador de Arkansas, Bill Clinton, lo criticó por no abanderar la causa independentista de las repúblicas. Los republicanos tenían que hacer algo de inmediato para contener la fuga de votantes.[6]

Los estadounidenses de origen ucraniano se sentían traicionados por el partido al que habían apoyado a lo largo de la Guerra Fría. Después del discurso del “pollo Kiev” se habían hecho el firme propósito de desquitarse en las urnas, y habían criticado con virulencia al gobierno en sus periódicos y asambleas. Los aliados tradicionales con los que contaban en las filas republicanas dieron un toque de atención a la Casa Blanca, pero fue inútil. El 16 de septiembre, el senador por Colorado, Hank Brown, escribió a Bush pidiéndole que reconociera la independencia de Ucrania en vista de la declaración aprobada por el parlamento de Kiev: no hubo respuesta.

Los líderes de la comunidad ucraniana movilizaron a sus seguidores para que presionasen a los congresistas republicanos, pero también a los demócratas. Estos esfuerzos dieron su fruto el 21 de noviembre, cuando el senado aprobó una resolución presentada por el senador por Arizona, Dennis DeConcini, del Partido Demócrata, y que instaba a la administración Bush a reconocer a Ucrania después del referéndum del 1 de diciembre. DeConcini criticó sin ambages al gobierno: "Después de defender durante cincuenta años la independencia de las repúblicas bálticas, el gobierno de Estados Unidos ha sido, para vergüenza nuestra, el trigésimo séptimo en reconocer a esos valerosos países. Esta hipocresía no debe repetirse en el caso de Ucrania".[7]

En la principal publicación de la comunidad ucraniana, *Ukrainian Weekly*, normalmente favorable a la administración Bush, aparecieron infinidad de artículos y cartas atacando al presidente no ya por no ayudar a Ucrania, sino por entorpecer su marcha hacia la independencia. El editorial del 24 de noviembre, titulado "Sería la decisión más sabia, George", exigía a la Casa Blanca que reconociese a Ucrania lo antes posible. El columnista Myron B. Kuropas, que había trabajado para el presidente Gerald Ford, centró sus críticas en el consejero de Seguridad Nacional, el general Brent Scowcroft: "Fue él quien, por desprecio a Yeltsin, subestimó el apoyo popular del que disfruta en Rusia. Fue él quien ayudó al presidente Bush a redactar el discurso que pronunció en Kiev. Y es él quien, movido por la admiración que le inspira Mijaíl Gorbachov, está luchando por salvar la Unión Soviética". No era verdad que el criterio de Scowcroft sobre la Unión Soviética obedeciera principalmente a su admiración por Gorbachov, pero sí que el consejero de seguridad nacional despreciaba a Yeltsin y había ayudado a redactar el discurso de Kiev. A su regreso de Madrid les había dicho a sus colaboradores que, aunque Gorbachov y el gobierno central estaban muy debilitados, la política de Estados Unidos no debía perjudicar al presidente soviético.[8]

Las cosas iban a cambiar pronto. En las dos últimas semanas de noviembre, el consejo de Seguridad Nacional se reunió muchas veces para discutir la situación de la URSS. Todos vaticinaban que los ucranianos votarían por mayoría aplastante a favor de la independencia, y sabían que el resultado del referéndum supondría un giro en la política estadounidense respecto a la Unión Soviética. Por lo demás, los consejeros de Bush apenas coincidían en nada. Persistían, en general, las diferencias que habían surgido en septiembre entre el departamento de Estado y el de Defensa. Partidario, como siempre,

de estrechar lazos con las repúblicas, Dick Cheney insistía en que Estados Unidos reconociese a Ucrania lo antes posible. “Pensábamos que, sin Ucrania, Rusia sería incapaz de reconstruir la Unión Soviética –explicaría más tarde Stephen Hadley, que trabajaba como ayudante de Paul Wolfowitz en el Pentágono–. Ucrania tenía abundantes recursos naturales, una población numerosa y gran importancia geoestratégica, por lo que, en el caso de separarse de Rusia, esta nunca llegaría a ser tan peligrosa como la Unión Soviética. Esta idea se convertiría en un elemento clave de la política estadounidense (dejando aparte otros principios fundamentales). Desde el punto de vista estratégico, una Ucrania independiente era como una póliza de seguros”.[9]

James Baker estaba a favor de una actitud más prudente, que favorecería a Gorbachov y al gobierno central. Sobre el secretario de Estado influía sobre todo Eduard Shevardnadze, al que Gorbachov había reincorporado al gobierno a mediados de noviembre en sustitución de Boris Pankin. A Shevardnadze, que tenía mucho más peso en la política nacional e internacional que su predecesor, le preocupaba que Rusia y Ucrania se enfrentaran por Crimea y el este de Ucrania, el posible conflicto del que Gorbachov ya había alertado a Bush en Madrid. Baker quería aplazar el reconocimiento diplomático de Ucrania aunque sus ciudadanos votaran a favor de la independencia, y utilizarlo como acicate para influir en la política de Kiev respecto a cuestiones tan delicadas como el arsenal nuclear.

Luego estaba la posición de Scowcroft. “En general era partidario de la cautela –escribiría el secretario de prensa adjunto de la Casa Blanca, Roman Popadiuk–. Simpatizaba con la causa nacionalista de las repúblicas soviéticas, pero prefería que no la defendiésemos abiertamente”. Popadiuk, que más tarde se convertiría en el primer embajador de Estados Unidos en Ucrania, no coincidía del todo con el cauteloso consejero de seguridad nacional, pero comprendía sus razones: “Si una superpotencia defendía la disolución de otra, era inevitable que se produjese una reacción violenta”, escribiría más tarde.[10]

El 25 de noviembre, cuando Yeltsin y los dirigentes de las repúblicas se negaron a aprobar el nuevo tratado de la Unión propuesto por Gorbachov, *The Washington Post* publicó un artículo titulado “El gobierno, dividido sobre la independencia de Ucrania”, sacando a la luz las disensiones al respecto en la administración Bush, y señalando a Baker como enemigo del

reconocimiento diplomático de un país que pronto sería independiente. El secretario de Estado se puso furioso: sospechaba que los ayudantes de Cheney filtraban información a la prensa. Aunque el artículo citaba fuentes del departamento de Estado y del de Defensa, la filtración venía, en efecto, del segundo. Según un funcionario del Pentágono, que habló con los periodistas a condición de que se respetara su anonimato, había llegado el momento de que Estados Unidos se uniera a los países que habían reconocido a Ucrania. La decisión había que tomarla antes de la cumbre de la OTAN, prevista para el final de esa semana.[11]

El día 26, los abanderados de la causa independentista movilizaron a los aliados que tenían en el congreso. Un buen número de congresistas de los dos partidos enviaron al presidente Bush una carta en la que manifestaban su apoyo a Cheney. Entre ellos había estrellas emergentes de la política estadounidense, como Newt Gingrich, Nancy Pelosi, Leon Panetta y Rick Santorum. La misiva decía lo siguiente: “Nos consta que varios miembros de la administración, entre ellos el secretario de Defensa, Dick Cheney, le han aconsejado que sea uno de los primeros gobernantes en reconocer la independencia de Ucrania. Siga su sabio consejo, señor presidente. Es fundamental que Estados Unidos se ponga de parte del pueblo ucraniano y defienda la libertad y la democracia, en vez de sostener el régimen del Kremlin, que sigue dirigido por comunistas recalcitrantes”, decía el texto, refiriéndose a Gorbachov y su círculo. “Se equivocan quienes sostienen que es bueno para Estados Unidos que el Kremlin siga determinando la política económica y militar de Ucrania. Nuestro país tiene ahora la oportunidad de impulsar el diálogo con una Rusia y una Ucrania independientes para el total desmantelamiento de los arsenales nucleares y la puesta en marcha de reformas económicas liberalizadoras. Déjennos tomar la iniciativa en este movimiento, en lugar de avanzar torpemente por detrás”. Los congresistas exhortaron a Bush a actuar con la determinación que había mostrado en la guerra del Golfo.[12]

Para los defensores de la independencia ucraniana, la carta llegó en el momento perfecto. El 26 de noviembre, el presidente tuvo una reunión decisiva con sus consejeros de política exterior. Al día siguiente, el Consejo del Atlántico Norte iba a celebrar una sesión para discutir la situación de Ucrania, circunstancia que, unida a la presión creciente a la que se veía sometida la Casa Blanca para que reconociese su independencia, llevó a Bush y a sus asesores a acordar finalmente una estrategia. Reconocerían a Ucrania,

aunque no de inmediato: dejarían pasar unas semanas. Bush enviaría a un representante especial a Kiev justo después del referéndum para que les comunicara a los dirigentes ucranianos que Estados Unidos celebraba la libertad recién conquistada por su país.

En sus memorias, Baker da un cariz lo más positivo posible al acuerdo del día 26: los asistentes a la reunión aceptaron, dice, la propuesta del departamento de Estado de aplazar el reconocimiento de Ucrania. En el dorso de la fotocopia del artículo de *The Washington Post* sobre las disensiones existentes en el gobierno, el secretario de Estado anotó: "Kozyrev dice que en Rusia los moderados apoyan nuestro enfoque… tan equivocado decir que no como decir enseguida que sí… en Ucrania los *moderados* piensan igual". La siguiente frase la marcó con muchos asteriscos: "Arriesgado precipitarse a reconocer [a Ucrania]… caos + guerra civil… mientras que *no existe ningún riesgo* en esperar un par de semanas".[13]

Ese día, en la sede de la OTAN en Bruselas, el embajador estadounidense recibió un telegrama exponiendo el guion que había que seguir en la reunión del Consejo del Atlántico Norte. Los redactores pronosticaban que ganaría el sí por amplia mayoría en el referéndum ucraniano, y el gobierno de Kiev proclamaría la independencia inmediatamente después. "La cuestión –decían– no es si reconocer o no a Ucrania, sino cómo y cuándo la reconoceremos". Por lo demás, no eran partidarios de que los países occidentales "pongamos condiciones a Ucrania para que la reconozcamos y tengamos relaciones diplomáticas. Creemos que la OTAN en bloque, y cada uno de nosotros individualmente, debe exponerles a los ucranianos una serie de factores que tendrá en cuenta antes de tomar una decisión".

Entre los requisitos estaba que Moscú siguiera controlando las armas nucleares que Ucrania tenía en su territorio –si bien había que terminar por desmantelarlas, como prometían las autoridades de Kiev–, y que el país cumpliera los tratados sobre control armamentístico firmados por la URSS, así como los acuerdos de Helsinki, que obligaban a los signatarios a reconocer las fronteras posteriores a la Segunda Guerra Mundial y proteger los derechos humanos. Los redactores del telegrama eran conscientes de que la decisión de reconocer a Ucrania sentaría un precedente en la política de Estados Unidos y la de la OTAN respecto a otras repúblicas soviéticas, entre ellas Georgia y Armenia.[14]

Después de la decisiva reunión celebrada en la Casa Blanca el día 26,

George Bush estaba por fin en condiciones de restablecer lazos con la comunidad ucraniana y, por extensión, con otros votantes de origen europeo oriental. El primer paso lo había dado el nuevo director de la CIA, Robert Gates, el día 17, unas semanas después de tomar posesión de su cargo, cuando pronunció el discurso de apertura en un banquete organizado por esa comunidad en el hotel Plaza de Nueva York. El motivo de la cena era homenajear al estadounidense de origen ucraniano que ocupaba un cargo más alto en la administración Bush, el secretario de prensa adjunto Roman Popadiuk, haciéndole entrega del galardón de "Ucraniano del Año", que concedía el Ukrainian Institute of America, de Nueva York.

El discurso de Gates fue un éxito, a juzgar por la reacción del público. Ralph Gordon Hoxie, destacado experto en asuntos educativos y director del *think tank* Center for the Study of the Presidency, lo felicitaría más tarde por su "extraordinario" discurso: le había entusiasmado, dijo, que contrapusiera, al modo de Jefferson, las democracias con las tiranías. Gates aprovechó la ocasión para tender puentes entre el gobierno y la comunidad ucraniana y conversar con el representante de Ucrania en las Naciones Unidas, Hennadi Udovenko. La revista *US News & World Report* atribuyó la decisión de Bush de aceptar el resultado del referéndum ucraniano a la posición adoptada por el director de la CIA en las discusiones internas del gobierno.[15]

El 27 de noviembre, un día después de que el gobierno decidiera reconocer a Ucrania, quince representantes de la comunidad ucraniana de Estados Unidos acudieron a la Casa Blanca, en cuya sala Roosevelt se reunieron durante media hora con Bush, Scowcroft, Ed Hewett, del consejo de Seguridad Nacional, y otros asesores en política exterior del presidente. Al frente de la delegación estaba Taras Szmagala, oriundo de Cleveland, director de la Asociación Nacional Ucraniana y editor de la revista *Ukrainian Weekly*, que tanto había criticado a Bush recientemente. Szmagala había dirigido un comité de apoyo a Bush, American Ukrainians for Bush, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1988. En septiembre de 1991 había formado parte de la delegación estadounidense, encabezada por el hermano del presidente, Jonathan, que asistió al acto conmemorativo del cincuenta aniversario de la masacre de Babi Yar.

En la reunión, Szmagala le dijo a Bush que la independencia de Ucrania era inevitable, y su reconocimiento por parte de la Casa Blanca, un asunto de importancia capital para los estadounidenses de ascendencia ucraniana. Al

presidente se le recordó el apoyo que había mostrado a la autodeterminación de la república soviética en la década de 1970 y a principios de la siguiente, pero, según la crónica del encuentro publicada en *Ukrainian Weekly*, no se mencionó el discurso del "pollo Kiev". Los representantes de la comunidad ucraniana le entregaron una carta de los líderes del Rukh pidiéndole que defendiera la independencia de su país y dejara de prestar ayuda económica a Gorbachov, que había lanzado una campaña contra su causa en los medios de comunicación. Esta campaña bien podía ser el preludio de un ataque militar: "¿Quién se hará responsable de una ofensiva militar de Gorbachov contra Ucrania?", preguntaban los dirigentes del partido nacionalista.[16]

Bush estaba contento de poder anunciar a los representantes de la comunidad ucraniana, que tradicionalmente lo habían apoyado pero llevaban tiempo decepcionados con su política, la decisión tomada por su gobierno. Les advirtió de que el reconocimiento no sería inmediato, pero sus interlocutores no le prestaron demasiada atención. Parecía que no hubiesen oído más que lo que estaban ansiosos de oír: que el gobierno de Estados Unidos iba a reconocer finalmente la independencia ucraniana. Ya tenían una buena noticia que darles a sus amigos de Ucrania y a los miembros de la comunidad, que los habían criticado por defender a ultranza al Partido Republicano, aunque el presidente, según ellos, hubiese fortalecido a Gorbachov y traicionado a los ucranianos. Nada más abandonar la Casa Blanca les contaron a los periodistas que Bush había prometido "apoyar la independencia de Ucrania" y que Estados Unidos "avanzaría" hacia su reconocimiento. "No se habló de plazos", aclararía *The Washington Post*.[17]

Un alto funcionario de la administración Bush confirmó la noticia extraoficialmente. La decisión, dijo, se había tomado en una reunión celebrada en la Casa Blanca el día anterior, y era una fórmula de compromiso que conciliaba la posición de Cheney y la de Baker. El secretario de Estado les reprochaba a los representantes de la comunidad ucraniana y a los medios de comunicación haber simplificado la política del gobierno. En sus memorias, George Bush lamenta que la decisión se "filtrara" a la prensa; en las suyas, Robert Gates, que en un primer momento había sido partidario, como Baker, de proceder con cautela, reconoce que "los intereses políticos se impusieron a los principios", y evita culpar de la filtración a los líderes comunitarios.

Ni a Bush ni a sus consejeros podía sorprenderles que la delegación

ucraniana hablara con los periodistas después de la reunión. Por lo demás, y dado el radical cambio de política del gobierno, era difícil que los medios de comunicación se parasen a analizar todos los matices, como habría deseado Baker. Los republicanos habían perdido en el senado un escaño, el de Pensilvania, que daban por seguro; las encuestas indicaban una fuerte caída de la popularidad de Bush, y los ciudadanos de ascendencia europea oriental protestaban enérgicamente contra el gobierno: ante este panorama, la Casa Blanca no podía permitirse seguir apoyando a Gorbachov, del que Scowcroft decía que ya casi era un "espectro político". El cambio de rumbo se iba a producir antes o después: era necesario desde el punto de vista político, por mucho que le desagradara personalmente a Bush. El presidente soviético iba hacia el abismo, y existía el peligro de que arrastrara consigo a su homólogo estadounidense.

La supuesta filtración, confirmada de inmediato por la Casa Blanca, que llegó incluso a contar detalles sobre cómo se había decidido reconocer a Ucrania, era un modo conveniente para el gobierno de informar al país y al mundo del giro que había dado a la política exterior abandonando a Gorbachov y desechando su proyecto de Unión. La administración Bush no lo consultó con el presidente soviético, y ni siquera le avisó de la decisión que iba a anunciar. En realidad no hubo anuncio formal.[18]

Tres días después, el 30 de noviembre, víspera del referéndum ucraniano, Bush decidió llamar por teléfono a Gorbachov para explicarle el cambio de política, del que el presidente soviético ya estaba al tanto. La conversación no iba a ser plato de gusto para ninguno de los dos. Cuando su ayudante, Anatoli Cherniaev, le comunicó que Bush había pedido hablar con él, Gorbachov se mostró molesto. "¿Para qué? –preguntó–. Dile que no voy a estar". Sin embargo, después de vacilar un poco, accedió a atender la llamada: "Que me la pasen esté donde esté". Se sentía traicionado por su homólogo estadounidense: la filtración de la Casa Blanca perjudicaba su campaña en contra de la independencia ucraniana, en la que había asegurado contar con el pleno apoyo de Bush y otros dirigentes occidentales. Ahora se desvanecía de pronto el espejismo del respaldo occidental: parecía que Gorbachov se había marcado un farol, y los ucranianos tenían un motivo más para votar sí en el referéndum y reivindicar la independencia.[19]

Su intérprete, Pável Palazhchenko, se había enterado de la noticia por la

CNN. “Habrá que ver en detalle la decisión de Bush –le dijo a Cherniaev–, pero, de entrada, esto que cuentan es un palo”. Cherniaev, que estaba de acuerdo, redactó un borrador de respuesta para Gorbachov en el que se decía que la noticia que llegaba de Washington “causa perplejidad”. El comunicado no logró su objetivo en Moscú, ni mucho menos en Washington. El diario *Izvestia*, normalmente fiel a Gorbachov, lo atacó en su portada: decía el artículo que, si bien se podía argumentar que Washington estaba, en efecto, entrometiéndose en los asuntos internos de la URSS en vísperas del referéndum, parecía absurdo que Gorbachov criticara abiertamente a la Casa Blanca cuando, según las encuestas, más del ochenta por ciento de los ucranianos eran partidarios de la independencia. Al lado apareció otro artículo titulado “Ucrania: un día antes de una libertad conquistada con dolor”. Era Gorbachov, y no Bush, quien parecía alejado de la realidad. En todo caso, Cherniaev estaba orgulloso del comunicado, del que sospechaba que había influido en la decisión del presidente estadounidense de telefonear el 30 de noviembre al aliado al que acababa de volver la espalda.[20]

Bush le dijo enseguida que llamaba para hablar de Ucrania, y que lo preocupaban las recientes declaraciones de los soviéticos. Se refería, evidentemente, al comunicado de Cherniaev. “Conoces nuestra tradición democrática. Tenemos que apoyar al pueblo ucraniano –le explicó, y luego trató de dorar la píldora–: creemos que, reconociendo la independencia, se puede convencer a Ucrania de que vuelva a la negociaciones sobre el tratado de la Unión”. Después de escuchar a Bush, Gorbachov pasó al ataque: “No te negaré que nos ha sentado mal la noticia filtrada por la Casa Blanca de que Estados Unidos está considerando seriamente reconocer la independencia, sobre todo porque ha llegado en vísperas del referéndum. Parece que Estados Unidos está tratando no solo de influir, sino también de entrometerse”.

El presidente soviético insistió en que no se debía identificar independencia con secesión. Mencionó lo que estaba ocurriendo en Yugoslavia. “Si alguien en Ucrania dice que se van a separar de la Unión, y alguien [en occidente] dice que les apoya –dijo, refiriéndose a la decisión de Bush–, doce millones de rusos y los miembros de otras etnias se convertirán en ciudadanos de un país extranjero”. La reclamación por parte de Yeltsin de los territorios ucranianos que limitaban con Rusia y la presencia de minorías rusas en Crimea y en la cuenca minera del Donbás, en el este de Ucrania, podían crear una situación muy peligrosa. Gorbachov abundaba con esto en lo que Georgi Shakhnazarov le había dicho el mes anterior sobre las minorías

étnicas de Ucrania.

Anatoli Cherniaev, que presenció la conversación, resumiría así el argumento de Gorbachov: “Independencia no es secesión. Si hay secesión, pasará lo que en Yugoslavia, pero elevado a la enésima potencia”. El presidente soviético le pidió a Bush que procurase no alentar a los separatistas. “Aunque cada estado sea soberano, Estados Unidos es un país fuerte y cohesionado”, le recordó.

“Tienes toda la razón –contestó el presidente estadounidense, que no estaba, sin embargo, dispuesto a ceder lo más mínimo–. El reconocimiento de la aspiración independentista de los ucranianos permitirá resolver los asuntos espinosos que se interponen en el camino de las reformas políticas y económicas”. Le aseguró a Gorbachov que no se proponía complicarle las cosas. “Estoy sometido a ciertas presiones –dijo en alusión a su conflicto con la comunidad ucraniana–. No quiero comparar mi situación con la tuya, pero entiendo hasta cierto punto lo que estás pasando”.

No hubo diálogo, sino una sucesión de monólogos. Aunque procuraron evitar un enfrentamiento abierto, los dos sabían que sus posiciones eran incompatibles y que la conversación telefónica apenas podía aproximarlas. La alianza política entre Bush y Gorbachov ya era cosa del pasado. James Baker, que participó en la conversación, le pareció a Cherniaev más comprensivo con Gorbachov –y preocupado por el futuro de la Unión– que Bush. “Baker es más libre en sus juicios, más franco. ¡No está tan sometido a los grupos de presión!”, anotaría ese día en su diario el consejero del presidente soviético. Después de la conversación se puso a redactar un comunicado al respecto. Y es que Gorbachov estaba impaciente por sacar provecho político a la llamada de Bush en vísperas del referéndum ucraniano, al margen de lo que se hubiese dicho en ella. Se trataba de contrarrestar la filtración de Bush con la suya propia. El comunicado pretendía, según contó Cherniaev en su diario, “apretarles las tuercas a Kravchuk y compañía”.[21]

Gorbachov tuvo su incómoda conversación con Bush casi inmediatamente después de una reunión igual de incómoda con el presidente ruso, al que culpaba de casi todos los males que venía sufriendo. Esa mañana le había rogado a Yeltsin que salvara a la segunda superpotencia de la quiebra: Rusia, que ahora controlaba los ingresos procedentes del gas y del petróleo, había dejado de financiar las instituciones de la Unión. Gorbachov seguía al mando

del ejército y del cuerpo diplomático, pero no tenía fondos para sufragar los gastos de ninguno de los dos, y ni siquiera para pagar a sus colaboradores.

Las arcas de la Unión estaban vacías. El día anterior, en una sesión del parlamento soviético, Gorbachov había pedido a los diputados que aprobasen un decreto que había firmado en junio, y que ordenaba al Banco Central emitir sesenta y ocho mil millones de rublos en créditos para las instituciones y empresas estatales. También pretendía que aprobasen la solicitud de nuevos créditos por valor de noventa mil millones. Se trataba, en definitiva, de imprimir más dinero, medida a la que se oponía un buen número de parlamentarios. Una de las dos cámaras aprobó una resolución favorable, pero no salió adelante en la otra, debido a la influencia de los diputados rusos: el gobierno de Yeltsin se disponía a acometer reformas económicas profundas, y quería evitar a toda costa que se disparara la inflación. Gorbachov se quedó, por tanto, sin recursos. “Rusia ha vetado, de hecho, un presupuesto extraordinario para la Unión –escribió en su diario el consejero económico de Gorbachov, Vadim Medvédev–. Esto ha llevado a un impago masivo de salarios en la administración”.[22]

Ese mismo día, el Banco Central (Gosbank) dejó de suministrar fondos a las instituciones de la Unión, incluidos el ejército y la administración presidencial. La única excepción fue el ministerio de Relaciones Internacionales, dirigido de nuevo por Eduard Shevardnadze. Yeltsin, que recordaba la oposición de los dirigentes occidentales a su plan de cortarle los fondos a este departamento, continuó financiándolo con dinero público ruso. Los funcionarios temían que Rusia se hiciera con el poder en el ministerio y dieron la voz de alarma, pero Gorbachov tenía las manos atadas. “¿Qué podíamos hacer? –escribió Cherniaev en su diario–. A Yeltsin le quedan recursos para financiarlo, pero ¡M[ijaíl]. S[erguéyevich] no tiene nada!”.

El 30 de noviembre, en la reunión con Yeltsin y sus colaboradores, el presidente soviético no tenía ninguna baza que jugar. Su única esperanza estaba en hacer que sus adversarios se acabasen avergonzando de su inflexibilidad. “Les dijo que el gobierno central no podía quedarse sin medios para subsistir”, escribiría Cherniaev. Al final de la reunión, que duró cuatro horas, Yeltsin aceptó librar fondos: sus asesores económicos decidirían cómo hacerlo exactamente. Luego, mientras Gorbachov hablaba por teléfono con Bush en su despacho, los técnicos deliberaron en la sala contigua, conocida como sala de Nogal por sus paneles, y donde en otra época se habían

celebrado las sesiones del Politburó. Se trataba de resolver un problema que jamás habrían imaginado los dirigentes soviéticos que se reunieron allí en el apogeo de la Guerra Fría.[23]

La Unión estaba en su lecho de muerte. Ya ni siquiera sangraba: en lo que se refiere a la economía, se había desangrado. El acuerdo que Gorbachov negoció con Yeltsin no era más que un pequeño balón de oxígeno. Sin embargo, y a pesar de todos los reveses, el presidente soviético aún no se daba por vencido; de hecho, estaba impaciente por informar a Bush de uno de los contados éxitos políticos que había tenido en mucho tiempo: el día anterior, sus esfuerzos por salvar la Unión habían obtenido el pleno apoyo de su consejo consultivo, del que formaban parte el alcalde de San Petersburgo (antes Leningrado), Anatoli Sobchak, y el llamado padrino de la perestroika, Aleksandr Yákovlev. Muchos de sus miembros habían estado entre los fundadores del Grupo Interregional, el primer bloque demócrata que se formó en el parlamento de la Unión. Ahora algunos proponían organizar un movimiento de oposición a lo que consideraban un intento por parte de Yeltsin de destruir la Unión Soviética.

Sobchak, viejo aliado de Yeltsin, salió en televisión defendiendo enérgicamente la continuidad de la Unión. Pero los miembros del consejo apenas tenían autoridad en la nueva Rusia, y no llegarían nunca a crear el grupo del que le hablaron a Gorbachov. Su influencia en la opinión pública era muy limitada. Uno de ellos, Yegor Yákovlev, nombrado director del órgano gestor de la radio y la televisión soviéticas después del golpe, ya no controlaba a su equipo. “Yegor Yákovlev se quejó de que le estaban ‘quitando’ la televisión –escribió Cherniaev en su diario–. Ahora mandan allí los ‘rusos’”. A propósito del noticiario emitido el 29 de noviembre, el consejero de Gorbachov observó: “Se dijeron cosas ofensivas sobre M[ijaíl]. S[erguéyevich]. y su ‘política ucraniana’”.[24]

Unos días antes, Cherniaev y Aleksandr Yákovlev, *apparatchiks* de talante liberal, habían llegado a la conclusión de que, como anotó el primero en su diario, “la independencia de Rusia es inevitable, nos guste o no. Los esfuerzos de Gorbachov por salvar la Unión son totalmente inútiles”. El día 29, cuando el presidente soviético obtuvo el respaldo de Sobchak y otros dirigentes que habían impulsado la perestroika, Cherniaev le envió a su jefe el borrador de un discurso en el que iba a pedir al parlamento de la Unión que votase a favor del nuevo tratado. “Ni yo mismo creo en lo que dice –comentó

en privado–. ¡Y lo he escrito yo!". Ese mismo día le remitió un memorando en el que sí creía, y donde le aconsejaba que "se centrara en la política internacional y la defensa de la cultura […] aprovechando aquí el prestigio que tenía en el resto del mundo, y sin apoyarse en el tratado de la Unión ni en las resoluciones de los congresos que le eligieron y confirmaron en su cargo después del golpe, ¡ni tampoco en la constitución de la URSS!". No se trataba de salvar la Unión, sino de salvar a Gorbachov al menos como figura histórica, ya que no como líder político.[25]

El líder soviético le advertía a todo aquel que estuviese dispuesto a escucharlo de que la disolución de la URSS sería un desastre de proporciones gigantescas. En una entrevista concedida al periódico bielorruso *Diario del Pueblo* mencionó una vez más el caso de Yugoslavia, donde el conflicto entre serbios y croatas había obligado a centenares de miles de hombres, mujeres y niños a abandonar su tierra: la crisis yugoslava sería, dijo, mucho menos grave que la que se produciría en la Unión Soviética en el caso de que surgieran nuevas fronteras y, con ellas, multitud de minorías étnicas. Su argumento se centró en los rusos –los amos del antiguo imperio– y en la discriminación que sufrirían en los nuevos estados.

"Setenta y cinco millones de personas viven fuera de su patria –dijo, describiendo la heterogeneidad étnica de las repúblicas de la Unión–. ¿Son todos ciudadanos de segunda? De nada sirve que nos tranquilicen diciendo que sus derechos quedarán garantizados por los acuerdos bilaterales que firmen las repúblicas. Esos acuerdos no van a arreglar las cosas. Tenemos que conservar un estado que defienda los derechos de todos y cada uno de los ciudadanos". A continuación mencionó a los rusoparlantes de los países bálticos, cuyo desconocimiento de las lenguas mayoritarias les impedía disfrutar de plenos derechos políticos: "A una parte de la población de las repúblicas bálticas se la está relegando a una ciudadanía de segunda clase", le dijo al periodista.

El periodista bielorruso criticó abiertamente a Yeltsin en sus preguntas para incitar al entrevistado a atacar a su mayor enemigo político; pero Gorbachov no mordió el anzuelo. Y es que se guardaba de criticar en público al presidente ruso. En el caso de Leonid Kravchuk fue mucho menos discreto. A propósito de su candidatura a la presidencia de Ucrania dijo lo siguiente: "[Ucrania] es, en general, una república admirable […] pero fíjense en cómo explota la idea de la independencia, y no solo con fines electorales, a mi

juicio". Luego sacó de nuevo a colación el problema étnico: deseaba, decía, que Ucrania siguiese unida, pero no había que olvidar la importante minoría rusa que existía en el país. "Y, si lo que pretenden es sacar a Ucrania de la Unión, ¿qué van a hacer entre doce y quince millones de rusos que viven allí? En cualquier caso, ¿para qué la secesión? Estoy a favor de la autodeterminación, siempre y cuando no destruya la Unión".[26]

Kravchuk y sus huestes creían que, si Gorbachov manifestaba continuamente su preocupación por el futuro de las regiones orientales de Ucrania, era justamente para alimentar las tensiones étnicas y luego explotarlas en su lucha por salvar la Unión. Preguntarse lo que ocurriría con la minoría rusa que vivía en la república no era, sin embargo, un simple ardid propagandístico. La posibilidad de que se fragmentase un territorio considerado históricamente ruso preocupaba incluso a aquellos colaboradores de Gorbachov que daban por perdida la Unión. "No habría ningún problema si no fuese por Ucrania y Crimea, a la que no podemos renunciar", escribió Cherniaev en su diario.[27]

La clave estaba en el referéndum que iba a celebrarse muy pronto. Los consejeros del presidente soviético no creían que Crimea ni otras regiones de Ucrania con una numerosa población de origen ruso fueran a votar a favor de la independencia. Se daba una situación paradójica: el futuro de la Unión, dominada por Rusia, dependía del resultado de la consulta ucraniana, que a su vez dependía de lo que votasen los ciudadanos de etnia rusa que vivían en el sur y el este del país.

XIV
EL REFERÉNDUM UCRANIANO

Leonid Kravchuk pasó los últimos días de noviembre haciendo campaña. El referéndum se iba a celebrar el 1 de diciembre, el mismo día que las elecciones presidenciales: Kravchuk, que aspiraba a convertirse en el primer jefe de gobierno de una Ucrania independiente, tenía que ganar las dos carreras.

Tenía mucha experiencia como *apparatchik*, pero ninguna en el trato con los ciudadanos corrientes. Se acordaba del consejo que George Bush le había dado en el mes de julio, cuando visitó Kiev: mira a la gente a los ojos, y sabrás enseguida si te van a votar o no. El presidente del parlamento ucraniano no fue puerta por puerta pidiendo el voto, como un político occidental; pero tampoco evitó el contacto con los ciudadanos. En cierto momento de la campaña, esta actitud estuvo a punto de costarle la vida. Estando de visita en unos grandes almacenes de la ciudad de Vinnytsia, en el centro del país, el jefe de seguridad le informó de que miles de personas se habían concentrado en la plaza que había enfrente del establecimiento para verle. Sus guardaespaldas y la escolta policial no bastaban, sin embargo, para contener a la multitud. Kravchuk se negó a salir por la puerta de atrás: "¿Huir de la gente como si fuese un ladrón, cuando muchos me iban a votar unos días después? –escribiría en sus memorias–. ¡Habría sido ridículo!". Inexperto en esas lides, rechazó el consejo de los guardias y se dirigió a la plaza para hablar a los ciudadanos.

Su gran instinto político se vio recompensado enseguida con gritos de "¡Viva Kravchuk!". Estaba en medio de una multitud enfervorecida, y los de atrás empujaban, cada vez más impacientes, a los de delante para poder verlo. De pronto sintió un dolor atroz y oyó un crujido: alguien le había agarrado la mano intentando estrechársela, y le había roto un dedo. "Al mirar alrededor me asusté un poco –escribiría–. Parecía que la multitud fuera a derribar el reducido cordón de seguridad y aplastarnos a todos". Finalmente abandonó la plaza mientras la gente seguía vitoreándolo: una muestra de apoyo a su persona y a la política que defendía. La visita a Vinnytsia le infundió

confianza en la victoria, aunque tenía el dedo roto y se había destrozado los zapatos mientras los guardaespaldas intentaban sacarlo de la plaza. Bush no le habría podido dar ningún consejo sobre este aspecto de las campañas electorales: ¿cómo imaginar que un antiguo dirigente soviético no pudiese controlar a una multitud?[1]

A principios de noviembre, un mes antes de las elecciones, Kravchuk iba muy por delante en las encuestas, con un treinta por ciento en estimación de voto. Lo seguía, con algo más del doce por ciento, Viatcheslav Tchornovil, que había sido preso político y ahora dirigía la administración regional de Leópolis. Los rivales de Kravchuk creían competir en inferioridad de condiciones, ya que el presidente del parlamento tenía el pleno apoyo del aparato estatal en Kiev y en las provincias. No solo pertenecía al *stablishment:* también era su hijo predilecto y su última esperanza. La vieja clase dirigente comunista, que en un primer momento se había opuesto a la independencia o resistido a aceptarla, ahora la defendía sin reservas. El 24 de agosto, la mayoría comunista del parlamento había votado a favor de la declaración de independencia a condición de que se sometiera a referéndum en el plazo de tres meses: de este modo podían dar marcha atrás si hacía falta. Desde ese día, sin embargo, no había ocurrido nada que les obligase a cambiar de postura.[2]

El referéndum no salvaría, desde luego, al partido, que había sido ilegalizado en Ucrania a finales de agosto, unos meses antes que en Rusia. Además, el proceso fue bien distinto: los funcionarios del partido no sufrieron ninguna humillación pública, y las autoridades no confiscaron los bienes de la organización, que los *apparatchik*s se limitaron a ceder tranquilamente a los sóviets regionales y locales, controlados en muchos casos por antiguos compañeros suyos. Para gran parte de la antigua clase dirigente comunista, la independencia se convirtió en la nueva religión, y Kravchuk en su profeta. El presidente del parlamento los protegería de Yeltsin y de las fuerzas nacionalistas y demócratas del país. Esos dos elementos complementarios –Kravchuk y la independencia– les permitirían seguir en el poder. Defenderían enérgicamente la independencia si Kravchuk era elegido presidente de Ucrania, pero se opondrían por todos los medios en el caso de que lo derrotara un candidato nacionaldemócrata o un demócrata afín a Yeltsin.[3]

Kravchuk tenía dos tareas bien claras. Poco después de que se aprobara, en agosto, la declaración de independencia, comprendió que tenía que convencer de algún modo a los votantes de que, a pesar de su pasado comunista, era la persona idónea para guiar el país hacia la soberanía. También tenía que convencerlos de que votasen a favor de la independencia. Para ello era necesario apaciguar a las clases dirigentes regionales, disuadiéndolas de que adoptaran un discurso separatista; tranquilizar a las importantes minorías étnicas y religiosas, que acaso temiesen vivir en un país dominado totalmente por la mayoría ucraniana, y donde no gozaran de la protección del gobierno de la Unión; y ganarse el apoyo de los comandantes de las unidades militares soviéticas, que los dirigentes rusos o los de la Unión podían utilizar como caballo de Troya en contra de la independencia.

La primera tarea –convencer a los ciudadanos de que era el mejor candidato para gobernar Ucrania– parecía la más fácil. Había cinco candidatos más, por lo que el voto estaba muy dividido. La clase intelectual de las ciudades del este, una zona fuertemente rusificada, había votado a demócratas afines a Yeltsin en los años de la perestroika, y ahora se consideraba representada por el vicepresidente segundo del parlamento, Volodymyr Hryniov. De etnia rusa, y producto del movimiento democrático surgido en la ciudad de Járkov, en la frontera con Rusia, Hryniov había condenado enérgicamente el golpe de estado desde el principio, y fue de los pocos diputados que votaron en contra de la independencia el 24 de agosto: no se oponía a la independencia en sí misma, sino a que el país fuera gobernado por comunistas. Sin embargo, una vez ilegalizado el partido, abrazó la causa independentista, convencido de que la mayoría de los ucranianos la apoyaban. “En la campaña electoral se hizo evidente que los ciudadanos querían la independencia –contaría más tarde–. Al encontrarse con las multitudes capta uno enseguida el sentir general”.[4]

El principal candidato del bloque nacionaldemócrata, Viacheslav Tchornovil, quiso distinguirse de Kravchuk contando su vida: siempre había sido anticomunista, al contrario que su rival; no había cambiado de ideas según las circunstancias. Disidente político durante muchos años, había sido detenido por primera vez en 1967, y en los campos de trabajo había tenido tiempo de sobra para pensar en el país que quería y podía construir. Una vez conquistada la independencia, Ucrania tenía que convertirse, según él, en un estado federal. En la primavera de 1990 fue elegido gobernador de Leópolis en las primeras elecciones democráticas, y a partir de entonces propugnó una

federación ucraniana en la que Galitzia, región formada por tres óblasts y con capital administrativa en Leópolis, disfrutaría de autonomía política. Sin embargo, en la campaña de las elecciones presidenciales evitó defender esta propuesta, ya que discutir si el futuro estado había de ser federal o no perjudicaba de momento, según decía, a la causa independentista.[5]

Para sus rivales nacionaldemócratas esta postura era insuficiente y llegaba demasiado tarde. El principal redactor de la declaración de independencia, Levko Lukyanenko, siguió afirmando que Tchornovil era partidario del federalismo y que este sería malo para Ucrania, pues alentaría la ambición imperial de Rusia y dotaría de fundamento legal al separatismo. Tchornovil, candidato oficial del Rukh, y Lukyanenko, jefe del Partido Republicano Ucraniano, la fuerza política más importante y mejor organizada de las que formaban aquella coalición, crearon un cisma en las filas nacionaldemócratas, y Kravchuk salió beneficiado. La división se agravó cuando varios políticos nacionaldemócratas pidieron el voto para el presidente del parlamento. Para no pocos miembros de la clase intelectual que habían defendido la independencia desde muy pronto, la elección de Kravchuk era la única posibilidad de una Ucrania unida e independiente.[6]

Para muchos, Kravchuk era el mal menor. Los nacionalistas sospechaban que, si no se le vigilaba bien, acabaría cediendo a las presiones de Moscú. Y a los demócratas partidarios de Yeltsin les parecía que contemporizaba demasiado con los nacionalistas. Ninguno de los dos grupos olvidaba que había sido comunista hasta hacía bien poco. En todo caso, quienes no creían que pudiesen ganar Tchornovil ni Hryniov estaban dispuestos a taparse la nariz y votar a Kravchuk por razones estratégicas. La diputada nacionaldemócrata Larisa Skorik le dijo al corresponsal canadiense de *Ukrainian Weekly* que Kravchuk era el político idóneo para el cargo: de los candidatos partidarios de la independencia, el único que podía negociar con la clase dirigente comunista, como lo había demostrado el 24 de agosto, cuando el parlamento sometió a votación la declaración de independencia. “Es un político muy astuto –añadió Skorik–. De lo que no estoy tan segura es de que sea una persona íntegra. […] Por otro lado, ¿qué necesitamos en este momento, héroes o gente con habilidad diplomática?”.[7]

Sin embargo, y según explica el político ucraniano en sus memorias, de nada serviría ganar las elecciones presidenciales si los ciudadanos no votaban a

favor de la independencia: Kravchuk no quería ser el gobernador de una provincia sometida a la autoridad de Moscú. De ahí que, consolidada su ventaja en las encuestas, decidiera centrar su campaña en la independencia. La estrategia funcionó. Según los sondeos, iba creciendo sin parar el número de ucranianos que estaban a favor: a finales de septiembre eran el sesenta y cinco por ciento; a principios de noviembre, casi el setenta por ciento de los encuestados y más del ochenta por ciento de los que tenían intención de votar. Para Kravchuk era fundamental superar el umbral del setenta por ciento, porcentaje de electores que se habían pronunciado a favor de una nueva Unión en el mes de marzo, en el referéndum promovido por Gorbachov: este resultado era el arma más importante con la que contaba el presidente soviético en su lucha por mantener la Unión Soviética con vida.

Kravchuk se enfrentaba a un desafío extraordinario. No se trataba solo de superar el resultado obtenido por el sí en el referéndum de marzo: había que obtener como mínimo el cincuenta por ciento en todas las regiones del país; de lo contrario se cuestionaría la legitimidad de la independencia en Ucrania y en Moscú, no digamos en occidente. No se podía dejar nada al azar. El candidato y sus colaboradores pasaron mucho tiempo deliberando sobre la pregunta exacta que iban a formular a los ucranianos el 1 de diciembre. Los encuestadores les aseguraron que, cuando se le preguntaba a la gente si estaba a favor de la independencia, y también de la declaración aprobada por el parlamento en agosto, los resultados solían ser mejores que cuando solo se les preguntaba lo primero. En el este de Ucrania, los largos años de propaganda soviética le habían dado, en efecto, a la palabra “independencia” una carga peyorativa; ahora, con la aprobación parlamentaria, el término cobraba cierta respetabilidad que gustaba a los votantes conservadores. En la víspera del referéndum, el presídium del parlamento emitió un comunicado advirtiendo a los ciudadanos de Ucrania de que rechazar la independencia equivalía a aceptar la dependencia. Casi nadie quería que la república siguiese dependiendo de Moscú.

Una de las grandes dificultades a las que se enfrentaban los defensores de la independencia –desde Kravchuk hasta Hryniov, pasando por Tchornovil y Lukianenko– era la diversidad regional y cultural del país. Georgi Shakhnazarov le había propuesto a Gorbachov aprovecharla para frenar la marea independentista, y el presidente soviético no se cansaba de recordársela a todo aquel que estuviese dispuesto a escucharle. Aunque las encuestas pronosticaban una amplia mayoría del sí en el referéndum, el

apoyo a la independencia variaba bastante según la región. El porcentaje más alto de partidarios se daba en Galitzia, que en otra época había estado bajo autoridad austríaca y polaca: en uno de sus óblasts, el de Ternópil, más del noventa y dos por ciento de los encuestados estaban a favor. En la región natal de Kravchuk, Volinia, que había pertenecido a Polonia en el periodo de entreguerras pero nunca a Austria-Hungría, el porcentaje se aproximaba al ochenta y ocho por ciento, y en Kiev y Ucrania central también era muy alto. Sin embargo, los partidarios de la independencia apenas superaban el cincuenta por ciento en varias regiones del sur y del este del país. En estos territorios, que no habían sido colonizados del todo hasta el siglo XIX, y habían acogido a un buen número de inmigrantes de etnia rusa en el periodo soviético, Kravchuk iba muy por delante de su principal rival, Viachelsav Tchornovil. La elección del primero era para muchos una garantía de que la independencia no traería un nacionalismo extremo.[8]

El 23 de octubre, Kravchuk viajó a la república autónoma de Crimea para convencer a su parlamento de que apoyara la independencia ucraniana. La península, unida al resto del país por un istmo de apenas siete kilómetros de ancho y separada de Rusia por el estrecho de Kerch, de cuatro kilómetros y medio, había pertenecido a la Federación Rusa hasta 1954, cuando Nikita Jruschov la incorporó a Ucrania por razones económicas. Fue uno de los veinticinco óblasts ucranianos hasta febrero de 1991: a raíz del referéndum celebrado el mes anterior, se la reconoció como región autónoma y con derecho a firmar el nuevo tratado de la Unión. A principios de ese año, Gorbachov y su gobierno pusieron, en efecto, mucho empeño en elevar el estatus de ciertas regiones para que sirvieran de contrapeso a las repúblicas secesionistas. Esta táctica solo funcionó hasta cierto punto. Cuando Gorbachov le propuso en agosto acudir a Moscú para la firma del tratado de la Unión, el presidente del parlamento crimeo, Nikolái Bagrov, rechazó cortésmente la invitación. Ya era obvio que Ucrania no iba a sumarse al acuerdo.

El presidente soviético no era, sin embargo, el culpable de todos los problemas a los que se enfrentaron los dirigentes ucranianos en Crimea en el otoño de 1991. Si las autoridades de Kiev le otorgaron la autonomía en el mes de febrero fue en parte porque la península era la única región del país donde los ciudadanos de etnia ucraniana constituían una minoría (la cuarta parte de la población). Los de origen ruso eran más del sesenta y siete por ciento y dominaban la política y la cultura en la zona. No había colegios

ucranianos; además, los ciudadanos de etnia ucraniana no solían utilizar el ucraniano en su vida diaria, y apenas la mitad lo consideraba su lengua nativa. La identidad ucraniana era, pues, bastante precaria en la región. A los dirigentes de Kiev también les preocupaba la presencia de oficiales y marineros de la flota soviética del mar Negro, así como de militares retirados que se oponían a la independencia. Los tártaros de Crimea, a los que Stalin había acusado de colaborar con los nazis durante la ocupación alemana y expulsado de la península en 1944, empezaban a regresar a su tierra, complicando así el equilibrio étnico.[9]

Kravchuk llegó a Crimea el día en que estaba previsto que su parlamento votase una ley reguladora del referéndum en el que los ciudadanos decidirían si separarse o no de Ucrania. Logró convencer a los diputados de que aplazaran la votación y suspendieran la consulta. Su argumento era sencillo: la autonomía de Crimea ya permitía al parlamento resolver los problemas de la región sin la injerencia de Kiev. La antigua clase dirigente comunista, que había colaborado con Kiev desde 1954, aceptó el aplazamiento, derrotando a sus adversarios, los diputados del Movimiento Republicano de Crimea.

El líder de esta partido, Yuri Meshkov, uno de los pocos parlamentarios que se habían opuesto al golpe de estado de agosto, se declaró en huelga de hambre en señal de protesta, presentando el conflicto que se había desencadenado en la cámara como una pugna entre la democracia y el comunismo. Pero las cosas no eran tan sencillas. Poco después, cuatro mujeres periodistas –una ucraniana, una tártara y dos rusas– imitaron a Meshkov, pero en este caso se trataba de denunciar el odio étnico que los seguidores de este fomentaban en la región. Finalmente se impuso Kravchuk: no habría un referéndum separado sobre la independencia de Crimea, y los ciudadanos solo se pronunciarían sobre la de Ucrania. Al contrario que Yeltsin en el caso de Chechenia, el político ucraniano consiguió retener la región autónoma en su país por medios políticos.[10]

A Crimea, que había obtenido la autonomía a principios de 1991 y ahora recibía un trato especial por parte de Kiev, la envidiaban los dirigentes del óblast de Zakarpatia, que había pertenecido a Checoslovaquia antes de la guerra. Ellos también querían la autonomía. Odesa, en el sur, y la cuenca minera del Donbás, en el este, eran sin embargo las principales candidatas a obtener el mismo estatus que Crimea. Convertido el federalismo en una palabra tabú en la campaña electoral, Viacheslav Tchornovil le prometió a la

clase dirigente de Odesa una zona de libre comercio. Kravchuk, en cambio, recorrió el país proponiendo una amplia autonomía para las regiones históricas de Ucrania, que según él eran doce. Los dirigentes regionales tuvieron que conformarse con esta oferta, porque la mayoría no pensaba votar a Tchornovil. Se rumoreaba que, en el caso de que no ganara Kravchuk, las regiones del sur y del este se declararían independientes de Kiev.

El separatismo de las regiones no era el único problema al que se enfrentaba Kiev en vísperas del referéndum de diciembre. También había que considerar la influencia de estas tendencias centrífugas en las relaciones de Ucrania con sus vecinos soviéticos y no soviéticos. Después del comunicado emitido en agosto por el portavoz de Yeltsin, Pável Voshchanov, se hizo evidente que, si el resultado de la consulta no era el que deseaba, Rusia estaba dispuesta a reclamar Crimea y posiblemente algunas regiones orientales. Además, los húngaros de Zakarpatia confiaban en sus hermanos del otro lado de la frontera, y el nacionalismo rumano estaba ganando fuerza en el norte de Bukovina, una zona con mayoría de población ucraniana, pero que había pertenecido a Rumanía en el periodo de entreguerras. Ni los dirigentes checos ni los húngaros reivindicaban en ese momento ningún territorio ucraniano: el parlamento de Rumanía decidió, en cambio, desafiar a Kiev.

En vísperas del referéndum, los diputados rumanos aprobaron una resolución exigiendo que no se reconocieran los resultados en el norte de Bukovina, región que describían como un “antiguo territorio rumano”. Al enterarse de la noticia, el ministro de Asuntos Exteriores de Ucrania, Anatoli Zlenko, que se dirigía a Bucarest para su primera visita oficial a Rumanía, decidió suspender el viaje y se bajó del tren en mitad de la noche, antes de cruzar la frontera. A la mañana siguiente, su homólogo rumano, que no estaba al tanto del cambio de planes, lo esperó en vano en la estación de Bucarest. No era extraño que los ucranianos dieran tanta importancia a la integridad territorial de su país, donde existían regiones que habían pertenecido a Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y Rusia antes de 1939.[11]

Las reivindicaciones territoriales de otros países, como Rusia y Rumanía, y las tendencias centrífugas de varias regiones estaban íntimamente ligadas a la cuestión de las minorías étnicas. Los rusos eran el grupo más numeroso: once millones de personas que en su mayoría vivían en las ciudades del sur y del este del país. Sus preocupaciones las tenían muy presentes Kravchuk y los

otros candidatos a la presidencia cuando hacían campaña en esas zonas o en Crimea. Todos venían a transmitir el mismo mensaje: querían que los rusos se sintieran en Ucrania aún más a gusto de lo que se sentirían en Rusia. La lengua rusa es muy similar a la ucraniana –las dos son eslavas–, y la mayor parte de los ucranianos hablaba la primera en su vida diaria: la diferencia entre los dos grupos era casi imperceptible, por lo que a los rusos, en general, no les preocupaba la suerte que correrían en una Ucrania independiente. Muchos llevaban varios decenios viviendo en el país y se habían casado con miembros de la etnia mayoritaria. En principio no se oponían a la independencia, y no era difícil convencerlos de sus ventajas.

La población rusa de Ucrania era consciente de que la Unión Soviética no funcionaba: la economía se iba deteriorando muy rápido. Todos los ciudadanos de la república, incluidos los rusos, estaban dispuestos a probar otra cosa. Marta Dyzcok, una estudiante de doctorado de la universidad de Oxford que trabajaba como *freelance* para el diario *The Guardian* mientras se documentaba para su tesis sobre Ucrania, recorrió el país por encargo del periódico intentando captar el sentir popular. Más tarde lo describiría así: “Cuando uno hablaba con la gente, lo que llamaba la atención era el deseo de cambio. Este sentimiento lo percibimos en todas partes, antes y después del golpe de estado. Estamos hartos, decían, del caos y de la corrupción. Ya basta. Queremos otra cosa. Y el cambio que se le ofrecía a Ucrania era la independencia”.[12]

En su mensaje a los electores, Kravchuk no se centró en el nacionalismo etnocultural, sino en la independencia económica, apelando a la creencia, muy extendida entre la población, de que Ucrania era una potencia económica y el granero de Europa, y ahora estaba alimentando a Rusia y a las demás repúblicas soviéticas. La prensa ucraniana publicó que el Deutsche Bank le atribuía mejores perspectivas económicas que a ninguna otra república (noticia que resultó ser falsa). Durante la mayor parte del periodo soviético, Ucrania había superado en nivel de vida a las provincias rusas, y ahora, en el otoño de 1991, el mercado ucraniano de productos agrícolas iba mucho mejor que el ruso. Así que no costaba mucho convencer a los ciudadanos de todas las etnias de que eligieran la independencia y, con ella, la prosperidad.

La necesidad de independencia política y económica se puso de manifiesto en el mes de noviembre, cuando el banco central soviético le cortó los fondos

a la república, haciendo muy difícil el pago de salarios en las instituciones y empresas ucranianas. El discurso de Yeltsin sobre las reformas económicas desestabilizó el mercado de consumo en Rusia: los precios subieron y las tiendas de la capital se quedaron desabastecidas. Los moscovitas, cuyos salarios pagaba el gobierno ruso, se dirigían al sur en tren para comprar productos agrícolas en Ucrania. Sin embargo, los ucranianos y los rusos del este del país protegieron físicamente sus mercados y los precios bajos que pagaban por los productos agrícolas reteniendo a los viajeros en las estaciones de tren cuando llegaban. En ciudades industriales como Dnipropetrovsk, los enfrentamientos entre los dos grupos eran diarios. La independencia parecía la única salida para los ciudadanos de todas las etnias.[13]

En Ucrania vivía medio millón de judíos. Esta minoría era la segunda más numerosa del país y una de las que habían sufrido mayor discriminación en los últimos decenios del régimen soviético. Los nuevos dirigentes ucranianos la eligieron para demostrar su tolerancia: en octubre de 1991, cuando los nacionaldemócratas ya habían pasado a la ofensiva y los antiguos comunistas se batían en retirada, las autoridades de Kiev organizaron un acto para conmemorar la matanza de judíos que se había perpetrado en el barranco de Babi Yar en el otoño de 1941. Para las decenas de miles de judíos que asistieron a la ceremonia era la primera vez que podían expresar su identidad en público y, para las decenas de miles de gentiles, la primera vez que reconocían en público la identidad reprimida de sus vecinos.

Gorbachov envió como representante suyo a la ceremonia a Aleksandr Yákovlev, conocido como el artífice de la perestroika, y Bush, a una serie de personalidades destacadas, con su hermano, Jonathan, al frente. Kravchuk se entrevistó con la delegación estadounidense y pronunció un discurso defendiendo la tolerancia y el respeto a los derechos humanos. “¡Queridos amigos! –dijo ante un público multirreligioso y multiétnico–. La historia de la relación entre los pueblos ucraniano y judío ha sido compleja y trágica. Tiene capítulos luminosos y también sombríos. Ninguno de nosotros tiene derecho a olvidar nada: pero no se trata de reabrir viejas heridas, sino de evitar que se repitan. Ojalá acabemos recordando lo que nos une más que lo que nos separa”. Kravchuk, que había presenciado una matanza de judíos en Volinia y sabía que en el Holocausto habían participado policías ucranianos reclutados por los nazis, pidió perdón al pueblo judío en nombre de los ucranianos, y terminó su discurso con unas palabras en yiddish.[14]

El 1 de noviembre, el parlamento de Kiev aprobó la Declaración sobre los Derechos de las Nacionalidades de Ucrania, que garantizaba la igualdad de los ciudadanos con independencia de su origen. El día 16 comenzó en Odesa el Congreso Ucraniano Interétnico, organizado conjuntamente por el Rukh y el parlamento. Asistieron un millar de delegados, que aprobaron, con apenas tres votos en contra, una resolución que defendía la independencia. A un periodista del diario *Los Angeles Times* le asombró ver a un judío jasídico y a un hombre con traje de cosaco, sable incluido, asistiendo al mismo congreso y defendiendo sus respectivas causas en el Palacio de la Ópera de Odesa. Esto contrastaba con la anterior tentativa ucraniana de obtener la independencia: en enero de 1918, los representantes judíos en el parlamento, que antes habían apoyado la autonomía, votaron en contra de la independencia, rompiendo la alianza de las fuerzas democráticas. Luego estalló una guerra civil que duró varios años y se perpetraron pogromos, masacres que dejaron una herida profunda en la memoria judía. Ahora, en noviembre de 1991, las dos comunidades nacionales encontraron una solución común a sus problemas. Ese mes, el porcentaje de judíos partidarios de la independencia era del sesenta por ciento, ligeramente superior al de rusos (58,9 por ciento).[15]

El día 20, Kravchuk habló ante el primer foro religioso ucraniano. El político que en otra época se había calificado a sí mismo como el ateo más importante de Ucrania (y, como director del departamento de ideología del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania, había vigilado a las organizaciones religiosas del país), pidió perdón a los líderes religiosos en nombre no de un partido que ya no existía, sino del estado que él representaba. A medida que el comunismo y el ateísmo perdían su atractivo, las diversas confesiones religiosas habían ido desempeñando un papel cada vez más importante en la sociedad. Ucrania, donde se encontraba más de la mitad de las iglesias ortodoxas de la URSS y vivían la mayoría de los protestantes, se consideraba el *Bible belt* (cinturón bíblico) de la Unión Soviética, y, con la llegada de la perestroika y la glásnost, se había convertido en un campo de batalla religioso. Kravchuk pidió a los líderes que practicaran la tolerancia respecto a otras confesiones y avanzaran hacia la independencia de sus respectivas instituciones, procurando evitar los conflictos. El día 20, los líderes de las dieciséis organizaciones religiosas de Ucrania respaldaron la política religiosa del gobierno. En realidad era un gesto de apoyo a la independencia del país.[16]

El futuro de las tropas soviéticas estacionadas en territorio ucraniano era otra de las grandes preocupaciones de Kravchuk. El presidente del parlamento se había dado cuenta de la impotencia de las autoridades de Kiev frente a los militares cuando el general Valentín Varénnikov lo visitó en su despacho el primer día del golpe. Después de fracasar este, los dirigentes ucranianos se aplicaron enseguida a la tarea de crear una guardia nacional haciéndose con el control de las tropas del ministerio del Interior. Pero esta medida no bastó ni mucho menos para intimidar a las unidades del ejército estacionadas en el país, y que recibían órdenes de Moscú. En Ucrania, considerada el segundo escalón de la defensa soviética en el caso de una guerra mundial (el primero era Europa del este), había un total de setecientos mil soldados.

El 27 de agosto, tres días después de que el parlamento aprobase la declaración de independencia, Kravchuk convocó a los altos mandos militares destinados en Ucrania para pedirles que reconocieran la nueva realidad política creando unas fuerzas armadas ucranianas. Pero la cúpula militar no consideraba que la decisión del parlamento le afectase: todas las unidades debía seguir bajo la autoridad de Moscú. No hubo más que una voz discrepante, la del general Kostiantyn Morozov, comandante de una división de aviación estacionada en el país. Simpatizante del movimiento democrático ucraniano, Morozov era el único oficial presente en la sala que había desobedecido la orden de los cabecillas del golpe de poner las tropas en alerta máxima. También era el único que sostenía que una Ucrania independiente tenía que contar con un ejército propio. Esta postura lo convertía en un hombre marcado, sin posibilidades de promoción ni de seguir siquiera en su puesto.

Morozov estaba ahora claramente enfrentado a Moscú, lo mismo que su antiguo subordinado, el general Dzhojar Dudáyev, que había abandonado el ejército en primavera para guiar a la república chechena hacia la independencia. Ya no había vuelta atrás, y desde ese momento iba a dedicar su vida a la causa independentista ucraniana. Una semana después de la reunión del 27 de agosto, el parlamento de Kiev decidió por amplísima mayoría nombrarlo primer ministro de Defensa de Ucrania. Morozov consideraba que el país no debía tener armas nucleares, y estaba dispuesto a renunciar al tercer arsenal más importante del mundo. Se oponía, sin embargo, a cedérselo a Rusia: había que desmantelarlo por completo en Ucrania.

El general se aseguró el nombramiento como ministro al responder a una

pregunta de Dmytro Pavlychko, que dirigía, además del comité parlamentario de relaciones exteriores, la sociedad para la Promoción de la Lengua Ucraniana. Cuando el diputado le preguntó si llegaría a dominar el ucraniano, Morozov contestó que sí, y que deseaba aprender bien el idioma con la ayuda de esa asociación. Su respuesta cautivó a los nacionalistas demócratas, que hasta ese momento habían dudado si confiar la defensa del incipiente estado a un general con un apellido típicamente ruso.

Sin embargo, Morozov era oriundo de Ucrania y su padre era ucraniano. Nacido y educado en el este del país, donde la mayor parte de la población hablaba ruso o una mezcla de ruso y ucraniano, había estudiado esta lengua en el colegio pero, en sus treinta años de servicio militar, no la había hablado nunca. Su nombramiento como comandante de la división de aviación estacionada en Kiev había sido un error del estado mayor: según una ley no escrita del ejército soviético, los oficiales de etnia ucraniana no podían bajo ningún concepto ocupar puestos de mando en Ucrania. Esta norma regía para los miembros de otras etnias en las repúblicas de las que eran originarios: así, al futuro líder de la república independiente de Chechenia, el general Dudáyev, que estuvo a las órdenes de Morozov en Ucrania, no se le permitía comandar ninguna unidad en su región natal. Su promoción al rango de general causó polémica incluso en Ucrania: se lo tachó de nacionalista porque se había puesto a bailar la *lezginka*, danza tradicional de no pocos grupos étnicos del Cáucaso, al enterarse del ascenso.

Si Morozov eludió la norma sobre la minorías étnicas fue porque en su expediente figuraba como ruso. Cuando manifestó su apoyo a la independencia ucraniana en el otoño de 1991, sus superiores en Moscú, entre ellos su antiguo valedor, el mariscal Yevgueni Sháposhnikov, ministro de Defensa de la URSS, se quedaron estupefactos. Sháposhnikov le preguntó dos veces si era ucraniano. Morozov contestó, medio en broma, que debía de haberse colado una errata en el dossier. Y es que, según explicaría más tarde, los comandantes entendían que ser medio ruso –tener una madre o un padre ruso– era ser ruso. El caso de este militar ponía de manifiesto la complejidad de la relación entre rusos y ucranianos y cómo se habían ido desdibujando los límites entre las dos culturas e identidades conforme se aceleraba la "rusificación" de los ciudadanos de origen ucraniano. En la Unión Soviética, los hijos de matrimonios mixtos, como Morozov, podían escoger su nacionalidad. Muchos ciudadanos nacidos y criados en Ucrania la consideraban su verdadera patria aunque prefiriesen figurar como rusos en el

pasaporte. Tal era el caso de Morozov.[17]

La lengua, la identidad y la lealtad de las tropas eran las tres cuestiones esenciales a las que Morozov se enfrentaba a la hora de crear el ejército ucraniano. La primera la sacó a colación Zbigniew Brzezinski cuando se entrevistó con él en el mes de octubre. El que fuera consejero de seguridad nacional del presidente Jimmy Carter visitó Kiev el día anterior a la aprobación por el parlamento de una resolución que declaraba a Ucrania país libre de armas nucleares. Después de su encuentro oficial con el recién nombrado ministro de Defensa, Brzezinski le pidió hablar en privado. Morozov aceptó, aunque algo sorprendido: él no sabía inglés, ni Brzezinski ruso. Finalmente encontraron el modo de comunicarse: el visitante estadounidense, originario de Polonia, hablaría en polaco; Morozov, en ucraniano. Se entendieron a la perfección. Brzezinski le preguntó, entre otras cosas, cuál sería la lengua oficial de las fuerzas armadas ucranianas, si el ucraniano o el ruso. Morozov contestó que debía ser el ucraniano, aunque a los militares les costaría pasarse a este idioma. Brzezinski le dio la razón, y añadió una frase que se le quedaría grabada para siempre: “La orden de defender la nación tiene que darse en la lengua nacional”.[18]

Sin embargo, hubo que postergar la cuestión lingüística: el propio ministro de Defensa seguía recibiendo clases particulares de ucraniano y, por lo demás, el plan de reclutamiento adoptado por Morozov y Kravchuk no preveía la introducción inmediata de una nueva lengua. Esta medida habría sido factible de haber seguido Ucrania el ejemplo de las repúblicas bálticas, donde los gobiernos de los nuevos estados independientes exigieron la retirada de las tropas soviéticas y partieron de cero, creando sus fuerzas armadas con soldados nuevos. Kravchuk y Morozov creían imposible hacer algo así en Ucrania: los setecientos mil soldados soviéticos no tenían adónde ir. Rusia tardaría años en repatriar y reasentar a las tropas de Europa oriental. A Kiev no le quedaba, por tanto, otra opción que asumir el mando de las que había estacionadas en el país e intentar “ucranianizarlas”.

Esta última tarea era sencilla en el caso de los nuevos soldados, que se podían reclutar en Ucrania, y en el de los suboficiales, que eran todos ucranianos. Sin embargo, los oficiales venían de otras repúblicas. Morozov y su equipo no pensaban seguir la política del viejo ejército soviético respecto a las nacionalidades. La nacionalidad que figuraba en el pasaporte solo era un criterio más para decidir el destino de un oficial: no tendría por qué quedarse

en Ucrania si tenía pasaporte ucraniano ni sería necesariamente despedido en el caso de tenerlo ruso o armenio. El lugar de nacimiento y los lazos familiares eran igual de importantes. Por último, el oficial tenía que manifestar su voluntad de servir al país. En el caso de cumplir estos requisitos, podía formar parte de las fuerzas armadas ucranianas: el conocimiento de la lengua autóctona era secundario. Kravchuk trataba de construir una nación política a partir de una población multiétnica, y Morozov intentaba reunir un ejército siguiendo su ejemplo.

Luego estaba el dilema que planteaban las armas nucleares. Morozov aspiraba a un ejército independiente, pero, en un primer momento, ni él ni sus superiores se opusieron a que Moscú siguiera controlando los arsenales existentes en territorio ucraniano. Sin embargo, el ministro de Defensa empezó a dudar de esta postura a raíz de una conversación con otra de sus nuevas amistades estadounidenses, el que fuera consejero de seguridad nacional y secretario de Estado en la administración Nixon, Henry Kissinger. En su primer encuentro con Morozov, Kissinger parecía medio dormido, pero sus preguntas fueron de lo más sugestivas. Quiso saber lo que pensaban hacer los dirigentes ucranianos con las armas nucleares y las fuerzas estratégicas que había en el país, y el ministro le dio la respuesta habitual: seguirían bajo la autoridad de Moscú. “¿En qué consiste entonces la independencia?”, preguntó a bocajarro Kissinger. Morozov empezó, en efecto, a ver las cosas de otro modo. Los dirigentes ucranianos no podían hacerse con el control de los arsenales sin granjearse la repulsa de la comunidad internacional, pero, si de veras aspiraban a la independencia, tampoco podían permitir que las principales fuerzas militares estuviesen bajo la autoridad de Moscú y no de Kiev. El ministro llegó a la conclusión de que había que ceder las fuerzas estratégicas a Rusia: más valía perderlas que tener un caballo de Troya dentro del país.

Pasó gran parte del otoño sin que Morozov pudiese llevar a cabo su proyecto de ejército. Las autoridades de Moscú se oponían frontalmente a que Kiev tomara el mando de las unidades militares estacionadas en Ucrania, aunque aceptaban que Morozov conservase la doble condición de comandante de las tropas aerotransportadas (subordinado, eso sí, al estado mayor del ejército) y miembro del gobierno ucraniano (eran incapaces, según recuerda Morozov, de decir “ministro de Defensa”). El ministro solicitó el traslado desde Moscú de varios oficiales del estado mayor que habían nacido en Ucrania y querían ayudar a construir su ejército: finalmente se les envió a

Kiev, aunque sus antiguos compañeros los mirarían con recelo desde entonces.

La sede del ministerio, alojada en un antiguo edificio del partido en el centro de Kiev, sufría una grave escasez de personal y de fondos. Morozov se comunicaba con los colaboradores que tenía en el terreno principalmente por teléfono –aunque la comunidad ucraniana de Estados Unidos donó un par de aparatos de fax–, y al principio utilizó el coche que le había correspondido como comandante de las tropas aerotransportadas. Su reducido equipo dependía de la colaboración de voluntarios para informarse de lo que ocurría en las diferentes unidades estacionadas en Ucrania. En algunos casos, sus hombres prácticamente ejercían de topos.

Por lo demás, los jefes militares de las regiones le tenían aversión a Morozov, de grado militar inferior al suyo. En noviembre corrió el rumor de que el comandante de Kiev, el general Valentín Chechevatov, uno de los oficiales que habían acompañado al general Varénnikov a entrevistarse con Kravchuk en pleno golpe de estado, había mandado detener al ministro. También se dijo que Gorbachov había autorizado a las tropas soviéticas estacionadas en Ucrania a ejecutar maniobras el 28 de noviembre, dos días antes del referéndum. Morozov condenó la decisión, pero apenas podía controlar al ejército en el territorio del estado del que era ministro de Defensa.[19]

En la mañana del domingo 1 de diciembre, Kravchuk depositó su papeleta en un centro electoral de la capital ucraniana: un momento histórico que captaron las cámaras de docenas de periodistas nacionales y extranjeros. Como muchos compatriotas suyos, el presidente del parlamento votó por la mañana. Los primeros sondeos indicaban una alta participación en los comicios.

Los votantes rurales fueron los más madrugadores. En la aldea de Khotiv, al sur de Kiev, entre el setenta y el ochenta por ciento de los electores censados votaron antes de las diez de la mañana. Al contárselo a los corresponsales occidentales, una vecina de la localidad se echó a llorar de la emoción: estaba orgullosa de sus paisanos, y no le cabía la menor duda de que habían votado a favor de la independencia. En Kiev, como en los pueblos, muchos iban a votar con sus familiares, a veces con niños, y luego se quedaban en las inmediaciones del centro electoral, hablando con otros

ciudadanos de lo importante que era el referéndum y especulando sobre el resultado. Para los miembros de las comunidades ucranianas de Estados Unidos y Canadá que habían viajado a la tierra de sus antepasados para colaborar en el proceso electoral, la experiencia fue conmovedora. Chrystyna Lapychak, de la revista *Ukrainian Weekly*, expresó su sentir y el de muchos otros estadounidenses de origen ucraniano cuando le dijo a un corresponsal de la agencia *Associated Press:* "Sentía como si estuviesen todos allí: los fantasmas de los que no tuvieron la suerte de vivir ese día, de votar en el referéndum. Eran nuestros antepasados, todos los que sufrieron, todos los que soñaron con que sus nietos vivieran en libertad. Esos nietos éramos nosotros".[20]

Yuri Scherbak, ministro del gobierno ucraniano, había leído la declaración de independencia en la tribuna del parlamento de la Unión, en Moscú, a finales de agosto. Más tarde recordaría la diversidad de fuerzas políticas y grupos sociales que defendían la independencia. Cada uno tenía, en efecto, sus propios objetivos y expectativas: los nacionalistas demócratas aspiraban a la independencia por sí misma y a que se impusiera lo antes posible la cultura ucraniana; los antiguos dirigentes comunistas buscaban protegerse a sí mismos y a sus familias y librarse del control de Moscú; y la mayoría de los ciudadanos, convencidos de que Ucrania era la república más rica de la Unión, querían separarse de la pobre e inestable Rusia, un país desgarrado por conflictos políticos y militares. El triunfo de la comunidad ucraniana de Estados Unidos, que había logrado que el presidente Bush se comprometiese a reconocer a Ucrania, infundió a la clase dirigente de la república la esperanza de pasar de las palabras a los hechos conquistando la independencia real.[21]

El resultado del referéndum del 1 de diciembre superó las expectativas más optimistas. La participación fue del ochenta y cuatro por ciento, y más del noventa por ciento de los que votaron lo hicieron a favor de la independencia. Ni siquiera Kravchuk, al que Gorbachov había tachado de iluso por vaticinar que el ochenta por ciento de los electores como mínimo votaría sí, hubiese podido imaginar un triunfo tan espectacular. De hecho, una semana antes de la consulta, cuando Stepán Khmara, vicepresidente del parlamento y antiguo prisionero del gulag, le dijo que los votos favorables superarían el noventa por ciento, Kravchuk respondió que estaba loco. Khmara acertó en su pronóstico: el porcentaje fue del 90,32.

Tal y como habían vaticinado los sondeos, los ciudadanos del óblast de Ternópil, en Galitzia, se pronunciaron casi por unanimidad a favor de la independencia: la participación fue del noventa y siete por ciento, y prácticamente el noventa y nueve por ciento de los electores votaron sí. En Vinnytsia, la ciudad del centro de Ucrania donde Kravchuk había tenido que salir huyendo de sus seguidores, más del noventa y cinco por ciento votó a favor. En el sur y en el este, el triunfo del sí fue muy importante, aunque no tan arrollador: los votos favorables superaron el ochenta y cinco por ciento en el óblast de Odesa y el ochenta y tres por ciento en el de Lugansk, en el extremo oriental del país, y alcanzaron casi el setenta y siete por ciento en el de Donéts, colindante con Lugansk. En Crimea, que tantas dificultades había causado a los dirigentes ucranianos, más del cincuenta y cuatro por ciento apoyó la independencia. En Sebastopol, donde se hallaba estacionada la flota soviética del mar Negro, el porcentaje fue del cincuenta y siete.

Kravchuk se enteró de los primeros resultados hacia las dos de la mañana del 2 de diciembre. No cabía duda de que la campaña a favor de la independencia que habían llevado a cabo él y sus rivales daría lugar a un estado independiente gobernado por uno de ellos. Finalmente, Kravchuk ganó en todos los óblasts ucranianos menos en Galitzia, donde se impuso Viacheslav Tchornovil. El presidente del parlamento obtuvo el sesenta y uno por ciento de los votos en todo el país, y Tchornovil, el veintitrés. El primero consiguió su mejor resultado en Lugansk, donde ganó con el setenta y seis por ciento de los sufragios, y en Crimea obtuvo el cincuenta y seis, frente al ocho de su principal rival.

En contra de la sombría predicción de Gorbachov, no se desataron los conflictos étnicos ni el separatismo regional. Esa misma mañana, Kravchuk telefoneó al presidente soviético para informarle de los resultados: tras escucharle atónito, Gorbachov le felicitó por su triunfo en las elecciones presidenciales. No mencionó, sin embargo, el referéndum.[22]

Al día siguiente, Gorbachov desechó el borrador de un discurso dirigido a los ucranianos que Georgi Shakhnazarov había redactado para él. Shakhnazarov ya no le proponía utilizar la cuestión étnica para frenar el independentismo ucraniano. Ahora compartía plenamente la posición rusa respecto al referéndum: los colaboradores de Yeltsin se habían rendido ante lo inevitable y estaban dispuestos a aceptar el resultado. En el borrador se felicitaba a los ucranianos por su “histórica decisión”. El presidente ordenó a

su otro consejero, Anatoli Cherniaev, que redactara uno nuevo que dijese: “No todas la repúblicas utilizan la independencia como arma contra la Unión. Saldrán perjudicados los ucranianos: los que viven en Ucrania y los que viven en otras partes del país. Lo mismo puede decirse de los rusos”. Cherniaev obedeció. Al día siguiente, Gorbachov publicó un comunicado dirigido a todos los parlamentarios de la Unión Soviética. “Tenéis todos derecho a rechazar la Unión –decía–, pero, como representantes elegidos por el pueblo, debéis considerar las consecuencias”. El presidente soviético alertaba a los diputados de los posibles conflictos étnicos.

Cherniaev estaba en el despacho de su jefe la tarde del 2 de diciembre, cuando este llamó por teléfono a Yeltsin. Gorbachov le sugirió que se reunieran con Kravchuk y el presidente de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev, para discutir la nueva situación. “No servirá de nada –respondió Yeltsin–. Ucrania ya es independiente”. El presidente ruso propuso una Unión formada por Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán. Gorbachov se negó en redondo: “¿Y qué pintaría yo ahí? Si ese es el trato, entonces me marcho”. No estaba dispuesto a aceptar una Unión que lo relegase a un papel subalterno respecto a su enemigo político. Y Yeltsin se oponía a una Unión en la que recibiese órdenes de Gorbachov.[23]

El día 3, George Bush pidió a sus ayudantes que lo pusieran en comunicación con Leonid Kravchuk: quería felicitarlo por su elección como presidente y por el arrollador triunfo del sí en el referéndum. Le dijo que los estadounidenses celebraban el surgimiento de un nuevo país democrático y enviarían un representante a Ucrania para hablar con las autoridades de desarme nuclear y cuestiones fronterizas, así como de los derechos humanos y la protección de las minorías. Kravchuk tenía una buena noticia: Yeltsin ya lo había llamado para comunicarle que Rusia había reconocido la independencia de Ucrania. El presidente ruso y su homólogo ucraniano iban a reunirse el sábado para discutir la nueva situación y coordinar sus políticas.[24]

XV
LA TRINIDAD ESLAVA

George Bush ya estaba al tanto de la entrevista que tenían previsto celebrar Boris Yeltsin y Leonid Kravchuk: en la víspera del referéndum habló con el presidente ruso, que le comunicó la noticia y le explicó, para su sorpresa, que, si más del setenta por ciento de los ucranianos votaban sí en la consulta, Rusia tendría que reconocer de inmediato la independencia para mantener buenas relaciones con la república vecina.

"¿De inmediato, dices?", preguntó Bush.

"Sí, tenemos que hacerlo enseguida –contestó Yeltsin–; de lo contrario vamos a parecer indecisos, sobre teniendo en cuenta que falta poco para que termine el año y emprendamos nuevas reformas. Gorbachov no está al corriente: sigue creyendo que Ucrania firmará el tratado de la Unión. Ahora mismo solo hay siete países dispuestos a firmar: cinco islámicos y dos eslavos (Bielorrusia y Rusia)". Le explicó a Bush que, de no incorporarse Ucrania a la Unión, Rusia se vería en apuros: "No puede ser que los eslavos solo tengan dos votos, los de Rusia y Bielorrusia, frente a los cinco de los países islámicos". Y al cabo de un rato añadió: "Estoy discutiendo con un reducido círculo de consejeros sobre cómo salvar la Unión sin romper con Ucrania. Nuestras relaciones con Ucrania son más importantes que las que tenemos con las repúblicas centroasiáticas, a las que abastecemos continuamente de alimentos. Además hay que tener en cuenta el fundamentalismo islámico".

Yeltsin dudaba de que el acuerdo propuesto por Gorbachov pudiese salir adelante, pero era optimista respecto a las relaciones entre Rusia y Ucrania y a la posibilidad de una nueva Unión que incluyera a los dos países. "Creo que el nuevo presidente ucraniano empezará negociando con Rusia y no con Gorbachov", le dijo a Bush, al que llegó a explicar la posición que adoptaría en su entrevista con Kravchuk. El presidente ruso no quería integrarse en una Unión en la que no estuviese Ucrania, con la que Rusia tenía que tener algún tipo de asociación. Así que entablaría negociaciones con la república vecina al margen del nuevo tratado promovido por su homólogo soviético. En

cuanto a las repúblicas centroasiáticas, pretendía reducir la ayuda económica y a la vez mantener ciertos lazos con ellas. De momento, sin embargo, lo que más le preocupaba era la confidencialidad: le pidió a Bush que no revelara la conversación a nadie, es decir, que no le contara nada a Gorbachov. El presidente estadounidense aceptó.[1]

Yeltsin anunciaba así un cambio radical de política: lejos de amenazar a Ucrania con la desintegración territorial, como había hecho en el mes de agosto, Rusia aceptaba sin reservas la independencia de su vecina, con la que negociaría un acuerdo político a espaldas de Gorbachov. Esta iniciativa daría al traste, sin duda, con el proyecto renovador de la Unión Soviética que defendía Gorbachov, pero no estaba claro lo que la asociación entre Rusia y Ucrania supondría en la práctica. ¿Podía Rusia ofrecerles a los dirigentes ucranianos algo que no pudiesen obtener del presidente soviético? En el caso de llegar Yeltsin y Kravchuk a un acuerdo, ¿lo aceptarían las repúblicas de mayoría musulmana? Nadie, ni siquiera Yeltsin, parecía saber las respuestas. Existía, sin embargo, la esperanza de que su entrevista con el presidente ucraniano resolviese todos los interrogantes.

El 2 de diciembre, cuando se anunció el resultado del referéndum, Yeltsin emitió un comunicado en el que reconocía la independencia de Ucrania. Polonia y Canadá ya lo habían hecho. El presidente ruso quería que Kravchuk negociase con él y no con Gorbachov, y además despejar las dudas sobre su relación con Ucrania antes de acometer reformas profundas en Rusia. Por lo demás, prefería que el encuentro se celebrase fuera de Moscú, lo más lejos posible de Gorbachov. La ocasión se presentó poco después del referéndum, en su visita oficial a Bielorrusia, de la que había hablado con el presidente del parlamento de esta república, Stanislav Shushkiévich, en los recesos de las reuniones del Consejo de Estado que Gorbachov había presidido en Novo-Ogarevo. La visita, inicialmente prevista para el 29 de noviembre, se había aplazado hasta el 7 de diciembre por el referéndum, y sería el acontecimiento más importante para el futuro de la Unión Soviética después de la consulta ucraniana.[2]

El día 7, Yeltsin llegó por la mañana a la capital bielorrusa, Minsk, acompañado por el segundo hombre más poderoso del gobierno, el secretario de Estado Genadi Burbulis; el vicepresidente Yegor Gaidar, encargado de ejecutar las reformas económicas; el ministro de Asuntos Exteriores, Andréi

Kozyrev; y el consejero jurídico del presidente, Serguéi Shakhrai. Burbulis, de cuarenta y seis años, era el consejero de más edad; los dos más jóvenes, Gaidar y Shakhrai, acababan de cumplir treinta y cinco. El motivo oficial de la visita era la firma de acuerdos, principalmente sobre el suministro de gas y petróleo por parte de Rusia; pero, en el discurso que pronunció en el parlamento bielorruso, Yeltsin aclaró que Minsk no era más que la primera escala de un viaje que tenía otros objetivos aparte del de fomentar la cooperación entre los dos países. “Voy a discutir con los presidentes de las otras repúblicas eslavas cuatro o cinco variantes del tratado de la Unión –les comunicó a los diputados–. El encuentro de los tres jefes de estado será seguramente histórico”.[3]

¿A qué variantes se refería? Una de ellas la había expuesto Andréi Kozyrev en un memorando de cuatro páginas sobre la posible estructura de la nueva Unión. Pero el informe, redactado apresuradamente, apenas ofrecía el esbozo de la futura política rusa. La noche anterior al viaje a Minsk, Kozyrev se entrevistó en el hotel Savoy de Moscú con el principal contacto que había tenido en occidente durante el golpe de estado, Allen Weinstein, antiguo profesor de Historia de la universidad de Boston y director del Centro para la Democracia, con sede en Washington. El ministro de Asuntos Exteriores ruso le pidió a su amigo que aclarara las diferencias entre federación, asociación y comunidad. Ese mismo día, en una reunión con el primer ministro de Hungría, Józef Antall, Gennadi Burbulis propuso varios modos de organización territorial para la era postsoviética, entre ellos una confederación de todas las repúblicas a excepción de las bálticas, y una unión formada por Rusia, Ucrania, Bielorrusia y posiblemente Kazajistán.[4]

La idea de una unión de países eslavos la había propuesto por primera vez Aleksandr Solzhenitsyn, uno de los escritores rusos más célebres de la era soviética. Antiguo prisionero de los campos de trabajo de Stalin y autor de *Archipiélago Gulag*, novela de gran éxito en occidente y prohibida en la URSS, había ganado el premio Nobel de Literatura en 1970, y, cuatro años después, las autoridades soviéticas lo habían expulsado del país. En 1990, exiliado en Vermont, había escrito un ensayo titulado “Reconstruir Rusia”, y que comenzaba así: “El comunismo no tiene futuro. Pero su edificio de hormigón aún no se ha desmoronado. Por eso, en vez de liberarnos, debemos evitar que nos aplasten los escombros”. Solzhenitsyn era un nacionalista ruso de la vieja escuela: desde su óptica prerrevolucionaria, los rusos, los ucranianos y los bielorrusos formaban una sola nación. Rusia tenía que

librarse de la carga del imperio y crear un estado con Ucrania, Bielorrusia y los territorios del norte de Kazajistán colonizados por los eslavos, y que él llamaba “la Siberia del Sur”.[5]

“Reconstruir Rusia” se publicó en septiembre de 1990 en el diario soviético de mayor tirada, *Komsomol’skaia pravda*, y fue objeto de un amplio debate en la URSS. Unos meses después, los presidentes de las tres repúblicas eslavas y Kazajistán adoptaron el planteamiento de Solzhenitsyn, enviándole a Gorbachov un escrito en el que proponían fundar una unión de estados soberanos al que podrían incorporarse otras repúblicas. El presidente soviético rechazó la idea y dio un giro a la derecha, convirtiéndose en rehén del ala dura del régimen. En marzo de 1991, Boris Yeltsin, Leonid Kravchuk y los dirigentes bielorrusos entablaron negociaciones con vistas a la creación de una unión eslava. Sin embargo, el diálogo se interrumpió cuando Gorbachov abandonó de pronto a los conservadores y se acercó a los líderes de las repúblicas promoviendo un nuevo tratado de la Unión.

Yeltsin le volvió a proponer una unión eslava inmediatamente después del referéndum ucraniano, pero el presidente soviético no lo quiso escuchar: necesitaba a las repúblicas centroasiáticas para salvar su proyecto de Unión y conservar el poder. En cualquier caso, ninguno de los colaboradores de Yeltsin sabía el camino que iba a seguir Kiev. Después del referéndum, cuando Burbulis y otros miembros del gobierno ruso empezaron a “escribir y telefonear a los ucranianos, comprendimos pronto –según recordaría el secretario de Estado– que teníamos que organizarnos, y la cuestión fundamental era qué política adoptar respecto a una Ucrania instalada en la euforia”.[6]

En la tarde del 7 de diciembre, el mismo día en que Yeltsin llegó a Bielorrusia, Kravchuk viajó a Minsk con un reducido grupo de consejeros para encontrarse con el presidente ruso. Por la mañana se había entrevistado con un representante de George Bush, el secretario de Estado adjunto Thomas Niles, al que había anunciado su intención de formular en la capital bielorrusa una serie de propuestas que podían llevar a la firma de acuerdos con Rusia e incluso a la creación de una comunidad de estados similar a la Unión Europea. Según las memorias de Kravchuk, las autoridades ucranianas tenían un solo objetivo en ese momento: convertir la independencia en una realidad política. Pero para lograrlo necesitaban el apoyo de Rusia. El

resultado del referéndum era la mejor baza del presidente ucraniano para negociar con Yeltsin. “En esa reunión, al contrario que en las anteriores –recordaría Kravchuk–, podía invocar la voluntad libremente expresada de los ucranianos. Además ya era presidente del país”.[7]

Al recién electo presidente lo acompañaba el primer ministro, Vitold Fokin. Este ingeniero de minas de cincuenta y nueve años, oriundo del este de Ucrania, pertenecía, como el exprimer ministro ruso, Iván Siláyev, al cuerpo de técnicos que habían dirigido la economía soviética. Defendía la autonomía económica para Ucrania, pero le preocupaban, sin embargo, las consecuencias de la desintegración del espacio económico común que formaban las antiguas repúblicas soviéticas. Con Kravchuk también viajaban dos representantes de las fuerzas nacionaldemócratas, miembros del bloque opositor del parlamento ucraniano, así como de la clase intelectual del país: el académico Mijaílo Holubets, experto en silvicultura y medioambiente, y Volodymyr Kryzhanivsky, proyectista de obras civiles. Los dos habían entrado en política en la primavera de 1990, cuando se celebraron las primeras elecciones libres, y formaban parte del Consejo del Pueblo, el grupo parlamentario de los nacionaldemócratas, enfrentado a Kravchuk y sus partidarios comunistas desde antes del golpe de estado de agosto.

El presidente del parlamento bielorruso, Stanislav Shushkiévich, recibió en Minsk a la delegación ucraniana. “En el aeropuerto tuvimos un recibimiento muy caluroso –recordaría Mijaílo Holubets–. El presidente del Consejo Supremo de Bielorrusia, Stanislav Shushkiévich, catedrático de física, es un hombre muy agradable, un magnífico diplomático y un estadista prudente”. Holubets vio en él, sin duda, a un político afín. Que Shushkiévich hubiese llegado al cargo más alto de la república se explica por la perestroika y el fracaso del golpe de estado. Nacido en la capital ucraniana en 1934, había dedicado casi toda su vida a la investigación y la docencia. A los treinta y seis años había obtenido un segundo doctorado en radioelectrónica: un éxito enorme para la época. En 1986 fue nombrado vicerrector de la universidad pública de Bielorrusia, donde había cursado sus estudios.

La perestroika, en efecto, impulsó extraordinariamente su carrera política. En 1989 fue elegido diputado del parlamento de la Unión, y se incorporó al Grupo Interregional, el partido demócrata dirigido por Andréi Sájarov, creador de la bomba de hidrógeno soviética y uno de los más destacados disidentes del régimen comunista; Yuri Afanásiev, historiador y *apparatchik*

convertido en crítico acérrimo del régimen; y los futuros alcaldes democráticamente electos de Moscú y Leningrado (San Petersburgo), Gavriil Popov y Anatoli Sobchak. Al año siguiente también obtuvo un escaño en el parlamento de Bielorrusia, del que fue nombrado vicepresidente primero. En agosto se opuso activamente al golpe de estado y firmó un manifiesto en contra del Comité de Emergencia. El mes siguiente, y a raíz del fracaso del golpe, la facción conservadora perdió el control del parlamento y Shushkiévich fue elegido presidente de la cámara, convirtiéndose así, de hecho, en jefe del estado bielorruso.[8]

A Bielorrusia se la conocía en la URSS como el principal productor de aparatos electrónicos destinados al complejo militar-industrial soviético y como una república próspera, en parte por la pujanza de su industria láctea, que abastecía a la población de leche, mantequilla y queso en una época en la que estos productos escaseaban en otras partes de la Unión Soviética. Pero el paraíso agrario bielorruso terminó bruscamente el 26 de abril de 1986 con la explosión de un reactor de la central nuclear de Chernóbil, justo al sur de la frontera de la república, en la vecina Ucrania. En los días siguientes a la catástrofe, el viento llevó casi el setenta por ciento del material radiactivo de la central a Bielorrusia, contaminando la quinta parte de la tierra cultivable. Ahora, en diciembre de 1991, Bielorrusia seguía siendo auto-suficiente en producción agrícola, pero sufría, en cambio, una fuerte dependencia energética de Rusia y otras repúblicas. Cuando Yeltsin visitó Minsk, el objetivo primordial de los dirigentes bielorrusos era asegurar el suministro de gas y petróleo rusos.[9]

En la tarde del día 7, a su llegada a la capital de Bielorrusia, Kravchuk se entrevistó con Shushkiévich, quien le explicó la propuesta política que su país haría en la cumbre: emitir un comunicado diciendo que Gorbachov ya no estaba en condiciones de gobernar, que las negociaciones sobre el nuevo tratado de la Unión habían entrado en punto muerto, y que la situación política (y la económica) era cada vez más grave. El mandatario bielorruso ya había consultado el asunto ese mismo día con Yeltsin. Kravchuk pareció decepcionado: para hacer una declaración así, dijo, no tenía que viajar a Bielorrusia. Shushkiévich no supo qué contestar: esa era la única propuesta bielorrusa. Finalmente le comunicó a Kravchuk que Yeltsin se les uniría más tarde en el pabellón de caza de Viskuli, en el oeste del país.[10]

“¿Por qué Viskuli?”, preguntó Kravchuk, sorprendido. Shushkiévich le

dijo que sería grato huir de los periodistas y del tráfago diario de la política. Viskuli, uno de los pabellones de caza construidos para los jerarcas soviéticos en la época de Jrushchov, está a apenas ocho kilómetros de la frontera con Polonia, en la zona bielorrusa del bosque de Białowieża. La región perteneció al imperio ruso antes de la Primera Guerra Mundial y a Polonia en el periodo de entreguerras, y luego se incorporó a la URSS en virtud del pacto Molotov-Ribbentrop de 1939. En la Segunda Guerra Mundial, el bosque de Białowieża fue escenario de enfrentamientos entre los partisanos y las fuerzas invasoras, y sirvió de refugio a los judíos de la región que huían del Holocausto.[11]

En 1957, estando Jrushchov en el poder, el bosque se convirtió en reserva natural del estado. Ese mismo año, el líder soviético pasó allí sus primeras vacaciones cinegéticas: los lugareños lo recordarían más tarde como un excelente cazador, solo superado por su homólogo húngaro, János Kádár. Al sucesor de Jrushchov, Leonid Brézhnev, también le gustaba mucho Viskuli. En Białowieża, la pieza más preciada era el bisonte europeo, una raza poco común, conocida en polaco y bielorruso como *zubr*. Pocos cazadores conseguían abatir un *zubr:* la mayoría se conformaba con los cerdos salvajes y todos, sin excepción, probaban el Żubrówka, un vodka que se elabora con una hierba que crece en Białowieża y es pasto habitual de ese bisonte. En junio de 1991 se le propuso a Gorbachov entrevistarse con el canciller alemán, Helmut Kohl, en Białowieża, pero los dos mandatarios se reunieron finalmente en Kiev. Ahora, en diciembre, los anfitriones bielorrusos disponían de abundantes reservas de Żubrówka para la cumbre de países eslavos que iba a celebrarse en Viskuli.[12]

Nada más llegar, la delegación ucraniana se fue de caza sin esperar a Yeltsin: un gesto de “insubordinación” del que tomó buena nota el principal guardaespaldas del presidente ruso, Aleksandr Korzhakov. “Quiso demostrar en todo momento que iba por libre, que no tenía que consultar con nadie –escribiría más tarde, refiriéndose a Kravchuk–. En cambio, el anfitrión, Stanislav Shushkiévich, recibió a sus invitados con extraordinaria cordialidad”. El dirigente bielorruso puso gran empeño en limar las asperezas suscitadas por el regalo que Yeltsin le había hecho esa mañana al parlamento de Minsk “como prenda de buena voluntad”: un documento del siglo XVII por el que el zar tomaba bajo su protección la ciudad bielorrusa de Orsha. Lo que para Yeltsin y sus colaboradores era una muestra de amistad entre las dos repúblicas, para la oposición demócrata del parlamento bielorruso era, por el contrario, un símbolo del imperialismo ruso. Los diputados recibieron el

regalo con gritos airados: Yeltsin se quedó perplejo, y más tarde culpó del incidente a sus asesores.[13]

El presidente ruso llegó a Viskuli acompañado por el primer ministro bielorruso, Viacheslav Kebich. Del tándem formado por el presidente del parlamento y el primer ministro bielorrusos, el segundo era el más poderoso. Kebich tenía cincuenta y cinco años y había nacido, como Kravchuk, en lo que entonces era territorio polaco; pero su carrera, ligada a la industria y no a la ideología, se parecía más a la de Yeltsin que a la del político ucraniano. Había ido ascendiendo en la jerarquía de técnicos soviéticos hasta convertirse en presidente de la primera empresa de alta tecnología creada en Minsk y, más tarde, en secretario del comité del Partido Comunista en la capital bielorrusa. Al comienzo del periodo de la perestroika había sido nombrado vice-primer ministro de la república y, en 1990, primer ministro. En septiembre de 1991 fue el candidato de la clase dirigente para la presidencia del parlamento, pero el ambiente político creado por el fracaso del golpe le impidió obtener el apoyo de unos diputados súbitamente radicalizados, así que acabó aceptando la elección de Shushkiévich como solución de compromiso provisional. Si Shushkiévich ocupaba formalmente el cargo más alto del país, el poder efectivo lo tenía Kebich, que seguía dirigiendo un gobierno formado por antiguos administradores de empresas industriales y *apparatchiks* del partido. El primer ministro confiaba en convertirse en presidente de Bielorrusia cuando se crease el cargo, que ya existía en Rusia y en Ucrania.[14]

La cumbre de los tres países eslavos comenzó la noche del 7 de diciembre con una cena que reunió a todas las delegaciones, y a la que Yeltsin llegó tarde. El presidente ruso estaba sentado justo enfrente de Kravchuk, y enseguida se creó entre ellos un vínculo especial que relegó a los otros comensales, incluidos los dirigentes de Bielorrusia, al papel de testigos de la negociación. Hablaron más de una hora, mientras los demás intervenían con comentarios esporádicos y trataban de influir en el tono de la conversación proponiéndoles brindar por la amistad entre las repúblicas eslavas.

Yeltsin empezó cumpliendo la promesa que le había hecho a Gorbachov unos días antes, cuando le informó de la cumbre que iba a celebrar con los líderes de Ucrania y Bielorrusia. Puso encima de la mesa un documento con el texto del tratado de la Unión que el presidente soviético y los dirigentes de

las repúblicas habían negociado en Novo-Ogarevo hacía unas semanas, e invitó a Kravchuk a firmarlo: él lo haría, dijo, inmediatamente después. “Recuerdo que Kravchuk puso una sonrisa sardónica después de escuchar ese preámbulo”, escribiría el ministro de Asuntos Exteriores bielorruso, Petr Kravchenko. Según el acuerdo planteado por Gorbachov y presentado en Viskuli por Yeltsin, Ucrania tenía derecho a modificar el texto, pero solo después de firmarlo. Era una trampa aun en el caso de que Kravchuk estuviese dispuesto a incorporarse a la Unión con ciertas condiciones. Pero no lo estaba. Gorbachov no le ofrecía nada nuevo, y Yeltsin, en Białowieża, se limitó a enseñarle el documento. Kravchuk no quiso rubricarlo.[15]

El presidente ucraniano esgrimió entonces su principal arma: les informó a Yeltsin y a Shushkiévich de los resultados del referéndum. “No esperaba que a los rusos y bielorrusos les fueran a impresionar tanto […] –recordaría más tarde–, sobre todo los datos de las regiones de mayoría rusoparlante: Crimea y el sur y el este de Ucrania. Les sorprendió mucho que la mayoría de los no ucranianos estuviesen a favor de la soberanía política”.

Yeltsin parecía el más sorprendido, según Kravchuk: “¿Cómo? ¿También el Donbás ha votado sí?”, preguntó.

“Efectivamente –contestó Kravchuk–. No hay ninguna región donde los votos favorables hayan sido menos de la mitad. El panorama ha cambiado mucho, como ves. Tenemos que buscar otra solución”.

Yeltsin cambió entonces de táctica, invocando los lazos históricos, económicos y afectivos entre Rusia y Ucrania. Petr Kravchenko tenía la impresión de que el presidente ruso quería de veras salvar lo que quedaba de la Unión, “pero Kravchuk no daba su brazo a torcer, y respondía tranquilo y sonriente a los argumentos y las propuestas de Yeltsin. ¡Se negaba a firmar nada! Su argumento era muy sencillo: Ucrania ya había decidido su futuro en el referéndum, y ese futuro era la independencia. La Unión Soviética ya no existía, y el parlamento no le iba a permitir [a Kravchuk] formar una nueva unión, fuese del tipo que fuese. Ucrania no necesitaba ninguna: los ucranianos no estaban dispuestos a cambiar un yugo por otro”, recordaría más tarde Kravchenko.[16]

La mano derecha de Yeltsin, Gennadi Burbulis, también consideraba al presidente ucraniano responsable de que se desechara la idea de una nueva unión. “Kravchuk fue quien rechazó la Unión de manera más tenaz e inflexible –contaría más tarde–. Costaba mucho convencerle de la necesidad

de una asociación, aunque fuese mínima. Es un hombre razonable, pero en ese momento se sentía obligado a respetar el resultado del referéndum. Nos explicó mil veces que Ucrania ni siquiera se planteaba firmar un tratado de la Unión. La integración política era sencillamente impensable, y daba lo mismo que la nueva Unión tuviese o no un gobierno central". La negociación estaba en un punto muerto. El consejero jurídico de Yeltsin, Serguéi Shakhrai, recordaría más tarde cómo los representantes del Rukh que formaban parte de la delegación ucraniana empezaron a refunfuñar: "No hay nada que hacer aquí. ¡Estamos perdiendo el tiempo! Volvamos a Kiev". Según otro testimonio, Kravchuk le dijo a Yeltsin: "¿Qué serás cuando vuelvas a Rusia? Yo regresaré a Ucrania como presidente elegido por el pueblo; tú todavía eres el subordinado de Gorbachov".[17]

Según Kravchuk, las cosas cambiaron cuando Yeltsin advirtió de que, si Ucrania no firmaba el tratado, él tampoco lo haría: los comensales empezaron entonces a discutir la nueva estructura que podía sustituir a la Unión Soviética. Para Petr Kravchenka, en cambio, fue Vitold Fokin quien dio un giro a la conversación. El primer ministro ucraniano no podía contradecir abiertamente a Kravchuk, pero encontró otro modo de expresar su opinión. "Fokin, que citaba continuamente a [Rudyard] Kipling, se puso a hablar de la llamada de la sangre, la unidad de los pueblos hermanos y nuestras raíces comunes –recordaría Kravchenka–. Procedió con suma delicadeza, haciendo comentarios amables y proponiendo brindis. Cuando Kravchuk empezó a protestar, esgrimió argumentos económicos". Entonces Kravchuk dijo por fin: "Bueno, en vista de que la mayoría quiere un acuerdo […] pensemos en cómo sería esa nueva estructura. Quizá sea mejor que nos quedemos".[18]

El diálogo se volvió así más constructivo. Yeltsin insistió en que tenía que surgir algo tangible de la cumbre, y propuso que los expertos negociasen el borrador de un tratado entre las tres repúblicas eslavas, que sus dirigentes firmarían al día siguiente. Todos aceptaron. Según recordaría Viacheslav Kebich, el presidente ruso les preguntó a Serguéi Shakhrai y a Andréi Kozyrev si habían redactado algún texto: sus ayudantes respondieron que no tenían más que una serie de esbozos. Entonces los mandó reunirse con los ucranianos y los bielorrusos para elaborar un borrador de acuerdo. Cuando se hubieron marchado, el presidente ruso empezó a despotricar contra Gorbachov, que estaba, según él, desacreditado dentro y fuera del país, por lo que los dirigentes occidentales temían que la Unión Soviética se desintegrara sin orden ni concierto y que se perdiera el control de las armas nucleares.

“Hay que echar a Gorbachov –dijo, según Kebich–. ¡Ya está bien! ¡Tiene que dejar de interpretar el papel de zar!”.

El desenlace de la reunión conmocionó a los bielorrusos, que habían redactado una declaración advirtiendo a Gorbachov de que, si no cedía ante las repúblicas, el país se desmembraría. Habían considerado la posibilidad de formar una unión más débil, pero no la opción de que no hubiese ninguna. “Después de la cena, toda la delegación bielorrusa a excepción de Shushkiévich se reunió en casa de Kebich, una vivienda pequeña –recordaría Mijaíl Babich, guardaespaldas del primer ministro–. Empezaron a decir que, si Ucrania no quería seguir en la URSS, teníamos que pensar en cómo acercarnos a Rusia”. Al parecer tomaron enseguida una decisión estratégica: salir con Rusia de la unión existente y formar una nueva. Después de la cena propusieron a las otras dos delegaciones relajarse en una sauna: los ucranianos rechazaron la invitación, al contrario que la mayoría de los rusos, entre ellos Gaidar, Kozyrev y Shakhrai.[19]

La alianza entre Rusia y Bielorrusia se fortaleció más tarde, cuando los jóvenes consejeros de Yeltsin se reunieron con Petr Kravchenko y otros técnicos bielorrusos para redactar el texto del acuerdo en la casa de invitados donde se alojaba Gaidar. La ausencia de los ucranianos, demasiado notoria, se tuvo en cuenta a la hora de decidir el título: “Acuerdo para crear una *commonwealth* [comunidad] de estados democráticos”. En la cena, la delegación encabezada por Kravchuk había insistido mucho en prohibir la palabra “unión”. “Kravchuk llegó a pedir que se desterrara de nuestro vocabulario, de nuestra conciencia, de la práctica –recordaría Gennadi Burbulis–. Como no había unión, tampoco podía haber tratado de la Unión”. La palabra *commonwealth* no tenía connotaciones negativas; más bien al contrario: Kravchenko contaría más tarde cómo, en aquella reunión, “pensamos en la *commonwealth* británica, que nos parecía el ejemplo perfecto de asociación postimperial”.

Acordado el título del documento, los expertos no sabían cómo empezar. Pero Gaidar resolvió el problema sacando el borrador del tratado bilateral que la delegación rusa había llevado a Minsk para negociar con Bielorrusia. “Gaidar tomó el texto –recordaría Kravchenko– y empezó a modificarlo con nuestra ayuda, convirtiendo el tratado de bilateral en multilateral. Esta tarea nos llevó mucho tiempo: acabamos hacia las cinco de la mañana”. El ministro ruso lo escribió todo a mano: no había mecanógrafos ni máquinas de escribir

en la casa. A las cinco de la mañana, los guardaespaldas salieron en busca de las dos cosas. Tardaron varias horas. Los asistentes a la reunión terminaron el borrador a las seis, y por fin pudieron acostarse, no sin antes escuchar el himno soviético con el que Radio Moscú empezaba, como todos los días, sus emisiones. Mientras el coro cantaba las palabras que les eran tan familiares –"la Gran Rusia ha unido para siempre a las repúblicas libres"–, los representantes de la Gran Rusia se desplomaron en la cama, agotados por el esfuerzo de convertir la unión eterna en una temporal. Comenzaba el último día de la Unión Soviética.[20]

La nueva ronda de negociaciones empezó el 8 de diciembre por la mañana, después del desayuno, que fue el escenario de una curiosa demostración de la amistad entre rusos y bielorrusos: Yeltsin le regaló a Shushkiévich un reloj en agradecimiento por su "apoyo al presidente ruso": la noche anterior, después de la cena, su homólogo bielorruso lo había sujetado en el momento justo para que no se cayese por las escaleras. Antes del desayuno, los expertos rusos y bielorrusos les enseñaron a los ucranianos el borrador de acuerdo que habían pasado toda la noche redactando. El equipo de Kravchuk lo aceptó con una condición: que la *commonwealth* o comunidad lo fuese de estados "independientes", en vez de "democráticos". Todos se mostraron de acuerdo: la democracia plena todavía era una quimera para la mayor parte de las repúblicas soviéticas.[21]

Después del desayuno, en el que se sirvió champán soviético, los tres mandatarios eslavos se entrevistaron en la sala de billar, convertida en sala de reuniones. La elección de los equipos negociadores –Yeltsin y Burbulis representando a Rusia, Kravchuk y Fokin a Ucrania, y Shushkiévich y Kebich a Bielorrusia– beneficiaba al presidente ucraniano. Los influyentes consejeros de Yeltsin –Gaidar, Kozyrev y Shakhrai– estaban en la sala contigua con sus homólogos de las otras repúblicas, técnicamente menos preparados; así que Kravchuk llevó la voz cantante desde el principio, ofreciéndose a redactar un nuevo borrador y desechando el que habían elaborado los expertos rusos y bielorrusos la noche anterior. "Cogí una hoja en blanco y un bolígrafo y les dije que lo escribiría yo –recordaría más tarde Kravchuk–. Así empezamos. Escribimos y corregimos nosotros mismos, sin ayuda de nadie. Nunca había ocurrido algo así; que los jefes de estado se ocuparan de redactar documentos".[22]

La noche anterior, el presidente ucraniano había prohibido a sus

colaboradores participar en la sesión de trabajo con los rusos y los bielorrusos. De hecho, no creía tener a nadie a quien enviar a la reunión: “No disponía de técnicos”, explicaría más tarde. Si el primer ministro, Vitold Fokin, se resistía a enterrar la Unión Soviética, los representantes del Rukh estaban deseosos de hacerlo, pero carecían de la experiencia política y los conocimientos jurídicos necesarios. Kravchuk contaba con su habilidad negociadora, el resultado del referéndum ucraniano, la aversión de Yeltsin hacia Gorbachov y el empeño de los jóvenes consejeros del presidente ruso en acelerar las reformas económicas. En la cena de la víspera había sabido jugar sus bazas, imponiéndose en la primera fase de las negociaciones con su tajante negativa a firmar el tratado de Gorbachov e incorporarse a una nueva unión. Esto obligó a Yeltsin a cambiar de marcha y empezar a pensar en un tipo de acuerdo diferente: convenció a los otros dirigentes de que aceptar la posibilidad de un acuerdo ya era una concesión por su parte. Si no permitió a su colaboradores reunirse con los rusos y bielorrusos a redactar el texto fue porque no quería atarse a un borrador determinado: prefería estar al margen de la negociación y emitir su dictamen al final.[23]

El presidente ucraniano tenía unas breves notas manuscritas: eran los borradores del tratado de la unión eslava redactados a instancias suyas y de Yeltsin en los primeros meses de 1991, pero rechazados por Gorbachov. Los técnicos del parlamento ucraniano los habían corregido en el otoño y, la noche anterior, Kravchuk se había dedicado a estudiarlos hasta altas horas de la madrugada: se había acostado a las tres. Ahora, su principal interlocutor ruso era Burbulis, que también tenía unas notas guardadas en el bolsillo. Aparte de las notas, los negociadores tenían delante el documento elaborado la víspera por los expertos rusos y bielorrusos, y empezaron a discutirlo artículo por artículo. El ucraniano Mijaílo Holubets, que esa mañana estaba reunido con los demás técnicos, recordaría cómo, durante los primeros treinta o cuarenta minutos, no se oyó ningún ruido en la sala de billar. Burbulis y Fokin salieron luego a consultar brevemente con los expertos –les preocupaba, sin duda, algún punto del acuerdo–, y finalmente, al cabo de un cuarto de hora, se oyeron gritos de “¡Bravo!”: los negociadores principales se habían puesto de acuerdo sobre el primer artículo del tratado. Yeltsin propuso brindar con champán. A partir de ese momento, la negociación fue como la seda.[24]

El “acuerdo para el establecimiento de una comunidad de estados independientes” constaba de catorce artículos. Los tres líderes acordaron, en

efecto, crear una comunidad y reconocer la integridad territorial y las fronteras de las repúblicas que ahora eran independientes. También manifestaron su voluntad de controlar conjuntamente sus armas nucleares, aunque estaban dispuestos a avanzar hacia el total desmantelamiento de los arsenales y a reducir sus ejércitos. A la comunidad podían incorporarse todas aquellas repúblicas soviéticas y países que compartiesen los objetivos y principios enunciados en el tratado. Los organismos coordinadores de esta nueva estructura no se encontrarían en Moscú –la capital de Rusia, del imperio zarista, y de la moribunda URSS–, sino en la capital de Bielorrusia, Minsk.

El tratado garantizaba el cumplimiento de los acuerdos y las obligaciones internacionales de la Unión Soviética, pero las leyes soviéticas dejarían de regir en el territorio de los tres estados desde el momento de la firma. “Las instituciones de la antigua URSS concluyen sus actividades en el territorio de los estados miembros de la comunidad”, decía el párrafo final. Era lógico que terminara así un documento que empezaba con la siguiente declaración: “La República de Bielorrusia, la Federación Rusa (RSFSR) y Ucrania, como estados fundadores de la URSS y firmantes del tratado de la Unión de 1922 […] declaran que la URSS ha dejado de existir como sujeto de derecho internacional y realidad geopolítica”.[25]

Fue a Serguéi Shakhrai a quien se le ocurrió que las tres repúblicas fundadoras tenían que disolver la Unión además de abandonarla. La constitución soviética garantizaba el derecho a la secesión, que las repúblicas bálticas, después de una larga lucha, habían ejercido en septiembre de 1991. Pero el argumento de Shakhrai iba más lejos: Rusia, Ucrania y Bielorrusia no solo abandonarían la Unión, sino que también la disolverían. En diciembre de 1922, esas tres repúblicas y la Federación Transcaucásica –constituida por las futuras repúblicas de Georgia, Armenia y Azerbaiyán– habían formado la URSS. Como la Federación se había disuelto en 1936, correspondía a los miembros fundadores restantes decidir si la Unión seguiría existiendo o no.[26]

Según Kebich, el artículo sobre la disolución de la Unión Soviética se añadió a iniciativa de Burbulis después de que los presidentes hubiesen aprobado todo el texto. El secretario de estado ruso le dijo a Yeltsin, para sorpresa de este, que al tratado le faltaba un artículo: “Tendríamos que empezar por derogar el tratado de la Unión de 1922 –arguyó–. Solo así será plenamente legal el acuerdo”. Los presidentes le dieron la razón. Si Kravchuk

se conformaba con abandonar la URSS acompañado por Rusia y Bielorrusia, Yeltsin era consciente de que esta solución, además de separar a Rusia de la mayoría de las antiguas provincias de su imperio sin ofrecerle los medios legales para continuar influyendo en esas regiones, dejaría a Gorbachov al frente de lo que quedase de la Unión. Si Rusia abandonaba la URSS pero esta no se disolvía, Gorbachov seguiría en Moscú, capital de la Unión y de Rusia, y la lucha entre el presidente ruso y el soviético se volvería más encarnizada que nunca. Disolver la Unión era, por tanto, la única solución que convencía a Yeltsin y su equipo.[27]

El acto de la firma del tratado se celebró a las dos de la tarde en el vestíbulo del pabellón de caza. Se trajeron mesas y sillas de otras salas, y Kebich fue a buscar un mantel al comedor, además de preparar a los periodistas para una ceremonia que se preveía muy corta. Uno de los pocos que asistieron, Yakov Alekseichik, observó que Yeltsin "no estaba bien del todo": el champán soviético con el que había ido celebrando cada artículo del tratado tenía, sin duda, otros efectos además del de favorecer las negociaciones para la disolución de la Unión Soviética. Se les aconsejó a los periodistas que no le hicieran preguntas. Sin embargo, concluido el acto, el presidente ruso estaba de tan buen humor que se animó a hablarles. En ese momento, y siguiendo órdenes de su jefe, el portavoz del primer ministro bielorruso lo cortó bruscamente: "No hace falta decir nada, Boris Nikoláievich, ¡está todo claro!". Yeltsin se quedó desconcertado. "Bueno, si lo tenéis todo tan claro…", les dijo a los periodistas, y acto seguido se marchó. La rueda de prensa había terminado.[28]

Según recordaría Kravchuk, Yeltsin había estado muy nervioso ese día. Y es que ya pensaba en el futuro, en su inevitable enfrentamiento con Gorbachov, en los aliados que tenía cada uno. "A Boris Nikoláievich se le notaba muy tenso –cuenta Kravchuk en sus memorias–. Temía que Gorbachov se ganase el apoyo de Nazarbáyev". Gorbachov ya había combatido otras iniciativas de los eslavos con la ayuda de las repúblicas de Asia central, y el presidente de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev, era el líder más influyente de la región. Kazajistán era la única república –aparte de Rusia, Ucrania y Bielorrusia– con armas nucleares en su territorio; además tenía una numerosa población eslava, y se consideraba que podía formar parte de una unión dominada por los eslavos. Yeltsin ordenó a sus ayudantes

que llamasen a Almatý, entonces capital de Kazajistán; pero Nazarbáyev ya estaba en un avión camino de Moscú. “Intenté tranquilizar a Boris Nikoláievich diciéndole que el proceso era irreversible”, recordaría más tarde Kravchuk. Fue inútil.[29]

El presidente ruso estaba decidido a hablar con su homólogo kazajo antes de que se entrevistara con Gorbachov en Moscú. Le encargó a su principal guardaespaldas, Aleksandr Korzhakov, que se pusiera en comunicación con Nazarbáyev; pero Korzhakov no podía hacer nada hasta que este aterrizara en la capital soviética. Intentó en vano convencer al responsable del control aéreo en el aeropuerto de Vnúkovo de que contactase con el avión: el general le dijo sin rodeos que no aceptaba órdenes del jefe de seguridad de Yeltsin. “La bicefalia en el poder es muy peligrosa, porque nadie sabe a qué atenerse –explica Korzhakov en sus memorias–. A Gorbachov ya no se le tomaba en serio; la gente se burlaba de él. Pero Yeltsin aún no manejaba todos los resortes del poder”. Más tarde se supo que Gorbachov había prohibido que los controladores aéreos pusieran a nadie en contacto con Nazarbáyev durante el vuelo.[30]

Yeltsin habló finalmente con él nada más aterrizar el avión en Moscú. Se esforzó por convencerlo de que la comunidad establecida en el tratado era análoga a la unión cuatripartita que el presidente de Kazajistán había propuesto el año anterior. Nazarbáyev prometió acudir a Viskuli. Kebich llegó a enviar un coche para que recogiese a su viejo amigo, pero en el aeropuerto no había rastro de él. Primero se dijo que el avión había tenido que repostar; luego, que Nazarbáyev no iría a Viskuli, sino a Minsk, y no de inmediato, sino al día siguiente. Se rumoreó, incluso, que Gorbachov lo había convencido de que se quedara en Moscú ofreciéndole el cargo de primer ministro de la moribunda Unión Soviética. “La noticia de que no vendría Nazarbáyev nos deprimió a todos –recordaría el ministro de Asuntos Exteriores bielorruso, Petr Kravchenko–. Nos pusimos a especular sobre los argumentos que se le habrían ocurrido a Gorbachov para convencerle de que cambiase de planes. ¿Estaba dispuesto Gorbachov a recurrir a la fuerza? El jefe del KGB en Bielorrusia, Eduard Shirkovski, hizo un comentario inquietante: ‘A fin de cuentas, bastaría un batallón para capturarnos a todos aquí’”.[31]

Shirkovski hablaba en serio. Ese mismo día había abordado al primer ministro, Viacheslav Kebich: “Viacheslav Frantsevich, esto es un golpe de

estado, lisa y llanamente. He informado a Moscú, al Comité [para la Seguridad del Estado] […] Espero órdenes de Gorbachov".

Sus palabras sobrecogieron a Kebich. "Yo no soy de los que se asustan fácilmente –recordaría más tarde–, pero, cuando oí aquello, me quedé helado". Le preguntó al jefe de los servicios secretos si creía que Gorbachov iba a mandar detenerlos.

"¡Naturalmente! –contestó Shirkovski–. Llamemos a las cosas por su nombre: esto es alta traición. No me ha quedado más remedio que informarles. Hice un juramento".

Eso no era lo que Kebich quería oír: "¡Por lo menos me podrías haber avisado!", le dijo.

"Temí que te opusieras. Además no quería comprometerte. Si ocurre algo, me hago responsable". Shirkovski se esforzaba, sin duda, por servir a dos amos.[32]

El primer ministro no informó a Shushkiévich de esta conversación, pero es posible que sí les contara algo a Yeltsin y a Kravchuk. En cualquier caso, el presidente ruso y todos los demás decidieron marcharse de Białowieża. Dado que Nazarbáyev seguía en Moscú, era obvio que Gorbachov conocía el resultado de las negociaciones de Viskuli. En el pabellón de caza ya se habían restablecido las comunicaciones con el exterior: los periodistas habían enviado sus crónicas a los diarios y las agencias de prensa. La publicidad era el mejor medio para evitar un ataque. Mientras los delegados esperaban en el vestíbulo a que los llevaran al aeropuerto, los presidentes de los tres estados ahora independientes se reunieron en los aposentos de Yeltsin. Empezaron por telefonear a quien tenía autoridad para detenerlos: el ministro de Defensa soviético, Yevgueni Sháposhnikov. Después del golpe de estado de agosto, Yeltsin había promovido su nombramiento para el cargo, y, en los meses anteriores a la cumbre de Viskuli, Sháposhnikov había demostrado su lealtad al presidente ruso.

Poco antes de las diez de la noche, hora de Moscú, Yeltsin llamó al ministro para comunicarle que los tres países eslavos habían formado una nueva entidad política: la Comunidad de Estados Independientes. Le leyó los artículos del tratado relativos al ejército. Sháposhnikov estaba satisfecho con lo que decía el texto sobre las fuerzas estratégicas, que seguirían bajo un mando único. Pero el presidente ruso tenía un argumento más para asegurarse su lealtad y alejarlo de Gorbachov. Entre los documentos que los tres

presidentes eslavos habían firmado ese día figuraba un decreto sobre la creación del Consejo de Defensa de la Comunidad. La primera decisión de este órgano era la designación de Sháposhnikov como comandante en jefe de las fuerzas estratégicas de la comunidad. Sháposhnikov aceptó el nombramiento. En opinión del todavía ministro de Defensa soviético, "la iniciativa de los presidentes de las tres repúblicas ha contribuido, sin duda, a aclarar las cosas y sacarnos del callejón sin salida en el que nos encontrábamos".[33]

Nada más hablar con Yeltsin, Sháposhnikov recibió una llamada de Gorbachov. Le sorprendió lo bien informado que estaba: "¿Qué hay de nuevo? –preguntó el presidente–. Acabas de hablar con Yeltsin, así que algo tendrás que contarme. ¿Qué está pasando en Bielorrusia?". El ministro no supo qué contestar. "Se retorció como una serpiente en una sartén –recordaría Gorbachov–, y finalmente me dijo que lo habían llamado para preguntarle cómo veía el papel de las fuerzas armadas conjuntas en una comunidad de estados. Era mentira, claro". Según Sháposhnikov, Gorbachov lo amenazó –"Te aviso: ¡no te metas donde no te llaman!"–, y luego colgó el teléfono. Serguéi Shakhrai aseguraría más tarde que el presidente soviético contactó esa tarde con los jefes militares de las regiones: tras la deserción de Sháposhnikov, buscaba, al parecer, apoyos entre los subordinados del ministro. Fue inútil: no encontró un solo regimiento que le fuese leal, según contaría Gaidar. En Viskuli, mientras tanto, Yeltsin y su equipo también estaban hablando con los comandantes militares. En cierto momento llamaron por error al jefe de prensa de Gorbachov, Andréi Grachov: los ayudantes del presidente ruso querían contactar con el lugarteniente de Sháposhnikov, Pável Grachov, que había protegido a Yeltsin durante el golpe de estado de agosto.[34]

Asegurado el apoyo de Sháposhnikov, los tres presidentes reunidos en Viskuli se plantearon hablar con Gorbachov. Yeltsin se negó a llamarle: la tarea recayó finalmente en Shushkiévich, como anfitrión de la cumbre. Sin embargo, antes de que el líder bielorruso lograse contactar con Gorbachov, Yeltsin telefoneó al presidente de Estados Unidos. Según Kebich, Yeltsin quiso llamar a Bush antes de que nadie hablase con Gorbachov: a los que le sugirieron telefonear primero al presidente soviético les respondió, al parecer: "¡De ninguna manera! Para empezar, la URSS ya no existe, y Gorbachov no es el presidente ni puede darnos órdenes. Además conviene presentárselo como un hecho consumado, algo irreversible; así nos evitamos sorpresas".

Shushkiévich le dio la razón. Según Kebich, el presidente bielorruso consideraba que llamar a Washington era, en efecto, un modo de evitar represalias de Moscú. Kravchuk abundaría más tarde en la misma idea: “Lo hicimos así para que el mundo supiese dónde estábamos y lo que habíamos acordado. Ante cualquier eventualidad, como suele decirse”.[35]

Poco después de las diez de la noche, hora de Moscú, Yeltsin habló con Bush. El encargado de contactar con la Casa Blanca fue el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andréi Kozyrev, que al principio tuvo que explicar quién era y por qué llamaba: todavía era poco conocido en Washington. Según el memorando estadounidense, la conversación duró casi media hora: desde la una y ocho minutos hasta la una y treinta y seis, hora de Washington. Yeltsin informó a Bush de la decisión adoptada en Bielorrusia, haciendo especial hincapié en la voluntad de los presidentes eslavos de controlar conjuntamente los arsenales nucleares y su respeto a los compromisos internacionales de la Unión Soviética. También le comunicó que acababa de hablar con Sháposhnikov y de obtener al apoyo de Nazarbáyev, que tenía intención de viajar a Minsk para firmar los acuerdos. No sabemos si esto último lo creía de veras, o si estaba pintando deliberadamente un panorama lo más halagüeño posible: en cualquier caso le habló a Bush en nombre de cuatro repúblicas, y no de tres. “El acuerdo es muy importante –le explicó al presidente estadounidense–. El noventa por ciento del producto nacional bruto de la Unión Soviética corresponde a estos cuatro estados”. Finalmente reconoció que no habían informado a Gorbachov. Bush se mostró muy cauto, como siempre. Permitió a Yeltsin explayarse a gusto, aunque de vez en cuando decía “Entiendo”. Terminado el monólogo, prometió darle su opinión sobre el tratado después de analizarlo detenidamente. Yeltsin había logrado su objetivo: le había transmitido el mensaje al presidente de Estados Unidos, que no había rechazado de entrada la iniciativa de los países eslavos.[36]

A Shushkiévich le correspondía la tarea más ingrata que cabía imaginar: comunicarle a Gorbachov que el país que creía gobernar ya no existía. Así recordaría más tarde la llamada:

> Se lo expliqué en pocas palabras: ‘Hemos firmado esta declaración, que dice lo siguiente […] Confiamos en que podremos continuar por este camino: no vemos posible otro’. Gorbachov: ‘¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho, y de que la comunidad internacional lo va a

> condenar enérgicamente?’. Yo ya oía a Yeltsin hablando con Bush –‘¡Saludos, George!’– y a Kozyrev traduciendo. Gorbachov prosiguió: ‘Y, cuando Bush se entere de esto, ¿qué pensáis hacer?’. Le contesté enseguida: ‘Boris Nikoláievich ya se lo ha contado, y no ha pasado nada’. Gorbachov apenas contenía la ira […] Luego nos despedimos.

Gorbachov, furioso, exigió hablar con Yeltsin. “Es una vergüenza esto que habéis hecho a mis espaldas y con el consentimiento del presidente de Estados Unidos. ¡No tiene nombre!”, le dijo, según cuenta en sus memorias.[37]

Quería ver a los tres presidentes eslavos en Moscú al día siguiente. Ni Kravchuk ni Shushkiévich estaban dispuestos a ir, pero a Yeltsin no le quedaba más remedio. Se decidió que el presidente ruso hablase en nombre de los otros dos. “No soporto la idea de tener que volver”, le dijo a Kravchuk antes de marcharse. Alguien advirtió a Yeltsin y a su homólogo ucraniano de que Gorbachov podía ordenar derribar sus aviones cuando hubiesen salido de la base aérea de Viskuli. Finalmente no ocurrió nada, aunque, según un rumor que llegó a oídos de varios diplomáticos estadounidenses, Yeltsin llegó a Moscú completamente borracho, y hubo que ayudarlo a bajarse del avión.

En la capital soviética (ahora ya solo rusa), el fiel colaborador de Gorbachov, Anatoli Cherniaev, escuchó el noticiario de medianoche. “Medianoche –anotó en su diario–. Acaban de anunciar en la radio que Yeltsin, Kravchuk y Shushkiévich han declarado el fin de la Unión Soviética como sujeto de derecho internacional”.[38]

Según el registro aéreo, el avión del presidente ucraniano se dirigía a Moscú, cuando en realidad salió para Kiev. Kravchuk no había llamado a nadie desde Viskuli, ni informado a su familia de sus planes, por precaución. Cuando llegó a su casa, en las afueras de Kiev, vio a varios hombres armados en la puerta. Se esperaba lo peor. Pero resultó que estaban allí para protegerlo.

Le contó a su mujer lo ocurrido en Viskuli. “Entonces, ¿ya no estamos en la Unión? –preguntó Antonina Kravchuk–. ¿Se ha terminado todo?”. “Eso parece”, respondió. Esa noche no contestó las llamadas de Gorbachov. Ya no se consideraba subordinado del presidente soviético.[39]

Los dirigentes bielorrusos optaron por quedarse en Viskuli en vez de volar

a Minsk, la capital de Bielorrusia, que los tres líderes eslavos habían decidido que también lo fuese de la comunidad. Se acostaron nada más volver al pabellón de caza. En la cercana aldea de Kameniuki, en la linde del bosque de Białowieża, el administrador de la reserva de caza, Serguéi Baliuk, volvió tarde a casa y despertó a su mujer para darle la noticia: "¡Se ha roto la Unión Soviética!". Nadezhda Baliuk se quedó desconcertada un buen rato: "Todavía estaba medio dormida, y no entendía lo que había pasado ni sabía lo que hacer. Él estaba nerviosísimo, y no paraba de decir: 'Ya no hay Unión Soviética, se ha acabado'".[40]

SEXTA PARTE

ADIÓS AL IMPERIO

XVI
FUERA DE PELIGRO

El lunes 9 de diciembre de 1991, al día siguiente de la firma del acuerdo de Białowieża, Boris Yeltsin llegó al Kremlin poco antes del mediodía con una comitiva fuertemente protegida. Iba a entrevistarse con Mijaíl Gorbachov, presidente de la supuestamente difunta Unión Soviética. Los guardaespaldas de Yeltsin estaban preparados para lo peor. Su jefe, el coronel Aleksandr Korzhakov, llevaba una pistola en el asiento delantero de su Niva, un todoterreno soviético. Korzhakov y un subordinado suyo acompañaron a Yeltsin al despacho de Gorbachov y se quedaron en la antesala, enfrente de los guardaespaldas del presidente soviético, las dos horas que duró la reunión. Temían que Gorbachov hiciese ahora lo que no había querido o podido hacer en Białowieża: detener a los responsables de la disolución de la URSS. Sin embargo, Yeltsin lo había llamado por teléfono antes de la entrevista para que le asegurase que iba a estar a salvo en el Kremlin. “Pero, ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco?”, exclamó Gorbachov. “Yo no, pero quizá otros sí”, respondió Yeltsin.[1]

Cuando Vadim Medvédev llamó ese día por teléfono móvil a su jefe camino del Kremlin, Gorbachov se había mostrado beligerante. Medvédev le habló de un informe que había redactado a instancias suyas, y donde enumeraba las razones económicas para mantener la Unión: “Ya no sirven los argumentos –respondió Gorbachov–; ahora hace falta otra cosa”. El presidente soviético había empezado la jornada consultando con los expertos jurídicos. Anatoli Cherniaev supo por uno de los funcionarios del Kremlin que asistieron a la reunión que “Mijaíl Serguéyevich está furioso: dice que va a dimitir, que les va a mandar a todos a paseo […] que ‘se van a enterar’”. Sin embargo, cuando el vicepresidente ruso, Aleksandr Rutskói, escandalizado por las decisiones adoptadas en Białowieża, fue corriendo al despacho de Gorbachov para exigirle que detuviera por traición al “trío de borrachos”, el presidente soviético se negó. Luego le encargó a Georgi Shakhnazarov redactar un discurso dirigido al país “poniendo los puntos sobre las íes y hablando sin rodeos del papel que han desempeñado Kravchuk

y los demás en los acuerdos de Minsk”.[2]

Gorbachov esperaba que acudiese a su despacho el presidente ucraniano, además de Yeltsin y Shushkiévich. “Que me expliquen a mí, al país y al mundo lo que han hecho –le dijo a su jefe de prensa, Andréi Grachov–. Ya he hablado con Nazarbáyev: está escandalizado, y también espera una explicación de Yeltsin”. Nazarbáyev y Yeltsin iban a ver a Gorbachov al mediodía, pero ni Shushkiévich ni Kravchuk estaban por la labor. El presidente bielorruso llamó por teléfono al jefe de gabinete de Gorbachov, Georgi Revenko, para comunicarle que no acudiría: le dijo, “casi llorando”, según Revenko, que tenía que descansar y luego pensarlo todo detenidamente, porque las cosas habían ocurrido muy deprisa en Białowieża. Al final, sin embargo, se ofreció a ir al Kremlin en el caso de que Gorbachov y Yeltsin lo necesitaran. Unos minutos después, el líder soviético mencionó esta vaga promesa de Shushkiévich para convencer a Kravchuk de que acudiera a Moscú.

La noche anterior, el presidente ucraniano no había contestado la llamada de Gorbachov, así que este decidió telefonearle de nuevo. “¿Vienes a Moscú?”, preguntó enseguida. Kravchuk le dijo cortésmente que no. Gorbachov esgrimió entonces todos los argumentos que se le ocurrieron para hacerle cambiar de idea. “¿Qué significa esto? –dijo, según recordaría Kravchuk–. Eres miembro del Consejo [de Estado de la URSS]. ¿Cómo te atreves? […] La Unión todavía existe”. Kravchuk negó esto último. “¿Eso quiere decir que no vienes?”, preguntó Gorbachov, estupefacto. El presidente ucraniano, normalmente educado, le contestó que no, esta vez sin rodeos. “Ya hemos viajado mucho, yo y todos los demás”, se dijo para sus adentros. La conversación había terminado. “Está bien”, dijo Gorbachov, suspirando disgustado, y acto seguido colgó el teléfono. Kravchuk explicaría más tarde que, si no quiso viajar a Moscú, fue en parte porque sospechaba que se le iba a tender una trampa. “Pensaba que no nos dejarían marchar, que nos retendrían hasta que renunciásemos al acuerdo firmado en Białowieża”, cuenta en sus memorias. Al presidente ruso también le venía preocupando que lo detuviesen desde su marcha de Viskuli.[3]

Cuando Yeltsin dejó a sus guardaespaldas en la antesala y entró en el despacho, Gorbachov y Nazarbáyev ya lo estaban esperando. El líder de Kazajistán, quien, en contra de lo prometido, no había viajado a Viskuli ni a Minsk, parecía estar de parte de Gorbachov. Yeltsin empezó explicándole al

presidente soviético que había intentado convencer a Kravchuk de que aceptara alguna modalidad del tratado de la Unión, desde un acuerdo para un periodo de cuatro o cinco años hasta una unión eslava de la que Ucrania sería miembro asociado. En vista de la inflexibilidad de Kravchuk, la Comunidad de Estados Independientes parecía la única solución. Pero lo que más le preocupaba a Gorbachov no era la creación de una comunidad, sino la disolución de la Unión Soviética. “Os reunís los tres, pero ¿quién os autoriza a tomar una decisión así? –dijo el presidente soviético, según la versión del encuentro que les ofrecería ese mismo día a varios consejeros suyos–. No teníais permiso del Consejo de Estado ni del Soviet Supremo”.

Yeltsin amenazó entonces con marcharse. Gorbachov lo disuadió, pero la discusión apenas cambió de tono. “¿Qué le digo a la gente mañana?”, preguntó. “Yo diré que ahora ocupo tu lugar”, contestó Yeltsin, que acusó al presidente soviético de confabularse con el vicepresidente ruso, Aleksandr Rutskói. “Tú te has confabulado con Bush”, replicó al instante Gorbachov. “Y así estuvieron cuarenta minutos, discutiendo violentamente. Llegué a sentir vergüenza”, recordaría Nazarbáyev. Gorbachov exigió un referéndum sobre el futuro de la Unión, pero la tormentosa reunión terminó con una solución de compromiso: el texto del acuerdo de Białowieża se remitiría a los parlamentos de las repúblicas para su examen. “Espero no volver a tener jamás una conversación así con nadie”, le dijo más tarde Yeltsin a Kravchuk.[4]

Gorbachov no mandó detener a Yeltsin, pero tampoco se dio por vencido. A su juicio, la Comunidad era ilegítima y no iba a durar, mientras que la Unión se podía y debía salvar. Durante las dos semanas siguientes se viviría en Moscú el conflicto político –y humano– más dramático desde el golpe de estado de agosto: Gorbachov y Yeltsin se disputarían el apoyo de los dirigentes y parlamentos de las repúblicas, de los altos mandos militares y de la comunidad internacional, en un combate implacable donde estaba en juego no ya el futuro de la Unión Soviética, sino el del orden político mundial. En la capital soviética había una sola persona a las que las dos partes estuviesen dispuestas a escuchar: James Baker, que se encontraba de visita. Pero ni el secretario de Estado estadounidense ni el presidente Bush se habían formado una opinión definitiva sobre el nuevo estado de cosas: ninguno de los dos sabía si apoyar la recién creada Comunidad o torpedearla.

Mijaíl Gorbachov aún creía poder salvar la Unión Soviética. El primer paso era recomponer su relación con el ministro de Defensa, el mariscal Yevgueni Sháposhnikov, al que había advertido la tarde anterior de que no se metiese en política. Ahora cambió de tono. "Igual nos reunimos otra vez en Novo-Ogarevo –le dijo al mariscal después de entrevistarse con Yeltsin y Nazarbáyev– para proponer que el tratado de la Unión lo firmen quienes quieran". Ese día también se reunió con los dirigentes de Turkmenistán y Tayikistán: los de Uzbekistán y Kirguistán no quisieron viajar a Moscú, y le pidieron a Nazarbáyev que volviese a Almatý, donde se especulaba ya sobre la posibilidad de establecer una confederación musulmana o centroasiática que contrapesara la Comunidad fundada en Białowieża.[5]

Por la tarde se leyó en televisión la declaración de Gorbachov sobre el acuerdo de Białowieża. El comunicado era fruto de una tensa conversación que había tenido con sus colaboradores después del encuentro con Yeltsin y Nazarbáyev. Todos coincidían en que el presidente soviético tenía que romper su silencio lo antes posible y manifestar públicamente su posición sobre al acuerdo. Pero, ¿qué debía decir? Sus consejeros, que esa tarde asistieron a una recepción en la mansión Spaso, residencia del embajador estadounidense, calificaron el pacto de los tres presidentes eslavos como un segundo golpe de estado. Finalmente, Gorbachov adoptó un tono conciliador en el comunicado: celebraba, decía, que los dirigentes ucranianos hubiesen vuelto a las negociaciones, así como los artículos del acuerdo que garantizaban la continuidad del espacio económico, cultural y de seguridad común. Sin embargo, y aunque todas las repúblicas tenían derecho a la secesión, era inaceptable que los presidentes de tres de ellas decidiesen por su cuenta el destino de toda la Unión. Por último, Gorbachov propuso que el acuerdo de Białowieża se debatiera en el parlamento soviético y en los de las repúblicas, y que se celebrara un referéndum sobre el futuro de la URSS.[6]

Anatoli Cherniaev, al que no había consultado Gorbachov, oyó el comunicado por televisión. Dudaba mucho de que fuese factible lo que proponía el presidente: "Aunque los diputados del pueblo consiguiesen reunir la mitad de las firmas [necesarias para convocar un referéndum], no serviría de nada –anotó en su diario–. Nicolás II tuvo la hombría de renunciar al trono. Trescientos años de gobierno dinástico. En cambio, M[ijaíl]. S[erguéyevich]. no se da cuenta de que está acabado. Debería haberse marchado hace tiempo […] para salvar su dignidad, y por respeto a lo que ha

logrado, a su legado histórico”.[7]

Al otro lado del mundo, en Washington, George Bush y su equipo seguían los acontecimientos con preocupación. “Nos sorprendió bastante la cumbre del 8 de diciembre entre Yeltsin, Kravchuk y Shushkiévich –recordaría Nicholas Burns, funcionario del consejo de Seguridad Nacional–. No esperábamos que fueran a anunciar claramente que abandonaban la Unión. […] En todo caso, sabíamos que era el fin, que, si esas tres repúblicas estaban decididas a marcharse, la Unión Soviética difícilmente podía sobrevivir. Creo que fue entonces cuando se hizo evidente por primera vez que la Unión Soviética se iba a desintegrar en un plazo bastante breve”. Sin embargo, lo que más temía el presidente de Estados Unidos era que el ejército interviniese en el enfrentamiento entre Gorbachov, por un lado, y Yeltsin y sus aliados de las repúblicas, por otro.

En la noche del 9 de diciembre, Bush se puso a dictar a la grabadora: “Ya ha hablado Gorbachov. Dice que lo que ha hecho Yeltsin es ilegal. ‘Tiene que haber un referéndum, tiene que decidir la gente’. […] Temo una intervención militar. ¿Dónde está el ejército? Ha estado callado hasta ahora. ¿Qué va a pasar? ¿Y si esto se descontrola? ¿Dimitirá Gorbachov, o piensa resisitir? ¿Ha considerado Yeltsin todas las consecuencias? Es una situación muy, pero que muy difícil”. No había estado tan preocupado desde el golpe de estado de agosto. Entonces le había sido imposible hablar con Gorbachov, y durante un tiempo había pensado que tampoco se podía contactar con Yeltsin. Ahora podía llamarlos por teléfono a los dos, pero, dadas las circunstancias, ¿de qué serviría?[8]

No era infundado el temor de Bush a una intervención del ejército. Gorbachov conservaba el título de comandante en jefe de las fuerzas armadas soviéticas, y no rechazaba servirse de esta ventaja en su enfrentamiento con Yeltsin. El día 9 llamó por la mañana al marical Sháposhnikov para intentar reparar una relación dañada por la conversación telefónica que habían tenido la noche anterior sobre las noticias que llegaban de Viskuli. Al día siguiente convocó a los jefes militares de las regiones en el ministerio de Defensa y, en presencia de Sháposhnikov, les pidió que ayudaran al comandante en jefe a salvar la Unión Soviética. No pudo evitar sermonearles, recordando el valor del patriotismo soviético. Pero fue inútil. Sháposhnikov y sus partidarios querían, sin duda, consolidar su poder en el ministerio. Ese mismo día, el ministro destituyó a dos subsecretarios. Gorbachov salió de la reunión con

pocas esperanzas de obtener el apoyo del ejército. Sus colaboradores calificarían más tarde de hostil la actitud de los generales.[9]

Dice un proverbio ruso que las malas noticias nunca viajan solas. El día 10, Gorbachov supo que el acuerdo de Białowieża lo había ratificado no solo el parlamento de la rebelde Ucrania, sino también el de la moderada Bielorrusia. En Ucrania, sin embargo, se aprobaron enmiendas –doce en total– a los escasos artículos que favorecían la integración de los estados, y que los jóvenes consejeros de Yeltsin habían introducido en el tratado. Kravchuk consiguió que la cámara sancionara el texto, aunque eran muchos los que se oponían enérgicamente a toda propuesta que colocara de nuevo el país en la órbita de Rusia. En contra del acuerdo se manifestaron incluso varios miembros del gobierno, entre ellos el ministro de Defensa, Kostiantyn Morozov.[10] En Bielorrusia recibió leves críticas de los defensores de la Unión y también de los independentistas, pero la mayoría de los diputados lo apoyaron, incluido Aleksandr Lukashenko, que tiempo después, como presidente de Bielorrusia, lo denunciaría. El día en que se ratificó, Lukashenko se acercó al ministro de Asuntos Exteriores, Petr Kravchenko, y "me felicitó y me dio la mano: '¡Lo habéis hecho muy bien! ¡Seguid así!', me dijo".[11]

A su regreso del ministerio de Defensa, Gorbachov se reunió con los consejeros suyos que formaban el Comité Político Consultivo –un órgano que había creado en el otoño a fin de reforzar su autoridad política– para discutir qué hacer en una situación que iba deteriorándose rápidamente. La opción militar estaba descartada, y además las repúblicas empezaban a ratificar el acuerdo de Białowieża: cada vez parecía más difícil que Gorbachov pudiese salvar la Unión y seguir en el poder. El presidente soviético comenzó la reunión con otra noticia desoladora: sin consultar con él, Yeltsin había asumido la autoridad sobre el organismo responsable de las comunicaciones en la administración. "Han tomado el mando así, sin más", les comunicó a sus aliados.

Había que decidir el siguiente paso. El nuevo jefe de los servicios de inteligencia exterior (ahora separados del KGB), Yevgueni Primákov, explicó así la situación: "Esto no se puede resolver por la fuerza. No contamos con el ejército, y además las potencias extranjeras apoyarán a las repúblicas".

Por su parte, el ministro de Asuntos Exteriores, Eduard Shevardnadze, dijo lo que Gorbachov quería oír: "La dimisión la interpretarían como una

dejación de tus responsabilidades".

El presidente le dio la razón enseguida: "Dirán que he salido huyendo". Decidió quedarse y pelear, aún con todos los pronósticos en contra.[12]

Al día siguiente, el 11 de diciembre, su posición se volvió aún más precaria. Alarmado por el encuentro de su adversario con los generales, Yeltsin quiso ver a la cúpula militar. La reunión fue un gran éxito para el presidente ruso. "Al principio no sabíamos qué decir –contaría uno de los militares que asistieron a las dos reuniones–, pero Yeltsin supo convencernos: a fin de cuentas ya ha hecho campaña para unas elecciones, al contrario que Gorbachov". Yeltsin les prometió lo que Gorbachov no podía ofrecer: una subida salarial para los oficiales, cuyo poder adquisitivo se había visto mermado en los últimos meses por una inflación galopante. Ese mismo día consiguió sabotear de nuevo los planes del presidente soviético: el parlamento ruso aprobó una resolución por la que retiraba sus diputados del parlamento de la Unión, impidiendo así a Gorbachov utilizar esta cámara para boicotear el acuerdo de Białowieża. Gorbachov protestó en vano.[13]

El día 12, y siguiendo el ejemplo de los parlamentarios bielorrusos y ucranianos, los rusos denunciaron el tratado de la Unión de 1922 y ratificaron el acuerdo para el establecimiento de una Comunidad de Estados Independientes. Yeltsin les había pedido que aprobaran las dos mociones, arguyendo que, lejos de destruir el imperio, el acuerdo de Białowieża servía para salvarlo: "En las condiciones actuales, solo la Comunidad de Estados Independientes puede asegurar la continuidad del espacio político, legal y económico construido a lo largo de los siglos, y hoy casi extinto". Además les había asegurado que a la Comunidad podían incorporarse otras repúblicas: "Hemos tenido en cuenta no solo los intereses de las tres repúblicas, sino también los de todos los posibles miembros futuros de la Comunidad. No es verdad que esta se base en criterios étnicos. Tratamos a los ciudadanos de todas las nacionalidades con idéntico respeto". Los diputados apoyaron a Yeltsin: hubo ciento ochenta y ocho votos a favor, siete abstenciones, y apenas seis votos en contra, entre ellos el de S. A. Polozkov, jefe del ahora ilegalizado Partido Comunista Ruso.[14]

Mientras Yeltsin hablaba ante el parlamento ruso, Gorbachov se reunió con unos periodistas para negar el rumor de que fuera a dimitir en breve. "¿Qué derecho tenemos a trocear la patria como si fuera un pastel? –les dijo–. Vivimos sesenta, setenta años, pero nuestro país lleva construyéndose desde

hace más de diez siglos. Vendrán otras generaciones después de la nuestra, y sin embargo ya hemos empezado a dividir nuestra patria. ¿Qué quieren, trocear el pastel y luego tomarse una bebida y un aperitivo? No, que no cuenten conmigo para eso". La última esperanza la tenía depositada en la sesión del parlamento de la Unión que estaba prevista para ese día. Finalmente, sin embargo, no pudo dirigirse a los diputados. "Por la tarde se ha intentado convocar al Soviet Supremo –anotó Vadim Medvédev en su diario–, pero este órgano ya no tiene entidad legal, porque varias repúblicas han retirado a sus diputados". Luego se supo el resultado de la votación del parlamento ruso: un gravísimo revés para Gorbachov. "Me parece que fue la ratificación del acuerdo de Minsk por parte del parlamento ruso la que llevó a Gorbachov a la conclusión de que no servía de nada oponerse a un proceso que se había vuelto imparable", contaría en sus memorias el intérprete del presidente soviético, Pável Palazhchenko.[15]

Ya antes de la cumbre de Białowieża, uno de los consejeros de Gorbachov, Nikolái Portugalov, había redactado un informe donde le proponía adelantarse al hundimiento de las instituciones de la Unión dimitiendo de su cargo: "El prestigio del presidente de la URSS, un gran reformista ruso, no debe verse empañado por el desastre que nuestra patria está a punto de sufrir". Portugalov lo exhortaba a seguir el ejemplo del general de Gaulle y renunciar a la presidencia después de explicar a los ciudadanos sus diferencias con los dirigentes de las repúblicas: "Esta salida es la más digna, la más razonable, y la única que le permitirá volver al poder más adelante, cuando se lo pidan sus compatriotas". ¿Qué le llevaba a suponer que ocurriría tal cosa? "La popularidad de Yeltsin seguirá cayendo –explicaba–; la de Gorbachov, en cambio, aumentará cuando empiece a cumplirse su profecía [la del hundimiento político y económico del país]. Occidente le prestará apoyo material".[16]

No sabemos con seguridad si Gorbachov leyó el informe. En cualquier caso, el 12 de diciembre, el día en que el parlamento ruso decidió ratificar el acuerdo de Białowieża y disolver así la Unión, el presidente soviético llamó por teléfono a Anatoli Cherniaev, a quien sabía partidario de la dimisión. "Estaba triste –escribiría Cherniaev–. Me preguntó qué opinaba de lo ocurrido en el parlamento ruso, que acababa de ratificar el acuerdo de Białowieża. […] Lo habían sorprendido mucho los insultos del astronauta Sevastianov, quien había declarado desde la tribuna del parlamento que el texto [del acuerdo] era bastante flojo, pero había que celebrar el fin de la 'era

Gorbachov'. […] Me pidió que le escribiera a mano un discurso de despedida a los ciudadanos". El rumor de que Gorbachov estaba a punto de dimitir venía circulando por todo Moscú desde la firma del acuerdo de Białowieża, pero la conversación con Cherniaev fue el primer indicio seguro de que el presidente se estaba preparando para este desenlace.[17]

El 12 de diciembre, el día en que Gorbachov habló con Cherniaev, James Baker se despertó a las cuatro y media de la mañana, preocupado por una frase de un discurso que iba a pronunciar ese mismo día. En Moscú eran las dos y media de la tarde, y el parlamento ruso estaba votando una moción para ratificar el establecimiento de la Comunidad de Estados Independientes. Esta nueva entidad política tenía inquieto a Baker, quien de pronto cayó en la cuenta de que el borrador de su discurso, en el que iba a anunciar un cambio decisivo en la política exterior de Estados Unidos, no mencionaba la Comunidad: se refería al espacio postsoviético como "Rusia, Ucrania y las demás repúblicas". ¿Debía hablar de la asociación de estados fundada en Białowieża? ¿Era una entidad viable? Nadie [en Washington] sabía si iba a durar, ni si la iba a sustituir otra. El secretario de Estado despertó a esa hora intempestiva a su ayudante, Margaret Tutwiler, para preguntarle si ya se le había entregado el texto del discurso a la prensa. Tutwiler dijo que no, así que Baker pudo añadir a última hora una frase que más tarde calificaría de "dolorosa": el texto definitivo decía "Rusia, Ucrania, las demás repúblicas y cualesquiera formas de asociación".[18]

El lugar elegido para pronunciar el discurso ponía de relieve su trascendencia para la política exterior. En Princeton (Nueva Jersey) estaba la universidad donde Baker se había licenciado en 1952, y también la base de operaciones de George F. Kennan, el teórico de las relaciones internacionales más importante de la Guerra Fría, y el padre de la doctrina de la contención, que había inspirado la política estadounidense respecto a la Unión Soviética durante la mayor parte de ese periodo. Kennan, de ochenta y siete años, estaba sentado en la primera fila, esperando a escuchar el discurso de Baker. El secretario de Estado empezó elogiándole por idear una política que, según él, había dado sus frutos: la contención había funcionado, porque la Unión Soviética ya no existía. "El estado fundado por Lenin y edificado por Stalin contenía el germen de su destrucción", declaró.

El hundimiento de la URSS había dado origen a un nuevo mundo, y Estados

Unidos tenía que aprovechar la “nueva revolución rusa” para construir unas relaciones sólidas con su antiguo enemigo:

> Si en la Guerra Fría nos enfrentamos como escorpiones en una botella, ahora los países occidentales y las antiguas repúblicas soviéticas escalamos juntos una montaña escarpada. Estamos agarrados a la misma cuerda, así que, de precipitarse hacia el fascismo o el caos total, la antigua Unión Soviética arrastrará consigo a occidente en su caída. Por otro lado –y esto es igual de importante– podemos ayudar a los rusos, los ucranianos y sus vecinos a mantener el equilibrio y escalar la montaña hasta alcanzar una democracia y una libertad duraderas. Se trata, evidentemente, de asegurar la cuerda, no de romperla.

En el discurso de Princeton, Baker quiso, según escribiría más tarde, anunciar la intención de Estados Unidos de abandonar la política de la Guerra Fría y orientar su atención hacia las repúblicas, relegando a un segundo plano a Gorbachov y al gobierno central. El secretario de Estado declaró que Washington estaba dispuesto a entablar relaciones con los dirigentes que defendiesen la centralización del control sobre los arsenales nucleares soviéticos y su progresivo desmantelamiento en todas las repúblicas menos en Rusia, así como la instauración de la democracia y la economía de mercado. La ayuda occidental –principalmente estadounidense– a las repúblicas dependería de que sus gobernantes se atuviesen a estos principios. Baker dedicó gran parte de su discurso a explicar la necesidad y el alcance del apoyo económico de Estados Unidos, y en particular a la ayuda humanitaria. Y es que el invierno ruso de 1991-1992 podía resultar, dijo, tan decisivo en la historia del mundo como los de 1812, 1917 y 1941. El primero había contribuido a la caída de Napoleón; el segundo, a la toma del poder por los bolcheviques; y el tercero, a la derrota del nazismo. Ahora, en 1991, el frío y el hambre podían dar al traste con los avances logrados por lo que Baker llamaba la “nueva revolución rusa”.[19]

El escenario universitario, los asuntos centrales abordados por Baker –la ayuda humanitaria y el apoyo económico a un país europeo antes enemigo y ahora aliado– y su defensa de la libertad y la democracia hacían inevitable recordar el discurso pronunciado cuarenta años antes por otro secretario de Estado, George Marshall. Este había asistido en 1947 a la ceremonia de

graduación de la universidad de Harvard, y había aprovechado la ocasión para anunciar que Estados Unidos ofrecería cuantiosa ayuda económica a Europa a fin de reconstruir un continente asolado por la guerra, pero también para asegurarse de que los países europeos fuesen democráticos y aliados de Washington. Baker era consciente del paralelismo entre los dos discursos. En septiembre de 1991, poco después del golpe de estado, había visitado Moscú, San Petersburgo y Almatý, y desde entonces venía propugnando una especie de plan Marshall para las incipientes repúblicas democráticas. Le había escrito a Bush desde la capital soviética explicándole la necesidad de apoyar sin reservas a los dirigentes democráticos que habían surgido en los países miembros de la moribunda URSS: "Este caso puede que sea análogo al de Alemania y Japón, que en la posguerra se recuperaron económicamente y se convirtieron en países democráticos y aliados nuestros. Pero esta vez salimos de una larga Guerra Fría, y no de un conflicto breve y caliente".[20]

Después del referéndum ucraniano, los funcionarios del departamento de Estado habían redoblado sus esfuerzos para lograr que la Casa Blanca aprobara un importante paquete de ayuda económica. Antes de la reunión que Baker tuvo con Bush el 4 de diciembre, sus colaboradores le habían facilitado unas notas que decían lo siguiente: "Momento decisivo. Tenemos que hacer todo lo posible para que triunfen los demócratas. En los próximos meses se juegan su futuro. No podemos dar la impresión de no haberlos ayudado. El esfuerzo no puede ser unilateral. Hay que movilizar a otros países". El secretario de Estado había añadido la palabra "repúblicas" en la frase que mencionaba a los "demócratas", así como un comentario al margen sobre la propuesta de sus colaboradores de invertir cuatrocientos millones de dólares en el desmantelamiento de los arsenales nucleares soviéticos: "Nos hemos gastado billones [de dólares] en los últimos cuarenta años. Sería solo una pequeña inversión en *nuestra seguridad"*.

No sabemos cómo de persuasivo fue Baker en la reunión del 4 de diciembre, pero, en todo caso, las notas que llevó a la del día 11 urgían al presidente a aprobar la ayuda económica para favorecer el éxito de los reformistas demócratas allí donde los hubiera: por ejemplo en San Petersburgo, gobernada por Anatoli Sobchak. El asesor que redactó las notas planteaba un paralelismo entre las victorias de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra Fría. Curiosamente, la idea se le atribuía al consejero económico de Gorbachov, Grigori Yavlinski:

> Escuché su discurso [el de Bush] sobre Pearl Harbor, y hubo un pasaje que me llamó mucho la atención. 'Derrotamos al totalitarismo –decía–, y después ayudamos a nuestros enemigos (en Europa y en Asia) a democratizarse: los convertimos en amigos y curamos sus heridas, y al mismo tiempo también nosotros progresamos'. Ahora estamos, creo, en la misma situación. Después de ganar la Guerra Fría por medios pacíficos, tenemos que decidir qué hacer con el país que hemos derrotado. […] La situación es muy prometedora, y a la vez muy peligrosa.

El redactor de las notas intentaba convencer a Bush de que hiciera lo mismo que Harry Truman: explicar al pueblo estadounidense la necesidad de un plan de ayuda económica. "Ha superado las dos primeras pruebas liberando Europa oriental y Kuwait, pero los historiadores lo considerarán una nota a pie de página en comparación con su respuesta a la crisis actual –decía, apelando al sentido de la historia del presidente–. Tiene que explicarles a los estadounidenses por qué el camino hacia la paz y la prosperidad está en una política exterior activa, y no en el aislacionismo. […] Los ciudadanos tienen que saber que, como comandante en jefe, está haciendo todo lo posible por evitar que las armas nucleares caigan en manos equivocadas. Les preocupan mucho los arsenales, y confían en que el presidente tome las medidas necesarias para asegurarse de que estén bajo control".[21]

Esgrimiera o no Baker los mismos argumentos que el redactor de las notas, lo cierto es que su llamamiento a Bush no sirvió de mucho. En 1991, el gobierno destinó casi cuatro mil millones de dólares a seguros de crédito a la exportación de alimentos y productos agrícolas a la Unión Soviética. Sin embargo, Estados Unidos estaba muy por detrás de Europa en lo que se refiere a subvenciones directas. El setenta por ciento de la ayuda económica a la URSS procedía de Europa occidental. Así, a principios de 1992, Alemania ya le había ofrecido a Moscú cerca de cuarenta y cinco mil millones de dólares, destinados en su mayor parte a facilitar la retirada de las tropas soviéticas del territorio alemán. No llegó a materializarse el equivalente del plan Marshall para la Unión Soviética, que Baker había defendido, y en el que los reformistas rusos tenían depositadas sus esperanzas. Si Bush no siguió el ejemplo de Truman fue por varias razones. La más inmediata era la crisis económica y financiera que sufría Estados Unidos. En 1947, el país disfrutaba de la expansión económica de la posguerra y representaba el

treinta y cinco por ciento del producto bruto mundial. En 1991 representaba el veinte por ciento, y había entrado en la peor fase de la recesión.[22]

Por lo demás, y al contrario que Truman y Marshall, la administración Bush no contaba en el congreso con el apoyo de los dos partidos para aprobar un gran plan de ayuda económica. Y es que ni los políticos ni las ciudadanos consideraban el hundimiento de la Unión Soviética una amenaza para Estados Unidos, como sí se lo había parecido su expansión después de la Segunda Guerra Mundial. Inmerso en la recesión, Estados Unidos no podía gastar demasiado dinero; de hecho, muchos ciudadanos esperaban que el fin de la Guerra Fría, lejos de ser gravoso, le reportara ventajas económicas al país. Hasta los más decididos partidarios de aumentar la ayuda a la Unión Soviética consideraban que esta debía tener un carácter estrictamente humanitario. Por eso Baker pidió un esfuerzo común de todos los países occidentales para sostener a las antiguas repúblicas soviéticas. "Baker propone medidas para favorecer la transición [política] en la URSS", decía el titular de la crónica que Thomas Friedman publicó en *The New York Times* el 13 de noviembre. "No habla, sin embargo, de un incremento importante en la ayuda económica", aclaraba el subtítulo, rebajando así las expectativas del lector.[23]

Las notas que se le proporcionaron a Baker el día 13 para su siguiente reunión con Bush revelaban el desánimo de su redactor, que parecía haberse quedado sin argumentos para persuadir al presidente. "Quizá convendría hablar de su próximo viaje –decía–, sobre todo en relación con la ayuda humanitaria que hará falta más adelante. Es posible que también necesiten material militar". Los colaboradores del secretario de Estado estaban claramente insatisfechos con la respuesta de la Casa Blanca a sus sugerencias. Uno de los redactores del discurso de Princeton, el director de planificación política del departamento de Estado, Dennis Ross, le había enviado el texto a Baker el día 6, adjuntándole una nota en la que se mostraba, según su jefe, "más franco de lo habitual". Ross propugnaba abandonar la política de contención, dejando de lado a Gorbachov, pero también desahogaba su frustración por la actitud de otros sectores del gobierno: "Casi nadie ha comprendido de lo que está en juego –decía, según un pasaje que figuraba en un borrador de las memorias de Baker, y que se acabó suprimiendo–. Han desechado casi todas las buenas ideas que hemos tenido en los últimos tres meses".[24]

El discurso de Princeton estaba pensado como preámbulo del viaje de Baker a la moribunda Unión Soviética, en el que visitaría Moscú y las capitales de Kirguistán, Kazajistán, Bielorrusia y Ucrania. Se trataba de formular la política estadounidense posterior al referéndum de Ucrania, pero los acontecimientos se aceleraron tanto que hubo que introducir cambios de última hora. El departamento de Estado estaba finalmente dispuesto a orientar su política hacia las repúblicas, pero el panorama se complicó con la creación de la Comunidad. Determinar las consecuencias de esta asociación para la Unión Soviética, la independencia de las repúblicas y los arsenales nucleares soviéticos se convirtió en uno de los principales objetivos del viaje. El día 13, la víspera de su partida a Moscú, se preguntaba Baker si "habría algo sólido a lo que aferrarse en un país que se precipitaba hacia el caos".[25]

El secretario de Estado acertaba en su diagnóstico de la URSS. Más tarde recordaría cómo a la embajada de Estados Unidos en Moscú le costaba encontrar gasolina para sus coches. El aeropuerto de Sheremétievo, donde aterrizó el avión de Baker, era de los pocos que aún funcionaban: la mayoría había cerrado por falta de combustible, y los demás habían tenido que anular casi todos los vuelos. El día 13, *The New York Times* publicó amplios fragmentos del discurso de Princeton en la página A24, y en la primera, un artículo titulado "La pobreza de Moscú", y que contaba, entre otras cosas, lo ocurrido en la capital del óblast natal de Yeltsin, Sverdlovsk, rebautizada con su nombre prerrevolucionario, Ekaterimburgo: "Esta semana, en el aeropuerto de la ciudad de Ekaterimburgo, en los Urales, un grupo de personas que llevaban más de un día esperando a que saliera su vuelo, sin poder sentarse ni comer nada, y sin obtener información de la terminal, se apoderaron de un avión y exigieron a la tripulación que los condujera a Crimea". El caos se extendía en la Unión Soviética, un país enorme y provisto de un abundante arsenal nuclear, pero incapaz de satisfacer las necesidades más corrientes de la población.[26]

Poco después de conocerse la noticia del Acuerdo de Białowieża, que conmocionó al Kremlin y tuvo amplio eco en todo el mundo, dos renombrados analistas estadounidenses de política internacional, Michael R. Beschloss y Strobe Talbott, volaron a Moscú para entrevistar a Mijaíl Gorbachov. La iniciativa había partido del círculo inmediato de colaboradores del presidente soviético. Beschloss, autor de varios libros sobre

los presidentes estadounidenses, y Talbott, que había traducido las memorias de Nikita Jrushchov en su época universitaria, escribía artículos sobre política exterior para la revista *Time* y era experto en Rusia y Europa del este (a las que más tarde dedicaría su atención como secretario de Estado adjunto en el gobierno de Bill Clinton, a quien había conocido siendo estudiante), aceptaron con entusiasmo la invitación. Los dos estaban escribiendo juntos un libro sobre el final de la Guerra Fría, pero Gorbachov quería conceder una entrevista a *Time*. En eso podían ayudarle. Se trataba de recurrir, según escribirían más tarde Beschloss y Talbott, al "último aliado que le quedaba: el público occidental".[27]

En la tarde del 13 de diciembre, Pável Palazhchenko condujo a los visitantes estadounidenses, así como al corresponsal jefe de *Time* en Moscú, John Kohan, al despacho de Gorbachov. A Beschloss y Talbott, que esperaban escuchar el canto del cisne del presidente soviético, les sorprendió comprobar que estaba muy lejos de darse por vencido. La noche anterior había recibido con profundo desánimo la noticia de la ratificación del acuerdo de Białowieża por parte del parlamento ruso, pero por la mañana ya se había recuperado. Beschloss y Talbott le preguntaron medio en broma si seguiría en el poder el lunes, cuando *Time* publicara parte de la entrevista: "¿El lunes? ¡Seguro que sí!", contestó riéndose.

Seguía dolido por la decisión de Yeltsin de llamar a George Bush antes que a él desde Białowieża. "No había por qué mezclar a Bush en este asunto –dijo en la entrevista–. Se trata de los principios morales de Yeltsin. Su conducta me parece injustificable". Pero tampoco tuvo reparos en criticar al gobierno estadounidense por dejarlo de lado para entablar relaciones directas con los dirigentes de las repúblicas. Les recordó a los entrevistadores que él mismo había dado a conocer a algunos de esos políticos en el extranjero. "Si Gorbachov nos manda a esta gente, debe de ser porque está acabado, así que tenemos que ponernos de parte de los nuevos líderes": así interpretaba el presidente soviético la actitud occidental. "Aquí las cosas están cambiando continuamente –prosiguió, visiblemente disgustado–, y, mientras tratamos de orientarnos, ¡Estados Unidos parece tenerlo todo muy claro! No me parece que esté actuando con lealtad […] hacia quienes hemos defendido la amistad y la plena colaboración entre los dos países".[28]

Si Gorbachov ya no esperaba nada de sus amigos estadounidenses, su equipo los seguía considerando el único recurso que le quedaba al presidente

soviético para continuar en el poder. El 15 de diciembre, dos días antes de la entrevista, el intérprete de Gorbachov, Pável Palazhchenko, invitó a comer a Beschloss y a Talbott en su piso de las afueras de Moscú. Después del almuerzo le pidió a su mujer que saliera y les dijo a los estadounidenses, para sorpresa de estos, que quería dictarles un mensaje confidencial para el gobierno de su país:

> El presidente [Gorbachov] aún no ha tomado una decisión definitiva. Es posible que acepte finalmente desempeñar cierto papel en la Comunidad, siempre y cuando se respete su dignidad. Los dirigentes de Estados Unidos y otros países occidentales deberían convencer a Yeltsin de la importancia y las ventajas de reservarle al presidente un lugar que no sea humillante para él. Pero también es posible que abandone la vida pública dentro de unas semanas. Algunos están buscando pruebas [penales] contra él. Yeltsin no debe participar en estas maniobras ni permitir que ocurra nada que perjudique al presidente. Convendría que el gobierno de Estados Unidos se lo dejara claro. Hablo a título personal y sin haber consultado con el presidente.

Palazhchenko les aseguró, en efecto, que no hablaba en nombre de Gorbachov. No quiso revelar su fuente, pero en cambio dejó claros los posibles destinatarios de la nota: George Bush, James Baker y el principal colaborador de Baker en el departamento de Estado, Dennis Ross. El intérprete de Gorbachov había decidido enviar un mensaje al gobierno estadounidense siguiendo el consejo de un funcionario con amplios contactos en la clase dirigente soviética y que más tarde trabajaría para Yeltsin. Este colega suyo le contó que había un equipo que buscaba a toda prisa “material comprometedor”, y que los cabecillas del golpe de agosto seguramente cambiarían de versión para incriminar a Gorbachov. Los golpistas acabarían, en efecto, afirmando que habían declarado el estado de emergencia con el tácito consentimiento del presidente soviético.[29]

El mensaje de Palazhchenko era la desesperada iniciativa de un fiel colaborador de Gorbachov que trataba de salvar a su jefe y de paso conservar su trabajo. No fue, sin embargo, el primero en interceder por él. Dos días antes, el 13 de diciembre, cuando Yeltsin llamó a Bush para informarle de la ratificación del acuerdo de Białowieża por parte de los parlamentos ruso,

ucraniano y bielorruso, el presidente de Estados Unidos le había manifestado su preocupación por el futuro de Gorbachov: "¿Qué crees que hará Gorbachov, Boris?".

Yeltsin dejó claro que no le tenía asignada ninguna función en la Comunidad: "No existirá el cargo de presidente de la Comunidad. Seremos todos iguales".

Bush retomó el asunto al final de la conversación: "Espero que esta transición se haga tranquilamente, sin represalias contra nadie".

"Te aseguro, te prometo, presidente, que trataremos con sumo respeto a Gorbachov y a Shevardnadze –respondió Yeltsin–. El proceso será tranquilo y gradual, y no tomaremos medidas extremas".

Su interlocutor se quedó satisfecho: "Estupendo –dijo–. Me alegra saberlo".[30]

Al poco rato, Bush hizo una llamada de cortesía a Gorbachov. El presidente soviético criticó duramente a Yeltsin y a los dirigentes de las repúblicas por dejarlo de lado para crear la Comunidad, que calificó como una chapuza de políticos inexpertos. "A Gorbachov se le notaba furioso –recordaría Bush–. Hablaba atropelladamente, reviviendo todo lo ocurrido desde el 25 de noviembre".

A pesar de su indignación por lo que consideraba una traición de Yeltsin, Gorbachov no descartaba colaborar con la Comunidad. "¿Cómo veo mi papel de ahora en adelante? –se preguntó en la conversación con Bush–. Si la Comunidad es una entidad amorfa, sin mecanismos que permitan coordinar las política exterior y de defensa y regular las relaciones económicas, me parece que estoy de sobra". El mensaje era bien claro: estaba dispuesto a colaborar, siempre y cuando la Comunidad tuviese órganos interestatales que coordinaran sus actividades y, por tanto, una función definida para él.[31]

Después de la conversación, Bush se volvió hacia Brent Scowcroft. "Esto sí que es el final, ¿verdad?", dijo. Scowcroft le dio la razón: "Sí, Gorbachov es una figura patética a estas alturas". Ese día, Gorbachov figuró por primera vez en el registro de llamadas de la Casa Blanca no como presidente de la URSS, sino como presidente de la antigua Unión Soviética.[32]

En la tarde del 15 de diciembre, poco después de que Palazhchenko dictara su mensaje a Beschloss y Talbott, James Baker y Dennis Ross –dos de los posibles destinatarios de la nota– aterrizaron en el aeropuerto de

Sheremétievo. Talbott se dirigió a toda prisa al hotel Penta, en el centro de Moscú, para ver a Ross y entregarle la nota. Le dijo que era de un colaborador de Gorbachov, pero no reveló su identidad. Ross adivinó que se trataba de Palazhchenko, aunque también pensó en Aleksandr Yákovlev. Luego le llevó la nota a Baker, que se alojaba en el mismo hotel (construido para los Juegos Olímpicos de 1980, que Estados Unidos había boicoteado). "Esto tendremos que hablarlo con Yeltsin y con Gorbachov –le dijo el secretario de Estado a su consejero–. Pero tampoco nos podemos entrometer".[33]

Baker había visitado Moscú por última vez tres meses antes, a principios de septiembre. Entonces lo habían animado el buen tiempo y la euforia que reinaba en la ciudad después del fracaso del golpe. Ahora hacía frío y estaba nublado y, por lo menos entre los colaboradores de Gorbachov con los que Baker tenía amistad, cundía el desaliento. La agenda del secretario de Estado reflejaba la nueva realidad política: su primera entrevista no fue con el ministro de Asuntos Exteriores soviético, su viejo amigo Eduard Shevardnadze, sino con su homólogo ruso, Andréi Kozyrev, al que había conocido en Bruselas justo después del golpe, cuando Kozyrev buscaba apoyos para la causa de Yeltsin en las cancillerías occidentales. Desde entonces había ganado mucho poder: en el mes de noviembre ya había conseguido eclipsar al ministro soviético, Boris Pankin. El regreso de Shevardnadze al edificio de la plaza Smolensk, en el centro de Moscú, no cambió las cosas.

A Kozyrev no le apetecía ver a Baker. Ya tenía muchos asuntos de los que ocuparse, y no veía cómo el secretario de Estado podía ayudar al gobierno ruso a regular sus relaciones con Ucrania y Bielorrusia. "Diciembre fue un mes terrible, muy ajetreado –recordaría más tarde–. Teníamos infinidad de asuntos que negociar con las antiguas repúblicas [soviéticas], y para colmo llegó Baker. Estaba totalmente de sobra en ese momento, cuando tratábamos de resolver las cosas nosotros solos, sin la intromisión de nadie". Baker llegó al despacho de Kozyrev, en el antiguo edificio del Comité Central del Partido Comunista, acompañado por varios funcionarios del departamento de Estado, y le hizo al ministro una serie de preguntas sobre el funcionamiento de la Comunidad, el control de las armas nucleares, las fuerzas armadas, la política exterior común y el reconocimiento internacional de la nueva entidad. Kozyrev le repitió lo que ya era una explicación muy manida –la Comunidad servía para evitar la desintegración caótica de la Unión Soviética–, pero no

ofreció respuestas concretas.

El ministro ruso buscaba el reconocimiento diplomático estadounidense, que Baker no tenía, sin embargo, ninguna prisa por prometerle, pues lo consideraba el principal señuelo del que disponía la administración Bush para lograr que Rusia y las otras repúblicas le ofrecieran garantías respecto a la democracia, la liberalización económica y la seguridad. El secretario de Estado advirtió con desagrado que Kozyrev no paraba de hablar de la URSS como si ya no existiera: los estadounidenses, sin embargo, la seguían considerando un estado y no estaban preparados emocionalmente para su desaparición. Los consejeros de Baker empezaron enseguida a formular sus propias preguntas, a las que Kozyrev no supo responder satisfactoriamente. Él mismo reconocería más tarde la confusión que reinaba entre los dirigentes rusos: "El desconcierto era total. Lo íbamos improvisando todo. No había gobierno propiamente dicho".[34]

Esa noche, Baker le contó a Shevardnadze lo frustrante que había sido su encuentro con Kozyrev y las dudas que tenía sobre la Comunidad. Los dos cenaron en privado en el piso de un amigo georgiano de Shevardnadze, el escultor Zurab Tsereteli. "Estábamos sentados alrededor de una mesa de plástico blanca, en un comedor con muebles de jardín y cuadros abstractos de colores estridentes", recordaría Baker. En los años siguientes, Tsereteli se convertiría en uno de los artistas más populares y a la vez más odiados de Rusia. En el centro de Moscú, San Petersburgo y otras ciudades se levantarían sus monumentos de bronce en honor de gobernantes rusos, desde los zares Pedro I y Nicolás II hasta Stalin y Vladímir Putin, y que a algunos les parecerían monstruosos, engendros que arruinaban el entorno arquitectónico. En cualquier caso, Baker se entendió muy bien con Shevardnadze, que compartía su opinión sobre la Comunidad: esta nueva entidad parecía la única salida al estancamiento político, pero sus miembros "no saben bien adónde ir", según dijo el secretario de Estado. Le alegró que su viejo amigo coincidiera con él en que el reconocimiento estadounidense de los estados integrantes de la Comunidad debía depender de la posición que adoptaran en asuntos militares.[35]

Al día siguiente, Baker planteó sus interrogantes sobre el futuro de la Comunidad y el control de las armas nucleares al único político en Moscú que estaba en condiciones de responderle: Boris Yeltsin. Al presidente ruso, que insistió en que la entrevista se celebrara en el salón Santa Catalina del

Kremlin, donde Gorbachov había recibido a dignatarios extranjeros, lo acompañaron varios ministros de su gabinete, entre ellos Yegor Gaidar y Andréi Kozyrev, pero también dos miembros destacados del precario gobierno de Gorbachov: el ministro de Defensa, Yevgueni Sháposhnikov, y el del Interior, Viktor Barannikov. En la víspera de la reunión, el equipo de Yeltsin había dejado intrigados a los periodistas sugiriéndoles que se fijaran en los acompañantes del presidente ruso. Se refería a los dos ministros de la Unión: incorporarlos al séquito de Yeltsin era una manera de recordar al país y a Baker quién mandaba de verdad en el Kremlin.

Yeltsin le dio la bienvenida al secretario de Estado en "un edificio ruso emplazado en territorio ruso", y luego habló de la Comunidad, del control de las armas nucleares y de la ayuda humanitaria con la claridad que se había echado en falta en las respuestas de Kozyrev el día anterior. Empezó anunciando que las repúblicas centroasiáticas se integrarían en la Comunidad el día 21. También informó a Baker de que Rusia iba a hacerse con el control de varios ministerios clave de la Unión, sustituir a la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y asumir la autoridad exclusiva sobre los arsenales nucleares en todo el territorio de la Comunidad. Por lo demás, y en presencia de Sháposhnikov, manifestó su deseo de que las fuerzas armadas de la Comunidad se fundieran algún día con las de la OTAN. Finalmente pidió a Estados Unidos, como Kozyrev el día anterior, que reconociera a Rusia, Ucrania y Bielorrusia como estados independientes, y a la primera, además, como sucesora de la Unión Soviética en el escenario internacional.

A Baker le agradó obtener respuestas directas a las preguntas que ya le había hecho a Kozyrev: el ministro de Asuntos Exteriores ruso seguramente había informado de antemano a Yeltsin sobre los asuntos que interesaban a su homólogo estadounidense. Habiendo leído el mensaje de Palazhchenko el día anterior, Baker estaba impaciente por abordar la "cuestión de Gorbachov". Yeltsin negó el rumor periodístico de que a Gorbachov se le iba a nombrar comandante en jefe del ejército de la Comunidad, y al mismo tiempo dejó bien clara su intención de tratarlo con respeto. Baker dijo que le había llegado otro rumor según el cual se pretendía abrir un proceso penal contra el presidente soviético, y que Estados Unidos no lo entendería ni lo aprobaría. Yeltsin enseguida se mostró benevolente con el rival al que había derrotado: "Gorbachov ha hecho mucho por este país –respondió–, y merece nuestro respeto. ¡Ya es hora de que en este país los presidentes se retiren con honor!".

Baker y Yeltsin trataron la delicada cuestión de las armas nucleares a solas, sin sus consejeros. El presidente ruso dijo que existían tres maletines nucleares con sus respectivos códigos de lanzamiento: uno lo tenía Gorbachov, otro Sháposhnikov, y el tercero Yeltsin. El lanzamiento de un misil nuclear requería la autorización de estas tres personas. Yeltsin le dejó así claro al secretario de Estado que la política nuclear ya no era competencia exclusiva de Gorbachov: también lo era del presidente ruso, al que costaba imaginar poniéndose de acuerdo con su homólogo soviético sobre ningún asunto. Una vez que desapareciera la URSS y la sustituyera la Comunidad, Yeltsin preveía la disminución, y no el aumento, del número de maletines. "A Gorby le van a quitar el teléfono y el maletín antes de que termine el año", anotó Baker en su cuaderno, que era de fabricación soviética (tenía la palabra *Moskva* en la parte superior). Yeltsin le contó, en efecto, que se le iba a retirar el maletín a Gorbachov, pero a los presidentes de las tres repúblicas provistas de armas nucleares –Ucrania, Kazajistán y Bielorrusia– no se les iba a entregar ninguno: "Los dirigentes de Ucrania, Kazajistán y Bielorrusia no saben cómo funcionan estas cosas; por eso solo te lo cuento a ti. Se contentarán con los teléfonos". La explicación dejó satisfecho a Baker.

Al final de la conversación, Yeltsin prometió facilitarle una lista de funcionarios con los que Estados Unidos podía negociar la entrega de ayuda humanitaria. El secretario de Estado no quiso hacerle preguntas embarazosas, así que tachó el siguiente párrafo que figuraba en sus notas: "Ahora mismo ni siquiera podemos enviar comida según el acuerdo suscrito con la CCC [Commodity Credit Corporation], porque no podéis pagar el flete que os habíais comprometido a abonar. Además los créditos de la CCC vencen en enero, y ya veréis cómo los pagáis. Si no lo hacéis, estaremos legalmente obligados a cortaros la ayuda. Y eso sería un desastre".

En general, sin embargo, Baker estaba satisfecho. Yeltsin le causó una excelente impresión, con su seguridad en sí mismo y sus respuestas directas a las preguntas que Kozyrev no había sabido contestar el día anterior. Fue entonces, escuchando al presidente ruso, cuando Baker, que se había resistido por razones políticas y emocionales a despedirse de la URSS, aceptó finalmente la Comunidad como sucesora del estado soviético. "Vi el pasado de la Unión Soviética y el futuro de Rusia", cuenta en sus memorias, comparando su entrevista con Yeltsin con la que tendría ese mismo día con Gorbachov.[36]

Kozyrev, en cambio, estaba muy descontento con la reunión, y no porque envidiara el protagonismo de Yeltsin, sino porque consideraba que este había desperdiciado una magnífica oportunidad de negociar con Estados Unidos un gran plan de ayuda económica, conformándose con la humanitaria. Antes de la reunión había tratado el asunto con el consejero económico del presidente, Yegor Gaidar, y los dos habían llegado a un acuerdo: Kozyrev le pediría a Yeltsin que dejase a Gaidar explicarle a Baker el apoyo económico que necesitaba Rusia. Fue inútil. Según contaría el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Baker le preguntó a Yeltsin si quería que la ayuda humanitaria se limitase a Rusia. "En absoluto –contestó el presidente–. Creo que también deberían recibirla Ucrania y las demás repúblicas". Esta respuesta fue un golpe para sus jóvenes consejeros. "Yegor y yo nos quedamos atónitos –recordaría Kozyrev–. '¿Estás de acuerdo, Yegor?', le pregunté. 'No, no lo estoy', contestó. 'Déjalo hablar', le dije a Yeltsin". El presidente se negó. "Cuando hablaba no podía intervenir nadie más", contaría el ministro.

Era evidente que Kozyrev había interpretado mal las palabras de Baker el día anterior. De momento estaba descartado un plan Marshall para Rusia y las demás repúblicas: Estados Unidos no podía ofrecerles más que ayuda humanitaria y apoyo técnico. El día 17, cuando se despidió del secretario de Estado en el aeropuerto de Moscú, Kozyrev estaba disgustado por el hecho de que Yeltsin no hubiese pedido un importante paquete de ayuda económica. Hacía tanto frío que le ofreció a Baker su gorro de piel. "Así que se marchó con mi gorro, y sin habernos prometido nada aparte de ayuda humanitaria", se lamentaría años después. Un gorro soviético de cien dólares a cambio de cientos de millones en ayuda humanitaria: parecía un buen trato para Rusia, pero Kozyrev había soñado con otro bien distinto.[37]

Antes de abandonar Moscú, Baker volvió al Kremlin para entrevistarse con el hombre que había cambiado tanto su país y el mundo que ya no había sitio para él en ninguno de los dos. En la reunión, que se celebró en el despacho de Gorbachov, en el tercer piso del edificio del senado, el invitado estadounidense tuvo presente una cuestión delicada. Tres días antes, el 13 de diciembre, Bush había llamado por teléfono a su homólogo soviético. "Creo, George, que Jim Baker no debería haber pronunciado el discurso de Princeton –le había dicho Gorbachov–. Fue especialmente imprudente por su parte decir que la URSS ha dejado de existir. Estos días tenemos que andar con mucho cuidado". Gorbachov confundía el discurso con las declaraciones que

el secretario de Estado había hecho en televisión después de la cumbre de Białowieża, y en las que había afirmado, en efecto, que la Unión Soviética, "tal como la conocemos, ha dejado de existir". En realidad sus palabras no habían sido temerarias, dadas las circunstancias, pero Bush quiso tranquilizar a Gorbachov: "Acepto tu reproche", le dijo. El presidente soviético llamó después a Anatoli Cherniaev para contarle que le había dado a Bush "un buen rapapolvo".[38]

Baker llegó, pues, al Kremlin sabiendo que Gorbachov estaba enojado con él. Pero la entrevista fue mejor de lo que esperaba. El presidente soviético no le expresó su malestar, y solo se permitió mencionar una vez, aunque de manera muy vaga, los tropiezos de la administración Bush: "Puede que yo haya cometido errores graves, y vosotros también", le dijo al secretario de Estado, quien pensó que se refería a la filtración con la que la Casa Blanca había anunciado su intención de reconocer la independencia de Ucrania, o posiblemente a las declaraciones que él había hecho en televisión. Gorbachov dio, en cambio, rienda suelta a su indignación con Yeltsin y los otros fundadores de la Comunidad, a los que acusó de golpismo. Era consciente de lo precario de su situación, y su actitud contrastaba mucho con la del presidente ruso: "A Yeltsin se lo notaba ufano de su poder –recordaría Baker–; en cambio Gorbachov estaba muy apagado". El secretario de Estado le aseguró que contaba con el apoyo de Estados Unidos. "Pase lo que pase, seguiremos siendo amigos –les dejó claro al presidente y sus consejeros–. Debo decir que nos ha entristecido mucho ver que no se le trata con el debido respeto". No mencionó la promesa de Yeltsin de permitirle una retirada honrosa.[39]

Pese a su indudable resentimiento contra Yeltsin, Gorbachov se mostró dispuesto a colaborar con los dirigentes de las repúblicas. Según decía una nota que Anatoli Cherniaev le había preparado para la entrevista con Baker, el acuerdo entre los tres países eslavos había creado una nueva situación política. "Quiero trabajar con mis viejos colegas –dijo el presidente, refiriéndose a Aleksandr Yákovlev y Eduard Shevardnadze– para consolidar la Comunidad y asegurar una sucesión tranquila". También le comunicó a Baker que había acordado con Yeltsin un plazo para entregar el poder. El presidente soviético y su interlocutor estadounidense todavía tenían sus reservas sobre la entidad política fundada en Białowieża, pero reconocieron que era una realidad y trataron de adaptarse. Pero, si Baker era bienvenido y un socio importante para la Comunidad, a Gorbachov, en cambio, se le tenía

por un impostor y un intruso, y todos procuraban distanciarse de él.[40]

XVII
EL NACIMIENTO DE EURASIA

El 17 de diciembre, el día en que James Baker abandonó Moscú, Mijaíl Gorbachov y Boris Yeltsin se reunieron para discutir la transición de la Unión a la Comunidad. “Los presidentes acordaron concluir el proceso […] antes de que termine el año –decía un artículo publicado al día siguiente en *Rossiiskaia gazeta*, un periódico ruso afín a Yeltsin–. Dejarán de funcionar todas las instituciones de la Unión: algunas quedarán bajo la autoridad de Rusia; las demás se disolverán”. A mediados de diciembre ya era evidente para todos los políticos que no habría una nueva Unión. Hasta Gorbachov se dio cuenta de que su proyecto estaba muerto, y en su lugar se instauraría la Comunidad, de la que eran partidarios el sesenta y ocho por ciento de los ciudadanos de la Federación Rusa, según las encuestas. Quedaba, sin embargo, por saber cómo sería exactamente esta nueva entidad.[1]

Este interrogante lo resolverían los líderes de las repúblicas eslavas y centroasiáticas, que tenían previsto reunirse el día 21 en Almatý, capital de Kazajistán, para discutir la situación política creada por el acuerdo de Białowieża. Yeltsin ya le había anunciado a Bush que las repúblicas centroasiáticas se incorporarían a la Comunidad, pero aún no estaba claro en qué condiciones. Gorbachov tenía depositadas en la cumbre de Almatý sus esperanzas de seguir en el poder: creía que los presidentes de esas repúblicas iban a hacer de la Comunidad una entidad mucho más centralizada que la concebida en Viskuli por Yeltsin, Kravchuk y Shushkiévich. Y es que confiaba, como tantas veces desde 1989, en que el “radicalismo” de los políticos rusos se viera compensado por la moderación de los dirigentes centroasiáticos.

Fue un error. La mayoría de estos dirigentes, entre ellos los de las dos mayores repúblicas –Nursultán Nazarbáyev, de Kazajistán, e Islom Karimov, de Uzbekistán– no estaban a favor la creación de la Comunidad eslava, pero tampoco querían enemistarse con Rusia. Además tenían suficientes motivos de descontento con la Unión y una ambición de independencia lo bastante fuerte para apoyar sin reservas la idea de una Comunidad que incluyera sus

repúblicas.

Gorbachov y Yeltsin tenían, sin duda, expectativas opuestas respecto a la cumbre de Almatý. En cuanto a los gobernantes centroasiáticos, James Baker sería el primer político extranjero en sondear su actitud. En la mañana del 17 de diciembre, el secretario de Estado estadounidense inició un arduo viaje que lo llevaría de Moscú a Asia central, Bielorrusia y Ucrania, y terminaría en Bruselas, con una agenda de infarto. Saldría de Moscú a las nueve de la mañana; llegaría a Biskek, capital de Kirguistán, a las tres y media de la tarde, y a las ocho menos cinco partiría hacia Almatý, en Kazajistán, donde aterrizaría cuarenta minutos más tarde. Su última rueda de prensa estaba prevista para las once y treinta y ocho de la noche. A la una de la tarde del día siguiente llegaría a Minsk, capital de Bielorrusia, y, a las seis menos cinco de la tarde, a Kiev. Finalmente, el 19 de diciembre abandonaría la capital de Ucrania a las siete menos cuarto de la mañana para asistir a una reunión en Bruselas a las nueve.[2]

Kirguistán sería, pues, la primera escala de su viaje. “El presidente de Kirguistán, Askar Akayev, creía en la democracia y en el libre mercado, cosa rara en una región donde abundaban más los señores de la guerra que los admiradores de Jefferson –cuenta en sus memorias para justificar su visita a Biskek–. Pensé que mi presencia allí sería, para Akayev y los musulmanes de la región, una señal clara de que Estados Unidos apoyaba las reformas que se estaban llevando a cabo”. Antiguo director de la academia de ciencias de Kirguistán, Akayev sobresalía entre los nuevos dirigentes de las repúblicas, que habían sido todos jefes regionales del Partido Comunista. La otra excepción era el presidente de Bielorrusia, Stanislav Shushkiévich, científico de profesión como él. La visita de Baker había que interpretarla, en efecto, como una muestra importante de apoyo al líder kazajo y al país que estaba a punto de nacer. Cuando vio al secretario de Estado bajar del avión en el aeropuerto de Biskek, Akayev apretó las manos por encima de la cabeza, según recordaría Baker, “como si se hubiese coronado campeón de boxeo del peso wélter”.

El presidente de Kirguistán le dijo exactamente lo que quería oír: él estaba totalmente a favor de la incorporación de su país a la Comunidad, porque la ayuda rusa era fundamental para combatir el fundamentalismo islámico y el creciente poder del país vecino, China. No tenía, sin embargo, intención de

obtener armas nucleares, ni creía que Kirguistán necesitara un ejército grande: mil efectivos como mucho. Por lo demás, su país cumpliría los cinco principios que Baker había formulado para las repúblicas postsoviéticas, sumándose de buen grado al nuevo orden mundial concebido por el jefe de la diplomacia estadounidense. Este se marchó de Biskek pensando que "tenemos un gran ascendiente sobre estas repúblicas y sus líderes, y por tanto el deber de apoyar sus esfuerzos reformistas".[3]

Apenas una hora después, Baker aterrizó en Almatý. Era su segunda visita a Kazajistán en poco más de tres meses: la última había sido a mediados de septiembre, cuando viajó a la Unión Soviética para averiguar en qué situación se encontraba el país inmediatamente después del golpe. Su regreso puso de manifiesto la importancia de la república y la inteligencia política de su presidente. Nursultán Nazarbáyev, de cincuenta años, gobernaba la única república no eslava con arsenales nucleares en su territorio, tenía mucha influencia sobre la política soviética, y estaba impaciente por establecer relaciones diplomáticas y económicas con occidente. El futuro de la Unión Soviética y el de la Comunidad, así como el control armamentístico, tan importante para el gobierno estadounidense, dependían en gran medida de la posición que adoptara el presidente de Kazajistán.

Nazarbáyev tardó más que la mayoría de los dirigentes de las repúblicas en proclamar la independencia de su país: no lo hizo hasta después de la cumbre de Białowieża. A raíz de la tormentosa reunión del 9 de diciembre entre Gorbachov y Yeltsin, el presidente kazajo decidió abandonar al primero por el segundo, y la moribunda Unión Soviética por una Comunidad que cada vez parecía más viable. El diario *Rossiiskaia gazeta* describió así su postura: "Nazarbáyev criticó las especulaciones sobre el enfrentamiento entre las repúblicas eslavas y las asiáticas: primero, porque le parecen peligrosas; segundo, porque se opone enérgicamente a todo argumento basado en principios nacionales o étnicos, que considera un retroceso a la Edad Media; tercero, porque no cree que la decisión de los tres estados eslavos de fortalecer su cooperación se deba a una supuesta hostilidad contra Kazajistán ni nada parecido".

Nada más abandonar el Kremlin, Nazarbáyev regresó a toda prisa a su país para acelerar el proceso independentista. La Unión agonizaba, y, para formar parte de la Comunidad o de cualquier otra organización regional Kazajistán tenía que adquirir todos los atributos formales de un país independiente. Así,

el 10 de diciembre, el parlamento de Almatý rebautizó la República Socialista Soviética de Kazajistán como República de Kazajistán, y Nazarbáyev tomó posesión de su cargo como primer presidente electo del país: los comicios se habían celebrado el 1 de diciembre, el mismo día en que los ucranianos votaron a favor de la independencia y eligieron presidente a Leonid Kravchuk. El día 16, el parlamento proclamó la independencia, decisión que no sería necesario ratificar en referéndum. Varios periódicos señalaron que Ucrania había dicho sí no solo a su independencia, sino también a la de Kazajistán.[4]

James Baker quería hablar con Nazarbáyev del control armamentístico y del futuro de la Comunidad. Estaba dispuesto a ofrecerle lo mismo que a los dirigentes de las otras repúblicas: ayuda humanitaria y técnica. En sus negociaciones con el presidente de Kazajistán se atendría al guion que sus colaboradores le habían preparado para todas las entrevistas con gobernantes postsoviéticos, y que explicaba la posición estadounidense respecto a los arsenales nucleares y las fuerzas militares convencionales, las disputas fronterizas y la cooperación económica entre las repúblicas, así como la cuantía de la ayuda a la Unión Soviética: en diciembre de 1990, Estados Unidos se había comprometido a enviar hasta tres mil millones y medio de dólares en ayuda humanitaria, de los que ahora, un año después, el moribundo estado soviético tenía previsto recibir seiscientos. Pero Nazarbáyev no mostró demasiado interés por este asunto: lo que quería era que se reconociera la independencia de su país, así como atraer capital extranjero. “Mándenme asesores e inversores, no dinero”, le dijo a Baker.[5]

El presidente de Kazajistán le expresó sin rodeos su malestar por lo que consideraba el apoyo estadounidense a la disolución de la Unión Soviética: “Yeltsin le contó al mundo entero que había llamado al presidente Bush y que este había aprobado enseguida sus acciones. En el caso de que sea verdad, habrá que pensar bien en las consecuencias, porque el presidente Bush es respetado en el mundo entero. ¿Considera legal el presidente lo que hicieron [los líderes eslavos]? ¿Le parece acorde con la constitución? En agosto, la reacción de Estados Unidos fue bien clara. Y la postura de Washington le sigue importando mucho a todo el mundo. Yeltsin intenta ampararse en el presidente Bush para legitimar sus acciones”.[6]

Baker le aseguró que Bush se había mantenido neutral, absteniéndose de apoyar a Yeltsin y a los demás dirigentes eslavos. El secretario de Estado

recordaría más tarde que Nazarbáyev estaba claramente dolido por su exclusión de la cumbre de Białowieża, pero dispuesto a reconciliarse con Yeltsin, Kravchuk y Shushkiévich. “Se han disculpado todos: eso ya es agua pasada”, le dijo a Baker. Ahora era partidario de la Comunidad, y se estaba esforzando por convencer a los otros presidentes centroasiáticos de que se integraran en la nueva estructura. “Me va a tocar apagar fuegos otra vez –dijo refiriéndose a la tormenta política desencadenada por el acuerdo de Białowieża–. Tengo que unirlos a todos”.

Los gobernantes centroasiáticos estaban dispuestos a integrarse en la Comunidad a condición de que se los considerara miembros fundadores: el tratado tendría que firmarse de nuevo. Además, Nazarbáyev pretendía que las cuatro repúblicas con arsenales nucleares suscribieran un acuerdo por separado sobre control armamentístico, de lo cual debió de congratularse mucho Baker. “Volví a mi habitación a las tres de la mañana pensando que la entrevista de tres horas con Nazarbáyev había sido lo más positivo del viaje hasta ese momento”, recordaría más tarde. Quería que el presidente de Kazajistán tuviese éxito. Al día siguiente, en Minsk, le explicaría a Stanislav Shushkiévich que, “asociándose con las repúblicas eslavas, las centroasiáticas podían tender un puente entre occidente y oriente, además de frenar la expansión del fundamentalismo islámico”.[7]

Si el deseo estadounidense de que la Comunidad se extendiera a Asia central guardaba relación con los arsenales nucleares y el peligro del fundamentalismo islámico, los motivos de los dirigentes centroasiáticos para sumarse al acuerdo de Białowieża eran mucho más complejos. El control armamentístico solo afectaba a Nazarbáyev; en los demás gobernantes influían varios factores aparte del integrismo islámico. El más importante era Rusia. Tradicionalmente, las repúblicas centroasiáticas habían tenido con Moscú una doble relación de sumisión y dependencia: si estaban impacientes por poner fin a la primera, aún no podían permitirse terminar con la segunda.

El 17 de diciembre, el día en que Baker llegó a Almatý, Nazarbáyev protagonizó un acto multitudinario en el centro de la ciudad para celebrar la declaración de independencia aprobada por el parlamento el día anterior, así como el quinto aniversario de las manifestaciones contra el gobierno que se habían producido el 16 y el 17 de diciembre de 1986. Inspiradas por lemas nacionalistas, habían sido el primer indicio de las tensiones étnicas que existían en la Unión Soviética. Los manifestantes, en su mayoría estudiantes

universitarios, habían protestado contra el nombramiento por parte de Moscú de un político ruso, Gennadi Kolbin, como jefe del partido y del aparato estatal en la región, cargo que hasta entonces había ocupado un kazajo: Gorbachov se había propuesto apartar del poder a los *apparatchiks* vinculados con Leonid Brézhnev y su régimen de corrupción.

Para reforzar su control sobre las repúblicas y las clases dirigentes regionales, el presidente soviético recurrió a *apparatchiks* rusos. El año anterior se había trasladado a Yeltsin de Sverdlovsk a Moscú para que sustituyera al frente del gobierno de la capital a un político leal a Brezhnev, Viktor Grishin. A Kolbin, que en la década de 1970 había sido superior de Yeltsin en Sverdlovsk, se le destinó a Kazajistán desde la ciudad de Ulianovsk, junto al Volga, donde ejercía el cargo de primer secretario del partido. La "mafia de Sverdlovsk" iba así ocupando los puestos de responsabilidad con el apoyo de Gorbachov y la misión de erradicar la corrupción y afianzar la autoridad del secretario general sobre un país que necesitaba imperiosamente reformas políticas y económicas.[8]

Así como los moscovitas celebraron el nombramiento de Yeltsin como jefe del gobierno local, "la elección" de Kolbin como primer secretario del Partido Comunista de Kazajistán indignó por igual a los ciudadanos y la clase dirigente de la república. El principal motivo de esta reacción estaba bien claro: al tomar estas medidas drásticas contra la corrupción, Gorbachov violó el acuerdo tácito que existía entre Moscú y las repúblicas desde la muerte de Stalin, y según el cual los gobernantes de cada región habían de pertenecer a su grupo nacional mayoritario. El presidente soviético pretendía gobernar la Unión Soviética directamente desde el Kremlin, dejando de lado a las clases dirigentes regionales. Pero Almatý no era Moscú: las repúblicas tenían más derechos que las ciudades, y la élite política y cultural de las primeras no estaba dispuesta a claudicar ante el idealista del Kremlin, renunciando al poder que tanto le había costado conquistar.[9]

Se rumoreó que varios altos cargos del partido y del gobierno de Kazajistán, cuyo futuro político peligraba con la llegada a Almatý de un secretario primero impuesto desde Moscú, incitaron a los estudiantes de etnia kazaja a protestar contra el Kremlin. Nazarbáyev, que pertenecía a esta etnia, era entonces el jefe del gobierno y un claro candidato a la secretaría. Pero si orquestó las manifestaciones, en Moscú no llegaron a enterarse. De hecho, intentó convencer a los estudiantes de que se dispersaran y, al no conseguirlo,

se sumó a quienes pedían mano dura. Las protestas se produjeron unos meses antes de que Gorbachov pusiera en marcha la glásnost y fueron reprimidas violentamente: hubo varios muertos, y miles de estudiantes detenidos, interrogados y expulsados de la universidad.

Nazarbáyev, que se había formado como ingeniero metalúrgico en la ciudad natal de Leonid Brézhnev, Dniprodzerzhynsk, en Ucrania (circunstancia que solía mencionar con orgullo, para subrayar su credo internacionalista), logró mantenerse en lo alto de la jerarquía política, y en el verano de 1989 fue nombrado secretario primero del partido en Kazajistán con el apoyo de Gorbachov. Se restableció el pacto entre el gobierno central y la clase dirigente de la república, que el presidente soviético había violado unos años antes. La élite kazaja estaba decidida no solo a recuperar el poder del que había disfrutado en la época de Brezhnev, sino a aumentarlo frente a un Gorbachov debilitado por sus propias reformas. En la primavera de 1990, cuando llevaba menos de un año como secretario primero, Nazarbáyev fue elegido presidente de Kazajistán por el parlamento. Su mandato, como el de Gorbachov, no procedía, por tanto, del pueblo.

Como presidente, tenía que ser muy cauto a la hora de decidir el grado de soberanía que iba a asumir. Y es que en Kazajistán existía un equilibrio político y étnico mucho más delicado que en las demás repúblicas: los dirigentes eran de etnia kazaja, pero la mayor parte de la población no. De los dieciséis millones y medio de habitantes, apenas seis millones y medio eran kazajos; el segundo grupo más numeroso lo constituían los rusos (más de seis millones), y el tercero, los ucranianos (algo menos de un millón), lingüística y étnicamente afines a estos últimos. En la década de 1980, los kazajos fueron el grupo que creció con más rapidez, aunque la mayoría siguió siendo eslava. Los eslavos estaban, por lo general, mejor formados, constituían el grueso de la población en los núcleos urbanos, y alardeaban de su primacía. “Si viajara usted por mi país –le confesó Nazarbáyev a Baker cuando este visitó Almatý en septiembre de 1991– vería a niños rusos pegando a niños kazajos. Eso lo sufrí yo. No es fácil vivir con los rusos”.[10]

El precario equilibrio étnico de Kazajistán era consecuencia de la política económica soviética. A principios de la década de 1930, la composición demográfica del país se vio alterada por la política agrícola y, en particular, por la brutal campaña de colectivización forzosa. Más de un millón de kazajos –la cuarta parte de la población– pereció en la hambruna de 1930-

1933. En la década de 1950 llegaron al país centenares de miles de eslavos para colonizar las “Tierras Vírgenes”: una nueva campaña impulsada por Nikita Jrushchov y llevada a cabo con la ayuda de un político entonces en alza, Leonid Brézhnev. Se trataba de roturar las estepas del norte de Kazajistán y atajar así la carestía crónica de alimentos que sufría la Unión Soviética. El problema alimentario no llegó a resolverse, pero la composición étnica varió a favor de los eslavos.[11]

Al llegar a la presidencia en 1990, Nazarbáyev tuvo que afrontar, por un lado, el creciente sentimiento nacionalista kazajo y, por otro, al separatismo de los eslavos, la mayoría residentes en el norte del país. Si reclamó mayor soberanía legislativa y autonomía económica para Kazajistán, evitó apoyar abiertamente a ninguno de los dos nacionalismos. Conciliando los intereses de kazajos y eslavos logró afianzar su autoridad en Almatý y se convirtió en un político influyente en Moscú, ganándose el respeto de Yeltsin, Gorbachov, Kravchuk y Shushiévich. También gozaba de gran predicamento entre los demás dirigentes centroasiáticos. El fracaso de las negociaciones sobre el nuevo tratado de la Unión y la creación de la Comunidad de Estados Independientes puso a prueba su capacidad para contentar a unos y a otros sin por ello parecer indeciso.

Nazarbáyev no podía declarar la independencia de Kazajistán unilateralmente, esto es, en contra de la voluntad de la mayoría eslava, pero tampoco podía incorporarse a la Comunidad fundada en Białowieża, y en la que seis millones y medio de kazajos coexistirían con doscientos millones de eslavos. Era evidente que la nueva entidad política socavaría la autoridad de la clase dirigente de Kazajistán (de etnia kazaja) y la identidad nacional y cultural kazaja. Aún menos halagüeño era el futuro que imaginaba Aleksandr Solzhenitsyn, padre espiritual de la Unión Eslava, que muchos creían realizada en Białowieża. Solzhenitsyn era partidario de la “reunificación” de Rusia y el norte de Kazajistán. El propio Nazarbáyev explicaría más tarde que, aunque hubiese estado en Białowieża el 8 de diciembre, no habría firmado el acuerdo.[12]

El presidente kazajo no estaba dispuesto a sucribir el tratado a menos que se sumaran los otros dirigentes centroasiáticos. El 12 de diciembre viajó a Asjabad, capital de la vecina república musulmana de Turkmenistán, para reunirse con ellos. En la cumbre, cuyo anfitrión era el presidente Saparmyrat Nyyazov, se discutiría la respuesta de las repúblicas centroasiáticas a la

creación de la Comunidad eslava. Nýyazov proponía una confederación centroasiática que la contrapesara. Nazarbáyev estaba en contra de esta idea: quería que las repúblicas centroasiáticas se unieran a la entidad fundada por los tres presidentes eslavos.

"Nos reunimos en el despacho de Nýyazov –recordaría el político kazajo– y discutimos la situación hasta las tres de la mañana: ¿debíamos oponernos a la disolución de la Unión, reconociendo a Gorbachov como presidente? Pero una Unión sin Rusia parecía impensable. ¿Debíamos crear una confederación centroasiática, como proponía Nýyazov? Pero compartíamos una economía, un ejército y una moneda [con Rusia], y en Kazajistán había mil quinientas cabezas nucleares. […] ¿Cómo íbamos a enfrentarnos con Rusia?". Una confederación centroasiática seguramente beneficiaría a la república gobernada por Nýyazov: Turkmenistán tenía abundantes reservas de gas natural y una población de apenas tres millones y medio de habitantes, la inmensa mayoría turcomanos. En el caso de separarse Kazajistán de Rusia y los otros países eslavos, seguramente se agravaría la división entre eslavos y kazajos en Kazajistán y la república se fragmentaría, cumpliéndose así el escenario que imaginara Solzhenitsyn.[13]

La posición del presidente de Uzbekistán, Islom Karimov, de cincuenta y tres años, sería decisiva en las deliberaciones nocturnas. Con casi veinte millones de habitantes, Uzbekistán era la república más poblada de Asia central y la tercera de la Unión Soviética, después de Rusia y Ucrania. Los catorce millones de uzbekos formaban el grupo étnico más numeroso, seguido muy de lejos por los rusos, de los que apenas había un millón seiscientos mil. Si bien no existía, por tanto, una amenaza rusa o eslava, la clase dirigente uzbeka había tenido malas relaciones con Moscú en los últimos años del régimen soviético. El Kremlin nunca había intentado imponer un gobernante de etnia rusa, como en Kazajistán, pero se había granjeado la enemistad de la clase dirigente con su implacable lucha contra la corrupción, campaña que por varias razones se había centrado en Uzbekistán.[14]

La investigación del "caso del algodón", que pronto pasaría a conocerse como el "caso uzbeko", comenzó en la época de Yuri Andrópov, y el gobierno de Gorbachov la prosiguió con celo. La trama de corrupción descubierta por el equipo de inspectores de Moscú era de proporciones asombrosas. Al secretario primero del Partido Comunista de Uzbekistán se lo

acusó de recibir un millón doscientos mil rublos en sobornos procedentes de catorce personas. En algunos casos, el dinero se había entregado en la sala de San Jorge del Gran Palacio del Kremlin durante las sesiones del Soviet Supremo de la Unión Soviética. La trama la había creado Sharaf Rashidov, secretario primero del Comité Central de Uzbekistán y miembro sin derecho a voto del Politburó de Moscú, que gobernó la república entre 1961 y 1983.

A mediados de la década de 1970, el incremento del objetivo de producción de algodón (principal artículo de exportación de Uzbekistán) exigido por Moscú y la excelente cosecha de ese año llevaron a Rashidov a prometerle en público a su valedor, Leonid Brézhnev, que Uzbekistán produciría en lo sucesivo seis millones de toneladas al año. En realidad no podía producir más de dos tercios de esa cantidad y, en un mal año, apenas alcanzaría los tres millones: el futuro político de Rashidov y la carrera de sus colaboradores estaban, pues, en peligro. El dirigente uzbeko ordenó destinar todo el suelo agrícola disponible al cultivo de algodón y obligó a todos los ciudadanos, fuese cual fuese su ocupación habitual (e incluidos niños y adolescentes), a trabajar en el campo. Los resultados fueron decepcionantes: la cosecha no llegó nunca a los seis millones de toneladas.[15]

Lo mismo que había sucedido con las potencias imperiales europeas y sus colonias de ultramar, los soviéticos querían el “oro blanco”, como entonces llamaban al algodón. Este se cultivaba y producía en la república, pero las principales fábricas de tejidos se encontraban en Rusia. Así, Uzbekistán exportaba la materia prima e importaba textiles, con grave perjuicio para su economía. Las autoridades de la república dieron entonces con una solución típicamente colonial: el soborno. Si Uzbekistán producía dos o tres millones de toneladas de menos al año, no había más que falsear las cifras oficiales.

En la trama participaron decenas de miles de personas en todos los niveles, desde gestores de granjas colectivas hasta altos cargos del gobierno y del Comité Central. Los fondos de Moscú destinados a la producción de algodón se redistribuyeron en Uzbekistán en forma de sobornos, y millones de rublos fueron a comprar la complicidad de directores de fábricas textiles y funcionarios del partido y de la administración en Rusia, que confirmaban la recepción de cargamentos de algodón nunca producidos o simplemente hacían la vista gorda. En Uzbekistán surgió así el primer centenar de millonarios de la era soviética, además de la corrupción a gran escala. Andrópov y, posteriormente, Gorbachov autorizaron la detención de los

individuos implicados en la trama. Se investigó a miles de personas, y muchos empezaron a considerar el proceso judicial como un ataque contra la república. En opinión de sus partidarios, los dirigentes uzbekos solo eran culpables de haber intentado cumplir los designios de la metrópoli.

Islom Karimov, que en 1990 se convirtió en el máximo dirigente de Uzbekistán, compartía el sentir de los ciudadanos: el llamado "caso del algodón" no era para él sino una operación de persecución política. En septiembre del año siguiente convocó un congreso del Partido Comunista de Uzbekistán, rebautizado Partido Popular Democrático, en el que se aprobó una resolución que exculpaba a los jerarcas comunistas, que "han trabajado con honradez y por el bien de la patria, y pueden mirar a los ojos a sus conciudadanos". A finales de diciembre, unos días después de ser elegido para el nuevo cargo de presidente del país, Karimov exculpó a todos los individuos procesados a raíz de la investigación. Entonces ya se hablaba del "caso uzbeko", ejemplo para muchos de la opresión de Uzbekistán por parte del régimen comunista.[16]

Karimov demostró mucha mayor autonomía que Nazarbáyev en las negociaciones sobre el tratado de la Unión impulsadas por Gorbachov. A menudo se opuso, junto con Yeltsin y Kravchuk, al empeño del presidente soviético (generalmente secundado por Nazarbáyev) de hacer las repúblicas más dependientes del gobierno central. Después del golpe de estado de agosto se apresuró a eliminar los últimos vestigios del comunismo en la sociedad uzbeka, derribando los monumentos dedicados a los líderes comunistas y rebautizando las calles y plazas que llevaban sus nombres. Por otro lado, declaró que Uzbekistán no estaba preparada para la democracia, reprimió la incipiente oposición y afirmó guiarse, en el plano político y en el económico, por el ejemplo de la vecina China. Pese a su alejamiento de Moscú, el presidente uzbeko estaba molesto con el acuerdo firmado en Białowieża por los líderes eslavos, y así se lo haría saber más tarde a Yeltsin. Sin embargo, en la larga reunión celebrada en Asjabad la noche del 12 de diciembre, coincidió con Nazarbáyev y otros dirigentes en rechazar la creación de lo que la prensa de Moscú ya llamaba la "Liga Musulmana".

Karimov tenía motivos distintos a los de Nazarbáyev para incorporarse a la Comunidad. Como el presidente de Kirguistán, Askar Akayev, necesitaba la ayuda de Rusia y los otros países eslavos para combatir el fundamentalismo islámico y el creciente poder de China. Pero había un factor

aún más importante: las fábricas textiles rusas procesaban el algodón cultivado en Uzbekistán; sin ellas, la economía uzbeka se hundiría en apenas unas semanas. Después de la reunión, Karimov negó ante los periodistas que los musulmanes fueran a convertirse en ciudadanos de segunda en una Comunidad dominada por los eslavos. “La única manera de evitar que [las repúblicas musulmanas] se vean relegadas a un papel subalterno –declaró– es hacer de Asia central una región altamente desarrollada, con sus propias industrias de transformación”.[17]

Aunque disgustados por el hecho de que la cumbre de Białowieża se hubiese limitado a las repúblicas eslavas, Nazarbáyev, Karimov y sus colegas concluyeron –cada uno por una combinación diferente de motivos políticos, económicos, sociales, étnicos y de seguridad– que no les quedaba otra opción que apoyar el tratado suscrito por Rusia y sus vecinas. En Asjabad, los dirigentes centroasiáticos acordaron unirse a la Comunidad y dieron, además, con una fórmula para hacerlo que les permitiría salvar la cara. “Tras discutir el asunto –les anunció Nazarbáyev a los periodistas–, los gobernantes de las cinco repúblicas hemos consensuado la siguiente declaración: ‘Saludamos la decisión de los líderes de las repúblicas de Bielorrusia, Rusia y Ucrania de establecer una Comunidad de Estados Independientes […]. Nuestra adhesión al acuerdo está supeditada principalmente a que todas las repúblicas [centroasiáticas] ingresen en la CEI como miembros fundadores, es decir, exactamente con los mismos derechos que las demás’”.[18]

El sábado 21 de diciembre iba a celebrarse la cumbre de Almatý, en la que, según creían muchos, se decidiría el futuro de la Unión y el de una Comunidad que aún no se había consolidado del todo. El encuentro tendría por escenario el Palacio de la Amistad de la capital kazaja, donde, a principios de noviembre, los gobernantes de las doce repúblicas soviéticas se habían reunido por primera vez sin Gorbachov para firmar un acuerdo económico.

El presidente soviético tampoco estaría presente en esta ocasión. Sin embargo, no se sabía con certeza cuántos dirigentes viajarían a Almatý, y los casi quinientos periodistas encargados de cubrir la primera cumbre postsoviética anduvieron especulando hasta el último momento. “Ahora se rumorea que no participarán ocho sino nueve países, o incluso diez –contó un reportero del diario moscovita *Izvestia*–: además del ‘trío de Minsk’ y del

‘quinteto de Asjabad’ asistiría Armenia y tal vez Moldavia”. La víspera del encuentro se supo en Almatý que también estaba de camino el presidente de Azerbaiyán, Ayaz Mutallibov, cuyo país se encontraba en guerra con Armenia por Nagorno Karabaj.[19]

Nadie tenía la menor idea de la postura que adoptarían los presidentes de unas repúblicas con intereses tan distintos (y en algunos casos enfrentadas militarmente, como Armenia y Azerbaiyán) ni de lo que cabía esperar de la cumbre. El único dirigente político que dejó clara su posición de antemano fue justamente el único que no estaba invitado: Mijaíl Gorbachov. La única manera que este tenía de expresar sus ideas y preocupaciones e intentar influir en las negociaciones era a través de un comunicado. En vista de la ratificación del acuerdo de Białowieża por parte del parlamento ruso y de la declaración consensuada en Asjabad por los gobernantes centroasiáticos, Gorbachov tuvo que aceptar la idea de una Comunidad. El 17 de diciembre, el día en que Baker abandonó Moscú y Gorbachov y Yeltsin se reunieron para discutir el traspaso de poder, el presidente soviético declaró a los medios de comunicación que su postura coincidía al ochenta por ciento con la de su homólogo ruso.

Del veinte por ciento restante se tuvo noticia al día siguiente, cuando publicó una carta abierta a los asistentes a la cumbre. Era partidario, decía, de que la Comunidad se convirtiese en sujeto de derecho internacional y tuviese relaciones diplomáticas con otros países; pero también defendía la existencia de un mando militar único y un órgano que velara por el cumplimiento de los compromisos internacionales de la Unión Soviética y representara a esta en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Además proponía crear instituciones que coordinaran las políticas económica, cultural y educativa de la Comunidad. Por último, sugería prescindir de la frase “Estados Independientes”, bautizando la nueva entidad como “Comunidad de Estados Europeos y Asiáticos”.[20]

Era evidente que, pese a no rechazar la palabra “comunidad”, lo que Gorbachov proponía en realidad era una forma menos fuerte de la asociación planteada en el difunto tratado de la Unión. Estaba dispuesto a aceptar, a lo sumo, los principios de la confederación defendidos por Yeltsin y Nazarbáyev, y que Kravchuk había adoptado brevemente después del golpe de agosto. Pero su declaración llegaba demasiado tarde: la confederación era una realidad desde hacía tiempo. La carta la redactó Anatoli Cherniaev, cuyo

borrador le gustó a Gorbachov más que el de su otro ayudante, Georgi Shakhnazarov, escrito todo, según Cherniaev, “en un tono muy ‘constructivo’, amable y conciliador”. ¿Pretendía Gorbachov hacer una declaración de principios, fuesen cuales fuesen las consecuencias políticas? ¿O aún tenía la esperanza de que se le ofreciese una función importante en la Comunidad, de manera que pudiese sobrevivir políticamente? En sus memorias no aclara sus intenciones: se limita a decir –con cierta amargura– que la carta “no tuvo la menor repercusión”.[21]

Al día siguiente de su difusión, la prensa rusa publicó la traducción de una entrevista que Yeltsin había concedido al diario italiano *La Repubblica*, y que no pintaba un panorama halagüeño para el presidente soviético. A la pregunta “¿Desempeñará Gorbachov algún papel en la Comunidad?”, Yeltsin respondió tajante: “No. Le trataremos con el respeto que merece, pero hemos decidido concluir la fase de transición en nuestro país a finales de diciembre, así que [Gorbachov] debería haber tomado una decisión para entonces”.[22]

En cuanto a las instituciones comunes, Yeltsin tenía una idea mucho más modesta que la de Gorbachov. “Es posible que se establezcan un consejo de jefes de estado y otro de jefes de gobierno, y un consejo de Defensa”, escribió su principal consejero, Genadi Burbulis, después de que el gobierno ruso se reuniera el día 18 para deliberar sobre la posición que adoptaría en la cumbre de Almatý. Ese mismo día, el gabinete también discutió cuál sería el nuevo escudo nacional de Rusia, y finalmente acordó recuperar el símbolo imperial del águila bicéfala. Burbulis les explicó a los periodistas que los ministros habían barajado dos dibujos, optando por el águila porque les parecía menos amenazante. Y es que no querían ahuyentar a sus posibles socios, es decir, a las repúblicas que estaban considerando si incorporarse o no a la Comunidad.[23]

Las instituciones de la Comunidad y el alcance de su autoridad preocupaban mucho a Leonid Kravchuk. Durante algún tiempo no estuvo claro si asistiría a la cumbre. En Białowieża había insistido en que Ucrania rechazaría toda institución que limitara su independencia, y había conseguido imponerse. Ahora, sin embargo, y a juzgar por las declaraciones de los colaboradores de Yeltsin, Rusia estaba interesada en “profundizar” el acuerdo potenciando la unidad entre los estados miembros de la Comunidad. Este cambio disgustó a Kravchuk. Y es que gran parte del gobierno, del parlamento y de los ciudadanos ucranianos se oponían a lo que muchos

consideraban un acto de traición a los intereses nacionales, perpetrado nada más acceder Ucrania a una independencia largamente anhelada. Muchos miraban con profundo recelo al antiguo *apparatchik* comunista que había conducido a su país a la independencia y luego, sin consultar siquiera con su gabinete ni con el parlamento, habría firmado un acuerdo para fundar lo que parecía una nueva Unión Soviética.

Según una encuesta llevada a cabo en las tres capitales eslavas, apenas la mitad de los ciudadanos de Kiev estaba a favor del acuerdo de Białowieża, mientras que el porcentaje de partidarios llegaba al ochenta y cuatro por ciento en Moscú y al setenta y cuatro por ciento en Minsk. Los kievitas favorables a la Comunidad lo eran principalmente por razones económicas, y no porque los atrajese la idea de la unidad política entre las naciones eslavas. De los encuestados en la capital ucraniana, el cincuenta y cuatro por ciento cifraba sus esperanzas de mejora económica en la Comunidad: en Minsk y en Moscú los porcentajes respectivos eran del cuarenta y cuatro por ciento y el treinta y ocho por ciento.[24]

Después de que los presidentes centroasiáticos propusieran desechar el tratado de Białowieża y firmar uno nuevo, Kravchuk dejó claro que no tenía prisa por acudir a Almatý. Supo jugar muy bien sus cartas, como de costumbre. Su nulo interés aparente en renegociar el acuerdo puso a todos muy nerviosos. Y es que, si las repúblicas centroasiáticas no querían separarse de Rusia, esta no quería separarse de Ucrania. Yeltsin se había negado a firmar el tratado propuesto por Gorbachov si no lo hacía también Kravchuk, ya que, en ese caso, Rusia se habría quedado prácticamente sola frente a todas las repúblicas de mayoría musulmana. Ahora ocurría algo parecido: no valía la pena crear una Comunidad sin Ucrania. El día 18, Baker se entrevistó con Kravchuk, y los dos empezaron hablando del llamamiento del presidente ucraniano a Estados Unidos para que apoyase la independencia de su país. Cuando Kravchuk le anunció que iba a viajar a Almatý, el secretario de Estado sintió un gran alivio.[25]

Al contrario que Kravchuk, el presidente bielorruso, Stanislav Shushkiévich sí tenía mucho interés en participar en la cumbre. Poco después de firmar el acuerdo de Białowieża había emitido un comunicado declarando que la Comunidad no tenía por qué ser un club exclusivamente eslavo y que serían bienvenidas otras repúblicas, incluidas las centroasiáticas. Pero los bielorrusos no querían ampliar la Comunidad a cualquier precio, y proponían

excluir a las repúblicas que estuviesen inmersas en conflictos violentos. Así, quedarían fuera Moldavia, que intentaba reprimir el movimiento independentista de Transnistria, poblada principalmente por eslavos; Azerbaiyán, que luchaba por retener la región mayoritariamente armenia de Nagorno Karabaj; Armenia, que estaba en guerra con Azerbaiyán por este motivo; y seguramente Georgia, donde la oposición se enfrentaba en las calles con las fuerzas gubernamentales, y existían regiones de mayoría no georgiana, como Abjasia y Osetia del norte, que reivindicaban la autodeterminación. En teoría podía excluirse hasta a Rusia, que se enfrentaba a una crisis cada vez más grave en Chechenia.[26]

Al margen de la propuesta bielorrusa, los dirigentes reunidos en Almatý tenían que pronunciarse sobre las regiones separatistas. Cuando faltaban pocos días para la cumbre, Transnistria y Nagorno Karabaj solicitaron integrarse en la Comunidad: Moldavia y Azerbaiyán aún no lo habían hecho. Mientras tanto, Rusia reconoció la independencia de Moldavia y Armenia y las fronteras que estas repúblicas tenían desde la era soviética, lo que no contribuyó precisamente a aliviar las tensiones regionales. La rebelión de los territorios autónomos, alentada abiertamente por el gobierno de Gorbachov en 1990-1991, llegó pues a su apogeo en los últimos días de la Unión Soviética.

En la cumbre de Białowieża, y como era de esperar (dada la experiencia de los movimientos autonomistas que habían surgido en la Unión Soviética), los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia habían declarado a su apoyo a las “legítimas” autoridades de las repúblicas, y a instancias de Yeltsin habían emitido un comunicado conjunto respaldando a los dirigentes moldavos y la política de represión del separatismo eslavo que estaban llevando a cabo en Transnistria. Los presidentes eslavos insistían en la inviolabilidad de las fronteras, anteponiendo así un principio legal a la solidaridad étnica. Su unanimidad en este asunto contribuiría a evitar una “Yugoslavia con armas nucleares”, por utilizar la expresión con la que Gorbachov describía el panorama apocalíptico que, según él, podía darse en la Unión Soviética.[27]

Si las repúblicas eslavas estaban en paz, en las no eslavas los conflictos étnicos se fueron agravando hasta el punto de forzar la intervención de unidades militares soviéticas. El 9 de diciembre, al día siguiente de la firma del acuerdo de Białowieża, las fuerzas moldavas se enfrentaron en la ciudad fronteriza de Bender con las milicias transnistrianas, que contaron con la

ayuda del 14° Ejército soviético, formalmente bajo la autoridad de Gorbachov. En los días siguientes se produjeron choques en la ciudad de Dubăsari, en Transnistria. El 18 de diciembre, el presidente de Azerbaiyán, Ayaz Mutallibov, tomó el mando de todas las unidades militares estacionadas en el territorio de la república: las tropas soviéticas debían aceptar su autoridad o abandonar Azerbaiyán. El día 19, los armenios de Nagorno Karabaj formaron un comité de autodefensa que controlaría las milicias de la región, y el presidente de Armenia, Levon Ter-Petrosián, dictó un decreto destinado a reforzar los lazos entre las autoridades regionales armenias y las unidades soviéticas. Los azeríes veían al ejército soviético como un enemigo en potencia: los armenios lo consideraban un aliado.[28]

La guerra civil de cuyo peligro Gorbachov había alertado a los ucranianos en vísperas del referéndum se estaba librando en otras repúblicas. Limitada de momento al Cáucaso y la región eslavo-latina de la frontera este de Moldavia, al año siguiente se extendería a Tayikistán.

La cumbre de Almatý comenzó, como estaba previsto, a las once y media de la mañana del 21 de diciembre en el Palacio de la Amistad de la capital kazaja. Los asistentes tenían que convertir en una realidad el viejo tópico soviético de la amistad entre los pueblos, y lo lograron. Los dirigentes de las antiguas repúblicas soviéticas se enfrentaban a graves problemas dentro y fuera de sus países, pero tenían la esperanza de que la reunión –la más numerosa desde el golpe de estado– les ofreciese una salida al estancamiento político que existía desde hacía meses.

En Almatý se encontraron por fin para negociar los dirigentes de todas las repúblicas, cosa que no había sucedido en ninguna de las cumbres sobre el nuevo tratado de la Unión convocadas por Gorbachov. “Por primera vez en muchos meses se reunieron todos los gobernantes –reconocería el mariscal Yevgueni Sháposhnikov en sus memorias–. El hecho de que asistieran todos (a excepción de los de las repúblicas bálticas y Georgia, que envió a un observador) era muy significativo. Me acordé de muchos otros encuentros, como las reuniones del consejo de Estado y las celebradas en Novo-Ogarevo, a las que habían faltado varios líderes por diferentes razones”.[29]

Ministro del gobierno de Gorbachov, Sháposhnikov ejercía además el único cargo de la Comunidad creado hasta ese momento: comandante en jefe de las fuerzas armadas. Yeltsin se lo había ofrecido nada más firmar el

acuerdo de Białowieża. Sin embargo, el ejército se estaba desintegrando rápidamente. No era solo que los presidentes de las repúblicas norcaucásicas de Azerbaiyán, Armenia y Georgia, así como los líderes de las regiones separatistas de Transnistria y Nagorno Karabaj, intentaran hacerse con el control de las tropas soviéticas estacionadas en sus respectivos territorios: igual de peligrosa para la unidad del ejército era la decisión del presidente de Ucrania, una república hasta entonces pacífica, de proclamarse comandante en jefe de las fuerzas estacionadas en la república. El 6 de diciembre, el ministro de Defensa ucraniano, Kostiantyn Morozov, antiguo protegido de Sháposhnikov, había prestado juramento de lealtad a Ucrania. Sháposhnikov había ordenado entonces que las tropas soviéticas jurasen lealtad a Rusia, pero Kravchuk pretendía que los soldados prestasen el mismo juramento que Morozov. Ahora este plan estaba en suspenso, aunque Sháposhnikov preveía que los ucranianos abordasen la cuestión en Almatý. Milagrosamente, no fue así.[30]

Los asistentes a la cumbre se centraron en dos asuntos: la disolución de la Unión Soviética y la creación de una comunidad constituida por once repúblicas en lugar de tres. Los jefes de los estados postsoviéticos tardaron apenas tres horas y media en consensuar los principios de la nueva asociación, a la que se incorporaría la mayor parte de lo que quedaba de la Unión Soviética tras la secesión de los países bálticos. A las tres de la tarde se entregó a los mecanógrafos el borrador definitivo del acuerdo, que se firmó tres horas después en un acto oficial. Los dirigentes centroasiáticos insistieron en que todos los estados, incluidos Rusia, Ucrania y Bielorrusia, suscribieran la nueva declaración constitutiva de la Comunidad. Así, todos los presentes en Almatý eran miembros fundadores.

La mayoría de las decisiones se tomaron a instancias de Rusia. Los presidentes acordaron crear dos órganos coordinadores –el consejo de presidentes y el de primeros ministros– y abolir todos los ministerios e instituciones soviéticos que quedaban (este punto le importaba mucho a Yeltsin, dado su enfrentamiento con Gorbachov). Todos aceptaron que Rusia se declarara sucesora legal de la Unión Soviética, obteniendo así, entre otras cosas, un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El acuerdo sobre control armamentístico se ajustaba al plan que Yeltsin le había expuesto a Baker unos días antes: únicamente el presidente ruso tendría potestad para autorizar el lanzamiento de un misil nuclear, aunque, llegado el caso, consultaría antes con los gobernantes de las demás

repúblicas. En julio de 1992 se habrían trasladado a Rusia todas las armas nucleares de Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán para su desmantelamiento. Kravchuk, Shushkiévich y Nazarbáyev se mostraron conformes.[31]

El éxito de la cumbre se debió a que los presidentes trataron únicamente los asuntos en los que todos podían ponerse de acuerdo. Las cuestiones más peliagudas se dejaron para la siguiente reunión, que se celebraría el 30 de diciembre en Minsk, capital de Bielorrusia y de la Comunidad. Kravchuk, el más escéptico y reservado de los asistentes, acabó aceptando todos los puntos del acuerdo, incluida la decisión de dejar a Sháposhnikov al mando de las fuerzas armadas hasta la cumbre de Minsk. El presidente ucraniano no insistió en reclamar un ejército independiente para su país, ni se opuso a que Rusia se convirtiera en sucesora legal de la Unión Soviética, lo que obligaría a Ucrania a renunciar a los bienes soviéticos que tenía en el extranjero.

A los ucranianos se les compensó con la casi inmediata liquidación de la Unión Soviética como sujeto de derecho internacional, que facilitaba a su vez el reconocimiento de la independencia de la república por parte de Estados Unidos y otros países occidentales que todavía vacilaban. Y lo que era más importante: pese a la insistencia de Gorbachov, la cumbre de Almatý no estableció instituciones supraestatales ni una ciudadanía común: la soberanía de Ucrania no se vería menoscabada. Además se prescindió tácitamente del Consejo de Defensa de la Comunidad, creado en Białowieża con el único fin de nombrar a Sháposhnikov comandante en jefe del ejército y alejarlo así de Gorbachov. Kravchuk recordaría más tarde con satisfacción cómo, en la rueda de prensa posterior a la cumbre, el anfitrión, Nursultán Nazarbáyev, “se puso de pie para anunciar en tono calmado que habíamos llegado a un acuerdo: la Unión ya no existía, la Comunidad de Estados Independientes era una realidad, y ahora nos correspondía establecer nuevas relaciones [entre las repúblicas]”.[32]

James Baker, que en ese momento sobrevolaba el Atlántico en dirección a Washington, recibió una llamada de la lejana Almatý. Nursultán Nazarbáyev quería informarle del resultado de la cumbre. “La reunión ya ha terminado –le dijo–. Han participado once repúblicas”. Le comunicó que las repúblicas centroasiáticas se habían incorporado a la Comunidad, y que Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán habían acordado mantener el control conjunto sobre los arsenales nucleares. Las armas tácticas se trasladarían en breve a Rusia y, al final de la década, las otras tres repúblicas estarían desnuclearizadas.

Baker se mostró muy satisfecho. “Le agradezco mucho su llamada y que me haya informado con tanto detalle –le dijo al presidente kazajo–. El acuerdo coincide con lo que usted y yo les planteamos a los dirigentes de las repúblicas”. Nazarbáyev le dio las gracias, pero reconoció que no había sido fácil convencerlos. “Ha hecho un trabajo extraordinario”, respondió Baker, y luego le prometió al antiguo jerarca comunista que Estados Unidos reconocería lo antes posible la independencia de Kazajistán.[33]

“Con el tiempo comprobaremos el verdadero alcance del acuerdo firmado en Almatý”, decía el diario moscovita *Izvestia*. Ni para los participantes en la cumbre ni para los observadores estaban claras las consecuencias que tendría a largo plazo, pero su transcendencia supo verla enseguida alguien cuyo futuro inmediato dependía de lo acordado por los once presidentes: “Ayer fue la masacre de Almatý –anotó en su diario el ayudante de Gorbachov, Anatoli Cherniaev–. Un hecho sin duda decisivo, comparable al 25 de octubre de 1917, y con resultados igualmente inciertos”. Se refería a la toma de San Petersburgo por parte de los bolcheviques, acontecimiento que había cambiado la historia de su país y la del mundo. Cherniaev y su jefe, Mijaíl Gorbachov, estaban a punto de entrar en la última etapa de sus carreras políticas, y seguramente la más dramática.[34]

XVIII
NAVIDAD EN MOSCÚ

La mañana del lunes, 23 de diciembre, su primer día de trabajo desde que regresara a Moscú desde Almatý, Boris Yeltsin fue a ver a Mijaíl Gorbachov para llegar a un acuerdo definitivo sobre el traspaso de poder. Ya no temía por su seguridad, como al volver de Białowieża. Armado con la declaración de Almatý, por la que los dirigentes de las repúblicas aceptaban liquidar todas las instituciones de la Unión Soviética y transferir a Rusia sus bienes y los derechos que tenían en el extranjero, el líder ruso quería apartar a Gorbachov del escenario político lo antes posible. Hacía unos días habían acordado que el traspaso de poder se llevaría a cabo a principios de enero. Los asistentes a la cumbre de Almatý habían resuelto discutir las propuestas sobre la liquidación de las instituciones soviéticas el 30 de diciembre en Minsk, pero Yeltsin no quería esperar hasta ese día: al parecer estaba decidido a viajar a la capital bielorrusa como único dirigente de Rusia, como Kravchuk lo era de Ucrania e Islom Karimov de Uzbekistán, donde las elecciones presidenciales estaban previstas para el 29 de diciembre.

En Almatý, Yeltsin había discutido el futuro de Gorbachov con los otros gobernantes. Todos convinieron en que había que tratarlo con respeto y pemitirle dimitir, ofreciéndole una pensión acorde con su estatus. El líder ruso les pidió a sus colegas que contribuyesen a mantener al expresidente. Pero su principal guardaespaldas, Aleksandr Korzhakov, recordaría más tarde que, aunque Gorbachov era todavía el presidente de toda la Unión, los líderes reunidos en Almatý “procuraron soslayar el asunto, dando a entender que Rusia era lo bastante rica para alimentarlos a él y a todo su séquito”. En la rueda de prensa posterior, Yeltsin anunció que los presidentes habían decidido que Gorbachov sería tratado “civilizadamente”, y no como sus predecesores, a los que se había acabado acusando de ser enemigos del pueblo. La palabra “civilizadamente” resultaba un tanto vaga: era al presidente ruso a quien correspondía negociar con Gorbachov, y por tanto aclarar lo que quería decir exactamente.[1]

Cuando Yeltsin llegó al Kremlin el 23 de diciembre, los periodistas

soviéticos y estadounidenses que casualmente estaban allí pidieron permiso para grabar el momento del saludo. Gorbachov accedió, pero Yeltsin no: los dos políticos no se dieron la mano delante de las cámaras de televisión. Yeltsin demostró quién mandaba avisando de su visita con muy poca antelación y obligando al dirigente soviético a aplazar los compromisos que tenía ese día. Para entonces, Gorbachov ya se había resignado a su destino: le había comunicado al canciller alemán, Helmut Kohl, que, de aprobarse la creación de la Comunidad tal como estaba planteada, renunciaría a su cargo. Con su carta abierta a los participantes en la cumbre había intentado influir por última vez en los asuntos de la moribunda Unión Soviética y acaso prolongar su vida política. No consiguió ninguna de las dos cosas.

Tras publicarse la carta en la prensa, Gorbachov se había centrado en el plan alternativo: la dimisión. Mientras los presidentes de las repúblicas se reunían en el Palacio de la Amistad de Almatý para comenzar la cumbre, el dirigente soviético convocó en su despacho a los dos aliados que le quedaban, Aleksandr Yákovlev y Eduard Schevardnadze, y a su asistente, Anatoli Cherniaev, y les pidió que corrigieran el discurso de dimisión. Emplearon dos horas en la tarea. Sería el último discurso que le ayudaran a redactar. “Nos enfrascamos en la correción como si fuese un discurso más para el Soviet Supremo o algo así –anotó Cherniaev en su diario–. Discutiendo sobre tal o cual palabra, parecíamos haber olvidado que estábamos redactando un acta de defunción”.[2]

Cuando Yeltsin se presentó inesperadamente en el Kremlin en la mañana del 23 de diciembre, Gorbachov se disponía a grabar su último discurso a los ciudadanos de la ya extinta Unión Soviética. Los dos dirigentes se entrevistaron en la sala de Nogal, donde en otra época se habían celebrado las sesiones del Politburó. Al principio estuvieron solos, pero al cabo de un rato se incorporaron a la reunión los jefes de sus respectivas administraciones para levantar acta de los acuerdos. La negociación, que duró entre seis y ocho horas, no fue ni fácil ni agradable. Finalmente acordaron el calendario para la transición política: Gorbachov pronunciaría el discurso de dimisión dos días después, el 25 de diciembre por la tarde, y luego firmaría sendos decretos renunciando a sus cargos de presidente de la URSS y de comandante en jefe de las fuerzas armadas soviéticas. A continuación les haría entrega del maletín nuclear a Yeltsin y Sháposhnikov. Los colaboradores de Gorbachov desalojarían sus despachos antes del 29 de diciembre, y la bandera roja de la

Unión Soviética que ondeaba en la torre del Kremlin se arriaría por última vez el día 31. El Kremlin comenzaría el año con una nueva enseña y un nuevo amo.

Gorbachov llamó a Aleksandr Yákovlev para que facilitara la negociación. Era uno de los ideólogos de la perestroika, aunque el presidente soviético había precindido de sus servicios en el verano de 1990 para aplacar al ala dura del régimen. Posteriormente se le había expulsado del Politburó y del partido. Durante el golpe de estado de agosto había apoyado abiertamente a Yeltsin, y luego había vuelto a colaborar con Gorbachov. Los dos dirigentes se fiaban de él, lo que lo convertía en el mediador perfecto en una de las negociaciones más espinosas que habían tenido. El tono de la reunión fue "frío", según recordaría Yákovlev, aunque Gorbachov y Yeltsin se comportaron con dignidad, "respetándose el uno al otro". A ratos discutían, "pero sin acritud".

Con la ayuda de Yákovlev, los dos presidentes acordaron un una tregua política. Gorbachov se abstendría de criticar a Yeltsin en los meses siguientes, el periodo más duro de las reformas económicas, y Yeltsin permitiría a Gorbachov crear y dirigir una fundación que promovería la investigación sobre asuntos sociales, políticos y económicos, pero se mantendría al margen de la política como tal. En los días anteriores a la reunión, el presidente soviético había soñado con fundar una institución equivalente a la corporación RAND, que colaboraría con los *think tanks* occidentales. Había llegado incluso a proponer a sus aliados y colaboradores, Yákovlev entre ellos, que trabajasen para la nueva fundación. Tenían sus dudas, aunque Yákovlev ayudó a Gorbachov a negociar con Yeltsin un acuerdo por el que este último cedería a la fundación un complejo de edificios que antes habían sido sede de una escuela diplomática, y que habían estado administrados por el Comité Central del Partido Comunista hasta que se produjo el golpe de estado. Constaba de aulas, cafeterías, gimnasios y un hotel. "En ese momento, Yeltsin no tenía idea de las dimensiones del complejo", recordaría su guardaespaldas y confidente, Aleksandr Korzhakov.[3]

En la reunión también se discutió el traspaso del archivo presidencial. Gorbachov le entregó al nuevo amo del Kremlin el contenido de una de sus cajas fuertes: una serie de documentos secretos que cada jefe del partido desde Stalin había pasado a su sucesor. Entre ellos estaba el mapa adjunto a

los protocolos secretos del pacto Molotov-Ribbentrop de 1939, así como los documentos de la investigación interna sobre la masacre de Katyn, ocurrida en la primavera de 1940, y en la que decenas de miles de prisioneros de guerra polacos murieron a manos de unidades del NKVD. Gorbachov había negado públicamente que figurase ningún documento sobre la matanza en los archivos soviéticos, pero resultó que los papeles existían, y que los tenía él en una caja fuerte. Había otros documentos de alto secreto, como los informes del KGB sobre Lee Harvey Oswald y el asesinato del presidente Kennedy, que demostraban que los servicios de inteligencia soviéticos no habían tenido nada que ver con el magnicidio.

Yeltsin aseguraría más tarde que se negó a hacerse cargo de los papeles y convertirse así en cómplice, él también, del ocultamiento de los trapos sucios del partido. “Eran asuntos de política exterior, a cual más turbio –le confesaría más al tarde al antiguo ministro de Asuntos Exteriores soviético, Boris Pankin–. Le dije: ‘¡No sigas, por favor! Deja estos papeles en los archivos, y te harán firmar la entrega. No quiero saber nada de ellos; ¿por qué iba a hacerme responsable? Tú ya no eres secretario general, y yo no lo he sido ni lo voy a ser’”. El presidente ruso se proponía hacer borrón y cuenta nueva. Sus colaboradores recogieron los documentos al final de la reunión y los depositaron, efectivamente, en los archivos soviéticos. Por lo menos la mayor parte: Aleksandr Korzhakov revelaría más tarde que Yeltsin guardó unos cuantos en su caja fuerte personal. La ruptura con el pasado no fue tan radical como pretendía.[4]

Los negociadores hablaron de la pensión de Gorbachov, al que acordaron seguir pagando su salario de entonces, que ascendía a cuatro mil rublos: una cuantía muy alta para la Unión Soviética, pero que equivalía a apenas cuarenta dólares en el mercado negro de divisas. También se le ofreció una casa en un terreno boscoso de dieciséis hectáreas en las afueras de Moscú, un apartamento algo más pequeño que el que tenía entonces, dos coches y veinte empleados entre cocineros, camareros, asistentes y guardaespaldas. Además, Yeltsin permitiría a varios miembros del círculo de Gorbachov, entre ellos el exprimer ministro ruso, Iván Siláyev, adquirir a un precio muy reducido las dachas propiedad del estado en las que vivían. Sin embargo, el presidente ruso no le prometió inmunidad legal: dos días después declararía a los medios de comunicación que, si Gorbachov se consideraba culpable de algún delito, era el momento de confesarlo.

Al final de la reunión, un Gorbachov claramente agotado se retiró a una sala privada que había detrás de su despacho. “Nadie debería pasar por esto”, le dijo Yákovlev a Yeltsin. Los dos se quedaron una hora más, “bebiendo y hablando con total franqueza”, según recordaría Yákovlev. Cuando pasó a la sala contigua para ver cómo estaba su jefe, lo encontró muy desanimado. “Estaba echado en el sofá, con los ojos llorosos”, recordaría más tarde. “Ya ves cómo son las cosas, Sash”, dijo Gorbachov, llamando a Yákovlev por su apodo. “Lo consolé como pude –contaría este–. Pero yo también tenía un nudo en la garganta. Sentía tanta lástima de él que se me saltaron las lágrimas. Me parecía injusto lo que había ocurrido. El hombre que había operado cambios decisivos en su país y en el mundo y decidido el destino de miles de millones de personas era ahora la víctima indefensa del último capricho de la historia”. Gorbachov pidió agua, y luego dijo que quería estar solo.[5]

Yeltsin abandonó las dependencias del presidente soviético más seguro de sí mismo que nunca. Yákovlev cuenta en sus memorias que lo vio “caminar con paso firme, como si fuese un conquistador”. Nada más volver a su despacho con los ayudantes que llevaban los documentos secretos entregados por Gorbachov, el presidente ruso llamó por teléfono a George Bush. Quería informarle del resultado de la cumbre y del traspaso de poder.

“Hola, Boris, ¡feliz Navidad!”, oyó al otro lado de la línea. Después de devolverle la felicitación a su homólogo estadounidense, pasó a hablar de lo acordado en Almatý, y principalmente del control unificado de las armas nucleares y el compromiso de desnuclearización de Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán. También mencionó la asignación que recibiría el presidente soviético. “Gorbachov está satisfecho –le comunicó a Bush–. Se le está tratando con respeto, tal y como acordamos. Repito que está satisfecho, y ya he firmado el decreto correspondiente”.

A continuación abordó la cuestión del control sobre el arsenal nuclear. “Una vez que el presidente Gorbachov haya anunciado su dimisión el 25 de diciembre, se le cederá el control nuclear al presidente de Rusia en presencia de Sháposhnikov. Nadie más lo tendrá”. Bush expresó su satisfacción con el acuerdo.

Después de comunicarle lo que sabía que deseaba oír, Yeltsin le pidió al presidente estadounidense que reconociera al nuevo país lo antes posible, que facilitara la transferencia a Rusia del puesto que la Unión Soviética tenía en

el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y que acelerara el envío de ayuda humanitaria. Bush prometió ocuparse de los tres asuntos y aceptó en principio la propuesta de Yeltsin de celebrar una cumbre bilateral. El dirigente ruso había culminado su golpe: a efectos prácticos, en el Kremlin ya no mandaba nadie más que él.[6]

El 25 de diciembre de 1991, su último día como presidente de la Unión Soviética, Gorbachov pensaba cumplir el plan acordado con Yeltsin dos días antes. A las siete de la tarde pronunciaría su discurso de despedida; luego firmaría los decretos por los que dimitía de sus cargos, y finalmente entregaría los códigos nucleares.

Que el discurso fuera a pronunciarlo el día de navidad tenía mucho de casualidad. El 23 de diciembre, cuando la inesperada visita de Yeltsin impidió grabar la alocución, Gorbachov le había propuesto al director de la radiotelevisión soviética, Yegor Yákovlev, emitirla en directo uno o dos días después. Quería pasar el mal trago lo antes posible, así que sugirió el 24 de diciembre. Pero Yákovlev le aconsejó a su jefe que esperara un día más: el día de nochebuena era, según dijo, el más importante de las vacaciones, y los espectadores televisivos debían celebrarlo en paz.

Yegor Yákovlev estaba pensando en los espectadores occidentales. La navidad ortodoxa, marcada por el calendario juliano, no se celebraba hasta trece días después, el 7 de enero. No era extraño que Yákovlev se olvidara los espectadores de su país: en realidad, y a pesar de su cargo, la televisión soviética ya no la controlaba él, sino el equipo de Yeltsin. En los últimos días del gobierno de Gorbachov, los únicos equipos de televisión que podía conseguir eran estadounidenses. Según anotó Anatoli Cherniaev en su diario, "si Yegor Yákovlev no hubiese traído a [los periodistas de la cadena] ABC, que se pasaban el día en los pasillos [del Kremlin], grabando todo lo que ocurría […] M[ijaíl] S[ergéyevich] habría sufrido un bloqueo informativo hasta el último día". El equipo de la ABC lo encabezaba el célebre locutor Ted Koppel. Además estaba el de la CNN –con su director, Tom Johnson, al frente–, cadena que había obtenido los derechos exclusivos de emisión del discurso de Gorbachov fuera de la URSS.[7]

Las barreras lingüísticas y culturales dificultaron la colaboración entre los funcionarios soviéticos y los productores y cámaras estadounidenses. Gorbachov y sus ayudantes pensaban que en occidente, como en Rusia,

Ucrania, Bielorrusia y otros países de tradición ortodoxa, la festividad más importante era la nochebuena, y no la navidad. Y había un problema añadido: los colaboradores del presidente descubrieron, para su sorpresa, que no todos los occidentales celebraban la navidad.

La mañana del día 25 de diciembre, un amable funcionario del Kremlin felicitó la navidad a Koppel y al productor de la ABC, Rick Kaplan. "A mí hay que decirme 'Feliz Janucá'", respondió Kaplan, que era judío. El funcionario se quedó perplejo: nunca había oído la palabra. "¿Por qué tengo que decir 'Feliz Honecker'?", preguntó, refiriéndose al antiguo dirigente comunista de Alemania oriental, Erich Honecker, que había sido destituido dos años antes: ahora toda la prensa soviética informaba de su intento de evitar que las autoridades lo extraditaran a la Alemania recién reunificada. Los americanos se rieron. No, Kaplan no se refería a Honecker, sino a una festividad judía desconocida en Rusia.[8]

Los colaboradores de Gorbachov cayeron en la cuenta de que habían elegido un mal día para emitir el discurso cuando intentaron contactar con Camp David para que Gorbachov hablase por última vez como presidente de la URSS con George Bush. La embajada de Estados Unidos en Moscú estaba cerrada por navidad, y Yeltsin ya controlaba el ministerio de Asuntos Exteriores soviético. El intérprete de Gorbachov, Pável Palazhchenko, logró ponerse en contacto con el centro de operaciones del departamento de Estado a través de una línea telefónica normal. Los dos presidentes hablaron finalmente a las diez de la mañana, hora de Washington, las cinco de la tarde en Moscú. Faltaban dos horas para que Gorbachov pronunciara su discurso, y George y Barbara Bush acababan de abrir los regalos de navidad con sus hijos y nietos.

"Feliz navidad a ti, a Barbara y a toda la familia –empezó diciendo Gorbachov–. Estaba dudando de si leer mi declaración hoy o el martes, pero finalmente he decidido hablar esta tarde". Anatoli Cherniaev estaba satisfecho de que Bush se hubiese puesto al teléfono el día de navidad, así como del tono de la conversación. "M. S. le habló casi con familiaridad […] al estilo ruso […] como si fuesen amigos –escribiría en su diario–. Bush abandonó su circunspección por primera vez y lo colmó de elogios". Según la transcripción que figura en los archivos estadounidenses, Bush le recordó a Gorbachov una de sus visitas a Camp David. "La pista donde lanzaste la anilla sigue en buen estado –le dijo–. Nuestra amistad es más estrecha que

nunca y seguirá así pase lo que pase. De eso no hay duda”.[9]

También trataron asuntos prácticos y, en particular, la cesión a Yeltsin del control sobre las armas nucleares soviéticas. A Bush le sorprendería más tarde saber que Gorbachov había permitido a Ted Koppel y su equipo de la cadena ABC grabar toda la conversación. La presencia de las cámaras de televisión en el despacho del presidente soviético le chocó también a su intérprete, Pável Palazhchenko. “Parecía algo irreal –cuenta en sus memorias–: mientras el presidente daba los últimos retoques a su discurso y al decreto por el que cedía a Yeltsin el control de las armas nucleares, los técnicos de televisión iban y venían atareados, comprobando los cables y los micrófonos. ¿Quién habría imaginado una situación así hacía apenas un año antes?”.[10]

Tenía algo de simbólico el hecho de que los americanos estuviesen a los dos lados de la línea telefónica. Con su llamada a Bush, Gorbachov reconocía a Estados Unidos como la única superpotencia que quedaba. Y fueron, curiosamente, los estadounidenses quienes le dieron al líder soviético la pluma con el que firmó los decretos: cuando iba a firmarlos, se dio cuenta de que su bolígrafo no escribía bien, así que el presidente de la CNN, Tom Johnson, le ofreció su propia pluma, una Montblanc que le había regalado su mujer por las bodas de plata. Gorbachov vaciló. “¿Es americana?”, le preguntó. “No, es francesa o alemana, señor presidente”, contestó Johnson. Finalmente, Gorbachov firmó con los decretos con una pluma fabricada por una empresa alemana fundada antes de la Primera Guerra Mundial. Y como para subrayar el nuevo poderío estadounidense, le fue entregado a un político soviético por un empresario americano.[11]

La alocución, que comenzó, como estaba previsto, a las siete de la tarde, hora de Moscú, fue la primera de Gorbachov en ser emitida en directo no solo en la URSS sino en todo el mundo. De lo primero se encargó la televisión estatal soviética, que por fin mostraba cierto interés hacia Gorbachov; de lo segundo, la CNN. El secretario de prensa, Andréi Grachov, contaría más tarde que a Gorbachov le tembló la voz al principio. Pero el presidente soviético no tardó en recobrar la compostura: “Estaba tranquilo –anotó Cherniaev en su diario–. No vacilaba en mirar el texto cuando hacía falta, y todo salió bien desde el primer momento”.

Cherniaev tenía motivos de sobra para estar satisfecho: el texto lo había redactado él en su mayor parte. Aleksandr Yákovlev había escrito otro

borrador, que, a juicio de Cherniaev, rezumaba amargura y victimismo. Decía, por ejemplo, lo siguiente: “Quienes ahora me atacan y profieren insultos soeces lo llevarán en su conciencia. Espero que las personas decentes les recuerden dónde estarían si todo hubiese seguido igual”. Gorbachov había desechado este borrador, lo mismo que el de Andréi Grachov, que criticaba a los presidentes de las repúblicas rebeldes y aseguraba que la cooperación entre Rusia y las repúblicas no rusas sería inviable sin el gobierno central: “Parece imposible, en principio, que la diminuta Moldavia y la gigantesca Rusia se unan como iguales. La obvia ventaja económica de Rusia favorece sus ambiciones imperiales”. Grachov le propuso a su jefe dejar de lado a los presidentes de las repúblicas independientes y apelar directamente a los ciudadanos, convenciéndolos de la necesidad de reformar el estado federal.

Gorbachov quiso, sin duda, evitar un enfrentamiento con Yeltsin. Sin embargo, Cherniaev estaba satisfecho de que el texto definitivo mantuviese algunos de los pasajes más audaces de su borrador. Así, el discurso decía, por ejemplo, que la disolución de la Unión Soviética debía someterse a referéndum: todos sabían que la frase irritaría mucho a Yeltsin, y Gorbachov la había tachado en un primer momento. Los allegados a Cherniaev lo convencieron de que había acertado: según ellos, el discurso estaba lleno de “dignidad y nobleza”. Quien no estaba de acuerdo era Yákovlev, que había visto rechazado su borrador: el discurso le pareció “propio de alguien que se engaña a sí mismo y es incapaz de la menor autocrítica. [Gorbachov] quedó atrapado en el callejón sin salida psicológico donde él mismo se había metido. Estaba dolido con todo el mundo”.

“Queridos compatriotas y conciudadanos –empezó diciendo Gorbachov–: En vista de la situación creada por la fundación de la Comunidad de Estados Independientes, he decidido cesar en mi cargo de presidente de la Unión Soviética. Lo hago por una cuestión de principios”. Era difícil entender que dimitiese por la liquidación de la URSS y la del cargo de presidente, y al mismo tiempo por una cuestión de principios. Las frases siguientes eran igual de confusas: “Me he declarado partidario convencido de la independencia y la libertad de los pueblos y de la soberanía de las repúblicas, pero también de salvaguardar el estado unitario y la integridad del país”. Defender la libertad, la soberanía y hasta la independencia de las repúblicas y a la vez al estado que intentaba prohibirlas: otra paradoja que seguramente rebasaba la inteligencia de los espectadores. Gorbachov y Cherniaev estaban atrapados en la retórica oficial de los últimos años de la Unión Soviética, cuando se

distinguía soberanía de independencia, y ninguno de los dos términos significaba lo mismo para la clase política que para el resto del mundo.

Gorbachov fue mucho más claro a la hora de exponer lo que había logrado en su mandato: poner fin a la Guerra Fría, desmantelar el sistema totalitario, democratizar la política soviética y abrir su país al mundo. Eran contados los ciudadanos dispuestos a reconocerle algún mérito, y muchos los que ni siquiera soportaban ya oírle hablar: como presidente no había parado de hacer declaraciones y pronunciar discursos, mientras las condiciones de vida empeoraban en su país. Algunos sentían lástima de él, pero, en cualquier caso, casi nadie quería que siguiese en el cargo. A Cherniaev le parecía una figura trágica. Tenía razón. Gorbachov era un visionario que había cambiado su país –y el mundo– para mejor. Además era, en el fondo, un demócrata, aunque no se había sometido nunca a las urnas ni había sabido marcharse a tiempo.[12]

Después del discurso ya no le quedaba sino entregar el maletín nuclear al presidente ruso. Estaba previsto que Yeltsin acudiera al despacho de Gorbachov acompañado por el mariscal Sháposhnikov y varios funcionarios. El presidente dimisionario le concedió una breve entrevista a la CNN y, cuando volvió al despacho, Sháposhnikov lo aguardaba en la antesala, pero no había nadie más: Yeltsin había llamado por teléfono al mariscal cuando este estaba viendo el discurso por televisión, y le había comunicado que no pensaba acudir. Sháposhnikov tendría que ocuparse del traspaso él solo.

A Yeltsin le había indignado el discurso, en el que Gorbachov no había mencionado el traspaso del poder al presidente ruso, y se había atribuido todo el mérito de la democratización de la Unión Soviética. Después de verlo un rato, el presidente ruso había apagado, furioso, el televisor. Apenas dos días antes había acordado una tregua política con Gorbachov, pero ya la daba por terminada. Por lo demás, no veía ningún motivo para visitar ahora al ya expresidente de la Unión Soviética, algo a lo que se había resistido desde un primer momento. Después de la reunión del día 23 les había dicho a sus colaboradores que ya no volvería a ver a Gorbachov en su despacho. El discurso le había brindado la excusa perfecta para evitar un último gesto de cortesía.

El presidente ruso le hizo llegar otra proposición: se reuniría con él en “territorio neutral”, a saber, en el salón Santa Catalina, destinado al recibimiento de visitantes extranjeros. Se trataba de decidir quién iría a ver a

quién. Gorbachov, cuyos colaboradores lo encontraron nervioso y con la cara enrojecida después de su conversación con Sháposhnikov, rechazó la oferta: no estaba dispuesto a contemporizar con Yeltsin, ni consideraba a Rusia un país extranjero. Finalmente, Sháposhnikov organizó las cosas de tal modo que los dos políticos no se viesen: un grupo de funcionarios le entregó a otro el maletín y los códigos nucleares en un pasillo del Kremlin. Se saludaron unos a otros delante de un equipo de la CNN, cuyas cámaras no daban abasto.

Yeltsin rompió un acuerdo más con Gorbachov: ordenó arriar de inmediato –y no el 31 de diciembre, como estaba previsto– la bandera roja de la Unión Soviética que ondeaba en la cúpula del palacio del senado, en el Kremlin. Gorbachov terminó su discurso a las siete y doce minutos de la tarde: para su indignación, la bandera se bajó menos de media hora después. “Hacía unos minutos que había dimitido, y ya se me estaba desairando”, cuenta en sus memorias. El presidente dimisionario quería conservar la bandera como recuerdo, pero los guardias del Kremlin, que ya no seguían sus órdenes, se la llevaron enseguida. Setenta y cinco años después de instaurarse el régimen soviético, se sustituyó la enseña roja por la azul, blanca y roja de Rusia. La Comunidad aún no tenía bandera; por lo demás, y en el caso de adoptar una, tendría que izarse en Minsk, y no en Moscú.[13]

Concluido el acto oficial de traspaso de los códigos nucleares, Gorbachov se tomó un coñac en su despacho con sus colaboradores más estrechos, entre ellos Cherniaev, Aleksandr Yákovlev y Yegor Yákovlev. Luego pasaron todos a la sala de Nogal, donde se les unió el secretario de prensa, Andréi Grachov. El expresidente “celebró la cena de despedida en la sala de Nogal con apenas cinco miembros de su círculo –recordaría Grachov–. Los políticos de la nueva Rusia y de los estados independientes de la Comunidad se lo debían todo, pero ni uno solo lo había llamado para expresarle su agradecimiento, o por lo menos su solidaridad”. Los únicos dirigentes que lo habían telefoneado para desearle lo mejor en su retiro eran occidentales: el canciller de la Alemania unida, Helmut Kohl, el primer ministro británico, John Major, y el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Hans-Dietrich Genscher, que le había llamado media hora antes de que pronunciara el discurso.

En sus memorias, Gorbachov da un cariz positivo a la última cena celebrada en el Kremlin: “Me reuní con mis colaboradores y amigos íntimos, y juntos recordamos la tensión y los momentos emocionantes que habíamos

vivido en los últimos meses de mi mandato". Lo que unía, sin duda, a quienes bebían coñac y comían fiambre en la antigua sala de reuniones del Politburó era la fe en la perestroika: los cambios sociales revolucionarios que Gorbachov había introducido con su ayuda. Andréi Grachov recuerda un ambiente solemne y a la vez triste: "Teníamos la sensación de haber cumplido una misión histórica, pero ya era el momento de marcharse". Abandonaron el Kremlin pasada la medianoche, mirando el futuro con cierta esperanza, pero sobre todo con inquietud. Gorbachov le pidió a Cherniaev que le dijera a su editor alemán que no transfiriese a Moscú el anticipo por la traducción de su libro sobre el golpe de estado de agosto. Y es que nadie sabía lo que podía ocurrir al día siguiente.[14]

Cuando Gorbachov y sus colaboradores abandonaron el Kremlin la madrugada del 26 de diciembre, todavía era el día de navidad en Washington. George Bush, que había hablado con Gorbachov por la mañana, volvió más tarde a la Casa Blanca para dirigirse al país desde el Despacho Oval. El discurso se emitiría en directo a las nueve de la noche, hora de Washington (en Moscú sería la primera hora de la mañana). Las principales cadenas de televisión anularon o cambiaron su programación para ofrecer lo que se esperaba que fuese una declaración histórica.[15]

Después de la cumbre de Almatý la dimisión de Gorbachov parecía inevitable, pero nadie sabía cuándo iba a producirse exactamente. El día 23, cuando Yeltsin visitó por sorpresa al presidente soviético para culminar el traspaso de poder, el funcionario del Consejo de Seguridad Nacional Ed Hewett, experto en la URSS, y su ayudante, Nick Burns, estaban dando los últimos retoques al borrador del comunicado que Bush emitiría en respuesta a la dimisión. Hewett, Burns y otros miembros de la administración se habían mostrado partidarios de un discurso que explicara la importancia del hundimiento de la Unión Soviética, pero el presidente se resistía, pues no deseaba, según creía Burns, amargarle aún más las cosas a Gorbachov. Al confirmar el general Brent Scowcroft que no habría discurso, los dos funcionarios se habían puesto a escribir un comunicado que rendía homenaje a Gorbachov, reconociendo su papel histórico y hasta qué punto había contribuido a poner fin a la Guerra Fría de manera pacífica.

El borrador de Hewett y Burns elogiaba al presidente soviético por "haber transformado profundamente una dictadura totalitaria y liberado al pueblo

soviético de la opresión", así como por el papel que había desempeñado en el plano internacional, actuando "con audacia y decisión para poner fin a las tensiones de la Guerra Fría, y contribuyendo así a reconstruir una Europa libre y unida". Como ejemplos de la colaboración de la Unión Soviética con Estados Unidos mencionaba la guerra del Golfo, los acuerdos de paz de Nicaragua y Namibia y el avance en la negociaciones entre israelíes y palestinos. "Ahora que abandona su cargo –decía el texto redactado para Bush–, quiero darle las gracias en nombre del pueblo estadounidense por haber defendido durante años la paz mundial, y expresar mi admiración personal por su inteligencia, su visión de futuro y su valentía".[16]

Burns remitió el borrador a Dennis Ross y Tom Niles, del departamento de Estado, para que diesen su opinión antes de las dos de la tarde. "El presidente quiere emitir un comunicado el día en que dimita Gorbachov", decía la nota adjunta. Nadie puso ningún reparo al texto, así que sus dos redactores esperaban pasar tranquilamente las fiestas. Sus planes se vieron desbaratados el día de nochebuena, cuando George Bush, que ya estaba en Camp David, organizó una conferencia telefónica con James Baker, Brent Scowcroft, el portavoz de la Casa Blanca, Marlin Fitzwater, y su asesor electoral, Robert Teeter (se aproximaba, en efecto, la campaña para las elecciones presidenciales), para discutir la respuesta del gobierno a la previsible dimisión de Gorbachov. A todos les pareció bien el borrador de Hewett y Burns, aunque Scowcroft opinaba que el anuncio del presidente soviético, que, según indicaban las últimas noticias de Moscú, se produciría al día siguiente, era "demasiado importante para despacharlo con un comunicado de la oficina de Marlin", y que el presidente tenía que dirigirse al país por televisión. Bush aceptó finalmente.

A continuación discutieron el texto del discurso. A Teeter, ocupado en analizar su influencia en la opinión pública, le gustaba el borrador de Hewett y Burns, así que propuso lo siguiente: "Que los dos que redactaron el comunicado lo conviertan en un discurso". Scowcroft y Fitzwater llamaron a los dos funcionarios, que en ese momento estaban en sus casas. "¡Feliz navidad! –les dijeron–. Necesitamos un discurso para mañana a las nueve de la mañana". Pero Burns tenía algo que hacer antes de ponerse a trabajar: se disponía a celebrar la nochebuena con su mujer, Elizabeth, y sus tres hijas –Sarah, de ocho años, Elizabeth, de cinco, y Caroline, de uno y medio–, y la familia solía dejar leche y galletas para Papá Noel. Cumplida la tradición, Burns se marchó a la Casa Blanca a escribir el discurso con Hewett.

Los dos lo terminaron a las tres de la mañana del día de navidad. Según le contaría Burns en una carta a un conocido suyo unos días más tarde, “la agonía del comunismo me obligó a trabajar en nochebuena y en navidad, escribiendo el discurso que el presidente pronunciaría por la noche. No les sentó muy bien ni a Libby ni a las niñas, ¡pero ya trataré de compensarlas!”. El teléfono empezó a sonar en su casa poco después de las ocho de la mañana: los colaboradores de Bush llamaban desde Camp David sugiriendo ciertos cambios. Burns pasó el resto del día corrigiendo el texto hasta llegar al borrador definitivo. Además tomó notas durante la conversación telefónica entre Gorbachov y Bush. A los funcionarios que no pudieron celebrar la navidad por culpa del discurso de Gorbachov les costaría creer que el presidente soviético había elegido ese día para que los estadounidenses tuvieran una nochebuena tranquila.[17]

A las nueve y un minuto de la noche, George Bush se dirigió al país. El discurso duró siete minutos y comenzó así: “Buenas noches y feliz navidad a todos los ciudadanos de este gran país. En los últimos meses hemos asistido a uno de los acontecimientos capitales del siglo XX: la transformación profunda de un país, la Unión Soviética, sometido a una dictadura totalitaria, y la liberación de sus pueblos. Durante cuarenta años, Estados Unidos ha capitaneado la lucha occidental contra el comunismo y la amenaza que supone para nuestros valores más preciados. Esta lucha ha marcado la vida de todos los estadounidenses y ha hecho gravitar sobre todos los países la amenaza de la destrucción nuclear. Pero el enfrentamiento ha terminado. El peligro nuclear todavía existe, pero es mucho menor. Europa oriental ya es libre, y la Unión Soviética ha desaparecido. Es una victoria para la democracia y la libertad. Es una victoria para la superioridad moral de nuestros valores”.[18]

Ese mismo día, el presidente estadounidense había emitido un comunicado cuyo contenido se incorporó en gran parte a la alocución televisiva, pero que ofrecía, sin embargo, una interpretación bien distinta de lo ocurrido en Moscú. La interpretación, de hecho, no podía ser más distinta: el fin de la Guerra Fría era fruto del esfuerzo común de los dos países, y Gorbachov había desempeñado un papel decisivo; según el discurso, en cambio, Estados Unidos había salido victorioso del conflicto, y la dimisión del presidente soviético señalaba su final. El país que había colaborado con Estados Unidos para terminar la Guerra Fría se convertía así en el enemigo derrotado. Hasta las últimas semanas de vida de la Unión Soviética, Bush se había opuesto a

su desintegración y había intentado mantener a Gorbachov en el poder a toda costa. Sin embargo, una vez que este hubo dimitido, el presidente estadounidense y su equipo quisieron atribuirse el mérito de lo que se habían esforzado por evitar: la desaparición de un socio menor pero digno de confianza, que los había ayudado a configurar el mundo posterior a la Guerra Fría. Este cambio de postura se debió en parte a la mala marcha de la campaña electoral de Bush. Otro motivo fue la euforia que invadió a sus colaboradores.

Nicholas Burns recordaría más tarde que ni a Ed Hewett ni a él les indicaron más que las líneas generales del discurso. Lo completaron con lo que sabrían que representaba el sentir de las autoridades estadounidenses –y el suyo propio– ante la desintegración de la Unión Soviética:

> Estábamos entusiasmados, aliviados y muy, muy felices por dos razones: habíamos evitado la Tercera Guerra Mundial, una catástrofe, y nuestros valores, los valores democráticos, se habían impuesto en Europa; el compromiso de Estados Unidos con Europa había triunfado. No echaríamos de menos la Unión Soviética: a pesar de nuestras buenas relaciones personales con Gorbachov y Shevardnadze, muchos la considerábamos, como dijo Reagan, el imperio del mal. Así que el discurso que Ed y yo redactamos esa tarde proclamaba el triunfo de la democracia, de Estados Unidos y los pueblos europeos en su lucha contra el comunismo.[19]

El presidente aprovechó la ocasión para reconocer los estados independientes surgidos de los escombros de la Unión Soviética. “Estados Unidos celebra el surgimiento de una Rusia libre, independiente y democrática, guiada por su valeroso presidente, Boris Yeltsin”, anunció Bush. Además de reconocer a Rusia y comprometerse a establecer con ella de inmediato relaciones diplomáticas –de modo que el embajador de la URSS pasaría a serlo de Rusia–, Estados Unidos estaba a favor de que el país gobernado por Yeltsin sustituyese a la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La muy deseada Armenia independiente y los cuatro países que Baker había visitado unos días antes –Ucrania, Bielorrusia, Kazajistán y Kirguistán– obtuvieron igualmente el reconocimiento estadounidense. En cuanto a las repúblicas de Moldavia, Turkmenistán, Azerbaiyán, Tayikistán, Georgia y Uzbekistán, Washington

establecería relaciones diplomáticas con ellas una vez que se hubiesen comprometido, como los demás estados postsoviéticos, a cumplir los principios enumerados por Baker.[20]

En la tarde del 26 de diciembre, Bush compareció ante los medios de comunicación en la sala de prensa de la Casa Blanca. No hubo ninguna pregunta concreta sobre Gorbachov, y el presidente solo lo mencionó una vez, al hablar del control armamentístico: a Yeltsin se refirió en seis ocasiones. Los periodistas se centraron en la seguridad de los arsenales nucleares y el envío de ayuda humanitaria a Rusia y otros estados postsoviéticos. A la Unión Soviética, en definitiva, se la estaba relegando rápidamente al pasado, al menos en lo que concernía a los medios de comunicación y, por extensión, al público estadounidense.[21]

Unos días después, James Baker le escribió una carta personal a Mijaíl Gorbachov en la que expresaba su admiración por los logros del expresidente soviético, y venía a reconocer que había contribuido más que nadie a poner fin a la Guerra Fría. “Comprendiste lo insensato de perpetuar la rivalidad entre las dos superpotencias y el aislamiento internacional de tu país”, decía la misiva, con el encabezamiento de “Querido Mijaíl”.

> El discurso que pronunciaste en las Naciones Unidas en 1988 inauguró una nueva era en la política internacional. Con todas tus decisiones invitaste a Estados Unidos a construir un nuevo mundo. Nosotros aceptamos, y de la colaboración entre los dos países se dieron ejemplos extraordinarios en Afganistán, América Central, Camboya, Namibia, el Golfo Pérsico y Oriente próximo. Además nos pusimos de acuerdo no ya para limitar las armas nuclearlas, sino para eliminarlas, reduciendo así más que nunca el peligro de una guerra nuclear. Y lo que es más importante: vimos cómo Europa se transformaba por medios pacíficos y democráticos. Alemania se reunificó y los ciudadanos de Europa central y del este conquistaron la libertad para decidir su futuro. Como ya he dicho muchas veces, nada de esto habría ocurrido sin tu liderazgo. Tienes asegurado un lugar en la Historia.[22]

El viernes, 27 de diciembre, un grupo de empleados del Kremlin acudió a primera hora de la mañana al despacho de Gorbachov, en el tercer piso del

palacio del senado, para cambiar el letrero de la puerta de “Presidente de la Unión Soviética, Gorbachov Mijaíl Sergéyevich” a “Presidente de la Federación Rusa, Yeltsin Boris Nikoláievich”. Poco después de las ocho se presentó Yeltsin, acompañado por su principal consejero, Gennadi Burbulis, su jefe de propaganda, Mijaíl Poltoranin, y el presidente del parlamento ruso, Ruslan Jasbulatov. De lo que sucedió a continuación tenemos noticia por los testimonios, en su mayor parte indirectos, de los partidarios de Gorbachov.

Yeltsin entró en el despacho del expresidente soviético con una actitud que dejaba bien claro quién mandaba ahora en el Kremlin. “Enséñamelo”, le ordenó al secretario que estaba de servicio. Al mirar la mesa de Gorbachov echó algo en falta: “Allí había antes un tintero de mármol. ¿Dónde está ahora?”. El funcionario, aterrado, le explicó que Gorbachov no escribía con pluma –prefería los rotuladores–, por lo que nunca había tenido un tintero en la mesa. “De acuerdo –respondió Yeltsin–. Y ¿qué hay allí?”. Entonces se dirigió a la sala privada que Gorbachov y sus predecesores habían utilizado para descansar, vio otra mesa, y se puso a abrir los cajones. Uno de ellos estaba cerrado: el presidente ruso exigió las llaves, pero el funcionario que las guardaba tardó un buen rato en aparecer. Resultó que el cajón estaba vacío. “Está bien”, dijo Yeltsin, disgustado. Luego volvió al despacho, se sentó con su séquito en una mesa de reuniones, y abrió una botella de whisky para celebrar la toma de la última fortaleza enemiga. Eran las ocho y media de la mañana. Unos minutos después, los vencedores abandonaron entre risas la plaza recién conquistada. “¡Mírame bien! –le dijo Yeltsin al secretario, que seguía anonadado–. ¡Porque pienso volver!”. Y así fue: el presidente ruso se presentó en el despacho más tarde para firmar una serie de decretos ante varios medios de comunicación.[23]

“Fue el triunfo de los saqueadores –cuenta Gorbachov, indignado, en sus memorias–: no se me ocurre otra palabra para describirlos”. El expresidente soviético se enteró de la invasión por un secretario que lo llamó por teléfono para avisarle de lo que estaba ocurriendo en el Kremlin. Impaciente por ocupar el despacho que tradicionalmente se asociaba con el poder supremo, Yeltsin acababa de romper el acuerdo al que había llegado con Gorbachov para que este pudiera utilizarlo hasta el domingo por la tarde. Estaba decidido a que lo desalojase antes del lunes 30, cuando estaba previsto que asistiese en Minsk a la primera reunión de trabajo de los dirigentes de la Comunidad. “En las despedidas largas se vierten demasiadas lágrimas”, escribiría Yeltsin más tarde.[24]

Cuando Gorbachov llegó al palacio del senado, ya había terminado la celebración de Yeltsin y su séquito. El expresidente pasó un gran bochorno: esa mañana iba a conceder una entrevista a unos periodistas japoneses, así que tuvo que buscar otro despacho. El antiguo todavía tenía una bandera roja en un rincón, pero ya no era suyo. Humillado, acabó recibiendo a los periodistas en el despacho de su antiguo jefe de gabinete. En su diario, Anatoli Cherniaev expresó su indignación por la conducta de Yeltsin, pero también criticó a Gorbachov: "¿Por qué humillarse de ese modo? ¿Por qué ir al Kremlin? […] ¡Ya han cambiado la bandera de la cúpula de la sala Sverdlovsk [o de Santa Catalina, en el palacio del senado], y él ya no es presidente! ¡Qué pesadilla! Y el otro [Yeltsin] es cada vez más impresentable. No respeta nada ni a nadie".[25]

Yeltsin parecía, en efecto, incapaz de reprimir su ansia de venganza, a pesar de haberles prometido solemnemente a Bush y a Baker que trataría con respeto a su adversario. Gorbachov sufrió la primera ofensa aún antes de anunciar su dimisión. En la tarde del 25 de diciembre, cuando estaba dando los últimos retoques al discurso, lo llamó por teléfono su mujer, Raísa, aterrada: unos funcionarios del Kremlin se habían presentado en el piso del matrimonio, en Moscú, para comunicarle que tenían que desalojarlo en dos horas. Era una violación del pacto al que Gorbachov había llegado con Yeltsin unos días antes, y por el que el primero aceptaba trasladarse a una vivienda más pequeña, pero no hasta después de haber renunciado formalmente a su cargo. El periodo de transición acordado duraría hasta los primeros días del nuevo año y, cumplido este plazo, cabía esperar cierto respeto –o al menos benevolencia– por parte de las autoridades. ¡Pero ahora pretendían expulsar a su familia de la casa incluso antes de que hubiese firmado la dimisión! Según Cherniaev, que estaba con su jefe cuando telefoneó Raísa, Gorbachov "montó en cólera, se puso rojo, hizo varias llamadas, y soltó una sarta de palabrotas". Los hombres de Yeltsin cedieron finalmente, y el desalojo se aplazó hasta el día siguiente. Más tarde, el presidente soviético pudo hablar con Bush y pronunciar su discurso.[26]

Esa noche, Gorbachov volvió tarde a casa después de la cena de despedida con sus colaboradores, y a la mañana siguiente se enfrentó a la realidad de la inesperada mudanza. Había, según recuerda en sus memorias, "montones de ropa, libros, platos, carpetas, periódicos, cartas y Dios sabe qué más desperdigados por el suelo". Cuando llegó al Kremlin, parecía abatido. Sus guardaespaldas habían tardado un buen rato en conseguirle un coche: el que

Yeltsin le había permitido conservar, según el acuerdo al que habían llegado el lunes anterior. También costó mucho encontrar un camión que se llevara las pertenencias de la familia. La hija de Gorbachov, Irina, quiso llamar a Yeltsin para quejarse de la conducta de sus subordinados. Raísa se opuso: "No hace falta llamar ni pedir nada a nadie. Recogemos las cosas y nos vamos. Ya habrá gente que nos ayude".[27]

Raísa e Irina Gorbachov recogieron las pertenencias de la familia con la ayuda de los mismos guardaespaldas que los habían protegido en Foros. Desde los días de aislamiento en Crimea, estaban preparadas para lo peor: Raísa había quemado su correspondencia personal con Mijaíl e Irina había hecho lo mismo con su diario. "A fin de cuentas llevábamos un tiempo viviendo como si estuviéramos de prestado –recordaría la hija de Gorbachov–. Todo estaba en el aire. No sabíamos quién iba a irrumpir en la casa, si el KGB o los demócratas". Raísa recogió con mucho esmero los libros que tenía colocados por orden alfabético en las estanterías, entre ellos unos cuantos que le había regalado Margaret Thatcher y un poemario de Tarás Shevchenko, que le apasionaba a su padre. En su libro *Yo confío*, publicado en Estados Unidos unos meses antes, la exprimera dama citaba unos versos del poeta ucraniano que ahora parecían muy oportunos, y que también aparecen en el libro de Conor O'Clery sobre los últimos días de Gorbachov como presidente: "Pensamientos míos, ¡cómo me atormentáis! ¿Por qué os alzáis frente a mí en hileras sombrías?".[28]

La indignación de Gorbachov por el hostigamiento que sufrían él y su familia estaba justificada. Pero los antiguos dirigentes del régimen solían recibir un trato parecido. Por lo pronto, nunca abandonaban el poder voluntariamente: o morían en el cargo o caían en desgracia y se les destituía. Esta tradición subsistió en la época de Gorbachov. Aleksandr Yákovlev recordaba la celeridad con que se le había despojado de sus privilegios como miembro del Politburó una vez defenestrado con la venia del presidente: "En cuanto ingresé en el Politburó, me llevaron a casa con mis guardaespaldas en un coche nuevo. Sin embargo, nada más aceptar Gorbachov mi dimisión, me quitaron el coche y me ordenaron abandonar la dacha antes de las once de la mañana del día siguiente".[29]

En Moscú trascendió la noticia de la brutal rapidez con que Yeltsin se había apoderado del despacho de Gorbachov y había mandado expulsar a su familia de la casa; esto dañó la imagen del presidente ruso y de sus

colaboradores. En sus memorias, Yeltsin niega “el rumor difundido por la prensa, según el cual prácticamente arrojamos las pertenencias del exsecretario general de su despacho del Kremlin”. Además asegura que al matrimonio Gorbachov se le dio tiempo suficiente para mudarse, y atribuye los posibles excesos a las desavenencias entre funcionarios, “inevitables” dadas las circunstancias. Uno de esos “funcionarios”, Aleksandr Korzhakov, afirma haberles pedido casi a diario a los guardaespaldas de Gorbachov que le recordasen a su jefe que tenía que desalojar su casa de campo. La razón era bien simple, según Korzhakov: aparte de Barvikha-4 (así llamaba el personal de seguridad a la casa), no había ninguna residencia del estado fuera de Moscú que contara con el equipo de comunicaciones que requería el presidente del país y comandante en jefe de las fuerzas armadas.[30]

Gorbachov tenía que ser “evacuado” antes o después del despacho y las viviendas del estado que ocupaba, pero Yeltsin se ensañó con el expresidente y su familia. Quizá pretendía resarcirse del trato cruel que él y su mujer, Naína, habían recibido en cierta ocasión de Gorbachov y sus subordinados: en noviembre de 1987 intentó suicidarse después de la derrota que había sufrido en una sesión del Politburó, y más tarde, cuando se estaba recuperando en una clínica de Moscú, Gorbachov ordenó a los hombres del KGB que lo sacaran de la cama para llevarlo a la reunión en la que el Comité del Partido en la capital lo expulsaría de su cargo como secretario primero. Yeltsin objetó que aún necesitaba ayuda para caminar, pero Gorbachov hizo caso omiso de sus quejas y de las del ministro de Sanidad, que le había advertido del grave estado del enfermo. Cuando los guardias se presentaron en el hospital para llevarse a Yeltsin, al que se acababa de administrar unos analgésicos y antiespasmódicos muy potentes, Naína Yeltsina, desesperada, los tachó de nazis y les pidió que le dijeran de su parte a Gorbachov que era un criminal.[31]

Los últimos días de Mijaíl Gorbachov en el cargo pusieron de manifiesto el grado de desconfianza y de odio que el presidente soviético y su adversario, Boris Yeltsin, sentían el uno por el otro. No conviene, sin embargo, exagerar la importancia del conflicto personal entre los dos políticos. Y es que no dependía únicamente de ellos que la Unión Soviética siguiera viva o se extinguiera. El conflicto fundamental fue el que se produjo entre las incipientes instituciones de la Federación Rusa y las de las demás repúblicas soviéticas. Ucrania estaba decidida a separarse de la Unión, así que Yeltsin tenía dos opciones: seguir soportando la carga del imperio o

abandonarlo. Finalmente se inclinó por la segunda. Su enfrentamiento con Gorbachov no hizo sino acelerar el proceso.

EPÍLOGO

"¡El presidente de Estados Unidos!", anunció el sargento de armas de la cámara de representantes. Todos los presentes prorrumpieron en aplausos. Un hombre delgado, de casi un metro noventa de estatura, y con corbata de rayas azules y grises, quizá demasiado estrecha para el gusto actual, apareció en la puerta y se dirigió a la mesa del oficial mayor de la cámara acompañado por un selecto grupo de congresistas. Iba sonriendo y estrechando la mano a los miembros del senado y de la cámara que se encontraba en su camino, y que estaban impacientes por intercambiar unas palabras con él. Los aplausos se prolongaron un buen rato después de que hubiese llegado a la tribuna. Se le notaba muy satisfecho. Había prometido al público que iba a hablar de "grandes asuntos", de "cambios decisivos" y "enormes desafíos". Así lo haría.

Era poco después de las nueve de la noche del martes, 28 de enero de 1992. El presidente George H. W. Bush se disponía a pronunciar su tercer discurso sobre el estado de la Unión y, según decía la prensa, el más importante. Millones de estadounidenses lo iban a ver por televisión. Se esperaba que reflexionase sobre uno de los años más extraordinarios que había vivido Estados Unidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y que señalara el camino que su país y el mundo habrían de seguir en el futuro. Finalmente se apagaron los aplausos, y Bush se dirigió a los congresistas: "Este discurso ha creado una gran expectación y yo quería que fuese un gran éxito, pero no he logrado convencer a Barbara de que hable por mí". La cámara estalló otra vez en ovaciones: el presidente, un hombre normalmente seco y reservado, se había ganado sin duda a los congresistas ironizando sobre sí mismo. Barbara –con su pelo blanco y su cara ancha, de abuela simpática– estaba sentada en la primera fila de la galería, al lado del predicador más célebre del país, Billy Graham. Tenía, en efecto, el encanto que le faltaba a su marido, pero esta vez Bush consiguió cautivar a la gente: en el discurso, redactado con la ayuda de sus asesores electorales, algunos de los cuales ya lo habían asesorado en la campaña anterior, abundaban las frases con garra, y el público se levantó una y otra vez para aplaudir.[1]

Cuando abordó la política exterior de Estados Unidos y los cambios positivos que se habían producido en el mundo desde el anterior discurso sobre el estado de la Unión, en enero de 1991, republicanos y demócratas le mostraron su apoyo entusiasta: los aliados y los adversarios políticos del presidente coincidían así en reconocerle los éxitos obtenidos en el escenario internacional. “Nos reunimos en un momento trascendental y muy prometedor de la historia de nuestro país, y de la historia de la humanidad –declaró–. En el último año, el mundo ha sufrido cambios casi bíblicos en su magnitud”.

Se refería a los grandes acontecimientos de 1991, un año que comenzó con la operación Tormenta del Desierto, que Estados Unidos y sus aliados llevaron a cabo contra el Irak de Saddam Hussein, y terminó con el hundimiento de la Unión Soviética. “En este año ha muerto el comunismo –afirmó ante un público eufórico–. Y se ha producido el acontecimiento más importante al que hemos asistido nunca: Estados Unidos ha ganado la Guerra Fría por la gracia de Dios”. Los congresistas lo ovacionaron de pie. Poco después insistió en la misma idea, aclarando que “la Guerra Fría no ha terminado: la hemos ganado”.

George Bush reconoció a continuación los sacrificios que el ejército y los contribuyentes estadounidenses habían hecho en aras de la victoria, y terminó hablando en tono emotivo de las generaciones venideras: “Por primera vez en treinta y cinco años, nuestros bombarderos estratégicos no están en alerta permanente. Los escolares estudiarán historia y cómo crecen las plantas, pero ya no participarán, como lo hicieron mis hijos, en simulacros de ataque nuclear: mis nietos no tendrán que agacharse debajo del pupitre ni cubrirse la cabeza, ni tampoco sufrirán las pesadillas que han perseguido a los niños durante decenios. El peligro no ha desaparecido del todo. Pero el miedo permanente ya ha pasado”. Se repitieron los aplausos entusiastas.

Después de anunciar la victoria de Estados Unidos en un conflicto que había durado casi cincuenta años, Bush explicó el papel que iba a desempeñar su país en la nueva era: “El mundo, dividido hasta ahora en dos bloques, ya no reconoce más que una única potencia hegemónica: Estados Unidos de América. Mientras sea presidente, nuestro país seguirá capitaneando la lucha por la libertad en todas partes, y no lo hará por arrogancia ni por altruismo, sino en aras de la seguridad de nuestros hijos. No es malo utilizar la fuerza para lograr la paz. Evitemos el aislacionismo”. Nuevas ovaciones. El mensaje era inequívoco: Estados Unidos había derrotado a la Unión Soviética en la

Guerra Fría, y estaba destinado a gobernar el mundo.[2]

La retórica de Bush contrastaba con la prudencia y la humildad que el presidente y sus colaboradores habían mostrado en sus declaraciones antes de que Gorbachov dimitiese el día de navidad de 1991. El cambio de tono se debía al aumento de la tensión política, motivado por la campaña para las elecciones presidenciales. La nueva estrategia electoral de Bush consistía en relacionar la reciente caída de la Unión Soviética, el antiguo enemigo de Estados Unidos, con el final de la Guerra Fría, que, según el propio gobierno, había ocurrido por lo menos uno o dos años antes. En 1990, después de la reunificación alemana, el presidente estadounidense se había abstenido de "bailar sobre el Muro [de Berlín]", por utilizar la frase de sus consejeros: no quería complicarle aún más las cosas a Gorbachov en su país. Y es que en ese momento todavía existía el peligro de una reacción por parte del ala dura del régimen; las repúblicas bálticas reivindicaban la soberanía, y el ejército soviético seguía ocupando Europa oriental. Ahora, en cambio, el gobierno estadounidense podía hablar sin cortapisas, y el triunfalismo era mayor que nunca. Nadie se acordaba ya del comunicado conjunto sobre el final de la Guerra Fría que Bush y Gorbachov habían emitido en Malta en diciembre de 1989, ni del difundido por la Casa Blanca en julio de 1991, y que presentaba el encuentro en Moscú de los dos presidentes como la primera cumbre posterior al conflicto. Gorbachov se lamentó en voz alta de que los estadounidenses le escamotearan el mérito de haber contribuido a poner fin al enfrentamiento entre los dos países: la Casa Blanca hizo caso omiso de sus declaraciones, al menos en público, aunque Bush, al parecer, le pidió en privado al expresidente que "no prestara ninguna atención a lo que se dijese en la campaña electoral". "Supongo que en una campaña hay que decir ese tipo de cosas –declaró Gorbachov a la revista *The New Yorker* en octubre de 1992–. Ahora bien, si lo creen de veras, me parece que se están engañando".[3]

La estrategia de "victoria en la Guerra Fría" de Bush no acabó de cuajar. El país seguía en plena recesión, y el presidente, que hacía menos de un año había gozado de una enorme popularidad (inmediatamente después de la guerra del Golfo lo respaldaba el ochenta y nueve por ciento de los estadounidenses), la iba perdiendo con rapidez a medida que se aproximaban las elecciones de 1992: según una encuesta publicada por *The Washington Post*, más de la mitad de los ciudadanos estaban descontentos con su discurso sobre el estado de la Unión. Como Winston Churchill, que también había guiado a su país en tiempos de guerra, Bush no supo aprovechar el éxito de

su política exterior. En ambos casos, los votantes deseaban un cambio en la política nacional.

También como Churchill, el presidente estadounidense quiso influir en la idea popular sobre la guerra a la que había contribuido a poner fin. En las memorias políticas que escribió con Brent Scowcroft hay, sin duda, un afán de objetividad, pero se trataba de contar los cuatro años de mandato de Bush, por lo que es lógico que el relato del final de la Guerra Fría terminara no con la caída del Muro de Berlín, en 1989, sino con la disolución de la Unión Soviética, a finales de 1991. *A World Transformed* [Un mundo transformado] concluye, de hecho, con la conversación telefónica que Bush tuvo con Gorbachov el día de navidad de 1991.

En las memorias que publicaron y las entrevistas que ofrecieron en la década de 1990, los miembros de la administración Bush contribuyeron a crear una versión del final de la Guerra Fría que lo relacionaba directamente con el hundimiento de la Unión Soviética, cuyo mérito evitaron, sin embargo, atribuir explícitamente a la Casa Blanca (que a fin de cuentas había intentado salvarla). Pero algunos lamentaban que no se les hubiera permitido celebrar apenas lo que consideraban un gran triunfo. "George Bush no quería 'bailar sobre el Muro' ni proclamar nuestra victoria en la Guerra Fría –dice Robert Gates en sus memorias, que también terminan con los acontecimientos de finales de 1991–. No habría una celebración nacional como la que siguió a la guerra del Golfo. […] Habíamos ganado la Guerra Fría, pero no iba a haber desfile". Según Gates, la falta de festejos se debió en parte a que "en Washington no todos creían que Estados Unidos hubiese contribuido a precipitar la caída de la URSS".[5]

El diplomático Jack F. Matlock, que representó a la administración Bush en Moscú entre 1987 y 1991 y abandonó la capital soviética en vísperas del golpe de estado de agosto, ha afirmado repetidamente que el final de la Guerra Fría, el hundimiento del comunismo y la disolución de la Unión Soviética están relacionados, pero no son la misma cosa: "Estados Unidos adoptó una posición y desempeñó un papel muy diferente en los tres casos". A juicio del antiguo embajador, Washington contribuyó a poner fin a la Guerra Fría y al comunismo defendiendo los derechos humanos, aunque el final del conflicto también beneficiaba a los soviéticos, y el desmantelamiento del régimen comunista fue sobre todo mérito suyo, y no de los estadounidenses. En cuanto a la caída de la URSS, la administración Bush

apoyó la independencia de las repúblicas bálticas, pero deseaba que el resto de la Unión siguiera existiendo indefinidamente. “Nosotros no acabamos con la Unión Soviética –sostiene Matlock–, aunque ahora algunos [en Estados Unidos] pretendan atribuirse el mérito, y los nacionalistas echarnos la culpa”.[6]

Si la disolución de la Unión Soviética no fue obra del gobierno de Bush (o al menos no se debió principalmente a la política de Washington) ni debe identificarse con el fin del comunismo soviético ni con el triunfo estadounidense en la Guerra Fría, ¿cómo explicar el súbito hundimiento de uno de los países más poderosos que han existido nunca? Uno de los más perspicaces teóricos de la Guerra Fría, George F. Kennan, escribió en 1995 lo siguiente: “Repasando la historia de las relaciones internacionales en la época moderna, periodo que puede considerarse comprendido entre mediados del siglo XVII y el presente, me cuesta encontrar algún acontecimiento tan extraño, tan inexplicable a simple vista, como la rápida y total desintegración, ocurrida principalmente entre 1987 y 1991, de la gran potencia conocida como Unión Soviética, y antes como imperio ruso”.[7]

Lo que a Keunan le parecía inexplicable no tenía, para los antiguos consejeros de Gorbachov, ningún misterio. “En ese año –escribió Anatoli Cherniaev– le ocurrió a la Unión Soviética lo mismo que les había ocurrido a otros imperios: ya no daba más de sí”. Así, la caída de la URSS culminó un proceso que había comenzado a principios del siglo XX y que las dos guerras mundiales habían acelerado: la desaparición de los imperios. Los herederos de los zares fueron los últimos en perder sus dominios: antes ya se habían disuelto los imperios austrohúngaro, otomano, británico, francés y portugués, y otros menos importantes. Lo peculiar de la Unión Soviética fue que mientras existió casi nadie la consideró un imperio. Cherniaev escribió la frase citada cuando el país ya había desaparecido.[8]

Fuese o no un imperio –lo cual se discute todavía–, la URSS murió como suelen morir los imperios: fragmentándose en territorios definidos por factores étnicos y lingüísticos. Aunque hay notables diferencias con el proceso de desintegración de otros imperios, el de la URSS guarda notables similitudes con el del británico. En 1945, Stalin logró que Ucrania y Bielorrusia se incorporaran a la Asamblea General de las Naciones Unidas. En la conferencia de Yalta se les otorgó a esas repúblicas el mismo estatus

que a los dominios británicos, aunque su grado de autonomía no era equiparable al de Canadá ni al de Australia. Su composición étnica, diferente de la de Rusia, tampoco era equiparable a la de otros estados americanos (en Yalta, el presidente Roosevelt quiso negociar el ingreso de dos estados norteamericanos en las Naciones Unidas, aunque la opinión pública estaba en contra).

El proceso independentista de las repúblicas soviéticas estuvo dirigido, como el de los dominios británicos, por políticos e instituciones "nativos". Por lo demás, y como sucedió en otros imperios en el siglo XX, varias repúblicas abandonaron la Unión con el apoyo del país hegemónico: tras independizarse Ucrania, la Federación Rusa alentó la secesión de las repúblicas centroasiáticas. Y, como en el caso de otros imperios europeos, fue el reconocimiento de los derechos civiles –y en particular el derecho al voto– de los habitantes de las repúblicas lo que hizo imposible mantener el imperio.[9]

Pese a los esfuerzos de Gorbachov por demostrar lo contrario, las elecciones democráticas se revelaron incompatibles con el estado soviético: este factor a menudo se pasa por alto a la hora de analizar la disolución de la URSS. El coloso soviético cayó menos de tres años después de que se celebraran, en el antiguo imperio de los Romanov, los primeros comicios casi libres desde 1917, cuando los bolcheviques tomaron el poder. El derrumbe de la Unión Soviética fue consecuencia directa del referéndum del 1 de diciembre de 1991, en el que más del noventa por ciento de los ucranianos votó a favor de la independencia. Esta consulta anuló la anterior, celebrada en el mes de marzo, y en la que más del setenta por ciento había optado por seguir en la Unión a condición de que se acometieran reformas profundas. El destino de la URSS dependía del voto de sus ciudadanos: incluso cuando en el mes de diciembre los tres presidentes eslavos acordaron en secreto disolverla, su decisión la ratificó una amplia mayoría de los parlamentarios democráticamente electos de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. En cambio, el intento de restaurar la antigua Unión no se llevó a cabo por medios democráticos, sino a través de un golpe de estado que fracasó al cabo de tres días por la presión de los ciudadanos concentrados ante el parlamento ruso.

La celebración de elecciones democráticas cambió radicalmente el panorama político e influyó en las decisiones de los dirigentes soviéticos, que ahora dependían del apoyo popular para seguir en el poder. Su libertad de

acción se vio así limitada, si bien la democracia fortaleció a quienes gozaban del respaldo de los electores. Por lo demás, y aunque votaban los ciudadanos, eran las autoridades las que decidían qué preguntas formularles e interpretaban los resultados. La desaparición de la URSS no se sometió a referéndum, como recordaría más de una vez Gorbachov. El triunfo del sí en el referéndum ucraniano ¿conducía necesariamente a la disolución del estado soviético? Correspondía a los dirigentes decidirlo. En todo caso, el nuevo orden político excluyó a los gobernantes que carecían de legitimidad democrática. El desenlace de la pugna entre el presidente de Rusia, que había sido elegido por los ciudadanos, y el de la Unión Soviética, que había sido nombrado por el parlamento (un enfrentamiento que llegó a su apogeo en los últimos meses de 1991), revela la importancia decisiva del factor electoral, por encima del resto de factores que hemos analizado.

Los cambios introducidos por Gorbachov confirmaron que las revoluciones acaban por devorar a sus propios hijos. Si la Revolución Francesa inspiró a los bolcheviques, la ideología y la retórica de la perestroika se basaron en el liberalismo occidental. Como no pocos rusos antes que él, Gorbachov buscó en occidente el remedio a los males de su país, que se manifestaban en su incapacidad para competir con Estados Unidos en el plano económico, social y, finalmente, militar. Desde el reinado de Pedro el Grande, a principios del siglo XIX, la élite rusa había intentado sacar al país del atraso occidentalizándolo, proyecto que había tropezado una y otra vez con la resistencia de la sociedad: de ahí los intentos de transformarla mediante golpes militares como el de diciembre de 1825, reformas liberales como las introducidas por el zar Alejandro II en la segunda mitad del siglo XIX, y revoluciones sangrientas como la emprendida por Lenin en 1917. Las reformas de Gorbachov fueron la última tentativa de ponerse a la altura de occidente emulándolo.

Como sus predecesores inmediatos, Gorbachov no creía gobernar sobre un imperio. Sin embargo, con sus intentos de centralizar el poder, erradicar la corrupción generalizada en las repúblicas centroasiáticas e imponer una nueva casta de tecnócratas, entre ellos Gennadi Kolbin y el propio Boris Yeltsin, no hizo sino granjearse la inquina de los dirigentes de las repúblicas y desencadenar la primera ola de protestas ciudadanas contra Moscú en varios decenios. Más tarde exacerbó la indignación de los jerarcas regionales y sus camarillas poniendo en marcha la glásnost, permitiendo a los medios de comunicación criticar al partido y obligando a los dirigentes comunistas a

legitimar su poder sometiéndose a las urnas. A raíz de las rebeliones nacionalistas y democráticas, su autoridad pasó a depender en mayor medida de la voluntad popular que de la del máximo dirigente del Kremlin. Era solo cuestión de tiempo que empezaran a desafiar a Moscú reclamando autonomía, y luego la independencia. Abandonado por los dirigentes regionales y presionado por los nacionalistas y los intelectuales liberales, que reivindicaban mayor libertad, Gorbachov ya solo podía apoyarse en el ejército. En los últimos años de la Unión Soviética, las autoridades recurrieron a los militares en varias repúblicas, supuestamente sin consultar antes con el comandante en jefe. En marzo de 1991 se desplegaron en las calles de Moscú para intimidar a Yeltsin y sus partidarios.

Hasta el golpe de estado de agosto, Gorbachov fue secretario general del Partido Comunista además de presidente de la URSS, lo que haría difícil distinguir la caída del comunismo de la del estado soviético. Se ha dicho que, con la ilegalización del partido, que aglutinaba a las repúblicas, desapareció el único elemento vertebrador de la Unión. En realidad ya no cumplía esta función en el momento del golpe, puesto que muchos jefes regionales se habían convertido en presidentes de repúblicas o, por lo menos, de las cámaras legislativas, y no estaban sometidos a los dictados de Moscú. Los que ya eran presidentes o iban a serlo pronto, como Islom Karimov, de Uzbekistán, reclamaban la independencia para sus repúblicas o la transformación de la Unión en un estado confederal.

La decisión de Yeltsin de ilegalizar el partido no supuso la ruptura entre Moscú y las repúblicas (aunque ya apenas les unía nada aparte del ejército soviético y el KGB), pero soliviantó a los antiguos dirigentes comunistas, que lo entendieron como un ataque hacia ellos. Gorbachov y Yeltsin siguieron negociando con los líderes de las repúblicas, pero hacía tiempo que este diálogo se desarrollaba al margen del partido y de sus órganos directivos. El presidente soviético había logrado apartar del poder a los jefes del PCUS mucho antes de que este fuera proscrito, y la organización se convirtió fácilmente en el chivo expiatorio de un golpe orquestado principalmente por el KGB y la cúpula militar.

En sus declaraciones públicas y, posteriormente, en sus memorias, Gorbachov se atribuyó en exclusiva el papel de defensor de la Unión Soviética. Firmar el nuevo tratado de la Unión era, según Gorbachov, la única manera de salvarla: sus adversarios se proponían acabar no solo con él, sino también con el estado soviético. Lo cual era verdad en muchos casos, pero no

en todos. En Moscú, la pugna decisiva no se libró entre los partidarios y los enemigos de la Unión existente, sino entre dos ideas distintas de cómo había de ser en el futuro. Después del golpe, Gorbachov rechazó la propuesta de los consejeros de Yeltsin de convertir la Unión en un estado confederal. Estaba obligado formalmente a aceptar el planteamiento del presidente ruso como punto de partida de las negociaciones sobre el futuro de la Unión, pero en la práctica se resistió hasta después de la firma del acuerdo de Białowieża, cuando ya era demasiado tarde incluso para fundar una confederación.

Yeltsin y su equipo no eran, sin embargo, los únicos que discrepaban de Gorbachov sobre el futuro de la Unión. También existían disensiones en el bando del presidente soviético: Georgi Shakhnazarov y Anatoli Cherniaev veían con escepticismo los esfuerzos de su jefe por convencer a los dirigentes de las repúblicas de que firmaran el nuevo tratado. El último ministro de Defensa de la URSS, el mariscal Yevgueni Sháposhnikov, consideraba un error grave por parte de Gorbachov no haberse planteado en serio la idea de una confederación. Según escribiría más tarde, "de haber aceptado Gorbachov, por lo menos en parte, la propuesta de crear una confederación, en la que el gobierno central conservara la competencia exclusiva en transporte, comunicaciones y defensa, y existiera una política exterior común […], quién sabe qué estado tendríamos ahora". Sháposhnikov, como otros altos mandos militares, se negó a apoyar al presidente soviético cuando este pidió ayuda al ejército, antes y después de Białowieża, para salvar la Unión en la que creía.[10]

En nuestro relato de los últimos meses de la Unión Soviética, Boris Yeltsin aparece como una figura mucho más compleja de la que puede sugerir su imagen popular como sepulturero del comunismo y de la Unión y fundador de la Federación Rusa. El presidente ruso y sus colaboradores tenían mucho más apego a la Unión del que suele atribuírseles. Ni el más radical de sus consejeros se planteó en un primer momento la disolución de la URSS: "Al principio no nos propusimos destruir la Unión Soviética –recordaría Gennadi Burbulis–: la tarea consistía en buscar los recursos necesarios para gobernar la Federación Rusa de manera racional y eficaz". Según Burbulis, la imposibilidad de emprender reformas a través del parlamento de la Unión, dominado por la facción conservadora, llevó a los dirigentes de la oposición democrática a depositar sus esperanzas en la política rusa a partir de la primavera de 1990. La elección de Yeltsin como presidente del parlamento

ruso convirtió la cámara en instrumento de los diputados demócratas para lograr sus fines políticos.

Hasta el golpe de estado de agosto, Yeltsin tenía por objetivo arrebatar el mayor número posible de bienes y competencias al gobierno central, incluida la propiedad legal de los abundantes recursos naturales de la Federación Rusa. Lo consiguió a finales de julio, pero el golpe puso en peligro sus nuevas facultades y su control sobre los recursos de un país del que ya era presidente. El fracaso de la operación les permitió a él y a sus colaboradores regresar victoriosos al espacio político de la Unión, que habían abandonado anteriormente, y acometer reformas sirviéndose de sus instituciones. El presidente ruso, que había impedido a los golpistas destruir la URSS, asumió ahora esta misma misión. Derrotados los burócratas del Kremlin y debilitado su jefe, Gorbachov, las huestes de Yeltsin procedieron a apoderarse de las instituciones de la Unión, liquidando las que no podían o no querían controlar, como el Partido Comunista. La conquista del gobierno central por parte de un líder más poderoso y dinámico que Gorbachov soliviantó a las otras repúblicas, que proclamaron su independencia, y Yeltsin tuvo que dar marcha atrás: comenzaron así las negociaciones para crear una estructura confederal que otorgase a Rusia el poder suficiente para llevar a cabo reformas por su cuenta, y sin que los dirigentes conservadores de las repúblicas no rusas le impusiesen ninguna restricción.

Los aliados y consejeros de Yeltsin cifraban en Rusia la esperanza de salvación de la incipiente democracia soviética y su programa de reformas económicas. En este aspecto recordaban a los bolcheviques de la época de Lenin, que habían confiado en que Rusia salvase la revolución proletaria mundial y su proyecto de transformación social y económica. Una de las muchas diferencias era que, en 1917, Lenin había propugnado que se unieran, por el bien de la revolución, todos los marxistas de un imperio multiétnico como el ruso, mientras que los demócratas de 1991 creían tener más posibilidades de lograr lo que se proponían yendo cada uno por su cuenta. Las dos ideas estaban justificadas desde el punto de vista económico: si la Revolución Rusa, según Lenin, no podía sobrevivir sin el carbón ucraniano, en 1991, sin embargo, la mayor parte de los recursos minerales de la Unión se encontraban en el territorio de la Federación Rusa. El final de la Unión Soviética se distingue del de otros imperios en que una metrópoli rica en recursos les dificultó el acceso a ellos a sus antiguas colonias. A Rusia le beneficiaba la pérdida de sus dominios más que a ningún imperio anterior, y

Yeltsin y sus consejeros no solo lo sabían, sino que contaban con ello.[11]

No cabe duda de que la pugna entre Gorbachov y Yeltsin contribuyó decisivamente a la caída de la URSS. Ninguno de los dos tuvo nunca el menor reparo en airear su enemistad ni en criticar al otro en público. En sus memorias, el presidente ruso explica los motivos psicológicos por las que no quiso suceder a Gorbachov al frente de la Unión Soviética. En las suyas, Gorbachov acusa a Yeltsin de disolver la Unión con el único fin de deshacerse de él, como presidente de la URSS. En todo caso, era obvio que el líder soviético no estaba dispuesto a convertirse en presidente meramente nominal de una confederación dominada por Rusia, es decir, por Yeltsin. Ciertos autores rusos ven en la rivalidad entre los dos políticos la causa principal del hundimiento de la Unión Soviética. Otros, como el general Valentín Varénnikov, cabecilla del golpe de agosto, sostienen que los dirigentes de las repúblicas compartían la invencible aversión de Yeltsin por Gorbachov, que los había engañado una y otra vez. El resentimiento por los agravios que le había infligido la cúpula del Partido Comunista, y Gorbachov en particular, influyó mucho, sin duda, en la decisión de Yeltsin de abrazar la causa de los demócratas rusos. Pero fueron las ideas políticas y económicas de este movimiento las que guiaron, en general, al presidente ruso.[12]

A pesar de su enemistad, Yeltsin consultó con Gorbachov antes de viajar a Białowieża y comenzó las negociaciones con Leonid Kravchuk proponiéndole el plan para la nueva Unión que había aprobado el presidente soviético. La postura del líder ucraniano, que podía invocar el resultado del referéndum del 1 de diciembre, resultaría decisiva para el futuro de la Unión Soviética. Ni Gorbachov ni Yeltsin creían viable una Unión que no incluyera a Ucrania: esta república era la más poblada y la que más dinero aportaba al estado soviético después de Rusia. Los dirigentes rusos, que ya se mostraban reacios a asumir los costes del imperio, solo estaban dispuestos a hacerlo con la ayuda de Ucrania. Por lo demás, y como le recordó Yeltsin a Bush más de una vez, su ausencia haría que las repúblicas centroasiáticas, que recibían todas (a excepción de Kazajistán) cuantiosas subvenciones del gobierno central, superasen en número y votos a las eslavas.

Se suele culpar –o atribuir el mérito– a Rusia de la desintegración de la URSS. La pugna entre Gorbachov y Yeltsin constituyó, sin duda, un factor importante, aunque fue perdiendo peso a medida que se alejaban en el tiempo

los acontecimientos de agosto. En diciembre de 1991, Rusia ya se había hecho con el control de las instituciones de la Unión, o por lo menos había impedido que funcionaran sin su aprobación y sostén. El desenlace del conflicto entre Rusia y el gobierno central estaba claro antes del referéndum ucraniano del 1 de diciembre y del acuerdo de Białowieża, firmado el día 8. Fueron las relaciones de Rusia con Ucrania, la segunda república más importante, y no con el gobierno central, muy debilitado para entonces, las que decidieron finalmente el destino del imperio soviético.

Nacido en Polonia en el periodo de entreguerras, Leonid Kravchuk guió hacia la independencia a una república donde el apoyo popular al nacionalismo era equiparable al existente en las repúblicas bálticas. En el oeste de Ucrania, que como las repúblicas bálticas no había pertenecido a la URSS en aquel periodo, las elecciones democráticas de 1990 expulsaron del poder a toda la vieja casta dirigente. La región no acabó de encajar nunca en la Unión Soviética, que se la había anexionado en virtud del pacto Molotov-Ribbentrop de 1939. Es probable que la Unión siguiera existiendo hoy si Stalin no hubiera hecho un "pacto de no agresión" con Hitler en agosto de 1939 ni reclamado luego la mitad de Europa oriental, y si hubiera accedido en Yalta al deseo de Roosevelt de que Polonia retuviese la ciudad de Leópolis, que el líder soviético insistió en incorporar a Ucrania. A finales de la década de 1980, la ciudad se convirtió en capital del nacionalismo ucraniano. Sin el papel desempeñado por Leópolis, el proceso independentista era tan difícil de imaginar como una Unión Soviética sin Ucrania.

Si el oeste de Ucrania recordaba a las repúblicas bálticas, en el centro y el este, que habían formado parte de la Unión Soviética desde el principio, la situación era comparable a la de Moscú, Leningrado (San Petersburgo) y las regiones mineras de Rusia: los jerarcas comunistas luchaban por sobrevivir frente al creciente malestar de los mineros del Donbás y de los intelectuales liberales, que pasaron a controlar los ayuntamientos de las grandes ciudades industriales. La vieja clase dirigente ucraniana se sintió abandonada por el gobierno central y tuvo que pactar con las fuerzas de la oposición para seguir en el poder.

La URSS se fundó en 1922 para integrar a Ucrania. La Unión contaba con un gobierno central fuerte que, en su primer decenio, tuvo por objetivo retener a los ucranianos y limitar las ambiciones de los rusos, que antes habían formado la etnia mayoritaria. Diezmados por la hambruna de 1932-

1933, los jerarcas comunistas ucranianos recuperaron poder después de la Segunda Guerra Mundial; de hecho, pasaron a gobernar el imperio con Rusia. En la época de Jrushchov y en la de Brezhnev conservaron su enorme influencia en Moscú. Gorbachov, sin embargo, los apartó del poder.

A pesar de su resentimiento contra Gorbachov y su política, los *apparatchiks* del partido en Ucrania se mantuvieron leales a la Unión hasta el golpe de estado de agosto, y aun después en algunos casos. Fracasado el golpe, Yeltsin intentó apoderarse del gobierno central, por lo que la clase dirigente ucraniana corría el peligro de quedarse sola frente a una todopoderosa Rusia, que actuaría ya sin ninguna restricción. Si Gorbachov trataba de incorporar a los ucranianos a las instituciones de la URSS, ofreciéndole el segundo cargo más importante del partido a uno de los citados *apparatchiks* y, posteriormente, el de primer ministro de la futura Unión a un miembro del gobierno de Ucrania, Yeltsin no tenía, en cambio, intención de contentar a Kiev. En cualquier caso, los ucranianos ya no deseaban formar parte de ninguna Unión. Los dirigentes de la república estaban, en efecto, decididos a proclamar la independencia, y los rusos no pudieron o no quisieron ofrecerles una fórmula de asociación atractiva (y que no fuese una confederación dominada por Rusia): fueron estos dos factores los que condujeron a la disolución de la Unión Soviética.

Después del golpe de estado, parecía muy difícil que Rusia y Ucrania llegaran a un acuerdo. A finales de agosto, Yeltsin envió a Aleksandr Ruskói a Kiev, pero la delegación rusa no logró sus objetivos ni detuvo la marcha de Ucrania hacia la independencia. En octubre, Kravchuk dejó de viajar a Moscú, y su decisivo encuentro con el presidente ruso, en Białowieża, tuvieron que organizarlo unos intermediarios bielorrusos.

La Unión Soviética no llegó a asemejarse al imperio austrohúngaro, que duró hasta principios del siglo xx gracias a que la clase dirigente germano-austríaca y la húngara se avinieron a compartir los beneficios y los deberes de gobernar un imperio. El proyecto de Unión Eslava que concibió Aleksandr Soltzhenitsyn, y que algunos creyeron factible después de Białowieża, no reconocía la peculiaridad ucraniana ni planteaba una verdadera asociación: se trataba, en realidad, de crear la Gran Rusia. Después de votar los ucranianos por asombrosa unanimidad a favor de la independencia, Kravchuk puso a Gorbachov y a Yeltsin ante un hecho consumado: Ucrania abandonaba la Unión. En Białowieża, los presidentes ruso y ucraniano negociaron las condiciones de la secesión y la nueva fórmula de convivencia entre las

repúblicas.

La incapacidad de Gorbachov para recuperar el poder después del golpe, la torpeza con que Yeltsin intentó tomar el control del gobierno central, su posterior decisión de emprender reformas económicas en Rusia sin contar con las demás repúblicas, y, por último, la tenacidad con que Kravchuk persiguió la independencia colocaron en una situación difícil a las repúblicas que aún no habían manifestado su voluntad de abandonar la Unión. Los dirigentes bielorrusos, anfitriones de la cumbre de Białowieża, les garantizaron a Yeltsin y a Kravchuk su apoyo a cualquier decisión que adoptaran los dos presidentes. En todo caso, sabían que Bielorrusia tenía que seguir unida a Rusia pasara lo que pasara, entre otras razones porque dependía de su suministro energético. Nursultán Nazarbáyev, presidente de Kazajistán y anfitrión de la cumbre celebrada en Almatý el 21 de diciembre, compartía esta postura, aunque no por los recursos naturales rusos, sino por los ciudadanos de etnia eslava que vivían en la república, y que superaban en número a los kazajos. Los gobernantes de las demás repúblicas centroasiáticas tampoco concebían una Unión sin Rusia. Hubo una reacción en cadena: Ucrania no quería formar parte de la Unión; Rusia no concebía la Unión sin Ucrania y, de las otras repúblicas, las que querían seguir en la Unión no la concebían sin Rusia. Así, los amos del imperio expulsaron de él a los dirigentes centroasiáticos, que no tuvieron más remedio que incorporarse a la Comunidad.

Esta nueva estructura permitía definir con mucha mayor flexibilidad que la Unión Soviética el grado de integración política, económica y social de las repúblicas. En el imperio de los Romanov, y a diferencia de lo que sucedía en la URSS, los territorios no rusos no tenían todos la misma relación con la metrópoli: Finlandia y el reino de Polonia gozaban de derechos especiales y privilegios, al contrario que las provincias ucranianas y rusas. En el estado soviético, todas las repúblicas, desde la minúscula Estonia hasta la gigantesca Rusia, eran iguales desde el punto de vista constitucional: no se le podía otorgar ciertos derechos a Estonia sin reconocérselos también a Rusia. Fue esta peculiaridad del federalismo soviético la que hizo casi inevitable la desintegración de la URSS una vez que se aceleró el proceso independentista en las repúblicas bálticas, el oeste de Ucrania, el Cáucaso y Moldavia.

La igualdad constitucional de las repúblicas fue uno de los aspectos de la

política soviética que ni George H. W. Bush ni sus consejeros llegaron a entender del todo. Defendieron la independencia de las repúblicas bálticas, convencidos de que la Unión Soviética no solo sobreviviría perfectamente sin ellas, sino que incluso le iría muy bien. Su argumento se basaba en principios de justicia y legalidad: Estados Unidos nunca había reconocido la anexión soviética de esas repúblicas, por lo que había que liberarlas. En cuanto al resto de la Unión, tenía que seguir como estaba. Esta idea era difícil de defender ante las otras repúblicas: Bush trató de hacerlo en el discurso del "pollo Kiev", pronunciado ante el parlamento ucraniano, pero lo único que consiguió fue hacerle difícil o casi imposible a Gorbachov el uso del poder coactivo del estado para instaurar la ley marcial en los países bálticos. La presión internacional le imponía al presidente soviético un precio demasiado alto por el recurso a la fuerza, así que tuvo que atenerse finalmente a la legalidad constitucional.

Finalmente, puede decirse que la política de Bush contribuyó a la caída de la Unión Soviética, aunque a menudo lo hizo al margen –o aun en contra– de la voluntad del gobierno estadounidense. La defensa de la independencia de Ucrania no es más que un ejemplo de cómo las acciones de Washington tuvieron con frecuencia consecuencias imprevistas. No cabe duda de que, intentando salvar a Gorbachov después del golpe de estado y presionando a Yeltsin para que colaborara con él, Estados Unidos evitó que el presidente ruso se apoderase totalmente del gobierno central y obligase a Gorbachov a negociar con las repúblicas un acuerdo para fundar una confederación en septiembre y octubre de 1991, cuando Kravchuk y los demás dirigentes ucranianos todavía asistían a las reuniones convocadas por el líder soviético. En el mes de noviembre, cuando faltaban unas semanas para el referéndum ucraniano, la administración Bush siguió presionando a Yeltsin, esta vez para evitar que liquidara las instituciones de la Unión, en especial el ministerio de Asuntos Exteriores. Hubo que esperar hasta finales de ese mes para que la Casa Blanca filtrara la noticia del inminente reconocimiento de la independencia ucraniana, decisión que llevó a la Unión Soviética al borde del precipicio. En este caso, el gobierno de Estados Unidos sabía bien lo que hacía.

¿Por qué actuaron así Bush y sus consejeros? La política estadounidense se explica en parte, desde luego, por el aprecio que Bush le tenía a Gorbachov; pero mucho más importante era el deseo de Washington de sostener al presidente soviético y a la URSS el mayor tiempo posible. El

objetivo inmediato lo definió James Baker a principios de 1991: había que aprovechar la situación para arrancar concesiones al moribundo gigante soviético en política internacional y control armamentístico. La estrategia estadounidense funcionó muy bien. La retirada de la ayuda soviética a Cuba y Afganistán, la decisión de Moscú de recortar drásticamente su arsenal nuclear y el apoyo de Gorbachov al proceso de paz entre israelíes y palestinos impulsado por Estados Unidos fueron algunos de los éxitos que obtuvo la política soviética de Bush en el otoño de 1991.

A los estadounidenses les preocupaba sobre todo el armamento nuclear de la URSS, que, según ellos, estaría más seguro bajo el control de la cúpula militar soviética, con la que el presidente de la junta de jefes de Estado Mayor, Colin Powell, y otros altos mandos del ejército estadounidense habían tratado en la época de Gorbachov. En este aspecto, la política de Bush también tuvo el efecto deseado: en diciembre de 1991, cuando telefoneó a Bush desde Białowieża, Yeltsin empezó informándole del acuerdo al que habían llegado los presidentes eslavos para centralizar el control de los arsenales. Por último, existía el temor de que la Unión se disolviera de manera violenta, principalmente porque cuatro repúblicas –Rusia, Ucrania, Kazajistán y Bielorrusia– contaban con armas nucleares. Sin embargo, y en contra de la sombría predicción de Gorbachov, la URSS no se convirtió en una Yugoslavia con cabezas nucleares. Rusia no llegó a ser como Serbia, ni Yeltsin como Milošević: el presidente ruso no intentó anexionar por la fuerza territorios considerados históricamente rusos, y que en ese momento pertenecían a otras repúblicas.

Si la Unión se disolvió pacíficamente fue sobre todo por la política de Boris Yeltsin y la postura prudente respecto a las minorías rusas que adoptaron Leonid Kravchuk y Nursultán Nazarbáyev. Pero el papel de Estados Unidos no fue insignificante ni mucho menos. Coordinando su política con los dirigentes de Europa occidental, Bush evitó que se repitiera lo ocurrido en el caso yugoslavo, cuando Alemania apoyó la independencia de Eslovenia y Croacia, mientras las demás potencias occidentales seguían indecisas. Para ganarse la aceptación de occidente, los gobernantes de las repúblicas tenían que seguir las directrices de Bush en cuanto a armas nucleares, fronteras y minorías. James Baker formuló estos principios al comienzo del otoño, y las repúblicas los cumplieron con mayor o menor escrupulosidad.

Si no logró salvar la Unión Soviética como socio de Estados Unidos en el

escenario internacional, la administración Bush contribuyó al menos a que se disolviera sin violencia: un éxito nada desdeñable, teniendo en cuenta el sangriento final de otros imperios. La historia había llegado a su fin, aunque no por el triunfo definitivo de la democracia liberal, como sostenía el eminente politólogo estadounidense Francis Fukuyama en *El fin de la historia y el último hombre* (1990), sino por la desaparición de los imperios europeos. Estados Unidos, que había nacido de la rebelión contra un imperio, asumió ahora, inesperadamente, un papel protagonista en la disolución de un país considerado a menudo el último imperio. De este modo cumplió con sus ideales antiimperialistas casi sin querer.[13]

Hay motivos de sobra para considerar 1991 un año decisivo en la historia del mundo. Su influencia se percibe sobre todo en el espacio postsoviético, donde las relaciones internacionales y económicas y la política nacional siguen marcadas por los acontecimientos de un año que algunos tienen por *annus mirabilis*, y otros, como el actual presidente de Rusia, Vladímir Putin, asocian con el "mayor desastre geopolítico del siglo".[14]

Fue en 1991 cuando las autoridades rusas establecieron normas sobre el recurso a la fuerza militar a las que se atendrían hasta la guerra con Georgia, en 2008. Si las repúblicas soviéticas pudieron abandonar la Unión sin resistencia por parte de Rusia, no sucedió lo mismo con otras regiones autónomas como Chechenia. Los dirigentes rusos sacaron las debidas conclusiones del hundimiento de la URSS instaurando un sistema federal en el que ciertos miembros de la Federación Rusa, como Chechenia y Tartaristán, gozaban de más derechos que otros. El estado logró así conservar una apariencia de unidad en el primer decenio postsoviético. La nueva política rusa respecto a las regiones rebeldes se caracterizaba por una mezcla de coacción y flexibilidad, elemento este último que se había echado en falta en la Unión Soviética. Por una parte, los dirigentes de Moscú reprimieron los movimientos independentistas en las regiones autónomas de Rusia y, por otra, los alentaron en ciertos territorios de otros estados postsoviéticos, como Abjasia y Osetia del Sur, en Georgia, y Transnistria, en Moldavia. Esta estrategia estaba calcada de la que había seguido Gorbachov en 1990 y 1991, cuando enfrentó a los dirigentes de aquellas regiones con Boris Yeltsin.

La política que hoy se cree inventada por Putin –por un lado, fomentar la integración de las antiguas repúblicas soviéticas en instituciones comunes;

por otro, oponerse al ingreso de Ucrania y Georgia en la OTAN y en organismos asociados a la Unión Europea– en realidad tiene su origen en los acontecimientos de 1991. Para muchos de los consejeros de Yeltsin, la Comunidad no era un instrumento de separación, sino que podía servirle a Rusia para controlar el espacio postsoviético: el país tenía que librarse de la carga del imperio, pero, al cabo de veinte años, una vez resueltos sus problemas políticos y económicos, las repúblicas se le unirían de nuevo, esta vez voluntariamente. Algunas, como Bielorrusia, sí lo hicieron, incorporándose a organizaciones políticas, económicas y militares dirigidas por Rusia; pero otras no. La Revolución de las Rosas de 2003, en Georgia, que llevó al poder a Mijeíl Saakashvili, político formado en occidente, y la Revolución Naranja de 2004, en Ucrania, donde fue elegido presidente el prooccidental Viktor Yúshchenko, frente a un rival apoyado por Rusia, parecieron desencadenar una nueva Guerra Fría. Hoy, como en 1991, las repúblicas más alejadas políticamente de Rusia son las bálticas, y la que tiene más posibilidades de asociarse con Moscú es Ucrania.[15]

La política exterior aplicada por Estados Unidos en la primera década del siglo XXI también tiene su origen en 1991, cuando James Baker convenció a Gorbachov y a Yeltsin de que le retiraran su apoyo al gobierno afgano, presidido por Mohammad Najibulá. Afganistán se convirtió en tierra de nadie, un país dominado por caudillos militares: fueron los talibanes quienes acabaron salvándolo del caos y la violencia diaria. La paz impuesta por los fanáticos religiosos llevó, sin embargo, la destrucción a otros países, pues Osama bin Laden halló cobijo en el antiguo cementerio del ejército soviético. Las conclusiones que los miembros del gobierno de George W. Bush, cuadragésimo tercer presidente de Estados Unidos, sacaron de los acontecimientos de 1991 influirían no poco en la reacción de Washington a los atentados del 11 de septiembre.

En los últimos meses de 1991, mientras la URSS se desmoronaba delante de las cámaras de la CNN, la administración Bush fue preparándose para un nuevo mundo en el que el estado soviético tendría mucho menos peso en la política internacional, o quizá ni siquiera existiera. La tarea de planificación se le encargó al secretario de Defensa, Dick Cheney, y contó con la supervisión directa del subsecretario, Paul Wolfowitz. El resultado fue la nueva doctrina expuesta por George H. W. Bush en enero de 1992, en su discurso sobre el estado de la Unión: Estados Unidos, que había ganado la Guerra Fría, era ahora la única superpotencia, con una misión especial que

cumplir en el mundo, y ya no estaba sometido a los límites geográficos y políticos impuestos por su antiguo adversario.

Unas semanas después del discurso se filtraron a la prensa ciertos detalles de la llamada doctrina Wolfowitz: esa misión especial consistía en defender la libertad en todo el mundo, como había dicho el presidente, pero también en impedir que surgiera ningún rival de Estados Unidos, recurriendo si hacía falta a la guerra preventiva. Ya estaba definida la política exterior de George W. Bush, que en marzo de 2003 enviaría tropas a Irak para conjurar una amenaza que no existía: la de unas armas de destrucción masiva que nunca llegaron a encontrarse. Sadam Husein fue derrocado, pero la invasión le costó la vida a más de ciento noventa mil personas y desestabilizó el país y todo Oriente próximo. Estados Unidos perdió a cuatro mil quinientos militares y al menos a tres mil cuatrocientos contratistas privados.[16]

George W. Bush creía que Estados Unidos había ganado la Guerra Fría y alababa la "claridad moral" que había hecho posible la victoria. En noviembre de 2003, tras el éxito inicial de la invasión de Irak, celebró el vigésimo aniversario de la National Endowment for Democracy [Fundación Nacional para la Democracia] con un discurso en el que atribuyó a la determinación de Estados Unidos que "el conflicto global con la Unión Soviética terminara pacíficamente, lo mismo que la Unión Soviética". Fue esta visión triunfalista la que inspiró su proyecto de implantar la democracia en Oriente próximo y transformar el mundo musulmán. "Ahora debemos aplicar lo aprendido entonces –dijo en el mismo discurso–. Estamos en otro momento decisivo, y la siguiente etapa de la lucha mundial por la democracia vendrá definida por la determinación que mostremos".[17]

Esa etapa nunca llegó. No hubo más que una larga pesadilla, la de la sangrienta ocupación de Irak. En muchos aspectos, el camino hacia la guerra de Irak comenzó en 1991: a quienes enviaron tropas estadounidenses a Oriente próximo en marzo de 2003 los guiaba el deseo de terminar la guerra del Golfo de 1990-1991 derribando el régimen de Saddam Hussein, pero también una profunda fe en el poder de Estados Unidos, que, según creían, había ganado la Guerra Fría borrando del mapa a su principal enemigo.

AGRADECIMIENTOS

Como el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andréi Kozyrev, abandoné Moscú el segundo día del golpe, el 20 de agosto de 1991. Él viajaba a París; yo tomé el vuelo de Aeroflot a Montreal. Hasta que aterrizó, nadie supo si los golpistas (o más bien los directivos de la compañía) pemitirían al avión llegar a Canadá o lo desviarían a La Habana. Al final, a pesar de los temores de muchos pasajeros, llegamos a nuestro destino. Habían perdido el control de nuestro vuelo y, lo que es más importante, de la situación en Moscú.

Al día siguiente, el golpe ya había fracasado. A mis colegas de la universidad de Alberta, donde iba a pasar una temporada como profesor invitado, les interesaba mucho lo que ocurría en la Unión Soviética. Querían que impartiese un curso sobre el momento de transición política que se estaba viviendo allí, centrándome en el futuro de la democracia rusa y su triunfo final sobre el totalitarismo. Sin embargo, como venía de Ucrania y era consciente de la importancia del movimiento nacionalista en esta república soviética, les propuse dedicar el curso a la cuestión nacional en la URSS. Se mostraron escépticos. Y es que el asunto parecía secundario: no guardaba una relación clara con lo que sucedía en Moscú. Esta era, al menos, la idea que se tenía de la situación política de la URSS en las universidades estadounidenses. El caso es que insistí, y mis anfitriones acabaron aceptando.

Cuando terminé de impartir el curso, en el mes de diciembre, la Unión Soviética ya no existía. En lugar de demostrar el triunfo de la democracia, se había desintegrado en quince repúblicas. Al contrario que muchos colegas míos estadounidenses, comprendí la importancia de la “cuestión nacional” y observé atentamente el proceso independentista en las repúblicas soviéticas. Sin embargo me asombró tanto como a ellos la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos, y no entendí bien la revolución pacífica que se operó en la URSS entre el mes de agosto, cuando fracasó el golpe y triunfó la democracia en las calles de Moscú, y el de diciembre, cuando se disolvió la Unión.

La literatura existente sobre el derrumbe de la Unión Soviética, escrita por periodistas, politólogos y, en los últimos diez años, historiadores, apenas nos

ayuda a comprender lo ocurrido en ese país durante mi estancia en Canadá. Así que no me quedó más remedio que escribir este libro: quería relatar con exactitud los acontecimientos que se produjeron en la Unión Soviética y en el mundo en los últimos meses de 1991, y esclarecer sus causas. Para ello conté con la ayuda de mucha gente.

Empezaré por mencionar a una serie de personas que participaron en esos acontecimientos y accedieron a ser entrevistadas para el libro: el presidente de Ucrania, Leonid Kravchuk; el presidente del parlamento bielorruso, Stanislav Shushkiévich; el ministro de Defensa de Ucrania, Kostiantyn Morozov; el escritor ucraniano, diputado del parlamento soviético, y más tarde diplomático, Yuri Shcherbak; el embajador de Estados Unidos en Polonia y posteriormente en Pakistán, Thomas Simons, y el funcionario del consejo de Seguridad Nacional, y más tarde embajador en Grecia, Nicholas Burns. Estoy igualmente agradecido a Marshall Goodman, Marta Dyczok, Lubomyr Hajda y Leonid Poliakov por haberme ayudado a concertar las entrevistas.

El exsecretario de Estado, James Baker, me autorizó a consultar su archivo personal, alojado en la biblioteca Seeley G. Mudd, de la universidad de Princeton. Nicholas Burns leyó todo el manuscrito e hizo comentarios y correcciones extraordinariamente útiles. El exministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, Anatoli Adamishin, también lo leyó, y no puso grandes reparos. Mark Kramer y Mary Sarotte, de la universidad de Harvard, y Elizabeth Kerley, alumna mía de posgrado, me dieron su opinión sobre diversos borradores del libro.

Terry Martin, Charlie Maier y Erez Manela hicieron observaciones sobre conferencias y artículos míos basados en la investigación que llevé a cabo para esta monografía, lo mismo que Blair Rubble, del Woodrow Wilson International Center for Scholars en Washington, Vlad Zubok, de la London School of Economics, y Olga Pavlenko, de la universidad estatal rusa de Humanidades. Sus consejos me fueron de gran ayuda a la hora de precisar mi argumentación y recortar las secciones menos importantes del texto. Mi amigo Miroslav Yurkevich, que lleva mucho tiempo corrigiendo mis manuscritos, se ocupó de “anglificar” mi prosa e hizo, como siempre, un excelente trabajo.

Quiero dar las gracias al departamento de Historia por haberme dispensado de mis obligaciones docentes en el otoño de 2011 para que

pudiera escribir el libro, al Instituto Ucraniano de Investigación y al Centro Davis de Estudios Rusos y Euroasiáticos por haberme ofrecido apoyo económico. Estoy especialmente agradecido a mi colega Tim Colton, con el que impartí el seminario “Imperial Legacies and International Politics” en el año académico 2012-2013, y a los estudiantes de posgrado que asistieron. Tim y varios participantes me ilustraron ampliamente sobre la política soviética y la postsoviética, y las interpretaciones que han suscitado en las últimas décadas.

El archivero de la universidad de Princeton, Daniel J. Linke, me ayudó a obtener la autorización para consultar los documentos de James Baker en la Mudd Manuscript Library, y Alexei Litvin para los archivos de la fundación Gorbachov. Mijaíl Prezumenshchikov, Peter Ruggenthaler, Yuri Shapoval y Volodymyr Viatrovych me guiaron a través de los archivos soviéticos, rusos y ucranianos.

Mi agente literaria, Jill Kneerim, me ayudó a encontrar una excelente editorial, así como a exponer mis argumentos con la máxima claridad, pensando no solo en los especialistas, sino en un público amplio. He tenido, además, el privilegio de contar con una editora extraordinariamente entusiasta, Lara Heimert, que enseguida se interesó por el manuscrito y, con la ayuda de su amable y dinámico equipo, lo convirtió en un libro. En Basic Books, le estoy especialmente agradecido a Roger Labrie, cuyas correcciones hicieron más diáfano el texto, y a Katy O’Donnell.

Sin el apoyo y los consejos de mi mujer, Olena, no habría podido escribir este libro, ni ninguno de los anteriores.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1 George H. W. Bush, "Address to the Nation on the Commonwealth of Independent States", 25 de diciembre de 1991, George Bush Presidential Library and Museum, Archives (en adelante, Bush Presidential Library), Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3791&year=1991&month=12; George H. W. Bush, "State of the Union Address", 28 de enero de 1992. C-SPAN http://www.c-spanvideo.org/program/23999-1.

2 "Statement on the Resignation of Mikhail Gorbachev as President of the Soviet Union", 25 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3790&year=1991&month=12.

3 Aparte de las declaraciones de Bush, véanse los comentarios de Brent Scowcroft en George Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Nueva York, 1998, pp. 563-564, y Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Nueva York, 1996, pp. 552-575.

4 Ellen Schrecker, "Cold War Triumphalism and the Real Cold War", en Ellen Schrecker, ed., *Cold War Triumphalism: The Misuse of History After the Fall of Communism*, Nueva York, 2006, pp. 1-26; Bruce Cumings, "Time of Illusion: Post-Cold War Visions of the World", en Ellen Schrecker, ed., *Cold War Triumphalism*, pp. 71-102; "Tainy mira s Annoi Chapman, no. 79. Gibel' imperii", vídeo de YouTube colgado en ChannelProXima, 13 de febrero de 2013, www.youtube.com/watch?v=T1zr8Fr1Nbs; "Sekretnyi stsenarii razvala SSSR i Rossii v planakh TsRU", vídeo de YouTube colgado en AndreyFLKZ, 31 de enero de 2013, www.youtube.com/watch?v=PfeiGv6IkQc.

5 Sobre el cáracter multinacional de la Unión Soviética, véanse Richard Pipes, *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism*, 1917-1923 Cambridge, Massachusetts, 1997; Terry Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca, Nueva York, 2001; y Francine Hirsch, *Empire of Nations: Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet Union*, Ithaca, Nueva York, 2005.

6 Para la interpretación de la disolución de la Unión Soviética como la caída de un imperio y el papel desempeñado en el proceso por los movimientos nacionalistas, véanse Roman Szporluk, *Russia, Ukraine, and the Breakup of the Soviet Union*, Stanford, California, 2000; Dominic Lieven, *Empire: The Russian Empire and Its Rivals*, New Haven, Connecticut, 2002, cap. 9; Mark R. Beissinger, *Nationalist Mobilization and the Collapse of the Soviet State*, Cambridge, 2002), p. 4; y Jane Burbank and Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and Politics of Difference*, Princeton, Nueva Jersey, 2010, cap. 13.

7 A este importante episodio, con el que concluye la Guerra Fría, le dedica David Remnick apenas dos páginas y media en *Lenin's Tomb: The Last Days of the Soviet Empire*, Nueva York, 1994, que obtuvo el premio Pulitzer; Michael Dobbs, en el ampliamente elogiado *Down with Big Brother: The Fall of the Soviet Empire* Nueva York, 1997, seis páginas; y Stephen Kotkin, en *Armageddon Averted: The Soviet Collapse, 1970-2000*, Oxford, 2001, cinco.

8 Kotkin, *op. cit.*, introducción y cap. 4; Stephen Kotkin, *Uncivil Society: 1989 and the Implosion of the Communist Establishment*, Nueva York, 2009, prólogo; David A. Lake, "The Rise, Fall, and Future of the Russian Empire: A Theoretical Interpretation", en Karen Dawisha y Bruce Parrott,

eds., *The End of Empire? The Transformation of the USSR in Comparative Perspective*, Armonk, Nueva York, 1997, pp. 30-62; Timothy J. Colton, *Yeltsin: A Life* (New York, 2008), caps. 8 y 9.

I. ENCUENTRO EN MOSCÚ

1 David Reynolds, *Summits: Six Meetings That Shaped the Twentieth Century*, Nueva York, 2007, pp. 1-102.

2 "U.S.-Soviet Relations and the Moscow Summit", 26 de julio de 1991, C-SPAN, www.c-spanvideo.org/program/19799-1; Tratado entre Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para la reducción y limitación de armas estratégicas ofensivas, 31 de julio de 1991. US Department of State, http://www.state.gov/www/global/arms/starthtm/start/start1.html.

3 John Lewis Gaddis, *The Cold War: A New History* (New York, 2006); Henry Kissinger, Diplomacy, Nueva York, 1996, pp. 423-732; Vladislav M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 2007, pp. 1-226.

4 Scott Shane, "Cold War's Riskiest Moment", *The Baltimore Sun*, 31 de agosto de 2003.

5 "Atomic War Film Spurs Nationwide Discussion", *The New York Times*, 22 de noviembre de 1983; Ronald Reagan, *An American Life*, Nueva York, 1990, pp. 585-586; Beth A. Fisher, *The Reagan Reversal: Foreign Policy and the End of the Cold War*, Columbia, Missouri, 2000; Ronald Reagan, "Address to the Nation and Other Countries on United States-Soviet Relations, January 16, 1984", http://www.reagan.utexas.edu/archives/speeches/1984/11684a.html.

6 Barbara Bush, *A Memoir*, Nueva York, 1994; George Bush, *All the Best: My Life in Letters and Other Writings*, Nueva York, 2000; Webster Griffin Tarpley y Anton Chaitkin, *George Bush: An Unauthorized Biography*, Joshua Tree, California, 2004.

7 "Remarks at the Arrival Ceremony in Moscow, July 30, 1991" y "Remarks by President Gorbachev and President Bush at the Signing Ceremony for the Strategic Arms Reduction Talks Treaty in Moscow, July 31, 1991", Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3256&year=1991&month=7.

8 Michael R. Beschloss y Strobe Talbott, *At the Highest Levels: The Inside Story of the End of the Cold War*, Boston, 1993, p. 411; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 510-511.

9 "Mikhail Sergeevich Gorbachev", Trip of President Bush to Moscow and Kiev, 30 de julio – 1 de agosto de 1990, Bush Presidential Library, Presidential Records, Office of the First Lady, Scheduling, Ann Brock Series: Cumbre de Moscú, lunes 29/7/91 a jueves 8/1/95—Moscow and Kiev, no. 4.

10 Archie Brown, *The Gorbachev Factor*, Oxford, 1997; Andrei Grachev, *Gorbachev's Gamble: Soviet Foreign Policy and the End of the Cold War*, Cambridge, 2008; Raymond L. Garthoff, *The Great Transition: American-Soviet Relations and the End of the Cold War*, Washington, D.C., 1994; Don Oberdorfer, *From the End of the Cold War to a New Era: The United States and the Soviet Union, 1983-1991*, Baltimore, 1998.

11 Walter Goodman, "Summit Image: Hardly a Mikhail and George Show", *The New York Times*, 1 de agosto de 1991; Gene Gibbons, "Pre Advance Pool Report, Moscow Summit, July 29-August 1, 1991, July 25, 1991", Bush Presidential Library, Presidential Records, White House Office of Media Affairs, *Media Guide to the President's Trip to the USSR*—Verano de 1991.

12 Goodman, "Summit Image"; Bush y Scowcroft, *op. cit.* p. 511; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, 415.

13 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 411-412; "Memorandum of Conversation. Extended Bilateral

Meeting with Mikhail Gorbachev of the USSR, July 30, 1991", Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-07-30—Gorbachev%20[1].pdf.

14 Strobe Talbott, "Mikhail Gorbachev and George Bush: The Summit Goodfellas", *Time*, 5 de agosto de 1991.

15 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 405-406.

16 *Jane's Strategic Weapons Systems*, número 50, Duncan Lennox, Surrey, 2009, pp. 161-163; "Study Details Catastrophic Impact of Nuclear Attack on US Cities", *Space War*, 23 de marzo de 2007, www.spacewar.com/reports/Study_Details_Catastrophic_Impact_Of_Nuclear_Attack_On_US_Citie

17 Pavel Palazhchenko, *My Years with Gorbachev and Shevardnadze: The Memoir of a Soviet Interpreter*, University Park, Pensilvania, 1997, pp. 292-293; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 508-509; "Beseda Gorbacheva s Dzh. Bushem v Londone, 17 iiulia 1991 goda", en V *Politbiuro TsK KPSS po zapisiam Anatoliia Cherniaeva, Vadima Medvedeva, Georgiia Shakhnazarova (1985-1991)*, Moscú, 2000, pp. 695-696.

18 "Memorandum of Conversation. Extended Bilateral Meeting with Mikhail Gorbachev of the USSR, July 30, 1991", Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memconsJelcons/1991-07-30—Gorbachev%20[1].pdf

19 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 511-512; David Remnick, "All Substance, No Style Makes a Dull Summit: Businesslike Bush Forsakes the Flourishes", *The Washington Post*, 31 de julio de 1991.

20 Goodman, "Summit Image", *The New York Times*, 1 de agosto de 1991.

21 Remnick, "All Substance, No Style"; Ann Devroy, "First Lady: Bush Must Run Again: 'For Country's Sake,' She Tells Interviewers", *The Washington Post*, 1 de agosto de 1991; White House, Office of the Press Secretary, Interview of Ms. Bush by Steve Fox, ABC, 31 de julio de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns and Ed A. Hewett Files: POTUS Meetings March 1991-July 1991: Moscow Summit, July 1991, no. 1

22 "Raisa Maksimovna Gorbachev", Trip of President Bush to Moscow and Kiev, July 30-August 1, 1991; Raísa Gorbachova, *Ia nadeius*, Moscú, 1991; Anatolii Cherniaev y Vitalii Gusenkov, Memo for Mikhail Gorbachev on the Program of His Visit to the United States from May 29 to June 4, 1990, Gorbachev Foundation Archive, fond 2, no. 8288.1; Anatolii Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, p. 939; "Raisa Gorbachev to Join Barbara Bush at Wellesley", Harvard Crimson, 18 de mayo de 1990; "Wellesley Students Hail Raisa Gorbachev", *The New York Times*, 20 de mayo de 1990.

23 Barbara Bush, *Address to Soviet Children*, julio de 1991, Viaje del presidente Bush a Moscú y Kiev. 30 de julio al 1 de agosto de 1991; Francis X. Clines, "Red Square Is Beautiful. That's Agreed", *The New York Times*, 31 de julio de 1991; J. Y. Smith, "Raisa Gorbachev, Activist First Lady Dies", *The Washington Post*, 20 de septiembre de 1999; Barbara Bush, "Eulogy: Raisa Gorbachev", *Time*, 4 de octubre de 1999.

24 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 415; Galina Markova, *Bolshoi kremlevskii dvorets*, Moscú, 1981.

25 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 514; "Remarks by President Gorbachev and President Bush at the Signing Ceremony for the Strategic Arms Reduction Talks Treaty in Moscow", 31 July 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3256&year=i99i&month=7.

26 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 514; R. W. Apple Jr., "Summit in Moscow: Bush and Gorbachev Sign Pact to Curtail Nuclear Arsenals, Join in Call for Mid-East Talks", *The New York Times*, 1 de agosto de 1991.

27 Mijaíl Gorbachov, *Memoirs*, Nueva York, 1995, p. 624.

28 Ibídem; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 968-969.

29 *Internal Points for Bessmertnykh Meeting*, July 28, 1991, James A. Baker Papers, caja 110, carpeta 5; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 514-515.

30 Esther B. Fein, "Summit in Moscow: The God (of Technology) That Failed", *The New York Times*, 1 de agosto de 1991.

II. UN INTRUSO EN LA FIESTA

1 Strobe Talbott, "Mikhail Gorbachev and George Bush: The Summit Goodfellas", *Time*, 5 de agosto de 1991; "At Big Moment, Little Earpiece Fails", *The New York Times*, 1 de agosto de 1991.

2 Bush y Scowcroft, op.cit., pp. 514-515; "Toasts at a Dinner Hosted by President Bush in Moscow", 31 July 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3256&year=1991&month=7.

3 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 510-514; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 305-306; "Dmitriy Timofeyevich Yazov", *The Trip of President Bush to Moscow and Kiev*, 30 de julio – 1 de agosto de 1991, Bush Presidential Library.

4 Gorbachov, *op. cit.*, pp. 624-625; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 300-301; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p 413; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 512; Jack Matlock, *Autopsy on an Empire: The American Ambassador's Account of the Collapse of the Soviet Union*, Nueva York, 1994, p. 564.

5 Gorbachov, *op. cit.*, pp. 624-625; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 300-301; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 413; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 512; Jerry Seib, "Pool Report no. 11. Bush, Gorbachev— and Yeltsin—Go to Dinner. Moscow, USSR, Tuesday, July 30, 1991", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Files, Subject Files: Moscow Summit—Press Releases, Fact Sheets, Remarks, no. 2; Matlock, *op. cit.*, p 564.

6 Entre las biografías de Yeltsin cabe destacar Timothy J. Colton, *Yeltsin: A Life*, Nueva York, 2008, y Leon Aron, *Yeltsin: A Revolutionary Life*, Nueva York, 2000.

7 "Boris Nikolaevitch Yeltsin", Viaje del Presidente Bush a Moscú y Kiev. Del 31 de julio al 1 de agosto de 1991, Bush Presidential Library.

8 Colton, *op. cit.*, pp. 183-184; Petr Aven y Al'fred Kokh, "El'tsin sluzhil nam!" entrevista con Gennadi Burbulis, Forbes (edición rusa), 22 de julio de 2010, www.forbes.ru/node/53407/print

9 Anatoli Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, pp. 862-863, 968; Gorbachov, *op. cit.*, 601-602.

10 Oleg Shenin, "Ot partii zhdut energichnykh deistvii", borrador de un discurso pronunciado en una reunión del comité de secretarios de las repúblicas, las regiones y los óblasts, 24 de enero de 1991; "Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv noveishei istorii", Archivos de Historia Contemporánea del Estado Ruso (en adelante RGANI), fond 89, op. 23, no. 2, 25-26.

11 "TsK KPSS. Ob obstanovke v partiinoi organizatsii sovetskikh uchrezhdenii v g. Zheneva (Shveitsariia)", RGANI, fond 89, op. 20, no. 23, 1-6; Economic Survey of Europe, no. 3 (2003): 125.

12 Mark R. Beissinger, *Nationalist Mobilization and the Collapse of the Soviet State*, Cambridge, 2002, pp. 147-199.

13 Citado en Edward W. Walker, *Dissolution: Sovereignty and the Breakup of the Soviet Union*, Lanham, Maryland, 2003, p. 88.

14 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'. Belaia kniga. Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsional'nogo gosudarsta*, 2ª ed., Moscú, 2007, pp. 150-155; Yegor Likhachev, *Inside Gorbachev's Kremlin*, Nueva York, 1996; Archie Brown, *The Gorbachev Factor*, Oxford, 1996; Archie Brown, *Seven Years That Changed the World: Perestroika in Perspective*, Oxford, 2007.

15 V *Politbiuro TsK KPSS po zapisiam Anatoliia Cherniaeva, Vadima Medvedeva, Georgiia Shakhnazarova (1985-1991)*, Moscú, 2000, pp. 499, 529; Beissinger, *op. cit.*, p. 405.

16 Roman Szporluk, "Dilemmas of Russian Nationalism", en *Russia, Ukraine and the Breakup of the Soviet Union*, Stanford, 2000, pp. 183-228; Beissinger, *op. cit.*, pp. 390-396, 401-416; Walker, *op. cit.*, pp. 78-81.

17 *Eduard Shevardnadze to James Baker*, Moscow, January 20, 1991, James A. Baker Papers, caja 102, carpeta 35.

18 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 862-863.

19 Gorbachov, *op. cit*, pp. 326-347, 569-607; Walker, *op. cit*, pp. 55-136.

20 Szporluk, *op. cit*, pp. 188-198; Cherniaev, *op. cit*, pp. 947, 961; Valerii Boldin, *Krushenie pedestala. Shtrikhi k portretu M. S. Gorbacheva*, Moscú, 1995.

21 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 268-283.

22 "President. USSR. Designated Gifts", Bush Presidential Library, Presidential Records, Office of the First Lady, Scheduling, *Ann Brock Series: Moscow Summit*, Monday 7/29/91 to Thursday 8/1/91—Moscow and Kiev, USSR [[3]].

23 Colton, *op. cit.*, pp. 171-173; Boris Yeltsin, "Quotation of the Day", *The New York Times*, 11 de septiembre de 1989.

24 Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Nueva York, 1996, pp. 478-479; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 141-143; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 103-104.

25 Gates, *op. cit.*, p. 503; *Bush y Scowcroft, op. cit.*, pp. 142-143; Colton, *op. cit.*, p. 172.

26 "Luncheon with President Mikhail Gorbachev of the USSR", 30 de julio de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-07-30—Gorbachev%20[2].pdf.

27 "Memorandum of Conversation. Meeting with Boris Yeltsin, President of the Republic of Russia", 30 de julio de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-07-30--Yeltsin.pdf; "The White House Office of the Press Secretary. Remarks of President Bush and President Yeltsin in Press Availability", 30 de julio de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns and Ed A. Hewett Series: POTUS Meetings, March 1991- July 1991: Moscow Summit, July 1991, no. 1.

28 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 412-413; "Points to Be Made for Meeting with President Yeltsin", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Subject Files: POTUS Trip to Moscow and Kiev, July 27-August 1, 1991, no. 1; G. Alimov, "Ukaz o departizatsii nachnet deistvovat' s 4 avgusta. Bush-Yeltsin-Gorbachev", *Argumenty i fakty*, no. 30 (30 de agosto de 1991), p. 7; Jessica Lee, "Pool Report no. 10 President Bush Visits Boris Yeltsin and Stops at Tsereteli Studio", Moscú, URSS, martes, 30 de julio de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Subject Files: Moscow Summit—Press Releases, Fact Sheets, Remarks, no. 2.

29 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 509; Alimov, *op. cit.*, p. 7.

III. EL POLLO KIEV

1 "Nuclear Weapon Effects from Hiroshima to Nagasaki to the Present and Beyond: A Broad-Gauged Analysis with New Information Regarding Simultaneous Detonations and Firestorms", Nukefix, www.nukefix.org/weapon.html.

2 Matlock, *op. cit.*, pp. 464-465; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 408-410.

3 Sergei Solodkin, "Glavredu udalos' razdobyt' v Londone sensatsionnye zapisi besed Mikhaila Sergeevicha s inostrannymi politikami", *Glavred*, 5 de octubre de 2009, http://www.glavred.info/archive/2009/10/05/163604-3.html.

4 "Russians Divided over Baltics' Independence", 12 de abril de 1991, USIA Research Memorandum, National Archives and Records Administration, RG 306, caja 49, M 52-91.

5 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 512; "Implications of Alternative Soviet Futures", National Intelligence Estimate, NIE 11-18-91 (junio de 1991), http://www.foia.cia.gov/docs/DOC_0000265647/DOC_0000265647.pdf; Matlock, *op. cit.*, pp. 565-566.

6 Entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012; Beschloss and Talbott, *op. cit.*, pp. 414-415; Handwritten Notes on the Killing of Lithuanian Border Guards Passed by Brent Scowcroft to James Baker on July 31, 1991, James A. Baker Papers, caja 110, carpeta 5; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 513-514; Gorbachov, *op. cit.*, p. 623.

7 "Richard Nixon/Frank Gannon Interviews", 13 de mayo de 1983, día 5, cinta 1, 00:01:59, www.libs.uga.edu/media/collections/nixon/nixon-day5.html; Conrad Black, *Richard M. Nixon: A Life in Full*, Nueva York, 2008, p. 814.

8 Von Hardesty y Bob Schieffer, *Air Force One: The Aircraft That Shaped the Modern Presidency*, Nueva York, 2005, pp. 127-154; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 515; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 415-416.

9 Matlock, *op. cit.*, p. 567; Beschloss and Talbott, *op. cit.*, p. 416; "Remarks to the Supreme Soviet of the Republic of the Ukraine in Kiev, Soviet Union", 1 de agosto de 1991, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3267&year=1991&month=8.

10 Gibbons, "Pre Advance Pool Report, Moscow Summit, July 29-August 1991, July 25, 1991"; Susan Page, "Pool Report, Pool H", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Subject Files: Moscow Summit—Press Releases, Fact Sheets, Remarks, no. 1; Matlock, *op. cit.*, p. 567.

11 Volodymyr Lytvyn, *Politychna arena Ukrainy: diiovi osoby ta vykonavtsi* (Kiev, 1994); *Ukraina: politychna istoriia XX-pochatok XXI stolittia*, ed. Volodymyr Lytvyn et al., Kiev, 2007, pp. 875-947; Lina Kushnir, "Valentyna Shevchenko: Provesty demonstratsiiu 1 travnia 1986-ho nakazaly z Moskvy", *Ukrams'ka pravda*, 25 de abril de 2011, http://www.istpravda.com.ua/articles/4db5d3966b581/view_comments/.

12 Page, "Pool Report, Pool H".

13 "Leonid Makarovich Kravchuk", *The Trip of President Bush to Moscow and Kiev*, 30 de julio al 1 de agosto de 1991; entrevista del autor con Leonid Kravchuk, Kiev, 1 de septiembre de 2011, http://www.istpravda.com.ua/articles/2011/09/10/53558/view_print; Vahtang Kipiani and Volodymyr Fedoryn, "Kravchuk: 'Shcherbyts'kyi skazav: Kakoi durak pridumal slovo perestroika?'", *Ukra'ins'ka pravda*, 13 de septiembre de 2011; Valentyn Chemerys, Prezydent. Roman-ese, Kiev, 1994; David Remnick, "Ukraine Split on Independence as Republic Awaits Bush Visit", *The Washington Post*, 1 de agosto de 1991.

14 "Remarks at the Arrival Ceremony in Kiev, Soviet Union", 1 de agosto de 1991, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3265&year=1991&month=8; Matlock, *op. cit.*, p. 568.

15 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 510-511; Matlock, *op. cit.*, p. 569; Anatolii Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, pp. 957-958; Chrystyna N. Lapychak, "Bush Notes Importance of Republics in Historic Trip to Ukrainian Capital", *Ukrainian Weekly*, 4 de agosto de 1991, p. 1; Page, "Pool Report, Pool H"; George H.W. Bush, "Remarks to the Supreme Soviet of the Republic of the Ukraine in Kiev, Soviet Union", 1 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 417.

16 Entrevista del autor con Leonid Kravchuk, Kiev, 1 de septiembre de 2011; Kipiani y Fedoryn, "Kravchuk: 'Shcherbyts'kyi skazav.'"

17 Ivan Drach, "My vitaiemo Dzhordzha Busha—iak prezydenta SShA i ne pryimaiemo ioho iak moskovs'koho ahitatora", en *Polityka: statti, dopovidi, vystupy, interv'iu*, Kiev, 1997, pp. 324-327. Cf. "Rukh Chairman Ivan Drach's Remarks to President Bush", *Ukrainian Weekly*, 11 de agosto de 1991, p. 3.

18 Entrevista del autor con Leonid Kravchuk, Kiev, 1 de septiembre de 2011.

19 "Points to Be Made for Meeting with the Ukrainian Chairman Leonid Kravchuk", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Files, *Subject Files: POTUS Trip to Moscow and Kiev*, July 27-August 1, 1991, no. 3.

20 "Memorandum of Conversation. Meeting with Ukrainian Supreme Soviet Chairman Leonid Kravchuk", 1 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-01--Kravchuk.pdf; "Proposals of the Ukrainian SSR for Possible Directions of Trade-and-Economic Cooperation Between the Ukrainian SSR and USA", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns and Ed Hewett Files: POTUS Meetings, March 1991-July 1991: Moscow Summit, July 1991, no. 1.

21 Para un resumen de la historia de Ucrania, véase Paul Robert Magocsi, *A History of Ukraine*, Toronto, 2010, 2ª ed. Sobre el camino de Ucrania hacia la independencia, véanse Bohdan Nahaylo and Victor Swoboda, *Soviet Disunion: A History of the Nationalities Problem in the USSR*, Nueva York, 1990, y Bohdan Nahaylo, *The Ukrainian Resurgence*, Toronto, 1999.

22 George H. W. Bush, "Remarks to the Supreme Soviet of the Republic of the Ukraine in Kiev, Soviet Union", 1 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers. Cf. Richard Nixon, "Toast at a Dinner in Kiev", 29 de mayo de 1972, The American Presidency Project, www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=3440#axzz1QonAPo9C; entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012.

23 Bush, "Remarks to the Supreme Soviet of the Republic of the Ukraine in Kiev, Soviet Union", 1 de agosto de 1991.

24 Entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012.

25 George H. W. Bush, "Remarks to the Supreme Soviet of the Republic of the Ukraine in Kiev, Soviet Union", 1 de agosto de 1991, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3267&year=1991&month=8.

26 *Ukrainian Weekly*, 11 de agosto de 1991.

27 "The Moscow Coup", *The Washington Post*, 20 de agosto de 1991; William Safire, "After the Fall", *The New York Times*, 29 de agosto de 1991; William Safire, "Bush at the UN", *The New York Times*, 16 de septiembre de 1991; William Safire, "Putin's 'Chicken Kiev'"', *The New York Times*,

6 de diciembre de 2004; "Bush Sr. Clarifies 'Chicken Kiev' Speech" *The Washington Times*, 23 de mayo de 2004; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 15-16; Matlock, *op. cit.*, pp. 570-571, 798.

28 Ann McFeatters, "Pool Report No. 21. Pool from the Supreme Soviet Session to St. Sophia to Babii Yar. Kiev, USSR, August 1, 1991", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Subject Files: Moscow Summit—Press Releases, Fact Sheets, Remarks, no. 1.

29 Anatoli Kuznetsov, *Babii Iar: A Document in the Form of a Novel*, trad. David Floyd, Londres, 1970; Victoria Khiterer, "Babi Yar: The Tragedy of Kiev's Jews", *Brandeis Graduate Journal 2* (2004), pp. 1-16.

30 Gibbons, "Pre Advance Pool Report, Moscow Summit, July 25, 1991"; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 516-517; George Bush, "Remarks at the Babi Yar Memorial in Kiev, Soviet Union", 1 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3268&year=1991&month=8; entrevista con Leonid Kravchuk en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta 9.

31 Oleksandr Burakovs'kyi, *Rada natsionalnostei Narodnoho rukhu Ukrainy (1989-1993)*, Edmonton, 1995; Oleksandr Burakovs'kyi, "Rukh ievre'i, Ukra'ina. Rozdumy inorodtsia", *Kyïv*, nos. 1-2 (1997), pp. 93-125; entrevista con Yaakov Bleich en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta 2, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/47o/.

32 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 417; "Gennadiy Ivanovich Yanayev", *The Trip of President Bush to Moscow and Kiev*, July 30-August 1, 1991.

33 Matlock, *op. cit.*, p. 571; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 517.

IV. EL PRISIONERO DE CRIMEA

1 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 526.

2 Ibíd., 520; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 422-423; "Statement by Deputy Press Secretary Popadiuk on the Attempted Coup in the Soviet Union", Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3313&year=1991&month=8.

3 "Telephone Conversation with Prime Minister Brian Mulroney of Canada, August 19, 1991", Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-19—Mulroney.pdf.

4 "First Statement on Soviet Coup", 19 de agosto de 1991, www.c-span-video.org/program/20705-1; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 429-430; James A. Baker y Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, Nueva York, 1995, pp. 514-518; "Assorted JAB Notes from Events Related to Attempted Coup in USSR, 8/12-8/22", James A. Baker Papers, caja 110, carpeta 6; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 504-505, 515.

5 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 521-522; "Telcon with Jozsef Antall, Prime Minister of Hungary, August 19, 1991", Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-19--Antall.pdf.

6 Baker y Frank, *op. cit.*, p. 475; Gates, *op. cit.*, p. 502; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 521-522.

7 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 521-522; "Telephone Conversation with Prime Minister Brian Mulroney of Canada, August 19, 1991", Bush Presidential Library, Memcons and Telcons.

8 Vladímir Medvédev, *Chelovek za spinoi*, Moscú, 1994, pp. 253-260, 269-273; "Gorbachevskaia dacha 'Zaria' v Forose", http://www.foros-yalta.com/?id=288; Valentín Stepankov y Evgeni Lisov,

Kremlevskii zagovor. Versiia sledstviia, Moscú, 1992, pp. 17, 56, 135-143.

9 Medvédev, *op. cit.*, p. 278.

10 Michael Dobbs, *Down with Big Brother: The Fall of the Soviet Empire*, Nueva York, 1997, pp. 377-379.

11 Jonathan Brent y Vladímir Naumov, *Stalin's Last Crime: The Plot Against the Jewish Doctors, 1948-1953*, Nueva York, 2004, pp. 313-325; Medvédev, *op. cit.*, pp. 147-148; Nikolai Zen'kovich, *Mikhail Gorbachev, zhizn do Kremlia*, Moscú, 2001, p. 587.

12 Gorbachov, *op. cit.*, p.631; Valentín Varénnikov, *Nepovtorimoe*, Moscú, 2001, vol. 6, pt. 3; Valeri Boldin, *Krushniepedestala, Shtrikhi k portretu M. S. Gorbacheva*, Moscú, 1995, pp. 15-16.

13 Boldin, *op. cit.*, pp. 13-17; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsional'nogo gosudarsta*, Moscú, 2007, 2ª ed., pp. 289-290; Gorbachov, *op. cit.*, pp. 626-630.

14 Boldin, *op. cit.*, pp.182, 263-265, 282, 333-334, 380-381; Stepankov y Lisov, *op. cit.*, p. 8; Anatoli Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, pp. 972-974; Martin Ebon, *KGB: Death and Rebirth*, Westport, Connecticut, 1994, pp. 3-6.

15 Gorbachov, *op. cit.*, pp. 631-632; Boldin, *op. cit.*, pp. 15-17; Varennikov, *Nepovtorimoe*, vol. 6, pt. 3; Dobbs, *op. cit.*, pp. 377-379; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 972-974.

16 Stepankov y Lisov, *op. cit.*, p. 19.

17 Gates, *op. cit.*, p. 424.

18 Ibíd., pp. 476-477, 491; Vladímir Kriuchkov, *Lichnoe delo*, Moscú, 2003, pp. 364-475.

19 *Boris Yeltsin, The Struggle for Russia*, trad. Catherine A. Fitzpatrick, Nueva York, 1994, pp. 38-39; Gorbachov, *op. cit.*, pp. 628, 642, 643; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, p. 204.

20 Stepankov y Lisov, *op. cit.*, pp. 62, 84-85; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 289-290; David Remnick, *Lenin's Tomb: The Last Days of the Soviet Empire*, Nueva York, 1994, p. 45; Valentín Pávlov, *Avgust iznutri. Gorbachev-putch*, Moscú, 1993, pp. 105-115; Varennikov, *Nepovtorimoe*, vol. 6, pt. 3.

21 Stepankov y Lisov, *op. cit.*, p. 90; Boldin, *op. cit.*, pp. 18-19; Gorbachov, *op. cit.*, p. 632.

22 Stepankov y Lisov, *op. cit.*, pp. 90-91.

23 Ibid., pp. 107-110; Victoria E. Bonnell, Ann Cooper, and Gregory Fredin, eds., *Russia at the Barricades: Eyewitness Accounts of the August 1991 Coup*, Armonk, Nueva York, 1994, pp. 33-41; *Raspad SSSR: Dokumenty i fakty (1986-1992 gg.)*, vol. 1, *Normativnye akty. Ofitsialnye soobshcheniia*, S. M. Shakhrai, ed., Moscú, 2009, pp. 827-831; Remnick, *op. cit.*, pp. 459-460.

24 Gorbachov, *op. cit.*, p. 633.

25 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 421; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 526.

V. EL REBELDE RUSO

1 *Boris Yeltsin, The Struggle for Russia*, trad. Catherine A. Fitzpatrick, Nueva York, 1994, pp. 42-46, 53-54, 57, 61-62, 69; Aleksandr Korzhakov, *Boris El'tsin: ot rassveta do zakata*, Moscú, 1997, pp. 80-84; Victoria E. Bonnell, Ann Cooper, y Gregory Fredin, eds., *Russia at the Barricades: Eyewitness Accounts of the August 1991 Coup*, Armonk, Nueva York, 1994, pp. 170-171, 218-220; Valentin Stepankov y Evgenii Lisov, *Kremlevskii zagovor. Versiia sledstviia*, Moscú, 1992, pp. 110-112; *Krasnoe ili beloe? Drama avgusta-91. Fakty. Gipotezy. Stolknovenie mnenii*, Moscú, 1992, 89-

92.

2 Stepankov y Lisov, *Kremlevskii zagovor*, pp. 108, 117-121; *Krasnoe ili beloe*, pp. 95-96; Colton, *op. cit.* p. 198.

3 Colton, *op. cit.* p. 198; Evgeni Shaposhnikov, Vybor. *Zapiski glavnokomanduiushchego*, Moscú, 1993, pp. 18-19; Stepankov y Lisov, *op. cit.*, pp. 109, 123.

4 Valeri Boldin, *Krushenie p'destala. Shtrikhi k portretu M. S. Gorbacheva*, Moscú, 1995, pp. 19-20; Andréi Grachev, *Gorbachev. Chelovek, kotoryi khotel kak luchshe*, Moscú, 2001, 366ff.

5 Bonnell, Cooper, y Fredin, eds., *op. cit.*, pp. 42-54, 318321; Stepankov y Lisov, *Kremlevskii zagovor*, pp. 134-135.

6 Stepankov y Lisov, *Kremlevskii zagovor*, pp. 122-123, 133.

7 Ibíd., pp. 159-160.

8 Yeltsin, *op. cit.*, pp. 43-45; Korzhakov, *op. cit.* p. 84.

9 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsionalnogo gosudarsta*, Moscú, 2007, 2ª ed, p. 289; Anatoli Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, p. 941; Korzhakov, *op. cit.* p. 82; Colton, *op. cit.*, pp. 147-149, 308-314; Nasir Ghaemi, *A First-Rate Madness: Uncovering the Links Between Leadership and Mental Illness*, Nueva York, 2011.

10 Bonnell, Cooper, y Fredin, eds., *op. cit.*, pp. 172-175; Yeltsin, *op. cit.*, pp. 77-78; Colton, *op. cit.*, pp. 200-201; Aleksandr Rutskói, *Krovavaia osen*, Moscú, 1995.

11 Yeltsin, *op. cit.*, pp. 80, 83; Korzhakov, *op. cit.*, pp. 87-89.

12 Iain Elliot, "On-the-Spot Impressions", en Bonnell, Cooper, y Fredin, eds., *op. cit.*, pp. 293-294; Yeltsin, *op. cit.*, pp. 85-86; *Krasnoe ili beloe*, p. 99; Bonnell, Cooper, y Fredin, eds., *op. cit.*, pp. 95-96; Vadim Medvédev, *V komande Gorbacheva. Vzgliad iznutri*, Moscú, 1994, p. 196.

13 Embajada estadounidense en Moscú al secretario de Estado, Washington, agosto de 1991, "Charge's Meeting with RSFSR Foreign Minister: Yeltsin's Next Steps and Letter for President Bush", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas Rostow Series: USSR (Coup), no. 2; "Yeltsin's Letter to President Bush", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Subject Files: USSR Coup Attempt August 1990 [[sic]], no. 1.

14 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 430-431; Gates, *op. cit.*, p. 522; "Reaction to Coup in the Soviet Union", 19 de agosto de 1991, White House Travel: Air Force One Channel, C-SPAN Video Library, www.c-spanvideo.org/program/20711-1.

15 Carta sin fecha del vicepresidente Yanaev al presidente Bush. Traducción no oficial, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Subject Files: USSR Coup Attempt August 1990 no. 1; Memo from Ed A. Hewett, "Meeting between Ambassador Viktor Komplektov and Robert Gates", Bush Presidential-Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Subject Files: USSR Coup Attempt August 1990 [[sic]], no. 1; Gates, *op. cit.*, p. 522.

16 Gates, *op. cit.*, pp. 521-522; Minutes of the Deputies Committee Meeting, August 19, 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Deputies Committee Files, NSC/DC 300, 301; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 432.

17 Gates, *op. cit.*, p. 523; "Statement on the Attempted Coup in the Soviet Union", August 19, 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3316&year=1991&month=8.

18 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 523.

19 Brent Scowcroft, "Memorandum for the President, Subject: Phone Call to President Boris Yeltsin", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Subject Files: USSR Coup Attempt, August 1990 [[sic]], no. 2; "Phone Call to Boris Yeltsin: Suggested Talking Points", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns and Ed A. Hewett Series, USSR Chronological Files: August 1991, no. 1.

20 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 527-528; "Telecon with President Boris Yeltsin of Republic of Russia, USSR", 20 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.eduresearch/pdfs/memcons_telcons/1991-08-19—Yeltsin.pdf; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 433-434.

21 Yeltsin, *op. cit.*, pp. 80, 83, 87.

22 Korzhakov, *op. cit.*, pp. 93-94; Theresa Sabonis-Chafee, "Reflections from the Barricades", en Bonnell, Cooper y Fredin, eds., *op. cit.*, pp. 242-245.

VI. EL TRIUNFO DE LA LIBERTAD

1 Alfred Kokh y Petr Aven, "Andrei Kozyrev: nastoiashchii kamikadze", Forbes (edición rusa), 28 de septiembre de 2011, www.forbes.ru/ekonomika/lyudi/74501-andrei-kozyrev-nastoyashchii-kamikadze; American Consul, Strasbourg to Secretary of State, Washington, "Kozyrev in Strasbourg: Stand for Election or Stand Aside", August 22, 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, White House Situation Room Files: USSR Part 4 of 4 Moscow Coup Attempt (1991), no. 5.

2 Andrei Kozyrev, "Stand by Us", *The Washington Post*, 21 de agosto de 1991.

3 "The President's Press Conference", August 20, 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3317&year=1991&month=8; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 433-434.

4 Baker y DeFrank, *op. cit.*, pp. 520-521.

5 Memo from McKenney Russell, USIA to Robert Gates, White House, "USIA Media Coverage of Gorbachev Ouster", 19 de agosto de 1991; McKenney Russell to Robert Gates, White House, "USIA on Day Two After the Coup", 21 de agosto de 1991; McKenney Russell to Robert Gates, White House, "The Coup's Third and Last Day on USIA Media", 22 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nancy Berg Dyke Series, Subject Files: Soviet Union—Coup—August 1991, Public Diplomacy.

6 Baker, *op. cit.*, p 521.

7 Ibíd., pp. 160-162.

8 Valentín Stepankov y Evgeni Lisov, *Kremlevskii zagovor. Versiia sledstviia*, Moscú, 1992, pp. 162-168.

9 Evgeni Shaposhnikov, Vybor. *Zapiski glavnokomanduiushchego*, Moscú, 1992, pp. 19, 39.

10 Valeri Kucher, "A Russian Reporter Remembers", en Bonnell, Cooper, y Fredin, eds., *op. cit.*, p. 334; Iain Elliot, "On-the-Spot Impressions", en ibíd., p. 291; Theresa Sabonis-Chafee, "Reflections from the Barricades", en ibíd., pp. 244-245; Stepankov y Lisov, *op. cit.*, p. 178.

11 Korzhakov, *op. cit.*, pp. 93-94; Michael Hetzer, "Death on the Streets", en Bonnell, Cooper, y Fredin, eds., *op. cit.*, pp. 253-254.

12 *Krasnoe ili beloe? Drama avgusta-91. Fakty. Gipotezy. Stolknovenie mnenii* Moscú, 1992, pp. 113-130; John B. Dunlop, "The August 1991 Coup and Its Impact on Soviet Politics", *Journal of Cold War Studies* 5, no. 1 (2003): 94127, here 110-111.

13 Stepankov y Lisov, *op. cit.*, pp. 180-184.

14 Ibíd., pp. 270-279; Natalia Gevorkian, Natalia Timakova, y Andréi Kolésnikov, *Ot pervogo litsa. Razgovory s Vladimirom Putinym*, Moscú, 2000, cap. "Demokrat"; Masha Gessen, *The Man Without a Face: The Unlikely Rise of Vladimir Putin*, Nueva York, 2013, pp. 108-118.

15 Dunlop, *op. cit.*, p. 111; Stepankov y Lisov, *Kremlevskii zagovor*, pp. 186-187; Krasnoe ili beloe, p. 251.

16 Korzhakov, *op. cit.*, pp. 93-96, 113; Yeltsin, *op. cit.*, p. 93.

17 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 434-435; Bush y Brent Scowcroft, *op. cit.*, pp. 528-530; De Embajada estadounidense a secretario de Estado, "USSR State of Emergency: Situation Report, no. 21, 08:00 [[a.m.]] local, August 21", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, White House Situation Room Files: USSR Part 3 of 4 Moscow Coup Attempt (1991), no. 11.

18 Seymour M. Hersh, "The Wild East", *Atlantic Monthly*, junio de 1994.

19 "Telecon with President Boris Yeltsin of the Russian Federation", 21 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-21--Yeltsin%20[[1]].pdf.

20 Baker, *op. cit.*, p., 522; Shaposhnikov, *op. cit.*, pp. 47-50; "Telecon with President Boris Yeltsin of the Russian Federation". 21 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-21--Yeltsin%20[[1]].pdf; "Assorted JAB Notes from Events Related to Attempted Coup in USSR, 8/128/22", James A. Baker Papers, box 110, folder 6.

21 Dunlop, *op. cit.*, p. 111; Stepankov y Lisov, *Kremlevskii zagovor*, pp. 186-187; Krasnoe ili beloe, p. 251.

22 Gorbachov, *op. cit.*, pp. 632-640; Anatoli Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú,2008, pp. 982-983; Stepankov y Lisov, *Kremlevskii zagovor*, pp. 205-207; Krasnoe i beloe, pp. 141-142; Dunlop, *op. cit.*

23 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 531-532; "Telecon with President Mikhail Gorbachev of the USSR", 21 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-21—Gorbachev.pdf; Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod*, 983; "Exchange with Reporters in Kennebunkport, Maine, on the Attempted Coup in the Soviet Union", 21 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3322&year=1991&month=8.

24 Yeltsin, *op. cit.*, p. 101; Palazhchenko, *op. cit.*, p. 983.

25 Stepankov y Lisov, *Kremlevskii zagovor*, pp. 208-210, 213-217, 297.

VII. EL RESURGIR DE RUSIA

1 "Press-konferentsiia prezidenta SSSR", *Pravda*, 23 de agosto de 1991.

2 "Vozvrashchenie prezidenta SSSR", *Pravda*, 23 de agosto de 1991.

3 Cherniaev, *op. cit.*, p. 984; Remnick, *op. cit.*, pp. 494-495; Dobbs, *op. cit.*, p. 411.

4 V *Politbiuro TsK KPSS po zapisiam Anatoliia Cherniaeva, Vadima Medvedeva, Georgiia*

Shakhnazarova (1985-1991), Moscú, 2000, pp. 497-498; Vadim Medvédev, *V komande Gorbacheva. Vzgliad iznutri*, Moscú, 1994, pp. 199-200; Gorbachov, *op. cit.*, p. 641.

5 "Press-konferentsiia prezidenta SSSR", *Pravda*, 23 de agosto de 1991; V Politbiuro TsK KPSS, pp. 497-498.

6 "Rossiiskii trikolor, kak simvol avgusta 1991 g"., Radio Svoboda, 21 de agosto de 1991, www.svobodanews.ru/content/article/1804909.html; Yeltsin, *op. cit.*, pp. 106-109.

7 *Izvestiia*, 23 de agosto de 1991; *Raspad SSSR: Dokumenty i fakty (1986-1992 gg.)*, vol. 1, *Normativnye akty. Ofitsial'nye soobshcheniia*, S. M. Shakhrai, ed., (Moscow, 2009), pp. 841-843, 847-849; Medvédev, *op. cit.*, pp. 199-200.

8 Yeltsin, *op. cit.*, pp. 106-109; Korzhakov, *op. cit.*, pp. 115-117; Evgeni Shaposhnikov, *op. cit.*, pp. 62-65.

9 Yeltsin, *op. cit.*, p. 106

10 "Opros. 'Ulitsa' o M. Gorbacheve", *Argumenty i fakty*, n° 33, 23 de agosto de 1991; Gorbachov, *op. cit.*, p. 642.

11 Gorbachov, *op. cit.*, pp. 644-645.

12 V Politbiuro TsKKPSS, pp. 697-698.

13 Collins al secretario de Estado, "Communist Monuments Coming Down. Lenin May Be Evicted from Mausoleum", 26 de agosto de 1991, 2, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, White House Situation Room Files: USSR Part 4 of 4 Moscow Coup Attempt (1991), no. 9.

14 Shaposhnikov, *op. cit.* p. 63.

15 Korzhakov, *op. cit.*, pp. 116-117, Evgenii Sevostianov, "V avguste 91-go", www.savostyanov.ru/index_6.html; Dobbs, *op. cit.*, pp. 411-417; Yeltsin, *op. cit.*, p. 100; Remnick, *op. cit.*, pp. 493-494.

16 "Gorbachev's Speech to Russians: A Major Regrouping of Political Forces", *The New York Times*, pp. 6-7; Remnick, *op. cit.*, pp. 494-495.

17 "Gorbachev's Speech to Russians", p. 7; Gorbachev, *op. cit.*, pp. 644; Petr Aven and Al'fred Kokh, "El'tsin sluzhil nam!", entrevista con Gennadi Burbulis, Forbes (edición rusa), 22 de julio de 2010, www.forbes.ru/node/53407/print.

18 Aven y Kokh, "El'tsin sluzhil nam!"; Gorbachev, *op. cit.*, p. 644.

19 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 438.

20 Memorando de conversación telefónica con Boris Yeltsin, 21 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-21—Yeltsin%20[2].pdf.

21 Cónsul estadounidense a la secretaría de Estado, "Kozyrev in Strasbourg: Stand for Election or Stand Aside", 21 de agosto de 1991.

22 *Krasnoe ili beloe? Drama avgusta-91. Fakty, gipotezy, stolknoveniia mnenii Moscú*, 1992, pp. 116-117.

23 Raspad SSSR, 853-856; V Politbiuro TsK KPSS, pp. 699-701; Medvédev, *op. cit.*, pp. 201-202; Gorbachov, *op. cit.*, pp. 643-645.

24 Cherniaev, *op. cit.* pp. 967-968; "TsK KPSS. Ob orientirovke dlia partiinykh komitetov po zakonu RSFSR 'O militsii, 4 iiunia 1991,' RGANI, fond 89, op. 11, no. 90; "Informatsiia o deiatel'nosti partiinykh organizatsii Kompartii RSFSR v usloviiakh deistviia Ukaza Prezidenta RSFSR ot 20

iiulia 1990g"., RGANI, fond 89, op. 23, no. 8.

25 Stepankov y Lisov, *op. cit.* pp. 236-254; "Pugo, Boris Karlovich", http://www.biografija.ru/show_bio.aspx?id=109919.

26 Medvédev, *op. cit.*, p. 198; A. Kutsenko, Marshaly i admiraly flota Sovetskogo Soiuza, Kiev, 2007, pp. 18-21.

27 "Soviet Turmoil. New Suicide: Budget Director", *The New York Times*, 27 de agosto de 1991; Dobbs, *op. cit.* pp. 420-421; Stepankov y Lisov, *op. cit.*, pp. 233-236; Raspad SSSR, pp. 85-57; Stephen Kotkin, *Armageddon Averted: The Soviet Collapse, 1970-2000*, Oxford, 2001, pp. 113-117.

VIII. UCRANIA INDEPENDIENTE

1 Fedir Turchenko, *HKChP i proholoshennia nezalezhnosti Ukrainy: pohliad iz Zaporizhzhia*, Zaporizhia, 2011, pp. 108-111.

2 Entrevista con John Stepanchuk en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/315/.

3 Entrevista con Leonid Kravchuk en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta 8, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/510; Vasyl' Tuhluk, "Den, shcho zminyv khid istori'i", Uriadovyi kur'ier, 23 de agosto de 1991.

4 Sergei Rakhmanin, "Boris Sharikov: 'To' chto GKChP provalilsia ia pochuvstvoval, kogda uvidel press-konferentsiiu chlenov komiteta,'" Zerkalo nedeli, 18 de agosto de 2001.

5 Iurii Shapoval, "Iak HKChP-isty krainu z kryzy vyvodyly", *Dzerkalo tyzhnia*, 19 de agosto de 2001; Rakhmanin, "Boris Sharikov"; entrevista con Leonid Kravchuk in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta 8, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/510; Leonid Kravchuk, *Maiemo te, shcho maiemo. Spohady i rozdumy*, Kiev, 2002, pp. 94-98; entrevista con Valentin Varennikov in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta 2, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/401/.

6 Entrevista del autor con Leonid Kravchuk, Kiev, 1 de septiembre de 2011; Kravchuk, *op. cit.*, p. 99.

7 Dmytro Kyians'kyi, "Akademik. Vitse-prem'ier. Dyplomat", *Dzerkalo tyzhnia*, 2 de febrero de 2002; "Ievhen Marchuk: Iakby ia chysto shyzofrenichno zakhotiv zrobyty HKChP" *Ukrains'ka pravda*, August 12, 2011, http://www.istpravda.com.ua/digest/2011/08/12/51759/view_comments/.

8 Entrevista con Heorhii Kriuchkov en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta 4, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/516/; "Iz shifrotelegrammy TsK Kompartii Ukrainy", in *Nezavisimost' Ukrainy: Khronika*, http://usenet.su/showthread.php/222481-5-5.

9 Entrevista con Adam Martyniuk, *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, tape 4, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/603; "Iz vystupleniia Predsedatelia Prezidiuma Verkhovnogo Soveta USSR L. M. Kravchuka po ukrainskomu televideniiu, 19 avgusta 1991 g"., en *Nezavisimost' Ukrainy: Khronika*; Embajada estadounidense en Moscú a secretario de Estado, 23 de agosto de 1991, "Reaction in Ukraine to the Coup in Moscow", 2, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, White House Situation Room Files: USSR Part 4 of 4 Moscow Coup Attempt (1991), no. 5.

10 Programma Vremia, 19 de agosto de 1991, www.youtube.com/watch?v=HY5wf-ywETE; Roman Solchanyk, "Kravchuk and the Coup", *Ukrainian Weekly*, 1 de septiembre de 1991, pp. 2, 10.

11 Turchenko, *op. cit.*, pp. 9-54; Serhii Plokhy, *Ukraine and Russia: Representations of the Past*, Toronto, 2008, pp. 165-181. Véanse vídeos de la marcha cosaca de 1990 y del festival Chervona

Ruta de 1991 en "SichCentr 7: Cossack Hogan at Festivals in Zaporozhye", vídeo de YouTube colgado por SichCentr, 22 de julio de 2009, http://youtu.be/Ex_cFOqEvoQ.

12 Embajada de Estados Unidos en Moscú al secretario de Estado, 23 de agosto de 1991, "Reaction in Ukraine to the Coup in Moscow", p. 3.

13 Masha Gessen, *The Man Without a Face: The Unlikely Rise of Vladimir Putin*, Nueva York, 2013, pp. 108-118.

14 Entrevista con Volodymyr Hryniov en Rozpad Radians'koho Soiuzu. *Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/239/; Embajada de Estados Unidos en Moscú al secretario de Estado, 23 de agosto de 1991, "Reaction in Ukraine to the Coup in Moscow", p. 3.

15 "General Strike Planned by Democratic Groups", *Ukrainian Weekly*, 25 de agosto de 1991, pp. 1, 13; Marta Kolomayets, "What the Coup Meant for Ukraine", *Ukrainian Weekly*, 25 de agosto de 1991, pp. 1, 10; Solchanyk, "Kravchuk and the Coup", p. 10.

16 Yeltsin, *op. cit.*, p. 66; entrevista con Vlodymyr Filenko en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 4 http://oralhistory.org.ua/interview-ua/438; entrevista con Ruslan Khasbulatov in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, pp. 1-2; entrevista con Nikolai Bagrov in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/372; "Telecon with President Boris Yeltsin of the Russian Federation", 21 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-21--Yeltsin%20[[1]].pdf; Lapychak, "Kravchuk Criticized", p. 2.

17 Lapychak, "Kravchuk Criticized", p. 4; Solchanyk, "Kravchuk and the Coup", p. 10.

18 Evgeni Shaposhnikov, Vybor. *Zapiski glavnokomanduiushchego*, Moscú, 1993, pp. 63-64.

19 "Soveshchanie s rukovoditeliami respublik", *Izvestiia*, 24 de agosto de 1991; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsional'nogo gosudarsta*, 2ª ed., Moscú, 2007, pp. 308-309.

20 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, p. 309; entrevista del autor con Leonid Kravchuk, 1 de septiembre de 2011; "Gorbachev's Speech to Russians: A Major Regrouping of Political Forces", *The New York Times*, 21 de agosto de 1991; Ruslan Kvatsiuk and Oksana Perevoznaia, "Vitol'd Fokin: liudi mogut vyiti na maidan", Gazeta.ua, 4 de febrero de 2009, http://www.inosmi.ru/ukraine/20090204/247198.html.

21 Vahtanh Kipiani y Volodomyr Fedoryn, "Shcherbitskii skazal: kakoi durak pridumal slovo perestroika?" *Ukrains'ka pravda*, 10 de septiembre de 2011, www.istpravda.com.ua/articles/2011/09/10/53558/view_print; Pylypchuk, "Pid chas HKChP u Kravchuka buly v zapasi shapky z chervonymy zirkamy i tryzubom", Gazeta.ua, 19 de agosto de 2011.

22 Solchanyk, "Kravchuk and the Coup"; entrevista con John Stepanchuk en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/315; Tuhluk, "Den, shcho zminyv khid istorii".

23 Solchanyk, "Kravchuk and the Coup"; Chrystyna Lapychak, "Ukraine, Russia Sign Interim Bilateral Pact", *Ukrainian Weekly*, 1 de septiembre de 1991, p. 9; Tuhluk, "Den, shcho zminyv khid istorii"; interview with Volodymyr Yavorivsky in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 5, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/382/.

24 "The Question for Mr. President from Narodna Rada (the 'People's Council')"; De George Bush a Ed Hewett (Aboard AF I), 1 de agosto de 1991; De George Bush a Lukianenko, Bush Presidential

Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns and Ed A. Hewett Series, USSR Chronological Files: August 1991, no. 2.

25 Entrevista con Levko Lukianenko en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 4, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/541.

26 Entrevista con Volodymyr Hryniov en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/239/>; entrevista con Volodymyr Yavorivsky in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 5, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/382/.

27 Lapychak, "Ukraine, Russia Sign Interim Bilateral Pact", p. 9; Tuhluk, "Den, shcho zminyv khid istorii".

28 Entrevista con Leonid Kravchuk en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta 8, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/510; Kravchuk, *op. cit.*, p. 101.

29 Entrevista con Bohdan Havrylyshyn en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/189; entrevista con Dmytro Pavlychko, íbid., cinta 4, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/497/.

30 *Akt proholoshennia nezalezhnosti Ukrainy*, web oficial del parlamento ucraniano, http://gska2.rada.gov.ua/site/postanova/akt_nz.htm.

31 Kravchuk, *op. cit.*, pp. 102-103; entrevista con John Stepanchuk en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3.

32 Turchenko, *op. cit.*, pp. 111-112; Kravchuk, *op. cit.*, pp. 102-104.

IX. SALVAR EL IMPERIO

1 Vera Kuznetsova, "Ukraina", *Nezavisimaia gazeta*, 29 de agosto de 1991.

2 "Soiuz raspadaetsia pod perebranku deputatov", *Izvestiia*, 28 de agosto de 1991; S. Chugaev y V. Shcheporkin, "Pravitel'stvo uvoleno, parlament prodolzhaet rabotat'", *Izvestiia*, 29 de agosto de 1991; Roman Solchanyk, "Ukraine and Russia: Relations Before and After the Failed Coup", *Ukrainian Weekly*, 29 de septiembre de 1991, p. 9.

3 "Gorbachev's Speech to the Russians", *The New York Times*, 24 de agosto de 1991; Roman Szporluk, *Russia, Ukraine, and the Breakup of the Soviet Union*, Stanford, California, 2000, pp. 183-228.

4 Soiuz mozhno bylo sokhranit". Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsional'nogo gosudarsta*, 2ª ed., Moscú, 2007, pp. 310-317.

5 Ibíd., pp. 317-319.

6 Jack Matlock, *Autopsy on an Empire: The American Ambassador's Account of the Collapse of the Soviet Union*, Nueva York, 1994, p. 451.

7 Entrevista del autor con Yuri Shcherbak, Roma, 19 de junio de 2012; Bill Keller, "A Collapsing Empire", *The New York Times*, 27 de agosto de 1991; Francis X. Clines, "A New Vote Promised. President, in Address to Parliament, Accepts Blame for Coup" *The New York Times*, 27 de agosto de 1991; Solchanyk, "Ukraine and Russia", p. 9; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 314-315.

8 Pavel Voshchanov, "Kak ia ob"iavlial voinu Ukraine", *Novaia gazeta*, 23 de octubre de 2003.

9 "Press sekretar prezidenta ofitsial'no zaiavliaet", *Rossiiskaia gazeta*, 27 de agosto de 1991; Voshchanov, "Kak iaob"iavlial voinu Ukraine".

10 L. Barrington, "Russian Speakers in Ukraine and Kazakhstan: 'Nationality,' 'Population' or Neither?" *Post-Soviet Affairs* 17, n°. 2 (2001): 129-158; A. M. Khazanov, *After the USSR: Ethnicity, Nationalism and Policies in the Commonwealth of Independent States*, Madison, Winsconsin, 1995; N. J. Melvin, "The Russians: Diaspora and the End of Empire", en *Nations Abroad: Diaspora Politics and International Relations in the Former Soviet Union*, C. King y N. Melvin, eds., Boulder, Colorado, 1998, pp. 27-58; Taras Kuzio, "Russians and Russophones in the Former USSR and Serbs in Yugoslavia: A Comparative Study of Passivity and Mobilization", *East European Perspectives* 5, n°. 13, 25 de junio de 2003.

11 Solchanyk, "Ukraine and Russia", p. 9; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 315-316.

12 Iu. Afanasev, L. Batkin, V. Bibler, E. Bonner, Iu. Burtin, Viach. Ivanov y L. Timofeev, "Privetstvuem razval 'imperii,'" 28 de agosto de 1991, en *Nezavisimaia gazeta*, 3 de septiembre de 1991. Cf. *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 285-288.

13 Vitalii Portnikov, "Ukraina ne imeet pretenzii k Rosii. Reaktsiia na zaiavlenie press-sekretaria prezidenta RSFSR", *Nezavisimaia gazeta*, 29 de agosto de 1991; Solchanyk, "Ukraine and Russia", p. 9.

14 Voshchanov, "Kak ia ob"iavlial voinu Ukraine"; Vitalii Chervonenko", Nezavisimost': kak eto bylo" (entrevista con Yurii Shcherbak), Vovremia.info, 24 de agosto de 2007, http://vovremya.info/art/1187882352.html; entrevista del autor con Yuri Shcherbak, Roma, 19 de junio de 2012.

15 S. Tsekora, "Rossiia i Ukraina dogovorilis", *Izvestiia*, 29 de agosto de 1991.

16 Entrevista del autor con Yuri Shcherbak, Roma, 19 de junio de 2012; Nadezhda Kalinina, "Sergei Stankevich: 'net nikakikh osnovanii schitat' putch operetkoi", *Russkii kur'er*, 14 de agosto de 2006.

17 Tsekora, "Rossiia i Ukraina dogovorilis'"; Kalinina, "Sergei Stankevich: 'Net nikakikh osnovanii schitat' putch operetkoi"; *Solchanyk*, "Ukraine and Russia", p. 11.

18 *Kazakhstanskaia pravda*, 30 de agosto de 1991; V. Drozdov, "Kazakhstan i Rossiia: soglasie podtverzhdeno", *Izvestiia*, 30 de agosto de 1991.

19 Oleg Moroz, "Za riumkoi kliuchevye voprosy ne reshalis'" (entrevista con Yegor Gaidar), *Newsland*, 2 de mayo de 2011, www.newsland.ru/news/detail/id/690529.

20 Pavel Fel'gengauer, "Novaia forma voenno-ekonomicheskogo soiza '14+1' gde 1 eto Rossiia", *Nezavisimaia gazeta*, 29 de agosto de 1991; Liana Minasian", Tsentr umer. Da zdravstvuet tsentr", *Nezavisimaia gazeta*, 29 de agosto de 1991; Aleksandr Gagua, "My pereotsenivaem nashikh partnerov", *Nezavisimaia gazeta*, 29 de agosto de 1991; Vasilii Seliunin, "Esli raspad neizbezhen, ego nado khorosho organizovat'" *Izvestiia*, 29 de agosto de 1991; O. G. Rumiantsev, "Ne zaboltat' by pobedu", *Izvestiia*, 30 de agosto de 1991.

21 I. Litvinova, "Boris El'tsin pribyl v Latviiu. V Rige otkryto pervoe posol'stvo", *Izvestiia*, 30 de agosto de 1991; Aleksandr Korzhakov, Boris El'tsin: ot rassveta do zakata, Moscí, 1997, pp. 123-124.

22 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, p. 315; Medvédev, *op. cit.*, p. 202; Serge Schmemann, "Plea for Survival", *The New York Times*, 29 de agosto de 1991; *Raspad SSSR: Dokumenty i fakty* (1986-1992 gg.), vol. 1, *Normativnye akty. Ofitsial'nye soobshcheniia*, S. M. Shakhrai, ed., Moscú, 2009, p. 863; Chugaev y Shcheporkin, "Pravitel'stvo uvoleno, parlament prodolzhaet rabotat"' p. 4.

23 Gorbachov, *op. cit.*, pp. 649-651; Yeltsin, *op. cit.*, p. 108; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 317-319.

24 Medvédev, *op. cit.*, p. 205.

25 O. G. Rumiantsev, ed., *Iz istorii sozdaniia Konstitutsii Rossiiskoi Federatsii. Konstitutsionnaia*

komissiia. Stenogrammy, materialy, dokumenty (1990-1993) v 6-ti tomakh, vol. 2, 1991 (Moscú, 2008), pp. 814-815; Yeltsin, *op. cit.*, p. 109; Gorbachev, *op. cit.*, pp. 647-651.

26 Raspad SSSR, pp. 916-920; Yeltsin, *op. cit.*, p. 109; "Blitsinterviu. Ter-Petrosian, predsedatel' Verkhovnogo Soveta Armenii", *Argumenty i fakty*, 29 de agosto de 1991.

27 Raspad SSSR, 920-921; Korzhakov, *op. cit.*, pp. 118-119, 125.

28 De Bob Strauss al secretario de Estado, "My Meeting with Boris Yeltsin", 24 de agosto de 1991, 1-3, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, White House Situation Room Files: USSR Part 4 of 4 Moscow Coup Attempt (1991), no. 6.

X. EL DILEMA DE WASHINGTON

1 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 539.

2 Ibídem.; Joe Hyams, *Flight of the Avenger: George Bush at War*, Nueva York, 1991; Webster Griffin Tarpley y Anton Chaitkin, *George Bush: An Unauthorized Biography*, Joshua Tree, California, 2004, pp. 101-114.

3 Anatol Lieven, *The Baltic Revolution: Estonia, Latvia, Lithuania and the Path to Independence*, New Haven, Connecticut, 1994), pp. 82-85, 204-254, 374-384.

4 Entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012.

5 Secretario de Estado a la embajada de Buscarest, 22 de marzo de 1991, Subject: CSCE: Handling Moldova in CSCE, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns and Ed A. Hewett Series, Russia Subject Files: 4.3.0—US Relations with Russia, Policy on the Debate over the Union; de Nicholas Burns a Ed Hewett, "Response to the Soviet Embassy on the USSR Borders", 1 de abril de 1991, ibid.; De George Bush a Mijail Gorbachov, borrador del 29 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns and Ed A. Hewett Series, USSR Chronological Files: August 1991, no. 1.

6 James A. Baker con Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace 1989-1992*, Nueva York, 1995, p. 238; discurso de Jack Matlock en el Davis Center, Universidad de Harvard, 25 de octubre de 2011.

7 De George H. W. Bush a Mijáil Gorbachov, 23 de enero de 1991, James A. Baker Papers, caja 109, carpeta 9; Jack Matlock, *Autopsy on an Empire: The American Ambassador's Account of the Collapse of the Soviet Union*, Nueva York, 1994, pp. 469-473.

8 Edward W. Walker, *Dissolution: Sovereignty and the Breakup of the Soviet Union*, Lanham, Maryland, 2003, pp. 55-178; Raspad SSSR: Dokumenty i fakty (1986-1992 gg.), vol. 1, *Normativnye akty. Ofitsial'nye soobshcheniia*, ed. S. M. Shakhrai, Moscú, 2009, pp. 265-635.

9 Entrevista del autor con Thomas Simons, 13 de mayo de 2013; George H. W. Bush a Mikhail Gorbachev, 23 de enero de 1991; Gates, *op. cit.*, pp. 528-529.

10 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 207, 223; Olgerts Pavlovskis, presidente del Comité Nacional Unido Balticoamericano al presidente Bush, 13 de junio de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, White House Office of Records Management, Subject Files, General: Economic Summit, London, England, 7/15-17/91; Benjamin Cardin y otros 44 miembros del Congreso estadounidense al Presidente Bush, 26 de julio de 1991, ibíd.; Carta del líder de la Comisión de Seguridad y Cooperación en Europa, firmada por el senador Alfonse D'Amato y otros al presidente Bush, 26 de julio de 1991, ibíd.; "Points to Be Made for Meeting with President Boris Yeltsin" [[July 1991]], Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns

Series, Subject Files: POTUS Trip to Moscow and Kiev, July 27-August 1, 1991, no. 1; "Points to Be Made for Meeting with Chairman Leonid Kravchuk" [[July 1991]], ibíd., no. 3.

11 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 533-534; Embajada americana al secretario de Estado en Washington, 29 de agosto de 1991: Letter from Lithuanian President Landsbergis to the President, 1-2, r, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, White House Situation Room Files: USSR Part 4 of 4 Moscow Coup Attempt (1991), no. 7; Embajada estadounidense en Moscú a secretario de Estado. Asunto: Sesión del sóviet supremo comienza con un procedimiento de conflictos procedurales sin fin, ibid., Situation Room Files: USSR Part 4 of 4 Moscow Coup Attempt (1991), no. 9.

12 Slade Gorton a George H. W. Bush, 23 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, White House Office of Records Management, Subject Files, General: Russia; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 538-539.

13 Memorando de conversación telefónica. Bush y Vytautas LAndsbergis, 31 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-31—Landsbergis.pdf; Bush and Arnold Ruutel, September 2, 1991, ibid., http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memc0ns_telc0ns/1991-09-02—Ruutepdf; Bush and Anatolii Gorbunovs, September 2, 199, ibid., 97804650569text.indd 437 1/7/14 9:39 AM http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/i99i-09-102—Gorbunovs.pdf.; George Bush a Vytautas Landsbergis, 31 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Jane Hall Series, Soviet Union, 1991; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 539.

14 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 540; Baker, *op. cit.*, p. 526.

15 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 540-541; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 441, 444-445.

16 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 541-542.

17 Baker, *op. cit.*, pp. 624-636; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 541-542; Dick Cheney con Liz Cheney, *In My Time: A Personal and Political Memoir*, Nueva York, 2011, pp. 231-232.

18 Bush and Scowcroft, *op. cit.*, pp. 541-542.

19 Baker, *op. cit.*, pp. 526-527; Gates, *op. cit.*, pp. 85-96; Gorbachov, *op. cit.*, pp. 661-662; Vladislav M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 2007, pp. 254-264; Anatoly Adamishin y Richard Schifter, *Human Rights, Perestroika and the End of the Cold War*, Washington, D.C., 2009).

20 Baker, *op. cit.*, pp. 526-529; Boris Pankin, *The Last Hundred Days of the Soviet Union*, Londres, 1996), pp. 115-122; JAB exchange of notes w/Strauss re: meetings w/Gorbachev/Yeltsin in Moscow 9/11/91, James A. Baker Papers, box 110, folder 7.

21 Pankin, *op. cit.*, pp. 53, 71, 106; Zubok, *op. cit.*, p. 140; Eric Shiraev y Vladislav Zubok, *Anti-Americanism in Russia: From Stalin to Putin*, Nueva York, 2000.

22 Pankin, *op. cit.*, pp. 104-105, 113.

23 Baker, *op. cit.*, pp. 526-539.

24 Ibíd., pp. 532-533; Anatolii Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, p. 928.

25 Khristina Lew, "Ukrainians Demonstrate Across United States. 5000 rally Across from White House", *Ukrainian Weekly*, 29 de septiembre de 1991, p. 1; Marta Kolomayets, "Delegation Representing Free Ukraine Arrives in US. Kravchuk Meets with Bush, Addresses UN Assembly", *Ukrainian Weekly*, 6 de octubre de 1991, p. 1.

26 "Meeting with Leonid Kravchuk, Ukrainian Supreme Soviet Chairman", 25 de septiembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons0/1991-09-25—Kravchuk.pdf; "Meeting with Soviet Foreign Minister Boris Pankin During the UNGA", 24 de septiembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bush.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-09-24—Pankin.pdf; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 543; Marta Kolomayets, "Kravchuk Delegation in US Capital Emphasizes Ukraine's Independence", *Ukrainian Weekly*, 6 de octubre de 1991, p. 1; entrevista del autor con Leonid Kravchuk, Kiev, 1 de septiembre de 2011; Anatolii Zlenko, Dyplomatiia ipolityka. Ukrama vprotsesi dynamichnykh heopolitychnykh zmin, Kharkiv, 2003, pp. 239-240.

27 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 544-545; Telcon con el secretario general de la OTAN Manfred Woerner, 27 de septiembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-09-27—Woerner.pdf.

28 "Address to the Nation on Reducing United States and Soviet Nuclear Weapons", 27 de septiembre de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3438&year=1991&month=9; "Telcon with Mikhail Gorbachev, president of the USSR", 27 de septiembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-09-27—Gorbachev.pdf.

29 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 544-545; Cherniaev, 0 *op. cit.*, p. 990; Pankin, *op. cit.*, p.107; Bush and Scowcroft, *op. cit.*, p. 547; "Telecon with Mikhail Gorbachev, President of the Union of Soviet Socialist Republics", 5 de octubre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-10-05—Gorbachev.pdf.

30 Gates, *op. cit.*, p. 530.

XI. EL ARCA RUSA

1 Telecon with Boris Yeltsin, President of the Russian Republic", Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-09-25--Yeltsin.pdf; entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012.

2 "Mirotvorcheskaia missiia El'tsina i Nazarbaeva zavershilas'. Podpisano piatistoronnee kommiunike", *Nezavisimaia gazeta*, 25 de septiembre de 1991; Timothy J. Colton, *Yeltsin: A Life*, Nueva York, 2008, p. 223; Cherniaev, *op. cit.*, p. 997.

3 Colton, *op. cit.*, p. 223; Petr Aven y Al'fred Kokh, "El'tsin sluzhil nam!", entrevista con Gennadi Burbulis, *Forbes* (edición rusa), 22 de julio de 2010, http://www.forbes.ru/ekonomika/vlast/53407-eltsin-sluzhil-nam.

4 Yegor Gaidar, *Collapse of an Empire: Lessons for Modern Russia*, Washington, D.C., 2007, pp. 228-229.

5 "Silaev protiv Silaeva", *Izvestiia*, 25 de septiembre de 1991; "Beseda glavnogo redaktora Valentina Logunova s chlenom Gosudarstvennogo Soveta Mikhailom Poltoraninym", *Rossiiskaia gazeta*, 26 de septiembre de 1991; "Silaev vyshel iz kabineta", *Moskovskie novosti*, 29 de septiembre de 1991.

6 James A. Baker con Thomas M. deFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, Nueva York, 1995, pp. 538-539; Sergei Stankevich, "Ia dumaiu El'tsin dolzhen prosto vybrat", *Moskovskie novosti*, 29 de septiembre de 1991.

7 John Dunlop, *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire*, Princeton, Nueva Jersey, 1995, pp. 261-464; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M. S.*

Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsionalnogo gosudarsta, 2nd ed., Moscú, 2007, p. 328; Aven y Kokh, *op. cit.*

8 Yegor Gaidar, *Dni porazhenii i pobed*, Moscú, 1997, pp. 1-259; Medvédev, *op. cit.*, p. 219.

9 Gaidar, *op. cit.*, pp. 253.

10 Ibíd., pp. 256-259, 261-264.

11 Aven y Kokh, *op. cit.*

12 Ibíd.; *Gorbachov, Poniat'perestroiku*, Moscú, 2006, p. 347.

13 Georgii Shakhnazarov, *Tsena svobody. Reformatsiia Gorbacheva glazami ego pomoshchnika*, Moscú, 1993, pp. 281-282; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 323-324.

14 Shakhnazarov, *op. cit.*, pp. 284-285.

15 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 327-328; "Premer ne soglasilsia s ekonomicheskoi politikoi SSSR", Kurs, 15 de diciembre de 2011, http://www.kurs.ru/15/8946.

16 Cherniaev, *op. cit.*, p. 992.

17 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 323-324, 329.

18 Shakhnazarov, *op. cit.*, pp. 287-289; Boris Yeltsin, "Zamechaniia po proektu Soiuznogo dogovora ot 25 oktiabria 1991 g"., Gorbachev Foundation Archive, fond 5, no. 3730.01.

19 Cherniaev, *op. cit.*, p. 997; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 332-333; Medvédev, *op. cit.*, pp. 217-218.

20 Cherniaev, *op. cit.*, p. 997.

21 Ibíd., p. 997; Pankin, *op. cit.*, p. 244.

22 "Telecon; with Boris Yeltsin, President of the Republic of Russia", 8 de octubre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-10-08—Yeltsin.pdf.

23 Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod*, p. 997, Medvédev, *op. cit.*, pp., 330-353.

24 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 334, 353-354; Edward W. Walker, *Dissolution: Sovereignty and the Breakup of the Soviet Union*, Lanham, Maryland, 2003, p. 147; Dunlop, *op. cit.*, p. 267.

25 Gaidar, *op. cit.*, p. 279.

26 Ibíd., pp. 278-279; Aven y Kokh, *op. cit.*

27 Yeltsin, *op. cit.*, pp. 124-126.

28 Aven y Kokh, *op. cit.*

29 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 353-354.

30 "Telecon with Boris Yeltsin, President of the Republic of Russia", 25 de octubre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-10-25—Yeltsin. pdf.

31 Boris El'tsin, "Obrashchenie k narodam Rossii, k S"ezdu narodnykh deputatov Rossiiskoi Federatsii", *Rossiiskaia gazeta*, 29 de septiembre de 1991.

32 "My boialis' shokovoi terapii, a poluchili shokovuiu khirurgiiu", *Izvestiia*, 29 de octubre de 1991; "Samyi populiarnyi prezident nakonets-to gotov k samym nepopuliarnym meram. Gruppu kamikadze vozglavit El'tsin", *Nezavisimaia gazeta*, 29 de octubre de 1991; "Rossiiskaia programma reform: reaktsiia v respublikakh neodnoznachna", *Izvestiia*, 30 de octubre de 1991.

XII. EL SUPERVIVIENTE

1 James A. Baker con Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, Nueva York, 1995, p. 515; Gregory Harms y Todd M. Ferry, *The Palestine-Israel Conflict: A Basic Introduction*, 2ª ed., Londres, 2008, pp. 141-158; "The Madrid Peace Conference", *Journal of Palestine Studies* 21, n°. 2 (invierno de 1992): pp. 117-149.

2 "Charter of Paris for a New Europe", www.osce.org/mc/39516; Mary Elise Sarotte, *1989: The Struggle to Create Post-Cold War Europe*, Princeton, Nueva Jersey, 2009.

3 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 407-410; Baker, *op. cit.*, pp. 286-287, 316-317, 400-410; George Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*, Nueva York, 2008, pp. 908-912.

4 Pankin, *op. cit.*, pp. 195-223; Memorando del encuentro con el emir de Bahréin, 15 de octubre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-10-15--Isa%20[[2]].pdf; "Talking Points for Syria", 19 de septiembre de 1991, 1, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Files, Edmund J. Hull Series, Subject Files.

5 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 410, 548; Wilson D. Miscamble, *From Roosevelt to Truman: Potsdam, Hiroshima and the Cold War*, Cambridge, 2007, pp. 203-204.

6 Pankin, *op. cit.*, p. 230; "The President's Press Conference with President Gorbachev of the Soviet Union in Madrid, Spain", 29 de octubre de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3563&year=1991&month=10.

7 Anatolii Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, pp. 995-996, 1004; Pankin, *op. cit.*, pp. 230-232.

8 Gorbachov, *op. cit.*, pp. 663; "Telcon with Prime Minister Felipe Gonzalez of Spain", 19 de agosto de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-08-19—Gonzalez.pdf.

9 Andrew Rosenthal, "Uncertainty on Gorbachev Gives New Twist to Meeting with Bush", *The New York Times*, 28 de octubre de 1991; T. Kolesnichenko and V. Volkov, "Madridskii marafon", *Pravda*, 29 de octubre de 1991; Alan Cowell, "The Middle East Talks: Bush and Gorbachev in Spain: Let the Talks Begin", *The New York Times*, 30 de octubre de 1991.

10 Meeting de comida con el presidente Gorbachov, 29 de octubre de 1991, 12:301:15 p.m., Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-10-29--Gorbachev%20[[1]].pdf; Pankin, *op. cit.*, p. 232.

11 Encuentro con el presidente Gorbachov, 29 de octubre de 1991, 1:202:45 p.m., Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-10-29—Gorbachev%20 [2].pdf; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1004-8, 1012, 1016; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsionalnogo gosudarsta*, 2ª ed.Moscú, 2007, pp. 356-358; Gorbachov, *op. cit.*, pp. 664-665.

12 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1008-1009; Pavel Palazhchenko, *My Years with Gorbachev and Shevardnadze: The Memoir of a Soviet Interpreter*, University Park, Pensilvania, 1997, pp. 339-341; Pankin, *op. cit.*, pp. 234, 232.

13 La embajada de Moscú al secretario de Estado, Washington D.C. Asunto: Clarificación del discurso del lunes de Yeltsin, 26 de octubre de 1991, 1-7, Bush Presidential Library, Presidential Records,

National Security Council, White House Situation Room Files: USSR Part 3 of 4 Moscow Coup Attempt (1991), no. 14.

14 Pankin, *op. cit.*, pp. 224-235.

15 Middle East Peace Conference, 1988-1991, James A. Baker Papers, caja 106, carpeta 7.

16 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 358-362; Pankin, *op. cit.*, p. 234; Gorbachev, *op. cit.*, pp. 664-665; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1008-1009; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 549-550.

17 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 985, 1009-1014; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, 362-365.

18 Cherniaev, *op. cit.*, p. 1012; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 339-344.

19 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1014-1016.

20 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 367-372; Pankin, *op. cit.*, p. 249.

21 Pankin, *op. cit.*, pp. 236, 248-249; Baker, *op. cit.*, p. 559; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 365-372.

22 Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod*, pp. 1017-1018.

23 John B. Dunlop, *Russia Confronts Chechnya: Roots of a Separatist Conflict*, Cambridge, 1998, pp. 1-84.

24 "Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1989 g. Natsional'nyi sostav po respublikam SSSR", *Demoskop Weekly*, http://demoscope.ru/weekly/ssp/sng_nac_89.php.

25 *Chechnia v plamene separatizma*, comp. A. Surkov, Saratov, 1997, p. 65.

26 Ibíd., pp. 62-66; Dunlop, *op. cit.*, pp. 100-115.

27 Dunlop,, *op. cit.*, pp. 115-117.

28 *Chechnia v plameni separatizma*, pp. 77-80; Dunlop,, *op. cit.*, pp. 115-117,121.

29 *Chechnia vplameni separatizma*, pp. 73-74, 77.

30 Dunlop, *op. cit.*, pp. 117-120; *Raspad SSSR: Dokumenty i fakty (1986-1992 gg.)*, vol. 1, *Normativnye akty. Ofitsial'nye soobshcheniia*, S. M. Shakhrai, ed., Moscú, 2009, p. 965; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1018; *Chechnia vplameni separatizma*, pp. 79, 81.

31 *Chechnia vplameni separatizma*, p. 82; Dunlop, *op. cit.*, p. 120; Voshchanov, "Kak ia ob"iavlial voinu Ukraine".

32 Dunlop, *op. cit.*, pp. 118-119; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1018.

33 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 101-198; Gorbachev, *op. cit.*, p. 688.

34 Georgii Shakhnazarov, *Tsena svobody. Reformatsiia Gorbacheva glazami ego pomoshchnika*, Moscú, 1993, pp. 291-292, 299.

35 Ibíd., pp. 287-289, 565-567.

36 Ibíd., pp. 565-567; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1020.

37 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1021-1023; Medvédev, *V komande Gorbacheva. Vzgliad iznutri*, Moscú, 1994, p. 221; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 375-382; Pankin, *op. cit.*, p. 258; Walker, *op. cit.*, pp. 149-150.

38 Palazhchenko, *op. cit.*, p. 433.

XIII. EXPECTACIÓN

1 Entrevista con Stanislav Shushkiévich, Davis Center, Universidad de Harvard, 17 de abril de 2000; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsional'nogo gosudarsta*, 2ª ed., Moscú, 2007, pp. 384-393; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1026-1030.

2 Chrystyna Lapychak, "Parliament Votes to Boycott Union Structures, Passes Law on Ukrainian Citizenship", *Ukrainian Weekly*, 13 de octubre de 1991, pp. 1-2.

3 Leonid Kravchuk, *Maiemo te, shcho maiemo. Spohady i rozdumy*, Kiev, 2002, p. 110; Valentyn Chemerys, *Prezydent. Roman-ese*, Kiev, 1994, p. 277.

4 Georgii Shakhnazarov, Tsena svobody. *Reformatsiia Gorbacheva glazami egopomoshchnika*, Moscú, 1993, pp. 560-561; Palazhchenko, *op. cit.*, p. 341; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 550; Andrew Wilson, *Virtual Politics: Faking Democracy in the Post-Soviet World*, New Haven, Connecticut, 2005, pp. 1-32.

5 Palazhchenko, *op. cit.*, p. 341; Bush yScowcroft, *op. cit.*, p. 550.

6 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 448; Renee M. Lamis, *Realignment of Pennsylvania Politics since 1960: Two-party Competition in a Battleground State*, University Park, Pensilvania, 2009, 119ff.

7 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 448-449; De Hank Brown al presidente Bush, 16 de septiembre de 1991, y el borrador de la respuesta de Brent Scowcroft de diciembre de 1991. Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Chronological Files: December 1991, no. 1; "U.S. Senate Passes Resolution Urging Recognition of Ukraine", *Ukrainian Weekly*, 1 de diciembre de 1991, pp. 1, 14.

8 "It Would be Prudent, George", *Ukrainian Weekly*, 24 de noviembre de 1991, 6; Myron B. Kuropas, "Bren and Harry: Two Peas in a Pod", *Ukrainian Weekly*, 24 de noviembre de 1991, 7; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 447-448.

9 James M. Goldgeier and Michael McFaul, *Power and Purpose: US Policy Toward Russia After the Cold War*, Washington, D.C., 2003, p. 47.

10 Roman Popadiuk, *The Leadership of George Bush: An Insider's View of the Forty-First President*, College Station, Texas, 2009, pp. 155-160.

11 James A. Baker con Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, Nueva York, 1995, pp. 560-561; entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012; Jeffrey Smith, "U.S. Officials Split over Response to an Independent Ukraine", *The Washington Post*, 25 de noviembre de 1991.

12 De Christopher Cox y otros congresistas para George H.W. Bush, 26 de noviembre de 1991, 1-6, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Chronological Files: December 1991, no. 1.

13 Baker, *op. cit.*, pp. 560-561; "JAB Notes from 11/26/91 Conversation with POTUS (Recognition of Ukraine Independence)", James A. Baker Papers, box 110, folder 9.

14 "Draft Cable to USNATO for Nov 27 NAC", 1-5, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Chronological Files: December 1991, no. 3.

15 De R. Gordon Hoxie a Robert Gates, 19 de noviembre de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Roman Popadiuk Series, Chronological Files: December 1991; Yaroslav Trofimov, "Vote Brings Wave of Recognition", *Ukrainian Weekly*, 8 de diciembre de 1991, pp. 3, 6.

16 Marta Kolomayets, "Ukrainian American Leaders Meet with President Bush on the Eve of Ukrainian Referendum", *Ukrainian Weekly*, 1 de diciembre de 1991, pp. 1, 3, 14; "Rukh Appeals to President Bush", *Ukrainian Weekly*, 1 de diciembre de 1991, p. 14; William F. Miller, "Firmly

Rooted in Two Lands", Cleveland.com, www.cleveland.com/heritage/index.ssf?/heritage/more/ukraine/ukraine2.html.

17 John R. Yang, "Bush Decides to Accelerate U.S. Recognition of Ukraine", *The Washington Post*, 28 de noviembre de 1991.

18 Ibíd.; Baker, *op. cit.*, p. 561; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 552; Gates, *op. cit.*, p. 531.

19 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1028-1029.

20 Baker, *op. cit.*, p. 561; Palazhchenko, *op. cit.*, p. 347; Andrei Ostal'skii, "Sovetsko-amerikanskaia razmolvka iz-za ukrainskogo referendum", *Izvestiia*, 29 de noviembre de 1991; S. Tsikora, "Ukraina: za den'' do vystradannoi voli", *Izvestiia*, 29 de noviembre de 1991; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1028-1029.

21 Telcon con el presidente Mikhail Gorbachov de la URSS, 30 de noviembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-11-30—Gorbachev.pdf; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 551-552; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1029.

22 V *Politbiuro TsK KPSS po zapisiam Anatoliia Cherniaeva, Vadima Medvedeva, Georgiia Shakhnazarova (1985-1991)*, Moscú, 2000, p. 730; *Raspad SSSR: Dokumenty i fakty* (1986-1992 gg.), vol. 1, Normativnye akty. Ofitsial'nye soobshcheniia, S. M. Shakhrai, ed., Moscú, 2009, pp. 997-998.

23 Cherniaev, *op. cit.*, p. 1029.

24 Ibíd., p. 1030.

25 Ibid., pp. 1027-1028.

26 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 406, 411-412; Medvédev, *op. cit.*, p. 223.

27 Kravchuk, *op. cit.*, pp. 110-111; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1027-1028.

XIV. EL REFERÉNDUM UCRANIANO

1 Kravchuk, *Maiemo te, shcho maiemo. Spohady i rozdumy*, Kiev, 2002, pp. 116-117; entrevista del autor con Leonid Kravchuk, Kiev, 1 de septiembre de 2011.

2 "Kravchuk Leading, Chornovil Second in Presidential Race", *Ukrainian Weekly*, 10 de noviembre de 1991, pp. 1, 14; David Marples, "Support Runs High for Independence. Kravchuk Likely to Be Elected", *Ukrainian Weekly*, 25 de noviembre de 1991, pp. 1-2; Kravchuk, *op. cit.*, pp. 114-115.

3 Georgi Kasianov, *Ukraina 1997-2007. Ocherki noveishei istorii*, Kiev, 2008, pp. 36-37; información obtenida de Yuri Ratomski, antiguo consejero del Comité del Partido Comunista de la región de Dnipropetrovsk, 27 de diciembre de 1991.

4 Entrevista con Volodymyr Hryniov en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3; Kravchuk, *op. cit.*, p. 114.

5 Viacheslav Chornovil, "Avtobiohrafiia", Rukh Press (website), http://rukhpress.com.ua/002005/print.phtml; entrevista con Viacheslav Chornovil en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/648/; interview with Levko Lukianenko in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 4, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/541; Chrystyna Lapychak, "In Odessa: One Day on the Trail with Rukh Candidate Viacheslav Chornovil", *Ukrainian Weekly*, 10 de noviembre de 1991, pp. 1, 9-10.

6 Entrevista con Viacheslav Chornovil in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/648/; entrevista con Dmytro Pavlychko in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, p. 4; "Ukraine's Presidium Rejects Diaspora Vote on Referendum", *Ukrainian Weekly*, 24 de noviembre de 1991, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/497/.

7 Oksana Zakydalsky, "Larysa Skoryk Speaks at Canadian Friends of Rukh Conference", *Ukrainian Weekly*, 31 de octubre de 1991, pp. 1, 11.

8 Marples, "Support Runs High for Independence. Kravchuk Likely to Be Elected"; David Marples, "Kravchuk Leading, Chornovil Second in Presidential Race"; Kravchuk, *op. cit.*, pp. 117-118; Oxana Shevel, "Nationality in Ukraine: Some Rules of Engagement", *East European Politics and Societies* 16, n°. 2 (primavera de 2002), pp.386-413.

9 Entrevista con Mykola Bahrov in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta n° 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/372; Edward A. Allworth, The Tatars of Crimea: Return to the Homeland, Durham, Carolina del Norte, 1998.

10 Marples, "Kravchuk Leading, Chornovil Second in Presidential Race"; entrevistas con Volodymyr Hryniov y Levko Lukianenko en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 198891*, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/239, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/541.

11 Zlenko, *Dyplomatiia i polityka*, pp. 66-67; "News Briefs from Ukraine", *Ukrainian Weekly*, 1 de diciembre de 1991, p. 2.

12 Entrevista con Marta Dyczok en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta n° 3, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/229/.

13 Kasianov, *Ukraina 1991-2007*, 37; información obtenida de Olena Plokhii, que vivía en Dnipropetrovsk en el otoño de 1991.

14 Anatolii Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, pp. 993-995; "Bush Names Babyn Yar Delegation", *Ukrainian Weekly*, 6 de octubre de 1991, p. 2; Chrystyna Lapychak, "Ukraine Remembers Babyn Yar", *Ukrainian Weekly*, 13 de octubre de 1991, pp. 1, 8; entrevista con Leonid Kravchuk en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta n° 9, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/510/.

15 Roman Solchanyk, "Centrifugal Movements in Ukraine and Independence", *Ukrainian Weekly*, 24 de noviembre de 1991, pp. 8-10; "Minorities Congress Decisively Supports Ukraine's Independence", *Ukrainian Weekly*, 24 de noviembre de 1991, p. 1; Dominique Arel, "Language Politics in Independent Ukraine: Towards One or Two Languages?" *Nationalities Papers* 23, n°. 3 (1995), pp. 597-622.

16 "News Briefs from Ukraine", *Ukrainian Weekly*, 1 de diciembre 1991, p. 2.

17 Kostiantyn P. Morozov, *Above and Beyond: From Soviet General to Ukrainian State Builder*, Cambridge, Massachusetts, 2000, pp. 1-7, 74-75; 133-152.

18 Entrevista del autor con el general Kostiantyn Morozov, Kiev, 6 de septiembre de 2011; Chrystyna Lapychak, "Deputies Draft Law on Military", *Ukrainian Weekly*, 27 de octubre de 1991, pp. 1-2; "Brzezinski Notes Ukraine's Statement", *Ukrainian Weekly*, 27 de octubre de 1991, p. 2; Marples, "Support Runs High for Independence. Kravchuk Likely to Be Elected", *Ukrainian Weekly*, 25 de noviembre de 1991, p. 2.

19 Morozov, *op. cit.*, pp. 91-152; entrevista con Kostiantyn Morozov en *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta n° 6, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/632; entrevista del autor con el general Kostiantyn Morozov, Kiev, 6 de septiembre de 2011; John

Jaworsky, "Ukraine's Armed Forces and Military Policy", *Harvard Ukrainian Studies* 20 (1995), pp. 223-247; Stephen D. Olynyk, "Ukraine as a Military Power", en *Ukraine: The Search for a National Identity,* ed. Sharon L. Wolchik and Volodymyr Zviglyanich, eds., Lanham, Maryland, 2000, pp. 69-94.

20 Chrystyna Lapychak, "Reflections on an Independent Ukraine", *Ukrainian Weekly*, 8 de diciembre de 1991, p. 6.

21 Entrevista del autor con Yuri Shcherbak, Roma, 19 de junio de 2012.

22 Chrystyna Lapychak, "Independence: Over 90 Percent Vote in Referendum: Kravchuk Elected President of Ukraine", *Ukrainian Weekly*, 8 de diciembre de 1991, pp. 1, 5; Khristina Lew, "Delving into Eastern Ukraine on the Eve of Nationhood", *Ukrainian Weekly*, 22 de diciembre de 1991, pp. 8-9; Kravchuk, *op. cit.*, p. 118; entrevista con Leonid Kravchuk in *Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta n° 9, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/510/.

23 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1030-1031; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsional'nogo gosudarsta,* 2ª ed., Moscú, 2007, p. 418.

24 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 554; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, p. 420.

XV. LA TRINIDAD ESLAVA

1 "Telcon with President Boris Yeltsin of the Republic of Russia", 29 de noviembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-11-30—Yeltsin.pdf; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 552-553; entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012.

2 Entrevista del autor con Stanislav Shushkiévich, Davis Center, Universidad de Harvard, 17 de abril de 2000; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 552-554.

3 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'. Belaia kniga. Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsional'nogo gosudarsta*, 2ª ed., Moscú, 2007, p. 424.

4 Petr Aven and Al'fred Kokh, "El'tsin sluzhil nam!"; entrevista con Gennadi Burbulis, Forbes (edición rusa), 22 de julio de 2010, www.forbes.ru/node/53407/print; David Remnick, Resurrection: The Struggle for a New Russia, Nueva York, 1998, p. 25.

5 Aleksandr Solzhenitsyn, "Kak nam obustroit' Rossiiu?" *Komsomol'skaia pravda*, 18 de septiembre de 1990; Aleksandr Solzhenitsyn, *Rebuilding Russia: Reflections and Tentative Proposals*, Alexis Klimoff, trad., Nueva York, 1991.

6 Roman Solchanyk, Ukraine and Russia: The Post-Soviet Transition, Oxford, 2001, p. 38; Aven y Kokh, *op. cit.*

7 "Newsbriefs", *Ukrainian Weekly*, 15 de diciembre de 1991; Kravchuk, *op. cit.*, p. 128; Valentyn Chemerys, *Prezydent. Roman-ese*, Kiev, 1994, pp. 245-247, 260-261.

8 Mykhailo Holubets, *Bilovezha ochyma uchasnyka*, Leópolis, 1996, p. 9; "Shushkevich, Stanislav Stanislavovich", en *Kto est' kto v Rossii i blizhnem zarubezhe. Spravochni*k, Moscú, 1991, p. 749; Stanislav Shushkiévich, "Osval'da ia zapomnil soldafonom", *Izvestiia*, 21 de noviembre de 2003.

9 David Marples, *Belarus: A Denationalized Nation*, Amsterdam, 1999); Jan Zaprudnik, *Belarus: At a Crossroads in History*, Boulder, Colorado, 1993.

10 Dmitrii Starostin, “Desiat’ let Belovezhskoi pushche”, Vesti.ru, 9 de diciembre de 2001; Stanislav Shushkiévich, “Monolog o pushche”, Ogonek, 2 de diciembre de 1996.

11 V. V. Semakov, *Belovezhskaia pushcha, 1902-2002*, Minsk, 2002; Peter Duffy, *The Bielski Brothers: The True Story of Three Men Who Defied the Nazis, Built a Village in the Forest, and Saved 1,200 Jews*, Nueva York, 2004.

12 Katalog fauny Puszczy Bialowieskiej, Varsovia, 2001; Ales’ Karliukevich, “Gensek s ruzh’em”, *Sovetskaia Belorusiia*, n°. 113, 21 de junio de 2001; Anatolii Cherniaev, *Memo for Gorbachev on the organization of Chancellor Kohl’s visit to the USSR*, June 17, 1991, Gorbachev Foundation Archive, fond 2, no. 8943.1.

13 Mechislav Dmukhovskii, “Belovezhskie tainy”, *Sovetskaia Belorussiia.Sobesednik*, 12 de diciembre de 2003; Leonid Kravchuk, “Shushkevich i El’tsin predstavliali sebia, a ia—voliu naroda”, UNIAN, 5 de diciembre de 2006; Kryzhanivs’kyi, “Tostiv bulo”; Aleksandr Korzhakov, *Boris El’tsin: ot rassveta do zakata*, Moscú, 1997, p. 127; Viacheslav Kebich, Iskushenie vlast”iu. Iz zhizni prem’er-ministra, Minsk, 2008, pp. 190-194.

14 “Kebich, Viacheslav Frantsevich”, en *Kto est’ kto v Rossii i blizhnem zarubezhe.* Spravochnik. Moscú, 1991.

15 Mariia Eismont, “Mikhail Babich, byvshii ofitser okhrany Viacheslava Kebicha: V Viskuliakh opasalis’ predatel’stva”, *Narodnaia volia*, 12 de diciembre de 2001; *Soiuz mozhno bylo sokhranit’*, p. 432; Kravchenko, “Belarus’ na raspute Zapiski diplomata i politika”, *Narodnaia volia*, nos 154-157, 30 de septiembre de 2006.

16 *Soiuz mozhno bylo sokhranit’*, p. 440; Kravchuk, *op. cit.*, pp. 129-130.

17 Aven y Kokh, *op. cit.*; Iurii Zainashev, “Belorusskaia pushcha: chto eto bylo?” *Novye izvestiia*, 8 de diciembre de 2006; Iurii Shapoval”, Dvi hrudnevi istori’i ne bez morali”, Den’, 10 de diciembre de 2004; M. Mikhalchenko y V. Andrushchenko, *Belovezhe. L. Kravchuk, 1991-1995*, Kiev, 1996, p. 99.

18 Chemerys, Prezydent, pp. 268-269; *Soiuz mozhno bylo sokhranit’*, 445-447; Kravchenko, “Belarus’ na rasput’e”.

19 *Soiuz mozhno bylo sokhranit’*, p. 433; Kebich, *Iskushenie vlast’iu*, pp.199-200; Eismont, “Mikhail Babich”.

20 Oleg Moroz, “Za riumkoi kliuchevye voprosy ne reshalis’” (entrevista con Yegor Gaidar), *Newsland*, 2 de mayo de 1991, www.newsland.ru/news/detail/id/690529; Kravchenko, “Belarus’ na rasput’e”.

21 Holubets, *op. cit.*, pp. 13-14; Kryzhanivs’kyi, “Tostiv bulo”; Kravchenko, “Belarus’ na raspute”.

22 Kravchuk, “Shushkevich i El’tsin predstavliali sebia”; Chemerys, *Prezydent*, p. 269; Sergéi Shakhrai, “Nam udalos’ predotvratit’ iugoslavskii stsenarii”, *Novye izvestiia*, 8 de diciembre de 2006; Kebich, *op. cit.*, p. 201.

23 Gaidar, “Za riumkoi”; Kravchuk, *op. cit.*, pp. 125; entrevista con Leonid Kravchuk, Rozpad Radianskoho Soiuzu, cinta n° 9, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/510/; Chemerys, *op. cit.*, pp. 267, 271; Kravchuk, “Shushkevich i El’tsin predstavliali sebia”; Holubets, *op. cit.*, p. 13; Kryzhanivs’kyi, “Tostiv bulo”.

24 Holubets, *op. cit.*, p. 15; Sergei Pashkov, “Sovetskii Soiuz. Poslednie dni”, Vesti nedeli, 2 de diciembre de 2001; Igor’ Kozhevin, “15 let kazhdyi za sebia”, Vesti. ru, 8 de diciembre de 2006; Stanislav Shushkiévich, “Ni po odnomu punktu ne bylo raznoglasii”, *Ezhednevnik*, 9 de diciembre de 2008; *Soiuz mozhno bylo sokhranit’*, p. 435.

25 *Raspad SSSR: Dokumenty i fakty (1986-1992 gg.)*, vol. 1, *Normativnye akty. Ofitsial'nye soobshcheniia*, S. M. Shakhrai, ed., Moscú, 2009, pp. 1028-1031.

26 Yegor Gaidar, *Dni porazhenii i pobed*, Moscú, 1996, pp. 148-150; Aven y Kokh, *op. cit.*

27 Kebich, *op. cit.*, p. 202.

28 Kozhevin, "15 let"; Iakov Alekseichik, "Kholodnyi dekabr' v Viskuliakh", 0 *Sem dne*i, n°. 49, 8 de diciembre de 2001.

29 Kravchuk, *op. cit.*, p. 132.

30 Korzhakov, *op. cit.*, p. 128; Holubets, *op. cit.*, p. 16; Kravchuk, *op. cit.*, p. 125; entrevista con Leonid Kravchuk, *Rozpad Radianskoho Soiuzu*, cinta n° 9, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/510.

31 Gaidar, "Za riumkoi"; Kebich, Iskushenie vlast'iu, pp. 207-208; "Iz besedy prezidenta Kazakhstana N. Nazarbaeva s redaktorami moskovskikh gazet 15 aprelia 1995 g"., Gorbachev Fund, www.gorby.ru/userfiles/file/iz_besedy_prezidenta_kazahstana_n.pdf; Christopher Robbins, Apples Are from Kazakhstan, Nueva York, 2008, pp. 282-285; Kravchenko, "Belarus' na raspute".

32 Kebich, *op. cit.*, pp. 202-203.

33 Evgenii Shaposhnikov, Vybor. *Zapiski glavnokomanduiushchego*, Moscú, 1993, pp. 125-127.

34 Ibídem.; Gorbachov, *op. cit.*, p. 659; Shakhrai, "Nam udalos'"; Gaidar, "Za riumkoi"; Gaidar, *Dni porazhenii i pobed*, pp. 148-150; "Belovezhskoe ekho", NTV, 11 de diciembre de 2011.

35 Kravchenko, "Belarus' na raspute"; Kebich, *op. cit.*, pp. 206-207; Chemerys, *op. cit.*, p. 270.

36 Leonid Kravchuk, "V saune ne parilsia, shampanskogo ne pil", http://bp21.org.by/ru/art/a051207.html; Telcon with President Yeltsin of the Republic of Russia, 8 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Memconsand Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-12-08—Yeltsin.pdf.

37 Shushkiévich, "Monolog o pushche"; Kebich, *op. cit.*, pp. 210-211; Kravchuk, *op. cit.*, pp. 131-132; Gorbachov, *op. cit.*, p. 659.

38 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 450; Holubets', *op. cit.*, p. 17; Chemerys, *op. cit.*, p. 274; Dmukhovskii, "Belovezhskie tainy"; Anatoli Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, p. 1034.

39 Chemerys, *op. cit.*, p. 274.

40 Kravchenko, "Belarus' na raspute"; Dmukhovskii, "Belovezhskie tainy".

XVI. FUERA DE PELIGRO

1 Conor O'Clery, Moscow, *December 25, 1991: The Last Days of the Soviet Union*, Nueva York, 2011, pp. 192-193.

2 Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod*. Dnevnik dvukh epokh, 19721991 gody, Moscú, 2008, p. 1034; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. *Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsional'nogo gosudarsta*, 2ª ed., Moscú, 2007, p. 465; O'Clery, *op. cit.*, pp. 192-193; Georgii Shakhnazarov, *Tsena svobody. Reformatsiia Gorbacheva glazami ego pomoshchnika*, Moscú, 1993, p. 303.

3 Chemerys, *op. cit.*, pp. 274-275; Kravchuk, *op. cit.*, p. 133.

4 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 465-466; Andrei Grachev, *Gorbachev. Chelovek, kotoryi khotel*

kak luchshe. Moscú, 2001, 401ff.; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 450; O'Clery, *op. cit.*, p. 192.

5 Soiuz mozhno bylo sokranit', 465-469; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1034; Evgeni Shaposhnikov, Vybor. *Zapiski glavnokomanduiushchego*, Moscú, 1993, p. 128; "Stanislav Shushkevich: obresti suverennost'', no ne raz"ediniat'sia granitsami", *Rossiiskaia gazeta*, 10 de diciembre de 1991; "Nursultan Nazarbaev: Ia— pragmatik i budu ottalkivat'sia ot sobytii", *Rossiiskaia gazeta*, 10 de diciembre de 1991.

6 Soiuz mozhno bylo sokranit', pp. 469-470; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 450.

7 Cherniaev, *op. cit.*, p. 1035.

8 Entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 556-557

9 Shaposhnikov, *op. cit.*, p. 128; "Generaly ukhodiat. Pochemu? K kadrovym peremenam v Genshtabe", *Moskovskie novosti*, 15 de diciembre de 1991; John Dunlop, *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire*, Princeton, Nueva Jersey, pp. 272-275; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, p. 472.

10 "Ratifitsirovano soglashenie o sodruzhestve nezavisimykh gosudarstv. Ukraina", *Izvestiia*, 11 de diciembre de 1991; Chrystyna Lapychak, "Ukraine Ratifies Amended Agreement on the Commonwealth", *Ukrainian Weekly*, 15 de diciembre de 1991, pp. 1-2; entrevista del autor con Kostiantyn Morozov, 6 de septiembre.

11 "Ratifitsirovano soglashenie o sodruzhestve nezavisimykh gosudarstv. Belorussiia", *Izvestiia*, 11 de diciembre de 1991; Petr Kravchenko, "Belarus' na raspute. Zapiski diplomata i politika", *Narodnaia volia*, nos 154-157, septiembre de 2006; Viacheslav Kebich, *Iskushenie vlast'iu. Iz zhizni premer-ministra* (Minsk, 2008), pp. 216-217.

12 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 472-474.

13 Dunlop, *op. cit.*, p. 275; "Armiia ne verit soiuznym strukturam", *Rossiiskaia gazeta*, 13 de diciembre de 1991; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 275-352.

14 "Vystuplenie Prezidenta RSFSR B. N. El'tsina", *Rossiiskaia gazeta*, 13 de diciembre de 1991; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 477-481.

15 Medvédev, *op. cit.*, p. 227; V *Politbiuro TsK KPSS po zapisiam Anatoliia Cherniaeva, Vadima Medvedeva, Georgiia Shakhnazarova (1985-1991)*, Moscú, 2000, pp. 736-739; "M. Gorbachev o situatsii v strane i o sebe", *Izvestiia*, 12 de diciembre de 1991; Palazhchenko, *op. cit.*, p. 352.

16 Nikolai Portugalov, *Memo to Mikhail Gorbachev*, December, 1991, Gorbachev Foundation Archive, fond 5, no. 10866.1.

17 Cherniaev, *op. cit.*, p. 1036; "Gorbachev brosaet vyzov 'Slavianskomu Soiuzu,'" *Izvestiia*, 10 de diciembre de 1991.

18 James A. Baker con Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, Nueva York, 1995, p. 563.

19 Ibíd., pp. 562-564; "Baker Sees Opportunities and Risks as Soviet Republics Grope for Stability", *The New York Times*, 13 de diciembre de 1991; Thomas Friedman, "Baker Presents Steps to Aid Transition by Soviets", *The New York Times*, 13 de diciembre de 1991; John Lewis Gaddis, *George F Kennan: An American Life*, Nueva York, 2011; Nicholas Thompson, *The Hawk and the Dove: Paul Nitze, George Kennan and the History of the Cold War*, Nueva York, 2009.

20 Baker, *op. cit.*, p. 535.

21 Agenda propuesta para el encuentro con el presidente, 4 de diciembre de 1991, 1:30 p.m.; 10 de Diciembre. Puntos soviéticos del encuentro con el presidente, James A. Baker Papers, caja 115,

carpeta 8.

22 Congressional Research Service, "CRS Report to the Congress: U.S. Assistance to the Former Soviet Union", 1 de marzo de 2007, www.fas.org/sgp/crs/row/RL32866.pdf; Kurt Tarnoff, "CRS Report to Congress. U.S. Assistance to the Former Soviet Union, 1991-2002: A History of Administration and Congressional Action", actualizado el 15 de enero de 2002, 1-7, www.policyarchive.org/handle/i0207/bitstreams/9i4.pdf; Olexiy Haran, "Disintegration of the Soviet Union and the U.S. Position on the Independence of Ukraine", discussion paper 95-09, Center for Science and International Affairs, John F. Kennedy School of Government, Harvard University, agosto de 1995, http://belfercenter.ksg.harvard.edu/publication/2933/disintegration_of_the_soviet_union_and_the_us

23 Friedman, "Baker Presents Steps to Aid Transition", A24.

24 Agenda propuesta para el encuentro con el presidente, 13 de diciembre de 1991, 11:00 a.m., James A. Baker Papers, caja 115, carpeta 8; James Baker, "The Politics of Diplomacy", Chapter Files, James A. Baker Papers, caja 195, carpeta 5, ch. 31, 7-8.

25 Baker, *op. cit.*, p. 564.

26 Ibídem.; Celestine Bohlen, "Moscow Misery: The Planes Don't Fly and That's Not All", *The New York Times*, 13 de diciembre de 1991.

27 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 451-452; John Kohan y Strobe Talbott, "I Want to Stay the Course", Time, 23 de diciembre de 1991.

28 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 452-454; Kohan y Talbott, "I Want to Stay the Course".

29 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 455-456; Baker, *op. cit.*, p. 565; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1036-1037; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 252-254.

30 "Telephone Conversation with President Boris Yeltsin of Russia", 13 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-12-13--Yeltsin.pdf; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, p. 557.

31 "Telephone Conversation with President Gorbachev of the FSU", 13 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-12-13--Gorbachev.pdf.

32 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 556-558.

33 Beschloss and Talbott, *op. cit.*, pp. 455-456; Baker, *op. cit.*, p. 572.

34 Alfred Kokh y Petr Aven, "Andrei Kozyrev—nastoiashchii kamikadze", Forbes, edición rusa, 28 de septiembre de 2011, www.forbes.ru/ekonomika/lyudi/74501-andrei-kozyrev-nastoyashchii-kamikadze; Baker, *op. cit.*, pp. 564-567.

35 Baker, *op. cit.*, pp. 567-569; Konstantin Blagodarov, "Ot shedevrov Tsereteli liudi prosto obaldeli", *Komsomolskaia pravda*, 3 de septiembre de 2002.

36 "JAB Notes from 12/16/91 Mtg. w/Russian Pres. Yeltsin at the Kremlin, St. Catherine's Hall, Moscow, USSR", James A. Baker Papers, box 176, folder 28; "JAB Notes from 1-on-1 Mtg. w/B. Yeltsin During Which Command and Control of Nuclear Weapons Was Discussed 12/16/91", James A. Baker Papers, box 110, folder 10; Baker, *op. cit.*, pp. 569-572; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 456-457; Kokh y Aven, "Andrei Kozyrev: nastoiashchii kamikadze"; Palazhchenko, *op. cit.*, p. 353.

37 Baker, *op. cit.*, pp. 575-578; Kokh y Aven, "Andrei Kozyrev: nastoiashchii kamikadze".

38 "Telephone Conversation with President Gorbachev of the FSU", 13 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons,

http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-12-13--Gorbachev.pdf; Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 556-658.

39 Baker, *op. cit.*, pp. 573-574; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 355-356.

40 Anatolii Cherniaev, memo, "K besede s Beikerom", December 1991, Gorbachev Foundation Archive, fond 2, no. 19465.1; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1037.

XVII. EL NACIMIENTO DE EURASIA

1 "Vstrecha dvukh prezidentov", *Rossiiskaia gazeta*, 18 de diciembre de 1991; "Rossiiane podderzhivaiut sozdanie SNG", *Nezavisimaia gazeta*, 18 de diciembre de 1991.

2 Horarios para el 17, 18 y 19 de diciembre de 1991, James A. Baker Papers, caja 110, carpeta 10.

3 James A. Baker con Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, Nueva York, 1995, pp. 578-581.

4 "Nursultan Nazarbaev: Ia pragmatik i budu ottalkivat'sia ot sobytii", *Rossiiskaia gazeta*, 10 de diciembre de 1991; "Prisiaga Nazarbaeva", *Rossiiskaia gazeta*, 11 de diciembre de 1991; "Kazakhstan ob"iavil nezavisimost'" *Izvestiia*, 17 de diciembre de 1991.

5 "JAB Core Points Used During Trip to Moscow, Bishkek, Alma Ata, Minsk and Kiev, 12/15-18/91", James A. Baker Papers, caja 110, carpeta 10; Baker, *op. cit.*, pp. 581, 585-586; "Dzh. Beiker —pervyi gost' nezavisimogo Kazakhstana", *Izvestiia*, 17 de diciembre de 1991.

6 James Baker, "The Politics of Diplomacy", Chapter Files, James A. Baker Papers, caja 195, carpeta 5, chs. 31, 36.

7 Baker, *op. cit.*, pp. 580-582. Cf. "Zaiavlenie glav gosudarstv Respublika Kazakhstan, Respublika Kyrgyzstan, Respublika Tadzhikistan, Respublika Turkmenistan, Respublika Uzbekistan", *Izvestiia*, 17 de diciembre de 1991.

8 "Godovshchina dekabr'skikh sobytii proshla spokoino", *Nezavisimaia gazeta*, 18 de diciembre de 1991.

9 Uak Arken Battaluly, Materialy genotsida, organizovannogo N. Nazarbaevym protiv Kazakhskogo naroda v dekabre 1986 goda, Moscú, 2000; Khadzhimurat Kozhanazarov y Aigul Mataeva, "*Pravda* bessmertna", Soldat, 27 de marzo de 2003.

10 Baker, *op. cit.*, p. 538.

11 Bruce Pannier, "Kazakhstan: The Forgotten Famine", Radio Free Europe, 28 de diciembre de 2007, www.rferl.org/content/article/1079304.html; "Separatizm russkikh regionov v Kazakhstane—vina rukovodstva respubliki", *Nezavisimaia gazeta*, 11 de diciembre de 1991.

12 "Interv'iu prezidenta Kazakhstana", *Rossiiskaia gazeta*, 21 de diciembre de 1991.

13 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*. Belaia kniga. Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsionalnogo gosudarsta, 2ª ed., Moscú, 2007, pp. 486-487.

14 Leonid Levitin, Uzbekistan na istoricheskom povorote, Tashkent, 2005, pp. 8-12.

15 "O pis'me v TsK KPSS rabotnikov prokuratury SSSR tt. Gdliana T. Kh. i Ivanova N. V. ot 11 noiabria 1986 goda", RGANI, fond 89, op. 24, no. 18; "TsK KPSS. O khode vypolneniia postanovleniia Politbiuro no. P151/3", RGANI, fond 89, op. 24, no. 19; Sobchak, Khozhdenie vo vlast'. Rasskaz o rozhdenii parlamenta, Moscú, 1991, cap. 5.

16 "Khlopkovoe delo", video colgado en YouTube por pedglezin, 1 de abril de 2011, www.youtube.com/watch?v=sIKYYY3r_vo; Daniel C. Waugh, Tamerlane's Heirs: Perspectives on

1991 and Its Aftermath in Central Asia, Seattle, 2011, p. 27; "Itogi Ashgabatskoi vstrechi vyzvali vzdokh oblegcheniia v strane", *Izvestiia*, 14 de diciembre de 1991.

17 Waugh, *op. cit.*, pp. 26-51; "Itogi Ashgabatskoi vstrechi vyzvaliv zdokh oblegcheniia v strane", *Izvestiia*, 14 de diciembre de 1991.

18 "Uchastniki vstrechi v Ashgabate gotovy stat chlenami sodruzhestva. No ravnopravnymi", *Izvestiia*, 13 de diciembre de 1991.

19 "Put' k sodruzhestvu: Minsk—Ashgabat—Alma-Ata", *Izvestiia*, 18 de diciembre de 1991; "Istoriia Sovetskogo Soiuza zavershaetsia v stolitse Kazakhstana", *Izvestiia*, 20 de diciembre de 1991; "Aiaz Mutalibov tozhe v Alma- Ate", *Nezavisimaia gazeta*, 21 de diciembre de 1991.

20 "Gorbachev predlagaet nazvanie: Sodruzhestvo evropeiskikh i aziatskikh gosudarstv—SEAZ", *Izvestiia*, 19 de diciembre de 1991; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, pp. 488-492.

21 Anatolii Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod. Dnevnik dvukh epokh, 1972-1991 gody*, Moscú, 2008, 1037; Gorbachev, *op. cit.*, p. 660.

22 Boris El'tsin, "My perezhili tragicheskii eksperiment", *Rossiiskaia gazeta*, 19 de diciembre de 1991.

23 "Kakie rabochie i predstavitel'nye organy mogut byt' v SNG", *Izvestiia*, 19 de diciembre de 1991, p. 2; "Respublika vernet sebe staryi gerb", *Nezavisimaia gazeta*, 19 de diciembre de 1991.

24 Entrevista del autor con el general Kostiantyn Morozov, 6 de septiembre de 2011; "Oppozitsiia nakalivaet obstanovku. Leonid Kravchuk rukovodit gosudarstvom", *Nezavisimaia gazeta*, 21 de diciembre de 1991; "Ratifitsirovano soglashenie o sodzruzhestve nezavisimykh gosudarstv. Ukraina", *Izvestiia* December 11, 1991; "Sotsiologicheskii opros na aktual'nuiu temu", *Izvestiia*, December 12, 1991.

25 "JAB Notes from 12/18/91 Mtg. w/Ukraine Pres. Kravchuk at Mariinskiy Palace in Kiev, Ukraine", James A. Baker Papers, caja 110, carpeta 10; Baker, *op. cit.*, pp. 581-583.

26 "JAB Notes from 12/18/91 Mtg. w/Supreme Soviet Chairman Shushkevich at the Government Res. Minsk, Belarussia [[sic]]", James A. Baker Papers, caja 110, carpeta 10; "Stanislav Shushkevich: obresti suverennost, no ne raz"ediniat'sia granitsami", *Rossiiskaia gazeta*, 10 de diciembre de 1991; "Belorusskaia delegatsiia ser'eznee drugikh otneslas' k peregovoram", *Nezavisimaia gazeta*, 28 de diciembre de 1991; "Moldova vstupit v SNG?" *Nezavisimaia gazeta*, 21 de diciembre de 1991.

27 "Stanet li Belovezhskaia pushcha karabakhskoi", *Rossiiskaia gazeta*, 21 de diciembre de 1991; Petr Kravchenko, "Belarus' na rasput'e. Zapiski diplomata politika", *Narodnaia volia*, nos. 154-157, 30 de septiembre de 2006; Rossiia priznala nezavisimost' Moldovy", *Nezavisimaia gazeta*, 19 de diciembre de 1991.

28 "Shturmuiut politsiiu", *Nezavisimaia gazeta*, 10 de diciembre de 1991; "Snova krov' v Dubossarakh", *Izvestiia*, 14 de diciembre de 1991; "Komitet samooborony Nagorno-Karabakhskoi respubliki", *Izvestiia*, 20 de diciembre de 1991; "Armeniia ukrepliaet granitsy", ibíd., p. 2; "Nezavisimost' tol'ko togda chego-nibud' stoit, kogda ona umeet sebia zashchishchat'. Novye ukazy prezidenta Armenii", *Nezavisimaia gazeta*, 21 de diciembre de 1991; "Bezopasnost' ne garantiruetsia", *Rossiiskaia gazeta*, 21 de diciembre de 1991.

29 Evgenii Shaposhnikov, Vybor. *Zapiski glavnokomanduiushchego*, Moscú, 1993, pp. 129-130.

30 "Istoriia Sovetskogo Soiuza zavershaetsia v stolitse Kazakhstana", *Izvestiia*, 20 de diciembre de 1991, p. 1; "Prezident sozdaet armiiu. Chem vsetaki komanduet Leonid Kravchuk?" *Nezavisimaia gazeta*, 17 de diciembre de 1991; Morozov, *op. cit.*, pp. 183-193; Kravchuk, *op. cit.*, pp. 145.

31 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, 493-503; Raspad SSSR: Dokumenty i fakty (1986-1992 gg.), vol. 1, *Normativnye akty. Ofitsial'nye soobshcheniia*, S. M. Shakhrai, ed., Moscú, 2009, pp. 1044-1053; Morozov, *op. cit.*, pp. 187-188; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 359-360.

32 *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, p. 499.

33 Telecon con Nursultan Nazarbayev, sábado, 21 de diciembre de 1991, 12:55 EST; Baker, *op. cit.*, p. 585.

34 "V Alma-Ate rodilos' sodruzhestvo 11 nezavisimykh gosudarstv", *Izvestiia*, 23 de diciembre de 1991; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1039.

XVIII. NAVIDAD EN MOSCÚ

1 Cherniaev, *op. cit.*, p. 1039; Aleksandr Korzhakov, *Boris Eltsin: ot rassveta do zakata*, Moscú, 1997, pp. 129-130; O'Clery, *op. cit.*, pp. 207-208.

2 Cherniaev, *op. cit.*, pp.; O'Clery, *op. cit.*, p. 208.

3 Aleksandr Yákovlev, *Sumerki*, Moscú, 2005, pp 506-507; Georgi Shakhnazarov, *Tsena svobody. Reformatsiia Gorbacheva glazami ego pomoshchnika*, Moscú, 1993, p. 307; O'Clery, *op. cit.*, pp. 208-219; Yeltsin, *op. cit.*, pp. 120-121; Korzhakov, *op. cit.*, pp. 129-130; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1040, 1042.

4 Dobbs, *op. cit.*, pp. 447-448; Pankin, *op. cit.*, p. 86; Yeltsin, *op. cit.*, pp. 122-123, 305-316; O'Clery, *op. cit.*, pp. 211-214; Korzhakov, *op. cit.*, pp. 137-138.

5 Yákovlev, *op. cit.*, p. 508.

6 Ibíd., p. 507; Memorando de conversación telefónica con el presidente Boris Yeltsin, 23 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-12-23—Yeltsin.pdf.

7 Cherniaev, *op. cit.*, p. 1042; O'Clery, *op. cit.*, pp. 208, 211-214.

8 O'Clery, *op. cit.*, pp. 25-26.

9 Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 364-366; "Telecon with Mikhail Gorbachev, President of the Soviet Union", 25 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Memcons and Telcons, http://bushlibrary.tamu.edu/research/pdfs/memcons_telcons/1991-12-25—Gorbachev.pdf.

10 Palazhchenko, *op. cit.*, p. 365.

11 O'Clery, *op. cit.*, pp. 201-205, 218, 226.

12 Ibíd., pp. 222, 225; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1040-1042; "Obrashchenie M. S. Gorbacheva k narodu", December 1991, Gorbachev Foundation Archive, fond 5, n°. 10868; Andréi Grachov, "Proekt obrashcheniia Prezidenta SSSR k narodu", December 14, 1991, Gorbachev Foundation Archive, fond 5, no. 10884.1; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'. Belaia kniga. Dokumenty i fakty o politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsionalnogo gosudarsta*, 2ª ed. (Moscow, 2007), 504-507; "Yeltsin po-prezhnemu populiaren. Po krainei mere v Moskve", *Nezavisimaia gazeta*, 19 de diciembre de 1991.

13 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1042-1043; Shaposhnikov, *op. cit.*, p. 136; Gorbachov, *op. cit.*, pp. 671-672; *Soiuz mozhno bylo sokhranit'*, p. 507; Palazhchenko, *op. cit.*, pp. 366-367; O'Clery, *op. cit.*, pp. 231-237.

14 O'Clery, *op. cit.*, pp. 236-237, 241-247; Andréi Grachov, *Gorbachev. Chelovek, kotoryi khotel kak luchshe*, Moscú, 2001, p. 418; Gorbachov, *op. cit.*, p. 671; Cherniaev, *op. cit.*, p. 399; Cherniaev, *op. cit.*, p. 1043.

15 Beschloss y Talbott, *op. cit.*, p. 464.

16 De Nick Burns a Dennis Ross y Thomas Niles, 23 de diciembre de 1991; "Draft Statement on the

Resignation of President Gorbachev", Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Chronological Files: December 1991, no. 1. Cf. "Statement on the Resignation of Mikhail Gorbachev as President of the Soviet Union", 25 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3790&year=1991&month=12.

17 Entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012; Beschloss y Talbott, *op. cit.*, pp. 459-460; De Nick Burns a Ron McMullen, United States Military Academy, West Point, 31 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, Nicholas R. Burns Series, Chronological Files: December 1991, no. 1.

18 "Address on Gorbachev Resignation", 25 de diciembre de 1991, C-SPAN, http://www.c-spanvideo.org/program/23549-1>; "Address to the Nation on the Commonwealth of Independent States", 25 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3791&year=1991&month=12.

19 Entrevista del autor con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012

20 "Address to the Nation on the Commonwealth of Independent States", 25 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3791&year=1991&month=12; Desde la Secretaría de Estado a todos los puestos diplomáticos y consulares, "U.S. Policy on Recognition of Former Soviet Republics. Press Guidance", 28 de diciembre de 1991, Bush Presidential Library, Presidential Records, National Security Council, John A. Gordon Series, Subject Files: Russia, December 1991.

21 "The President's News Conference", December 28, 1991, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3792&year=1991&month=12.

22 De James Baker a Mijáil Gorbachov, 29 de diciembre de 1991, James A. Baker Papers, caja 110, carpeta 10.

23 O'Clery, *op. cit.*, pp. 261-262; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1043-1044; Grachov, *op. cit.*, p. 420.

24 Gorbachov, *op. cit.*, p. 672; Yeltsin, *op. cit.*, p. 124.

25 Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1043-1044.

26 Ibíd., p. 1042.

27 Gorbachov, *op. cit.*, p. 672; Cherniaev, *op. cit.*, pp. 1042-1043; Grachov, *op. cit.*, pp. 417-418.

28 O'Clery, *op. cit.*, pp. 266-267.

29 Yákovlev, *op. cit.*, p. 555.

30 Gorbachov, *op. cit.*, p. 671; Yeltsin, *op. cit.*, p. 124; Korzhakov, *op. cit.*, p. 139.

31 Colton, *op. cit.*, pp. 140-150.

EPÍLOGO

1 "State of the Union Address", 28 de enero de 1991, CSPAN, http://www.c-spanvideo.org/program/23999-1.

2 Address before a Joint Session of the Congress on the State of the Union, 28 de enero de 1992, Bush Presidential Library, Public Papers, http://bushlibrary.tamu.edu/research/public_papers.php?id=3886&year=1992&month=01.

3 "Bush and Gorbachev Declare End of Cold War", History, A&E Television Networks, History.com, www.history.com/speeches/bush-and-gorbachev-declare-end-of-cold-war#bush-and-gorbachev-

declare-end-of-cold-war; Karen Holser, "The First True Post-Cold War Summit", *The Baltimore Sun*, 28 de julio de 1991; "Bush Told Gorbachev to Ignore 'Crowing' over Cold War Victory", *Seattle Times*, 26 de octubre de 1992.

4 John R. Young, "In State of Union, President Evokes Spirit of Gulf War", *The Washington Post*, 29 de enero de 1991.

5 Bush y Scowcroft, *op. cit.*, pp. 559-561; Kotkin, *op. cit.*, p. 185; Gates, *op. cit.*, p. 552.

6 Jack Matlock, *op. cit.*, pp. 667-672; "The End of the Cold War, the Collapse of Communism, and the Fall of the Soviet Union", 4ª parte de "The Collapse of the Soviet Union and the End of the Cold War: A Diplomat Looks Back", entrevista de Harry Kreisler a Jack Matlock, "Conversations with History" series, Institute of International Studies, University de California, Berkeley, 13 de febrero de 1997, http://globe-trotter.berkeley.edu/conversations/Matlock/matlock-con4.html.

7 George F. Kennan, "Witness to the Fall", New York Review of Books, noviembre de 1995, 7-10.

8 Gorbachov, *op. cit.*, p. 1046.

9 Mark Beissinger, "The Persistent Ambiguity of Empire", *Post-Soviet Affairs* n°. 11 (1995); Mark R. Beissinger, "Rethinking Empire in the Wake of Soviet Collapse", en Ethnic Politics and *Post-Communism: Theories and Practice*, Zoltan Barany y Robert Moser, eds., Ithaca, Nueva York, 2005, pp. 14-44; S. Becker, "Russia and the Concept of Empire", Ab Imperio, 2000, nos. 3-4: 329-342; Terry Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca, Nueva York, 2001; Terry Martin, "The Soviet Union as Empire: Salvaging a Dubious Theoretical Category", Ab Imperio, 2002, n° 2: 91-105; Jane Burbank y Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and Politics of Difference*, Princeton, Nueva Jersey, 2010, cap. 14; Dominic Lieven, *Empire: The Russian Empire and Its Rivals*, New Haven, Connecticut, 2002, cap. 9; S. M. Plokhy, Yalta: *The Price of Peace*, Nueva York, 2010, cap. 14.

10 Gorbachev, *op. cit.*, pp. 651-657; Shaposhnikov, *op. cit.*, p. 102.

11 Petr Aven y Al'fred Kokh, "El'tsin sluzhil nam!", entrevista con Gennadi Burbulis, Forbes (edición rusa), 22 de julio de 2010, www.forbes.ru/node/53407/print.

12 Yeltsin, *op. cit.*, p. 116; Gorbachov, *op. cit.*, pp. 658; entrevista con Valentin Varennikov en*Rozpad Radians'koho Soiuzu. Usna istoriia nezalezhnoi Ukrainy 1988-91*, cinta n° 2, http://oralhistory.org.ua/interview-ua/401/.

13 Francis Fukuyama, "The End of History", *National Interest*, verano de 1989; Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992.

14 George Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*, Nueva York, 2008, p. 914; C. J. Chivers, "Russia Will Pursue Democracy, but in Its Own Way, Putin Says", *The New York Times*, 26 de abril de 2005.

15 Edward Lucas, *The New Cold War: Putin's Russia and the Threat to the West*, Nueva York, 2009.

16 Craig Unger, *American Armageddon: How the Delusions of Neoconservatives and the Christian Right Triggered the Descent of America— and Still Imperil Our Future*, Nueva York, 2007, pp. 115-117; "Iraq War: 190,000 Lives, $2.2 Trillion", comunicado de prensa, *Costs of War Project*, Universidad de Brown, 14 de marzo de 2013, http://news.brown.edu/pressreleases/2013/03/warcosts.

17 George W Bush, "Commencement Address at the United States Military Academy at West Point, West Point, New York", 1 de junio de 2002, http://www.presidentialrhetoric.com/speeches/06.01.02.html; George W. Bush, "Freedom in Iraq and the Middle East: Address at the 20th Anniversary of the National Endowment for Democracy, Washington, D.C"., 6 de noviembre de 2003,

http://www.presidentialrhetoric.com/speeches/11.06.03.html.

* La frase juega con la polisemia de *buck*, que significa “ciervo”, pero también “dólar” (como lo indica el símbolo que la acompaña): puede traducirse, por tanto, como “El cazador hará cualquier cosa con tal de cazar un ciervo” o “El cazador hará cualquier cosa por un dólar”.